



LIBRERIA DE LA UNIVERSIDAD DE CHILE
SANTIAGO DE CHILE

LIBRERIA DE LA UNIVERSIDAD DE CHILE
SANTIAGO DE CHILE

LIBRERIA DE LA UNIVERSIDAD DE CHILE
SANTIAGO DE CHILE

LIBRERIA DE LA UNIVERSIDAD DE CHILE
SANTIAGO DE CHILE

LIBRERIA DE LA UNIVERSIDAD DE CHILE
SANTIAGO DE CHILE

LIBRERIA DE LA UNIVERSIDAD DE CHILE
SANTIAGO DE CHILE

LIBRERIA DE LA UNIVERSIDAD DE CHILE
SANTIAGO DE CHILE

LIBRERIA DE LA UNIVERSIDAD DE CHILE
SANTIAGO DE CHILE

LIBRERIA DE LA UNIVERSIDAD DE CHILE
SANTIAGO DE CHILE

LIBRERIA DE LA UNIVERSIDAD DE CHILE
SANTIAGO DE CHILE

LIBRERIA DE LA UNIVERSIDAD DE CHILE
SANTIAGO DE CHILE

LIBRERIA DE LA UNIVERSIDAD DE CHILE
SANTIAGO DE CHILE

LIBRERIA DE LA UNIVERSIDAD DE CHILE
SANTIAGO DE CHILE

LIBRERIA DE LA UNIVERSIDAD DE CHILE
SANTIAGO DE CHILE

LIBRERIA DE LA UNIVERSIDAD DE CHILE
SANTIAGO DE CHILE

LIBRERIA DE LA UNIVERSIDAD DE CHILE
SANTIAGO DE CHILE

LIBRERIA DE LA UNIVERSIDAD DE CHILE
SANTIAGO DE CHILE

LIBRERIA DE LA UNIVERSIDAD DE CHILE
SANTIAGO DE CHILE

LIBRERIA DE LA UNIVERSIDAD DE CHILE
SANTIAGO DE CHILE

LIBRERIA DE LA UNIVERSIDAD DE CHILE
SANTIAGO DE CHILE

LIBRERIA DE LA UNIVERSIDAD DE CHILE
SANTIAGO DE CHILE

LIBRERIA DE LA UNIVERSIDAD DE CHILE
SANTIAGO DE CHILE

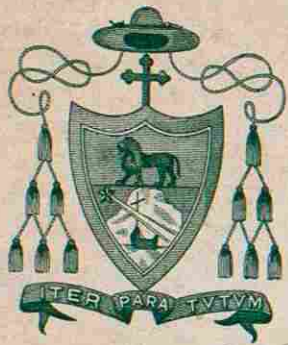
LIBRERIA DE LA UNIVERSIDAD DE CHILE
SANTIAGO DE CHILE

LIBRERIA DE LA UNIVERSIDAD DE CHILE
SANTIAGO DE CHILE

LIBRERIA DE LA UNIVERSIDAD DE CHILE
SANTIAGO DE CHILE

BT650
V4
1893
C. 1

208812



1080021048

EX LIBRIS

HEMETHERII VALVERDE TELLEZ
Episcopi Leonensis



ACADEMIA BIBLIOGRÁFICO-MARIANA.

ADVOCACIONES, VIRTUDES Y MISTERIOS

DE

Maria Santísima.

DISCURSOS COMPUESTOS Y PRONUNCIADOS

por el Pbro. D. Felipe Velazquez y Arroyo,

DOCTOR EN SAGRADA TEOLOGÍA, SOCIO DE TERCERA CLASE, Y CONSE-
JERO HONORARIO DE LA ACADEMIA BIBLIOGRÁFICO-MARIANA.

SEGUNDA EDICION.

CON LICENCIA DE LA AUTORIDAD ECLESIASTICA.

*España, patrimonio de Maria.
Todo para Maria.*

UNIVERSIDAD AUTÓNOMA DE LEÓN
DIRECCIÓN GENERAL DE BIBLIOTECA



LÉRIDA

IMPRENTA MARIANA

1893.



Capilla Alfonsina
Biblioteca Universitaria

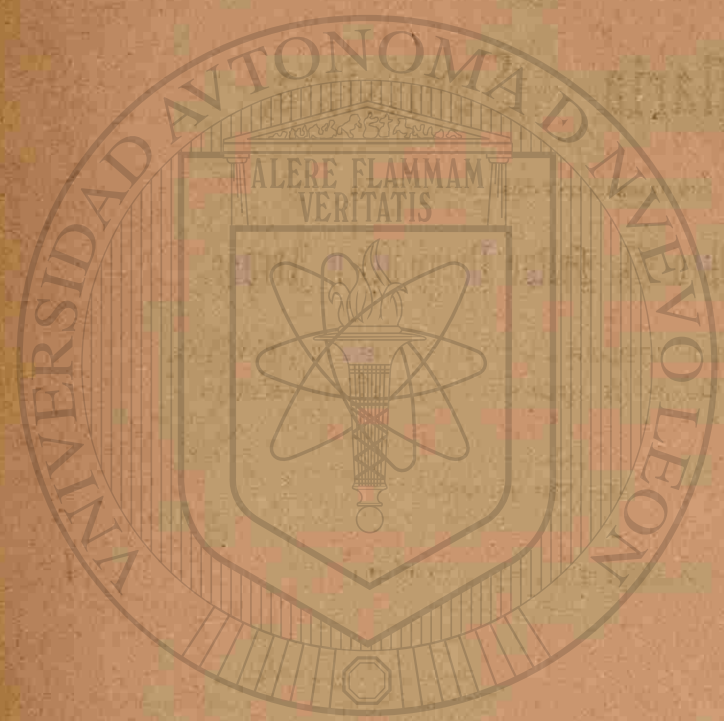
OPORTE
SELET Y EG. JAV

45409

BT650

V4

1893



FORO ESCRITORIO
VALVERDE Y TELLEZ

008812

A LA VIRGEN SANTÍSIMA.

El último y el ménos aprovechado de los individuos de vuestra Academia Bibliográfico-Mariana acude hoy á Vos, María Inmaculada, para poner á vuestros piés, y reunidas en un libro, algunas de las alabanzas que os ha tributado, con el amarguisimo sentimiento, Señora, de no haber sabido ni podido hacer lo que merecéis.

Dignísimos panegiristas de la Madre de Dios fueron los Bernardos y los Efrenes, los Buenaventuras y los Damascenos, los Bernardinos, los Crisólogos y los Ildefonsos, y hasta el mismo Espiritu Santo quiso constituirse en panegirista de su Esposa, que no es otra que Aquella cuyos castísimos labios proclamaron en presencia de los cielos y de la tierra que habia sido el blanco de las maravillas del Omnipotente. Fecit mihi magna qui potens est.

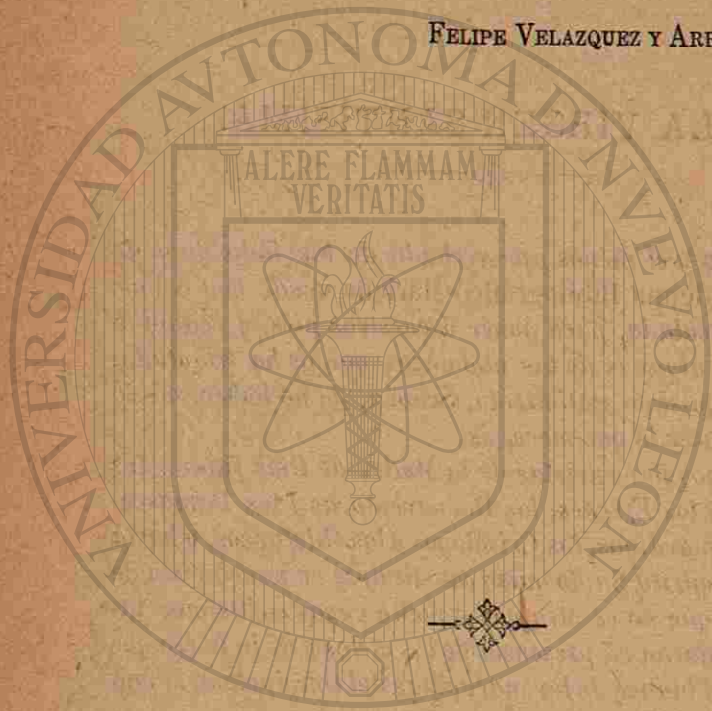
Yo, Virgen Sacratísima, bien lo sabeis, no sólo no merezco ser contado en el número de vuestros encomiadores, sino ni aún en el de vuestros siervos. ¡Tal y tanta es mi miseria! Fáltame la ciencia de aquellos que saben y comprenden lo que sois: fáltame la virtud de aquellos que marcharon durante su vida sobre las huellas de vuestra santidad. Así que lo único que me anima á acercarme á Vos es el reconocerme hijo indigno de tan amante Madre; y esta confianza me la inspiran vuestra altísima y doble dignidad de Madre de Dios y de los hombres, y de Refugium Peccatorum—Refugio de los pecadores.

Aceptad, pues, Virgen de mi alma, la ofrenda de un pecador: vuestra es, pues creo que solo con vuestros auxilios he

008812

podido publicar algunas de vuestras alabanzas. Que deseo más, ya lo sabéis; pero no ignorais que tampoco puedo más. Aceptad esta ofrenda, y sea para gloria de Dios, para alabanza vuestra y para aprovechamiento y estímulo de todos los hombres.

FELIPE VELAZQUEZ Y ARROYO.



UNIVERSIDAD AUTÓNOMA
DIRECCIÓN GENERAL DE

DISCURSO PRIMERO.

Devoción á Maria Santísima.

*Super salutem et speciem dilexi illam,
et proposui pro luce habere eam, quoniam
inextinguibile est lumen illius.*

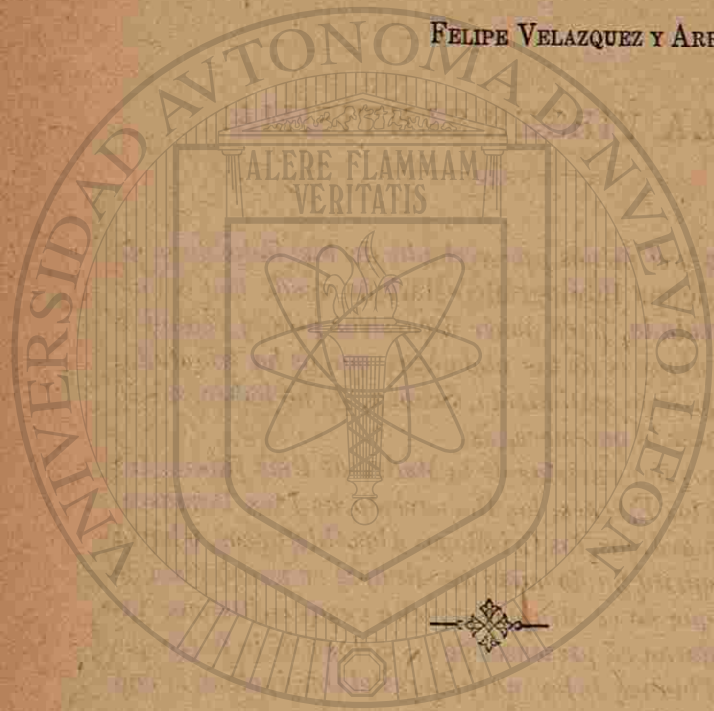
(Sap., vii, 10.)

La amé más que la salud y la hermosura, y me propuse tenerla por luz, porque es inextinguible su resplandor. (Del libro de la Sabiduría, cap. vii, vers. 10.)

QUÉ hermoso y qué útil es para nuestras almas elevar alguna vez el entendimiento humano á la contemplación de las cosas divinas! Ora nos fijemos en Dios, lo más excelente y admirable que se puede decir ni pensar, cuyo Sér sin principio ni fin es el principio y el fin de todas las criaturas; ora nos detengamos en estas mismas criaturas, sacadas de lo que sin Dios era nada, y sostenidas para ser instrumentos vivos de la gloria del mismo Dios; ya paremos la consideración en el mundo material, mirándole como una roca estéril que sirve de pedestal á la Suprema Omnipotencia, ó más tarde le examinemos como una masa fecunda y productiva, de cuyo seno brotan, al *Hágase* de la Majestad increada, tantas maravillas cuantos son los objetos que nos rodean, siempre Dios es el que encadena todos los sentimientos de un corazón cristiano; siempre nuestro espíritu vuela impelido por una dulce pero irresistible violencia, á confesar su arrobamiento y su deleite á las plantas de la Sabiduría celestial. Yo traslado, señores, por un momento mi imaginación desde la Cátedra del Espíritu Santo á las moradas venturosas de la celestial Jerusalén; desde allí descendiendo otra vez á la extensión inmensurable del universo, y en aquellas lo mismo que en éste, oigo resonar, poseído del más hermoso entusiasmo, las palabras del libro de la *Sabiduría* que he elegido

podido publicar algunas de vuestras alabanzas. Que deseo más, ya lo sabéis; pero no ignorais que tampoco puedo más. Aceptad esta ofrenda, y sea para gloria de Dios, para alabanza vuestra y para aprovechamiento y estímulo de todos los hombres.

FELIPE VELAZQUEZ Y ARROYO.



DISCURSO PRIMERO.

Devoción á Maria Santísima.

*Super salutem et speciem dilexi illam,
et proposui pro luce habere eam, quoniam
inextinguibile est lumen illius.*

(Sap., vii, 10.)

La amé más que la salud y la hermosura, y me propuse tenerla por luz, porque es inextinguible su resplandor. (Del libro de la Sabiduría, cap. vii, vers. 10.)

QUÉ hermoso y qué útil es para nuestras almas elevar alguna vez el entendimiento humano á la contemplación de las cosas divinas! Ora nos fijemos en Dios, lo más excelente y admirable que se puede decir ni pensar, cuyo Sér sin principio ni fin es el principio y el fin de todas las criaturas; ora nos detengamos en estas mismas criaturas, sacadas de lo que sin Dios era nada, y sostenidas para ser instrumentos vivos de la gloria del mismo Dios; ya paremos la consideración en el mundo material, mirándole como una roca estéril que sirve de pedestal á la Suprema Omnipotencia, ó más tarde le examinemos como una masa fecunda y productiva, de cuyo seno brotan, al *Hágase* de la Majestad increada, tantas maravillas cuantos son los objetos que nos rodean, siempre Dios es el que encadena todos los sentimientos de un corazón cristiano; siempre nuestro espíritu vuela impelido por una dulce pero irresistible violencia, á confesar su arrobamiento y su deleite á las plantas de la Sabiduría celestial. Yo traslado, señores, por un momento mi imaginación desde la Cátedra del Espíritu Santo á las moradas venturosas de la celestial Jerusalén; desde allí descendiendo otra vez á la extensión inmensurable del universo, y en aquellas lo mismo que en éste, oigo resonar, poseído del más hermoso entusiasmo, las palabras del libro de la *Sabiduría* que he elegido

para texto: *Super salutem et speciem dilexi illam, et proposui pro luce habere eam, quoniam inextinguibile est lumen illius.* «La amé más que la salud y la hermosura, y me propuse tenerla por guía, porque es inextinguible su resplandor.»

Todas y cada una de estas palabras repiten entre suavísimas melodías las turbas de innumerables espíritus celestiales, rindiendo sus homenajes á los piés de una mujer cuyas plantas acaricia la luna, y cuya frente coronan las estrellas. Todas y cada una de estas palabras repite el glorioso coro de los Apóstoles, inclinadas las frentes ante una mujer tan sabia como santa, tan virtuosa como privilegiada, y magnánima conservadora y propagadora del Evangelio y de la Religion de Jesucristo. Todas y cada una de estas palabras repite el laureado ejército de los mártires, extendiendo sus palmas y coronas á los piés de su ilustre Capitana, de la invencible mártir que, cercada de unos dolores que no admiten comparacion, y acrisolada y purificada por unos martiries que no tuvieron ni pueden tener semejante, los guiara por el camino de la tribulacion, hasta colocarlos en las puertas de la gloria. Todas y cada una de estas palabras repite sin descansar una cohorte lucidísima de vírgenes, ofreciendo sus cándidas y fragantes azucenas para ser santificadas por el inmaculado aliento de la que, inmaculada desde el instante primero de su Concepcion purísima, fué coronada como Emperatriz y Señora de las vírgenes y de los confesores. Todas y cada una de estas palabras se oyen en lo interior del firmamento, resuenan por los ámbitos de la tierra, retumban y hacen estremecer las cavernas de los abismos; y creo que nada aventuro si digo que todas y cada una de estas palabras repiten á una voz, pero con diferente aplicacion, las tres divinas Personas de la Beatísima Trinidad, al engrandecer y coronar á aquella criatura cuyo nombre es santo, y á quien aclaman Bendita entre los nacidos todas las generaciones. Pero no pasemos adelante, católicos.

Como quiera que á medida que el tiempo arrebatara los años de mi vida el amor hácia Maria, arrebatara tambien todos los afectos de mi corazon; como quiera que siendo el primero y el mayor de los pecadores necesito tambien de mayor misericordia; y siendo el último y el más indigno de los ministros de Jesucristo, pesa sobre mí la obligacion de propagar y promover, por cuantos medios estén á mi alcance, las glorias y la devocion de la Virgen Santísima, su Madre y Madre nuestra, de Ella pienso ocuparme en este breve rato. *Quién es Maria Santísima y por qué debemos honrarla con extraordinaria devocion,* es el pensamiento que me

propongo desenvolver. Pero para que desciendan sobre mi entendimiento los auxilios de la divina gracia, y para que mis palabras tengan la eficacia que yo deseo, digamos á Maria Santísima que la amamos más que la salud y que la hermosura, y saludémosla con el Arcángel, diciéndola de todo corazon.

Ave Maria.

Honar y reverenciar al más pequeño de esos séres privilegiados y felices que habitan en la Sion inmortal, sin tener un conocimiento, si no total, al menos aproximado de sus merecimientos, es imposible: y será fácil cosa á nuestras almas, ni estará á los limitados alcances de la humana capacidad honrar y reverenciar á Maria, el sér más privilegiado y feliz de cuantos existen en toda la creacion, en lo visible y lo invisible, antes que todo en el órden de la naturaleza, y despues únicamente de Dios en el órden de la gracia, sin tener al ménos una idea, aunque sucinta, de quién es Maria Santísima? ¿Habrà génio tan precoz, lengua tan atrevida, pluma tan acertada, ni pincel tan brillante que pueda retratarnos á Maria, no ya cual Ella es en sus admirables y sublimes relaciones con Dios, sino en su familiar comunicacion y en su trato maternal con los hombres? Más, imposible, cristianos. *¿Quæ est ista?* ¿Quién es Esta, diré yo ahora, repitiendo la espresion de pasmo de los querubines y serafines, á quienes cupo la envidiable suerte de recibir á Maria en los alcázares celestiales en el momento mismo de su triunfal asuncion á los cielos? *¿Quæ est ista?* ¿Quién es Esta? Esta es Maria, la más prudente entre las vírgenes de Sion, y la más delicada y hermosa entre las hijas de Jerusalem. Maria es una criatura *tota pulchra et macula non est in te*; en cuyo corazon no se encontró la sombra de la más ligera mancha, ni se encontrara si la buscáramos desde la eternidad. Maria es una criatura *gratia plena*, llena de gracia, animada por el soplo de la fe, arrullada en la cuna por el viento de la esperanza, y nutrida en todos los instantes de su vida por el fuego de la caridad. Si miramos á su belleza, es indecible; si atendemos á sus encantos, son incomparables; si buscamos en lo más exquisito y seductor de la naturaleza un rasgo que se presente á nuestra imaginacion, el ideal bendito de Maria oscurece á la naturaleza, como oscurecen los rayos del sol al lánguido resplandor de la estrella de menos magnitud. Maria Santísima es una criatura *benedicta tu in mulieribus*, bendita entre todas las mujeres, y la más noble de todas las criaturas. Dotada de tan altísimos privilegios, que por ellos y

por su abnegacion profunda y su voluntad siempre obediente, fué coronada en su último dia como Emperatriz del cielo y del mundo, los moradores del cielo y del mundo se honran, doblando ante Maria la rodilla.

Pero prescindamos de sus privilegios y si hablemos de sus destinos; sólo uno, católicos, el haber sido destinada para Madre del mismo Dios, dá una idea tan elevada de la Virgen, suscita un pensamiento tan eminente de la hija de Nazareth, que en Ella contemplamos una cosa que ni el ojo vió, ni el oído oyó, ni el entendimiento del hombre puede comprender. Madre de Dios, revestida de tanto poder, que en ella se refleja la omnipotencia del Padre que la eligió por hija: Madre de Dios, enriquecida de tanta sabiduría, que en Ella se refleja toda la sabiduría del Hijo que la escogió para su madre; Madre, finalmente de Dios, pero poseida de tanto amor, que en Ella se refleja perfectamente todo el amor del Espíritu Santo que la destinó para su esposa. Maria Santísima es la mujer en cuyo corazón cabe más bondad, porque es la imagen más acabada de la bondad infinita de Dios. La de corazón más magnánimo para padecer, y de corazón más generoso para perdonar: Madre, por su heroica magnanimidad, de lo más grande, que es Jesucristo: Madre, por su inimitable generosidad, de lo más miserable, que son los pecadores: tan amante de su Dios, que el amor de todos los justos y de todos los bienaventurados es un átomo comparado con el que le tiene Maria Santísima; y tan amante de los hombres, que el cariño que la Virgen Santísima nos tiene sólo puede compararse con el que nos profesa el mismo Dios.

Maria, si es el alma más rica por lo que recibió del Eterno, es también la más pródiga para dar de lo mismo que recibió; por eso nos ha dado, después del fruto bendito de su vientre, el Redentor del género humano, lo más tierno, lo más dulce y lo más amable que podía darnos, que fueron su nombre y su corazón. La vida es un mar borrascoso de dolores y de infortunios; y apenas dejan de arrullarnos en ella las auras de la niñez, levántanse contra nosotros las oleadas soberbias de la tentación, silban furiosos los vendavales de las pasiones, nos sitian las enfermedades, desfallecemos en el dolor, zozobramos en la adversidad, y al tocar nuestro último término, nos sumergiríamos en el abismo de la perdición eterna, si no tuviéramos un nombre que, invocado, nos confortase, y un corazón que compasivo nos recibiese. La tierra es un erial sembrado de abrojos y de espinas, erizado de malezas y cubierto de la oscura niebla de la tribulación y de los desengaños: y nos

perderíamos sin duda en tan intrincado y tenebroso laberinto, si no hubiera para nosotros el nombre de Maria que nos ilumina, y el corazón de Maria que sostiene nuestro corazón. La niñez con su imbecilidad y sus gemidos, la juventud con el desenfrenado torrente de sus apetitos, y la ancianidad con su impotencia y sus achaques serían mucho más peligrosas y menos soportables, si cada edad no encontrase su remedio en el nombre halagüeño de Maria, y su albergue de paz y de consuelo en el corazón augusto de Maria.

Maria, según lo indica su nombre, es el mar pacífico de las delicias y el piélago inagotable de las esperanzas de un cristiano: Maria, según lo manifiesta su corazón, es, después de Dios, todo cuanto nosotros podemos apetecer. Tenemos en Maria un canal sosegado y cristalino por donde atravesar desde la cuna al sepulcro, guiados por una estrella, que es Ella misma: compañera inseparable que nos lleva de la mano por la peregrinación escabrosa y difícil de la virtud, acueducto misterioso de la gracia, fuente inexhausta y peregrina de la misericordia, ánora de salud, puerto de refugio y garantía segura de nuestra eterna y suspirada salvación. Esta es Maria, señores, débilmente delineada por la pluma de un hombre. Examinemos ahora las razones que nos obligan á honrarla con extraordinaria devoción.

Tanto más debemos esperar de una criatura, cuanto la vemos más favorecida de Dios y ensalzada á cargos de mayor consideración. Y ¿quién, señores, será bastante á llenar el inmenso vacío de nuestras almas sinó Maria Santísima, criatura cuyas alabanzas me parece escusado principiar, porque creo imposible poderlas concluir? Si paramos nuestra consideración en el dulcísimo nombre con que la imploramos, él solo es suficiente motivo en nosotros para honrarla con la más acendrada y tiernísima devoción: el nombre de Maria nos pone, cuantas veces le pronunciamos, en la presencia de la Reina de los cielos; y la humildad con que la llamamos, y la confianza con que la pedimos, y el amor que en nuestra petición humilde la manifestamos, nos granjea el derecho de ser de Ella favorecidos, y como que la imponen la obligación de acudir á nuestro socorro tan pronto como la Señora se apercibe de nuestra necesidad.

Extraviado el inocente y manso corderillo de la pradera donde apacienta su madre, vá y viene, torna á ir y vuelve á tornar, y sufre porque no la halla y se contrista porque la cree perdida; bala una, dos y cien veces, y la cordera le escucha, y le contesta con otro balido igual; y le reconoce porque el balido del cordero;

que es la espresion del corazon del hijo, es tambien el balido de la oveja, que es la espresion del corazon de la madre. Piérdase el alma, en hora buena, en los desiertos del mundo; llore sombría y solitaria los dolores de una ilusion perdida, ó la amargura de un desengaño que llegó demasiado pronto; pero busque á Maria con fe, y la encontrará; llámela con esperanza, y nuestra Madre le contestará; sígala con lealtad y perseverancia, hónrela con potencias y sentidos, y la ilusion del mundo será una realidad del cielo, y el prematuro desengaño será el presagio felicísimo de un bien que nada puede destruir. El rebaño de Jesucristo tiene muchas ovejuelas que, aturdidas con los infectados vapores del error, recelan, desmayan y se extravian; pero hay una Pastora que vá en seguimiento suyo, que las busca con maternales ansias, las reúne con amorosa solicitud, y las congrega en derredor suyo, oyendo compasiva las querellas y consolando cariñosa las aficciones de cada una; y los vapores se desvanecen, y el peligro se ahuyenta, y las ovejas se salvan...: esta Pastora es Maria.

Merece Maria Santísima nuestra singular y ferviente devccion, porque es Madre de Dios, y como tal, la más poderosa para socorrernos, la más sabia para iluminarnos, y la más entrañable para protegernos. Tan grande es Maria en el destino de la divina maternidad, que Dios hubiera podido hacer un mundo mayor que el existente, pero no hubiera podido crear una Madre mayor que Maria, á quien destinó para Madre suya. Maria es nuestra Madre; nosotros somos herederos, y á nosotros nos pertenece por innumerables títulos el corazon de Maria traspasado por los dolores del Hijo, abrasado con los amores del Hijo, y delegada en los últimos mementos del Hijo para ser en el tiempo, lo mismo que en la eternidad, la única Madre de los pecadores. Y si el que honra á su padre y á su madre, segun se espresa el mismo Dios, vivirá largos años sobre la tierra, ¿qué vida no alcanzaremos nosotros honrando y reverenciando á Maria, como Madre de Dios y de los hombres? Maria es nuestra abogada; y así como tenemos en el Hijo intercesor y medianero para con el Padre, así tenemos tambien en la Madre medianera é intercesora para con el Hijo. Jesucristo manifiesta á su Eterno Padre, en beneficio de sus infortunados hermanos, sus llagas y su costado, y Maria Santísima ofrece á Jesucristo, por amor de los desterrados en este valle de lágrimas, el vientre que le llevó y los pechos que le alimentaron, y no hay lengua que sepa pedir lo que estos monumentos de caridad eterna puedan alcanzar.

Maria Santísima es acreedora á la devccion y afecto de todos

los cristianos, porque es Reina y Señora nuestra, porque es nuestra amantísima co-redentora, y Jesus recibe como honor tributado á sí mismo el honor que tributamos á Maria. Demos rienda suelta á los insaciabiles deseos de nuestro corazon, y rindamos alabanza, culto y adoracion á Maria Santísima, *porque puede ayudarnos.* «Pedid, Madre mia, dice el divino Salomon á la Betsabé celestial; yo os hice grande, y Vos me hicisteis hombre; de Vos he recibido el sér natural, bajo cuya forma viví por el hombre, peregriné por el hombre y padecí y espiré por el hombre en una Cruz; y de Vos quiero que reciba tambien el hombre el sér sobrenatural, la vida de la gracia que es vida de salud y de eternidad.» Busquemos á Maria, y hallaremos la vida; busquemos á Maria, y encontraremos la felicidad.

Maria Santísima *quiere ayudarnos*: no es más pronto exponerla nuestras aficciones, que enviarnos el consuelo; ofrecerla nuestras necesidades, que prodigarnos el remedio; manifestarla nuestras enfermedades, que proporcionarnos la medicina. Así como una madre no puede olvidar jamás ni desentenderse del sér que concibió en sus entrañas, así tampoco la Virgen puede mirar con indiferencia á los que adoptó espiritualmente en la cumbre del Calvario. Maria Santísima *sabe favorecernos y ampararnos*; porque vé nuestros infortunios, porque conoce nuestras miserias, porque penetra nuestras calamidades; porque nadie mejor sabe socorrer que aquel que mejor sabe sufrir; y Maria sufre tanto como nosotros cuando imploramos su patrocinio en el padecimiento y en la consternacion. Amemos, finalmente, á nuestra Santísima Maria, porque nuestra devccion para con tan eminente criatura es *testimonio de eterna predestinacion*; porque es imposible que perezca el que se convierta de veras á Maria, y porque todo el que quiera salvarse, diré con el Doctor seráfico, San Buenaventura, es indispensablemente necesario que sea devoto de Maria.

La devccion á Maria Santísima es, por otra parte, indicio el ménos equívoco, y prueba la más cierta y relevante, de la verdadera fé; porque la misma gracia que nos ha hecho hijos de la Iglesia, ha grabado en nosotros con caracteres indelebiles ese sentimiento filial hácia Maria; y de aquí se deduce como legítima consecuencia que no hay verdadero catolicismo sin la devccion á Maria; ni verdadera devccion á la Emperatriz de los cielos y de la tierra, fuera del Catolicismo. Debemos honrar á Maria con nuestro culto y adoraciones, porque esta devccion es en nosotros un instinto religioso, un movimiento indeliberado, una necesidad del corazon; y tan natural es que nosotros nos embriaguemos en

dulcísimo placer, reverenciando y obsequiando á Maria, como es natural ver á un hijo poseido de iguales sentimientos, cuando cumple los mismos deberes para con su madre.

Recopilaré, católicos, en pocas palabras las razones que nos obligan á ser devotos de Maria, y que tan imperfectamente os he manifestado en el discurso que voy á terminar. Debemos ser devotos de Maria porque es Madre de Dios y Madre de los hombres; porque es nuestra abogada y la Reina y Señora de todo lo criado; porque es corredentora del mundo; porque puede, porque está pronta y porque sabe favorecernos. Debemos honrar á Maria Santísima con un culto extraordinario, porque el verdadero devoto de Maria no perecerá; por que el amor y tierno homenaje á Maria Santísima son testimonio de eterna predestinacion, y prueba indestructible de la verdadera fe. Pero tengamos en cuenta, señores, que esta devocion ha de consistir en las obras más que en las palabras; en el alma más que en la imaginacion; en el corazon más que en los labios. Honrémosla concibiendo de la Señora el más sublime aprecio y estimacion; venerémosla depositando en Ella una cordial é ilimitada confianza; obsequiémosla siendo fieles imitadores de sus augustas virtudes; constantes en servirla y acariciarla, é intrépidos para sostener y propagar su culto, á despecho de la desvergonzada herejía y de la moderna impiedad. Seamos, por Dios, siempre devotos de la Virgen, y tendremos paz espiritual y temporal: en las tentaciones acudamos á Maria, y triunfarémos del demonio: recordemos á Maria; invoquemos á Maria; acojámonos sin temor y sin tardanza al abrigo de Maria; y despues de una vida corta en los años pero dilatada en los merecimientos, morirémos exhalando el último suspiro acompañado del nombre de Maria, recojerá Ella nuestras almas para trasladarlas á la celestial, triunfante y sempiterna Jerusalem, donde podremos decirla, admirando su hermosura y cantando su santidad: «Porque os amamos, Madre mia, más que la salud y que la hermosura, y porque nos propusimos teneros por luz, porque era inextinguible vuestro resplandor,» ahora, ya felices, os alabamos, bendecimos y glorificamos en compañía de la Santísima Trinidad, Padre, Hijo y Espiritu Santo, por infinitos siglos de los siglos. Así sea.

DISCURSO II.

Maria Santísima causa de nuestra alegría

Causa nostrae laetitiae.
(Iglesia in Lit. Lauret.)

AL principiar la agradable ocupacion confiada á mis fuerzas, débiles en todos conceptos, de predicaros la palabra de Dios en este suntuoso novenario, (1) pensé no debía perder de vista el grandioso objeto de tan merecidos cultos y homenajes; ni tampoco el que me dirigia á un auditorio que, confesando ser cristiano, se reconoce al mismo tiempo pecador, y necesitado por lo mismo de grandes y acabados modelos que imitar en la virtud, y de extraordinarias gracias que obtener para saciar las ansias de su alma. Por eso me propuse en los dias anteriores decir algo, aunque muy poco ciertamente, de lo grande que aparece la Virgen Santísima en el ejercicio de las principales virtudes Humildad, Fe, Esperanza y Caridad; de lo pequeños, lo descuidados, lo imperfectos que nosotros nos hallamos en la práctica de las mismas, y por consecuencia de lo obligados que nos vemos á reformar nuestra conducta y á marchar sobre las huellas de la que es bendita entre todas las mujeres. Os he manifestado que para ser virtuoso, para ser exaltado, es necesario primero y siempre ser humilde; que para justificarse delante de Dios no basta sólo creer, sino que es necesario obrar, porque la Fe sin las obras es una fe muerta; que para que nuestra Esperanza sea verdadera, se hace preciso que consista en esperar en Dios, en esperar la bienaventuranza y los medios para conseguirla, cooperando con la práctica de las buenas obras; y, por último, os he dicho que la virtud

(1) Predicado á la Congregacion de la Virgen de la Misericordia, en la parroquia de San Sebastian de Madrid, en Setiembre de 1860.

dulcísimo placer, reverenciando y obsequiando á Maria, como es natural ver á un hijo poseido de iguales sentimientos, cuando cumple los mismos deberes para con su madre.

Recopilaré, católicos, en pocas palabras las razones que nos obligan á ser devotos de Maria, y que tan imperfectamente os he manifestado en el discurso que voy á terminar. Debemos ser devotos de Maria porque es Madre de Dios y Madre de los hombres; porque es nuestra abogada y la Reina y Señora de todo lo criado; porque es corredentora del mundo; porque puede, porque está pronta y porque sabe favorecernos. Debemos honrar á Maria Santísima con un culto extraordinario, porque el verdadero devoto de Maria no perecerá; por que el amor y tierno homenaje á Maria Santísima son testimonio de eterna predestinacion, y prueba indestructible de la verdadera fe. Pero tengamos en cuenta, señores, que esta devocion ha de consistir en las obras más que en las palabras; en el alma más que en la imaginacion; en el corazon más que en los lábios. Honrémosla concibiendo de la Señora el más sublime aprecio y estimacion; venerémosla depositando en Ella una cordial é ilimitada confianza; obsequiémosla siendo fieles imitadores de sus augustas virtudes; constantes en servirla y acariciarla, é intrépidos para sostener y propagar su culto, á despecho de la desvergonzada herejía y de la moderna impiedad. Seamos, por Dios, siempre devotos de la Virgen, y tendremos paz espiritual y temporal: en las tentaciones acudamos á Maria, y triunfarémos del demonio: recordemos á Maria; invoquemos á Maria; acojámonos sin temor y sin tardanza al abrigo de Maria; y despues de una vida corta en los años pero dilatada en los merecimientos, morirémos exhalando el último suspiro acompañado del nombre de Maria, recojerá Ella nuestras almas para trasladarlas á la celestial, triunfante y sempiterna Jerusalem, donde podremos decirla, admirando su hermosura y cantando su santidad: «Porque os amamos, Madre mia, más que la salud y que la hermosura, y porque nos propusimos teneros por luz, porque era inextinguible vuestro resplandor,» ahora, ya felices, os alabamos, bendecimos y glorificamos en compañía de la Santísima Trinidad, Padre, Hijo y Espiritu Santo, por infinitos siglos de los siglos. Así sea.

DISCURSO II.

Maria Santísima causa de nuestra alegría

Causa nostrae laetitiae.
(Iglesia in Lit. Lauret.)

AL principiar la agradable ocupacion confiada á mis fuerzas, débiles en todos conceptos, de predicaros la palabra de Dios en este suntuoso novenario, (1) pensé no debía perder de vista el grandioso objeto de tan merecidos cultos y homenajes; ni tampoco el que me dirigia á un auditorio que, confesando ser cristiano, se reconoce al mismo tiempo pecador, y necesitado por lo mismo de grandes y acabados modelos que imitar en la virtud, y de extraordinarias gracias que obtener para saciar las ansias de su alma. Por eso me propuse en los dias anteriores decir algo, aunque muy poco ciertamente, de lo grande que aparece la Virgen Santísima en el ejercicio de las principales virtudes Humildad, Fe, Esperanza y Caridad; de lo pequeños, lo descuidados, lo imperfectos que nosotros nos hallamos en la práctica de las mismas, y por consecuencia de lo obligados que nos vemos á reformar nuestra conducta y á marchar sobre las huellas de la que es bendita entre todas las mujeres. Os he manifestado que para ser virtuoso, para ser exaltado, es necesario primero y siempre ser humilde; que para justificarse delante de Dios no basta sólo creer, sino que es necesario obrar, porque la Fe sin las obras es una fe muerta; que para que nuestra Esperanza sea verdadera, se hace preciso que consista en esperar en Dios, en esperar la bienaventuranza y los medios para conseguirla, cooperando con la práctica de las buenas obras; y, por último, os he dicho que la virtud

(1) Predicado á la Congregacion de la Virgen de la Misericordia, en la parroquia de San Sebastian de Madrid, en Setiembre de 1860.

de la Caridad es el mandamiento del Altísimo que comprende la divina ley; el gran precepto de Jesucristo, tan necesario para el sosten de la vida cristiana, como el alimento lo es para el cuerpo, y escrito está y estará hasta el fin de los siglos, que sin la caridad nada somos.

Al concluir hoy, por la divina misericordia, con esta parte tan respetable, tan difícil y tan responsable de mi sagrado ministerio, al despedirme de vosotros tan desconfiado de mi trabajo como confiado en vuestra indulgencia, pretendo hagamos una escursión, aunque breve, por ese campo vastísimo de las grandezas de la Virgen, Reina y Madre de las misericordias. Me propongo que miremos al mundo y miremos al cielo; que nos miremos á nosotros y miremos á Maria; que enumeremos las mil necesidades que tiene nuestra alma y volemós á buscar su remedio en esa alma tan hermosa; que recojamos todas las tristezas, todas las melancolías que oprimen nuestro corazón, y volemós á ese Corazón inmaculado, á ese Corazón tan magnánimo y tan generoso, como que es Corazón de Mujer perfecta, de Madre sin segunda, de Reina poderosísima, y de Santa, únicamente menos Santa que Dios y más Santa que toda santidad imaginable, quiero que recurramos á la Virgen, porque no hay otro recurso, y de seguro confío en que exclamarémos: *Maria causa nostræ lætitiæ*. No hay que temer, no hay que entristecerse, no hay que acongojarse, porque Maria Santísima es causa de nuestra verdadera alegría.

Ave Maria.

La vida del hombre es una milicia sobre la tierra, dice el Espíritu Santo: este mundo es un valle de lágrimas, exclama la Iglesia inspirada por él mismo: milicia en todas las edades de la existencia; valle de lágrimas en todas las épocas y en todas las situaciones de la criatura racional. Milicia, porque desde la cuna hasta el sepulcro el hombre siempre tiene que combatir, que acometer y que defenderse: valle de lágrimas, porque la criatura racional desde que nace hasta que muere siempre tiene que llorar. El sentido común, el sentido íntimo, la conciencia, todo le dice al hombre que milita y que llora, se lo dicen las tres edades de la vida: se lo dice el pasado, el presente y el porvenir; se lo dice su alma y su cuerpo; todo le confirma en esta verdad, que no pueden arrancar del corazón ni la impiedad, ni la despreocupación, ni la incredulidad.

La niñez, que mirada por el prisma de lo halagüeño parece la edad de las ilusiones, de los encantos y de los placeres, no es otra cosa que una edad de lágrimas y de combate: quitadme los juegos de la infancia, las caricias paternas, los entretenimientos que se desvanecen, ¿y qué queda? Ningun sér ha nacido, por noble que haya sido su sangre, por ilustre su cuna, por elevado su rango, que no se haya presentado en el mundo, llorando: lo primero que funciona en la criatura son las lágrimas: el corazón del niño no se ha formado todavía; su entendimiento no se ha desarrollado; las pasiones no se conocen en el alma, y, sin embargo, el niño milita sobre la tierra. *Militia est vita hominis super terram*. Tiene que luchar con la impotencia, con los obstáculos á su nutrición y desarrollo, y aquella misma necesidad de llevar siempre al niño de la mano, está confirmando que el camino por donde vá está erizado de peligros, y que es necesario acostumbrarle á llorar y á combatir.

La juventud ¡ah! la juventud es una fiebre, es un delirio, es una demencia: peligros en el interior, y peligros en el exterior: el alma se siente jóven, el corazón vigoroso: los hombres le parecen al jóven impecables; el mundo se presenta como un paraíso; las pasiones, nobles; sus deseos, lícitos; todo lo combina su imaginación de tal manera, que cuando suene la hora del desengaño la lucha será más encarnizada y las lágrimas más abrasadoras y más abundantes. El jóven es un Ícaro, que emprende su vuelo con alas de cera, que derretidas por los rayos del sol le despeñarán en el abismo: el jóven es un viajero temerario que, fiado en el valor de su brazo, atraviesa de noche y sin defensa por un país de salteadores. La juventud acomete empresas, busca sensaciones, vuela siempre en busca de nuevos goces, hasta que una voz irresistible le dice: «¡Detente!» Entonces el jóven vé claro, pero lo que vé son flores marchitas y deshojadas á sus plantas, y lágrimas y quebranto en su corazón.

¿Y la vejez? ¡Ay cristianos! El mismo Job decía que eran muy amargos los días de la vejez. Combate y llanto; siempre milicia, continuamente lágrimas. El anciano combate y llora por el muchísimo tiempo perdido, y por el poco que le queda que aprovechar: combate y llora porque el tiempo huye con una rapidez inconcebible, y porque la eternidad se acerca sin poderla detener. Combate con un espíritu que desfallece, con una salud que se quebranta, con un cuerpo que se desmorona, con millares de enemigos que asaltan la ancianidad; y como en estas circunstancias el triunfo es imposible, la vejez llora, y el hombre cierra sus párpados.

dos, dejando deslizarse de ellos una lágrima, que es todo el fruto que se saca de este miserable mundo.

Combate y lágrimas por lo pasado; se lucha y se llora por el mal que se hizo y por el bien que se dejó de hacer: combate y lágrimas por el presente, porque se quiere y no se puede remediar; porque estamos imposibilitados de reintegrar á Dios de los derechos que le hemos usurpado: combate y lágrimas por el porvenir, porque no sabemos si llegará, si se nos concederá otro mañana en que podamos reconciliarnos con la Providencia divina, en quién únicamente el corazón humano encuentra descanso, según San Agustín. *Inquietum est cor meum, donec requiescat in te.* Combate y lágrimas en el alma, porque apenas en el hombre ha despuntado el uso de la razón, se encuentra frente á frente con los enemigos de su alma; le asedian los halagos del mundo, le asaltan las astucias del demonio, lleva en sí mismo el fomes de las seducciones de la carne; y por donde quiera que el hombre vá, otra cosa no ve que la concupiscencia de la carne, la concupiscencia de los ojos y la soberbia de la vida. *Concupiscentia carnis, concupiscentia oculorum et superbia vite.* ¡Pobrecita alma, que formada á imagen y semejanza de Dios y caminando hácia una patria inmortal, se vé expuesta á parecer entre los millares de escollos que la rodean! Combate y lágrimas en el cuerpo; ¡cuánto, católicos, no tiene que sufrir el corazón que es el asiento donde residen los afectos humanos! ¡Cuántas esperanzas fallidas! ¡Cuántos deseos no satisfechos! ¡Cuántas ambiciones nunca saciadas! Y ¡cuánto no tiene que combatir y que llorar este cuerpo, condenado á ganarse el alimento con el sudor de su frente! Combate con las enfermedades, y llora la pérdida de la salud, el mayor de los bienes que se pueden perder: combate con las riquezas y llora por las inquietudes que le proporcionan. Combate con la pobreza, escuela práctica donde el hombre conoce al hombre, y llora sus desastrosas consecuencias: combate y llora por los peligros que le rodean: enemigos tan multiplicados que los tiene en todas partes: en la tierra, en el aire, en el mar, en casa, en la calle, en todas partes: lo dice San Pablo. Combate el hombre desde que empieza hasta que concluye de respirar, y derrama incesantes lágrimas; llora de día y de noche, desde que nace hasta que muere.

Bien puede repetir, no solamente estas palabras de Job tan sentenciosas: *Militia est vita hominis super terram.* «La vida del hombre es una milicia sobre la tierra,» si no que puede esclamar con el Santo Rey David: *Lacrymæ meæ fuerunt mihi panis die ac nocte.* «Mis lágrimas son de día y de noche el pan con que me alimento.»

¡Cristianos! y Dios que es tan poderoso, tan bueno, tan grande, tan misericordioso sobre todo, ¿dejará que el hombre naufrague en un océano de tristezas, sin esperanzas y sin alegría? Nó, y mil veces nó; no le hagamos tan temeraria injusticia. Después de la redención, además de la gracia y de las virtudes, al lado de la Iglesia y de los sacramentos, colocará un sér que nazca, que viva, que sufra como nosotros nacemos, vivimos y sufrimos; y por el corazón de mujer, que es el más á propósito para amar, suscitará una criatura que, por lo amante y por lo amada, sea la admiración de los siglos y la bendición de todas las generaciones. Él hará que de entre las espinas de este mundo brote como lozana flor una Mujer, una Madre, una Reina, en quién, reservándose Dios para sí el cetro de la justicia, depositará, según dice Gerson, el cetro de su misericordia; una mujer que en los cielos y en la tierra, en la niñez, en la juventud y en la ancianidad, en el pasado, presente y porvenir, y en el alma y en el cuerpo, y en la vida y en la muerte, y en el tiempo y en la eternidad, y en todo y con todo y por todo, sea *Causa nostræ lætitiæ.* «Causa de nuestra alegría.» «Alegría de la cristiana Israel.» *Lætitia Israel.* María Santísima. Vamos á verlo.

San Ireneo dice que la Virgen Santísima es la alegría del mundo, porque con su sumisión á los decretos del Altísimo se hace en la Encarnación causa de la salvación del género humano: yo añado que si el mundo hubiera sido redimido de otra manera que encarnando el Verbo en las entrañas de esta mujer magnánima, no hubiera tenido tan completa ni tan verdadera alegría. María alegre con su nacimiento, porque realiza las esperanzas de más de cuarenta siglos; y los Patriarcas y los Profetas y los antiguos Padres, se regocijan en el limbo, porque ha nacido la portadora de la luz divina é indeficiente. María es, viviendo, la alegría universal, porque toda la naturaleza se transforma, y se exalta y regocija el Bautista, que salta de gozo delante de la Virgen, en el vientre de su madre, María Santísima, viviendo, alegría á los espíritus angélicos que, como émulos de nuestra dicha, despliegan sus alas, escitan su amor, y nos dicen con su armonioso cántico: «Mortales, ahí la teneis.» María Santísima alegre á la tierra, cuyos moradores doblan la rodilla ante su Soberana, y tan imperfectos como son, y tan melancólicos como están, gritan á su paso: «¡Gloria á la bendita entre todas las mujeres; bendita sea la que viene en el nombre del Señor!» María Santísima alegre con su Asunción á la gloria, con su coronación á los cielos, porque nos enseña el camino, nos abre las puertas y nos prepara el asiento en la celest-
Advocaciones. 2

tial Jerusalem. Maria Santísima es la alegría de los cielos; en Ella vé la Trinidad su reclinatorio, los arcángeles su Emperatriz, los querubines su ciencia, los serafines su amor; en Ella ven las vírgenes su corona, los mártires su palma, y los confesores su lengua.

Maria Santísima es la alegría de la niñez; los labios del niño se estremecen de gozo al balbucear su nombre; sus ojos se alegran al ver su Imágen, y en los brazos de su madre salta y se desvive de regocijo, como queriendo pasar á los de una mujer que es Madre sobre todas las madres. ¿No es verdad, madres cristianas? Maria Santísima es la alegría de la juventud, lo mismo en los extravíos del corazón que en el arrepentimiento y en la paz del alma; dejad al jóven en la presencia de un escapulario, de una estampa, de una efigie de la Virgen Santísima; suplicadle que la contemple, que la mire, que la hable, y el jóven concluirá por alegrarse en el amante corazón de Maria Santísima, lleno de misericordia. ¿No es así, jóvenes cristianos?

Maria Santísima es la alegría de la ancianidad: el anciano camina hácia la tumba, llevando en una mano el báculo que le sostiene y en la otra el rosario que le conforta; si sus piés vacilan, si sus ojos se oscurecen, si sus sufrimientos se aumentan, si la tristeza le asalta, no hay que temer: renacerá al momento la alegría en su pecho cuando le oigais exclamar: «¡Virgen Santísima, Madre mía, auxilia!me!»

Maria Santísima es la alegría del alma: Ella serena las tempestades de las pasiones, disipa los nublados de los apetitos, socorre en la tentación, ilumina en la duda, fortalece en el desaliento: quitad del alma á Maria, y se queda en una amargura inconsolable; devolvédsela al momento, y el alma se sacia al momento de una inefable alegría.

Maria Santísima es la alegría del cuerpo. No le deis al rico alegría mayor que la que disfruta cuando en nombre y por amor de la Virgen socorre indigentes, consuela afligidos, acoge huérfanos, ampara viudas, asiste á los enfermos: y cuando desplega todo el esplendor de su prodigalidad en restaurar los templos, en adornar los altares, y en vestir y poner todas sus riquezas, todas sus alhajas, todos sus tesoros á los piés de la Virgen Santísima, su semblante es otro, su corazón es otro; aquel hombre está completamente transformado; su ocupación es mirar á la Virgen y decirle: *Causa nostrae laetitiae*. «Tú eres mi verdadera alegría.» No esperéis ver en el pobre gozo más acabado que el que experimenta cuando recibe una limosna que pidió por Maria Santísima: él la agradecerá por la misma Señora, y, contento, se separará de

vosotros, dando gracias á la Virgen por el *Ave Maria* ó la *Salve*. Entrad en las moradas de los enfermos, en los hospitales y en las cárceles; colocaos al lado de los que agonizan, ó acompañad á los reos hasta el patíbulo: todo es allí desconsuelo; la única esperanza, la sola alegría es Maria Santísima.

¿Habeis viajado alguna vez de noche, os habeis perdido en vuestro camino y os entristecisteis por el silencio imponente y la fatídica oscuridad? Pero ved que detrás de una nube empieza á destacarse la luz de la luna, el firmamento se aclara, la tierra se ilumina, volveis á seguir vuestra jornada y os alegráis al amanecer, con la venida de la aurora. ¡Pues ved á Maria! ¿Navegais con encontrados vientos, vuestra embarcación fluctúa y zozobra, las olas la impelen furiosas en sentido contrario á vuestros esfuerzos? y ¿qué hacer? y ¿á dónde mirar? por allá se presenta entre celajes una estrella, al parecer perdida; la estrella os indica un faro, el faro os ofrece un puerto, el término de la navegación es seguro, y el regocijo reina en vuestro corazón. ¡Pues considerad á Maria! ¿Contemplais estáticos la aparición de la aurora, la salida del sol, la caída del rocío, las orquestas de las aves, los perfumes de las flores, todas esas maravillas que tanto alegran y regocijan el corazón humano? Pues más que eso es Maria Santísima, y mucho más que eso alegra y regocija Maria Santísima, aurora que se levanta, elegida como el sol, palma de Cades, rosa de Jericó, oliva preciosa de los campos, lirio entre las espinas, plátano junto á las aguas, ciprés del monte Sion.

Parece que el inspirado Isaías veía colocada á la Virgen Santísima sobre el mundo y en el mundo, cuando pronuncia y escribe aquellas magníficas palabras: *Laetitia sempiterna, erit super capita eorum; gaudium et exultationem obtinebunt*. ¡Felices todos los pueblos y todas las naciones, y las criaturas todas, porque desciende sobre sus frentes la alegría sempiterna, y porque con ella obtendrán el gozo y el regocijo! y es verdad.

Maria Santísima es nuestra alegría, es la alegría del mundo, es la causa de toda alegría, no sólo considerada con relación á nosotros, sino con relación á lo que exclusivamente es suyo. Es nuestra alegría con sus privilegios, porque asombra y admira; es nuestra alegría con sus méritos y virtudes, porque estimula y edifica; es nuestra alegría con sus prerogativas y destinos, porque tan benéficos han sido y tan consoladores para la humanidad, que mirando á esta santísima y bienaventurada criatura levantamos las manos al Omnipotente, y exclamamos: «¡Gracias á Dios!» Sí, señores: ¡cuántas son las gracias que tenemos que dar á Dios por

el regocijo que inunda nuestras almas, por la alegría que disfrutamos al ver que una pura criatura, una criatura de nuestra naturaleza, de nuestra carne, de nuestra sangre, ha sido escogida para Reina del amor y dispensadora de las misericordias del Altísimo, para Madre de Dios y Madre de los hombres! Nosotros los que hemos tenido madre, y ya no la tenemos, digamos cuánto se sufre por no poder llamar á nuestra madre: vosotros los que teneis madre, decidnos cuánto consuela, cuánto regocija, cuánto alegra el repetir una, dos, muchísimos millares de veces el nombre de madre; y ¿qué madre puede compararse con la Madre universal y con la universal alegría?

Maria Santísima es *causa nostræ lætitiæ*, la causa de nuestra alegría, nuestra alegría misma, no sólo por sus privilegios, por sus virtudes y por sus destinos, sino en sus infinitas como encantadoras imágenes y en la invocacion de su dulcísimo nombre. ¡Imágenes! No busquemos por hoy más que una, no salgamos de este templo, que aquí la hemos de encontrar: no quiero mirarla yo, únicamente quiero que la mireis bien vosotros: no os fijéis en el púlpito, volved vuestras miradas á ese hermosísimo simulacro, imperfectísimo reflejo de la hermosura original de la Virgen Santísima; á esa efigie en la que la Madre de las misericordias está recibiendo estos suntuosos homenajes, y de seguro decís: «¡Qué hermosa es! Da gozo mirarla.» No cabe duda que la Virgen Santísima es la causa de nuestra verdadera alegría. *Causa nostræ lætitiæ*.

Pues ¿y su nombre? Su nombre, que es aceite suavísimo, licor celestial que se vierte sobre nuestras almas, *oleum effusum nomen tuum*. Su nombre cuyas cinco letras son cinco gotas, ¡qué cinco gotas! cinco torrentes de bálsamo que curan todas nuestras enfermedades, cicatrizan todas nuestras heridas y convierten nuestras tristezas en verdadera alegría. ¡Su nombre! ¡Maria! Cinco letras, cinco flores, cinco luceros, cinco perlas, cinco manantiales de amor, cinco garantías de júbilo y de regocijo para el corazón que le ama y el labio que le pronuncia. Maria, que en su primera letra es *Misericordia*; en su segunda, es *Amor*; en su tercera, *Regocijo*; en su cuarta, *Indulgencia*; y en su última, *Alegría*. ¡Cuánto, cristianos, no podemos prometernos de una Mujer, de una Madre, de una Reina cuyo nombre empieza con *misericordia* y acaba con *alegría*! ¡Bendita sea Maria Santísima, esa que por Mujer es nuestra hermana y amiga; por Madre de Dios es nuestra Madre, y por Reina de los cielos es también nuestra Soberana! ¡Bendita sea una y mil veces! Y concluyamos publicando agradecidos que Maria en

los cielos, en la tierra y en el purgatorio; en la niñez, en la juventud y en la ancianidad; en el alma y en el cuerpo, en la vida y en la muerte, en el tiempo y en la eternidad, por sus prerogativas, sus virtudes y sus destinos, y en sus efigies y hasta en su nombre es nuestra alegría, nuestro regocijo: *Causa nostræ lætitiæ*; es la causa de nuestra verdadera alegría. Hagámonos por la virtud merecedores de sus consuelos en la tierra, para merecer acompañarla en las eternas alegrías de la gloria. Así sea.

DISCURSO III.

Regina Confessorum ⁽¹⁾.

Et regna... propter veritatem, et mansuetudinem, et justitiam. (David, XLIV, 5 et 6.)

Y réina... por la verdad, por la mansedumbre y por la justicia. (David, XLIV, 5 y 6.)

Regina Confessorum. (Eccles., Lit. Lauret.)

Reina de los Confesores. (Iglesia, en la Letanía.)

El orador cristiano en la presencia de una mujer que es el embeleso de toda la cristiandad; el sacerdote católico delante de una criatura que es el sosten y la fortaleza y el orgullo del Catolicismo; el hijo de la tribu de Leví, humildemente prosternado ante una emanacion divina que es la gloria de Jerusalem y la alegría de Israel, y el ornamento más hermoso del pueblo cristiano; el ministro de Jesucristo á los piés de la que fué, y es, y será siempre la esperanza de los hombres y la espectacion de los siglos; la que fué llama de los Patriarcas, y lengua de los Profetas, y pluma de Salomon; sueño de oro de la naturaleza y maravilla de la gracia; y recreo del Padre, y adoracion del Hijo, y purísimo amor del Espíritu Santo. Yo, finalmente, el último individuo del sacerdocio español, en la cátedra de la verdad contemplando lleno de admiracion, de reverencia y de entusiasmo á la Reina de todos los Santos y Madre del Amor Hermoso; y ¿con qué objeto, señores?

(1) Predicado á la Archicofradía del Amor Hermoso, en Santo Tomás, en Mayo de 1854.

Nueve mil místicos coros de almas que, sin descansar sobre la tierra, corresponden á las adoraciones que tributan á Maria las gerarquías de los ángeles en el interior de los cielos: la hermosura de Maria, imperfectamente reflejada en una multitud de imágenes, que sostienen los corazones vacilantes de los desterrados hijos de Eva, al mismo tiempo que intuitivamente forma las delicias de los justos en la bienaventuranza: predicadores venerables por su virtud é ilustres por su sabiduria que pregonan las glorias de mi Reina y mi Señora, con verdad, con excecacia y con dignidad hasta donde permite el humano entendimiento; y yo, indignamente asociado á los esclarecidos panegiristas de la Virgen, aceptando asimismo temerariamente la responsabilidad de alabarla, presentándola en uno de sus más halagüeños caracteres, en una de sus más remarcables prerogativas, en uno de tantos incomparables atributos de su mayor grandeza y santidad.

Y no entendáis que cumpliré vuestros deseos ensalzando á Maria como se merece: todos los espíritus celestiales elogiándola, no harian más que empezar: todos los bienaventurados aclamándola, no harian más que bosquejar: todos los viadores sobre la tierra invocándola, festejándola y adorándola, no harian más que diseñar. Maria que por la infinidad de Dios, es infinita en virtudes y en merecimientos, es, por esta misma infinidad, infinita en obsequios y alabanzas. Alabarla dignamente, sólo Dios, porque sólo Dios sabe quién es, y lo que es, y cómo es Maria. Recompensarla y glorificarla, sólo Dios; porque sólo Dios sabe lo que vale, lo que hace y lo que merece Maria. Y no penseis que hoy subo al púlpito por presuncion y á pregonar las glorias de Maria porque esto esté á mis alcances, ni confiando á mis fuerzas un éxito feliz, proporcional al que habla y á quien se habla: he subido á la cátedra del Espíritu Santo por devocion á Maria; poniendo mis palabras en los lábios de Maria y henchido de una lisonjera confianza; pero confianza en la maternal clemencia de Maria, y me he decidido á ocupar vuestra atencion, presentándoos á la Madre de Dios y de los hombres Reina, pero Reina de los Confesores. *Regina Confessorum*. Asunto difícil, espinoso, metafísico para el hombre material; pero fácil, suavísimo, lleno de luz y de verdad para el hombre espiritual y animado por la fe.

Necesito para empezar y proseguir los auxilios de la divina gracia; gracia que está en las manos de la que afortunadamente venimos á celebrar: invoquémosla Reina de todos los Santos y Madre del Amor Hermoso, y digámosla con el corazon y con el Angel.

Ave Maria.

Confesar no es precisamente hablar: el habla comprende en general la idea de lo verdadero y de lo falso: unas veces expresa un pensamiento que, siendo soberano de la imaginacion, no ha llegado aún á insinuarse en el alma: envuelve otras un lenguaje acomodaticio con que el que habla sostiene con fútiles, pero lisonjeras apariencias, las ilusiones del que le escucha: hablar es casi siempre, y en el lenguaje del mundo, disimular en la superficie lo que en el fondo se siente, y no pocas veces la emision de la palabra es la expresion genuina de la mentira: el hablar pertenece á la materia: el confesar corresponde al espíritu: el espíritu herido por las vivas impresiones del placer ó del dolor, de lo bueno ó de lo malo, de lo próspero ó de lo adverso, las trasmite al corazon: el corazon confia sus emociones á los lábios, y éstos las comunican con un acento que no puede ser otro que el acento de la verdad. Confesar es obedecer preceptos del corazon: confesar es sentir, pero sentir, hablando y obrando; armonizando perfectamente nuestras obras con nuestras palabras, y hermanando de una manera edificante nuestra conducta en la práctica, con nuestras creencias en teoría: de aquí se deduce que la confesion de nuestra aversion al mal consiste más en evitarle y huirle, que en decir que le detestamos; y la confesion de nuestro amor al bien estriba, más que en ensalzar este mismo bien, en practicarle.

Confesores de Jesucristo son los verdaderos seguidores de Jesucristo: son los que, sin sellar la fe con el sacrificio cruento de su vida y el derramamiento ostensible de su sangre, dieron y dan, sin embargo, un heroico testimonio de esta misma fe con una vida ejemplar, cuya norma es la virtud: confesores de la fe de Jesucristo son los anacoretas que poblaron los incultos desiertos y estremecieron al abismo con el horror de sus penitencias: son los que, en el estrépito de la Babilonia del mundo, redujeron las pasiones á servidumbre, teniendo siempre el espíritu en la presencia y en las manos de su Dios: son los que, en horas felices, predestinados por la clemencia divina, jamás despojaron su alma de la vestidura de la gracia que los cubrió en la fuente regeneradora del bautismo; ó los que si la perdieron por instigaciones diabólicas ó fragilidades humanas, volaron al llamamiento del médico celestial á lavarse y á curarse y á recuperar el tesoro perdido en la saludable piscina de la penitencia: son confesores de Jesucristo los que, colocando el pié sobre el funesto dragon, enemigo de la

pureza, conservaron su virginidad immaculada, como el primer aroma de una azucena, ó reconquistaron y embellecieron su castidad entre las asperezas de la mortificacion, á la manera del lirio entre los eriales ó entre las zarzas: confesores de Jesucristo son los que le amaron, los que le siguieron y los que le imitaron.

Ahora bien; reunid con vuestra consideracion lo innumerable, lo exquisito y lo selecto de los confesores de la fe de nuestro Dios; entresacad lo más perfecto, lo más grandioso y admirable de tan edificante reunion, y segregad de ella lo incomparable, lo sorprendente y lo inimitable en la confesion heroica de la Divinidad, y veréis que un cedro altísimo reina sobre los retoños del Libano; que un ciprés gigante avasalla las yerbas humildes de Sion; que una palmera corpulenta se enseñorea sobre los arbustos de Cades; veréis que una estrella peregrina, más brillante que el lucero que anuncia la mañana, preside á la esplendidez y la hermosura de los astros. Veréis el arca incorruptible en cuyo seno se alberga el divino Noé, flotando por su humildad, sobre las oleadas de la soberbia del mundo; veréis al iris bonancible que, nuncio de una paz inalterable, reconcilia los cielos con la tierra; á la Judith divina, decapitando al infernal Holofores; á la Esther de la gracia, solicitando para su pueblo libertad y salvacion; veréis, finalmente, á Maria, Madre del Amor Hermoso, Reina de los Confesores, *Regina Confessorum*. Pero Reina de los Confesores, nó por estar enriquecida con uno, dos, tres mil grados de santidad sinó por ser despues de Dios, la Santidad misma; nó por imitarle en esta ó en aquellas virtudes, en un grado sobreexcelente, sinó por contener en su sola purísima alma la reunion de todas las virtudes; nó por haber llegado á fuerza de combates y de contradicciones á la cumbre de la perfeccion, sinó por ser Ella manantial inagotable, y rio caudaloso, y fuente que nunca se seca, de gracia, de virtud y de perfeccion. *Regina Confessorum*. Reina de los Confesores.

Reina de los Confesores, sí, destinada *ab æterno* para contener dentro de su seno immaculado y sin detrimento de su virginal integridad, al que no cabe en los cielos ni en la tierra; destinada para ser Madre del que es Hermano y Redentor de todos los vivientes; para ser la medianera entre la justicia y la culpa, entre el Juez y los reos, entre la Divinidad ofendida y la humanidad proscriba por sus delitos, y sentenciada á eterna condenacion. Reina de los Confesores especialísimamente por su constancia y por su generosidad: por su constancia para amar á Dios, en lo que nadie la excedió; por su generosidad en amar á los hombres, en lo que nadie la igualó.

El amor, señores, es Dios, y Dios es todo caridad; la caridad es toda sacrificio, y en ella resplandecen todas las virtudes; ved á Dios enriqueciendo á Maria con todos los privilegios y adornándola con todas las prerogativas; y contemplad á María, gigante en sumision y gratitud, descollando como Reina de los Confesores por la constancia en amarle como Hija á su Padre, como Madre á su Hijo, y como Esposa á su Esposo. En amarle como Hija, porque si el amor de los hijos á los padres no ha de reconocer límites porque les dieron el sér de naturaleza, Maria recibió de Dios, ántes que todo fuese, su sér de gracia, sér que siendo incomprendiblemente grande en la mente del Eterno, la hizo todavía mucho más grande cuando las auras del mundo le sonrieron, cuando los hijos de Eva la saludaron. Los hijos aprenden de sus padres, y la enseñanza es un motivo de mayor amor; y Maria aprendió en el santuario mismo de la Divinidad misterios sublimes que habia de comprender, verdades innegables que habia de explicar; y no podia menos de beber en las fuentes de un Padre que es eterno en amar á sus hijos, la constancia en amarle, como solamente puede amarse á Dios, y como solamente puede amarle Maria.

Constancia en amarle como Madre: la maternidad es la expresion del amor; la maternidad transforma el corazon de una mujer en el corazon de una heroína, y la dispone á lágrimas y á privaciones, á padecimientos y á sacrificios, pero sólo por amor. La maternidad de Maria era una grandeza inexplicable, como divina: sus lágrimas y sus privaciones, sus padecimientos y sus sacrificios debian dar tal realce á su amor de Madre, pero de Madre de Dios, que en él descollase como la primera madre que lloró, como la primera que sacrificó, como la primera también que amó. Una madre, y esto aunque sea madre de un hijo criminal, jamás deja de amar; jamás apaga en el corazon los incendios de su cariño; jamás se cansa de desear. Maria, Madre de la inocencia misma, de la Santidad por esencia, Madre del Hijo de Dios y de Dios mismo, tiene un corazon que arde desde el principio de los siglos y se abrasa entre las llamas de sus deseos de amarle más, y se consume entre los fuegos de su cariño; y se consume y renace luego por lo violento, por lo vehemente y por lo exquisito de su constancia.

Al amor conyugal está reservada la prerogativa de ser unitivo, y por lo unitivo fuerte, y por lo fuerte perseverante: la mútua fidelidad de los esposos dilata las dimensiones del amor, y le robustece, y le dá tal consistencia, que ni los peligros le alteran, ni el tiempo le debilita, ni la muerte le desune. Maria Santísima

es la Esposa más amada, la Esposa inseparablemente unida con el Espíritu que la cubrió con su sombra en la Encarnacion, la Esposa cuyo himeneo es inmortal, indestructible: su amor es la virtud, y la virtud subsiste; su amor es la caridad, y la caridad no se amortigua; su amor es la divinidad, y la divinidad es eterna. Su desponsorio antecedió á la creacion del universo, y éste se destruirá, y pasarán los siglos, y desaparecerán las generaciones; pero el amor de la Esposa al Cordero sin mancha sobrevivirá y reinará sobre los escombros del universo, sobre la memoria de los siglos, sobre el polvo de las generaciones. Si el confesar es sentir, nadie como María sintió el amor, nadie como la Señora hizo público alarde de su amor, nadie tampoco como la Virgen, por la constancia en amar á Dios, es indisputablemente proclamada *Regina Confessorum*. Reina de los Confesores.

Generosidad para amar á los hombres: la generosidad es una de esas virtudes que más ennoblecen al corazon: como que es la dádiva que más enriquece al hombre, si el hombre ha de parecerse á su Omnipotente Autor: generosidad, expresa desprendimiento para dar y desinterés para recibir: Dios, que es un mar insondable de dónes, que es un piélago inmenso de riquezas, que es un golfo inmensurable, infinito y eterno, no reconoce límites en el dar: no cuenta por cantidad ni calcula por quilates los beneficios que dispensa; por eso al que le pide paciencia, se dá todo Él en paciencia; al que suspira por consuelos, se dá todo Él en consuelo; al que solicita no vivir solo se comunica todo Él en compañía; al que clama por remedio á sus males, se suministra todo Él en medicina; al que suspira por pan y por agua, se da todo Él incomprendible, uno, indivisible é infinitamente generoso, en comida y en bebida.

Dios, que dá sin que jamás sus dádivas le disminuyan, dá con el desinterés de un Dios; dá sin exigencia reintegro; dá sin ambicion de recompensa; porque ésta, si nosotros fuéramos capaces de retribuirle, como todo lo sobrenatural, habríamos de recibirla de sus manos. Confesor intrépido de esta generosidad, nó el que más la proclama, sinó el que más la imita; y entre todos los confesores buscadme una criatura espléndida, santamente liberal, generosísima, que dé más y con mayor desprendimiento y con desinterés más semejante al de Dios, que la Madre del Amor Hermoso, Maria Santísima. Visitémosla en Belen, y pasemos despues á contemplarla en el Calvario.

En Nazareth habia ofrecido al Eterno su cuerpo y su corazon: haciéndose esclava habia puesto en nuestras manos el dominio de la gracia; guareciéndose bajo las umbrosas alas del Espíritu Santo,

por el canal de su fe, que es una fe que no se mide, nos regaló, nos franqueó, nos hizo dueños de su inalterable santísima esperanza. Allí nos dió virtudes; en Belen nos dá lo que nosotros no podíamos nunca merecer, ni jamás nos atreveríamos á esperar. Vivíamos en tinieblas, y María nos dá el Sol de justicia, nos ahogábamos en un lago de tristeza, y María nos entrega el precioso depósito de la verdadera alegría; naufragábamos en un abismo de miseria, y María nos confía lo más excelente, cuantioso de sus riquezas; estábamos decaídos, y nos dá el verdadero valor; estábamos muertos, y nos dá la verdadera vida; estábamos sin salvacion y sin remedio, y nos dá á Jesus, cuyo nombre significa Salvador. Y ¿espera gratitud de nuestra parte? Apénas el hombre sabe que Jesus es viajero por el mundo, le persigue con encarnizamiento, y la Madre sufre desprendida y desinteresada las persecuciones contra el Hijo. Jesus vive en la abyeccion y en la oscuridad, y María sufre por nosotros la abnegacion y el abatimiento. Dios vive escondiendo los resplandores de su gloria bajo los velos del aprendiz de un pobrecito artesano, y su sierva disfraza bajo las vestiduras de una mujer del pueblo, los arrobadores privilegios de Reina de los Confesores y de Madre del Amor Hermoso.

En Belen nos entrega al Salvador; y en el calvario entrega á la Justicia Omnipotente el Redentor de los mismos que le sacrifican. Esto es muy grande, cristianos. María sobre el Gólgota parece que se hace otra mujer, parece que deja de ser lo que era con Jesucristo, por no dejar de ser lo que es para nosotros: así que, no solamente entrega á Jesucristo á la pasion; nó solamente abandona á los verdugos para que hagan de Él lo que cumple á la voluntad de su Padre, sinó que comprendiendo perfectamente que en union con aquella víctima debian inmolarse otro cerazon y otra alma, otras potencias y otros sentidos que fueran los del Verbo humanado, colocó sobre el altar del sacrificio su alma y su corazon, sus potencias y sus sentidos, se ofreció sin condiciones á sufrir con desprendimiento, con desinterés y por amor de sus hijos, cuanto el Hijo de las eternas complacencias sufría con desprendimiento y con desinterés por amor de sus hermanos.

Identificada con Jesucristo en el amor, se colocó á la misma altura que Jesucristo en el padecer, y ¡no sé que diga! Jesus era atormentado en el cuerpo, María era atormentada en el espíritu. Jesus moría y acababa de padecer; María vivía, y su tortura empezaba con mayor violencia en el momento mismo en que parecía había de concluir. Identificada con Jesucristo en la constancia para amar, así como Aquel escogió el inaudito prodigio, la estupenda

fineza de quedarse con nosotros hasta la consumacion de los siglos en el sacramento de su amor; muriendo despues en el árbol de la Redencion; María sacrifica sus vehementes deseos de morir; y vive y se conserva para los hombres aún hasta despues de que exhala para ellos toda su alma y distribuyen entre ellos su magnánimo corazon, un tránsito feliz, un éxtasis angelical, un sueño de eterna vida la lleve á ocupar un trono de gloria inmarcesible y á ceñir una corona inmarcitable de augusta bienaventuranza. Identificada con Jesucristo en la generosidad para amar á las criaturas, las ama con absoluto desprendimiento, con desinterés incalculable; María es el modelo del amor, de la constancia y de la generosidad.

¿Habéis observado una roca situada en medio del mar que elevando su punta hasta las nubes, sufre inalterable los rigores de la intemperie, el azote de las olas y las sacudidas violentas del turbulento huracan? Pues esa es María, la Madre del Amor Hermoso, roca invencible en su acrisolada constancia para amar á Dios. ¿Habéis advertido un rio caudaloso que, recibiendo los bramadores torrentes que se precipitan desde la cima de una montaña secular, cuyas plantas fecundiza y riega, se agita impetuoso é hirviente, y salva la ribera, y sale de madre, y, estendiéndose por una pradera cuyo término se pierde en el lejano horizonte, todo lo cubre, todo lo inunda, y como que parece que no se aquieta, ni se amansa, ni se tranquiliza hasta que las entrañas de la tierra han absorbido hasta la última gota de sus espumantes aguas? Pues ese rio es María, la Madre del Amor Hermoso; rio de generosidad sin principio ni fin para amar á las criaturas; cuyo amor, sin cesar ardiendo, todo lo inunda, y cuyo corazon, sin cesar amando, parece que solo descansa cuando las criaturas todas descansan bajo las alas de su cariño.

Por eso esas fortalezas inexpugnables, esos héroes del Cristianismo, cuyo sér y cuyo nombre se han immortalizado por el amor de Dios, acudieron á tomar armas para defenderse contra las asechanzas del demonio, á las plantas de María. Confesaban á Jesucristo, y María era su Reina. Por eso esos espejos resplandecientes, esas almas de fuego, esos mártires de la caridad que la Religion y la Iglesia nos ofrecen como cátedras elocuentes donde aprendamos á sacrificarnos todos y á sacrificarlo todo en obsequio al Criador y por amor á las criaturas, volaron presurosos á la fuente del amor, que es María; á la torre de la constancia, que es María; océano inmenso de la generosidad, que es María. Por eso, así como á nadie sino á María engrandeció y enriqueció el

Altísimo, así tampoco á nadie como á Maria dispensó la gracia de confesarle privada y públicamente, en presencia de los cielos y de la tierra, de los ángeles y de los hombres; por la exaltacion incansable de su majestad y de su grandeza, y por la práctica edificante de todas las virtudes. Por eso Maria Santísima reúne en sí misma el honor, la alabanza y la bendicion de todos los hijos de Adán; por eso es conocida, invocada y enaltecida con una multitud de títulos que forman y son otros tantos panegíricos de su santidad y de su amor; y entre ellos descuella como la azucena de los campos, como el lirio de los valles, como la luna entre las estrellas, como el águila entre las aves, el honorífico dictado, el título tierno, suavísimo y consolador de Reina de los Confesores. *Regina Confessorum.*

Desisto de proseguir porque mi objeto es no molestar. ¿Queréis santidad? Ahí teneis á la Reina de todos los Santos. ¿Queréis amor? Ahí teneis á la Madre del Amor Hermoso. ¿Queréis ser públicamente confesores de la fe de Jesucristo? Ahí teneis á la Reina de los Confesores. ¡Reinad, Virgen Santísima, en los corazones de todos los cristianos; corazones que se han hecho para Dios y para Vos; reinad en nuestros pensamientos con todas las dulzuras que envuelve vuestro nombre; reinad en nuestros labios por la confianza que derrama sobre ellos vuestra poderosa intercesion! Corone, en hora buena, vuestras cándidas sienes la refulgente y eterna diadema de Reina de los Confesores; circúndeos, porque así lo mereceis, el sol de la inmortalidad. Hijos vuestros, pueblo vuestro y cortesanos vuestros, os amamos con constancia y generosidad, con anhelo y esperanza, con entusiasmo y con seguridad, porque sabemos que, imitándoos en lo virtuosa y en lo santa, os acompañaremos tambien, por dicha nuestra y eternamente, en la gloriosa bienaventuranza. Así sea.

DISCURSO IV.

Sermon del Cármén ⁽¹⁾.

Exultavit anima mea in Deo meo, quia induit me vestimentis salutis.
(Isaí., cap. LXI, ver. 10.)

A medida que el genio de la impiedad se ensaña más y más por hacer desaparecer de nuestro suelo, y lo que es más sensible, de nuestras almas, la sólida piedad que nos legaron nuestros mayores; cuando una era, estrepitosa en formas y apariencias, pero en el fondo corrompida y vacía de amor á la virtud, asesta con más vehemencia sus tiros contra el baluarte inexpugnable de nuestra adorada Religion; en medio de la amargura que asalta á nuestro espíritu y corroe nuestro corazón, descubrimos, y no muy léjos, un rayo de luz consoladora que disipa las tinieblas que nos ofuscan, reanima las esperanzas debilitadas, y destruye y extermina la acerba tribulacion que nos aflige. Aun hay fe: á despecho del siglo, de sus doctrinas y de sus innovaciones, nosotros reconocemos la tierra como una peregrinacion, el sepulcro como una transicion, y esperamos despues de esta vida miserable una eternidad indispensable de castigo ó de recompensa; y temblando por el primero ó suspirando por la segunda, nos acogemos todos, pobres y ricos, grandes y pequeños, sabios é ignorantes, justos y pecadores, al asilo de la Iglesia, y la instamos, y la suplicamos, y la porfiamos que nos ilumine como antorcha, y nos enseñe como maestra; y la Iglesia, solícita siempre de nuestro remedio, nos indica, como segura y única para el consuelo de todos nuestros pesares, la senda

(1) Primer sermon predicado por el autor en la parroquia de San Ginés, de Madrid, el 12 de Julio de 1852.

Altísimo, así tampoco á nadie como á Maria dispensó la gracia de confesarle privada y públicamente, en presencia de los cielos y de la tierra, de los ángeles y de los hombres; por la exaltacion incansable de su majestad y de su grandeza, y por la práctica edificante de todas las virtudes. Por eso Maria Santísima reúne en sí misma el honor, la alabanza y la bendicion de todos los hijos de Adán; por eso es conocida, invocada y enaltecida con una multitud de títulos que forman y son otros tantos panegíricos de su santidad y de su amor; y entre ellos descuella como la azucena de los campos, como el lirio de los valles, como la luna entre las estrellas, como el águila entre las aves, el honorífico dictado, el título tierno, suavísimo y consolador de Reina de los Confesores. *Regina Confessorum.*

Desisto de proseguir porque mi objeto es no molestar. ¿Queréis santidad? Ahí teneis á la Reina de todos los Santos. ¿Queréis amor? Ahí teneis á la Madre del Amor Hermoso. ¿Queréis ser públicamente confesores de la fe de Jesucristo? Ahí teneis á la Reina de los Confesores. ¡Reinad, Virgen Santísima, en los corazones de todos los cristianos; corazones que se han hecho para Dios y para Vos; reinad en nuestros pensamientos con todas las dulzuras que envuelve vuestro nombre; reinad en nuestros labios por la confianza que derrama sobre ellos vuestra poderosa intercesion! Corone, en hora buena, vuestras cándidas sienes la refulgente y eterna diadema de Reina de los Confesores; circúndeos, porque así lo mereceis, el sol de la inmortalidad. Hijos vuestros, pueblo vuestro y cortesanos vuestros, os amamos con constancia y generosidad, con anhelo y esperanza, con entusiasmo y con seguridad, porque sabemos que, imitándoos en lo virtuosa y en lo santa, os acompañaremos tambien, por dicha nuestra y eternamente, en la gloriosa bienaventuranza. Así sea.



DISCURSO IV.

Sermon del Cármén ⁽¹⁾.

Exultavit anima mea in Deo meo, quia induit me vestimentis salutis.
(Isaí., cap. LXI, ver. 10.)

A medida que el genio de la impiedad se ensaña más y más por hacer desaparecer de nuestro suelo, y lo que es más sensible, de nuestras almas, la sólida piedad que nos legaron nuestros mayores; cuando una era, estrepitosa en formas y apariencias, pero en el fondo corrompida y vacía de amor á la virtud, asesta con más vehemencia sus tiros contra el baluarte inexpugnable de nuestra adorada Religion; en medio de la amargura que asalta á nuestro espíritu y corroe nuestro corazón, descubrimos, y no muy léjos, un rayo de luz consoladora que disipa las tinieblas que nos ofuscan, reanima las esperanzas debilitadas, y destruye y extermina la acerba tribulacion que nos affige. Aun hay fe: á despecho del siglo, de sus doctrinas y de sus innovaciones, nosotros reconocemos la tierra como una peregrinacion, el sepulcro como una transicion, y esperamos despues de esta vida miserable una eternidad indispensable de castigo ó de recompensa; y temblando por el primero ó suspirando por la segunda, nos acogemos todos, pobres y ricos, grandes y pequeños, sabios é ignorantes, justos y pecadores, al asilo de la Iglesia, y la instamos, y la suplicamos, y la porfiamos que nos ilumine como antorcha, y nos enseñe como maestra; y la Iglesia, solícita siempre de nuestro remedio, nos indica, como segura y única para el consuelo de todos nuestros pesares, la senda

(1) Primer sermon predicado por el autor en la parroquia de San Ginés, de Madrid, el 12 de Julio de 1852.

de la verdadera devocion. Sí, señores; la devocion cristianamente practicada edifica á los hombres, interesa á los Santos, obliga al mismo Dios á detener el golpe de la justicia, y á derramar sobre nosotros los abundantes raudales de su misericordia. Y cuanto más grande, y más benemérito, y más santo es el objeto de nuestras oraciones, más eficaz, y más seguro, y más saludable es el efecto que en nosotros produce la devocion.

Entre las devociones, cristianos, lo mismo que entre todas las prácticas de nuestra Santa Religion, hay algunas de un origen eminentísimo, sublime, que han tenido su cuna en el cielo, que han llegado hasta nosotros, atravesando generaciones de Santos, y haciéndose amables, invencibles, respetables y utilísimas por sus consoladores efectos y satisfactorias consecuencias. Hay devociones cuyo distintivo es el ser universalmente abrazadas, piadosamente sostenidas, y religiosamente perpetuadas; hay devociones, en fin, cuyo principal carácter consiste en servir de norma para arreglar la conducta de las almas, abriéndolas en el ejercicio de las virtudes la senda de una venturosa eternidad.

Paréceme, señores, que ya comprendereis el asunto sobre que vamos á reflexionar en la presente mañana; asunto muy superior á mis fuerzas, cuando en él se interesa la más grande, la más benemérita y la más Santa despues de Dios, de todas las criaturas, que es Maria Santísima; y empresa de escabrosa ejecucion y dudoso resultado, cuando, colocado por primera vez en la Cátedra de la verdad, me he comprometido á panegirizar *la devocion más grande en su origen, y más útil en sus efectos* sobre todas las devociones: la devocion de Maria en el Santo Escapulario del Cármen.

Sin querer se ha escapado de mis labios la idea que me propongo desenvolver en el presente discurso; discurso que carecerá de la profundidad de la ciencia que no poseo, y de la sublimidad de la elocuencia que desconozco, y en el que abundarán, aunque con sentimiento mio, todos los defectos inherentes á un principiante: confio, sin embargo, en Dios y en la cristiana indulgencia de los que se disponen á escucharme. Á tí, pues, Congregacion ilustre, y á tí, religioso auditorio, pertenece secundar mis esfuerzos, ayudándome á implorar los celestiales auxilios para que mis palabras produzcan en vuestros corazones el efecto que yo deseo. Alcemos los ojos á los montes de donde ha de venir todo auxilio para nosotros: acudamos á nuestro Dios, presente en el inefable sacramento de su amor, seguros de alcanzar la gracia que le pedimos, cuando á él le obligamos con la mediacion de la Reina de los cielos, á quien reverentes saludamos con el Angel.

Ave Maria.

En esa nacion que es hoy la señora de los mares y en épocas más felices era llamada el *jardin de la Iglesia*, brotó una planta, cristianos, que siendo desconocida y humilde en su principio, habia de crecer y robustecerse hasta llegar á ser el tronco más corpulento. Un hombre que, como el ciprés de Sion, alzaba al cielo su frente en medio de la soledad: un hombre que, como la palmera de Cades, daba abundantísimos frutos de virtud; y que, como el cedro del Líbano, elevaba su alma hasta el Omnipotente tanto como echaba en el suelo profundísimas raíces de eminente santidad, fué el que en los inescrutables designios de la Divina Providencia estaba destinado, cual otro Constantino, á tremolar en medio de la Iglesia, y para consuelo de los cristianos, el estandarte del Santo Escapulario.

Dije que este hombre echaba en el suelo profundísimas raíces de santidad, y esto es incontestable. Santo es el hombre que al ver espirar los dias de su niñez huye del mundo, y por espacio de veintiocho años mortifica, macera, reduce su cuerpo á servidumbre por conservar sin mancha su pureza angelical, y no vuelve á presentarse en él hasta que, obediente á la voz de Dios, viene á difundir por todas partes la lava del amor divino en que se consumia su corazon. Santo es el que sin otra comida que unas raíces silvestres, ni otra bebida que un poco de agua, ni más descanso que dos horas, porque lo restante del tiempo lo necesitaba y le parecia poco para estar en la presencia del Señor, emplea todos los instantes de su vida en la observancia de la ley, en la exaltacion de las grandezas y en el cántico de las misericordias de nuestro Dios. Santo es un hombre penitente, como David; casto, como José; obediente, como Isaac; contemplativo, como Moisés; lleno de fe, como Abraham; valiente, como Josué; intrépido, como los Macabeos; sabio, como Salomon; apostólico, como San Pablo, y lleno de celo por la honra y gloria del Altísimo, como el inmortal Profeta San Elías. Santo es el que abandona el retiro y los plácidos atractivos de la vida cenobítica, y dócil á las inspiraciones del espíritu de Jesucristo, como en otro tiempo los Apostóles, se arroja en medio de la populosa Europa, abraza el instituto de los hijos del Carmelo, se constituye su modelo de perfeccion, y activo en lo temporal, é incansable en lo espiritual, entroniza la fe, arraiga la esperanza, extiende la caridad, y atrae las celestiales bendiciones sobre cuanto tiene la

dicha de ser tocado por sus manos. Santo es, finalmente, el que en los arcanos de la Majestad del Excelso estaba destinado para sosten, gloria y ornamento del insigne Orden carmelitano, el esclarecido inglés San Simon Stock.

¿Y prueba, me preguntaréis ahora, la santidad de este varon justo la grandeza del origen de nuestra devocion? Lo prueba, señores, y la prueba tanto, que, analizadas una por una todas las circunstancias de su vida, no necesitaria yo más testimonio á mi propósito y para vuestro convencimiento que esta misma santidad, santidad que ha canonizado la Iglesia, infalible siempre, exponiéndola á nuestra continua veneracion: pero paso más adelante; y si en auxilio del plan que me he propuesto me he valido de los méritos del que es destinado á enriquecer el mundo con la dádiva que recibe del cielo, ahora aduzco en mi favor la santidad de la criatura que desciende á ponerla en sus manos.

Yo me figuro, cristianos, ver rasgarse las nacaradas nubes que velan el firmamento, abrirse de par en par las puertas eternas, y precedidas de los ángeles y acompañada de las vírgenes, y seguida de todas las gerarquías de los bienaventurados, bajar resplandeciente como el sol á santificar con su presencia inmaculada la morada del carmelita Stock, la que forma las delicias del Eterno, y es una maravilla de la gracia; la Hija predilecta del Padre; la Madre cariñosa del Hijo; la Esposa idolatrada del Espíritu Santo; la que es Templo vivo de la Santísima Trinidad; y el embeleso de los ángeles, el terror de los demonios, la co-redentora del género humano, Maria Santísima, Madre de Dios, vuela á traernos una prenda segura de predestinacion y de salvacion; baja á ratificar una íntima alianza entre Ella y sus hijos; á anudar el vínculo más estrecho de adopcion y de proteccion hácia los que vistan la celestial insignia, proporcionándoles con ella un medio fácil y expedito para cumplir con las obligaciones del Cristianismo: *Ecce signum salutis*. La Reina de la eternidad pone en manos de su siervo el Santo Escapulario del Cármen.

Ahora bien: ¿hay un ser creado más privilegiado desde *ab æterno* que Maria? Dígalo el ser concebida sin mancha, y saludada llena de gracia por el parainfo celestial. ¿Hay santidad creada que supere á la santidad de Maria? Dígalo el haber sido elegida para Madre del Santo de los Santos, Jesucristo, nuestro bien. ¿Hay virtudes en ninguna criatura que formen paralelo con las virtudes de Maria, ni grandeza mayor que la grandeza de Maria? Bien lo justifica el haber sido arrebatada en cuerpo y alma de este valle de lágrimas á las moradas de Sion, y coronada por

la omnipotencia, la sabiduria y el amor de la beatísima Trinidad, como Reina de todo lo criado.

La santidad de Stock es incontestable; la santidad de Maria escede á toda santidad, y solo puede compararse con la del mismo Dios; Maria Santísima y Simon Stock son el origen de la devocion que hoy solemnizamos; luego Ella es, por su origen, la más grande de todas la devociones. Sentado este principio, se deduce fácilmente que es tambien la más útil en sus efectos. Pasemos á verlo en mi segunda reflexion.

Omito, católicos, en obsequio de la brevedad, el referir cómo la institucion del Escapulario del Cármen se ha perpetuado hasta nuestros dias, quebrantando invencible la cabeza del tiempo, formidable vencedor de siglos y generaciones; paso en silencio manifestaros que el conducto por que se nos ha comunicado es un vástago, una rama hija de aquella raíz bendita plantada en la Palestina, y cuyos retoños se han trasplantado á todas las naciones del mundo cristano. No me detendré á deciros que esta es aquella planta que ha dado por fruto frutos de austerísima penitencia, de ferviente amor de Dios y de inextinguible menosprecio del mundo y de sí mismo; y este fruto, que ha vegetado en las austeridades de los claustros, le conocemos y reverenciamos con los nombres de un Gerardo, de un Alberto, de un Corsino, de un Juan de la Cruz; de una Magdalena de Pazzis, de una Teresa de Jesus, y de tantos otros cuyo solo nombre es el panegírico más completo del Orden á que pertenecieron, y en cuya observancia se santificaron; y paso á poner á vuestra consideracion, aunque en bosquejo, los efectos tan innumerables como prodigiosos que en sus verdaderos devotos produce el Escapulario del Cármen.

Ecce signum salutis, ut sit salus in periculis. Simbolo de salvacion y remedio en los peligros. En estas palabras de la bendicion de este distintivo encuentro yo veo la recopilacion de todos los efectos que causa en nosotros esta devocion. *Ecce signum salutis*: efectos de proteccion interior, ó efectos espirituales: *ut sit salus in periculis*: efectos de proteccion exterior ó temporales. Primer efecto espiritual es alistarnos en una milicia sagrada y angélica; en una milicia santa que puede llamarse sin exageracion la milicia de Maria: inscribirnos en un ejército numeroso que ha extendido sus falanjes por todo el mundo combatiendo con denodado esfuerzo por las glorias de su Señora, y venciendo con intrépido heroismo

á sus encarnizados enemigos sin otras armas que la piedad, sin otra bandera que el Escapulario, ni otra tienda de campaña donde guarecerse que el manto de Maria Santísima del Cármen. Efecto espiritual es suplir ante el tribunal del Juez de vivos y muertos la insuficiencia y escasez de nuestros méritos, de nuestras virtudes y mortificaciones, con la superabundancia de las mortificaciones, virtudes y méritos de todos los carmelitas, desde Elías hasta el último de sus hijos: hacernos partícipes de todas las gracias, de todas las prerogativas y de todas las bendiciones que sobre sus hijos muy queridos derrama sin cesar la Reina del Carmelo. Efecto espiritual es poner á nuestra disposición los infinitos tesoros de indulgencias y privilegios con que la han enriquecido los Juanes y Alejandros, los Clementes y Paulos, los Pios y Gregorios, y todos sus sucesores, como dueños de las llaves de la Iglesia. Efecto espiritual es libertarnos de las seducciones del mundo, de las asechanzas del demonio, de las instigaciones de la carne; dar valor para resistir á las tentaciones, y vencerlas; para conocer los vicios, y detestarlos; para abrazarnos á la virtud, y practicarla: efecto espiritual es escitar al pecador al arrepentimiento, dar al justo perseverancia, aliento á los pusilánimes, vigor á los tibios, llevar desde el lecho de la muerte á la Jerusalem triunfante al que vivió siempre en la gracia del Señor, y sacar de las horrendas cárceles del purgatorio, para trasladarlas á la gloria, á las almas que gimen en ellas hasta satisfacer á la inexorable justicia del Altísimo: sí, cristianos; el Escapulario del Cármen es á las pobrecitas almas del purgatorio lo que la desierta pero deseada playa es al náufrago desconsolado; el puerto de salvacion. *Ecce signum salutis*: efecto espiritual con la devoción al Santo Escapulario, es consagrarnos enteramente al culto de Maria, iluminar nuestro espíritu y arreglar nuestra conducta como cristianos, para hacerlos despues eternamente dichosos como predestinados.

Ut sit salus in periculis. Efectos temporales. El Escapulario del Cármen es el amparo de la indigencia, el consuelo de la tribulación, la medicina en la enfermedad; es el compañero del encarcelado, la guía del caminante, la brújula del marinero; el Escapulario del Cármen oye el primer vagido de los niños, escucha las plegarias de los jóvenes, y recoge el último aliento de los ancianos cuando sus cansados ojos se cierran para siempre á la luz de la existencia; el Escapulario del Cármen guarda las riquezas de sus devotos, aumenta sus bienes, los liberta de todo mal, y los multiplica á medida que estos los reparten entre pobres y necesitados. *Ut sit salus in periculis*. el Escapulario del Cármen desbarata las

tempestades de la tierra, disipa las borrascas del mar, dá fecundidad á los campos, rocío á las nubes, apaga los incendios, aleja las hambres, extermina las pestes, ahuyenta las guerras, y hace florecer, á la sombra de la Religion y de la paz, las familias, los pueblos y las naciones. *Ut sit salus in periculis*. Para que sea remedio en los peligros: y efectivamente, señores; para testimonio de esta verdad, decidme vosotros mismos: asaltados por una tentación, abrumados por un padecimiento, aquejados por una aflicción, ¿á quién invocais? ¿qué es lo primero que decis? ¡Virgen Santísima del Cármen! Y esta invocación universal no es otra cosa que una prueba irrefragable de que la devoción para con el Santo Escapulario del Cármen, *si es la más grande en su origen, es también la más útil en sus efectos*, que es lo que me propuse manifestar. Hé concluido.

Gloriate, Congregación ilustre, de ver colocado sobre el pecho de todos tus individuos ese Santo Escapulario, escudo impenetrable contra el que se han estrellado siempre los dardos de la herejía, y contra quien no prevalecerán jamás las puertas del infierno. Gloriate, y gloriense en hora buena cuantos aumentan, sostienen y frecuentan tan cristiana devoción. Pero tened en cuenta que vuestro primer cuidado ha de ser hacerlos dignos de sus innumerables y utilísimos efectos. ¿Y cómo? *Si diligitis me, mandata mea servate*, os diré yo poniendo en los labios de la Reina de los ángeles las palabras de Jesucristo en su Evangelio: «Si me amais, guardad mis preceptos.» Al vestir el Sagrado Escapulario, os habeis comprometido á defender los intereses de Maria, á imitar fielmente las virtudes de Maria, y á esperar todo de Maria, durante vuestra vida, y muy particularmente á la hora de vuestra muerte. No temais á los que con lengua maldiciente y desenfrenada tachen vuestro celo de hipocresía, de superstición ó fanatismo; *venenum aspidum sub labiis eorum*; rebosan sus labios el veneno de las áspides; y lo mismo que censuran esta devoción, critican de todas las demás. Amad la virtud y aborreced el vicio: buscad la gracia y detestad la culpa; y así, y solo de esta manera, podreis llamaros y ser con toda exactitud verdaderos devotos é hijos predilectos de Maria.

Virgen Santísima del Cármen, pues que en vuestras manos ha puesto el Eterno el cetro de su misericordia, en vuestra gloriosa advocación del Cármen veo yo el cauce por donde descenden hasta nosotros los inagotables torrentes de sus gracias y bendiciones: gracia y bendición, Señora, que derramaréis incesantemente sobre el Vicario de Jesucristo en la tierra, nuestro amantísimo

Padre Pio IX, para que dirija con acierto la fluctuante nave de San Pedro; y sobre todo el Episcopado y sacerdocio católico, para que coadyuven y cooperen á la exaltacion de la fe, extirpacion de las herejías y conversion de los pecadores: gracia y bendicion sobre el angusto trono de San Fernando, invencible siempre y salvo de todos los peligros á la sola invocacion de vuestro nombre: sobre el Episcopado y clero español: sobre el jefe, cabildo y feligreses de esta iglesia parroquial; sobre todas las corporaciones religiosas que con tanto fervor, con tanto celo y con tan extraordinaria devocion sostienen, publican y defienden, bajo distintos títulos, vuestros atributos y perfecciones; gracia y bendicion sobre el infatigable carmelita que en vuestro templo y en vuestra soberana presencia me dirigió la palabra en el dia de mi primera Misa (1); sobre todos nuestros bienhechores en general y sobre el de cada uno en particular. Gracia y bendicion, Virgen Santísima, sobre los que ahora, en este mismo momento, se encuentren en el trance terrible de la agonía: indulgencia y libertad para nuestras hermanas las almas del purgatorio, en especial para las de mis queridos padres, y para las que se hallen más afligidas porque se hallan más abandonadas: gracia y bendicion sobre el devoto corazon de la Excma. señora que hoy os consagra estos magníficos y rendidos obsequios; alcanzadla cuanto desee temporal y espiritualmente, que bien merece vuestra acogida favorable la humildad y el amor con que os lo suplica; gracia y bendicion sobre esta real Congregacion que un dia y otro dia, y un año y otro año se muestra más agradecida á vuestro amparo y proteccion; gracia y bendicion, Virgen Santísima, sobre el más indigno, el más incapaz y el último, yo, de los ministros del santuario, que hoy por primera vez he tenido la honra de ser intérprete de los sentimientos de este vuestro cristiano pueblo, dedicándoos de esta manera las primicias de mi predicacion; gracia y bendicion sobre cuantos han tenido la paciencia de escucharme, y sobre todos los hijos de la militante Iglesia, para que, unidos en perfectísima caridad, regocijadas nuestras almas porque nos revestisteis con vestiduras de salud, ya que de corazon os invocamos, tambien de corazon os imitemos, y saludándoos, Virgen del Cármen, en esta vida transitoria, os alabemos, bendigamos y glorifiquemos despues, Virgen Santísima del Cármen, por eternidad de eternidades en la gloria. Amen.

(1) Lo fué el Sr. Dr. D. Gregorio Montes, padrino tambien en mi investidura de doctor.

DISCURSO V.

Sobre el mismo asunto.

*Ecce nubecula parva quasi vestigium
hominis ascendebat de mari.*

Hé aquí que subia del mar una nubecilla pequeña como la huella de un hombre.

(Lib. III de los Reyes, cap. XVIII, ver. 44.)

ARROBADOR y magnífico es el objeto que nos reúne en este grandioso y augusto templo: combinacion admirable de circunstancias nos impele á todos á inclinar nuestras cabezas ante el ara del altar: cadena interminable de siglos que ya pasaron viene á regenerar en nuestra presencia épocas de gloria, de excelencia y de Santidad. Para el orador cristiano que ha de emplearse en panegirizar una devocion universal cuyo origen se confunde en la noche de los tiempos; para el predicador evangélico que ha de colocar la base de su discurso en la cúspide de una montaña secular, tan eminente como la institucion que tuvo en ella su nacimiento; para el sacerdote de la ley de gracia que ha de poner en sus labios, con el fin de grabarla en el corazon de cuantos le escuchan, la magnánima generosidad de una Mujer incomparable que acaudilla, protege é inmortaliza una milicia cuya bandera es celestial, porque es hechura de sus manos, la mayor dificultad consiste en la eleccion del asunto sobre que debe discurrir.

Yo, sin embargo, retrocedo y me dirijo en alas de mi entusiasmo al oriente de la Palestina, y entre la dilatada cordillera de montes que la hermosea, arrebata mi atencion uno que, como el de Oreb, puede llamarse la mesa donde esa Providencia que todas las cosas cria y gobierna, apareja el convite y prepara nutri-

Padre Pio IX, para que dirija con acierto la fluctuante nave de San Pedro; y sobre todo el Episcopado y sacerdocio católico, para que coadyuven y cooperen á la exaltacion de la fe, extirpacion de las herejías y conversion de los pecadores: gracia y bendicion sobre el angusto trono de San Fernando, invencible siempre y salvo de todos los peligros á la sola invocacion de vuestro nombre: sobre el Episcopado y clero español: sobre el jefe, cabildo y feligreses de esta iglesia parroquial; sobre todas las corporaciones religiosas que con tanto fervor, con tanto celo y con tan extraordinaria devocion sostienen, publican y defienden, bajo distintos títulos, vuestros atributos y perfecciones; gracia y bendicion sobre el infatigable carmelita que en vuestro templo y en vuestra soberana presencia me dirigió la palabra en el dia de mi primera Misa (1); sobre todos nuestros bienhechores en general y sobre el de cada uno en particular. Gracia y bendicion, Virgen Santísima, sobre los que ahora, en este mismo momento, se encuentren en el trance terrible de la agonía: indulgencia y libertad para nuestras hermanas las almas del purgatorio, en especial para las de mis queridos padres, y para las que se hallen más afligidas porque se hallan más abandonadas: gracia y bendicion sobre el devoto corazon de la Excma. señora que hoy os consagra estos magníficos y rendidos obsequios; alcanzadla cuanto desee temporal y espiritualmente, que bien merece vuestra acogida favorable la humildad y el amor con que os lo suplica; gracia y bendicion sobre esta real Congregacion que un dia y otro dia, y un año y otro año se muestra más agradecida á vuestro amparo y proteccion; gracia y bendicion, Virgen Santísima, sobre el más indigno, el más incapaz y el último, yo, de los ministros del santuario, que hoy por primera vez he tenido la honra de ser intérprete de los sentimientos de este vuestro cristiano pueblo, dedicándoos de esta manera las primicias de mi predicacion; gracia y bendicion sobre cuantos han tenido la paciencia de escucharme, y sobre todos los hijos de la militante Iglesia, para que, unidos en perfectísima caridad, regocijadas nuestras almas porque nos revestisteis con vestiduras de salud, ya que de corazon os invocamos, tambien de corazon os imitemos, y saludándoos, Virgen del Cármen, en esta vida transitoria, os alabemos, bendigamos y glorifiquemos despues, Virgen Santísima del Cármen, por eternidad de eternidades en la gloria. Amen.

(1) Lo fué el Sr. Dr. D. Gregorio Montes, padrino tambien en mi investidura de doctor.

DISCURSO V.

Sobre el mismo asunto.

*Ecce nubecula parva quasi vestigium
hominis ascendebat de mari.*

Hé aquí que subia del mar una nubecilla pequeña como la huella de un hombre.

(Lib. III de los Reyes, cap. XVIII, ver. 44.)

ARROBADOR y magnífico es el objeto que nos reúne en este grandioso y augusto templo: combinacion admirable de circunstancias nos impele á todos á inclinar nuestras cabezas ante el ara del altar: cadena interminable de siglos que ya pasaron viene á regenerar en nuestra presencia épocas de gloria, de excelencia y de Santidad. Para el orador cristiano que ha de emplearse en panegirizar una devocion universal cuyo origen se confunde en la noche de los tiempos; para el predicador evangélico que ha de colocar la base de su discurso en la cúspide de una montaña secular, tan eminente como la institucion que tuvo en ella su nacimiento; para el sacerdote de la ley de gracia que ha de poner en sus labios, con el fin de grabarla en el corazon de cuantos le escuchan, la magnánima generosidad de una Mujer incomparable que acaudilla, protege é inmortaliza una milicia cuya bandera es celestial, porque es hechura de sus manos, la mayor dificultad consiste en la eleccion del asunto sobre que debe discurrir.

Yo, sin embargo, retrocedo y me dirijo en alas de mi entusiasmo al oriente de la Palestina, y entre la dilatada cordillera de montes que la hermosea, arrebata mi atencion uno que, como el de Oreb, puede llamarse la mesa donde esa Providencia que todas las cosas cria y gobierna, apareja el convite y prepara nutri-

mento vital y delicioso á la piedad siempre creciente de las pasadas, presentes y futuras generaciones de cristianos: montaña mas célebre que la cenicienta plataforma del Selmon, emblanquecida por la nieve, como emblanquecen la cabeza de un hombre las canas de una venerable ancianidad: mas ennoblecida que las montañas de Armenia, porque si en aquellas descansó, sellada y cerrada á la curiosidad de los hombres, el Arca de la Alianza, en ésta hizo su mansion, pero abierta para todas las criaturas y prefigurada en un geroglífico inolvidable, el Arca de la divina misericordia: más fecunda que el monte Olivete, donde brotaron al impulso de maternales influencias olivas frondosísimas, cuyos renuevos se propagaron maravillosamente y existen aún entre nosotros en toda la redondéz de la tierra: montaña resplandeciente y coronada de gloria como la cima del Tábor, y donde el Patriarca Elías vió representados en una figura, tan elegante como sencilla, la majestad y el poderío de la suspirada libertadora de la cautiva Israel: montaña mucho más floreciente que la montaña de Sion, donde una manga pequeña que surgia del seno de los mares, hizo germinar y nutre con maternal rocío un sinnúmero de cipreses que levantan sus copas hasta el cielo y permanecen en orden de batalla como bien disciplinados escuadrones, y una multitud de lirios inmarcesibles que se cimbrean como cantando las alabanzas de su Criador, hasta la consumacion de los siglos. Segundo Sinai, donde el Moisés de los carmelitas recibió el código de paz y de salvacion que le ofreciera la Legisladora y Co-redentora de los hombres: montaña más admirable y sorprendente que las gargantas del Libano, taladradas por las raíces de cedros tan elevados en virtudes y tan eminentes en santidad, que el mundo los honra perpetuando su memoria, la Iglesia los rinde homenaje, inscribiéndolos en el catálogo de los Santos, y el Cristiano se gloria de ver expuestas sus efigies á la pública veneracion: montaña, finalmente, cuyo solo nombre arranca de los ojos lágrimas de ternura, y al corazon suspiros de consueño y gratitud: la montaña del Carmelo.

Yo veo, señores, un anciano de semblante risueño y respetable, con los piés desnudos, con las carnes cubiertas de groseras y desaliñadas pieles, de cuyas pupilas se desprende una luz, reflejo de la celeste que ilumina su entendimiento; de cuyos labios se exhala un fuego, llamarada sutil del que devora su alma por la gloria del Eterno; dirigiendo con avidez sus penetrantes miradas á la cresta del Carmelo, buscando un signo de salud, una prenda de salvacion del pueblo de Dios y de exterminio de sus enemigos;

otro arco que sea pacto de alianza entre el cielo y la tierra; otra nube de fuego que guie á los escogidos, y otra columna de nube donde oculto el Rey inmortal de los siglos, consuele á los predeterminados; y poco á poco se levanta de las entrañas del mar una señal inesperada, un globo trasparente, una nubecilla imperceptible y pequeña como la huella de un hombre. *Ecce, nubecula parva, quasi vestigium hominis, ascendebat de mari.* Esta nube queda suspendida sobre la montaña, de allí á un momento la sirve de dosel, y poco despues se deshace en una lluvia fecundísima que fertiliza los campos, y reanima y sostiene, á despecho de la malignidad y de la herejia, las falanges del Cristianismo. ¿Me habeis comprendido, católicos? Aquella nube es Maria; y á su maternal rocío brota, como el pimpollo de una rosa, el Orden carmelitano: aquella nubecilla es la institucion del Carmelo, admitida, propagada y reconocida como útil, benéfica y necesaria en toda la Iglesia de Jesucristo; aquella nubecilla, por último, es el Escapulario del Carmen, que, universalizado en todo el orbe, produce en los que le visten prodigiosísimos é innumerables beneficios espirituales y temporales durante la vida y despues de la muerte. *Nubecula parva.*

Estas tres aplicaciones forman todo el pensamiento de mi discurso. Para alcanzar la divina gracia interpongamos la poderosa mediacion de la Virgen Santísima del Cármen, saludándola ahora con las palabras que en el día de la Anunciacion la dirigió el Arcángel San Gabriel.

Ave Maria.

Es innegable, señores, que Maria Santísima ha sido desde la eternidad amor, esperanza y salvacion de todas las criaturas; es indudable que el mundo, á medida que se veia por los extravíos de los hombres amagado de su total ruina y abrumado bajo el peso de la cólera del cielo, aguardaba con impaciencia, creia fuera de toda duda y deseaba con seguridad consoladora un sér predestinado, una maravilla de la gracia, una mujer cuya humildad exaltaria el Omnipotente hasta el último grado de engrandecimiento, y á quien con religioso envanecimiento y júbilo imperturbable llamarían *Bienaventurada* todas las generaciones; y en esta impo- nente espectacion habia visto el universo atónito fluctuar un Arca sobre las aguas y libertarse en ella de la general inundacion las reliquias incontaminadas del linaje humano; aquella Arca era Maria;

dentro de sus entrañas bajaría á encarnar en los tiempos sucesivos el Libertador de los esclavos del demonio. Habian observado Noé y sus venturosos descendientes aquella paloma que salió y volvió á darles evidente testimonio de que era lejano el peligro y pasada la consternacion; aquella paloma era Maria que, viniendo de lo más insondable de la eternidad, entraria en los desiertos de la vida como presagio feliz de nuestra redencion, y que saldria del mundo para entrar triunfante y coronada en las alturas, desde donde vela incansablemente por sus devotos y por sus escogidos. Habíase advertido en el pico de la pacífica mensajera un ramo verde de oliva, infalible figura de la paz; aquella oliva era Maria; sin Ella no hubiéramos tenido ni paz en la vida, ni paz en el alma, ni paz en el corazón: Maria es la oliva fecunda en virtudes; su bálsamo se destila en nuestras vidas, y su imitacion nos acerca á Dios insensiblemente. El universo habia visto aparecer en el enlutado zénit una franja de siete colores que, arrancando desde el cielo, en forma de arco se deslizaba con la suavidad de la culebra hasta unir el segundo extremo con la tierra: pues bien; este arco, que reconciliaba á los hombres con Dios, y que restituía á las criaturas la amistad de su Criador, era tambien Maria; y por quién sino por Ella conseguirian los infelices hijos de Adán amor á la virtud, esperanza de remedio y salvacion indisputable y eterna? En el indescriptible templo de Salomon contemplaba el mundo estremecido al refugio de los pecadores, á esa criatura que es toda maderas preciosas, porque es toda perfecciones; toda plata y oro y riquísimas piedras, porque es toda excelencias, y cuyo interior era el tabernáculo del amor, porque la Divinidad es el amor, y Maria es el tabernáculo de la Divinidad.

Y Elías contemplaba extasiado en la nubecilla del Carmelo á la que constituía las delicias de los hijos de los hombres. Ardía su corazón y chispeaban sus ojos, buscando una señal pequeña que fuese simbolo de una criatura muy grande, cuya medida no excediese á la de la huella de un hombre, porque tras ella habian de emprender su marcha los seguidores de la virtud, y que subiera del mar, es decir, que saliendo pura, inmaculada y santa del mar de la naturaleza, nos franquease á nosotros los abismos de la gracia; y ved, cristianos, la nubecilla del Carmelo: *Nubecula parva*. Maria es la nubecilla que Elías y sus discípulos vieron subir del mar, pequeña por la inmunidad de la culpa, é inmensurable por la plenitud de los carismas. Nubecilla pequeña, materia del cuerpo solar; Maria, Madre y materia del cuerpo del Salvador, segun la califica San Alberto Magno. Nubecita pequeña por

la humildad; grandísima, inmensa, por la santidad. Aquella nubecita de quien se desprendieron lluvias tan saludables, era Maria, de cuyo purísimo y amante Corazón llueven incesantemente sobre nosotros los raudales de la fe y las aguas de la caridad; así la describe Ernesto de Praga. Maria es la nubecita del Carmelo en la cual fué concebida, y de la cual nació la luz indeficiente, la aurora espiritual que ilumina á todo hombre envuelto en las tinieblas de este mundo; así lo considera el P. San Antonino. Maria es la nubecita divina del Carmelo, en que la salobre amargura del pecado original se convirtió en destilada, dulcísima miel de bienandanza y de justificacion. Nubecita pequeña, pero en que se revelaban á Elías cuatro misterios de colosal magnitud, importantísimos para nosotros, y honor, alabanza y bendicion para la increada Sabiduria: el primero, el nacimiento de una Niña que saldria á luz desde el vientre de su madre exenta y limpia de toda mancha; el segundo, la época en que tendría lugar tan sublime natalicio; el tercero, la perpétua é inviolable virginidad que la aurora recién nacida consagraria á su Dios; y el último, señores, la inseparable y utilísima union de la naturaleza divina con la naturaleza humana en el seno de aquella Mujer, de la que por inflamada y misericordiosa obumbracion del Espíritu Santo nacería un Dios hecho hombre, y un hombre que nunca dejaria de ser Dios; y de esta manera lo explica Arnoldo de Bostio en su *Historia del Carmelo*. Nubecilla pequeña que prepara al mundo dias de ventura y de prosperidad; á la Iglesia ornamentos brillantes y columnas indestructibles, y á la Religion lumbreras esclarecidas, penitentes ejemplares, anacoretas austeros, Santos casi inimitables, y á cuyo rocío balsámico y cristalino brota como la grama con el rocío de la mañana, el ilustre, insigne y distinguido Orden carmelitano: *Nubecula parva*. Aquella nubecita infaliblemente es Maria; «aquella nubecita es incontestablemente la institucion del Carmen; admitida, propagada y reconocida como útil, benéfica y necesaria en toda la Iglesia de Jesucristo.» Segunda aplicacion.

Dos periodos notables se advierten en la nube misteriosa que llama mi atención en la presente mañana: majestuosa, aunque pequeña, se eleva desde la azulada superficie del profundo mar señoreándose de los aires, como el águila que remonta su pausado vuelo hasta colocarse mucho más allá de las nubes que la sirven de pedestal. Una vez la nubecita sobre la cumbre del Carmelo, el viento silba, el mar se encrespa, el firmamento se oscurece, y pocos instantes despues una lluvia inesperada deja caer brama-

dores borbollones de agua que se despeñan tortuosamente por las cascadas del monte como serpientes de plata: abre la tierra sus ávidas simas; los torrentes arrollan y envuelven las malezas que la viciaban, y la tribu de Isacar admira ya al altísimo Carmelo, ameno, florido y engalanado de sabrosos frutos y exquisitas viñas. La institucion del Carmen ofrece á nuestra consideracion la realidad de aquella bellissima figura; y de en medio de la oscuridad y de climas desconocidos nace, crece y se levanta como nube, colocándose en el monte de la antigua Iglesia, donde permanece, meciéndose al soplo de la contradiccion y de la incertidumbre, en las encantadoras y pintorescas regiones del Oriente. Elías, sobre quien vá la mano de Dios, segun la valiente expresion de la Escritura; aquel Profeta grande á quien consume el celo por la honra del Señor; que justificó la verdad de sus palabras con los portentosos prodigios que hizo descender desde los cielos hasta la tierra; que exento de la muerte fué trasladado en carro de fuego á ser inmortal habitador de paraísos inmarcibles, y que penetraba y conocia hasta los arcanos más recónditos del corazon eterno, vió en la nube carmelita el primer retoño de la generacion predilecta que vegetaria humilde en el silencio de los páramos y en las concavidades de los desiertos; que no se marchitaria nunca, y que se multiplicaria siempre esparciendo virtuosísimo olor de suavidad, bajo la invocacion y con la influencia y proteccion de la Virgen, en el augusto título del *Cármén*.

Si, señores; el Oriente contemplaba á los discípulos de Elías, nó ya como alumnos avezados al trabajo, á la mortificacion y á la vigilia en las escuelas de tan ejemplar maestro, sinó como valientes Macabeos adoptados y fortalecidos para la lucha por la Madre del Dios vivo; como soldados intrépidos que combaten sin descansar y vencen como sin combatir, acaudillados por la Judith de la ley de gracia, y que escriben en sus corazones el lema de *Carmelo*, alegría del emperio, embeleso de todas las edades y terror y confusion de los infiernos. Siempre en la presencia de Maria, de la gloria de Jerusalem, de la que es regocijo de Israel, y favorecidos desde las primeras épocas del mundo con las celestiales y benignas inspiraciones de la que nosotros no veríamos sino muchos siglos después, abandonan el bullicio, se internan más y más en la soledad, acrecientan la penitencia, debilitan el cuerpo con la mortificacion de los sentidos, robustecen el alma con el sacrificio de su propia voluntad, abrazan el escudo de la fe, empuñan el acero de la perseverancia, y la Palestina es reducido campo á sus victorias, y el Oriente les franquea su salida, y

el Occidente los llama, los busca, los sale al encuentro, los entroniza con aparato marcial en lo más populoso de las naciones, los confia sus templos, los abre sus casas y los prodiga su generosidad. La ley antigua los despide, la ley de gracia los recibe, y el Orden carmelitano, como preñada nube, empieza á llover los raudales de su utilidad, de su beneficencia y de su necesidad desde el uno al otro polo de todo el continente católico. El cristianísimo Luis IX, Rey de Francia, los dispensa su proteccion; Roma los brinda con sus Basílicas; la Tiara los autoriza con sus privilegios; desde las bóvedas del Vaticano la fama publica por todo el mundo el contenido de las Bulas de los sucesores del Príncipe de los Apóstoles, favorables siempre á los carmelitas; y la Silla de San Pedro, piedra angular de la Iglesia de Jesucristo, sirve tambien de fundamento á esta veneranda institucion que se propaga como la chispa de una centella; y en Italia, España, Montpellier, y en todos los países donde se tremola el estandarte de Jesus, ondea con espíritu noble de piedad el del ejército invencible de la Virgen Santísima del *Cármén*.

No demos reposo á la imaginacion ni descanso al pensamiento. El averno desencadena sus hordas, y suscita escandalosa guerra contra la Religion del Crucificado; se propalan los errores; se ridiculiza el culto; se persigue, encarcela y asesina á sus ministros; se profanan, incendian y saquean los templos; se conculcan las imágenes más santas y prodigiosas; y el agareno, y el infiel, y el protestante, aguzan los primeros su alfange y el segundo su pluma, disponiéndose á destruir de un sólo golpe la devocion ferviente hácia Maria; pero la nube del Carmelo déjase ver en Inglaterra, y llueve sobre el jardín de los Santos su fecundante rocío. Lloran los carmelitas, y á los congojosos ayes, y á las quejas desconsoladas de los hijos, responden las tiernísimas y personales apariciones de la Madre. Simon Stock pide, y Maria Santísima concede; Stock vé anubarrarse el horizonte cristiano, y la Reina de los cielos le patentiza en aquella su descension toda la hermosura y esplendidez de la gloria. Stock sabe que Maria Santísima es toda amor para los que la aman, y toda suavidad para los que la buscan, y la ama como al único sentimiento de su corazon, y la busca como al único consuelo de sus afligidos y atribulados; y Maria abandona su trono, rompe la esfera, y, circundada por los resplandores del sol, sostenida sobre el disco de la luna, columpiándose en un grupo de nubes, y abriéndose paso por entre el saludo de los céfiros y el cántico de las aves, desciende y entrega á los carmelitas aquella prenda de salvacion y remedio en todos

los peligros, y establece aquella confederacion eterna que permanecerá indisoluble hasta el último día de todos los tiempos. Por mandato de la Soberana Señora, Honorio III confirmó el Orden del Cármen; Juan XXII le dá un aumento maravilloso, é instantánea y súbitamente los carmelitas se multiplican como las arenas de la ribera, como las estrellas del firmamento, como las conchas del mar. En las cuatro partes del mundo retumban los himnos estrepitosos de los triunfos del Carmelo; y la utilidad, la beneficencia y la necesidad de tan esclarecida fundacion, llama á todos sus individuos á los países más ignorados y remotos; allí cautivan las almas donde quiera que se presentan; allí se extirpan los vicios á donde llega el aroma de sus virtudes; y esta milicia privilegiada y predilecta de Maria queda santificada cuando la Iglesia, infalible en sus acuerdos, canoniza y expone solemnemente á nuestra veneracion á los Albertos y Gerardos, á los Corsinos y Juanes de la Cruz, á las querúbicas Magdalenas de Pazzis y á las seráficas Teresas de Jesus.

¿Dónde te has escondido, nube mágica y encantadora del Carmelo? ¿Dónde estais, comunidades venerables, lucidos escuadrones que militabais bajo la enseña de la que es hermosura del Carmelo y de Saron? No hay carmelitas, señores: la impiedad los acechó, la ambicion los persiguió, la revolucion los exterminó: hoy solo quedan algunos, muy pocos de sus templos, porque la mayor parte los ha reducido á escombros y cenizas el hacha devastadora del siglo de las luces. Pero aún existes tú, magnífica iglesia del Carmen calzado, templo para mí de dulcísimas memorias y arrebatadoras impresiones. ¡Once de Abril de 1852, aunque trascurrido ya, yo te saludo! en ese día un nuevo sacerdote celebraba por primera vez el incruento sacrificio de la misa, en un altar consagrado á la Virgen Santísima del Cármen; ese sacerdote era yo, y ese altar era aquel; ¡plegue al cielo conservarle ileso á la acción del tiempo y de los hombres, como se conserva el último torreón de un castillo para testimonio del valor y la nobleza de los señores que le habitaran! No hay carmelitas: no queda más que el modelo de sus virtudes, el recuerdo de sus solemnidades y regocijos, el eco de sus salmodias que aún nos conmueve y nos convida á la oracion, y su divisa y su nombre para pública y eterna comprobacion de que la nubecilla vista por Elías era la institucion del Cármen, admitida, propagada y reconocida como útil, benéfica y necesaria en toda la Iglesia de Jesucristo. *Nubecula parva.*

Maria Santísima se honró y nos honró instituyendo, multipli-

cando y sosteniendo al abrigo de su manto el Orden carmelitano; para prueba de su inefable predileccion vistió Ella misma y bajó del cielo el Escapulario que sus hijos habian de vestir; y «este Escapulario es la nubecilla que sirve de norte á mi panegirico por los innumerables y prodigiosísimos efectos que durante la vida y despues de la muerte producen en los que visten, con las debidas disposiciones, tan relevante distintivo.» Última y tercera aplicacion, y concluyo.

El sentimiento más generoso de Maria es el amor para con todas las criaturas, y su más deliciosa ocupacion consiste en favorecer sin interrupcion y sin medida á los que adoptó como hijos en el monte de la Redencion; y crece la nobleza de estos sentimientos y se dilata hasta lo infinito el fuego de este amor para con aquellos que, respondiendo debidamente al título de *devotos de Maria*, suspenden sobre su pecho, al mismo tiempo que veneran con toda la efusion de su alma, el Escapulario santísimo del Cármen. Levántense en este lugar, porque yo se lo mandé en nombre de Jesucristo, las miserables cenizas de aquellos herejes que dieron á la Iglesia tantos días de luto y de consternacion; reúnanse por un momento en este templo augusto esos impíos de moda que clasifican todos los signos de nuestra devocion de *hipócritas*, de *fanáticos* y de *supersticiosos*: vengan en hora buena los segundos y resuciten las primeras para contemplar aquella Imágen encantadora, imperfecto bosquejo de la que descendió desde la gloria á depositar el Escapulario del Cármen en manos del más amante de sus hijos. *Nubecula parva.*

Pequeño como la nube á quien le comparo, se coloca este distintivo sobre la inaccesible montaña de la Ciudad Eterna, crece en el Vaticano, se extiende de pueblo en pueblo, atraviesa de nacion en nacion, penetra de reino en reino, favorece con sus benéficas influencias á todo el mundo cristiano, y constituye el blason más honorífico en el escudo de la nobleza católica: no es una quimera soñada por los devotos ilusos, é inventada por un fervor calenturiento ó especulativo, es una señal de paz, un vínculo de amistad, tejido dentro de las bóvedas de la Jerusalem celestial por la Emperatriz de los querubines, nuestra Madre Maria Santísima.

Prudente la Iglesia y generosa en deliberar y conceder, abre su inagotable tesoro por la mano de sus Pontífices, y colma de inenarrables privilegios el Escapulario de Maria. Si la malignidad y la envidia le combaten, le defienden con indecible constancia los Alejandros, los Pios, los Gregorios, los Clementes y Paulos y cuantos les sucedieron, La heregía prepara sus emboscadas y redo-

bla los golpes contra los amantes de Maria seguidores de esta devocion, y el Concilio de Trento fulmina sus anatemas y la extermina, confunde y anonada. Con el Escapulario del Cármen somos todos carmelitas; podemos honrarnos en todas partes de pertenecer y de participar de todas las gracias, prerogativas y bendiciones que enriquecen á la milicia de Maria. Las maceraciones, las viglias, los ayunos, las penalidades todas de los ínclitos hijos del Carmelo, nó solamente sirvieron para la santificacion de los que las practicaron, sinó que sirven y suplen tambien en la presencia de Dios cuanto imperfecto, descuidado ó poco fervoroso haya en nuestra penitencia y mortificacion. Por el Escapulario del Cármen despreciamos al mundo, vencemos al demonio y reducimos la carne á servidumbre; encuentra el pecador arrepentimiento, el justo perseverancia, el débil aliento, nos facilita los medios para vivir en gracia y nos granjea la dicha de morir en el ósculo del Señor. *Nubecula parva*. Esta nubecilla que fecundiza con universal rocío á los peregrinos fatigados de la militante Iglesia, le hace penetrar más allá de los sepulcros, quebranta las puertas de la eternidad, cierra los antros del infierno, descorre los cerrojos del purgatorio, apaga su incendio, refrigera las almas, enjuga su llanto, colma sus halagüeñas esperanzas, y asidas al Escapulario que visitieron, suben entonando los cánticos de su triunfo á saludar, enaltecer y glorificar regocijadas en la patria de las recompensas, á la Virgen Santísima del Cármen.

Pero basta, señores: ¿á qué, teniendo suficientes pruebas de esta verdad en el tiempo, acudimos á buscarlas en la eternidad? El indigente encuentra en el Escapulario del Cármen el socorro de sus necesidades; el afligido el consuelo; el enfermo su medicina; el cautivo su compañía; su guía el caminante; su faro el marinerero. El Escapulario del Cármen es el iris de bonanza en el proceloso mar, el sol para los campos, el agua contra las invasiones del fuego, azote contra la guerra, palmera frondosa á cuya gigante y apacible sombra duermen las naciones cristianas con el sueño de la paz; es todo para todos, y todo para cada uno de nosotros. Limitado en su forma, infinito en sus privilegios; pobre y humilde en la tosca materia de que se compone, pero riquísimo, admirable y consolador en sus efectos, como es admirable, consolador y riquísimo cuanto viene de las manos de Maria. «Maria, en la nubecilla del Carmelo, llovió sobre aquella montaña una institucion que de hecho y de derecho la pertenece: bajo su amparo, los carmelitas se estendieron como aquella nubecilla, y recibiendo despues el bendito y venerable Escapulario, consiguieron uni-

versalizarlo por sus innumerables privilegios y utilísimos efectos en toda la Iglesia de Jesucristo. «*Nubecula parva, quasi vestigium hominis, ascendebat de mari.*

No alcanzan á más mis fuerzas, lo que haya faltado á mis labios en alabanza de la Emperatriz y Señora del Carmelo, súplalo la fe, la esperanza y los religiosos deseos de vuestro corazón. Apresuraos á llegar al altar santo desde donde Maria os dá las gracias por el obsequio y homenajes que la tributais en estas sus festividades: y yo os suplico con toda la ternura de un ministro del Señor, y en nombre de la Virgen Santísima del Cármen, que ya que por su advocacion y su presencia se vió libre este magnífico templo de los horribles asesinatos y sacrílegas escandalosas profanaciones de que hace pocos años y por estos dias fué testigo la capital y córte de la nacion española; que ya que el genio malféfico del exterminio no ha conseguido barrenar sus cimientos, arrancar sus capiteles y pulverizar sus imágenes (1), cooperéis vosotros con vuestras oraciones y vuestras limosnas á su conservacion y á la propagacion de las glorias de Maria: recibid de sus manos immaculadas el Sagrado Escapulario; desempeñad con humildad y confianza las obligaciones que os impone; imitad las virtudes de la Madre, cumpliendo en vuestro respectivo estado con las leyes santísimas del Hijo; acojámonos todos, mientras viajemos por este valle de dolor y desconsuelo, al abrigo del manto carmelita; y á la hora de la muerte tendremos la satisfaccion inexplicable de subir á cantar las alabanzas de la que es nuestro amor, nuestra esperanza y salvacion, en el celestial Carmelo de la gloria. Así sea.

(1) Y nó porque no lo haya intentando repetidas veces, sinó porque la Virgen tal vez no lo ha permitido.

DISCURSO VI.

Sobre el mismo asunto ⁽¹⁾.

Laudate Dominum Deum nostrum, qui non deseruit sperantes in se... et in me, ancilla sua, adimplevit misericordiam suam, et in manu mea interfecit hostem.
(Judith, cap. XIII, vers. 17 y 18.)

Alabad al Señor, nuestro Dios, porque nunca desampara á los que en Él esperan... Y porque en mí su esclava confirmó la misericordia, y por mi mano decapitó al enemigo.
(Judith, cap. XIII, vers. 17 y 18.)

QUÉ edificante, qué consolador, y al mismo tiempo qué obligatorio es el objeto que hoy nos congrega bajo las bóvedas de este santo templo! No es ciertamente lo admirable el resplandor de las antorchas que lucen delante del sagrado tabernáculo, ni el aroma de los inciensos que se consumen y se ofrecen á la Majestad eterna sobre el ara del altar, ni la armonía de los cánticos, ni las plegarias de los fieles, ni la piedad numerosamente reunida; esto, mi muy querida congregacion y amado pueblo, el sentimiento de gratitud y el ostensible alborozo que hoy embriaga nuestro corazon. Y al decir *gratitud*, implícitamente se expresa la idea de un beneficio: al recordar un beneficio recibido, indispensablemente renace la memoria del sér generoso que nos le ha dispensado, y tanto más crece el agradecimiento, cuanto fuera mayor la necesidad ó la tribulacion que nos affigia, cuanto es más encumbrada la dignidad de quien nos favorece, y más miserables, indignas y defectuosas las circunstancias del favorecido.

(1) Predicado en Santo Tomás, en accion de gracias por la terminacion del cólera en 1855.

Hermosa viene la aurora á llenar deseos y realizar esperanzas tras de las opacas sombras y las melancólicas impresiones de la noche: mágica se ostenta la primavera cuando, porque Dios se lo manda, aleja de nuestra vista el invierno con sus ateridos despojos, alfombra el campo de flores, esmalta las flores con las perlas del rocío y rejuvenece nuestra existencia, imprimiendo en el alma la idea sublime y halagüeña de la grandeza de Dios. Risueño está el mar cuando, despues de habernos aterrado con sus furiosos bramidos, con el mecimiento irregular de sus ondas y las terribles consecuencias de sus deshechas tempestades, se nos ofrece como durmiendo, arrullado por las brisas y mecido en el regazo de una pacífica bonanza.

Todo esto es grande, cristianos; pero todo es muy pequeño, todo se desvanece como el humo ante el espectáculo de un corazon que canta la desaparicion del peligro y la restauracion y conquista de su apetecida felicidad: todo es nada en comparacion del gozo que inunda el alma que por la misericordia de Dios hoy entona dulcísimas alabanzas en las moradas del tiempo, cuando hace poco se veia rodeada de la incertidumbre y de los horrores de la eternidad. El enfermo que recupera la salud, el affigido á quien se le improvisa el consuelo, el esclavo á quien se le devuelve la libertad, el menesteroso que pròdigamente se vé enriquecido, todos se contemplan dichosos, todos panegirizan la bondad del Altísimo, todos sienten latir su pecho por motivos muy poderosos de gratitud; pero ninguno, señores, ninguno más dichoso por los beneficios recibidos, ninguno más obligado á la mano misericordiosa y omnipotente que se los concedió, y á la criatura immaculada, santísima y amante que interpuso para ello su valimiento, que esta ilustre corporacion que hace resonar hoy sus himnos de accion de gracias á Jesucristo sacramentado, porque se dignó librnarnos á todos de esa devastadora enfermedad que por tantos meses ha affigido nuestro suelo; y á la Emperatriz y Señora del Cármen, cuyo título invocó y á cuyo Escapulario se guareció, como á puerto de refugio, para librarse, si convenia, de la muerte; ó para morir, si así estaba decretado, con la muerte de los justos, y descansar eternamente en el ósculo del Señor.

Y toca á su colmo mi regocijo cuando veo, siempre llena de clemencia, siempre llena de dulzura, toda nuestra, porque apetece que seamos enteramente suyos, á Maria Santísima del Cármen, augusta Capitana de esta religiosa asociacion, colocarse al frente de ella, herir nuestros corazones con su mirada de candor, inflamar nuestros espíritus con la santa llama del amor divino, y decir al

presentarnos ante el s6lio del Cordero inmaculado: «Porque la muerte os amenaz6 y no sucumbisteis 6 ella; porque os circundaron por todas partes los gemidos y las cadenas de la tribulacion y los dolores del infierno; porque tantos perecieron v6ctimas de un azote de la Justicia divina, y vosotros, mis amados carmelitas, os salv6steis por el inagotable tesoro de sus bondades, venid 6 entonar vuestros loores, 6 hacer p6blica vuestra gratitud, y 6 estremecer con vuestras alabanzas la casa de nuestro Dios y Se6or, que nunca desampara 6 los que en 6l esperan: *Laudate Dominum Deum nostrum qui non deseruit sperantes in se.* Y porque en m6, esclava suya, pero sagrario de la Beat6sima Trinidad, confirm6 la plenitud de su misericordia, y por mi mano pulveriz6 y destruy6 al enemigo que os perseguia: *Et in me, ancilla sua, adimplevit misericordiam suam, et in manu mea interfecit hostem.*

Demostraros que es justo, just6simo, aceptable 6 Dios y digno del aprecio universal este homenaje de accion de gracias que tributamos al S6r Supremo en la persona de la Virgen Sant6sima del C6rmen, porque el S6r Supremo, por la eficaz, y nunca desmentida, y siempre poderosa proteccion de Maria del Carmelo, nos ha librado de los funestos estragos del c6lera-morbo, es el asunto de mi discurso y de vuestra religiosa atencion.

Para que yo hable con acierto y utilidad para nuestras almas, imploremos en mi auxilio como el m6s 6 prop6sito, la gracia de Dios, por la intercesion de la Virgen de las virgenes, 6 quien saludar6mos, dici6ndola con el Angel:

Ave Maria.

La Escritura Santa, ese C6digo de origen divino, cuyo contenido est6 sellado por el esp6ritu que es la Sabiduria increada, sancionado por la Religion, admitido y destinado por la Iglesia, nuestra Madre, como alimento moral de todo el que peregrina en este valle de l6grimas, encierra dentro de sus p6ginas riqu6sima y venerable abundancia de erudicion para los que quieren de veras instruirse en las verdades eternas. En la Escritura encuentra el ciego la luz que le ha de dirigir por la senda de la verdadera dicha; el ignorante, la ciencia que ha de convertirle en un sabio profundo; el corazon llagado por los apetitos rebeldes, el b6lsamo de sus heridas y los medios m6s 6 prop6sito para refrenarlos; y el alma enferma y debilitada por la concupiscencia de monstruosas pasiones, la medicina para su lepra. En ella descubre el vir-

tnoso, modelos para perfeccionarse; el justo, una mina inagotable de virtudes para perseverar; el pecador, embelesado ante la multitud de cr6menes que perdon6 la Majestad bondadosa de Dios, se anima al arrepentimiento; el ingrato se aterra ante la consideracion de los castigos con que la Justicia de este mismo S6r prueba 6 los soberbios; y el esp6ritu, agradecido 6 los favores de una Providencia bienhechora, halla multiplicados t6rminos de comparacion para elevarse hasta Dios y adorarle y bendecirle, confesando que cuanto hagamos es nada en comparacion de lo mucho que de su mano recibimos.

Y el orador sagrado que reconoce en s6 la obligacion y la necesidad de hablar, que acepta el compromiso, superior 6 sus fuerzas, de interpretar los religiosos, y, mal que pese 6 los ilustrados reformadores de nuestros dias, los cat6licos sentimientos de vuestro corazon; el 6ltimo de los ministros del santuario que, hasta donde alcanzan las humanas fuerzas, tiene en vuestro nombre que dar gracias 6 Dios, y gracias 6 su Madre y Madre nuestra, por la prodigiosa conservacion de nuestra vida en medio del 6ltimo conflicto, tampoco necesita m6s que abrir el C6digo Santo, recorrer todas sus 6pocas, estudiar los sucesos figurativos que nos transmiten, y entre todos buscar uno que, en expresion del Profeta-Rey, le sirva de antorcha para sus senderos y de lumbre para sus caminos, sea im6gen fiel de una corporacion especial, de una heredad predilecta, de un pueblo de adquisicion para Maria, y libre por su mediacion de un enemigo formidable que amenazaba perseguirle hasta el exterminio. Y si le busco con cuidadosa solicitud, le encuentro, como iluminado por los resplandores de una luz eterna, y os le consigno como testimonio de esta verdad. Escuchadme.

El ej6rcito armipotente de un conquistador ambicioso y sanguinario que pretendia nada m6enos que ser la 6nica divinidad sobre la tierra, habia reducido 6 escombros y ceniza las ciudades m6s populosas del Occidente, habia deshonrado sus virgenes, sacrificado su lozana juventud, reducido 6 cautiverio 6 los ancianos y mujeres, y enrojeciendo con la sangre de los vencidos las procelosas corrientes del 6ufrates, atraves6, talando y destruyendo, cuanto encontrara hasta Mesopotamia, desde donde puso cerco 6 Betulia, ciudad dentro de cuyas almenas aguardaba y creia cercana la hora de una muerte ignominiosa la generacion de Israel. Vi6rase ent6nces 6 los habitantes de la infortunada Betulia, como reba6o de asustados corderos, agruparse en derredor de sus pastores los sacerdotes, huyendo del lobo que con fuerzas tan superiores pretendia devorarlos, y como bandada de t6midas aves co-

bijarse consternados bajo el techo del santuario para desarmar la diestra del Omnipotente con el ayuno, el cilicio y la oracion.

El sitio de la ciudad se estrechaba de dia en dia, y los recursos temporales habian desaparecido: el desaliento enervaba las fuerzas del cuerpo, y una sed atormentadora ahogaba insensiblemente la vida del corazon: el único remedio era la esclavitud, y el término funesto de tantas desventuras era solo la muerte. Y sin embargo, cristianos, Dios, que nunca abandona á los que en Él esperan, suscita prodigiosamente y hace salir del rincon más ignorado de la ciudad un sér privilegiado, envidiable por su hermosura y edificante por sus virtudes; y la mujer ante quien desde el príncipe hasta el esclavo rendian la frente para tributar homenaje á su santidad, aparece en medio de las turbas, radiante como el sol en el seno de las tinieblas, inflamada su alma con la gracia, y su corazon invulnerable por la fortaleza que desciende de lo alto, y armada su diestra con el poder de Dios, anima á sus hermanos á pedirle que segun plazca á su voluntad confirme en ellos la misericordia: con el lenguaje de la justificacion les hace comprender que las calamidades que les rodean no son sino castigos de los pecados universales y particulares; y henchida de una fe que solo el triunfo puede darnos á comprender, les asegura, no sólo la libertad, sino tambien la victoria, y vuela sin otras armas que la humildad, el amor y la caridad, á poner los medios de conseguirlo.

Pocos dias despues los tristisimos habitantes de la ciudad sitiada levantaban su frente del polvo de la humillacion, sus ojos se fijaban inmóviles y como petrificados en Judith que regresaba, enarbolando sobre las murallas de Betulia la cabeza del sensual Holofernes; el triunfo era de los sitiados; la causa la bondad de Dios, el instrumento aquella mujer heroica, y prodigiosa y esforzada, y el resultado, como no podia ménos de ser, una estrepitosa accion de gracias, un grito universal de alabanza y bendicion, y una ovacion completa del pueblo que saludaba á su magnánima libertadora, llamándola gloria de Jerusalem, alegria de Israel y esplendor de aquella generacion. Y Judith los conducia al templo, los indicaba el altar, les hacia descubrir el trono donde reside la Majestad eterna; y uniendo su cántico á las demostraciones de sus favorecidos, decia arrebatada del entusiasmo de un pecho varonil: *Laudate Dominum Deum nostrum qui non deseruit sperantes in se.* Alabemos al Señor nuestro Dios que no desampara á los que en él esperan. *Et in me, ancilla sua, adimplevit misericordiam suam... et in manu mea interfecit hostem.* Y en mí, su

esclava, confirmó la promesa de su misericordia, y por mi mano decapitó al enemigo.

Nada, hermanos míos, me resta que decir de la Virgen Santísima del Cármen, porque ya lo habéis oido; nada tengo necesidad de interpretar en este pasaje, porque la gracia del Espíritu Santo os habrá dado á entender que Maria es la realidad de Judith, y que nosotros á ésta, más que á aquella los moradores de Betulia, es á quién, por razones que apenas exigen demostracion, debemos bendecir y glorificar, exclamando: «Tú eres, Reina y Señora de nuestro amor, la gloria de Jerusalem, la Iglesia; la alegria de Israel, España; y el esplendor honorífico de nuestro pueblo; es decir, de esta asociacion. *Quam possedisti ab initio.* Tuya siempre, pero tuya con más propiedad desde que con tanta fe viste el Santo Escapulario, reconociéndole como elemento de vida, y simbolo de alianza y garantia de salvacion.»

Y efectivamente: Maria, en el augusto título del Carmelo, es, más que realidad de Judith, realidad de sí misma, porque en Ella solo pueden realizarse maravillas que Ella exclusivamente podia prefigurar. Judith sola, libertadora única, heroína incomparable, por cooperadora desde la eternidad á la redencion del hombre, por la proteccion decidida que dispensa á su grey y por el poder con que nos ha libertado de la epidemia que hace poco nos affigia: Holofernes, aunque delegado de Nabucodonosor y seguido de un ejército de doscientos mil combatientes que destruyen cuanto pisan y subyugan cuanto pretenden, era un enemigo temporal que pudiera muy bien ser burlado por la retirada, vencido por el mayor número de fuerzas, á favor de una emboscada, ó por la circunstancia de una estrategia, como así se realizó.

El cólera-morbo es emanacion de un Dios infinitamente eterno; aparece como el rayo de una justicia que castiga inexorable, no sin ser al propio tiempo el alerta de una misericordia que perdona compasiva; es lanzado sobre la haz de la tierra como delegado de ese tributo inevitable que pagamos al Sumo Hacedor por nuestra rebeldía y la de nuestros primeros padres: como delegado y á disposicion del ángel de la muerte; y desde las remotisimas regiones del Asia se levanta en distintas épocas; pero se levanta invencible, se reproduce, hace trizas los diques que á su desarrollo pretenden oponer los modernos humanitarios, y sin medir distancias, sin respetar climas y sin guardar consideracion á edades, á gerarquias y á condiciones, recorre en pocos años el África, la América y la Europa; triunfa del poder de los entendimientos, se hace espantosamente terrible para una ciencia que no le comprende,

ridiculiza sus diagnósticos, burla y esteriliza su pronóstico, se entroniza en las ciudades, arrasa los pueblos, diezma las familias, tala en flor y casi repentinamente la vida de los individuos, y viste de luto el mundo y llena de consternacion al género humano.

No busquemos, para desenvolvemos de esta plaga, ni el cambio de residencia, ni la emboscada, ni la estrategia, ni el aglomeramiento ó disminucion del número de personas. El cólera, de los dos extremos que hay en la naturaleza, no reconoce más que el de la muerte: el médico sin fe, ó con una fe débil é insegura, cuando se dispone á combatirle en este ó en el otro carácter, con este ó con el otro medicamento, vé, sorprendido, el rumbo distinto que toma la enfermedad; siente vendársele los ojos por una mano que no puede distinguir, y tiene, con harto dolor de su corazon, que cruzarse de brazos á la cabecera del enfermo. Este á su vez, en medio de las violentas y horrorosas sacudidas del mal, advierte que se le concluye, primero que el aliento de la vida, la vida de la esperanza; y, presas del frio de la muerte, antes de pertenecer á las mansiones del sepulcro, lloramos exámenes ahora á los que hace muy poco reconocíamos como un plantel de robustez y de lozania.

Nò, católicos; no hay punto de comparacion entre el uno y el otro enemigo, como no hay tampoco más que una semejanza descolorida entre la una y la otra libertadora. Si Judith por su amor al prójimo y el ejercicio de la virtud sobresale en el órden de la naturaleza, es una mujer de origen comun; Maria nada tiene de comun ni con aquella mujer célebre ni con ninguna de las criaturas más santas que han existido y existirán hasta la consumacion de los siglos; Maria es la recopilacion feliz de lo más encantador de la naturaleza y de lo más magnífico y perfecto de la gracia. Aquella protege como hermanos, es verdad, á todos los individuos de una nacion; pero si ha de asegurarlos la libertad y la vida, es necesario que con frente serena arrostre el peligro, abandone su albergue, penetre con riesgo inminente en el campamento asirio, y decapite al mónstruo con el alfange mismo que era la devastacion del mundo.

Maria, sin abandonar el asiento glorioso que ocupa cerca de la Santísima Trinidad, tiende su mirada benigna sobre las desgracias, nó de sus hermanos, sinó de sus propios hijos; y como el amor de una madre en nada se parece, y sobresale por lo sublime y perseverante sobre los sentimientos de cariño de las demás criaturas; como una verdadera madre siempre es buena para sus hijos, y como nosotros somos dos veces hijos de Maria, una por adopcion

en el Calvario, y otra por filiacion en el Carmelo, tócanos en el hombro con la punta de su cetro, que es la misericordia; nos muestra al fruto de su vientre, que es Jesus; fortalece nuestro espíritu con su vigilante custodia, reanima nuestra fe en los momentos del mayor peligro, derrama en nuestro corazon el bálsamo de la esperanza; y cuando suplicantes nos mira á sus piés, unidos con los vínculos de una fraternal caridad, entónces con una inspiracion divina nos hace comprender cuánto vale el Escapulario que vestimos, cuánto puede en nuestro favor la invocacion de su nombre, y cuánta gratitud la debemos, porque en Ella confirmara el Señor su misericordia, y con su mano derrotó á nuestro cruel enemigo. *Et in manu mea interfecit hostem.*

Yo me figuro, y con una propiedad innegable, que Maria Santísima, penetrando en el fondo de nuestros dolores, y midiendo con una exactitud solo propia de la que en un dia fué la Reina de todos los dolores, la intensidad de nuestras congojas, me figuro, digo, que con lábios dulcísimos y maternales se expresa de esta manera: *Non enim pro te, sed et pro omnibus hæc lex constituta est.* No temas; si para todas ó para mayor parte de las naciones y familias del globo, para tí, mi querida asociacion, no se ha fulminado este anatema de muerte. ¿Tuyo es mi Santo Escapulario? ¿Tuya es tambien la salud! ¿Con fe y con esperanza le vistes? ¿No se acercará á ti ni el hálito de la enfermedad! ¿Perseverancia prometes en mi amor y devocion? El castigo desaparecerá, y no solamente *pro te*, no sola tú, *sed et pro omnibus*, sino cuantos me invoquen con el título del *Cármén*, vivirán, recibirán gracia para justificarse y cantar mis alabanzas en este mundo, y para despues en el otro glorificarme y glorificarse en perpétuas eternidades.

Ya me parece que algun *espíritu fuerte* de esos que para amargura de la Iglesia abundan tanto en nuestro desventurado siglo, se atreve ¡insensato! á decir que esta firme seguridad es una consecuencia legitima del *fanatismo*. Yo, mis queridos co-hermanos, admito gustoso una calificacion que tanto nos honra, como que el ser fanático en los presentes dias en materias de Religion, envuelve una profesion de fe católica: y en cumplimiento del imperioso deber que me impone el sacerdocio, contesto al que así se exprese que la historia tan prodigiosa como breve de los acontecimientos, no admite impugnacion, y que sella el carácter de la verdad cuanto en este lugar se dice con la intencion y espíritu de nuestra Santa Madre la Iglesia. Cuento un instante más con vuestra indulgencia y voy á concluir.

El dia 24 de Agosto del año que acaba de terminar, la tribu

carmelitana, en este mismo sitio, se postraba á los piés de su Patrona, prometia penitencia por sus culpas, pedia perdon, y derramando lágrimas, nacidas de un sentimiento altamente cristiano, lloraba con la mayor intensidad y desconsuelo el propio infortunio y el infortunio de sus semejantes. Desde aquella fecha sabido es que la epidemia tomó un desarrollo que ennegreció nuestro firmamento; la asociacion del Cármen se estremeció tambien, porque la mano de Dios la habia tocado: aquí un padre temblaba ante el espectáculo de un hijo moribundo: allí una madre dividia los cielos con sus clamores en favor de su hija, que era poco ménos que un cadáver: de esta parte el esposo iba á perder la consorte, súbitamente acometida, ó ésta veia cercano el fin de su compañero; pero detrás de las tinieblas estaba la luz; el que no tenia el Escapulario sobre el lecho de muerte, tenia el escudo mágico del Cármen impreso en el centro de su alma; en el fondo de su corazon retumbaba la promesa de Maria, y esperaban en Ella.

Y como esperar en Maria Santísima del Cármen es esperar en el Señor, y como el Señor nunca desampara á los que en Él confían, decretó y se cumplió que el hijo en la compañía de su padre, la hija conducida por la mano de su madre, el esposo y la esposa en santa union, todos los enfermos restablecidos, y los nó invadidos en el goce de completa salud, con ligeras excepciones, todos, pueblo cristiano, por la divina misericordia nos encontráramos hoy aquí congregados y para cumplir con el solemne deber de dar gracias á Dios, poniendo nuestra ofrenda en las manos mismas á quien confiamos nuestra rogativa fervorosa; es decir, en las de la Virgen Santísima del Cármen, que por el amor que nos viene manifestando con señales inequívocas, se ha dignado favorecer en el conflicto, amparar en la tribulacion y librar del mortífero azote á cuantos tenemos la dicha de vestir su celestial Escapulario.

Pero con una circunstancia muy notable. Antes de la devota rogativa; dos asociadas nuestras fueron acometidas, y ambas fallecieron, esperanzas en Dios, en el sueño de la paz y en los brazos de Maria. Ahora bien; ¿moririan solamente aquellas por criminales y dignas del castigo á los ojos de Dios? ¿Nos habremos salvado nosotros por inocentes y por justificados? Ni lo uno ni lo otro debemos asegurar, sin incurrir en la nota de temerarios. Yo únicamente os diré que aquel triste suceso debió ser y fué para nosotros un aviso de la divina Justicia, que llamándonos á contricion, impulsaba á nuestras almas á disponerse para hacerse dignas de la divina misericordia.

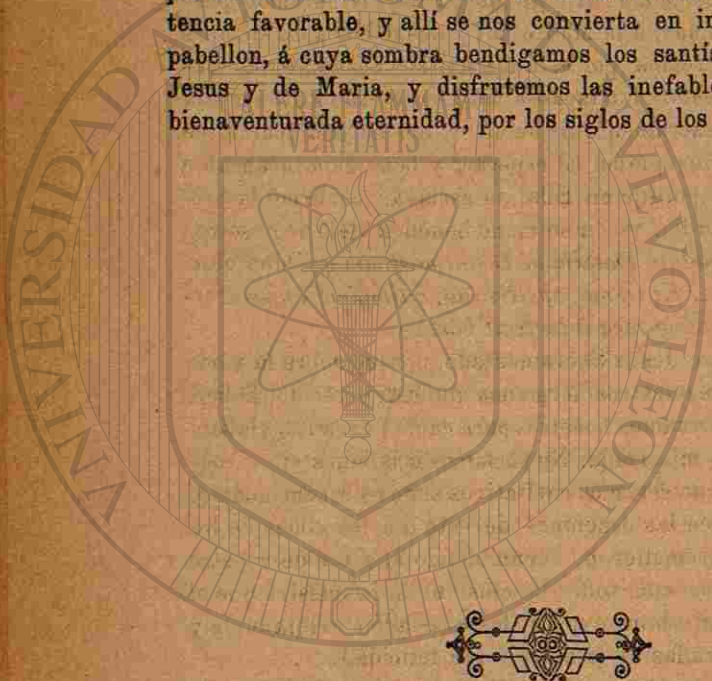
Tengo manifestado con la posible claridad el beneficio; y reunidos aquí todos para ofrecer nuestro reconocido homenaje al Eterno y á Maria Santísima, innecesario creo detenerme más á probar, con razones que están al alcance de toda criatura sensata, que este homenaje es justo, justísimo, aceptable á Dios y digno del aprecio universal. Jesucristo nos redimió por amor; Maria Santísima nos ha favorecido por amor: al Hijo debemos y tributamos perpétua accion de gracias; á la Madre hoy y desde hoy para siempre debemos y consagraremos por esta maravilla de su singular ternura, loor eterno y bendicion incansable. Loor eterno á Jesucristo, que en el inefable sacramento de su amor nos ha justificado que nunca desampara á los que en Él esperan; y bendicion incansable á Maria Santísima, porque en Ella, su esclava, confirmó la promesa de su misericordia, y con su mano benéfica alejó de nosotros el cólera-morbo. *Laudate Dominum Deum nostrum qui non deseruit sperantes in se... Et in me, ancilla sua, adimplevit misericordiam suam... et in manu mea interfecit hostem.*

Gracias, dulcísimo Jesus Sacramentado, porque sobre la yerta ceniza de millares de nuestros hermanos que han perecido, habeis permitido que sobrevivamos nosotros para cantar vuestras alabanzas en este destierro miserable. No seríamos cristianos si no fuéramos caritativos, y no seremos caritativos si no os recomendamos especialísimamente en las oraciones de este día las almas de los que hace poco nos precedieron, sucumbiendo al azote de vuestro rigor; y os suplicamos con toda la efusion de la nuestra que si ahora padecen, que si ahora expian, las trasladéis triunfantes y purificadas á las moradas de la sempiterna felicidad.

Gracias, Virgen Santísima del Cármen, porque habeis sido para nosotros en época tan azarosa lo que siempre fuisteis y continuareis siendo para los desventurados hijos de Adán: vida, dulzura y esperanza nuestra. Hoy reconocemos y confesamos que á Vos debemos la existencia; hoy reconocemos y confesamos tambien el deber que tenemos de daros infinitas gracias: pero gracias que no sean estériles, ni hijas de un arranque de entusiasmo, pasajero como la fugitiva luz de un meteoro; sino gracias positivas, gracias prácticas, que haremos consistir en la reforma de nuestras costumbres, en el adelanto de nuestra perfeccion, en el suave olor que exhale nuestros buenos ejemplos, y en la imitacion de vuestras virtudes, asistidos siempre, por supuesto, con los auxilios de la divina gracia.

De este modo y nó de otro podremos hacer constar, en presencia de los actuales enemigos de nuestra Religion, que somos

hijos del Cristianismo: que vivimos unidos, sin separarnos jamás, y no lo permitais, Señora, á la Iglesia católica apostólica romana: que somos dignos de vestir vuestro Santo Escapulario, que como radiante nube nos libre del Faraon infernal en la noche tenebrosa de la vida; á la hora de la muerte se nos ofrezca como ánora de esperanza contra los asaltos del demonio, como escala de Jacob, por donde subamos sin temores á oír á vuestras plantas una sentencia favorable, y allí se nos convierta en inmortal y glorioso pabellon, á cuya sombra bendigamos los santisimos nombres de Jesus y de Maria, y disfrutemos las inefables delicias de una bienaventurada eternidad, por los siglos de los siglos. Así sea.



DISCURSO VII.

Maria de las Mercedes.

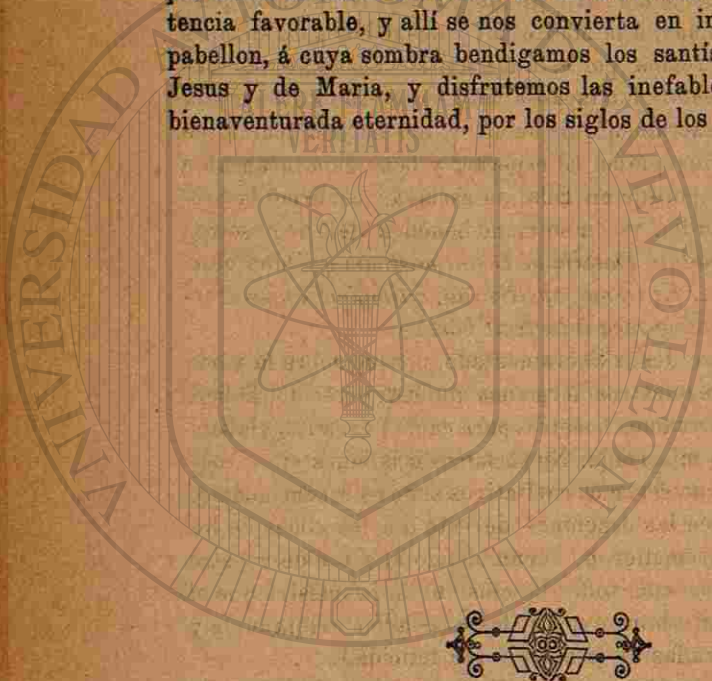
Venite, et videte opera Domini.
Venid y contemplad las obras del Señor. (David, Salmo 45, vers. 8.º)

INSPIRADO el Real Profeta David y enajenado en la contemplación de las obras de la Divinidad, invita con las palabras de mi texto á su pueblo para que reverencie y admire en cada una de ellas un prodigio singular y extraordinario. Esto era entónces, señores, cuando, aunque palpable á la vista de todos los vivientes el portentoso fenómeno de la creación y de la formación del hombre del barro quebradizo de la nada, faltaba por consumir el prodigio de los prodigios: la redención del género humano.

Hoy, que todo está ya concluido, cuando hace diez y nueve siglos que la noche de los símbolos y de las figuras huye despa- vorida al despuntar risueña la aurora de la realidad y de la gracia, convoco yo á todos vosotros, sacerdocio real y pueblo de la adquisición, para que, iluminados por la fe y entusiasmados por el amor de vuestras venerandas creencias, admiréis tambien todas las obras del Supremo Hacedor como una maravilla en general, y separadas é independientes las unas de las otras como una maravilla en particular: *Venite, et videte opera Domini.* «Venid y contemplad las obras del Señor.»

Y efectivamente, católicos: por más que los materialistas y los impíos se obstinen en hacer triunfar á la materia del espíritu y la razón humana de la razón divina, y proclamen á la naturaleza como autora única y por sí sola de cuanto nos rodea, la naturaleza misma los rechaza y los desmiente, publicando que debe su existencia á un amor que no puede imitar, á una sabiduría que

hijos del Cristianismo: que vivimos unidos, sin separarnos jamás, y no lo permitais, Señora, á la Iglesia católica apostólica romana: que somos dignos de vestir vuestro Santo Escapulario, que como radiante nube nos libre del Faraon infernal en la noche tenebrosa de la vida; á la hora de la muerte se nos ofrezca como áncora de esperanza contra los asaltos del demonio, como escala de Jacob, por donde subamos sin temores á oír á vuestras plantas una sentencia favorable, y allí se nos convierta en inmortal y glorioso pabellon, á cuya sombra bendigamos los santisimos nombres de Jesus y de Maria, y disfrutemos las inefables delicias de una bienaventurada eternidad, por los siglos de los siglos. Así sea.



DISCURSO VII.

Maria de las Mercedes.

Venite, et videte opera Domini.
Venid y contemplad las obras del Señor. (David, Salmo 45, vers. 8.º)

INSPIRADO el Real Profeta David y enajenado en la contemplación de las obras de la Divinidad, invita con las palabras de mi texto á su pueblo para que reverencie y admire en cada una de ellas un prodigio singular y extraordinario. Esto era entónces, señores, cuando, aunque palpable á la vista de todos los vivientes el portentoso fenómeno de la creación y de la formación del hombre del barro quebradizo de la nada, faltaba por consumir el prodigio de los prodigios: la redención del género humano.

Hoy, que todo está ya concluido, cuando hace diez y nueve siglos que la noche de los símbolos y de las figuras huye despa- vorida al despuntar risueña la aurora de la realidad y de la gracia, convoco yo á todos vosotros, sacerdocio real y pueblo de la adquisición, para que, iluminados por la fe y entusiasmados por el amor de vuestras venerandas creencias, admiréis tambien todas las obras del Supremo Hacedor como una maravilla en general, y separadas é independientes las unas de las otras como una maravilla en particular: *Venite, et videte opera Domini.* «Venid y contemplad las obras del Señor.»

Y efectivamente, católicos: por más que los materialistas y los impíos se obstinen en hacer triunfar á la materia del espíritu y la razón humana de la razón divina, y proclamen á la naturaleza como autora única y por sí sola de cuanto nos rodea, la naturaleza misma los rechaza y los desmiente, publicando que debe su existencia á un amor que no puede imitar, á una sabiduría que

no es posible confundir, y á un poder que nadie es capaz de derrocar. La naturaleza, sumergida en el silencio del asombro y de la gratitud, nos manifiesta prodigios en el firmamento y en los aires, prodigios dentro y fuera de los profundos senos de la tierra; prodigios en el día y en la noche, en los astros y en las nubes, en las aves y en los peces, en los minerales y en los vegetales, en los brutos y en los hombres.—¿Prodigios en el hombre?—Sí, señores; tengo en la mano la comprobacion de esta verdad; estadme atentos.

¿Habéis visto alguna vez un hombre vestido con un tosco sayal, cubierto con un escapulario y una capa de color blanco, con los piés descalzos, la cabeza desnuda, la tez curtida por los rigores de la intemperie, el cabello cano por el sufrimiento, horadadas las mejillas por la austeridad y la mortificacion, abrasados los ojos por el llanto, condecorado su pecho con las armas de Aragon, y enaltecida y esplendorosa su frente con la aureola del heroismo, de la virtud y de la santidad? ¿Habéis observado un hombre que, como misteriosa aparicion, llama de puerta en puerta, vá de pueblo en pueblo, corre de ciudad en ciudad y vuela de reino en reino, pidiendo una limosna para otro hombre que ha perdido el don preciosísimo de su libertad, y gime sin esperanza bajo las pesadas cadenas de la más vergonzosa tiranía? ¿Habéis advertido un hombre que desafía y ablanda la dureza de los vigilantes, y desprecia la fetidez y el horror de los calabozos, y ofreciéndose víctima voluntaria se ciñe los grillos, se queda en rehenes, sufre los tormentos y pierde en ellos la vida por rescatar y redimir la de sus hermanos? Pues ese hombre es una obra de Dios y un prodigio suyo sobre la tierra; es un apóstol que predica más con los hechos que con las palabras; es un discípulo verdadero de Jesucristo, un mártir de la caridad, un héroe de nuestra Religión, es... un fraile mercenario. Sí, cristianos; un fraile mercenario, fruto de aquella nobilísima congregacion inspirada por la Reina de los cielos, fundada por un varon santo, sostenida por un príncipe santo, y aprobada y canónicamente establecida por un Pontífice santo. Es un hijo de Maria; un heredero del infatigable espíritu de Pedro Nolasco, secundado por D. Jaime de Aragon, y cobijado bajo el manto paternal de Gregorio IX. Es un individuo de la ínclita Orden de la Merced, célebre, respetable y justamente santificada por el voto solemne de la redencion de los cautivos cristianos. *Venite, et videte opera Domini.* «Venid y contemplad las obras del Señor.»

¡Orden de la Merced, yo te saludo! Perseguida, menospreciada

y extinguida como todas las demás, indicas que como todas las demás eras útil y beneficiosa; porque, imitando al Redentor, ofreciste y dabas, sedienta de la libertad de todos los hombres, no solamente las riquezas sino la vida de tus individuos por el rescate de nuestros hermanos. ¡Digna imitadora de Aquel que vino al mundo á morir por quien le crucificaba!

Tal es el origen y tales eran las ocupaciones del heróico instituto de Nuestra Señora de la Merced, Redencion de cautivos cristianos: instituto que dichosamente no ha desaparecido aún de entre nosotros; porque á la manera que la luz del sol se debilita y no se oscurece cuando éste se esconde tras de una nube, así es el Orden de la Merced brilla todavía, aunque escondido, dentro de ese claustro, nube impenetrable que oculta á nuestra vista y separa de los peligros del mundo á esa comunidad de esposas del Cordero immaculado (1). El Orden de la Merced se refleja todavía en tí, real Archicofradía, que, aunque insuficiente, me has elegido hoy para trazar uno de los nueve panegíricos de tu misericordiosísima Patrona. Y ¿qué mucho, señores, que llame yo al instituto de la Redencion de cautivos un prodigio de Dios en el tiempo, cuando admiro á su Santísima Protectora como un prodigio del mismo Dios desde la eternidad? *Venite, et videte opera Domini:* «Venid, y contemplad las obras del Señor.» *Un prodigio de Dios desde la eternidad, Maria Santísima de las Mercedes,* es el asunto de mi discurso. Para que más redunde en gloria del Señor y provecho de nuestras almas, y para que á mí me sea más fácil explicar y á vosotros comprender, os manifestaré, á la sombra de este hermoso título, *las mercedes que Dios ha dispensado á los hombres eligiendo á Maria para Madre de su unigénito Hijo; y las mercedes que esta Señora nos ha dispensado también, sometiéndose en un todo á los designios del Omnipotente.*

Sea nuestro primer cuidado, para conseguir lo que deseamos, implorar el socorro de la divina gracia, con la mediacion de la que es auxilio de los cristianos, Mar a Santísima de las Mercedes, á quien llenos de amor y reverencia saludaremos con el Arcángel San Gabriel.

(1) La de religiosas mercenarias de Don Juan de Alarcón, en cuya iglesia se predicó este discurso.

Ave Maria.

Tanto amó Dios al mundo, que le dió su unigénito Hijo; verdad innegable de que no duda ninguno de cuantos se honran con el glorioso timbre de cristianos, ni de cuantos conservan en su corazón la fe que prometieron en el bautismo. Pero para que el Verbo de Dios dejase debidamente satisfechos los designios del Príncipe de las generaciones futuras, su Padre celestial, habia de desamparar el encumbrado sôlio de su grandeza, habia de bajar desconocido, escondiendo su gloria tras el velo de oscuras apariencias, y habia de tomar carne humana, siendo concebido y dado á luz como nosotros, en el orden de la naturaleza. ¿Y sucederá esto así? Indudablemente, señores.

La mision que el Hijo del hombre venia á llenar en medio de su pueblo, era una mision incomparable, sublime, inexplicable: tratábase de favorecer y de regenerar á la desconsolada raza de Adán. El mundo estaba envuelto en un caos de tinieblas, y era preciso iluminarle; bogaba por un piélago turbulento de aficciones, y era necesario consolarle; se habia sumergido en un lago de corrupcion y de ignorancia, y convenia reformarle; estaba vergonzosamente cautivo, y era indispensable redimirle; no le faltaba ya más que un instante para perecer, y no habia otro remedio que salvarle: salvarle, sí, señores: y ved aquí á lo que vino Jesucristo.

Pero Jesucristo, para hacerse hombre, habia de encarnar en el seno de una mujer, sin dejar de ser Dios; y habia de revestirse de nuestra humanidad, sin disminuir un ápice de su infinita divinidad. La mujer que llevase á Jesucristo en sus entrañas tenia que ser una mujer sacada de la esfera comun de todas las demás; un objeto existente en la mente del Altísimo desde el principio de los siglos, y ántes que todo fuera; un sér que, en union de la Beatísima Trinidad, coadyuvase á la creacion del universo que habria de ser un dia escabel de sus virginales plantas; un huerto cerrado; una fuente sellada; una criatura segregada del mal; preservada por la gracia y exenta del contagio universal de todas las criaturas. El alma destinada á ser la realidad del Arca de la antigua alianza tenia que ser, como un prodigio de Dios en la eternidad, lo más perfecto en todas las perfecciones, lo más eminente en todos los privilegios, y lo más admirable en todas las virtudes: y nada más justo, si se atiende á que depositaria dentro de sí misma al vaticinado de los Profetas, al anhelado de los Patriarcas y al suspirado de todos los hombres.

Seria lo más perfecto, despues de Dios, en todas las perfecciones; por eso la contemplamos descrita en los anales del Eterno, y como delineado su retrato por el mismo Dios; y porque no es dado á pincel humano bosquejarle con exactitud, nos la representan los sagrados libros, ya hermosa como la luna, elegida como el sol y terrible como un ejército bien disciplinado; ya sirviéndola el mismo sol de manto real y de peana el astro de la noche, y de imperial y riquísima diadema los esmaltados luceros que cortejan y agasajan al príncipe de las constelaciones: ya es blanca como una azucena del Carmelo; rubicunda como la rosa de Engaddi; aromosa como la palmera de Cades; esbelta como el ciprés de Sion; olorosa como el aromático cinamomo, y llena de seducción y de hermosura como el lirio plantado cerca de las corrientes de las aguas.

Seria, despues de Dios, lo más eminente en todos los privilegios: por eso la vemos hija de una madre estéril; sabemos, creemos y defendemos que concibió sin concurso de varon, y la vemos elevada al altísimo rango de la divina maternidad, sin dejar de ser virgen: sí, cristianos; virgen purísima ántes del parto, en el parto y despues del parto; porque no era decoroso á Dios, diré con el dulcísimo San Bernardo, nacer sinó de una virgen, y á una Madre que habia de permanecer virgen no la correspondia dar á luz sinó al mismo Dios: seria tan formidable que aplastase la cabeza de la serpiente infernal, y las maquinaciones del infierno no prevalecerian jamás contra Ella: tenia que ser, finalmente, la criatura dotada de mayor poder, porque habia de encerrar y llevar en su castísimo seno al que todo lo puede y lo gobierna.

Reuniria, por último, lo más admirable, despues de Dios, de todas las virtudes: por eso, más prudente que Abigail, la llama la Iglesia Virgen Prudentísima: porque en Ella se vé perfectamente retratada la justicia y equidad de Dios; la apellida Espejo de justicia, porque respeta en Ella una heroína más fuerte que la heroína de Betulia; la reconoce como Torre de David, y porque se extasia contemplando la ejemplarísima templa de sus costumbres, la denomina *Casa de oro*, *Puerta del cielo*, y *Asiento de la Sabiduría*: vedla lumbrera de la fe, áncora de la esperanza y manantial inagotable de la caridad; y como el árbol de los sueños de Nabucodonosor, elevándose hasta el empíreo por su engrandecimiento, y haciéndose dueña de todo lo criado por sus perfecciones, por sus privilegios y por sus virtudes.

Para ser Madre de Dios, reasumiria en su corazón la pureza de todos los espíritus celestiales; porque aquel corazón iba á ser

morada de la misma santidad: la que el Omnipotente buscaba para Madre suya, habia de buscar al Omnipotente en el retiro y en la soledad; habia de esquivar el lenguaje y las miradas de los hombres, porque concebiria por obra del Espíritu Santo, y habia de ser una maravilla de abnegacion; colocada despues en el pináculo de la grandeza como Reina de los cielos y de la tierra, de los Angeles y de los hombres, cuando Ella dijese, inclinando la cabeza: *Ecce ancilla Domini.* «Hé aquí la esclava del Señor.»

Corto es el tiempo concedido á los discursos de la naturaleza del presente, y yo debiera terminarle ahora para no ser molesto; pero me parece que leo en vuestros semblantes el deseo de profundizar más para más alabar la generosidad del Eterno en escoger á Maria para Madre de su Unigénito Hijo; y nó porque desconocais este atributo de la divina Esencia, sinó por más engolfaros en estos momentos de entusiasmo en el océano de la gratitud. Pues bien: *Venite, et videte opera Domini.* «Venid y contemplad las obras del Señor.» Maria Santísima, el objeto de vuestra filial ternura, queda constituida en cooperadora á la reparacion del linaje humano, y coopera, señores, pero de una manera efficacísima; porque el que la eligió refleja en Ella toda la intensidad para amar y todo el heroísmo para padecer: en Maria no hay inquietud que no se abraza, ni penalidad que no se soporte, ni sacrificio que no se consume; y para hacer completamente felices á los desventurados hijos de un padre prevaricador, resérvase Dios para sí el cetro de la justicia, y pone en manos de su Madre el imperio de su misericordia. Es decir, que si á Aquel le debemos temer, de Maria todo lo hemos de esperar; si su justo enojo nos extremece, la piedad de Maria nos conforta y reanima; y si nuestra miseria nos esclaviza con la culpa, Maria dá en precio de nuestro rescate todos sus merecimientos, restituyéndonos compasiva la libertad y la gracia: es decir, que con la predestinacion de Maria Santísima hemos recibido del Excelso todo cuanto pudiéramos apetecer y todas las mercedes imaginables. Y no son menores *las que esta Señora nos ha dispensado, sometiéndose gustosa á su divina voluntad.* Segunda reflexion.

Si estaba resuelto en los consejos eternos que Maria Santísima habia de ser Madre de Dios, dicho está se habia tambien decidido fuese Madre de los hombres. El Hijo de Maria era nada ménos que la segunda Persona de la Santísima Trinidad, única hostia que Dios admitiria gustoso para aplacar los rigores de su justicia, irri-

tada por la soberbia y la rebeldía de nuestros padres: el Hijo de Maria, siendo el Cordero de Dios que quita los pecados del Mundo, lavaria con la efusion de toda su sangre las manchas de nuestra iniquidad; y sacrificador y víctima á un tiempo, quedaria reconocido medianero entre Dios y los hombres. Pero no se ocultaba á la inexcrutable é increada Sabiduría que, á pesar de la inmolation del Hijo de las eternas complacencias en las aras del Calvario, los hombres caerian mil y mil veces en las mismas y mayores abominaciones que ántes de su dichosa regeneracion: y, prevista nuestra lamentable suerte, hizo Madre del que habia de redimirnos á una Mujer cuyo mangnánimo y cariñoso corazon fuese capaz de encerrarnos y guarecernos á todos en la época futura de nuestro extravío, de nuestra orfandad y desamparo: una Mujer que nos alimentase, como el pelicano, con el néctar de sus entrañas, y que nos escondiese al abrigo de su manto, como los pajaritos esconden á sus hijuelos debajo de sus alas cuando se cierne sobre ellos encarnizada el ave de rapiña.

María Santísima viene siendo nuestra Madre desde los primeros pasos de su vida; y resalta más el beneficio de nuestra adopcion, cuando, sumisa como la hoja de los árboles que se dobla á las insinuaciones del ambiente, suscribe á los designios del Eterno en el dia de la Encarnacion, y se hace depositaria dignísima de la obra del Espíritu Santo.

Madre nuestra era desde entónces, cristianos; pero Madre de grandeza, Madre de majestad y de Soberanía, porque era Madre del mayor y del más majestuoso Soberano que han conocido los siglos. Pero llegaria un tiempo calamitoso por nuestras reincidencias, y entónces habríamos menester una Madre de ternura, una Madre de compasion, una Madre de caridad que nos esperase siempre con los brazos abiertos y que nunca nos volviere las espaldas.

Nuestra ingratitud ha conducido al monte del oprobio y colocado en el lecho de la muerte al Autor de la vida: todas las finezas, todas las caricias, y los insultos, y las afrentas, y los tormentos todos no han sido bastante para despertar de su funesto letargo á un pueblo sanguinario y deicida; Jesucristo, por otra parte, no ha llenado aún los deseos de su desgarrado corazon, viendo á sus piés á Aquella de quien era carne y sangre, sufriendo como Él y deseando como Él; sola como la amapola silvestre en medio de los rastros, é inseparable de la cruz, como es inseparable la sombra del cuerpo que la produce, la nombra para toda una eternidad Madre de todos los hombres *Ecce filius tuus.* «Hé ahí á tu hijo.»

Madres de familia que me escuchais; vosotras las que teneis

el pensamiento cautivo por el cariño de vuestros hijos, y á quien hasta el viento ofende cuando ofende á los que son pedazos de vuestras entrañas, decidme con sinceridad: ¿acojeríais bajo vuestra maternal predileccion al que calumniase, prendiese y sacrificase al único y al más amado de los hijos de vuestro corazón? ¿Soportaríais con serenidad la nueva carga que os imponía aquel hijo moribundo, haciéndoos reconocer nada ménos que como hijos á los que más le perseguían, más le maltrataban y más le ofendían? No es posible, señores; pues *Venite, et videte opera Domini*. «Venid y contemplad las obras del Señor.» Maria Santísima reune en aquel angustioso momento esta á todas las mercedes que ya nos habia dispensado, y con la ternura de un corazón de madre, y con la grandeza de un corazón de Reina, y con la humildad de un corazón de esclava, me parece que la oigo responder, resignándose con un sollozo para más sentir, y esforzándose con un suspiro para más amar: *Fiat «Hágase.»* ¡Incomprensible, pero benditísima palabra! Y con ella firma para siempre el compromiso más augusto para la Señora y más útil para nosotros, de ser voluntariamente Madre de los desterrados hijos de Eva; pero Madre en toda la extension de la palabra; Madre de dulzura y Madre de reconciliacion; una Madre que reconociéndonos hijos de sus dolores, nacidos del fondo de sus lágrimas, tanto más nos habia de amar, cuanto más la habiamos hecho padecer; una Madre que habia crucificado su corazón con el del fruto bendito de su vientre, porque así convenia para llegar, en provecho nuestro, al complemento de toda maternidad. Era una Madre que empezaba entónces á serlo con toda propiedad, para no dejar de serlo hasta la consumacion de los siglos; una Madre á quien llamaremos y nos oirá, á quien pediremos y nos concederá, por quién suspiraremos y que llenará nuestros corazones de bendicion y de regocijo; Madre que, desvalidos, nos acogerá, y enfermos, nos asistirá, y moribundos, nos auxiliará, y en el día terrible de la cuenta desempeñará cerca de nosotros el honorífico cargo de abogada, como que es Madre de misericordia; una Madre que, por no tener quien pueda igualarla, será un prodigio de Dios en el tiempo, pues viene siendo un prodigio del mismo Dios desde la eternidad; una Madre, en fin, á quien por todo cuanto bien nos ha dispensado desde el instante de su Concepcion purísima hasta su gloriosa coronacion, y desde entónces hasta ahora en sus advocaciones, en sus misterios y en sus apariciones, invocamos hoy con fe, y veneramos con especial reconocimiento en ese halagüeño y peregrino simulacro de Maria Santísima de las Mercedes, Redentora de los cautivos cristianos.

Seria, señores, interminable hablando de la Virgen, pero voy á concluir. Al amparo de esa privilegiada criatura y á la sombra del escudo de la Merced, existe todavia el Orden, fundado por su revelacion; y existe hoy con un objeto tan noble á mi entender como el primitivo de su instauracion. Si aquel era honroso para la Iglesia defendiendo los intereses de la humanidad, honroso es tambien para la Iglesia si vosotros defendeis con energia las prerrogativas de esta benditísima Señora. No consintais, por Dios, que tengan lugar en vuestros corazones las dudas y los errores con que la impiedad y la herejía de todos los tiempos pretende deshacerse de un antemural tan favorable á la Religion y tan superior á sus fuerzas: no toleréis esos dictérios asquerosos y esas horribles blasfemias con que desgraciadamente en nuestros días y por todas partes se escarnece y vilipendia el dulcísimo nombre de Maria, que es el iris de los cristianos y el embeleso de las almas. Si el Orden mercenario era útil á los prójimos redimiendo á los cautivos del mundo, útil podeis y debeis hacerlo vosotros rescatando á los que viven en la servidumbre del demonio: y ¿cómo? con la virtud y con el buen ejemplo. ¿Necesitais modelo? Y ¿de quién aprenderán los hijos mejor que de su Madre? Ahí teneis á Maria Santísima de las Mercedes, á quien imitando con el celo de buenos cristianos y amando con el cariño de verdaderos hijos, deberemos nuestra quietud exterior y nuestra paz interior en esta vida miserable, para recibir despues, de sus manos sacratísimas, la corona de inmortalidad que ciña nuestras sienes en las moradas de la gloria. Amen.

DISCURSO VIII.

Sobre el mismo asunto.

Parati sumus mori, magis quam patrias Dei leges, prevaricari.

(II. Mach., cap. VII, v. 2.)

Redemptionem misit populo suo.

Envió la redención á su pueblo.

(David, salmo cx, v. 8.)

GRANDEZA, majestad y poderío llama el mundo á lo que solo es en la presencia de Dios vanidad de vanidades y aficción de espíritu: de grandes y extraordinarios acontecimientos califican los pueblos esos sucesos inesperados y fecundos en circunstancias que son ante el aliento de la verdad eterna lo que es la débil llamarada de una luz al soplo de un cierzo turbulento: industria, civilización y cultura proclama el hombre á ese torrente borrascoso y sin límites de la ambición humana, que no es más que la tan breve como espinosa carrera que recorren las generaciones desde el centro de la cuna hasta el fondo de la incomprendible eternidad: sentimientos magnánimos, aborto de imaginaciones sublimes, dice la criatura que son esas pasiones vergonzosas que aletargan la mente, corrompen el corazón y precipitan el alma. La verdadera grandeza es Dios; y su majestad y poderío solo podemos vislumbrarlos á los luminosos reflejos de la fe. El acontecimiento más inaudito en la historia de todo lo sucedido, es la salvación del universo; la civilización única se apoya en el conocimiento y observancia de la ley evangélica; y el sentimiento más magnánimo y la pasión más heroica estriban en el sentimiento religioso y en la invencible constancia para sostenerle y para propagarle.

Aparece Roma representando en el gran teatro del mundo el

papel de una Emperatriz orgullosa y soberbia, y asienta sobre un trono fabricado de cien tronos; empuña un cetro cuya materia es el oro fundido de cien cetros, y ciñe una corona, si es de Reina, indisputable, y si es de conquistadora, inmarcesible; pero la gloria romana se desvanece como una sombra; su Capitolio y sus alcázares se hunden como si estuvieran edificados sobre la superficie de las aguas: Roma gentil dejará de ser; su desventura y oprobio surgirá de lo mismo en que ella soñaba su felicidad, y encontrará la muerte donde pensaba acaso inmortalizar su vida.

Cartago, que rivaliza y sorprende á la señora de la tierra, que rasga de parte á parte el estandarte de sus victorias, y que arranca con la espada de sus valientes lo que aquella adquiriera con la influencia de sus Césares, de sus cónsules y de sus tribunos, retrocede y cae, se debilita y sucumbe, y el espíritu de la mentira cede el campo y los trofeos al genio colosal que viene apoderándose del mundo, que es el espíritu de la verdad.

La culta Grecia pasma á los hombres con sus adelantos, asombra con el esplendor de sus riquezas, y los nombres de sus sabios déjanse ver en sus asambleas y areópagos, como refulgentes astros que, partiendo luminosos desde el disco del sol, van á situarse para presidir, sin eclipse sobre las cúpulas del templo de la inmortalidad; pero ¡ay señores! Grecia acompañará en su suerte á Roma y á Cartago: su sabiduría se convertirá en un caos, sus lumbreras perderán su luz, y el cadáver del mundo antiguo, muerto por las heridas que abriera en sus entrañas la gentilidad, no volverá á vivir ni adquirirá movimiento nuevo é inalterable, hasta que sople sobre su yerta frente el sentimiento religioso del Cristianismo.

¿Y nuestra España, cristianos? Nuestra España seguirá un rumbo diferente al de aquellas naciones que, empezando á construir sobre cimientos débiles, no pudieron concluir de edificar; y que se aprestaron al combate con ejércitos bisonos y limitados, para quedar ignominiosamente derrotados por el Salvador de los hombres, cuya bandera es la Cruz y cuyos ejércitos son aguerridos é innumerables. Nuestra nación, mientras se llame Hesperia ó Celtiberia, será humilde, correrá entre el vaiven de encontradas ambiciones la misma fortuna que corre un bajel azotado por las olas del profundo y por los vientos de la tempestad; pero cuando quiera llamarse España, y España cristiana católica, apostólica, romana, esta unidad de creencias la hará sabia para engrandecerse é intrépida para dilatarse; conservará y reconquistará su independencia, mientras atribuya, como debe, á la Religión sus

conquistas y apogeo; y solo separándose de ella ó mirándola con desden y menosprecio, podrá temer que la acechen y despedacen sórdidamente codiciosas naciones extranjeras. Y ¡ojalá que lo último que acabo de decir no llegue á realizarse en nuestros dias!

Nuestra España, señores, animada con la savia de la fe, pertenece á Jesucristo, estampa en sus pendones el signo de la Redencion, se acoje en sus infortunios bajo el manto, y sella y propaga sus empresas á la invocacion del nombre de su Madre: España pertenece tambien á Maria por adopcion: Maria es la única Madre de los españoles; por eso cuando los vé en peligro los defiende, cuando los vé afligidos los consuela, cuando los vé miserablemente cautivos abre los tesoros de su corazon y envia en su patrocinio y su ternura la libertad suspirada de su pueblo. *Redemptionem misit populo suo*. Digámoslo de una vez. *El pueblo español, cautivo por la defensa de su fe: Maria de las Mercedes, Redentora del pueblo español*. Asunto de mi discurso y de vuestra religiosa consideracion.

Imploramos la misericordia de Dios y la asistencia del Espíritu divino, dándole gracias por los beneficios que nos ha dispensado, é invoquemos para conseguir las el nombre de la Reina y Señora de todo lo criado, diciéndola de lo íntimo de nuestro corazon:

Ave Maria.

Los extravios de los pueblos hacen pesar sobre la cabeza de los Reyes la cólera del cielo; el desenfreno y los pecados de los soberanos dan por resultado el verse los pueblos afligidos y abrumados bajo el terrible yugo de la indignacion divina. España, marcada favorablemente desde sus primeros tiempos con el dedo de la Divina Providencia, presenta en sus anales algunas páginas escritas con caracteres de sangre, que si bien en el reverso ofrecen un campo sembrado de laureles y un firmamento tachonado, en vez de estrellas, con las brillantes aureolas de los triunfos, no por eso dejan de recordar los infaustos nombres de un Rey que en las revueltas olas del soberbio Guadalete sepultó, con su manto y su diadema, la libertad de sus infortunados vasallos: de un noble en el título, pero cuyo ruin corazon derramó, envuelta en la traicion más inicua, la amarguísima cicuta de una detestable esclavitud en el corazon de sus conciudadanos. Lo que al miserable don Rodrigo proporcionara un momento de placer, ocasionó á los pobrecitos hijos de la patria de Recaredo años sin término de dolor

y desconsuelo, que sólo pudo hacer sufribles la Religion con su verdad y su esperanza.

Un crimen perpetrado sobre el Trono, hizo que la corona se derrumbara de las femeniles, impuras sienas que la ceñian; y su caída abrió en el seno de una nacion tan amante de su Dios como de sus señores, una herida que solo podia detener el cauterio del sufrimiento, y que solo podia cicatrizar el bálsamo de la fe. España se vió en un momento sin cetro que la dirigiese, sin baluartes que la resguardasen y sin soldados que la defendiesen. Un viento glacial que soplabá en las costas de África helaba el valor en el alma de los discípulos de Santiago, y aumentando insensiblemente, segaba entre las fauces del español el postrer aliento de su vida, á la manera que siega el huracan el lánguido tallo de una palmera: la espada del último godo habíase hecho pedazos al chocar con el alfanje del primero de los hijos de Mahoma que pisó nuestro continente, y la independenciam de los defensores de la Cruz lloraba oprimida con las férreas cadenas que la impusieron los seguidores del Corán.

Un puñado de víctimas huía, como rebaño de asustadas ovejas, á esconder su dolor y su deshonra entre los escarpados montes, á tiempo que una falange innumerable de verdugos desplegaba sus huestes por los campos de la hermosa Andalucía, atravesaba los llanos de Castilla, colocaba sus tiendas en las cumbres de los montes de Aragon, y los alcázares se trocaron en mazmorras, los templos en mezquitas, el señorío en vasallaje, la independenciam en servidumbre, y el mahometismo y la infidelidad atentaron, al mismo tiempo que contra la vida y las riquezas españolas, contra la fe y la Religion. Pero es en vano, católicos: el leon español defiende palmo á palmo y da gota tras gota toda su sangre por salvar la última piedra del altar que al Dios de los ejércitos erigieran sus mayores; y cuando derrocadas las aras santas, profanados sacrilegamente los vasos sagrados, perseguidos horriblemente y horriblemente asesinados los ministros del santuario, se crea el hijo de la Media Luna más seguro de su triunfo, entónces es cuando debemos contemplarle más cobardemente vencido. La única vida del español es Dios: su riqueza inconquistable é imperecedera es la fe, y la lleva en su corazon. Como la hoz del segador separa en el estío la espiga de la caña que la sostiene, así el alfanje sarraceno segará cabezas á millares de los discípulos del Cristianismo; pero los discípulos del Cristianismo concluirán llenos de gloria por su pátria; nó por esa pátria que los vió nacer y hoy los despide; sí por aquella otra pátria que

los aguarda y los recibe, que los abre sus puertas para franquearles sus regiones eternas, dichosamente conquistadas con la heroica resistencia á los tiranos y la valiente defensa de su fe.

«¡Antes que nada cristianos! gritaron los desventurados españoles al ver precipitarse sobre ellos un ejército de infieles, con la misma violencia que una turba de aves de rapiña se deja caer sobre la presa que pretende devorar. ¡Primero abandonar la vida que abandonar la Religión! ¿Qué sería para nosotros la libertad y la ventura si llevábamos estampada en la frente la mancha de apóstatas á nuestras creencias y de traidores á nuestro Dios? ¿Qué pretenden los que nos oprimen, y qué quieren saber de nosotros?» *Parati sumus mori.* «Aparejados estamos para morir antes que violar las leyes de nuestro Dios y de nuestra patria.» Juremos su defensa, y la juraron; si no podemos luchar como valientes, al ménos sepamos morir como buenos; y murieron.

España, toda fe y con más denuedo y esperanza que la valiente Macabea, entregó á sus enemigos, nó un hijo y una provincia, y ahora el uno y despues el otro, sinó todos sus hijos y todas sus provincias, y todos á un tiempo, exhortándolos con valor y con amor á morir por el Autor de todo lo criado, en cuyo divino corazón habian de encontrar algun día el espíritu y la existencia. La sangre de las víctimas salpicó en el rostro á los verdugos, y sus ojos encendidos como los de una hiena con la rabia y la sed de la venganza, no vieron que el castellano, si era mortal, era invencible cuando combatia en defensa de su fe.

Detallar en este lugar toda la época de la dominacion árabe sería imprudente é inoportuno; haceros sufrir con la consideracion el despótico yugo del musulman que nuestros compatriotas sufrieron con una constancia á toda prueba, sería insoportable: clasificar á cada uno de los héroes que en época tan memorable como tenebrosa hizo brotar en este campo de bendicion el sentimiento religioso, raya, señores, en la esfera de lo imposible. Dominaron los árabes el terreno, pero no subyugaron los corazones: enmudecieron las arengas del combate y los cánticos del triunfo, pero nó impusieron silencio á la voluntad: sofocaron los gemidos del dolor oprimiendo á nuestros antepasados con un espantoso cautiverio, pero no pudieron ahogar aquella dulcísima esperanza, alimento del que padece y sueño dorado de su nó muy lejana redencion.

Y efectivamente, católicos. Pero ¿en qué fundaban los cautivos cristianos esas consoladoras esperanzas? Fundábanlas en su mismo padecer. Ved, si no, aquel hombre encanecido en el calabozo y fuertemente amarrado á un cepo de hierro; sin padre, porque el

que le engendró murió empalado y deshecho en horrorosa tortura; sin madre, porque la que le concibió dobló la cerviz á la segur damasquina, ántes que ser infiel al tálamo conyugal; sin hijos, porque exalaron el último aliento entre el fuego que los consumia y los garfios que los desollaban; sin hijas, porque entregaron su espíritu al Criador en el tormento de los azotes, por conservar ílesas y sin mancha la pureza de su cuerpo y la integridad de su alma: ved aquel hombre estenuado por el hambre, fatigado por el insomnio; sin lágrimas, porque se le concluyeron en fuerza de tanto llorar; sin palabras, porque preside en sus labios el silencio del sepulcro; y sin suspiros, porque lo único que le falta es espirar: pues ese cautivo cristiano es la representacion más viva y más enérgica de todo el pueblo español, de todos los cautivos cristianos, de cuyos ojos se ha extinguido la lumbre por la oscuridad profunda que les rodea, pero que cifran, como dije ántes, sus más halagüeñas esperanzas en su más insufrible padecer.

Padecen por Dios: no tienen lengua para publicar su fe, ni fuerza física para defenderla, pero tienen corazón para conservarla; y entre las opacas tinieblas que les circundan como que divisan una estrella que anuncia el día y la prosperidad; en medio del proceloso y revuelto mar de sus calamidades é infortunios, tropiezan con un ánora que asegura su salvacion; huérfanos y desamparados, sin libertad y sin nombre, creen y esperan y se regocijan con el patrocinio de una Madre que es consuelo de los afligidos y refugio de los atribulados; que es libertad para el oprimido, y cuyo nombre es todo solaz y amor para el acongojado; el nombre de Maria nos hace contemplar con entusiasmo á la co-redentora del pueblo cristiano; el nombre de Maria de las Mercedes nos indica, religiosos archicofrades, á la Redentora del pueblo español. Veámoslo.

No era indiferente en los cielos la vida de afrenta y de ignominia que los cautivos cristianos arrastraran sobre la tierra. La sangre de los inocentes humeaba todavía, y sus rojos vapores subian á pedir venganza, deteniéndose en los umbrales de la bóveda celestial; las plegarias de los buenos dejábanse oír sin interrupcion, y tan humildes como entrañables, besaban las plantas del Eterno, sostenidas por la fe é inflamadas por la caridad: la sangre de los inocentes penetraba en los alcázares de la gloria, y las oraciones de los buenos ponian en conmocion los paternales sentimientos del Redentor del universo. Llegó la hora de la recompensa; el clarín

de alarma que retumbara muchos años hácia entre las breñas de Covadonga, no hizo más que anunciar el triunfo de la Religión y la derrota de la impiedad. Pero ¿y los mártires que van á sucumbir á los desesperados sacudimientos del imperio musulmán agonizante? ¿Y los pobrecitos prisioneros que, no cabiendo en las cárceles de su pátria, han sido sepultados en los lúgubres calabozos de Berbería? ¿Quién los desata sus ligaduras? ¿Quién los desvia del sepulcro? ¿Quién los arranca de los brazos de la muerte...? Escuchad.

El pueblo judío oye cubierto de luto y de consternación el decreto de su exterminio, firmado y sellado por el monarca Asuero: la fe de los hebreos háceles más soportable la muerte que la pérdida de sus creencias, y el ayuno y el cilicio son las únicas armas con que se disponen á conjurar la deshecha borrasca que les amenaza: en Dios tienen su tesoro y en Dios colocan su corazón. Una mujer, entre tanto, sobre cuyas nevadas siénes descansa la diadema del imperio, y de cuyos hombros pende la recamada y exquisita púrpura del poder, detiénese con nobleza y sumisión en presencia del soberano, y todo el esplendor de la majestad de este refleja sobre la candorosa frente de aquella, como los rayos del sol reflejan sobre la luna, haciéndola partícipe de su luz y de su hermosura. Esther está segura de alcanzar la mitad de los dominios de Asuero, porque ha encontrado gracia delante de su señor; pero no quiere más que la libertad de un pueblo que la idolatra, porque la pertenece: «¿porqué ¿cómo podré yo, dice, soportar la muerte y la esclavitud de mis hermanos y de mis hijos?» *¿Quomodo enim potero sustinere necem et interfectionem populi mei?* El árbitro de la Persia tendió entonces el brazo y tocó con la punta de su cetro en el hombro inclinado de la esposa, en señal de misericordia; descendió del sólio para trasmitirla con su anillo toda la plenitud de su autoridad; y aquella mujer magnánima voló á comunicar al virtuoso Mardoqueo la buena nueva de la redención de su pueblo. *Redemptionem misit populo suo.*

En este bellissimo pasaje, Esther es la figura más elegante de María de las Mercedes; y en la fundación del Orden militar que se gloria con su nombre, María es la encantadora realidad de Esther. Cuando un hombre como Pedro Nolasco liquida sus ojos en dos fuentes de lágrimas, derrite su corazón en el incendio de la caridad, como se derrite la cera junto al fuego, y revuelve é investiga en su mente los medios de salvar de la tiranía y de la opresión á los hijos de la co-redentora del mundo, cautivos por la defensa de su fe, María Santísima ante cuya belleza, despues de Dios, toda

belleza encuentra mancha, y ante cuya santidad es imperfecta toda perfección, sostenida sobre las alas de los querubines, inclinada su cabeza como el capullo de una flor, coronada su frente y engalanados sus hombros con las estrellas de sus prerrogativas y la púrpura de sus virtudes, solicita del divino Asuero cuanto puede una hija solicitar de su padre, cuanto puede una madre merecer de su hijo, cuanto puede una esposa prometerse del que la amó desde la eternidad; y alcanza María cuanto puede alcanzar para sus hijos esclavos una Madre de misericordia. «¿Cómo podré yo sufrir por más tiempo la desventura y la muerte de los hijos de mi cariño, y dónde buscarán ellos la aurora que disipe sus tinieblas, si no les franqueo los tesoros de mi alma, que es el depósito de todas las mercedes?» Dijo la Señora, y los espíritus celestiales y las legiones de los bienaventurados quedaron en estática suspensión, como si les faltara por algunos instantes el iman de sus amores y el blanco de su embeleso.

¿Y qué extraño, señores? María derramaba en aquel momento sus dulcísimas influencias en el solitario albergue del primero de los mercenarios; y multiplicando su presencia tan pródiga como multiplicaba su amor, visitaba al mismo tiempo al venerable sacerdote Raimundo de Peñafort, y al terror de las lunas africanas el católico Rey D. Jaime I de Aragón. En una noche dió á luz María en el establo de Belén el Libertador de las criaturas, y en otra noche, la Emperatriz augusta de los cielos instituye el Orden militar de la Merced, redención de los cautivos cristianos. Regójese en hora buena el pueblo predilecto de María; respiren los oprimidos, y tiemblen los opresores. Una nueva institución crece y se extiende el día 10 de agosto de 1218, ora como manantial pacífico, luego como arroyuelo manso, y más tarde como caudaloso río que sonríe con su rápido curso á la imaginación y rejuvenece con sus aguas á toda la mustia naturaleza. Institución grande, cuyos individuos no tienen otro nombre que el de María, otros blasones que la Cruz, ni más ambición que destronar un reinado de impiedad y de violencia para entronizar el felicísimo reinado de la paz.

Al guerrero y al conquistador ha reemplazado el humilde y austero fraile mercenario; á la lanza y á la espada han sucedido, pero con éxito más favorable, la abnegación, el desprendimiento y la limosna. María tiene en cada pecho un trono, en cada alma un templo, en cada corazón un héroe; y por María vuelan incansables los seguidores de Nolasco para hacerse espectáculo asombroso al mundo, á los Angeles y á los hombres; mártires por la

Religion y por la caridad, se apresuran á anunciar la misericordia del Señor y á sacrificar su vida por la vida y por el alma de sus amigos; el fuego del amor divino predomina en sus corazones, y á la invocacion del nombre de Maria de las Mercedes dispónense á vencer y vencen efectivamente obstáculos que parecian insuperables. El Hijo de Maria redime al mundo todo, vertiendo por cada uno de nosotros hasta la última gota de su sangre; la Madre de Jesucristo redime á los cristianos, agotando por cada uno de aquellos hasta el último quilate de su afecto maternal. Maravilla del amor de Jesucristo es la ruina del imperio de Satanás y el nacimiento de la Iglesia; y maravilla del amor de Maria Santísima es el origen del Orden de la Merced y redencion de los cautivos cristianos.

La luz de la gracia esclarece las mazmorras: la voz del misionero resuena en las hediondas bóvedas de los calabozos: el mercenario desampara su celda, recorre las cárceles, descendiendo á los subterráneos; y cuando los esclavos le tienden los brazos, para encomendar el espíritu al Eterno Padre, reclinados sobre su corazón, Maria de las Mercedes hace suceder á la muerte la vida, á la melancolía el regocijo, y al tédio y á la desesperacion el valor, la dulzura y la esperanza. Una pequeña nave abandona las playas españolas, surca entre zozobras y averías los encrespados mares, y arriba á las regiones africanas; en ella vá Maria de las Mercedes: sus hijos, cruzando las calles y las plazas, llamando de puerta en puerta y mendigando por su nombre y por su amor, han atesorado cuantiosas sumas de dinero para rescatar á los cristianos; la navicilla es la depositaria de las limosnas; pero aún valen más los tesoros espirituales que encierra: aquella tripulacion apostólica, dispuesta á comprar la vida de sus hermanos con el oro y con su sangre, ansía con más vehemencia el término de su navegacion, por separar del eterno precipicio á los que, acobardados con el aspecto formidable de la muerte, iban á declinar en una vergonzosa apostasia: pero llamaron á Maria en medio de los suplicios más acerbos, y Maria, que es toda mercedes y misericordia, descendió impelida por los vuelos de su amor á oír los lastimeros quejidos de los esclavos: *Ut audiret gemitus compeditorum*. Nuestros son el alborozo y la alegría, porque nuestra es la victoria: nuestra es la libertad, porque también es nuestra, y lo será hasta la consumacion de los siglos, la inmaculada y purísima fundadora del Orden de la Merced.

Se encenderán hogueras, se levantarán cadalsos, se forjarán esposas y cadenas, se inventarán tormentos y maquinarán atroci-

dades, y la cuchilla del verdugo, retumbando sobre el cuello de los hijos de la Merced, despojará gloriosamente de la existencia á los Pascasios, á los Armengoles y Serapios, y á millares de ínclitos individuos, lumbreras de la Religion y ornamento de la Iglesia; pero ellos darán honorífico testimonio de que el pueblo español, como hijo de Maria, sufrió en la desolacion y el cautiverio desde el martirio más inaudito hasta la muerte más espantosa, solo por la defensa de su fe; y que Maria Santísima, Madre de misericordia, dispensó una prueba más del entrañable amor con que nos distingue, constituyéndose en la institucion y título halagüeño de las Mercedes, Redentora del pueblo español. *Redemptionem misit populo suo*.

Te saludamos para concluir, Emperatriz de los Angeles y de los hombres; más pura que Susana, más hermosa que Raquel, más valerosa que Judith; te reconocemos como la alegría de los cielos, la esperanza de la tierra, el terror y confusion de los infiernos, adoramos en Ti á la Hija del Eterno Padre, á la Madre del Eterno Hijo á la felicísima é inseparable compañera del Eterno Espíritu Santo; recreo de la Beatísima Trinidad; gala de la Religion y puerto de seguridad de la Iglesia de Jesucristo. Te confesamos á la faz del universo Madre del Dios vivo, Madre de todos los cristianos, abismo de piedad y Redentora de los cautivos españoles. Bendícenos, Virgen Santísima de las Mercedes, alcanzando para nosotros y derramando en nuestras almas y nuestros corazones los inefables tesoros de la gracia: desde el estrellado sólio donde asientas, ¡oh Reina de las vírgenes! oye amorosa las súplicas de tus siervos, y ofrécelas, como aromático incienso, en la presencia del Señor; merezcan en este día tu acogida favorable las oraciones de este coro de vírgenes mercenarias, esposas del Cordero inmaculado, y las de tu Real y primitiva Archicofradía. Vuelve á nosotros esos [tus ojos misericordiosos, vida, dulzura y esperanza nuestra; vida de nuestra ferviente devocion; dulzura en nuestros amargos desconsuelos y esperanza de eterna salvacion que, mediante la práctica de la virtud y los auxilios de la gracia, nos proponemos obtener por tu intercesion, y confiamos disfrutar en tu amabilísima compañía por los siglos de los siglos. Así sea.



DISCURSO IX.

Sobre el mismo asunto.

Regnum coelorum simile est grano sinapis quod crevit et factum est in arborem magnam, et volucres coeli requieverunt in ramis ejus. (San Lúc. xiii, 19.)

ILUSTRE Archicofradía, respetable y católico auditorio: La Religión del Crucificado es la única que puede proporcionar al hombre verdadera y completa felicidad: verdadera, porque poniendo á disposición de la criatura la omnipotencia, la sabiduría y el amor de su Autor divino, hace á su corazón, si es dócil á las inspiraciones de la gracia, mansion del elemento más indispensable para ser innegablemente dichoso, que son las virtudes: su inteligencia se convierte en morada de altísimos y santos pensamientos; su memoria en manantial inagotable de ternísima gratitud, y la voluntad en facultad vivificadora que tiene en constante ejercicio el entendimiento y la memoria, de las cuales, como de dos alas, se sirve para ir en busca del inmutable, del misericordioso Sér que constituye su dicha.

La felicidad que la Religión proporciona á la criatura es, además de verdadera, completa; completa porque le vale, le conquista nada ménos que la posesion de todo un Dios; y esto no sólo en el tiempo, sinó que, enjugando la primera lágrima que sus ojos derraman en la cuna, ilumina poco á poco su razón en los días de la infancia con las luces de la fe; sostiene esta misma razón en las alternativas borrascosas de la juventud, con el áncora de la esperanza; presenta como báculo en los días de la vejez el apoyo de la divina caridad; en el lecho del dolor recoge el último suspiro que el hombre exhala al despedirse de este valle de miserias y de

lágrimas, deja su cuerpo en el descanso del sepulcro, y vuela acompañando su espíritu á las moradas eternas, para declararle poseedor de una cumplida felicidad.

¡La Religión! Grande siempre porque tiene por fundamento una virtud cuyo valor el hombre nunca conoce; que en su primera época, en la ley natural, se ofrece á nuestros ojos pequeñísima como un grano de mostaza. *Simile grano sinapis*. En la época que sigue á aquella, la de la ley escrita, ya crece y se desarrolla como un árbol frondoso que extiende sus ramas hácia las cuatro partes del universo. *Quod crevit et factum est in arborem magnam*. Y que últimamente en Jesucristo tiene su complemento, cuando en el campo de la Iglesia, regado con la sangre de millares de confesores y defensores de la fe, se hace un árbol de tan riquísima vegetacion, de tanta consistencia, que en sus ramas y bajo su sombra anidan con una tranquilidad inalterable todas las aves del cielo. *Et volucres coeli requieverunt in ramis ejus*. Es decir, que las doctrinas infalibles, y las virtudes que santifican al hombre, y los hombres santificados por las virtudes, todos, como aves de los cielos, descansan y respiran á la sombra del árbol frondoso de la Religión.

¡La Religión! Grande siempre, porque, digan y mientan lo que quieran los pseudo-predicadores de la moderna *sociabilidad*, tiene en sí misma el conseguir que todos no constituyamos más que un solo rebaño con un solo pastor; su mision no es otra que la de unir á los hombres con su Dios por medio de la abnegacion, del amor, del culto y del sacrificio, y de unir á los hombres como hermanos entre sí por medio del espíritu y de la práctica de la caridad.

Las grandezas, las glorias de la Religión son majestuosas é inexplicables: ella se levanta, como un arbusto, del grano de mostaza Jesucristo; ella extiende, como el terebinto, sus primeras ramas, cuando aquel envia á los Apóstoles y á los discípulos de dos en dos á predicar el Evangelio; ella empieza á dispensar su sombra á los fieles en el establecimiento de las primeras iglesias; ella concluye por dominarlo todo, sirviendo de tálamo y de dosel á todas las aves del cielo, en la institucion, en la diversidad y en la conservacion de las Órdenes y de las corporaciones religiosas; Órdenes y corporaciones religiosas producto de un grano de mostaza, *grano sinapis*, que á su vez es fruto sazonado y exquisito del árbol primitivo de la Religión: Órdenes y corporaciones religiosas que, con la savia de nuestra Santísima Religión, crecieron y se desplegaron hasta hacer sombra á las aves del cielo; *et volucres coeli requieverunt in ramis ejus*. Órdenes y corporaciones re-

ligiosas que, reunidas ó indistintamente separadas, dan testimonio, hasta el último de todos los días, de las grandezas, de los triunfos y de las glorias de la Religión augusta que profesamos.

Hoy, sin pretensiones de ningún género, que serían vanas y ridículas, sin mérito ni capacidad suficiente de mi parte, y sólo por la misericordia de Dios, soy llamado á presentar á la Real, inclita y militar Orden de redención de los cautivos cristianos, y á la ilustre Archicofradía que de ella procede, en su fundación, objeto y propagación, como un testimonio de las grandezas de la Religión de Jesucristo, pero todo bajo un solo pensamiento sublime y arrebatador, que es María Santísima de las Mercedes.

Ave Maria.

Hay fechas que no se borran jamás de nuestra memoria; hay nombres que por la veneración y el amor que profesamos á los que los llevan, están escritos con caracteres indelebles en nuestro corazón; hay acontecimientos que por sí solos forman época en los anales de las naciones, y en los fastos de la Iglesia y de la Religión. Una fecha y un acontecimiento, pero glorioso y admirable, constituyen el fondo de este discurso; y un nombre que, en expresión de San Bernardo, es dulzura en los labios, melodía en los oídos y regocijo en el alma, es el pensamiento que le preside, es el pensamiento que domina en mi imaginación. Atendamos primero al pensamiento, y desenvolvamos después la proposición.

El día 10 de agosto de 1218, en la ciudad de Barcelona, tenía lugar uno de esos sucesos que enajenan el entendimiento, embarcan el espíritu y unen los cielos á la tierra para presenciar una estupenda maravilla: de pronto se rasgaban los pabellones del firmamento, que, recamados de estrellas, sirven de dosel al mundo, y sobre un trono formado por las alas de los querubines, mecándose, como se columpia una gallarda paloma sobre los aires, vestida de blanco, festejada por armonías celestiales é iluminada con los resplandores de la Divinidad, descendía una Mujer á consolar las aficciones de un corazón que se abrasaba en el amor de sus semejantes.

No era, sin embargo, Esther; al menos no ceñía sus sienas la diadema de la soberanía de la Persia: tampoco era Judith; no marchaba al ménos por entre el misterio de una noche pavorosa, como la viuda libertadora de Betulia, y aun así resplandecía su frente con la majestad de una Reina, y sonreían sus labios con la misericordiosa dulzura de una libertadora. ¿Quién era...?

Cristianos, aquella Mujer es un pensamiento sublime, magnífico, sin igual de la Beatísima y adorable Trinidad; aquella Mujer era el pensamiento dominante de los Patriarcas y de los Profetas; el pensamiento que dirigía la fe de los Apóstoles, la fortaleza de los mártires, el candor y la pureza de las vírgenes, la austeridad y la constancia de los confesores; aquella Mujer era el pensamiento consolador de las generaciones desde Adán hasta Jesucristo; sostén y delicia del universo desde Jesús hasta nuestros días, y amparo y protección de los pueblos, desde ahora hasta la consumación de los siglos.

Aquella Mujer era y es el pensamiento del pecador y del justo, del enfermo y del sano, del pequeño y del grande, del esclavo y del libre, del triste y del que no lo está, del hombre y de la mujer; es el pensamiento del niño, del joven y del anciano; el pensamiento, nó solamente de mi oración, sino de los cielos y de la tierra, y de la Religión y del Cristianismo; aquella Mujer es María Santísima.

Decía yo que María Santísima de las Mercedes es el pensamiento capital que influye en mi inteligencia en la presente mañana, y lo decía con la seguridad de encontrar siempre el título de las Mercedes allí donde se encontrase el nombre de María; de ver siempre al lado de María todo lo que es merced, como la bondad, la munificencia, la esperanza, la misericordia y el amor; de ver siempre en la Virgen un sér que se desenvuelve de lo pequeño á lo mayor, y que toma tales proporciones, que se hace de una grandeza incomparable; un grano de mostaza que crece, se extiende, hace sombra y alberga en su ramaje á todas las aves del cielo. *Grano sinapis.*

Y ciertamente: tan aplicable es á María la parábola del Salvador, que desde su formación en los decretos del Altísimo hasta su Asunción y coronación como Emperatriz universal, otra cosa no vemos en criatura tan privilegiada que una simiente que cae, que germina, que se levanta; que, ostentando sus galas, hermosea y ennoblece la tierra donde se plantó, y hace pequeños, imperceptibles á su lado, á los cipreses de Sion, á las palmeras de Cades y á los cedros del Líbano.

Ni es esto solo lo maravilloso, ésto la sapientísima economía con que el Hacedor Supremo ordena que la bendita entre todas las mujeres, la bendita con triplicadas bendiciones, sea, en los incomprensibles misterios y en los elevados fines á que la destina, la realidad del grano de mostaza; de manera que, en fuerza de humillarse y de engrandecerse, aparezca, después de Dios, como

la mayor grandeza posible y deseable en el paraíso de los cielos, en los desiertos de la tierra y en los vergeles de la Religión.

Simiente de mostaza aromática y saludable se desprende de los labios del Eterno en el campo de la predestinación; y ¡qué tal desplegará sus grandezas, cuando en su concepción se la exime de una mancha común, y en su nacimiento es árbol inmarchitable que cobija en su follaje á los infestados con la lepra original!

Como simiente de mostaza, pero de un perfume que enajena, la vemos sepultarse toda en las soledades del templo, y allí, nutrida con el rocío de la gracia, y respirando el embalsamado ambiente de la virtud, levantarse hasta los cielos, extenderse en todas direcciones, para ser luego en el misterio de la Encarnación el árbol frondoso donde se acogen los ángeles que la saludan y los hombres que la bendicen.

Aun allí, por el testimonio de su palabra, cuando se llama *esclava*, la reconocemos simiente, pero simiente mejorada de día en día, purificada de hora en hora, santificada de nuevo en cada instante: simiente que embelesa con el aroma que emana de la virtud de su alma y de su cuerpo consagrados únicamente á Dios; simiente, árbol á cuya sombra duerme el mismo Dios que, hecho hombre, no se desdeña en descansar nueve meses al abrigo de sus virginales entrañas. *Non horruisti virginis uterum.*

Y en esta alternativa de humillaciones y de engrandecimientos, las misericordias del Altísimo en bien de la humanidad se van haciendo más ostensibles por María; la gracia se deja caer sobre su alma en una proporción que sólo el Señor sabe apreciar; la Virgen atraviesa el mundo, siendo, al mismo tiempo que un prodigio de la gracia, una maravilla de la perfección; y por una escala de misterios adorables, sube desde el primer escaño del templo hasta la más elevada plataforma del Gólgota ensangrentado.

Allí, podemos ya exclamar con el mismo Redentor: *Todo se ha consumado*; María es el árbol, es el único árbol, después de Jesucristo y con Jesucristo, en cuyo ramaje anidan todas las aves del cielo. *Et volucres caeli requieverunt in ramis ejus.* Pero admiremos, porque en María Santísima nada hay á la casualidad, todo es providencial, todo es admirable: si en el templo es árbol que cobija las virtudes, y en Nazaret los ángeles, y en Belén á Jesucristo, en el Gólgota se guarecen á su sombra las virtudes, los ángeles, Jesucristo, y además todas las generaciones, todas las criaturas de la tierra habidas y por haber: María Santísima es la Madre de Dios, es la Madre de los hombres, y una madre es la

sombra de sus hijos. El título de las Mercedes vuela unido siempre al nombre de María: por eso en el templo se consagra á Dios, y es para consagrarse á nosotros; en Belén nos dá á Jesús, y es para dar principio, en unión con su Hijo, á la obra de la reparación del mundo, que, como co-redentora del linaje humano, completará, ofreciendo al Eterno Padre á Jesucristo y á su immaculado corazón, crucificados en un mismo patíbulo.

¿Qué os parece, católicos, el pensamiento? ¿Qué decís de ese grano de mostaza, de ese árbol, asilo y vivienda de los pensamientos, de las glorias y de las grandezas de la Beatísima Trinidad? ¡Sorprendente! y todavía lo será más cuando veáis á María Santísima, cuyo amor no disminuye, cuya caridad no descansa, autorizada con el espíritu y el poder de Dios para dar consuelo á los afligidos, y anunciar á los cautivos la indulgencia, y á los encarcelados la libertad. *Ut mederer contritis corde, et predicarem captivis indulgentiam, et clausis apertionem.*

Cuando la consideréis multiplicándose de aquí para allí, en busca de corazones que, formados á la medida de su mismo corazón, se apresuren á alzar el abatimiento del pueblo español, y sean piedra angular á la formación de una Orden militar por su *cuarto voto*, ornamento de España y admiración de los siglos; de una corporación ilustre, cuyos individuos, unidos por un solo Dios, una sola fe y un solo bautismo, marchen á los mismos ó parecidos fines: Orden militar y corporación piadosa que, con el pensamiento de María y á la sombra del estandarte mercenario, den á los siglos venideros testimonio de las grandezas de la Religión que profesamos. Vamos á verlo.

Es día de glorias, y no quiero empañarlas con el recuerdo de la afrenta que arroja al rostro de nuestros compatriotas la impúdica sensualidad de un monarca desdichado y á la venganza incalificable de un vasallo traidor: no quiero que volvamos los ojos para mirar las revueltas aguas del Guadalete, que, teñidas de nuestra propia sangre, sepultan (para no volverse á encontrar) un manto, un cetro y una corona, y marcan la frente de nuestros hermanos con el estigma del dolor, del cautiverio y de la vergüenza.

No me permite el tiempo llevaros de la mano á un imperio que es el baldón eterno del mundo civilizado, ni haceros recorrer por entre hordas de musulmanes las cárceles de Córdoba, Granada y de Sevilla, ni las mazmorras de Fez, de Berbería y de Túnez

para presenciar los empalamientos, los azotes, los tormentos inauditos, la matanza horrible de los cristianos que sucumben por su patria y por su Dios. Me contento con que digamos á los que aún viven: *Levate capita vestra; ecce appropinquat redemptio vestra.* «Alzad vuestras frentes, porque no está lejano el día de vuestra redencion.»

Quedo satisfecho con que me acompañéis á la catedral de Barcelona en el memorable día 10 de agosto de 1218, ántes expresado, y contempléis al inmortal Pedro Nolasco que, acompañado de Raimundo de Peñafort y del Rey Jaime I de Aragón, recibe de manos del Obispo el hábito y el escapulario de la Merced; Pedro Nolasco, que pocos días ántes era un solitario, y hoy es un fraile que, con sus votos, sus hábitos y su disciplina monástica, representa una institucion religiosa canónicamente aprobada, y cuyos fundadores, declarados Santos por la Iglesia, se veneran en nuestros altares.

¡Qué horror, señores, un fraile! ¿Lo habéis escuchado bien? Un fraile, es decir, una cosa suprimida por la moderna ilustracion como artículo innecesario. Un fraile (sigue hablando la ilustracion), cuyo recuerdo debe borrarse hasta de la historia, cuyo nombre sirve solo para amedrentar á los niños, cuyo tosco sayal extremece, y la idea de cuya restauracion es para los ánimos de esos ignorantes presagio seguro de inmensas calamidades. Tal es Pedro Nolasco; un fraile; un grano de mostaza que, plantado por la Virgen en el suelo barcelonés, será el instrumento de que la magnánima Reina se sirva para dar libertad á los cautivos, para coronar de gloria á la nacion exclusivamente suya, y para llevar por todas partes y hacer imperecedera la fama de las grandezas de la Religion de Jesucristo. Sí, señores.

El amor de Dios baja desde los cielos á la tierra para inflamarlo y abrasarlo todo; obra del amor es la creacion del mundo, de la nada; obra del amor es la formacion del hombre á imagen y semejanza de Dios; obra del amor es la redencion del linaje humano; pero entre estas tres finezas del amor divino, la adorable, la incomprendible, la inexplicable es la redencion, porque es, no sólo el amor, sino el amor llevado hasta el sacrificio; y nó un sacrificio cualquiera, un sacrificio comun como el de las riquezas, el del descanso, el del tiempo, sino el sacrificio de un Dios-Hombre que dá su cuerpo, su sangre, su corazon, su alma, su vida por lo que El llama sus amigos: *Majorem charitatem nemo habet ut animam suam ponat quis pro amicis suis.*

El amor de Dios descende con Maria al mundo para que su

purísimo seno dé á luz al Redentor del mundo: el amor de Dios descende tambien con la Virgen de los castos amores para que de Ella nazca en la ciudad de Barcelona una institucion de redentores de los cautivos cristianos: la milicia mercenaria, al pronunciar por Pedro Nolasco el cuarto voto de su solemnísima profesion, se constituye ya en un testimonio de las grandezas de nuestra Religion; porque su promesa no es otra cosa que la explosion fulminante, trascendental y nobilísima de la más acendrada caridad.

«No hay mayor caridad (se dicen los mercenarios) que la que pone su alma y dá la vida por sus amigos; pues prometamos á los cielos y á la tierra dar libertad á nuestros hermanos y exterminar la esclavitud: para conseguirlo, pediremos limosna de puerta en puerta, atravesaremos las ciudades, los despoblados y los mares; desnudos y hambrientos y descalzos, suplicaremos piedad para los cautivos, negociaremos su redencion á todo trance, y cuando todos los recursos se hayan agotado (y aquí está toda la fuerza de mi argumento), entónces nuestro martirio, el sacrificio de nuestra vida será para los que gimen la aurora de su libertad.»

Yo te felicito, ¡amada Religion mia! por este nuevo rubí que se esmalta en la corona de tus grandezas; yo te bendigo, sacrificio del Calvario, que tan bien te reflejas en la fundacion de la Merced; yo te glorifico, Virgen Santísima de las Mercedes, porque de Pedro Nolasco has hecho un grano de mostaza que, alimentándose y desenvolviéndose por el doble amor á Dios y á los hombres, será luego un árbol lozano y majestuoso que se aclimate en todas las regiones, que fructifique en todos los tiempos, y que, á falta del rocío de la limosna, te conservará y te nutrirá con la sangre de sus mártires: árbol á quien, colocado sobre la montaña santa de la Iglesia, saludarán como el lábaro de su redencion, entre lágrimas y entre plácemes, los infelices cautivos, á la manera que las generaciones redimidas del poder de las tinieblas saludaron al árbol de la Redencion, colocado sobre el Calvario.

Y así es: el Orden militar de la Virgen de las Mercedes recibe su sancion canónica de la Santidad de Gregorio IX, y al influjo de las prerogativas y de los privilegios con que la enriquecen los Vicarios de Jesucristo sobre la tierra, se extiende por Europa, Asia, África y Américas; se reproduce, se multiplica, aparece donde quiera que haya necesidades que remediar y cadenas que romper; sus renuevos crecen y se hacen ramas; sus ramas se robustecen y se hacen árboles que, unidos al primero por el espíritu de Jesucristo y el pensamiento de Maria, constituyen un sólo árbol á

cuya dulcísima sombra descansan, no sólo los cautivos redimidos, y los débiles fortalecidos en la fe, y los cobardes apartados de la apostasía, sino que descansan también los Nonnatos, los Armen-goles, los Serapios, las Marianas de Jesús é innumerables otros que, derramando su sangre ó sacrificándose todos por sus hermanos y amigos, dan á sus cuerpos reposo bajo el árbol de la Merced, y gloria á sus almas en el cielo á la sombra de su Madre y nuestra Madre María Santísima.

¿Y dónde estás, real y militar Orden de la Merced? ¿Qué se ha hecho de tus iglesias y de tus monasterios? ¿Á dónde han ido á pasar sus moradores con sus insignias, con sus virtudes y con sus sacrificios? ¿Qué hizo de aquel árbol que la inclita Reina de las misericordias plantó en nuestro suelo para redención, libertad y salvación de los cautivos cristianos? Responda por mí, si tiene alientos para ello, el siglo á quien caracterizan la promulgación de todos los delirios, y la proclamación de todas las libertades, ménos la verdadera. El árbol de la Merced, como tantos otros, dejó de existir á los sacrilegos golpes de la impía revolución: el árbol de la Merced no tiene ya raíces con que afianzarse á la tierra en que fué plantado; no tiene ramas que sirva de renuevos para otras plantaciones, ni frutos de donde pueda desprenderse la semilla que perpetúe la existencia de esta bienhechora institución: el árbol no existe...

He dicho mal, católicos; existe y existirá; tiene raíces escondidas y profundas, que con la savia de la virtud, de la oración y de la penitencia, se alimentan y viven en una tierra de bendición: esas castísimas redentoras, si no lo son de los cautivos cristianos, lo serán indudablemente de los pecadores con las oraciones de sus labios y el amor de su corazón; tiene ramas: degajadas están del tronco, es verdad; son ese corto número de mercenarios dispersos de aquí para allí, y tal vez destinados por la Providencia para que, al sonar la hora suprema, no lejana acaso en los designios del Omnipotente, sean los restauradores del Orden de la Merced, herederos y dispensadores de la infatigable caridad de Nolasco: el árbol tiene simientes, tiene frutos; lo es una ilustre archicofradía que se desprende de la institución de la Virgen Santísima de las Mercedes como un grano de mostaza que derivada de ella y marchando á su lado, y hoy sola, perpetúa el recuerdo de las glorias de nuestra nacionalidad, y sirve á su manera de testimonio de las grandezas de la Religión que profesamos. Á la prueba, y concluyo.

La real y primitiva archicofradía de María Santísima de las Mercedes, establecida en esta iglesia, es semejante al grano de mostaza de que habla la Escritura, que, creciendo, llegó á ser un árbol corpulento y muy frondoso. *Simile grano sinapis, quod crevit et factum est in arborem magnam.*

«Esta misma corporación en su fundación, en su objeto y en su propagación, dá testimonio innegable de las grandezas de la Religión que profesamos.» Exagerará, dirán unos: adulará, murmurarán otros: es muy difícil, si no imposible, que pueda demostrar lo prometido, objetarán la mayor parte...

Diré á los primeros que se tranquilicen, porque la exageración no cabe, no tiene lugar en el púlpito: nuestra Religión, nuestra Iglesia, nuestras ceremonias, nuestro dogma, nuestra moral, nuestro culto, nuestros Santos, hasta nuestras aspiraciones, si son verdaderamente cristianas, son tan grandes, resplandecen con tal magnificencia, que el orador aparece siempre pequeño en sus encomios.

Contestaré á los segundos que descansan, porque la adulación y la lisonja, que es el lenguaje de la hipocresía, el idioma de las pasiones del mundo y de Lucifer, no solamente no subirán á la cátedra del Espíritu Santo, sino que ni entrarán de las puertas adentro del santuario donde reside la Majestad de Dios, que es la verdad suma: á los últimos, finalmente, les suplicaré que esperen para emitir su juicio á la conclusión de mi discurso: confío en que sencillamente demostraré lo enunciado, contando, por supuesto, como lo hice en el principio, con los auxilios de la divina gracia.

Para ello no miro á las formas sino es al fondo: no me detengo en la letra sino en el espíritu; no me dejo cautivar por deslumbradoras apariencias, sino por la esencia y por la realidad.

María, co-redentora del mundo, redentora de los cautivos cristianos españoles y Madre de esperanza y de misericordia, destacaba á principios del siglo pasado una centella de su flagrante caridad en el corazón de unos cuantos amantes hijos suyos.

Vuestros primeros ascendientes, ilustres archicofrades, escucharon dóciles aquellas palabras de Jesucristo que aseguran su permanencia allí donde hay dos ó tres congregados en su nombre. *Ubi sunt duo vel tres in nomine meo, ibi sum in medio eorum.* No desoyeron tampoco al espíritu divino, que enseña cuán bueno y cuán agradable es el que los hermanos no sean más que uno. *¡Quam bonum et quam jucundum habitare fratres in unum!* Y dijeron: «Reunámonos por Jesucristo y formemos con su espíritu un solo pensamiento, una sola voluntad y un solo corazón: el pensa-

miento sea Maria Santísima de las Mercedes, la voluntad dirijase á justificar la grandeza de la Religion que profesamos, y el corazon no abrigue otro sentimiento que el amar á Dios sobre todas las cosas y el prójimo como á nosotros mismos.»

¿Lo has escuchado, cristiano auditorio? El dia 3 de Setiembre del año de 1724, la Emperatriz mercenaria dejaba caer en este mismo templo la primera semilla de ese plantel; la Religion la abrigaba bajo su manto, y el Sér Supremo se encargaba de fecundarla y enaltecerla por los medios más adecuados á su inexcrutable voluntad: la primera piedra estaba puesta, y el edificio tocaria su fin: la simiente se habia depositado en una tierra vírgen, y el árbol creceria, y el fruto llegaria á su sazón.

Aquí tengo que separarme ya de las formas y de las apariencias para entrar en el fondo y en la realidad; por eso debo no hacer mención de la aprobacion de las primeras constituciones y confirmacion de las segundas en 1824 y 1831: ni de la soberana proteccion con que la condecoran, y la honra que reciben al estampar sus augustos nombres en los libros y recibir el escapulario de la Virgen Santísima de las Mercedes, nuestros católicos Reyes, los infantes y la nobleza, y el señorío y la grandeza de España.

Suprimo, aunque de mucho valdria á mi propósito, la indicacion de las ansias con que sufrían, y los desvelos é ingeniosos esfuerzos que esta corporacion desplegaba por poseer en propiedad una Imágen de su purísima Capitana; y el regocijo santo, y la cristiana gratitud en que rebosaron sus corazones cuando en 1846 obtiene ese hermoso simulacro, tutelar del suprimido convento de mercenarios de Santa Bárbara de Madrid.

No quiero enumerar el rápido incremento que tiene su personal, afiliándose en ella personas de todas claces, estados, categorías y condiciones: ni tampoco voy á explicar lo que significan esa multitud de donativos, mejor que donativos, por ser para quien son, diré yo finezas expresivas, indicaciones sinceras del amor que profesan los hijos á su Madre, que la ofrecen todos sus individuos, pero muy particularmente las archicofrades y camareras.

No es mi ánimo reseñar los dispendiosos gastos que ocasionan á esta Archicofradía el sostenimiento con decoro y con exactitud de sus importantes obligaciones: y prescindo por de contado absolutamente de llamar vuestra atencion hácia el aparato, esplendor y suntuosidad que despliega en la celebracion de todas sus solemnidades, especialmente en la novena de Maria Santísima,

Señora nuestra. Y digo que prescindo de todo, porque todo seria nada si faltara ese elemento constitutivo de lo que es de Dios y para Dios.

En todas las obras de Dios, en las de Jesucristo, en las de Maria Santísima, trasciende el aroma de la caridad, no de otra manera que el aroma exquisito de las flores privilegiadas se aspira, se encuentra, se percibe en todo lo que las rodea: la caridad ni se puede fingir ni se puede ocultar; despojemos á esta hermosísima virtud de una sola de las condiciones que la hermosean, y habrá dejado de existir la caridad: quitemos la caridad del Cristianismo, y el Cristianismo es un cadáver.

Pues bien; la caridad no tiene límites, no halla excepciones, no reconoce diferencias, es universalísima; comprende á Dios; á nosotros, á nuestros hermanos; es el sol que alumbra á los buenos y á los malos; es la lluvia que cae sobre los justos y los pecadores; es la vida, es el mismo Dios. Este espíritu, pues, y no otro, es el que alienta vivificador esta naciente reunion de hijos de Maria, que al colocar sobre sus hombros el escapulario santo de la Merced, se dicen inspirados por el sentimiento religioso:

«*Seamos para Dios*, honrándole en su Madre, y guareciéndonos bajo la proteccion del Príncipe San Miguel: *seamos para nuestros semejantes*, inquiriendo y remediando las necesidades espirituales y temporales, no sólo de los cautivos, sino de los que no lo fueren: y nó solamente durante la vida, sino tambien despues de la muerte: *seamos para nosotros mismos*, asistiéndonos, y consolándonos, y corrigiéndonos con amor fraternal, vínculo de la perfeccion cristiana; unámonos bajo un solo pensamiento, que es Maria, y contribuyamos así á justificar las grandezas de la Religion en que vivimos.»

Tal es su profesion, y como la pronuncian la cumplen; empieza el árbol á tener incremento, cuando en 2 de Enero de 1725 la ínclita institucion de la Merced la recibe en su corazon: no estaria tan falta de la caridad, no seria tan extraña hija cuando se vé acogida por tan excelente Madre: ni tan escasos frutos prometeria cuando la dán el dulce título de hermana los venerables hijos de San Basilio, San Agustín, San Elías, los capuchinos, los dominicos, los trinitarios y la infatigable é invencible Compañía de Jesus.

Ni perecerá ni decaerá lo que el Sér Supremo marca con el sello de su especial predileccion: la Iglesia, depositaria fiel de las divinas misericordias, la enriquece con gracias inmensurables que autorizan Benedicto XIV, Leon XII y otros romanos Pontífices.

La ilustre Archicofradía, católicos, es ya un árbol que se engrandece, y que tiene vida propia, porque le nutre el jugo de la caridad divina.

¿La queremos ver de Dios? Contemplémosla siendo siempre, con el cuerpo y con el alma, de la Virgen Santísima de las Mercedes. ¿La queremos ver del prójimo? Considerémosla en 1751 contribuyendo con cuánto tiene y con cuánto puede á la redencion de cautivos que entónces se verifica: veámosla muchas veces socorriendo las necesidades universales y particulares de todo género, de los que imploran su proteccion: observémosla penetrando sin interrupcion en el Purgatorio, cuyas puertas abre con el sufragio de la limosna y de la oracion, y redimiendo de aquellos tormentos á las almas que los sufren, con la dulce enseña de su sagrado escapulario. ¿La queremos ver de si misma? Pues asistamos á los cuartos domingos, en que sus individuos renuevan el espíritu de su fervor y devocion: no faldemos á las misiones cuadragésimales, á que asisten con el santo fin de reformar sus costumbres, y unirse más intimamente á Dios por medio del arrepentimiento y de la penitencia.

Mirémoslos extasiados en el oficio solemne de los maitines del 24 de Setiembre, recordando y figurándose oír la seráfica melodía con que en una noche inolvidable Maria Santísima descendió á cantarlos con los ángeles en el coro de Barcelona; y basta, señores... Pulsemos una por una las fibras de su corazon, leamos el gran libro de su alma, evoquemos sus sentimientos en este novenario; y hoy que concluye, dirán por mí, que soy su indigno intérprete, que nada han hecho, que si algo han hecho es muy poco, porque ambicionan hacer mucho más por Dios, por Maria Santísima, por sí mismos y por sus semejantes.

La caridad es la médula, es la esencia de nuestra Religion; la caridad es el alma del Orden de Nuestra Señora de las Mercedes, redencion de los cautivos cristianos; la caridad es la que impulsa, vigoriza y sostiene á su Archicofradía. El don divino, la virtud sobrenatural, el sentimiento generoso, llámese como se quiera, de la caridad, es lo que promueve esas grandiosas empresas, esos heroicos sacrificios sobre que se funda la verdadera grandeza, y de que dan testimonio los pueblos y los individuos.

Ya no me dirán los recelosos que la real, inclita y militar Orden de redentores de los cautivos infelices, inmediatamente formada por la Virgen, y que la ilustre Archicofradía, que de ella se deriva no son en su institucion, objeto y propagacion, un relevante testimonio de las grandezas de la Religion de Jesucristo, cuando su

vida es el verdadero amor, y su único pensamiento es Maria Santísima de las Mercedes.

Habrás advertido, corporacion ilustre, que al aplicar á tu origen y desarrollo la parábola del grano de mostaza, he omitido decir que, siendo árbol de florido y hermoso ramaje, anidaban y descansaban en tí todas las aves del cielo: y lo he omitido de propósito porque, si piadosamente debo creerlo, no lo puedo asegurar. No seais como aquellos árboles y como aquellas plantas que solo sirven para adornar la superficie que los sustenta, pero cuyo fruto, si le hay, es de sabor insípido, y cuyas flores, si tienen color, carecen completamente de aroma; las virtudes son las flores del cielo, son las flores de la tierra, son las flores del alma, son las flores de la Iglesia y de toda sociedad; sin las virtudes no mereceréis la gracia; sin la gracia desfalleceréis, arrastraréis una vida lánguida, y en el dia tremendo de vuestra cuenta, la Reina del amor y de la misericordia se levantará, como la Reina del austro, á juzgar y condenar su generacion.

Si, por el contrario, firmes en la fe que profesais, perseverantes en esa caridad que os inspira y enaltece, aumentais y os engrandecéis en virtudes, en vuestro ramaje anidarán todas las aves del cielo; Maria Santísima os guiará en el desierto de la vida, os acompañará en las turbaciones de vuestra agonía, y despues de una muerte edificante, escrita vuestra sentencia final en el libro de la misericordia divina, con su misma corona laureará vuestras sienes de incorruptible inmortalidad en las moradas de la gloria. Así sea.



DISCURSO X.

Sobre el mismo asunto.

Redemptionem misit populo suo.
(David, salmo cx, v. 9.)

VERDADERAMENTE, cristianos, que el Espíritu Santo que llena el alma, el corazón y la vida de la Virgen de Nazareth, desde el momento de su Inmaculada Concepción, parece que se propuso adornar y enriquecer á su predilecta escogida con los títulos más consoladores y con los dictados más gloriosos que puede imaginar el entendimiento del hombre. Nombres y títulos que criatura ninguna había de llevar ni en el mundo, ni en el cielo, y que expresan con claridad, distinción y exactitud cada uno de los santísimos oficios que María Santísima desempeña con nosotros, una vez exaltada á la augusta dignidad de Madre de Dios.

Y como las tres coronas que cifren las purísimas sienas de la Señora son: corona de Virgen, corona de Madre y corona de Reina, en ellas há como querido esculpir el dedo divino la grandeza y la gloria de que ha sido revestida por la Omnipotencia, la sabiduría y el amor de Dios.

Oid que la Iglesia triunfante, la Iglesia militante y la paciente aclaman á María Santísima Virgen poderosa. *Virgo potens*. Alabanza que resuena en los cielos, en la tierra y en los abismos, y que demuestra bien cuánto de su poder ha dado el Omnipotente á María en recompensa de aquella virginidad que se eleva sobre todo lo que es inconstancia, sobre todo lo que es candor, sobre todo lo que es pureza, como no sea la esencia purísima del mismo Dios.

Oid que millares de almas que respiran el aliento de la Divinidad en las alturas de los cielos, y muchos millares de seres que viven en este destierro en el estado feliz de la justificación, y mu-

chísimos millones más de criaturas que no viven la verdadera vida, porque se la roba la gangrena del pecado, recreándose en la virginidad de la Madre y en la maternidad de la Virgen, apellidándola, su alegría las unas, su fortaleza las otras, su refugio y su esperanza todas, la bendicen sin descanso con el inefable dictado de Madre de la divina gracia. *Mater divinæ gratiæ*. Y es que la sabiduría divina, para que fuera Madre dignísima del Verbo Eterno, la constituyó maravilla de la gracia, depositaria de la gracia, dispensadora de la gracia, acueducto de todas las gracias, Virgen y Madre, en una palabra. *Gratia plena*, llena de gracia. Escuchad á la naturaleza angélica y á la naturaleza humana, y oiréis que al ver coronada á María con la diadema de toda virtud, de toda santidad y de toda gloria, pregonan sus excelencias durante los siglos, al fin de los siglos y mucho más allá de los siglos, llamándola Reina de todos los Santos. *Regina Sanctorum omnium*. Reina por la humildad y la abnegación de una virgen; Reina por el heroísmo, la generosidad y la ternura de una madre.

Títulos encantadores, á la verdad; epítetos gloriosos, para la que destruyó con su planta la cabeza y la obra de la serpiente infernal; pero títulos al lado de los cuales parece que se echa de menos alguna cosa si no escribe también el amor de nuestro corazón el dictado de *Redentora*.

Sí, cristianos; miran las generaciones á María, y ven en Ella el fundamento de la redención en cuanto es Madre del Redentor hecho hombre. Miran los españoles á María, y ven en Ella la que abate y destruye la tiranía de los infieles. Contemplan los pecadores á la Madre de Dios, y la saludan porque rompe sus cadenas. Contemplan á la Madre de Dios los cristianos cautivos, y publican sus mercedes porque, al par que con la vida, les devuelve la suspirada libertad.

Pues sí: con el hermosísimo carácter de REDENTORA DE LOS CAUTIVOS, tengo yo que considerar á María Santísima en la presente mañana; no seré poco afortunado si, contando con la gracia de Dios, consigo manifestaros *que la redención de los cautivos cristianos, obra exclusiva de María Santísima, es un trasunto fiel de la redención de los hombres, obra de Jesucristo. Redemptionem misit populo suo.*

Ave María.

Pasó ya el invierno de nuestras desventuras, y cesó la lluvia de persecuciones y martirios que nos ahogaba en nuestra propia

sangre. En esta España, propiedad por excelencia de la Virgen Madre, donde durante una serie de siglos no germinó otra cosa que los abrojos de la miseria, del luto y del desconsuelo, brotaron, por fin, bellísimas y encantadoras, las flores de la abundancia, del regocijo y la alegría: las aves y los pajaritos celebran nuestro rescate, al misterioso murmullo de las aguas y al acompasado rumor de los árboles, de los bosques y de las praderas. Higuera fecunda, nos ofreció sus sazonados frutos, y florecientes viñas reanimaron nuestro abatido espíritu con su delicado perfume.

Y es que se levantó la amiga del Altísimo, y su voz se dejó oír como el arrullo de la tórtola en las cárceles, y más que en las cárceles, en el corazón de los pobrecitos cautivos cristianos. Porque al gemido penetrante del infortunio despertó la Esposa, y saliendo del corazón del Esposo, descendió desde las alturas como una paloma de los cielos: *Ut audiret gemitus compeditorum.* «Para oír los quejidos de los esclavos.» *Ut solveret filios interemptorum.* «Y para romper las ligaduras de los hijos de los que habían ya perecido...» ¡Bendita sea, pues, la Hija compasiva del Sér Supremo, cuyo último rasgo de misericordia ha sobrepujado á sus misericordias anteriores! Este era, hermanos míos, el cántico de admiración y de acción de gracias que más de cuatrocientos hermanos nuestros, libres de la cadena opresora y del alfanje sanginario, entonaban allá por los años de 1238 en reverente y justísima gratitud al señalado favor que acababan de recibir de María Santísima.

Y con sobrado fundamento.

La que es el consuelo de los afligidos y el auxilio de los cristianos, vió la consternación de su pueblo en los horrores de la cautividad; escuchó el alarido que arrancaba de su corazón la crueldad de quien le oprimía; y dirigiéndose á su Hijo con los derechos que la asisten como co-redentora del mundo y como Madre de Dios y de los hombres: «Devuélveme, le dice, devuélveme ese pueblo, por quien te suplico, y que es mi alma. Pueblo de mis entrañas que, víctima de la más horrible traición, fué entregado para sufrir las cárceles, los suplicios, el degüello y la muerte. Y, ¡ojalá, Padre Eterno, que me escogiste por tu Hija; Verbo increado, que me destinaste para tu Madre, y Espíritu de amor y de consuelo, que me elegiste para Esposa tuya! ¡Plugiera que esos hijos solamente hubieran sido vendidos para esclavos! Tolerable sería el mal; podría sufrir y callar... pero... ¿y sus almas?»

Y como las almas, oprimidas del demonio, habían sido el blan-

co de la divina y amorosa providencia de Dios en la redención del género humano; y como la Virgen había dado para esta redención lo mejor que pudo dar, que era el fruto bendito de su vientre, triunfó en la presencia de Jesucristo, y el triunfo resonó por los ámbitos de la celestial Jerusalén; y con la santidad en las miradas y el candor en el semblante; con la caridad en los lábios y el amor en el corazón; clarísima, como elegido sol del firmamento y del mundo, y sutil como una saeta, déjase ver la noche del 1.º de Agosto de 1218 en el aposento de Pedro Nolasco, le asegura del resultado de sus deseos y del despacho favorable de sus oraciones; pone á su disposición todos los tesoros que hay en el alma de una mujer, Madre en el tiempo del que es Hijo de Dios en la eternidad, y le confía la suspirada redención de todos los cautivos cristianos. *Sic Deus dilexit mundum.* «Tanto amó Dios á los pecadores, que les dió su unigénito Hijo.» Tanto amó María Santísima á los cautivos, que les dió á Pedro Nolasco.

La sencilla narración histórica de esta descension de la Virgen, de la institución del Orden militar de mercenarios redentores y de los frutos que ellos han producido en el rescate de los cuerpos y de las almas, es una prueba incontestable de que la redención de los cautivos es obra exclusiva de María Santísima. *Redemptionem misit populo suo.* Esto, si lo han podido criticar, no lo han podido desmentir las impiedades de siete siglos: no lo han podido borrar de las páginas de nuestras glorias los que en todos los tiempos quisieran arrancar de nuestros pechos hasta la última centella de nuestra fe, y hacernos retroceder de error en error, y de desatino en desatino, hasta los días infelices de la barbarie.

Pero la redención de los cautivos nó solamente es obra exclusiva de María, sino que, realizada tal como lo fué por la Señora, es un trasunto fiel de la redención de los hombres, obra exclusiva de Jesucristo: la demostración de cuya tesis, apoyándome en el criterio católico, constituyé lo más esencial del pensamiento de mi discurso.

Jesús y María son una misma cosa, guardada, por supuesto, la debida proporción, y habida la consideración correspondiente á la infinita distancia que media entre el Criador y la criatura, y que separa á la Divinidad de la humanidad.

Jesús y María, en la sublime economía de la Encarnación del Hijo de Dios, son con toda verdad una misma cosa. Jesús, para darse á los hombres y para ofrecerse en redención por todos y por

muchos, ha de tomar la naturaleza humana de una sola persona, de una Mujer, de Maria, y esto bastaba para ser hijo del hombre; ya que como Hijo de Dios y Dios mismo tenia la naturaleza divina con su Eterno Padre. Y si Jesucristo descendiendo á Maria se abatió hasta la humanidad, anonadándose y tomando la forma de siervo, la humanidad entera quedó divinizada en la Virgen por el contacto de la carne de Maria con la carne divina de Jesus.

Jesus y Maria Santísima son dos paralelas, son el perfectísimo tipo de dos líneas paralelas, que, partiendo de un mismo origen, Dios, han nacido, han vivido, han peregrinado juntas, distinguiéndose siempre, pero sin confundirse nunca, hasta venir á parar, por una serie continuada de prodigios, al punto mismo de donde habian salido; Dios tambien.

Jesus y Maria son para nosotros lo que el Altísimo dijo á Moisés de sí mismo: el *Alfa* y la *Omega*; el principio y el fin. Porque en Jesus y Maria recobró su vitalidad y su grandeza aquella felicidad arrebatada por una culpa, que de libres nos hizo esclavos, que de sabios nos hizo ignorantes, que de nobles nos envileció, y que de inmortales nos unció al carro de la muerte.

Jesus y Maria son el sol y la luna. El sol que puede abrasarnos con el fuego de su justicia; y la luna que modifica, que aleja de nosotros los ardores de este fuego, al templado y apacible fulgor de la misericordia. Sol que ilumina nuestra inteligencia, restaura nuestra memoria, dá impulso á nuestra voluntad; y luna en la que revive nuestra fe, se apoya y sostiene nuestra esperanza, y se reanima poco á poco la llama casi extinguida de nuestra caridad.

Jesus y Maria son las dos piedras angulares en que descansa y sobre que se eleva el edificio grandioso de nuestra libertad; y los dos ejes sobre que giran las puertas eternas, que, por la cooperacion de nuestras obras, por los auxilios de la gracia, y por la aplicacion de los méritos del Hijo y de la Madre, ha de proporcionarnos la entrada á la bienaventuranza.

Por eso, si buscamos á Jesus, lo encontramos inseparable de Maria, y eso aun remontándonos á la eternidad y á los tiempos anteriores á la creacion. *Cum eo eram cuncta componens*. Por eso, al lado de una promesa solemne y divina que nos ofrece á Jesucristo, se pronuncia otra promesa divina y solemne que nos ofrece á Maria: *Ipsa conteret caput tuum*. Junto á una figura majestuosa que simboliza al Salvador, vemos otra figura sublime, encantadora, brillante, que nos representa el manantial donde hemos de beber gozosos las aguas de nuestra salvacion. Y frente á frente de

una profecía histórica que señala la época, detalla las circunstancias y retrata la adorable persona de Jesucristo, encontramos otro vaticinio que, con providencial armonía, nos anuncia, nos describe, nos retrata á Maria Santísima. *Ecce Virgo concipiet et pariet Filium*. Los corazones que suspiraron, las plumas que escribieron, y las lenguas que vaticinaron á Jesus, suspiraron, escribieron y vaticinaron tambien á Maria Santísima.

Ya en la plenitud de los tiempos y en las edades de la gracia Jesus acompaña á Maria; es más: parece que Maria se anticipa á Jesus. Para nacer el Salvador, aparece ántes su Madre: Jesus nace en Belen, y Maria es la que le ha dado á luz. Jesus es corporalmente crucificado en el Calvario, y en la misma montaña y por los mismos verdugos, es espiritualmente crucificada el alma de Maria. Jesus resucita glorioso y sube triunfante á los cielos en virtud de su propio poder; y la Virgen Santísima sube á los cielos en cuerpo y en alma por la virtud y el poder de su Hijo Jesucristo.

Entre Jesus y su Madre existe una semejanza casi igual, una igualdad tal, que es casi una identificacion completa. Son dos seres tan parecidos entre sí como se parecen un ojo á otro ojo, una estrella á otra estrella, una gota de agua á otra gota de agua.

Y lo que habeis oido no es un extravío de mi imaginacion en el discurso; ni una exposicion impertinente del paralelismo admirable que existe entre Jesus y Maria, nó: es como el lienzo cuidadosamente preparado donde un pintor vá á bosquejar dos acontecimientos notables, y donde yo voy á trazar á grandes rasgos la redencion de los cautivos, nó ya como obra de Maria, sinó como trasunto fiel de la redencion de los hombres, obra de Jesucristo, y esto en cuanto al estado del mundo en una y otra época, en cuanto á los personajes que intervienen, y en cuanto á los efectos que de una y otra redencion reporta el género humano.

Veamos.

El estado del mundo á la venida de Jesucristo era un estado salvaje de corrupcion, de tinieblas y de ruinas; y la fe, que parecia haber emigrado á los cielos, conservábase pura únicamente en el alma de muy pocos creyentes. El estado de España al instituir Maria Santísima la esclarecida milicia mercenaria, era tristísimo sobre toda ponderacion: desterrada la virtud, reinaba el vicio; oprimida la libertad y la independenciam de nuestros compatriotas, dominaba la barbarie; y la fe, luz de luz que ilumina á todo hombre que ha nacido en España, reinaba solamente en el corazon del

pequeño pueblo de Maria, que estaba como desterrado entre los peñascos inaccesibles de Covadonga.

Las consecuencias funestas del pecado original se habian transmitido de descendencia en descendencia y de generacion en generacion; y aprovechándose el enemigo tentador de la corrupcion que carcomia á la desventurada humanidad, tenia á los hombres aherrojados y oprimidos con la pesada cadena de su eterna perdicion. Los desgarradores efectos del nefando crimen de un Rey desventurado, se sentia en el corazon de sus infortunados súbditos; y el ismaelita vencedor, valiéndose de la superioridad numérica y material de la fuerza bruta, tenia siempre pendiente de sus lábios y de su capricho la vida de los que eran sus esclavos.

La redencion del linaje humano por Jesucristo era de indispensable necesidad por los fines que Dios se propuso en su creacion, que fueron nuestra santificacion en esta vida, y nuestra glorificacion en la otra. Y la redencion de los cautivos por Maria Santisima era asimismo de indispensable necesidad, atendidos los fines que la Redentora se propuso en su venida á Zaragoza; que fueron ser nuestra verdadera y única Madre, y vivir con nosotros hasta la consumacion de los siglos.

Ni es ménos sorprendente la identidad, la uniformidad podria decirse mejor, que reina allá en la gloria, al extenderse y firmarse, por quien únicamente podia hacerlo, el decreto de una y otra redencion.

Subamos á los cielos.

Obra es de la Beatísima Trinidad la formacion del hombre y la inspiracion de aquella alma, creada á imágen y semejanza del mismo Dios; del hombre con quién tan pródigo de dónes de gracia y de naturaleza se manifestó su Autor, y que perdió en un solo momento riquezas que habian sido como el pensamiento eterno del Altísimo.

Obra es de las tres Divinas Personas la rehabilitacion de este mismo hombre caído, la devolucion por misericordia de las principales riquezas de que se habia despojado, y todo por un futuro Reparador, engendrado ántes que la luz, ara sobre la cuál el fuego de la caridad habia de quemar las malezas todas de nuestras abominaciones.

Y decretada la redencion del mundo, y aceptada unánimemente la oblacion voluntaria del Verbo divino, obra es asimismo del trino Consistorio la construccion de un arca de indisoluble alianza, vestida interior y exteriormente de oro y de plata, esmaltada de toda clase de piedras preciosas, y dentro de la cuál se guardará el

incorruptible maná, sustento de los hijos de Dios, hasta su llegada á la verdadera piedra de promision. Obra es del Padre, del Hijo y del Espíritu Santo la creacion, la concepcion y la exaltacion de Maria Santisima á la dignidad de Madre de Dios, y el enriquecerla infinitamente para que desempeñara con la perfeccion que requeria la mision que Dios la confiara, y para ser el adorable immaculado laboratorio donde el Artífice divino principiara, continuara y concluyera la gran empresa de nuestra bienaventuranza temporal y eterna.

Maria Santisima iza en las moradas de la gloria el estandarte de la redencion de los cautivos; apresta como para una empresa exclusivamente suya, las legiones angélicas que la sirven. Y luciendo sobre su frente la triple diadema de Virgen, de Madre y de Redentora, desciende á la ciudad de Barcelona en la inolvidable noche ya citada, y escoge para sí tres varones, como si dijéramos, una trinidad humana en quien Ella deposita nó poco de la omnipotencia, la sabiduria y el amor que de la Trinidad Divina habia recibido.

No olvidemos que el piadosísimo Jaime, primer Rey de Aragon, terror del agareno, simboliza el poder, por la intrepidez de su ánimo y por la dilatacion de sus victorias: que el venerable Raimundo de Peñafort, confesor entónces del primer mercenario, y algun tiempo despues penitenciario y auditor de Gregorio IX, y compilador de sus Decretales, personifica la sabiduria; y que Pedro Nolaseo, cuyos ojos seca el llanto y cuyo corazon abrasa el dolor por la suerte de los esclavos, es el amor, es la caridad, viviente en carne humana, y reina y corona de todas las virtudes.

Maria Santisima, que en el tiempo dá á luz á Jesucristo, en el órden natural, desde las moradas de la eternidad dá á luz á los redentores de los cautivos, pero en un órden eminentemente espiritual. El uno y los otros son hijos verdaderos y muy amados de Maria; sigamos, pues, rápidamente sus pasos hasta la terminacion de la obra que á cada uno pertenece.

Jesucristo redime al mundo: Nolaseo y los suyos rescatan á los que gimen en poder de los infieles. Jesucristo nace pobre, y pobre muere: Nolaseo y sus hermanos aprontan sus riquezas para comprar la libertad de los que lloran.

Jesucristo se ofrece, en cuanto hombre y con generosa voluntad, á la traicion, á los azotes, á las espinas y á la Cruz: Nolaseo y sus co-redentores pronuncian solemnemente el cuarto voto de quedarse en rehenes y perder la vida por salvar á los cautivos.

Jesucristo muere en un patíbulo, y Nolasco concluye sus días abrumado de penalidades y padecimientos; Ramon Nonnato vé cosidos sus labios con un candado; Serapio, crucificado en un aspa, sufre que le saquen las entrañas á torno; Armengol es ahorcado y sostenido por María Santísima, y todos estos y muchos más mueren en el cumplimiento de lo que á su Reina habian ofrecido.

Jesucristo, redimido el género humano, hace bajar su alma unida á la Divinidad, para sacar del seno de Abraham á los justos que le estaban esperando. Nolasco y sus mercenarios, despues de haber desocupado las cárceles de Mallorca, de Valencia, de Barcelona, de Murcia y de Granada, extienden el heroico beneficio de su redencion á los que por ella suspiraban en las profundas mazmorras de Fez, de Túnez y de Berbería.

Los grandiosos resultados de la redencion obrada por Jesucristo han sido arrancarnos de las garras del demonio, predicar la verdadera moral, establecer la sólida civilizacion, enseñarnos el camino de la virtud y colocarnos á las puertas de la gloria; y los efectos de la redencion mercenaria han sido rescatar los cuerpos y sostener la fe en las almas; predicar con el ejemplo la caridad en su grado más heroico, y dejar escrita en los fastos de la Religion y de la patria la gloriosa memoria de la institucion de redentores, es decir, de la obra de la Virgen-Madre, Reina y Redentora, que una revolucion procaz y una civilizacion impia han hecho desaparecer de nuestro suelo.

Y, para concluir, oigamos lo que Jesucristo y Maria Santísima dicen á sus respectivos Apóstoles, á sus enviados extraordinarios en beneficio de los hombres.

«*Ecce ego mitto vos*, dice Jesucristo á los Apóstoles; *sicut oves inter lupos*. Os envio como ovejas entre los lobos; seréis prudentes como la serpiente, y sencillos como la paloma. Perseguidos y aborrecidos os veréis; pero no temais, porque antes fui yo aborrecido: no os fatigue lo que hayais de hablar ni cómo debais responder. Ya se cuidará de lo que en aquella hora hayais de contestar. *In patientia vestra possidebitis animas vestras*. En la paciencia encontraréis la posesion de vuestras almas.»

«*Majorem charitatem*, dice Maria Santísima á sus frailes mercenarios, *majorem charitatem nemo habet, ut animam suam ponant quis pro amicii suis*. Ninguno tiene mayor caridad que aquel que consagra su fortuna, sus trabajos, sus desvelos y su misma vida á la salvacion de sus amigos. *Vos amici mei estis, si feceritis quae praecepit vobis*. Vosotros seréis mis amigos si haceis lo que yo os mando; y lo que yo os mando es sostener y propagar la

cohorte mercenaria para gloria mia, para santificacion vuestra, y para consuelo, libertad y salvacion de los cautivos cristianos.»

Ahora bien: me parece, católicos, que he demostrado, en cuanto me ha sido posible, que la redencion de los cautivos por Maria, atendidas todas las circunstancias de tiempos, de personas y de resultados, es un trasunto fiel de la redencion del linaje humano por Jesucristo; y creo asimismo que con legítima reverencia y entusiasmo podremos despedirnos hoy de nuestra divina Redentora, dirigiéndola aquellas hermosas palabras que á la suya dirigieron los habitantes de Betulia:

«¡Bendito sea el Señor, Criador del cielo y la tierra, que te escogió para aplastar la cerviz del principe de nuestros enemigos! ¡Y bendito sea porque ha engrandecido tu nombre de tal manera, que jamás faltarán tus alabanzas de los labios de los hombres!» (Judith, cap. XIII, v. 24 y 25.)

Sí; bendito sea Dios, y bendita seais Vos, purísima Redentora, objeto con Jesucristo de las complacencias del Altísimo, de quién esperamos la redencion del pecado, el remedio de todas nuestras necesidades espirituales y temporales, la gracia para servir y amar á Dios en esta vida, y la dicha de gozarle despues de nuestra muerte, en la gloria. Así sea.

DISCURSO XI.

De Nuestra Señora de las Tribulaciones y Paz interior.

Hoc autem pro certo habet omnis qui te colit: quod vita ejus si in probatione erit, coronabitur; si autem in tribulatione fuerit, liberabitur; si in correptione fuerit, ad misericordiam tuam venire licebit.

Esto tiene por seguro todo el que te venera: que si su vida pasa por la prueba, será coronado; si está en tribulación, se verá libre; si sufre el castigo, podrá acudir á tu misericordia.

(TOBIAS, III, 21.)

LA vida del hombre, católicos, desde la culpa de Adán, es una cadena de trabajos, de miserias y amarguras, y un flujo y reflujó de lágrimas que no han de enjugarse hasta la consumación de los siglos. Perdida por la soberbia la inocencia original, y con ella los riquísimos dones de la inmortalidad y de la ciencia, la primera señal que damos de vida es una lágrima: las lágrimas son nuestro pan de día y de noche, y el ¡ay! aterrador que exhala el hombre en su agonía es el último esfuerzo del padecer, el certificado irrepachable de que lo que deja en el mundo es lo mismo que en él encontró: sufrimiento y muerte.

En el mundo la desdicha es una realidad: la felicidad es una sombra que se escapa fugitiva de entre las manos; esto nos dice la experiencia, esto nos enseña la historia de pasados siglos y de fenecidas generaciones; de esto viene á convencernos la Religión

que profesamos. Escuchemos sinó el lenguaje sublime con que hace el Espíritu Santo resonar en nuestros oídos el grito de toda la humanidad:

«Yo, dice el sabio, fui Rey de Israel en Jerusalem.» Como si dijera: «Yo, el hombre, he llegado á ser el Rey del universo y el Pontífice de la naturaleza.» «Me propuse inquirir é investigar sábiamente cuántas cosas se hacen debajo del sol, y ví que no hay memoria de las primeras, ni quedará recuerdo de las que serán despues.» Hablé á mi corazón y le dije: «Hé aquí que yo he llegado á ser grande, y he aventajado en sabiduría á los que fueron delante de mí; me consagué á aprender la prudencia y la doctrina, y la necedad y los errores; estudié y examiné cuanto existe, y aprendí que es todo vanidad y aficción de espíritu (1).»

«Insaciable en las ambiciones de mi alma, me dije á mí mismo: «Iré y rebosaré en abundancia de delicias, y gozaré todos los bienes;» y entónces engradecí mis obras, edificué palacios, planté viñas, hice huertos y vergeles, enriquecílos con toda clase de árboles, mandé construir fuentes de cristalinas aguas para regar los bosques y las flores y los frutos que brotaban delante de mí. Poseí siervos y siervas; fuí dueño de rebaños innumerables; amontoné á mi alrededor la plata y el oro; adormecí mis oídos con cantores y cantoras, y me regalé con las delicias de los hijos de los hombres: ni negué á mis ojos cuanto desearon, ni prohibí á mi alma se deleitase en las cosas que yo mismo la habia proporcionado, ni me faltó jamás la sabiduría: despues, fijando mi vista en cuanto busqué, en cuanto hice, en cuanto gocé, y en lo que tan inútilmente me habia fatigado, me ví precisado á exclamar: ¡todo, todo vanidad y aficción de espíritu (2)!» Todo nada, todo desconsuelo, todo tribulación.

Pero afortunadamente la humanidad miró al cielo, y comprendió, sobrenaturalmente iluminada, que si hay Dios que castiga, también hay Dios que perdona; que si hay justicia que affige, hay también misericordia que consuela; que si hay un hombre que prevarica y en quién todos los hombres prevarican, hay un Dios-Hombre que redime; y que si hubo una mujer que sepultó á sus hijos naturales en el fango de los trabajos, de la inquietud y de la muerte, hay otra Madre que arrancó á sus hijos adoptivos de la tenebrosa sima de las tribulaciones, para devolver á su espíritu,

(1) Eccles., cap. I, vers. 10 y sig.

(2) Idem, cap. II, vers. 1 al 10

por la bondad, por a virtud y por la gracia, las inefabes delicias de la paz interior.

Yo os adoro y os agradezco, divina Providencia, que al mirar nuestra aficcion habeis hecho eco de vuestras bondades á una criatura suspirada, á una Mujer bendita que ni en los cielos ni en la tierra tiene semejante.

Yo os adoro, yo os saludo, purísima, entrañable é inmaculada Virgen María, que hoy os presentais al mundo bajo el hermosísimo y misterioso y expresivo título de la *Virgen de las Tribulaciones y Paz interior*, para bañarle de regocijo y esperanza. Que esto tiene por muy seguro todo el que os reverencia: que si su vida está en prueba, será coronado; si está en tribulacion, se verá libre; si en correccion, si en castigo, podrá acercarse á vuestra misericordia. *Hoc autem pro certò habet omnis qui te colit: quod vita ejus si in probatione fuerit, coronabitur; si autem in tribulatione fuerit, liberabitur; si in correptione fuerit, ad misericordiam tuam venire licebit.*

Madre mia: vuestra Congregacion, estas hijas del Máximo Doctor de la Iglesia San Gerónimo, y este religioso auditorio, esperan que yo diga ya cuál es el asunto de mi discurso en la presente mañana. Yo, Señora, con la vénia del adorable Jesus Sacramentado y con vuestro permiso, voy á presentaros á su vista *Victima en vuestro corazon de tribulaciones incomparables, y asiento en vuestra alma de la verdadera paz interior*: todo para gloria de Dios y enseñanza de las criaturas.

Acoged mis deseos, que nunca pasarán de deseos; alcanzadme los auxilios del Espíritu Santo, vuestro Esposo, y bendecidnos á todos, en tanto que reverentes os saludamos diciendo con el ángel:

Ave Maria.

Tribulaciones y Paz interior: hed aquí, católicos, dos palabras, la union de cuyo sentido es inconciliable, es un imposible para los que no ven más allá de lo que tienen delante de sus ojos. Los que miran al hombre por el prisma de la materia no aciertan á explicarse, no se atreven á creer que con amarguras de meses y días, con angustias y aficciones de muchísimos años, con trabajos de toda la vida, sea hermanable la paz, pueda la criatura subsistir sin venir á sepultarse, despues de una lucha funesta consigo misma, en la sima espantosa de la desesperacion. Ó la paz es infinita, dicen ellos, y las tribulaciones son un sueño, ó las tribulaciones

se sufren y la paz es un delirio. Bien al contrario para los amantes de Dios, para los hermanos de Jesucristo, para los hijos de la Religion y la Iglesia, tribulaciones y paz interior es la fórmula completa de los decretos del Altísimo y de los destinos del hombre; tribulacion es, segun el venerable Jesuita Calatayud, la cruz que Dios nos envia para ser crucificados en ella mientras están vivas nuestras pasiones: es la oficina de la virtud y del merecimiento; es el camino del cielo y la firme garantia de la gloria; es el tesoro de los que ninguno tienen: y tribulaciones y paz interior son el lema hermcúsimo, misterioso y expresivo, escrito en el estandarte de los que pelean las batallas del Señor.

Y si esto no deja lugar á duda, en los hombres de recto corazon en general y en los justos en particular, es un prodigio de verdad cuando se aplica á Maria Santísima como título hermosísimo que pone de manifiesto las grandezas de la Virgen en lo que nadie busca grandezas, que es en el padecer: título misterioso, que hace que se reflejen en nuestra alma los secretos impenetrables de su alma: título expresivo que nos enseña, nos persuade y nos confirma de que si la Señora es en su corazon víctima de *tribulaciones* incomparables, es en su alma fuente inagotable de la verdadera *paz interior*, para gloria de Dios y enseñanza de las criaturas.

A existir, cristianos, lo que nunca ha existido, lo que es imposible que exista jamás, la complacencia en Dios al ver atormentado al hombre, diríase á no dudarlo, sospecharíase por lo ménos, que el Altísimo se habria recreado, siquiera un instante, en descargar sobre la que salió de sus lábios el peso de las tribulaciones universales, ménos la tribulacion del pecado. Es la Virgen, Madre de Dios y Reina de los cielos, como una criatura escogida sólo para verse atribulada más que los pecadores, más que los justos, más que los hombres, más que las mujeres, más que los hijos, más que las madres y tanto, si nó más, que el mismo Jesucristo sobre la tierra: y no se entienda, hermanos míos en el Señor, que esta es la opinion del panegirista, llevada hasta la exageracion, nó: es una verdad palpable que con aplicacion á la Virgen se escapa proféticamente de los lábios de David. *Tribulationes cordi mei, multiplicatae sunt* (1). Hánse multiplicado incesante y progresivamente las tribulaciones de mi corazon. Ni es sólo una verdad; es

(1) Salm. xxiv, vers. 17.

un retrato de Maria Santísima bosquejado históricamente por Isaías, cuando, con aplicación á la Reina de todo sufrimiento, se expresa de esta manera: *Coronans coronavit me tribulatione* (1).

Distinguen los maestros en esta materia dos especies de tribulaciones: las interiores y las exteriores, las del alma y las del cuerpo; y claro es que dan la preferencia en intensidad y en vehemencia á las que afectan á la porción sublime de la criatura; y cierto es que crece el valor de la tribulación en proporción de la excelcitud de la persona que sufre y de la causa por qué se sufre; y aquí, al querer penetrar en las tribulaciones de la Virgen Santísima, la lengua enmudece, el entendimiento se asombra, el alma se confunde.

Parece, cristianos, que al salir de las manos del Señor para descender á la tierra la que es el encanto de los Angeles, se inauguró un certámen heróico en que el Esposo divino se propone purificar á la Esposa con el fuego de toda tribulación, y en que ésta se decide á padecer mucho, á padecer sola, á padecer siempre, á padecer en algunas ocasiones como abandonada de los cielos y de la tierra, pero sin inquietarse, sin desconfiar, sin ver nunca fluctuante, ni mucho ménos humillada la paz de su alma.

La existencia de la inmaculada Virgen de Judá, desde su primer aliento hasta su último suspiro, es una perpétua tribulación: su corazón es como la yunque en que retumban sin descanso los golpes de un martillo omnipotente. Y Maria padece en sí misma y por sí misma; padece en Dios y por Dios; padece en los hombres y por todo el género humano.

Yo no os haré ver en Maria Santísima la tribulación de Adán y Eva, arrojados del paraíso por una rebelión incalificable, resultado funesto de una tentación no vencida; porque tenéis á la Niña de Nazareth, azucena inmarchitable de los vergeles del Señor, atribulada en el Templo en los primeros años de su vida, ya por las tentaciones del amor propio, cuando por la envidia y las calumnias de las otras doncellas, sus compañeras, cuando por el rigor sacerdotal, y nó pocas veces por el tristísimo, providencial apartamiento de Dios.

No quiero presentaros la tribulación de Agar, arrojada como una planta maldita en los arenales de un desierto, temiendo, sin esperanza, por los destinos de su idolatrado Ismael. Quiero que contempléis la tribulación de Maria, desde Nazareth á Belén,

(1) Isaías, cap. XXII, vers. 18.

deseando la aparición del Prometido, del Deseado que lleva en su castísimo vientre, y temblando por lo que será de Él en la oscuridad de la noche, en los rigores de la intemperie, sin alimento, sin albergue, sin amigos..., y repitiendo en el verdadero desierto de su corazón: *In propria venit, et sui eum non receperunt*. «Vá á nacer entre los suyos, y éstos no le recibirán.» Agar es la esclava, y Maria es la Señora. Agar es la desechada, y Maria es la elegida. Agar es la madre de una generación proterva; Maria Santísima lo es de una generación bendita en Jesucristo.

No quiero que os ocupéis de la tribulación de Abraham, cuando, obediente, silencioso y consternado, hace los preparativos para el sacrificio del inocente Isaac; sino de la tribulación permanente de la Virgen desde el momento en que el Profeta sacerdote hiere el alma de la Madre con la espada que ha de dividir el corazón del Hijo. Verdad es que Abraham es el modelo de los creyentes y el padre de una numerosa posteridad; pero era hombre, y en su corazón habrá manchas; en tanto que Maria Santísima es la primogénita entre las hijas del Señor, es el fragante lirio de la Beatísima Trinidad, y la que ha de reparar la dignidad del hombre, aplastando con su planta la cabeza de la serpiente infernal.

No os detengais ante las tribulaciones de Job, insoportables al hombre sin la asistencia divina: la tribulación de perder instantáneamente los bienes, los hijos, la salud, la honra en la boca de sus falsos amigos, el consuelo en las imprudencias de su mujer; es mi deseo que contempléis la tribulación de Maria, amenazada siempre de perder, perdiendo al Salvador, la riqueza de los cielos: al Hijo del Padre Eterno concebido en sus entrañas por la cooperación y la virtud del Espíritu Santo; la salud, nó suya, sino de todo el género humano, y el honor del firmamento y el consuelo de todas las generaciones. Job, llamado *el justo* por la increada Sabiduría, llevaba sobre sus hombros el peso de la culpa original; padecía, y se quejaba; sentía la mano de Dios, y se estremecía; escuchaba la voz de la tentación y parece que perdía su natural equilibrio.... Maria Santísima es inmaculada en su cuerpo é inmaculada en su alma; sufre, y sus labios no se despliegan; siente, y besa la mano que la hace sentir; vé conjuradas las potestades del infierno contra su corazón, y permanece inmóvil como la roca en medio de los mares.

Es indiferente, es nada la tribulación de Ana, madre del joven Tobías, cuando la despedida de éste la arranca á pedazos el corazón, al lado de la tribulación de Maria al despedirse con santi-

simo abrazo del Jesus divino, que entre sobresaltos, y sombras, y misterios vá á entregarse á la justicia de Dios, en la oracion del huerto de las Olivas. Ana era la madre de un hombre: Maria era la Madre de Dios.

No exijo, por último, que vuestra contemplacion se detenga en las tribulaciones de la inclita Macabea, que asombra á los siglos con la entereza del dolor en el martirio de sus siete hijos; la Macabea no es Maria. Esta, dice San Agustin, es más que mártir; es siete veces mártir, porque sufre segun ama, y ama con el amor de siete hijos en general y de cada hijo en particular. Y, sin embargo, San Agustin, haciendo aplicaciones á la Reina de las tribulaciones, ha dicho muy poco: la Virgen sobre el Gólgotha padece por un Hijo solo, es verdad; pero Hijo como no lo puede haber entre todos los hijos de madre conocida; un Hijo que vale más que siete hijos, y que setecientos hijos y que siete millones multiplicados por otros tantos millones de hijos muy amados, muy amantes y muy Santos: multiplicad, pues, el amor de Maria y encontraréis multiplicada su tribulacion. Incorporad los tormentos horribles de los Macabeos, los de todos los mártires, los de todas las criaturas, los del Purgatorio, hasta los de los mismos demonios, y son ménos que un átomo al lado de los del Salvador. Pues bien; incorporad las tribulaciones de todo sér que ama, de todo corazon que padece, de toda alma que llora, al lado de la tribulacion de la Virgen, y sufriréis, y buscaréis, pero no encontraréis comparacion.

Maria, sobre la montaña de la expiacion, se atribula más que todos los pecadores affigidos por el verdadero remordimiento de su conciencia; más que todos los justos desconsolados por la justicia de Dios; más que todos los hombres y que todas las mujeres; porque si Jesus hecho hombre es Él solo capaz de satisfacer á la justicia divina, Maria es la sola Mujer capaz de sentir en presencia de este sacrificio, con la exquisita delizadeza, con la delicada intensidad de todas las mujeres sensibles, amantes y vehementes.

Maria en el Calvario está más atribulada que el mismo Jesucristo, y es la sentencia de un Padre de la Iglesia; porque si agonizantes tribulaciones le cuesta á Jesucristo dar su vida por nosotros, más desgarradoras tribulaciones cuesta á Maria el sacrificar su Hijo, que es sacrificio mayor que el de su propia vida; ni es esto solo: el Príncipe divino de los mártires sufre todos los insultos, todos los dolores, todas las ignominias en el cuerpo; Maria Santísima sufre todas estas tribulaciones, aumentadas por una fuerza moral sobrenatural, en su benditísima alma.

Allí es donde verdaderamente la Virgen Santísima padece en sí misma y por sí misma: en sí misma, porque sus tribulaciones no son ideales, sinó reales y positivas; por sí misma, porque Ella voluntariamente se asocia al sacrificio que se realiza para nuestra salvacion, aceptando sus angustiosas consecuencias, y siendo á la vez instrumento y víctima.

Sufre en Dios y sufre por Dios; en Dios, porque padece en el Hijo de sus entrañas, que es el Hijo de las complacencias del Altísimo, consustancial, una misma cosa, y Dios con el Padre celestial y con el Espíritu Santo; y por Dios, porque el Omnipotente lo manda, Él lo dispone, Él lo realiza y Maria no tiene que oponer á la resolucion divina más que el *fiat mihi secundum verbum tuum*, de la Encarnacion.

Padece en los hombres, y padece por todo el género humano: en los hombres, porque padece en Jesucristo, que es verdaderamente hombre, pedazo de sus entrañas, sosten de su alma y latido de su corazon, y porque agrega á sus tribulaciones las aficciones de todas las criaturas; las hace suyas y las devora como exclusivamente suyas. Sufre por todo el género humano; sufre precisamente por lo mismo por que sufre Jesus; sufre por lo que muere Jesus; las tribulaciones de la Virgen, reunidas todas en su corazon al pié de la Cruz, tienen el mismo objeto, se encaminan al mismo fin que los trabajos, las persecuciones, las amarguras y la muerte del Salvador: la redencion del hombre.

¡Magnífico cuadro de las grandezas de la Virgen es el cuadro de sus tribulaciones! ¡Más magnífico por las causas que las originan y los resultados que han de producir! ¡pero magnífico sobre toda ponderacion si se contempla la firmeza, la quietud, las disposiciones con que las soporta, sostenida por el amor divino: porque Maria Santísima sabe que esto encuentra seguro el que ama á Dios; que si su vida está en prueba, es coronado; si en tribulacion, libertado; si en correccion ó castigo, tiene la posibilidad de acudir á la divina misericordia. *Hoc autem habet pro certo omnis qui te colit; quod vita ejus si in probatione erit, coronabitur; si in tribulatione fuerit, liberabitur; si in correptione fuerit, ad misericordiam tuam venire licebit.* Es decir, que Maria Santísima que es en su corazon víctima de tribulaciones incomparables, es en su alma asiento de la verdadera paz interior, para gloria de Dios y enseñanza de los hombres.

La paz interior, hermanos míos en Jesucristo, es la serenidad

del entendimiento, es la tranquilidad del ánimo, la sencillez del corazón, el vínculo del amor y la compañera de la caridad, según San Agustín. La paz interior es una *luz de la gloria*, en expresión de Fr. Luis de Granada, que levanta el alma á un grado más alto, la acerca á la suma felicidad, y sana y vivifica la naturaleza. Se alcanza con el amor; se conserva con el temor: procede de la virtud, de que es compañera inseparable: nace de la libertad y del señorío sobre las pasiones: tiene por base el testimonio interior de la buena conciencia. Es el resultado de la grandeza de las consolaciones divinas, y de la absoluta confianza que todos los buenos tienen en Dios. (El mismo.)

La paz interior es bien de tanto precio, que en todo lo criado el oído no escucha armonía más agradable, ni el corazón desea riqueza más útil, ni el alma posee ventura más deliciosa: si hemos de hallarla completa, ha de ser paz con Dios, paz con nuestros semejantes, paz con nosotros mismos; y si hemos de clasificarla con un solo pensamiento, nos valdremos del divino Jesucristo, eterna Sabiduría que enseña que la paz interior es verdadera bienaventuranza, porque hace de los que la poseen otros tantos hijos de Dios. *Beati pacifici, quoniam filii Dei vocabuntur* (1). Hasta aquí lo más esencial que era necesario manifestaros en orden á la paz interior; desde aquí á la conclusión, la contemplación de esta misma paz interior que tiene su asiento en el alma de María Santísima.

Habíamos recorrido, católicos, las angustias más amargas que atribularon el corazón de la Virgen, y esto nos era preciso para darlas, hasta donde pudiéramos, su verdadero valor: y para que comprendiéramos que ni las enfermedades, ni la pobreza, ni la persecución, ni la calumnia, ni la pérdida de lo que más se ama, ni el martirio, ni la misma muerte, con sus condiciones interiores y exteriores, tienen comparación con las tribulaciones de que fué víctima el corazón más inocente de todos los corazones del mundo. Para estudiar la paz interior, que en María Santísima es á la vez mérito y recompensa, virtud practicada y don concedido, no nos es necesario tanto: ni apartaremos á la Virgen del pie de la Cruz, ni nos separaremos nosotros de las plantas de María.

Un solo rasgo, pero divino; una sola palabra, pero sin compañera, del Evangelista predilecto, sirve para trazar la historia de todos los sufrimientos, de todas las tribulaciones de la Madre del

(1) San Mat., cap. v, 9.

Hombre-Dios. Ese mismo rasgo, esa palabra misma sirve para señalarnos el estado feliz, la paz interior de su alma, en todos sus ayes, en toda su vida y en los momentos en que pierde la paz toda la naturaleza; pero con una circunstancia notable: y es que cuando se trata de tribulaciones, esta palabra solo explica la mayor en intensidad, solo se refiere á una época determinada de la vida de María Santísima. En tanto que cuando la aplicamos á la paz de su alma, sirve para señalarnos todos los acontecimientos, todos los estados, la vida toda de María Santísima.

Stabat. «Estaba.» Estaba su inteligencia, con una quietud admirable, recreándose en sus propias tribulaciones, porque comprendía que cada una era un donativo de la munificencia divina. Estaba su espíritu descansando en los soberanos gozos que la proporcionaba su favorecida inteligencia: uníase más á Dios y á los hombres con un amor casto, santísimo, siempre creciente que ponía á su disposición el cielo de la caridad.

Stabat. Brillaba en su semblante lo que extasiaba su alma, lo que inundaba su corazón, lo que sostenía su cuerpo; esa luz de la gloria, esa paz que la unía con su verdadera felicidad, que cicatrizaba las heridas de tanta tribulación y que fortalecía su mortificada naturaleza.

Stabat. Y si la paz es amiga fidelísima de las virtudes, ¿qué paz interior no existiría en el alma de la Reina de todas las virtudes? Y si se funda en la libertad y en el señorío de las pasiones, ¿qué paz interior sería la de María Santísima, cuya libertad jamás sufrió perturbación, y que tenía colocado su pie sobre la concupiscencia de la carne, sobre la concupiscencia de los ojos y sobre la soberbia de la vida? Y si se funda en el testimonio interior de la buena conciencia, ¿qué conciencia más pura en la presencia de Dios? ¿Qué paz no rebosaría en el alma de la Virgen, alma sin sombra y sin imperfección que pudiera acusarla en la presencia del Señor? Si la paz es el resultado de la grandeza de las consolaciones divinas, ¿qué paz interior sería la de la Virgen Santísima, cuya vida toda fué una divina consolación, que poseía las plenitudes de todo lo bueno y de todo lo hermoso, con la plenitud del Espíritu Santo? Y si es el resultado también de la confianza que todos los buenos tienen en Dios, ¿qué paz interior encerraría el alma de la que era en su paciencia milagrosa, en su resignación invencible, en su constancia inalterable, y Maestra de la fe, y Madre de la esperanza santa?

Stabat. Sí, católicos; estaba el corazón de la Virgen anegándose en un mar salobre de amarguísimas tribulaciones; pero su

alma se extasiaba en las inexplicables dulzuras de la paz interior. *Stabat*. Estaba. Esta misteriosa palabra podemos ahora muy bien traducirla por esta otra: *Stetit*. Estuvo; y entonces ya nos retrata la paz interior de Maria Santísima, no sólo en la pasión, sino en todos los instantes de la vida de Jesús, sino en todos los momentos de su inmaculada vida.

Descorramos siquiera un instante el velo sutilísimo que oculta á nuestros ojos el alma de la Virgen: descorramos, y contemplemos, y veremos á Maria Santísima en paz con Dios, en paz con los hombres, en paz consigo misma; y veremos realizada en este lecho nupcial del Esposo divino aquella encantadora verdad que Él mismo muchos siglos ántes habia hecho pronunciar á los labios de Isaías: *Ecce ego declinabo super eam quasi fluvium pacis*. (1) «Hé aquí que yo descenderé hácia Ella como un rio de paz.» Descorramos, y nos recrearemos viendo el alma bienaventurada de Maria Santísima hecha asiento de la paz de los justos, de la paz de los Angeles, de la paz de los cielos, de la paz del mismo Dios. En el alma de Maria, *miseriordia et veritas obviaverunt sibi; justitia et pax osculate sunt*. (2) «Saliéronse al encuentro la verdad de la misericordia y la verdad de las tribulaciones; y la justicia y la paz se dieron el ósculo y el abrazo de perpétua reconciliación.» Descorramos y veremos á la Virgen de nuestros amores, de nuestros consuelos y de nuestras esperanzas, en la prueba coronada, en la tribulación libertada, bajo el azote del castigo que el mundo merecia, Secretaria del divino Consistorio, Mayor-doma del Palacio del Rey celestial, Abogada de todos nosotros, Depositaria de la paz interior, y Tesorera y Repartidora de la misericordia divina. Descorramos, y nos convenceremos de que *si es en su corazon victima de dolores incomparables, es en su alma asiento de la verdadera paz interior, para gloria de Dios y enseñanza de los hombres*.

Ahora bien, amados de mi corazon: no entraremos en el reino de los cielos sino por medio de muchas tribulaciones. *Oportet nos per multas tribulationes, introire in regnum Dei...* (3) ¡Terrible decreto cuyas consecuencias venimos sintiendo de siglo en siglo, y de generacion en generacion! Pero escuchad á Maria que nos dice

(1) Isaías, cap. LXVI, 12.
(2) David, salm. LXXXIV, 11.
(3) Act. Apost. cap. XIV, 21.

con Jesucristo á la vez: *Pacem relinquo vobis, pacem meam do vobis*: (1) Os dejo mi paz: yo me presté con magnánima generosidad á sobrellevar las aflicciones de todos los pueblos y de todos los tiempos. Acepté en mi corazon todas vuestras angustias, vuestros dolores y vuestras tribulaciones: *ut in me pacem habeatis*, (2) para que tengais paz en mí, para que me imitéis, para que me sigais, para que me invoquéis con amor y con confianza como Madre de las tribulaciones y como Reina gloriosa de la paz interior.»

Hagámoslo así, y despues de haber apurado, resignados y conformes, el cáliz de las tribulaciones que el Señor sea servido enviarnos, bajo el manto de Maria Santísima; despues de haber gozado en el mundo de la paz interior que Ella nos ofrece, subiremos á poseer en su compañía la recompensa de la eterna bienaventuranza. Así sea.

(1) San Juan, cap. XIV, 27.
(2) Id., XVI, 33.

DISCURSO XII.

Dolores de Maria Santísima. ⁽¹⁾

*Stabat juxta Crucem Jesu, Mater ejus.
(Sanct. Joan, XIX, 25.)*

UNIVERSIDAD AUTÓNOMA DE BUENOS AIRES
ALERE FLAMMAM
VERITATIS

¿AN intimamente unidos se encuentran el Paraíso y el Calvario, que nos es imposible separarlos cuando se trata de discurrir acerca de los acontecimientos más trascendentales del universo; y como éstos sean, á no dudarlo, la caída del primer hombre y la suspirada redención del linaje humano, de aquí el que á nosotros nos sea también imposible elevar la mente á Jesucristo sin ocuparnos del prevaricador Adán; y que si nos afligen y atormentan y preocupan las desventuras que atrajo sobre nosotros nuestra madre Eva, encuentren ellas su remedio y nosotros nuestra esperanza en la persona de Maria.

Y ¿qué cosa más tierna, qué contemplación de mayor utilidad que aquella que nos lleva á considerar todas las bondades, todas las grandezas y todas las misericordias del Sér Supremo en favor de las criaturas, como comprendidas, como reunidas en un solo corazón inmaculado, heróico, centro comun de hermosa vida, corazón de una Madre que ha de triunfar de las miserias á que nos arrastró aquella otra madre que nos legó por herencia el pecado, y con el pecado la muerte? Pues hé aquí, señores, lo que está llamando irresistiblemente nuestra atención en el acto académico de la presente mañana; y el ingenioso recurso de que la Providencia se vale para reanimar en nosotros el sentimiento de la gratitud.

No se contentó ésta con señalarlos á Maria como Madre de

(1) Plática que sobre el mismo asunto, y según reglamento, pronuncié en la Academia de la facultad de sagrada Teología el día 1.º de Mayo de 1862.

Jesús, sino que desde los primeros actos de su vida nos la representa como Madre de los hombres. No es sólo Jesucristo el que ha de cargar con el peso de tantas iniquidades y realizar la redención del mundo; es Maria la que también ha de llevar, y con razón, el título de co-redentora de la humanidad. No ha de estar solo Jesús, náufrago en el inmenso piélago de sus dolores, agonizando en medio de tormentos desgarradores y muriendo víctima de suplicios incalculables, nó; Maria Santísima ha de estar á su lado, fluctuará con Él en un océano de angustias, y morirá, sin acabar de morir, víctima venerable de inconcebibles dolores.

Esto es de lo que nosotros vamos á ocuparnos: vamos á considerar en este breve rato á Maria Santísima colocada al pié de la Cruz, sufriendo reunidos en un solo dolor todos los dolores pasados y presentes en que la abisma la Pasión de su Santísimo Hijo: vamos á considerar *lo que son y de qué manera afligen á la Señora estos dolores, y la parte que toman en ellos, nó los que le crucificaron entónces, sino los pecadores y los malos cristianos que en los tiempos venideros le habian de crucificar.*

Los dolores de Maria Santísima al pié de la Cruz, después de haber visto despojar de sus vestiduras á Jesús, renovarse sus heridas, desfigurado y cubierto de polvo y de sudor aquel rostro que es el embeleso de los cielos y de la tierra: después de haber visto aquel cuerpo extendido con inaudita crueldad en el sacrosanto madero, y de haber escuchado aquel estremecimiento que heló su corazón de espanto cuando el suplicio se dejó caer en el hueco de una peña; los dolores de Maria viendo á Jesús agonizando y muriendo, son para el entendimiento inconcebibles y para la lengua inexplicables. Tenemos, sin embargo, que no detenernos aquí: hemos de pasar á investigar cuáles son y cómo atormentan estos dolores el corazón de Maria Santísima.

Son, en primer lugar, dolores *naturales*; porque muy natural es que Maria Santísima padezca como madre á vista de los tormentos con que es afligido su Hijo como hombre: y en este sentido, siendo Jesús el hijo más hermoso y más amado entre los hijos nacidos de mujer, y siendo Maria la Madre más perfecta y más amante entre y sobre todas las madres del mundo, sus dolores, como naturales, adquieren una intensidad tan espantosa, son elevados á un grado tan admirable, que, al considerarlos, no queda á la mente humana otro recurso que enmudecer y adorar.

Son dolores *sobrenaturales*, porque, íntima conocedora, sábiamente instruida en todos los grandes misterios de la divinidad de Jesucristo, recobraban y se revestían estos sufrimientos de todas las condiciones y caracteres de la ofensa que se infería á Dios en la segunda persona de la Beatísima Trinidad, encarnada en sus entrañas; era la ofensa sobrenatural, debían ser, pues, los dolores sobrenaturales.

Los dolores de María Santísima cuando como una estatua de mármol contemplaba, puesta al pié de la Cruz, á Jesús crucificado, eran real y verdaderamente dolores *corporales*. Y en la acepción estricta de esta palabra, la influencia y los efectos de estos dolores llegaban á un grado de acerbidad á que no ha llegado el padecimiento de ninguna criatura. María Santísima, por un privilegio especial, padecía, no sólo en el corazón y en el alma, sino en todo su cuerpo, los tormentos de Jesús; y siendo el dolor el efecto de una sensación desagradable, producida en nosotros por la impresión de un cuerpo extraño; y siendo ésta más vehemente y aguda cuanto es más pronunciada y exquisita la delicadeza de nuestros órganos, ¿qué deberémos calcular de los dolores de María viendo padecer á su Hijo? Aquí tenemos que buscar el apoyo de la Escritura y el de los Santos Padres, como canales de la verdad no escrita, únicos que pueden decirnos alguna cosa.

La Escritura, los Evangelistas, los historiadores de Jesucristo guardan el más profundo silencio; y el Discípulo amado, testigo presencial de los martirios de Jesús y compañero inseparable de su Madre, se contenta con decirnos que estaba junto á la Cruz de Jesús: *Stabat juxta Crucem Jesu*. Rasgo único, pero rasgo brillante y propio del Espíritu Santo, con que parece que el Evangelista retrata todos los dolores de la Virgen Santísima: *Stabat*. «Estaba:» esta sola palabra parece que tiene por significación verdadera decirnos que María estaba, pero no al pié ni junto á la Cruz de su Hijo; nó á mayor ó menor distancia, ni en posición humilde ni con las manos levantadas al cielo. *Stabat*. «Estaba.» Parece que lo que exclusivamente quiere decir es que María estaba crucificada con Jesucristo en el mismo madero. Y siendo así, ved ya todos los dolores del Hijo reflejados en el corazón de la Madre.

Si estudiamos los Santos Padres, hablando de esta materia, os dirán: San Buenaventura con Ricardo de San Víctor, que María padece más que el Redentor, porque éste padece los dolores repartidos en el cuerpo, y María Santísima los sufre reunidos en el alma. San Bernardino de Sena, estático en la contemplación

de las penas de la Señora, asegura que estos dolores son tales, que si entre todas las criaturas se repartiése la más mínima parte, todas sucumbirían. San Bernardo afirma que los dolores de María la hacen más que mártir, porque ofreciendo la vida de su Hijo, dá más que si diera su propia vida. San Basilio nos advertirá que sufre la Señora un dolor que supera al de todos los mártires como el sol excede á todos los astros en hermosura y en resplandores. San Ildelfonso los clasifica como dolores que exceden á todos los padecimientos reunidos; y, por último, escribe un devoto contemplativo, son dolores que se aumentaban con la mútua compasión del Hijo y de la Madre.

Y así y todo, no está en lo dicho, señores, toda la intensidad, toda la vehemencia y toda la razón de ser de los dolores de María Santísima, reunidos en el que padece al pié de la Cruz. *Juxta Crucem Jesu*. Consiste en la cualidad altísima que distingue á estos dolores; cualidad que consiste en ser eminentemente *espirituales*: y nó espirituales porque los padezca exclusivamente en el espíritu, sino por lo altísimamente espiritual que es la causa que los produce. Efectivamente; Jesús no es sólo martirizado, no es crucificado por aquellos verdugos representantes del poder de las tinieblas; escuchad al historiador-profeta Isaías y él nos dirá que Jesucristo ha sido herido por nuestras iniquidades y hecho pedazos por nuestros pecados. *Ipse vulneratus est propter iniquitates nostras; attritus est propter scelera nostra* (1). Crucifican á Jesucristo no sólo los judíos: sufre por los pecadores: se vé circundado de una horrible agonía nó por sus enemigos presentes, sino por sus enemigos futuros; nó por los que le desconocen, sino por los que le conocen; nó por los que sin saber quién es le ofenden, sino por los que le ofenderán en lo sucesivo, sabiendo y confesando que es Hijo de Dios vivo: nó por los que le crucifican una sola vez, sino por los que le crucificarán una y otra y muchas veces, según el lenguaje del Apóstol. *Rursúm crucifigentes sibi metipsis filium Dei*. (2)

Pues este dolor, espiritualísimo por excelencia, que atormenta al Hijo, es ni más ni ménos el mismo dolor que acongoja cuerpo y alma, potencias y sentidos de nuestra Santísima Madre. Ella ha entregado á Jesús al mismo tiempo que Jesús se ha entregado voluntariamente. *In manus peccatorum*. En manos de los pecadores: Ella se ha ofrecido obediente á padecer, al mismo tiempo

(1) Isaías, cap. LIII, vers. 5.

(2) Ad Heb., vi, 6.

que Jesus se ha hecho obediente por nosotros hasta morir en una cruz. Jesucristo es crucificado corporalmente por todos los pecados que habian de cometerse en el mundo hasta el fin de los siglos: Maria Santisima identificada en el padecer con Jesucristo, con el Hijo de sus entrañas, es crucificada, pero espiritualmente, por todos y por cada uno de los pecados que, ya cometidos se dibujan en su soberana inteligencia.

Dedúcese de aquí una consecuencia muy desgarradora, sí, pero muy instructiva y muy saludable para nosotros: y es que cuando pecamos, renovamos de una manera más execrable la crucifixion del Salvador; y que como resultado indispensable renovamos y aumentamos los dolores de la Mujer inmaculada que tan dignamente desempeña el papel de co-redentora del mundo. Crucifican á Jesus y acibaran los dolores de su Madre los que pecan contra la Fe, contra la Esperanza y contra la Caridad. Crucifican á Jesus y aumentan los dolores de Maria Santisima los soberbios y los ambiciosos, los deshonestos y los iracundos, los incontinentes y los envidiosos, los perezosos y descuidados en el servicio de Dios.

Pero los que de un modo tristisimamente especial contribuyen al aumento de los dolores de Maria Santisima son los pecadores reincidentes y los escandalosos; aquéllos por la dureza de su corazon, y éstos porque se constituyen en agentes y procuradores de los demonios: aquéllos por no querer despojarse de las enfermedades de su alma, y éstos porque son lepra contagiosa para el alma de todos los demás: aquéllos porque son enemigos irreconciliables de Jesucristo y de sí mismos, y éstos porque son enemigos irreconciliables de Jesucristo, de sí mismos, y además de sus prójimos, á quienes escandalizan. ¿Y es cierto, me preguntaréis acaso, señores, es cierto que hay pecadores reincidentes y escandalosos? ¡Ah! ¡Plugiera al cielo que nunca los hubiera! Pero regístrese la historia de todos los siglos y de todos los tiempos; estudiemos las costumbres de todas las naciones y de todos los pueblos; penetremos en el corazon de las sociedades en general, y de las familias y de los individuos en particular; y en mayor ó menor escala, ¿qué encontraremos? Reincidencias y escándalos.

Es más; reconcentrémonos en el secreto de nuestra conciencia, examinemos nuestra conducta, y si es verdad que nadie aparece justificado en la presencia de Dios, no podremos menos de confesar que, crucificando á Jesucristo una y otra vez con las transgresiones de la ley, aumentamos tambien de una manera muy injusta los dolores de Maria. Si es así desgraciadamente, reforme-

mos en lo que sea necesario nuestras costumbres, arreglemos nuestra vida, y despues de haber cumplido con los deberes que la ley de Dios nos impone, alcanzaremos una muerte verdaderamente cristiana, y acompañados de Jesus y de Maria, invocando sus dulcísimos nombres, despues de Ella tendremos la incomparable dicha de alabarlos, bendecirlos y glorificarlos con el Padre y con el Espiritu Santo en las mansiones de la gloria. Así sea.

DISCURSO XIII.



*Posuit me desolatam.....
Audite, universi populi, et videte dolorem meum.*

(Jer., cap. i, vers. 13 y 18.)

*Me dejó desconsolada.....
Oid, naciones del mundo, y contemplad mi dolor.*

(Jer., cap. i, versículos ya citados.)

Se ha llenado y rebosa por los bordes la copa de la divina venganza; la justicia de Dios ha quedado satisfecha con el sacrificio del objeto que más amaba; y los rayos de su poder han hecho pedazos un pueblo sobre cuyos escombros deleznales y maldecidos ha de levantarse otro pueblo bendito é imperecedero. Á las tres de la tarde del día que hoy recuerda la Iglesia consternada ha exhalado el último aliento un Hombre cuyos hechos estremecieron á la Sinagoga, y cuya doctrina ha producido una completa revolucion en las costumbres; á la vista de los espantosos fenómenos que han acompañado su agonía, ha caído el trono de los Césares, se ha dispersado la más ingrata de las naciones, y la impiedad, vergonzosamente confundida, se ha precipitado en el abismo al choque de las piedras, al crujido de los sepulcros y al esconderse bajo ensangrentadas y densas tinieblas las azuladas bóvedas del firmamento: ya no hay mundo. Al soplo agonizante del mártir del Calvario, ha desaparecido, como el humo al insensible empuje de los vientos, aquella generacion aletargada y soberbia que sobre el monte de la ignominia y del dolor colocara, sin pretenderlo, el lábaro del triunfo y de la verdad. No hay naturaleza: la sangre del Nazareno, que corre á torrentes por el

orbe, ha cubierto para siempre una tierra estéril y maldada, y ha destruido sus bellezas sombreadas con la mancha de la iniquidad y de la abominacion; y debajo de aquella sangre, humeante todavía, brotará otra naturaleza, regenerada y agradecida, que ya en las primeras épocas de nuestro sér se figuró con la aparicion de un mundo purificado al impulso aterrador y violento de las aguas del diluvio universal.

Nada esperemos, señores. Llegó cuanto desearon los Patriarcas; sucedió cuanto vaticinaron los Profetas, y de lo presente, de lo pasado y de lo futuro, nada queda por hacer. *Consummatum est.* «Todo ha concluido.» No busquéis ciudad, porque se hundió; no busquéis templo, porque se desplomó; ni ritos, ni altares, ni sacrificios, ni ceremonias, porque nada valen de lo mucho que significaron, y yacen depositadas como trofeos gloriosísimos junto al tronco y á la sombra del árbol sacrosanto de la Cruz. No busquéis quien os vuelva á referir lo que pasó, porque ya no existen criaturas. ¿Qué he dicho, cristianos? Una criatura existe; pero tan atribulada como el náufrago que lucha con las olas sin poderlas evadir: tan abatida, como la azucena que marchitada inclina poco á poco su corola, hasta tocar en el suelo que ha de ser su sepultura; y tan afligida y tan sola, como la sencilla tórtola que llora en los desiertos, y cuyos lastimeros arrullos penetran y dividen los tejidos del corazon. Una criatura existe que salida del seno de la eternidad, engalanada de virtudes y coronada de gloria, hoy trueca sus vestidos por la túnica del pesar y el velo de la amargura. Una criatura existe que ha desempeñado hasta lo sublime el papel de co-redentora de los hombres, y que, crucificando su corazon con el que es ese mismo corazon, hubiera deseado morir para acabar tambien de padecer; pero no convenia. Existe, en fin, una criatura que ha sido toda para todos, y ahora, cristianos, no hay ninguno que sea para Ella; y que retirada no sé dónde, porque mis ojos no alcanzan á verla, se encuentra sumergida en un abismo de tan inexplicable desconsuelo, que fijando sus miradas en los mármoles frios de una tumba, la oigo decir: *Posuit me desolatam.* «Me dejó desconsolada.» *Audite, universi populi, et videte dolorem meum.* «Oid, naciones del mundo, y contemplad mi dolor.»

Ya habreis comprendido que la única criatura que nos ha quedado en el mundo es una Mujer; pero padezco horriblemente, y mi imaginacion se ofusca, y mis lábios, temblando, no aciertan á pronunciar su nombre. *Posuit me desolatam.* Esa Mujer está sola. Acompañémosla nosotros *contemplando su Soledad*, y ved

aquí en lo que venimos á ocuparnos esta noche. Me son indispensables los celestiales auxilios; pero, ¿cómo acudimos para alcanzarlos, á implorar el patrocinio de la que está tan necesitada de consuelos? ¿No hay un Angel siquiera que lo haga por nosotros? El de la Anunciacion llora como todos los demás la catástrofe del Gólgota; se ha retirado á las regiones de la inmortalidad, y ocultando bajo sus alas la melancólica frente, devora á su sabor las impresiones del más acerbo sufrimiento. Y ¿qué hemos de hacer, cristianos? Digámosla de todo corazón: «Dios te consuele, Virgen Santísima de la Soledad.» Llena de gracia.

Ave Maria.

¡Con cuánta frecuencia se repite hoy la palabra *Soledad*, y qué poco se comprende su verdadera significación! Sola una palabra, señores; pero ¡cuánto dice! ¡Cuán bien expresa su sentido filosófico el aislamiento del alma y el abandono del corazón! La soledad es un mar que presenta á la superficie una serenidad apacible y envidiable; pero que en su fondo revuelve y agita una tempestad que destroza las ilusiones, acibara los deseos y aniquila las esperanzas. Es una cárcel cuyo exterior ofrece un panorama seductor y pintoresco; pero cuyo interior es una mazmorra tan lóbrega y un calabozo tan hediondo, que la víctima que en él se consume muere sin dejar de vivir; y vive, pero como tocando siempre el fin de su existencia. Es una cadena de angustias y congojas, cuyo último eslabon vuelve é enlazarse con el primero, poniendo en tortura al pensamiento, pero sin reducirle nunca á la impotencia y á la nulidad. Es un ¡ay! continuo, pero de impresiones tan lúgubres, que deja ver, al lado de los inocentes recuerdos de la cuna, todo cuanto tiene de más horroroso el sepulcro, y que perturba la paz de los sentidos, trayendo las halagüeñas quimeras de la infancia hasta los umbrales de la eternidad. Situacion de lágrimas, cristianos; pero en que están extinguidas las facultades de llorar, y los sollozos se concentran, y los suspiros se ahogan, y las lágrimas que asoman á nuestras pupilas retroceden, y se ocultan, y vuelven otra vez al corazón para abrasarle; dejando, sin embargo, marcada nuestra mejilla con las indelebles arrugas de la mortalidad. La soledad es el mayor y el último de los dolores, porque nace de una falta que no se puede subsanar, de una pérdida que no se puede reparar; tal vez de un sacrificio que no encuentra otro sacrificio con quien se pueda comparar. Y no hablo aquí de esa soledad material en que nos deja la falta de compañía; ni de la que escoge

la criatura como descanso del cuerpo y recreo de la imaginacion, nó: hablo de esa soledad intelectual, de ese modo de existir y de padecer en que nos coloca la privacion absoluta del objeto que más amamos.

Si observais una matrona desmelenada, con el rostro lívido, con los ojos hundidos, con los labios helados, pero respirando fuego y rasgando como desesperada el plegado ropaje que la embellece, no pretendais consolarla; es imposible, porque está sola: coronó un sepulcro de flores, y las flores se marchitaron; allí no hay más que las cenizas de un hijo que espiró pronunciando el dulcísimo nombre de su madre. Si advertís una mujer cubierta de luto desde la cabeza hasta los piés, que escribe sobre un féretro un nombre, apénas inteligible, y que busca en el cielo el consuelo que no puede encontrar en la tierra, dejadla, por compasion, sentir: está sola, enteramente sola; es una viuda que recogió con el último alarido de su esposo la última fineza de su cariño y de su ternura. En todos los vivientes es espantosa la soledad; pero en una mujer parece insoportable; y cuanto más privilegiada, y más virtuosa, y más rica de dónes de naturaleza y gracia se ostenta esta porcion escogida del género humano, más sensible, y más inconsolable, y ménos llevadera se hace su soledad. Hagamos de todo lo dicho la aplicacion oportuna á la Mujer á quien venimos á consolar esta noche; Mujer cuya tribulacion no podemos contemplar sin pronunciar su nombre, y cuyo nombre no podríamos decir si no fuera la primera aspiracion de nuestros labios y el primer sentimiento de nuestras almas. MARIA.

Maria Santísima es una desconsolada Madre que ha visto morir y ha presidido los funerales del único pedazo de sus entrañas. Sólo con esta reflexion pasaríamos toda la noche y seríamos interminables. Maria ha perdido un Hijo, y le ha perdido, viéndole espirar; y le ha visto espirar, nó acompañado de sus discípulos y servidores, ni acariciado ni consolado de sus entrañables amigos, ni bendecido y llorado de los infinitos necesitados á quienes habia favorecido: no le ha visto morir tendido en su lecho, dulcificando las inquietudes del cuerpo con las tranquilas emociones del alma: le ha visto morir traidoramente vendido, acusado con calumniadora falsedad, desgarrado por los azotes, acribillado por las espinas y escarneido con el ridículo, con las bofetadas y los andrajos: le ha visto morir de sed, sin poder aplicar á sus labios ni una gota de agua; de cansancio, sin que le fuera dado reclinar en su virginal regazo aquella atormentada cabeza; y de amor, porque sólo el amor hizo al Hijo de Maria arrastrar la Cruz hasta

alas sobre la cabeza de Maria, y como que el viento hace estremecer las anchurosas bóvedas repitiendo incesantemente la palabra *soledad*.

Maria Santísima, católicos, no tiene ya ni el infortunado consuelo de ver padecer á su Hijo, nuestro Dios; y su soledad es más amarga que la de los condenados, porque aquéllos en su desesperacion, todo lo aborrecen y todo lo maldicen: Maria ama más su dolor cuanto más la abrumba, y bendice sin cesar la causa que le produce. Su soledad es más fúnebre que la de las almas del Purgatorio, porque aquéllas, en su esperanza, como que las basta esperar para affigirse ménos; y si es cierto que más uno se impacienta cuanto más espera; y si es verdad que con mayor ansia se espera cuanto con más intensidad se ama, es indudable que aumenta la soledad de Maria el amor del Salvador, y la depura y aquilata la tardanza del suspirado momento de volver á saludarle. Como el acero se mueve inquieto hasta unirse con el iman, así se agitaria la Virgen Madre, resuelta acaso á volver al sepulcro para ser la primera que al estampido de la losa gozase del asombroso espectáculo de la Resurreccion; pero hay un agente más poderoso que Maria, una congoja que la tiene inmóvil, una pesadilla que arranca de su seno acompasados suspiros, como son acompasadas las vibraciones de la péndola de un reloj. *Posuit me desolatam.* «Me dejó desconsolada.» *Audite, universi populi, et videte dolorem meum.* «Oid, naciones del mundo, y contemplad mi dolor.»

Fatigo mi mente, señores, y fatigo también vuestra atención; pero es tanto lo que arrebató mis potencias y embriagó mis sentidos la soledad de Maria, que quisiera yo ahora ver en este sitio á todo el linaje humano, reunido para contemplar el estado en que hemos puesto á la más inocente entre todas las mujeres y á la más sensible entre todas las madres; quisiera yo que los cristianos vieran con los ojos de la piedad la situación á que ha reducido á Maria la ingratitud de sus hijos, y que los infieles miraran al reflejo de la fe cuánto pueden esperar de la que ha quedado sola para no tener otra compañía que sus hijos de adopción, ni otro cuidado que el de reducir las almas al aprisco de la Iglesia, como la zagalita que al declinar el día reúne cuidadosa sus ovejas para librarlas, al abrigo de un techo pajizo, de las garras del lobo y de los rigores de la intemperie. ¿Y habrá quien diga que la soledad de Maria es un campo tan árido que apenas ofrece materia que exponer, ni asunto que meditar? ¡Aserción imperdonable, cristianos! Nada es insignificante en la que es el consuelo de los afligidos;

nada pequeño en la que Dios hizo grande; nada árido en la que fué, es y será siempre tabernáculo santificado del Altísimo. Nada nos dice la soledad de Maria! ¿Y no vemos en el corazón de esa Señora el corazón más propicio para amar y más magnánimo para padecer que han cobijado los cielos y ha sustentado la tierra? ¿No admiramos una paciencia invencible, nó ya para sufrir la pérdida de Jesús, sino para tolerar la deserción de una muchedumbre envilecida que la insulta porque la vé sola, y la escarnece porque el único delito que encuentra en Ella es el ser la dispensadora de todos los beneficios? ¿No llama nuestra atención una resignación imperturbable con la divina voluntad, contra quien no pudieron jamás ni los espíritus del abismo ni las astucias de la serpiente? Maria Santísima, humilde en la exaltación, exaltada y engrandecida en la más penosa humillación; guiada en su dolor por una fe tan eterna como divina; dulcificada en su angustia con una esperanza tan divina como bien fundada, y acompañada en su soledad por una caridad toda de Dios, lluvia benéfica que derrama sobre nosotros sin agotarse, y fuego celestial que la abrasa y nos refrigera sin consumirse.

El Criador sacrifica su vida, y muere por las criaturas: Maria sacrifica su deseo de morir, y vive, y queda sola, porque una madre debe y tiene que vivir para sus hijos. El Enviado derrama hasta la última gota de su sangre para redimirnos; y la Escogida no economiza una lágrima siquiera de su llanto para conmovernos, para persuadirnos y para confortarnos: es esa Madre que se arranca el pan de la boca por que no perezca de hambre el hijo que lleva en sus brazos; es esa Madre que se entrega voluntariamente á una perpétua vigilia por que descanse y duerma sosegado ese Hijo que tantos sacrificios le cuesta: es, finalmente, esa Madre que, porque nosotros no lloremos, se condena á verter perpétuamente de sus ojos dos ríos abundantísimos de lágrimas. Y, ¿quién sabe, señores, lo que es y lo que significa una lágrima de la Virgen? Miradlas con detención: una lágrima es el sello de su ternura, el norte más seguro de nuestra confianza; una garantía, la mejor para nosotros, de benignidad y de salvación; cada lágrima suya es una gota de bálsamo divino capaz, porque Dios así lo ha dispuesto, de cicatrizar todas nuestras heridas; las lágrimas de Maria solo revelan amor; son, á mi entender, el último toque, y como el complemento de la regeneración espiritual del mundo. Maria, admirable en prerogativas, admirable en su soledad; inimitable en virtudes, inimitable en su soledad; incomparable en los martirios, incomparable también en el mayor y el último de

los martirios, que es la soledad. *Audite, universi populi, et videte dolorem meum.* «Oid, naciones del mundo, y contemplad mi dolor.»

¡Viernes Santo, yo te saludo! Providencia de Dios, yo te reverencio! ¡Soledad de mi Madre y mi Señora, yo te bendigo! Pero no sin razon os lamentais, desconsolada Soberana de los cielos, nó del dolor en que os constituyó la pérdida de vuestro Hijo, sino de esa segunda soledad, más amarga que la hiel, más cruel que todo padecimiento y tan prolongada como la eternidad; la soledad en que os deja en esta noche el corazon empedernido de los hombres. Ellos hacen saltar de vuestros ojos esas lágrimas puras como la cristalina gota del rocío; pero, perdonadlos, Señora, porque no saben lo que hacen. Os miran con indiferencia, os vuelven las espaldas y van á sumergirse en un golfo de tinieblas, huyendo de la verdadera luz, que es vuestro tiernísimo y solitario corazon; pero, perdonadlos, Señora, porque no saben lo que hacen. Os escuchan, y se hacen los sordos; sois su modelo, y no quieren imitaros; estais sola, y os dejan más sola, infinitamente sola...; pero, perdonadlos, Señora, porque no saben lo que es vuestra soledad. Vuestra soledad, diré para concluir, es un misterio en la esfera de los sufrimientos humanos, porque no hay corazon que la sepa sentir, ni lengua que la pueda expresar, ni entendimiento alguno que la llegue á comprender. Solo Vos que llamais con repetidos golpes á nuestras almas para decirnos lo que sufrís en esa desventurada, incomparable é incomprensible soledad. *Posuit me desolatam.* «Me dejó desconsolada.» *Audite, universi populi, et videte dolorem meum.* «Oid, naciones del mundo, y contemplad mi dolor.»

Pueblo cristiano: si la soledad es mayor cuanto es mayor el abandono, ¿cómo será la soledad de Maria, abandonada de las criaturas en el momento mismo en que las adopta en el Calvario? No sea, por Dios, ninguno de nosotros el que la haga apurar hasta las heces el cáliz de la amargura; y antes que Maria Santísima sucumba al dolor y al sufrimiento arrojémosnos á sus plantas; saludémosla como Reina de todo lo criado; bendigámosla como amparo de todos los vivientes... ¡Es tan dulce el nombre de Madre...! Pues bien; llamémosla Madre, cariñosa Madre, siempre nuestra Madre: invoquemos al amantísimo nombre de *Maria de la Soledad* en todos los instantes de la vida: de esta manera la acompañaremos en su afliccion, nos sorprenderá dichosamente la muerte reclinados en sus brazos, y despues será nuestra su amorosa compañía en las mansiones eternas de la gloria. Así sea.

DISCURSO XIV.

Sobre el mismo asunto.

Ambulate, filii, ambulate; ego enim derelicta sum sola. (Baruch, iv, 19.)
Andad, hijos, andad: porque me han dejado sola. (Ut supra.)

¿QUÉ ha quedado, cristianos, de aquel festivo murmullo, de aquel animado movimiento, de aquellos aplausos con que en las calles y plazas de Jerusalem era saludado el que venia bendito en el nombre del Señor? ¿Qué ha quedado en el huerto de Gethsemaní, las hojas de cuyos árboles parece que repetian la oracion agonizante del Nazareno, y cuyas arenas se vieron teñidas con la sangre y el sudor del Hombre más hermoso concebido en las entrañas de mujer? Amarga soledad. ¿Qué ha sustituido á aquella algazara infernal con que entre indecentes insultos y tratamientos infucos, en el silencio de la noche, era traída y llevada de tribunal en tribunal la sacratísima persona del Divino Libertador de los pueblos? ¿Qué subsiste en la cima del Calvario de aquel espectáculo desgarrador que ha tenido lugar para satisfaccion de la justicia divina y para salvacion del universo? ¿Qué de aquellas tres horas de agonia inconcebible, en que para triunfar de la muerte, y del pecado, y del espíritu de las tinieblas, parece que agotó todos sus esfuerzos el amor divino? Melancólica soledad. ¿Qué resta del sentimiento que ha hecho la naturaleza, oscureciéndose los cielos, ensangrentándose los astros, desencadenándose los elementos, rasgándose el velo del santuario, haciéndose pedazos las piedras unas con otras, abriéndose los sepulcros y resucitando los muertos? ¿Qué contemplamos ya de aquella piadosa devocion, de aquel funeral recogimiento, de aquella compostura edificante con que una comitiva religiosa, abrumada de ese

los martirios, que es la soledad. *Audite, universi populi, et videte dolorem meum.* «Oid, naciones del mundo, y contemplad mi dolor.»

¡Viernes Santo, yo te saludo! Providencia de Dios, yo te reverencio! ¡Soledad de mi Madre y mi Señora, yo te bendigo! Pero no sin razon os lamentais, desconsolada Soberana de los cielos, nó del dolor en que os constituyó la pérdida de vuestro Hijo, sino de esa segunda soledad, más amarga que la hiel, más cruel que todo padecimiento y tan prolongada como la eternidad; la soledad en que os deja en esta noche el corazón empedernido de los hombres. Ellos hacen saltar de vuestros ojos esas lágrimas puras como la cristalina gota del rocío; pero, perdonadlos, Señora, porque no saben lo que hacen. Os miran con indiferencia, os vuelven las espaldas y van á sumergirse en un golfo de tinieblas, huyendo de la verdadera luz, que es vuestro tiernísimo y solitario corazón; pero, perdonadlos, Señora, porque no saben lo que hacen. Os escuchan, y se hacen los sordos; sois su modelo, y no quieren imitaros; estais sola, y os dejan más sola, infinitamente sola...; pero, perdonadlos, Señora, porque no saben lo que es vuestra soledad. Vuestra soledad, diré para concluir, es un misterio en la esfera de los sufrimientos humanos, porque no hay corazón que la sepa sentir, ni lengua que la pueda expresar, ni entendimiento alguno que la llegue á comprender. Solo Vos que llamais con repetidos golpes á nuestras almas para decirnos lo que sufrís en esa desventurada, incomparable é incomprensible soledad. *Posuit me desolatam.* «Me dejó desconsolada.» *Audite, universi populi, et videte dolorem meum.* «Oid, naciones del mundo, y contemplad mi dolor.»

Pueblo cristiano: si la soledad es mayor cuanto es mayor el abandono, ¿cómo será la soledad de Maria, abandonada de las criaturas en el momento mismo en que las adopta en el Calvario? No sea, por Dios, ninguno de nosotros el que la haga apurar hasta las heces el cáliz de la amargura; y antes que Maria Santísima sucumba al dolor y al sufrimiento arrojémosnos á sus plantas; saludémosla como Reina de todo lo criado; bendigámosla como amparo de todos los vivientes... ¡Es tan dulce el nombre de Madre...! Pues bien; llamémosla Madre, cariñosa Madre, siempre nuestra Madre: invoquemos al amantísimo nombre de *Maria de la Soledad* en todos los instantes de la vida: de esta manera la acompañaremos en su aflicción, nos sorprenderá dichosamente la muerte reclinados en sus brazos, y despues será nuestra su amorosa compañía en las mansiones eternas de la gloria. Así sea.

DISCURSO XIV.

Sobre el mismo asunto.

Ambulate, filii, ambulate; ego enim derelicta sum sola. (Baruch, iv, 19.)
Andad, hijos, andad: porque me han dejado sola. (Ut supra.)

¿QUÉ ha quedado, cristianos, de aquel festivo murmullo, de aquel animado movimiento, de aquellos aplausos con que en las calles y plazas de Jerusalem era saludado el que venia bendito en el nombre del Señor? ¿Qué ha quedado en el huerto de Gethsemaní, las hojas de cuyos árboles parece que repetian la oración agonizante del Nazareno, y cuyas arenas se vieron teñidas con la sangre y el sudor del Hombre más hermoso concebido en las entrañas de mujer? Amarga soledad. ¿Qué ha sustituido á aquella algazara infernal con que entre indecentes insultos y tratamientos infucos, en el silencio de la noche, era traída y llevada de tribunal en tribunal la sacratísima persona del Divino Libertador de los pueblos? ¿Qué subsiste en la cima del Calvario de aquel espectáculo desgarrador que ha tenido lugar para satisfaccion de la justicia divina y para salvacion del universo? ¿Qué de aquellas tres horas de agonía inconcebible, en que para triunfar de la muerte, y del pecado, y del espíritu de las tinieblas, parece que agotó todos sus esfuerzos el amor divino? Melancólica soledad. ¿Qué resta del sentimiento que ha hecho la naturaleza, oscureciéndose los cielos, ensangrentándose los astros, desencadenándose los elementos, rasgándose el velo del santuario, haciéndose pedazos las piedras unas con otras, abriéndose los sepulcros y resucitando los muertos? ¿Qué contemplamos ya de aquella piadosa devoción, de aquel funeral recogimiento, de aquella compostura edificante con que una comitiva religiosa, abrumada de ese

dolor que solo se expresa por el silencio en el padecer, y derramando esas lágrimas que son desahogo de la criatura que padece y no puede hablar, marchara á depositar, en las entrañas de un sepulcro, el cuerpo embalsamado, lívido, pero immaculado, del Principe de los mártires? Horrible soledad. Soledad en los cielos y en la tierra, en el firmamento y en los mares, en el dia y en la noche, en las potencias y sentidos, en el cuerpo y en el alma, en el espíritu y el corazón; soledad en todo; y, sin embargo, católicos, esta soledad es indiferente, es insignificante, es nada en comparación de la soledad que nosotros tenemos que contemplar esta noche.

En el mundo todo ha muerto; y lo que no ha dejado de existir, lo ha sumergido la Providencia en un letargo que parece hermano de la muerte. En la naturaleza racional lo que no ha muerto por la falta de vida física, ha muerto por la insuficiencia, por la ineficacia del sentimiento para llorar como se debe las causas que hicieron necesario el sacrificio de Jesus, y las circunstancias que le rodearon. Solo vive una criatura; y vive con toda la abundancia de espíritu y con toda la plenitud de vida que necesita quien ha de padecer más que todos y para todos. Solo una Mujer; y admito gustoso que os la figuréis como una tórtola que llora á la sombra de los sauces, ó como la realidad del fénix que se consume en las soledades de su amor, ó como la flexible amapola que se cimbréa entre los rastrojos que abrasa el sol del estío, con tal que me concedais que esta Mujer se encuentra en esta noche rodeada de una soledad que no tiene comparación. Es una Mujer que, colocada al frente de los siglos, vé delante de sí á las generaciones pasadas, y á las generaciones presentes, y á las generaciones venideras, á quienes con plañido lastimero dice para pequeño desahogo de su alma: *Ambulate, filii, ambulate; ego enim derelicta sum sola.* «Andad, hijos, andad: yo he quedado sola.» Nosotros, en lugar de apreciar este lamento como una despedida, le interpretamos cristianamente como una invitación; y en vez de pasar de largo, menospreciándola, como menosprecia el mundo el infortunio del que está solo, nos detenemos delante de la co-redentora del mundo, nos humillamos á sus plantas y solo para contemplar su soledad, pero en todas sus fases, es decir:

Por lo que es en sí la soledad, y por los accidentes que hacen más aflictiva la soledad de la Virgen. Unamos y preparemos nuestros corazones, porque mucho hemos de sufrir en esta noche al hacer la exposición de la soledad de Maria: el Señor nos dé fuerzas y gracia para ello: espero alcanzarlo todo por la poderosa media-

cion de esa Madra á quién llena de gracia como lo está de soledad, saludamos con las palabras del Arcángel.

Ave Maria.

Maria Santísima, después de Dios, es en los cielos y en la tierra la grandeza mayor, nó solamente imaginable, sino también posible; como en el poder de Dios, dice San Pedro Damiano, nada hizo tan excelente como Maria; como que Dios, escribe San German de Constantinopla, al criar á la Señora parece, que agotando todo su poder, se ha excedido á sí mismo. Maria, concepcion purísima y privilegiada del Eterno, complacencia de los Angeles, embeleso de la gloria y esperanza de los hombres, es, aunque criatura humana, una grandeza perfectísima, universal y completa: perfectísima, porque en ella vertió el Omnipotente el tesoro de sus infinitas perfecciones y la síntesis de maravillosas condiciones que la dan el primado sobre toda criatura; universal, porque reúne en sí y engrandece en su persona todas las magnificencias del firmamento y del mundo, y completa, porque aparece y es tan grande en el esplendor del encumbramiento como en el abatimiento de la adversidad. Y nó sé si me atreva á decir que encuentro más sublime, más sorprendente la grandeza de la Virgen, no considerándola enriquecida de privilegios, y colmada de dónes, y llena de prerogativas, sino cuando la contemplo Reina de la amargura, asiento del desconsuelo y víctima de todas las tribulaciones. Ello es lo cierto que Jesucristo que la escogió para su Madre, que la asoció á los inefables misterios que habian de realizarse para nuestro bien, y que al hacer su testamento la ha instituido por universal heredera de cuanto le hace extraordinario, la ha dejado también heredera del desamparo que sufrió. Es innegable que la que fué grande en su predestinación, y en su formación, y en su nacimiento; y grande en su virginidad, en su maternidad, y en las humillaciones de una vida misteriosa; y grande en el modo de separarse del mundo y de regresar á la bienaventuranza, se ostenta incomparablemente grande en el suplicio de su soledad. Pero ¿y qué es la soledad?

La soledad, cristianos míos, es indefinible; es un estado en que se sabe sufrir muchísimo y en que tal vez nada de lo que se sufre puede explicarse. Es el suplicio del alma y la reunión de todos los padecimientos imaginables; martirio de las potencias, en que la inteligencia que en el sufrir adquiere un desarrollo admirable, es atormentada con la perfectísima comprensión del bien perdido ó que nó

se ha podido alcanzar; en que la memoria, desplegando una vivacidad exquisita, recuerda, sin que falte un ápice, cuando constitua nuestra pasada ó soñada dicha, y atrae en rededor de sí cuanto haria feliz al corazon, si cupiera en lo humano verdadera felicidad; en que la voluntad, que es señora, queda reducida á la tristísima condicion de esclava; quiere hacer y no puede hacer; parece que se resuelve y queda sin resolucion: es lo que seria una caña que, agitada por los encontrados huracanes del desierto, permanece inmoble, nó por resistencia propia, sinó por la fuerza misma de los vientos que la combaten.

La soledad es el martirio de los sentidos; el que vive y sufre solo, ni vé, ni oye, ni gusta, ni palpa, ni percibe nada que no sea soledad; todo lo vé como se vé á sí mismo, á la manera de aquel que, mirando por un lente, todo lo vé del color del cristal que tiene delante de sus ojos: siendo el mayor y el último de los dolores, por lo general es el efecto inmediato de la privacion absoluta del objeto que más amamos. Y en este sentido la soledad es el abatimiento del espíritu, el desaliento de la vida, es el vacío en el corazon; triplicado martirio que, sin la luz de la fe, sin el apoyo de la esperanza, sin el asidero de una Religion divina, llevaria fatalmente á la criatura al abismo de la desesperacion. Ahora comprendo yo la sublime sabiduria con que está escrita en el *Eclesiástico* aquella sentencia que, como aguzada saeta, penetra hasta lo más íntimo de nuestra sensibilidad. *¡Vae soli! Quia cum ceciderit non habet sublevantem se.* ¡Ay del solo, porque, una vez que haya caído, no encontrará quién le levante! (1)

Hasta aquí nos hemos ocupado de la soledad que aflige á la criatura por motivos exclusivamente naturales, por causas que, aunque de mucho valor, caen, sin embargo, bajo el dominio del entendimiento humano. Hay otro género de soledad más lamentable todavía, á la que la criatura no puede resistir, y en cuyos secretos no puede profundizar la inteligencia más perspicaz; soledad que no vacilo en llamar sobrehumana y sobrenatural. Sobrehumana, porque está sobre las fuerzas del alma humana; sobrenatural, porque es el aislamiento, la ausencia, la separacion ó la pérdida del bien infinito, del bien más amado, más amante, más consolador, sobrenatural por esencia y por excelencia, que es Dios. Esta soledad es la de aquella Esposa de los Cantares, que se lanza por calles y por plazas en busca del amado de su corazon,

(1) Cap. iv, v. 10

preguntando de su paradero á cuantos encontraba. Soledad más lúgubre que la de aquel ciegucecito que, en los caminos de Jericó, clamaba por que se le devolviera la vista; más oscura que aquella noche de arideces y de inquietudes en que solo, sin el bien que se ama, nos representa al espíritu el inspirado San Juan de la Cruz. Es, por último, aquella soledad del alma sin su esposo que la carmelita seráfica, Teresa de Jesus, describe de una manera inimitable: hed aquí sus palabras: «soledad sobrenatural que tanto se diferencia de la natural, cuanto una cosa muy corporal de una cosa muy espiritual. Porque en la primera soledad el alma aunque sufre, sufre en la compañía del cuerpo .. En la segunda, déjala Dios tan aislada, tan desierta, que no hay cosa alguna en la tierra que la acompañe; y aún cuando la hubiera, el alma apetecería sólo morir en aquella soledad. Anda en ella necesitadísima diciendo y preguntándose á sí misma: «¿Dónde está Dios...?» Y ni recibe consuelo del cielo, ni está en él, ni de la tierra le quiere ni está en ella; vive como crucificada entre el cielo y la tierra; y de deseo en deseo llega hasta robar el sentido, y es como un tránsito de la vida á la muerte.»

Ahora bien: consista la soledad en lo que quiera, la conclusion es que este suplicio del alma, este martirio de las potencias y sentidos, esta crucifixion entre el cielo y la tierra, esta vida de muerte, en Maria Santísima, más que en ninguna criatura y sobre todas las criaturas, constituye un dolor incomparable. Considerémos.

La soledad profética y figurada de Maria principia en el momento en que nosotros percibimos á la Señora existiendo en los designios del Omnipotente, y dura toda su vida. La soledad real y positiva de la Virgen, esa soledad de que por sí misma nos dá cuenta en esta noche, dura sólo treinta y seis horas que, clasificadas segun lo que es y las causas que la determinan, bien puede equipararse á una eternidad de sufrimiento. Treinta y seis horas que la descarnada mano del tiempo marca con una rapidez imperceptible, pero que la intensidad y la vehemencia del dolor hacen de una duracion espantosa. Treinta y seis horas de soledad que nosotros no podemos meditar instante por instante, porque la consideracion de los misterios, de las perfecciones y de los privilegios de Maria Santísima nos llevaria á la enajenacion de la mente y al arrobamiento del espíritu: el estudio detenido, sensible, efectivo, como debe ser, de su soledad, de seguro nos conduciria á

la muerte. ¡Y muerte dichosa la que alcanzáramos acompañando en su soledad á Maria Santísima!

Tres momentos decisivos, verdaderamente solemnes, tiene para mí la soledad de la Virgen: soledad de *desamparo*, soledad de *sacrificio*, soledad de *recuerdos y temores*. Soledad que principia en el *sepulcro*... y hiere el oído de una Madre, cuando, con sonido que extremece, la lápida del sepulcro oculta á sus ojos el cadáver de su Hijo. Soledad que continúa en el Calvario y hiere sus ojos en la contemplación de una Cruz, sola, ensangrentada, trofeo único que ha respetado y temido el infierno, como testimonio de la inmolación del mejor amigo de los hombres. Soledad que se termina en la casa de San Juan y hiere de muerte la vida toda de una Esposa que es nuestra vida, con la memoria de un Esposo que es caridad por excelencia, amor que no concluye nunca y que abrasa sobre toda ponderación. Vamos por partes.

Apoyada está la Virgen en la tumba del adorado Nazareno, como la yedra descansa en el álamo que la sostiene; con la diferencia de que la yedra se apoya en el árbol para vivir y Maria se apoya en el sepulcro para padecer. La yedra se apoya para subir, y la Virgen modelo se apoya para que su sentimiento, que procede de una causa á la vez natural y sobrenatural, se eleve á una esfera sobrenatural. Bien quisiera la Inmaculada Maestra de los que sufren abrazarse con aquella tumba, como se habia abrazado con el destrozado y Santísimo Cuerpo que en ella reposa; pero se detiene, porque á la impresión del frío mármol retiembla su corazón. Bien querría desenterrar aquellos restos, embeleso de una Mujer que ama sobre toda mujer, y una Madre que padece sobre toda madre; pero como lo que habia perdido era un Sér infinitamente superior á todo lo criado, no es Maria quien puede retener á Jesús: es Jesús quien arrebató consigo á Maria. No es la Madre la que puede sacar ya al Hijo de aquella roca insensible, pero envidiable; es el Hijo quien sepulta viva á la Madre en el santuario de su costado. Desearia quedarse allí, y despues de haber sufrido cuanto la Providencia dispusiera, y solo para nosotros, morir sobre los despojos sacrilegamente maltratados del que tomó carne en sus entrañas; pero en la Virgen todo es heroico. Y si es cierto que no hay dolor que iguale á su dolor, es evidente que no hay heroismo que iguale á su heroismo: tiene que dejar á Jesus, porque ha de ir en busca de los hombres; ha de dejar aquel Hijo por salir al encuentro de otros hijos que ni la ven, ni la oyen, ni la buscan, ni la siguen, ni la acompañan; tiene que despertarles de su letargo, diciéndoles: *Ego enim derelicta sum sola*: mirad,

hijos de Maria, que vuestra Madre está sola y abandonará el sepulcro, porque en él hay soledad, pero no consumada soledad; hay sufrimientos, pero no consumados sufrimientos; hay sacrificios, pero no consumados sacrificios. Un esfuerzo más, ¡Madre y Señora mia! y alejaos de ese enlutado monumento; un esfuerzo más, y volveos á descansar, para padecer de nuevo en la ciudad de Jerusalem. Os lo suplica, por Jesús, el más indigno de vuestros predicadores y el más miserable de vuestros hijos.

Nuestras necesidades lo exigen, la Providencia lo decreta, y Maria Santísima inclina la frente en señal de conformidad, como la inclina el tulipan cuando principia á marchitarse. La esclava del Señor renuncia al deseo de morir, porque la conservación de su vida nos es absolutamente necesaria. Determina dejar aquel monte de espinas donde queda sepultada la flor que ha brotado de su corazón, abandonando al Abel inocente para ir en pos de los Caines desnaturalizados; tiene que renunciar á las afecciones más legítimas y retirarse á llorar su soledad. Pero ¡ay católicos! que la retirada es un dolor más cruel que la permanencia; y por muy heroica, por muy generosa, por muy Santa que sea la Virgen, no por eso deja de ser muy sensible, más sensible que cuanto es capaz de sentimiento: quiere ausentarse, y se queda; quiere separarse, y se aproxima; principia á marchar, y vuelve de nuevo. Su corazón es el buque desarbolado y deshecho que fluctúa indeciso sobre las furiosas olas de la incertidumbre; y si el mar recibe el tributo que le pagan todos los rios del mundo, el alma de Maria es el océano donde van á depositar sus amarguras los caudalosos torrentes de dolores que no se pueden imaginar; y ni el africano Nilo con sus siete bocas, ni el Danubio europeo con sus amplias ramificaciones, ni el asiático Ganges con sus ricos afluentes, ni en América el rio de la Plata con su aneburoso cauce, ni nada puede asemejarse al desconsuelo de Maria al separarse del sepulcro; pero se separa... ¡Qué hermosos son tus pasos, Hija del Príncipe de las eternidades! ¡Benditos sean esos piés que descansan sobre el plateado disco de la luna! ¡Bendita sea esa cabeza que coronan las estrellas del firmamento, y benditas sean esas manos que derraman por donde quiera misericordia!

Un silencio extremeceador se ha proclamado rey del universo, y la oscuridad de la noche sirve de manto á una Mujer que, arhelante como el mismo amor, sube por entre riscos y breñas á colocarse en la plataforma del Calvario. Parece una gacela medrosa que huye de los ojeadores, ó más bien una cierva herida por el cazador que busca exhalar el último suspiro allí donde respiró el

primer aliento de la vida; y, sin embargo, ni es la una ni es la otra. Es, sí, la violeta escondida de Nazareth; es el nardo oloroso que repartía en Belen sus aromas celestiales; es la incorruptible palmera á quien acariciaron las brisas del Egipto; es la Reina de lo grande, de lo hermoso, de lo perfecto; la rosa más fragante y más pura que vieron los Angeles y los hombres, rodeada de las punzadoras espinas de la Pasion. Emperatriz de los mártires, consuelo de los angustiados, corazon albergue de todo corazon affido, Maria Santisima, que, habiendo soportado la soledad de *desamparo*, vuelve al monte de nuestra salud para realizar la soledad de *sacrificio*.

Madres de familia que me escuchais: si habeis pasado por la desgracia de perder uno de esos pedazos de vuestro corazon que se llaman hijos; si os habeis quedado sin el único que teniais, ó el que entre todos más amábais; si entrañables y afectuosas habeis agotado todos los recursos de solicitud y de cariño por prolongar una vida que se os escapaba de entre las manos; más todavia: si fuertes como la Macabea habeis tenido valor para verle expirar, acompañar su cadáver, coronar su sepulcro de siemprevivas, pronunciar un *¡adios!* que sólo sabe pronunciar una madre que pierde un hijo, y, por último, dejar aquella sepultura, decidme: ¿qué os ha sucedido cuando al volver á vuestra morada habeis encontrado el lecho dónde espiró, el vestido que se puso, la prenda que os dejó para memoria, ó lo que acaso fué indirectamente la causa de su muerte y de vuestro tormento? ¡Ah! ¿No me lo sabéis explicar? pues tampoco yo lo puedo comprender. El caso es que la Madre sobre todas las madres, la Madre de sentimientos más puros, más refinados y más verdaderos, sufre la soledad de sacrificio, porque ha tropezado con el ara de la redencion, con el altar de la expiacion, con el lecho ¡y qué lecho, Madre mia! dónde murió Jesus, y la presencia de aquel objeto es para su corazon mortalmente herido como un puñal que rasga de nuevo sus profundas heridas. «Maria, la pobre Maria, hablaba así San Bernardo, si no hace muchas horas estuvo al pié de la Cruz á ofrecer al Eterno Padre el sacrificio de su Hijo, ahora se encuentra al pié de la misma Cruz para ofrecer el sacrificio de sí misma, pero sola.»

Separémos la túnica de José de los ojos de Jacob; apartémos el cabello de Absalon de la presencia de David, pero dejemos un instante siquiera la Cruz en presencia de Maria, porque en esta hora y en esta soledad la Señora, por lo desamparada, presenta

la figura más interesante y más hermosa de todo el género humano. ¿Y qué es Maria Santisima, alegóricamente considerada, en pié, y abrazando y adorando aquel madero, esperanza ya de nuestra felicidad? Escuchadlo.

Hay en algunas de nuestras provincias un pajarito pequeño, pero tambien precioso: la oropéndola, llamado sin duda así por su color, que es de oro, y por la propiedad de tener su nido, y esto es lo que le hace notable, nó dentro ni sobre el follaje, sino suspendido de las ramas de un árbol. Símbolo peregrino de Maria conforme ahora la contemplamos, cuyo espíritu no puede limitarse á estar sólo en la Cruz, porque es de todo el mundo; y no puede faltar de la Cruz porque en ella está escrito con sangre que es su propia sangre, el doloroso catálogo de los sacrificios que ha consumado y de los que aún le falta que cosumar. Oropéndola Santisima, permitaseme dar este nombre á la Señora, Oropéndola Santisima, resignada como el que más y sola como ninguna; cuyo corazon tiene pendiente su nido del árbol que para ella produce tan amargos padecimientos, y para nosotros frutos de salvacion eterna. La solitaria como inocente Virgen cuya existencia depende ahora de la Cruz, cuyo amoroso martirio de más penetracion á su inteligencia, y que en aquel árbol todo lo vé, al cabo no vé nada, no vé más que lo que fué, lo que ya paso, y esto la hace más angustioso lo presente. Si mira al cielo, oscuridad; si mira á la tierra, orfandad; si á lo léjos, nada; si de cerca, mucho ménos; la Cruz en su presencia, el sacrificio á su vista, la soledad en su corazon. Séala permitido respirar con libertad, porque una criatura tan sola como la Virgen bien lo necesita. Dejémosla que mueva sus lábios y reprenda nuestra insensibilidad con aquel doloroso quejido que arranca del fondo de su alma. *Ambulate filii, ambulate, ego enim derelicta sum sola.* «Andad, hijos, andad, yo estoy sola.»

Embarga mi entendimiento y mi lengua la grandeza de Maria Santisima en el misterio de su soledad; y tan es así, que me veo necesitado á preguntar con Jeremías: «¿Á quién compararemos á esta hija de Jerusalem? ¿Á quién igualarém os á esta Virgen, hija de Sion?» Ni os admire tampoco si esta pregunta queda sin contestacion. Maria ni tiene igual, ni tiene semejante: no podemos compararla á Dios porque no es Dios, y porque Dios es impasible; no podemos compararla con las criaturas porque está tan sobre todas ellas, que casi se aproxima al mismo Dios. Maria, en su triplicada soledad, es sólo comparable á sí misma. Al través de lágrimas muy elocuentes que asoman á sus ojos, los dirige aquí y

allí como buscando con fatigoso interés una cosa que se la ha perdido. Vá á terminar la soledad de sacrificio con el sacrificio de separarse del sacrosanto madero. Y es en vano que espesas tinieblas la oculten el camino que trajo Jesus, el mismo que Ella vá á emprender; en vano que piadosos personajes traten de ocultarla la huella de su divina planta, vestigio sagrado de esta jornada del Salvador; en esta Mujer que ama, y en esta Madre que sufre, de más alcance que los del semblante, son todavía los ojos del corazón. Susurra el viento, y el zumbido de los árboles extremece á Maria; al resplandor pálido de una estrella, vé en el suelo una gota, no más que una gota, de la sangre del Cordero, y la suya se hiela en las venas; deja el Calvario, y al aproximarse á la ciudad, percibe las bacanales sacrilegas con que se celebra el deicidio, y Maria muere, pero sin dejar de vivir. Acelera el paso; penetra en la casa del Evangelista amado; busca y nó encuentra, escucha y no oye, mira en rededor y extiende los brazos como pidiendo de caridad descanso, pero no es eso: en ese movimiento sublime, la desamparada Señora lo que nos dice es que ha llegado el momento más horrible de su padecer, porque está en la soledad de temores y de recuerdos.

¡Con qué fuerza de verdad y de sentimiento el Espíritu Santo dirige á Maria aquellas penetrantes palabras: *Magna est velut mare contritio tua*. «Tu aflicción es grande como el mal (1).» Nosotros miramos al mar, y el mar no cabe dentro de nuestra mirada: le medimos, y no damos con su latitud ni con su profundidad; le estudiamos, y al fin no podemos comprender lo que es el mar. El mar es inmensurable, es incomprensible. La soledad de la Virgen en esta última página, que es su complemento, es inmensurable, es incomprensible: sólo la pueden medir y comprender Dios que la permite y la Señora que la sufre. *Recuerdos y temores*: agudísimos puñales, templados en el crisol de la voluntad divina, y que á esa ciudad, que lo es de refugio universal, la tienen desierta, sin moradores y sin solemnidades: cuchillos que á esa Señora de las gentes, á esa Reina de todo lo que existe, la han dejado como viuda, más que viuda, porque está sola: cuchillos que á la Princesa de las provincias, á la Soberana de las gerarquías angélicas, la han reducido á la humilde condicion de tributaria, porque Maria, en el último grado de su soledad, tributa á un Hombre-Dios

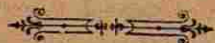
(1) Jerem. Thren., cap. II, v. 13.

muerto el homenaje de sentimiento, por la naturaleza humana, por la naturaleza angélica y por la naturaleza divina, si esta fuera capaz de sentimiento. *Recuerdos y temores*. Maria recuerda y teme: recuerda, creo yo, no tanto su Hijo, y la Pasion de su Hijo, y sus propios padecimientos, como otros hijos y otros padecimientos: teme, no tanto lo que falta de esta soledad, que es inexplicable, como otra soledad por que ha de pasar más sensible, más amarga, más insoportable: la primera es muy gloriosa; la segunda es injustificada, es innecesaria. Maria recuerda un pueblo y teme por otro pueblo: recuerda un pueblo á quien su ignorancia hizo infeliz, y teme por otro pueblo á quien su malicia hará acaso más desgraciado; recuerda un pueblo disperso, sobre cuya frente va, como signo de reprobacion, la sangre de Jesucristo; y teme por otro pueblo llamado, que despreciará la sangre que por él se ha vertido. Maria recuerda el pueblo judío, y teme por el pueblo cristiano. ¿Lo habéis comprendido ya? Nosotros, pueblo mio cristiano, preciso es decirlo con humilde franqueza, nosotros aplicamos á los labios inmaculados de la Virgen la última hez, la hez más amarga del suplicio de su soledad.

El desvío, la indiferencia, el resfriamiento en el cariño, la ingratitude, en fin, es lo que hace más desgarradora la situacion de una criatura que ha quedado sola, y sola por sacrificios de un amor inextinguible. Maria Santisima penetra en el abismo de sus perfecciones, en el abismo de sus virtudes, en el abismo de sus dolores; navega con una intrepidez como suya por el proceloso océano de su presente, de su pasado, de su provenir, y no halla más que soledad que la circunda, bien como la densísima y enlutada niebla que envuelve á toda la naturaleza. Está sola; y su soledad, que es continuacion de los misterios del Calvario, es también continuacion de las enseñanzas del Calvario: en su soledad enseña, y nosotros no queremos aprender. Al aceptar el vaso de mirra, al gustar su primera gota sobre el sepulcro de Jesucristo, sepulta su corazón, pero le sepulta sin destricciones, sin violencia, sin condiciones; para Maria, allí no hay cielo, ni tierra; ni sinsabores, ni placeres; ni vida, ni muerte: no hay otra cosa que conformidad, desprendimiento y resignacion. Aquí nuestro desvío; aquí nuestra indiferencia, y aquí nuestro egoismo; todo ménos sepultar nuestro corazón con Jesus; todo ménos dejar el mundo fuera del sepulcro con cuanto lo pertenece, para encerrarnos en aquella tumba; todo ménos acompañar á la Virgen y no hacer tan amarga su soledad.

Al buscar Maria de nuevo la Cruz, al renovar en su alma los

horrores del Gólgota, al consumir el sacrificio de sí misma, toda es voluntad, toda magnanimidad, toda fortaleza; cien hijos como Jesús hubiera acompañado al sacrificio por justificarnos que su cariño no disminuye. Y con este cariño se presenta en paralelo el resfriamiento de nuestro amor; cien Madres como María seremos nosotros capaces de dejar solas por no abandonar un sólo pensamiento, ni renunciar á uno sólo de nuestros apetitos, ni sacrificar una siquiera de nuestras pasiones. Al entrar la co-redentora del mundo, al retirarse desconsolada al ángulo más escondido de la casa de San Juan, como que para Ella ni hay ya Jesús, ni hay sepulcro, ni hay Calvario; no hay más que cristianos, y pecadores, y gracia, y virtudes, y mucha caridad. Por eso su soledad allí toma proporciones incalculables: es como aquellas tempestades del mar que principian con el sordo mugido de las olas, crecen y braman como las furias de los abismos y se levantan como montañas, llevando á su fondo las víctimas y la consternacion á las playas. Al frente, casi al lado mismo de esa misericordia con que nos brinda María Santísima, está nuestra ingratitud: cristianos en el nombre, pecadores en la realidad; muy necesitados de la gracia, pero muy despreciadores de la gracia; y cuanto con más misericordia nos llama la Virgen, parece que más nos apresuramos á volver las espaldas á la soledad de su corazón. ¿A dónde vamos á parar, católicos hermanos míos? Cada lágrima de sus ojos es un nuevo afecto; cada suspiro de sus labios brota una nueva virtud; cada latido de su pecho revela un nuevo sacrificio; y si con un solo pecado renovamos la Pasión de Jesús, con ese solo pecado renovamos también la soledad de María; si Jesús ha muerto por todos y por cada uno de nosotros, María está sola por todos y por cada uno de nosotros. Cuando dice: *Ego enim derelicta sum sola.* «¡Estoy sola!» nos lo dice á los cristianos. ¿Y nos desviarémos? ¿Lo escucharemos con indiferencia? ¿Nos entibiarémos en amarla, ó herirémos de muerte con el cuchillo de la ingratitud á la que es el aliento y la respiración de nuestra vida...? Recojámos; meditémoslo bien y acompañemos á María Santísima, porque en ello nos vá nada ménos que la felicidad en este mundo, y despues la salvación y una corona de inmortalidad en las moradas de la gloria. Así sea.



DISCURSO XV.

Humildad de María Santísima.

*Quia respexit humilitatem ancilla
sua, ecce enim ex hoc beatam me dicent
omnes generationes.*

Porque vió la humildad de su esclava, por eso me llamarán bienaventurada todas las generaciones.

(S. Lúe., I, 48.)

Qui se exaltat, humiliabitur.

El que se ensalza, será humillado.

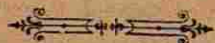
(S. Lúe., XIV, 11.)

QUÉDESE en hora buena, pueblo cristiano, para los superiores talentos que en alas de su saber se remontan hasta la region de los astros, el describir las grandezas de esos dos resplandecientes luminares, delicia y vida del mundo en el día y en la noche. Yo me dirijo á lo pequeño, impelido sólo por la admiración que producen las obras de Dios; fijo mi consideración en la estrella más diminuta y escondida, seguro de encontrar en ella un abismo de maravillas del Omnipotente.

Quédese para imaginaciones ardientes cantar, describir y analizar los empinados cedros y los frondosos álamos que levantan sus copas hasta las nubes, que dan sombra á poblaciones enteras, y que figuran en el gran libro de la naturaleza como una página de incomprensibles maravillas. Yo me detengo con placer delante de un pequeño arbusto que silencioso y retirado vive, sin que por eso publique ménos la gloria y la sabiduría del Supremo Hacedor.

Resérvense los poetas, absortos siempre en sus bellísimas concepciones, el derecho de cantar los matices y los aromas, la constitución y la galanura, la reproducción y los encantos de la reina de las flores, de la rosa de Alejandría, ó de la azucena plantada

horrores del Gólgota, al consumir el sacrificio de sí misma, toda es voluntad, toda magnanimidad, toda fortaleza; cien hijos como Jesús hubiera acompañado al sacrificio por justificarnos que su cariño no disminuye. Y con este cariño se presenta en paralelo el resfriamiento de nuestro amor; cien Madres como María seremos nosotros capaces de dejar solas por no abandonar un sólo pensamiento, ni renunciar á uno sólo de nuestros apetitos, ni sacrificar una siquiera de nuestras pasiones. Al entrar la co-redentora del mundo, al retirarse desconsolada al ángulo más escondido de la casa de San Juan, como que para Ella ni hay ya Jesús, ni hay sepulcro, ni hay Calvario; no hay más que cristianos, y pecadores, y gracia, y virtudes, y mucha caridad. Por eso su soledad allí toma proporciones incalculables: es como aquellas tempestades del mar que principian con el sordo mugido de las olas, crecen y braman como las furias de los abismos y se levantan como montañas, llevando á su fondo las víctimas y la consternacion á las playas. Al frente, casi al lado mismo de esa misericordia con que nos brinda María Santísima, está nuestra ingratitud: cristianos en el nombre, pecadores en la realidad; muy necesitados de la gracia, pero muy despreciadores de la gracia; y cuanto con más misericordia nos llama la Virgen, parece que más nos apresuramos á volver las espaldas á la soledad de su corazón. ¿A dónde vamos á parar, católicos hermanos míos? Cada lágrima de sus ojos es un nuevo afecto; cada suspiro de sus labios brota una nueva virtud; cada latido de su pecho revela un nuevo sacrificio; y si con un solo pecado renovamos la Pasión de Jesús, con ese solo pecado renovamos también la soledad de María; si Jesús ha muerto por todos y por cada uno de nosotros, María está sola por todos y por cada uno de nosotros. Cuando dice: *Ego enim derelicta sum sola.* «¡Estoy sola!» nos lo dice á los cristianos. ¿Y nos desviarémos? ¿Lo escucharemos con indiferencia? ¿Nos entibiarémos en amarla, ó herirémos de muerte con el cuchillo de la ingratitud á la que es el aliento y la respiración de nuestra vida...? Recojámos; meditémoslo bien y acompañemos á María Santísima, porque en ello nos vá nada ménos que la felicidad en este mundo, y despues la salvación y una corona de inmortalidad en las moradas de la gloria. Así sea.



DISCURSO XV.

Humildad de María Santísima.

*Quia respexit humilitatem ancilla
sua, ecce enim ex hoc beatam me dicent
omnes generationes.*

Porque vió la humildad de su esclava, por eso me llamarán bienaventurada todas las generaciones.

(S. Lúe., I, 48.)

Qui se exaltat, humiliabitur.

El que se ensalza, será humillado.

(S. Lúe., XIV, 11.)

QUÉDESE en hora buena, pueblo cristiano, para los superiores talentos que en alas de su saber se remontan hasta la region de los astros, el describir las grandezas de esos dos resplandecientes luminares, delicia y vida del mundo en el día y en la noche. Yo me dirijo á lo pequeño, impelido sólo por la admiración que producen las obras de Dios; fijo mi consideración en la estrella más diminuta y escondida, seguro de encontrar en ella un abismo de maravillas del Omnipotente.

Quédese para imaginaciones ardientes cantar, describir y analizar los empinados cedros y los frondosos álamos que levantan sus copas hasta las nubes, que dan sombra á poblaciones enteras, y que figuran en el gran libro de la naturaleza como una página de incomprensibles maravillas. Yo me detengo con placer delante de un pequeño arbusto que silencioso y retirado vive, sin que por eso publique ménos la gloria y la sabiduría del Supremo Hacedor.

Resérvense los poetas, absortos siempre en sus bellisimas concepciones, el derecho de cantar los matices y los aromas, la constitución y la galanura, la reproducción y los encantos de la reina de las flores, de la rosa de Alejandría, ó de la azucena plantada

junto las corrientes de las aguas. Yo no quiero más poesía que la incalculable que arroja de sí una modesta violeta, tranquila flor que no necesita ser vista para saberse que existe, y que embarga el corazón y la mente cuando consideramos que una cosa tan pequeña produce unos efectos tan grandes.

Estudien unos la extensión, la profundidad, la longitud, los movimientos y las alteraciones imponentes de los mares, el curso de los ríos, el origen de las fuentes...; á mi me basta para bendecir á Dios contemplar una gota de agua. Vuelen estos en seguimiento del águila; yo tengo bastante con una solitaria tórtola: canten aquellos á los héroes, á los grandes, á los conquistadores del mundo; á mi me satisface la aparente pequeñez de los que viajan para el cielo.

Desháganse, finalmente, espíritus y corazones perfectos en la publicación y la alabanza de todas las más sublimes virtudes, y esto es más positivo; yo me contento por hoy con poder decir algo, con merecer explicar alguna cosa de una virtud que hasta en el nombre aparece la más pequeña, siempre escondida y encorvada por sí, pero siempre manifiesta y exaltada por la voluntad de Dios. Hija del cielo, amante esclava del divino amor, fundamento de la santidad y bendición de todas las generaciones: *Ex hoc beatam me dicent omnes generationes*. La virtud de la humildad. Sí: me propongo hablaros de esta virtud; pero, para que redunde en honra y gloria de Dios y de María Santísima, os presentaré el pensamiento de mi discurso de la presente manera:

María Santísima, verdaderamente humilde, por eso ensalzada: nosotros, hablando en tésis general, falsamente humildes, y por eso humillados.

Ave Maria.

El que quiera saber qué es humildad, propóngase resolver el gran problema de la antigua filosofía, que comprende todos los demás problemas relativos á la grandeza del hombre y á la dignidad humana. *Noce teipsum*. Conócete á tí mismo. Y encontrará sábios, encontrará filósofos, encontrará héroes de todas clases y condiciones, pero no encontrará seres efectivamente grandes, porque no los hubo verdaderamente humildes. Pero sobre las ruinas y los escombros de las miserias humanas empieza el Cristianismo á pasear el carro de sus victorias, y á difundir por todas partes la civilización y la verdad; y en el cuarto siglo de nuestra era, un hombre colosal, un sér degradado la mitad de su vida por

la falta de conocimiento de sí mismo, San Agustín, rasgada la venda que oscurecía su inteligencia, queriendo clasificarse y analizar en sí á toda la especie humana, exclamó desfallecido: *Noverim te, noverim me*. Conociérate á tí y conoceráme á mí. Y haciendo un esfuerzo superior para mirar atrevido la majestad, la grandeza y la infinidad de Dios, confiesa su nada y lanza un grito de humildad que le hace de una magnitud incomparable, *Noverim me, noverim te*; pero conociérame yo, Dios mio, y te conceerá á tí. Sentencia sublime que, bien meditada, parece que anuncia cuanto puede anunciarse de la virtud de la humildad, pensamiento dignísimo de la humildad de espíritu y de la riqueza de entendimiento del gran San Agustín.

Apartémonos, sin embargo, de filósofos y de Santos que nos explican que la humildad es el conocimiento de sí mismo, y contraigámonos á la Sabiduría increada, al impecable por esencia, al Santo por excelencia, á Jesucristo que viene á regenerar el mundo. *Formam servi accipiens*. Tomando la forma de siervo. Que viene á salvar á los hombres. *In similitudinem hominum factus*. Con toda la semejanza de los hombres. Y que viene á deificar al hombre. *Et habitu inventus ut homo*. Revistiéndose de nuestra carne y de nuestra humana naturaleza. El que quiera saber qué es humildad, que oiga á Jesucristo, que mire á Jesucristo, que siga á Jesucristo; pero tenga entendido que para seguirle se necesita: *Abneget semetipsum*. Negarse á sí mismo, conocerse á sí mismo, despreciarse á sí mismo, ser humilde, y nada más. Jesucristo predica y practica la humildad como puerta del cielo y base de una santificación no fingida; la predica y la practica como una virtud posible de practicarse por el hombre, y al hacerlo acompaña la amenaza de los castigos que caerán sobre el soberbio. *Qui se exaltat, humiliabitur*. Y expresa los premios que descenderán sobre el humilde. *Qui se humiliat, exaltabitur*. Comprende nuestro corazón, que ha salido de sus manos, mejor que nosotros mismos: sabe la repugnancia de nuestro entendimiento y la obstinación de nuestra voluntad á mortificar el orgullo; y abriendo las entrañas de su misericordia, nos dice con los acentos del divino amor: *Discite á me quia mitis sum et humilis corde*. Y pone delante de nuestros ojos los óptimos resultados de este dichoso aprendizaje. *Et invenietis requiem animabus vestris*. Descansarán vuestras almas en el seno de una perpétua paz.

¡Jesucristo! ¡Y quién somos nosotros, me diréis, para creernos capaces de imitar en sus humillaciones á Jesucristo! Jesucristo, que si bien es hombre, permanece inseparablemente unido con la

divinidad de Dios, y en quién en vez de abatida y anonadada la naturaleza divina, se encuentra engrandecida y como divinizada la naturaleza humana. Necesitamos un modelo secundario, un sér intermedio, colocado entre el Salvador y los hombres, y que nos presente el modelo de humildad en una pura criatura. ¿Sí? pues ahí tenéis á Maria Santísima, siempre humilde, humilde como ninguno, criatura verdaderamente humilde y por eso ensalzada; pero no anticipemos ideas.

Sabemos, estamos íntimamente convencidos de que el reino de los cielos no es para los soberbios; de que necesitamos ser humildes; pero todavía no sabemos qué es humildad. Pues estudiemos. El Espíritu Santo nos indica en el sagrado libro de los *Cantares* un *huerto cerrado*: el Espíritu divino no nos dice qué es lo que hay dentro de este huerto; pero se supone que será lo más delicado, lo más suave, lo más sazonado de frutos, que ni la lengua puede explicar ni el entendimiento comprender. Nos dice solamente que está cerrado; pero nó nos explica si el muro que lo rodea es de pórfido, de jaspe ó de mármol, ni si la puerta es de bronce, de plata ó de oro, y nosotros debemos suponer que está modestamente cerrado. Pues aquella cerca es la humildad: los frutos que no se ven son todos los que produce la verdadera humildad; lo que en el huerto se encierra es un alma invencible colocada tras de toscas apariencias, y de la que, por su humildad, el demonio mismo tiene que defenderse.

Jesucristo, por San Mateo, nos habla de una *preciosa margarita*, para comprar la cual un negociante en piedras de valor vende todos los bienes que poseía. Aquella margarita es la humildad: y el negociante es el hombre que, encontrándola se despoja de cuanto formaba la riqueza de su corazón; porque en esta virtud lo tiene todo. El mismo Salvador nos habla de un *grano de mostaza* que, siendo pequeñísimo entre todas las simientes, crece hasta hacerse un árbol frondoso y corpulento á cuya sombra anidan todas las aves del cielo: este grano de mostaza, esta simiente, cristianos, es la encantadora y santísima virtud de la humildad. Ella, á semejanza de los majestuosos cedros del Líbano, sólo se cuida de crecer hácia abajo, es decir, de profundizar sus raíces, escondidas en el corazón de la tierra, quedando á los cielos el cuidado de su nutrición y crecimiento exterior; procura crecer de día en día en grados de abatimiento y menosprecio, y Dios la eleva tanto, la ensalza tanto, la engrandece tanto, que llega á ser la pacífica morada donde anidan las demás virtudes, que son, dicho con toda propiedad, las aves de los cielos.

Pues bien: contemplemos á Maria, y en las deferencias con que el Altísimo la trata, y en su santidad, y en sus destinos, alcanzaremos á ver que Ella es la realidad de estas parábolas; que Ella es, á no dudarlo, la personificación de la humildad. Huerto cerrado, católicos, velado siempre por las apariencias de un profundo abatimiento, esperada del mundo, pero desconocida y voluntariamente casi invisible é impenetrable á los asaltos del espíritu de la soberbia. Por eso dentro de ese corazón perfectamente vírgen, dentro de esa alma más que angelical é inmaculada, en el interior de ese huerto que se ha preparado la Individua y Santísima Trinidad, germina, nace y crece el fruto á quien el cielo y la tierra llaman *bendito*, y á quién el cielo y la tierra denominan *Jesus*. Maria, la misericordiosísima Maria, es la escogida y apreciable margarita del Evangelio: un negociante en perlas, como si dijéramos el Omnipotente que anda siempre en busca de seres humildes para ensalzarlos, busca á Maria desde la eternidad, y desde la eternidad la encuentra como la desea para la realización de incomprendibles misterios y para la adjudicación de magníficos destinos que sólo podían concederse al alma que por más humilde fuese la más digna entre todos los escogidos. Yo te saludo, margarita preciosísima á quien el Señor engrandece por humilde, elevándote hasta la maternidad divina, y á quien por Madre de Dios y por humilde llaman Bienaventurada todas las generaciones. *Ex hoc beatam me dicent omnes generationes*.

El grano de mostaza es Maria: contempladla si no, en el seno de Dios, formándose, creciendo, dilatándose por humilde á los ojos de la divina esencia: contempladla depositada en el universo por la mano del celestial Sembrador, delicada semilla que se nutre de la humildad, que vegeta en la humildad, que en la humildad se desarrolla, y que sólo es conocida cuando, árbol de colosales dimensiones, hace sombra con su follaje á la desconsolada humanidad, y sirve de asilo á todas las virtudes y de manto á todos los Santos del cielo. *Regina Sanctorum omnium*. Sí, cristianos; Maria es una criatura verdaderamente humilde (1). «Ella es humilde en el alma, y por eso inmaculada, humilde en el cuerpo, por eso hermosísima sobre todas las mujeres; humilde en las potencias,

(1) Los hermosísimos conceptos siguientes no son míos; son tomados de un panegirista de la Vírgen, y he olvidado completamente la obra de que los tomé; por eso no puedo citarla. Conste, pues, que no es un plagio; y que lo que se lee hasta la conclusión del párrafo, es de un amante de Maria que puede y sabe más que yo.

por eso revestida del sol; humilde en los sentidos, por eso coronada de estrellas; humilde en sus piés, por eso quebranta la cabeza de Satanás; humilde en sus manos, por eso compone y ordena las maravillas de la creacion; humilde en sus pensamientos, por eso habita en los consejos eternos; humilde en sus palabras, por eso sale de la boca del Altísimo; humilde en sus obras, por eso elegida cooperadora á la redencion del género humano; Maria, humilde en la pobreza, por eso más que ninguna enriquecida de celestiales riquezas; humilde en la prosperidad, por eso Reina de la tierra; humilde en la adversidad, por eso Emperatriz de los cielos; humilde en el tiempo, por eso Madre de los hombres; humilde en la eternidad, y por eso Madre de Dios.»

La humildad incontrastable de Maria Santísima ni aún se empaña con la ciencia que tiene de Dios, como Madre de Dios y Señora de todo lo criado; ni con la comprension de la inagotable gracia que habia recibido; ni con el conocimiento de las maravillas que en Ella y por Ella se obraban; ni con ser depositaria de todos los tesoros del Sér Supremo que estaban á su disposicion. Ni con ser Madre, ni con ser inocente, ni con ser poderosa, ni por sus propios milagros, ni por los de su Santísimo Hijo, ni por nada, se altera la humildad de Maria Santísima; por eso su bendita alma ni se extremece siquiera cuando dentro de sus entrañas obra el Espíritu Santo el milagro de los milagros, el gran milagro de todos los siglos, el misterio adorable de la Encarnacion. Cuando un Angel la saluda como á su Reina, Ella se confiesa como la sierva. *Ancilla.* Y el *fiat* de la mayor bajeza y del mayor abatimiento, dice San Bernardo, se convierte en el *fiat* de la mayor gloria que puede imaginarse.

Resultado: que Maria es verdaderamente humilde, y el Señor se detiene y se recrea contemplando su humildad. *Rexpexit humilitatem.* Que Maria es verdaderamente humilde, y el Omnipotente la hace blanco de todas sus grandezas. *Fecit mihi magna qui potens est.* Maria Santísima es verdaderamente humilde, y por eso verdaderamente engrandecida, y aclamada y bendecida por todas las generaciones. *Beatam me dicent omnes generationes.* ¿Y nosotros? Nosotros falsamente humildes, y por eso humillados. Veamos.

Nosotros, falsamente humildes, que es decir verdaderamente soberbios. ¿Y qué es la soberbia? Un apostólico misionero de nuestra época exactísimamente la define, diciendo que es «una en-

fermedad del alma por la que el hombre se hincha y no cabe en sí mismo.» Y ciertamente, cristianos; la soberbia principia en el mundo apénas el hombre aparece sobre la tierra. Ninguna de las maravillas de la creacion se ensoberbece ni se rebela contra su Criador; ántes, aunque insensibles, confiesan que han salido de la nada, y, segun el Profeta, los cielos pregonan la gloria de Dios, y el firmamento publica ser obra de sus manos. *Coeli enarrant gloriam Dei* (1). Sólo la criatura racional, sólo el hombre, solamente nosotros que tenemos más y mayores motivos para humillarnos, levantamos el estandarte de una rebelion permanente contra Dios.

Que los Angeles, que como puros espíritus eran un conjunto de dónes y de bellezas se sublevaran, pase; pero que el hombre, estiércol en lo pasado, miseria en el presente é infeccion en el porvenir se levante contra el que le ha puesto en la tierra para merecer el cielo, esto es incomprendible. Porque, en realidad, ¿qué es el hombre? ¿Qué hay en el hombre que pueda excitar su orgullo y vanidad? El hombre es un conjunto de cuerpo y alma racional: y la Trinidad Santísima, al decir hagamos al hombre, *faciamus hominem*, no echó mano para formar este cuerpo del oro ni de la plata, de los metales ni de las piedras preciosas, sinó del lodo, es decir, de lo más inmundo y de lo más repugnante que hay en la nada de la naturaleza. El alma es criada á imágen y semejanza de Dios, poco inferior á los Angeles y superior á todas las obras de sus manos; pero mirad al alma en la morada del leproso; es decir, miradla en el cuerpo del prevaricador Adan, de todos sus descendientes, de nosotros mismos, y encontraremos ¡ay señores! un foco siempre viviente de soberbia y un tejido infinito de humillaciones.

Peca Adan, y, despojado de lo sobrenatural, es arrojado del Paraiso y condenado á lamentable destierro; pecamos en él nosotros, el cáncer de su alma se trasmite á la nuestra, y esta es la primera y la mayor humillacion que sufrimos, y nos sigue á todas partes la desolacion, la maldicion y la muerte. Se ensoberbece Adan, y con él nosotros, y una lucha continua del mal contra el bien, del error contra la verdad, nos tiene en un completo desorden: todos comemos de la fruta prohibida; todos nos sentimos heridos de la víbora de la soberbia, y todos nos reconocemos humillados. La soberbia es el pecado que más aborrece Dios y que más estragos

(1) David: Salm. 18, v. 1.

causa en el mundo; la soberbia es aquella zizafia que en medio del buen trigo sembró el enemigo del padre de familia; es la semilla de todos los pecados; quítame del mundo la soberbia, y me atrevo á asegurar que desaparece todo pecado. Pero dejadme el demonio de la soberbia con sus invenciones y sus astucias, y no esperéis más que la humillacion más dolorosa por todas partes.

Apartémonos del ejemplo tristísimo de nuestros primeros padres, y fijémonos en su descendencia. La soberbia de Cain es humillada con una maldicion que le sigue por todas partes; la soberbia de un Aman es castigada con la humillacion de un patíbulo; la soberbia de un Salomen, con la humillacion de una idolatría abominable; la soberbia de un Baltasar y de un Holofernes, con la humillacion de una muerte desastrosa; la soberbia de un Herodes, con la humillacion de los gusanos que devoran sus entrañas, y la soberbia de un Judas, con la desesperacion y la impenitencia final.

Esos son casos particulares y aislados, me argumentarán algunos espíritus fuertes y despreocupados pensadores. ¿Si? pues vamos á los hechos generales, á los castigos visibles de la soberbia de las sociedades. Nó porque Dios sea muy misericordioso puede dejar de ser infinitamente justo, y su justicia resplandece siempre en el castigo de la soberbia. La de las primeras generaciones es humillada con el diluvio: la soberbia de la Pentápolis con un incendio voraz que reduce á cenizas moradas y moradores: la soberbia de los ejércitos de Faraon, con su sepultura en el mar Rojo: la soberbia deicida del pueblo judío con la destruccion de su templo, de su sacerdocio, de sus ritos y ceremonias, con la proscripcion continua y con el anatema indeleble de la sangre del Justo que lleva siempre estampado sobre su frente.

Y vosotras, modernas sociedades, y tú, mundo de hoy, que corres á pasos agigantados por lo que locamente llamas camino de la civilizacion, de la restauracion y del progreso, y que en realidad no es otra cosa que el desarrollo de una soberbia desvergonzada, detente, contempla un momento la verdad, y te convencerás de que todo es orgullo, y de que todo es humillaciones. *Vanitas vanitatum, et omnia vanitas* (1). Vosotros, pretendidos sabios del dia, que hasta al mismo Dios queréis someter á vuestra razon descaminada, deteneos en vuestra senda de perdicion y escuchadme: ¿decís que las revoluciones son una necesidad para

(1) Eccles., cap. 1, v. 2.

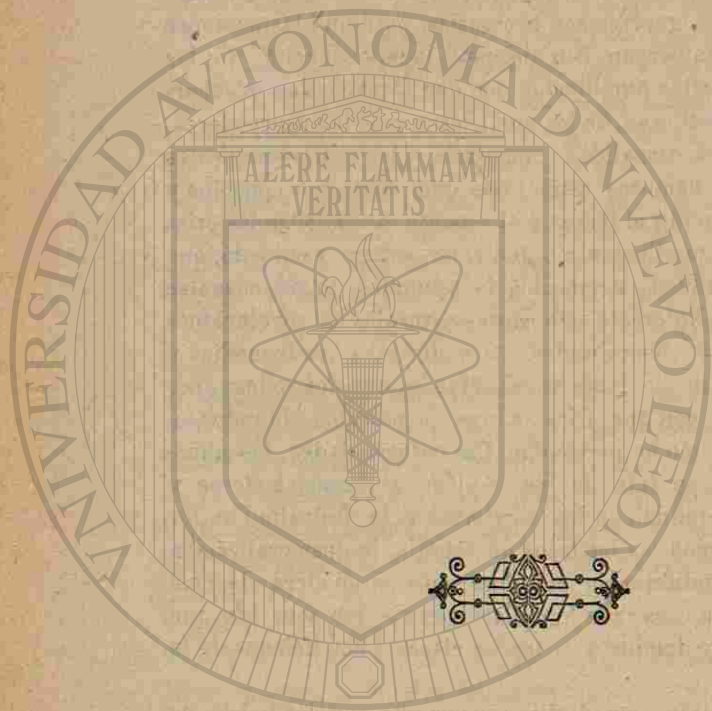
que las sociedades se constituyan con arreglo al espíritu del siglo? Nó; las revoluciones son el castigo de la soberbia de los que, debiendo ser custodios de la autoridad que de los cielos recibieron, ni la ejercen ni la defienden como debieran; y de los que, defensores de la anarquía, se sublevan constantemente contra toda autoridad. ¿Decís que las guerras son necesarias para que las naciones se unifiquen y establezcan con absoluta independencia? Nó; las guerras son la terrible humillacion con que Dios castiga la soberbia de los conquistadores, de los ambiciosos y de los usurpadores. No atribuyais á la casualidad, como soléis hacerlo, esas pestes formidables, esas hambres espantosas que destruyen pueblos y provincias, y siembran el terror y el espanto entre todas las criaturas: nó; son la humillacion con que Dios castiga (y cuidado, que Dios no es la casualidad) la soberbia de los impíos, de los sensuales y de los usureros. No creais sólo causas naturales las revoluciones de la atmósfera, las tempestades, los naufragios, los incendios y toda esa multitud incalculable de calamidades que nos rodean: nó; son humillaciones con que Dios castiga la soberbia de todos en general y de cada uno en particular. Las enfermedades, las muertes repentinas, la pérdida de los empleos, riquezas, honores y dignidades; la infidelidad en los matrimonios, la deslealtad en los amigos, la corrupcion en los hijos de familia, la desmoralizacion que cunde y la indiferencia religiosa que se apodera de casi todos, no son otra cosa que humillaciones de esa soberbia que corroe, gangrena y domina á todas las clases y condiciones de la sociedad.

No faltan humildes, me diréis: ciertamente que los habrá, os contestaré; pero en cambio sobran orgullosos escribas é hipócritas fariseos: no falta humildad en los labios, pero sobra soberbia en el corazon: tenemos que confesarlo llevando la mano á nuestro pecho: «somos falsamente humildes, somos ostensiblemente soberbios, y por eso nos vemos verdaderamente humillados.» *Qui se exaltat, humiliabitur.*

Pero aún es tiempo: aprovechémonos de la humildad ejemplarísima de Maria, y procuremos imitarla: tengamos presente que el Espíritu Santo ha escrito: *Deus superbis resistit, humilibus autem dat gratiam.* Dios rechaza á los soberbios y comunica sus gracias á los humildes (1). Seámosle en toda nuestra vida y en todas las circunstancias que nos rodean, para que llevando la cruz

(1) 1.ª S., Pet., v. 5.

de las humillaciones y buscando siempre la humildad en seguimiento de Jesús y de María, tengamos la dicha de ir á ser engrandecidos y laureados de inmortalidad en las moradas de la gloria.



DISCURSO XVI.

Fe, con relacion á María Santísima.

Beata, qua credidisti: quoniam perficientur quae dicta sunt tibi á Domino.
Bienaventurada tú, la que creiste: porque en tí se consumará cuanto te ha prometido el Señor.

(S. Lúe., 1, 45.)

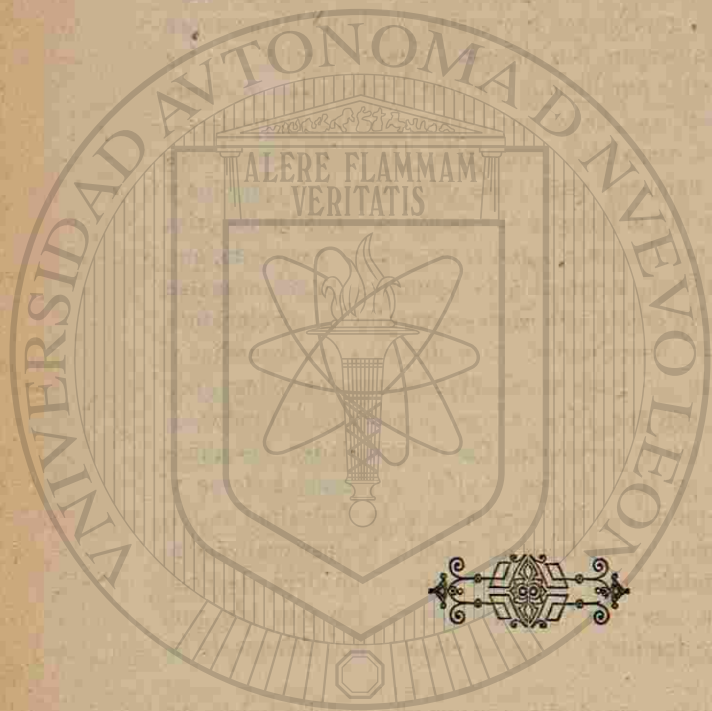
Qui crediderit et baptizatus fuerit, salvus erit; qui veró non crediderit, condemnabitur.

El que creyere y fuere bautizado, se salvará; pero el que no creyere, se condenará.

(S. Márc., cap. xvi, 16.)

MUCHO me agrada, católicos, contar casi con toda seguridad con un auditorio de creyentes; pero no me desagradaría dirigirme á una reunion de esos seres desgraciados que de todo dudan, todo lo rechazan y todo lo niegan. Quisiera que me escucharan en esta tarde esas criaturas desgraciadas que arrojan de sí toda verdad fundamental de nuestra Religion, por la futilísima pero para ellos poderosa razon de que no las comprenden: ó esas otras más desgraciadas, más miserables aun que aparentan nó creer, pero sólo con la infernal idea de no obedecer otra ley que sus pasiones ni seguir otro camino que los desacertados impulsos de su corazon. Á unos y á otros hablaría con el lenguaje hermosísimo de la misericordia divina, procurando convencerles y consolarles: á unos y á otros, prescindiendo, mediante Dios, del terrorismo de que hecha mano el que habla de su propia cosecha, obligaría á que, con la llave del amor de Dios, abriesen siquiera una vez el libro de su conciencia y registrasen y vieses cuál era

de las humillaciones y buscando siempre la humildad en seguimiento de Jesús y de María, tengamos la dicha de ir á ser engrandecidos y laureados de inmortalidad en las moradas de la gloria.



DISCURSO XVI.

Fe, con relacion á Maria Santísima.

Beata, qua credidisti: quoniam perficientur quae dicta sunt tibi á Domino.
Bienaventurada tú, la que creiste: porque en tí se consumará cuanto te ha prometido el Señor.

(S. Lúe., 1, 45.)

Qui crediderit et baptizatus fuerit, salvus erit; qui veró non crediderit, condemnabitur.

El que creyere y fuere bautizado, se salvará; pero el que no creyere, se condenará.

(S. Márc., cap. xvi, 16.)

MUCHO me agrada, católicos, contar casi con toda seguridad con un auditorio de creyentes; pero no me desagradaría dirigirme á una reunion de esos seres desgraciados que de todo dudan, todo lo rechazan y todo lo niegan. Quisiera que me escucharan en esta tarde esas criaturas desgraciadas que arrojan de sí toda verdad fundamental de nuestra Religion, por la futilísima pero para ellos poderosa razon de que no las comprenden: ó esas otras más desgraciadas, más miserables aun que aparentan nó creer, pero sólo con la infernal idea de no obedecer otra ley que sus pasiones ni seguir otro camino que los desacertados impulsos de su corazon. Á unos y á otros hablaría con el lenguaje hermosísimo de la misericordia divina, procurando convencerles y consolarles: á unos y á otros, prescindiendo, mediante Dios, del terrorismo de que hecha mano el que habla de su propia cosecha, obligaría á que, con la llave del amor de Dios, abriesen siquiera una vez el libro de su conciencia y registrasen y vieses cuál era

el estado de su alma. Pero ya que ellos no lo digan, vamos á contemplarlo nosotros. Quedamos por un solo momento sin la fe; lanzaos en el abismo tempestuoso de la incredulidad; negadlo todo, rechazadlo todo, y decidme despues: ¿Qué es nuestra alma? ¿Queréis saberlo? Pues yo os lo diré.

Un hombre sin fe es una tierra estéril y pantanosa que ningun fruto puede producir, y si alguno produce, será de desórdenes y de abominacion. Su memoria se presenta siempre en el estado que está la imaginacion, abrumada bajo las reminiscencias de un suelo fatídico ó de una sangrienta pesadilla: su entendimiento es una de esas noches tenebrosas donde no hay más que tinieblas, y donde, si se divisa alguna luz, es la del rayo, que destruye y vuelve á sepultarnos en la más aterradora oscuridad: su voluntad es nada, absolutamente nada; y si es algo, es solamente una máquina movida por la concupiscencia é inclinacion al mal que le empuja y arrastra hasta el abismo de su perdicion. En cuanto á los sentidos, el hombre es un autómeta, una figura que carece de todo movimiento: tiene, como dice el Profeta, ojos y no vé, oidos y no oye, piés y no anda, manos y no toca, lengua y lábios, y no puede hacer escuchar su voz. Y en cuanto al cuerpo, es anticipadamente en vida lo que luego es despues de la muerte; una sentina de hediondez, de corrupcion y de podredumbre: desgraciado, pero muy desgraciado en toda la extension de la palabra; desgraciado en el tiempo y más desgraciado en la eternidad.

Y recuerdo ahora, para comprobacion de esta verdad, que hace algunos años un incrédulo de moda me dirigia á mí la siguiente observancia: *Los creyentes son Vds. muy felices*. Aunque esto en sus lábios era un sarcasmo, decia bien: con esta reflexion ponía en relieve toda la infelicidad de los incrédulos y toda la dicha de los que creen; y sin quererlo daba testimonio fehaciente de la necesidad de nuestra fe. De la fe voy á hablar en el presente discurso; pero os hablaré de la fe con relacion á Maria Santísima y con relacion á nosotros mismos; os pintaré á la Virgen bienaventurada porque creyó, y nosotros, desgraciados, porque no creemos; en una palabra:

Maria Santísima es un modelo tan acabado de fe, que puede decirse que es un monumento de esta virtud: nosotros, tan débiles y tan imperfectos en la fe, que puede decirse somos la incredulidad.

La fe, cristianos, es creer lo que no vemos, y sólo por el testimonio del que habla; principio verdadero de la existencia moral del mundo y necesidad apremiante del individuo y de la sociedad.

Y tanto, que si arrancamos del mundo la fe, habremos quitado de él la legislacion, las ciencias, las artes, la historia, el órden, la tranquilidad, la honradez y todo, y habremos llevado el universo á su completa ruina y desquiciamiento. Por eso los trastornadores de oficio, esos satélites del demonio que tienen en connoccion á los imperios, se han valido y se valen del arma más poderosa para ello, que es arrancar de las almas la fe divina, la fe católica. Arrancada la fe católica, desaparece el sentimiento religioso, y con éste toda idea de nacionalidad y de grandeza, de virtud y de heroismo, y el altar se conmueve, los tronos se desploman, las tradiciones gloriosas son relegadas á la fábula, y los pueblos sin fe no son otra cosa que lo que es una paloma entre las garras de una hiena; sangre, desolacion y anarquía. La Europa de hoy habla demasiado alto para que yo tenga necesidad de esforzarme mucho.

La sociedad, el universo, el individuo, descansa y subsiste sobre la indestructible base de la fe humana. ¿Y dónde tiene su principio la fe humana? En la fe divina: en ese obsequio racional que, en lenguaje del Apóstol, nosotros ofrecemos ó debemos ofrecer á la majestad de Dios. *Rationabile obsequium vestrum*. Obsequio le llama San Pablo, y con razon, porque practicando esta virtud le tributamos el homenaje cumplido de nuestra alma, así como sin ella es imposible agradarle. Y si con la palabra *obsequio* damos á entender un acto agradable, con la palabra *racional* significamos la sumision, la adhesion íntima de nuestra razon y luces naturales á las verdades supremas que Dios ha revelado, y que la Iglesia explica cuándo, cómo y de la manera que nos conviene. Don divino que no tiene su principio en nosotros, sino en Dios, que le infunde en el corazon del hombre; virtud sobrenatural que, inclinándonos á abrazar verdades incomprensibles, pero innegables, hace que nuestras almas peregrinen por este valle de lágrimas con la misma tranquilidad que la majestuosa figura de Jesus marchaba sobre las agitadas olas del lago de Tiberiades. Pero ¿no hay más que la veneranda doctrina de los teólogos moralistas apoyada con el infalible testimonio de Jesucristo, de los Apóstoles y de la Iglesia, que pueda decirnos lo que es la fe divina? ¿No habrá en el basto campo de la Escritura Sagrada figuras ó símbolos ó proféticas sentencias que puedan anunciarnos esa virtud, que constituye la union de los que la practican y la unidad de la Religion que profesamos? Observemos.

La fe, señores, está anunciada en aquel arco misterioso, iris de variados colores, cuyos extremos, uniendo los cielos con la

tierra, indican la íntima alianza que con el amor y con la piedad establece el Criador con las criaturas. Maria Santísima, por su fe, sólo por la fe, es un arco iris que hace el Omnipotente unirse con el hombre miserable, á pesar de todas sus aberraciones: ese arco es la fe, en los primeros años de la Virgen, y sus colores, sus bandas luminosas, son las verdades fundamentales de toda la fe, aceptadas, reconocidas y adoradas por Maria Santísima desde que aparece sobre la tierra. La fe es aquella zarza que siempre arde y nunca se consume, desde donde la majestad de Dios habla y se comunica á Moisés. Esta zarza incombustible es Maria, es el corazón de Maria, donde por la fe reside, y habla, y se recrea la Trinidad augusta, dirigiéndose á la Señora de esta manera: *Beata quæ credidisti*. «Bienaventurada porque has creído.» La fe es aquella columna de nube, constante favorecedora del pueblo de Dios en su trabajosa peregrinación; cortina de apacible transparencia, que de día modifica los rayos abrasadores del sol, y antorcha consoladora que de noche los libra de la oscuridad de las tinieblas. Decidme si en Maria Santísima, colocada entre el cielo y la tierra como medianera de intercesión entre Dios y los hombres, depositaria dignísima y escogida de la fe sobrenatural y divina, no se vé también la realidad de aquella columna de nube que á su sombra sostiene nuestra fe, librándola del fuego abrasador de las pasiones, y la centella de una luz indeficiente que nos acompaña y nos ilumina en la sombría noche de la duda, de la incertidumbre y de la incredulidad.

La fe es el *Sancta Sanctorum* donde el pueblo de Israel cree ver, aunque no le vé, oculto en una nube al poderoso Jehová, Maria Santísima es el *Sancta Sanctorum*, y es la nube y es la fe, porque este don sobrenatural, infundido en su alma, como no lo hubiera sido en los Angeles, y practicado por la Señora como no lo practicó ni lo practicará jamás pura criatura, hizo á la Divinidad descender á sus entrañas, acomodarse en ellas á nuestras miserias, y comunicársenos con la carne y la sangre que había tomado de nosotros. *Lucerna lucens in caliginoso loco*. Antorcha que brilla en un lugar de tinieblas, dice San Pedro que es la fe.

La fe de Maria brilla más que el sol, más que los astros; es superior á los resplandores de la gloria, y reduce á tinieblas la fe de los justos y de todos los pueblos creyentes. La fe de Maria Santísima es para nosotros como aquel luminar bendito donde en cierta época del año se encienden todos los demás que han de lucir en el templo del Señor.

Lucaat lux vestra coram hominibus, dice por fin el mismo Jesu-

cristo, *ut videant opera vestra bona, et glorificent Patrem vestrum qui in caelis est*. Luzca vuestra luz en presencia de los hombres, para que vean vuestras buenas obras y glorifiquen al Padre que está en los cielos. ¡Pintura magnífica de la fe, como hecha por el Salvador, donde se nos explica la necesidad del ejercicio de esta virtud, la imposibilidad de que viva sin buenas obras y la gloria que con ella damos á Dios! Decidme si Maria no es la fe con todos los requisitos con que el Salvador la enriquece. La fe de Maria luce en presencia de los cielos y de la tierra; sus buenas obras, sus virtudes, su santidad, encantan á los Angeles, admiran á los hombres y estremecen á los demonios; y Ella sola, sola Maria Santísima, dá más gloria á Dios que todas las criaturas creadas é increadas, sensibles é insensibles; Maria es nuestra luz, porque es el modelo de nuestra fe.

Pero basta de Escritura, y vamos á escuchar á los panegiristas de la Virgen. Santa Isabel es la primera que canta la fe incontestable de su prima en las palabras que nos sirven de texto. *¡Beata! Bienaventurada. ¿Y por qué? Quæ credidisti*. Porque has creído. *Perficiuntur quæ dicta sunt tibi á Domino*. Porque se realizará todo lo que te ha dicho el Señor. «Maria, dice San Ireneo, repara con su fe todo el daño que hizo Eva con su incredulidad.» «Maria, prestando su asentimiento á la Encarnación, dice San Agustín, abrió con su fe las puertas del cielo á todos los hombres; y más dichosa fué Maria, continúa en percibir la fe de Cristo, que en concebir la carne de Cristo.» «Maria por su fe dice San Metodio, es la luz de todos los fieles.» «Maria, dice San Cirilo de Alejandría, es la Reina de la fe; la Iglesia, por el mérito de su fe, atribuye á la Virgen la extirpación de todas las herejías.» *Cunctas haereses sola interemisti in universo mundo*.

La fe, os diré para concluir lo que pertenece á Maria Santísima, la fe de Maria fué un asombro de la naturaleza creada y un prodigio patente del amor divino: en grado tan perfectísimo tuvo y practicó la Señora esta virtud, que satisfizo á Dios por la falta de fe que habian de tener los hombres. «Tal fué, dice una historiadora muy amada de la Virgen; tal fué la virtud de la fe en la Bienaventurada Madre de Jesucristo, que si sola Ella hubiera existido en el mundo, solamente por Ella hubiera el Sér Supremo criado y fabricado la virtud de la fe (1).» ¡Pensamiento sublime que presenta á nuestros ojos á Maria Santísima como la Reina de

(1) Mag. Agreda: Mist. Ciud. de Dios.

la fe, y como la Maestra, modelo y ejemplar de los Patriarcas, Profetas, Apóstoles y mártires y de todos los creyentes, sin exceptuar la que habrían tenido todos los gentiles si ellos aceptaran las luces del Evangelio, y todos los incrédulos y los herejes si volvieran al camino de la verdad! Y porque el ejercicio de esta virtud en María Santísima fué incomparable, por eso es también incomparable su recompensa, por eso es bienaventuradamente dichosa: *Beata quæ credidisti*, y por eso se realiza y perfecciona en Ella cuanto la estaba dicho y prometido por el Señor: *Perficietur in te quæ dicta sunt tibi à Domino*. ¿Y nosotros? ¿Tenemos fe? ¿Agradamos á Dios? ¿Imitamos á María? Considerémos.

Fides sine operibus, mortua est, dice absolutamente hablando el Apóstol Santiago: doctrina en que se apoya la de la Iglesia al condenar justamente el error de los protestantes, cuando aseguran que la fe por sí sola justifica. Doctrina consoladora que en pocas palabras enseña lo poco que el hombre necesita para ser feliz, que es *creer y obrar*; pero doctrina desgarradora para nosotros que, al comparar la fe de que habla el Apóstol y la fe de María Santísima con la nuestra, nos convence de que somos la negación de la fe, de que somos la misma incredulidad. Duros y de corazón incircunciso, como decía San Estéban á los que le apedreaban, resistimos al Espíritu Santo, y con tanta más criminalidad, cuando al decir con los labios que creemos, manifestamos con las obras que mentimos. Perdonen esas almas modestas y retiradas que, teniendo en su alma inextinguible el fuego de la fe, evangelizan la paz, evangelizan el bien, llevando sus pasos siempre por los senderos hermosos de la ley santa del Señor. Tal vez á ellas debamos el que el Señor no haya descargado sobre nosotros todo el castigo que merecemos. Pero nosotros, ¿qué fe tenemos? Responda por mí la observancia de los mandamientos de la ley de Dios y de la Iglesia; la frecuencia de los sacramentos, la práctica de la virtud y el aborrecimiento de los vicios. Respondan las befas ridículas y sacrílegos escarnios que pública y privadamente se hacen á las doctrinas, ceremonias y misterios de nuestra adorable Religión: díganlo, esas persecuciones que sufre la Iglesia en casi todo el mundo, desenmascaradas en unas partes, hipócritamente en otras, y sostenidas las más por potentados ambiciosos y descreídos que tienen el Catolicismo en los labios y la impiedad en el corazón. Respondan las amargas lágrimas de Pío IX, venerable Pedro que confirma á sus hermanos en la fe, que abre los cielos y entenece las almas con la oración, y de cuya fe dependen, y nosotros lo esperamos, el suspirado remedio de tan amargos males y el cam-

bio inesperado de los acontecimientos de la tierra. Respondan el encarcelamiento de los Obispos, la proscripción y la matanza de los sacerdotes, las violaciones y atropellamiento de las vírgenes consagradas al Señor, la rapiña y el despojo de que en lo espiritual y lo temporal está siendo víctima la Iglesia en el flamante siglo XIX. (1)

¿Tenemos fe? Responda entre nosotros esa educación perversa, la base de cuya elegancia consiste en la incredulidad, en la indiferencia y en el escepticismo: esos papeluchos impíos, en que, envueltos en el sudario de una incomprensible perorata, se dejan caer entre las gentes sencillas errores los más detestables, errores que se oponen á la Religión, á la conciencia y al sentido común. Respondan en nuestra católica España ese abandono y empobrecimiento de nuestras iglesias, esos robos sacrílegos de nuestros templos, que siempre se estrañan, que todos los días se anuncian, y que nunca ó pocas veces se castigan. Y muy cerca de nosotros, todos los días y á todas horas, ese lenguaje irreligioso, esas blasfemias horribles que se escuchan con estremecimiento, se lloran con lágrimas de corazón, y no se pueden extirpar porque vivimos en una época en que se redimen con el dinero las más execrables ofensas á Dios (2).

¿Tenemos fe? Responda nuestra conciencia: contesten nuestras obras: ¿dónde está el perfecto amor á Dios, el entrañable amor al prójimo, el perdón de las injurias, la restitución de lo mal habido, de la fama violada, la pureza de las costumbres, el arrepentimiento de la culpa, y todas las obras que justifican que es viva y verdadera nuestra fe? ¿Dónde está nuestra fe? Temeridad culpable sería la del que, conservando todavía en su corazón un poco de temor de Dios, se atreviera á decirnos que tiene verdadera fe. Creemos, es verdad, pero no obramos, y *fides sine operibus, mortua est*. Creemos, pero no obramos, y esta fe no es el obsequio racional con que nosotros podemos agradar al Señor.

(1) Desdichadamente esto es una verdad; y España no tiene mucho que echar en cara á las naciones perseguidoras de nuestra fe. Dígalo la prensa anticatólica de hoy; la sacrílega hecatombe de 1834; el horrible asesinato del Dr. Vinuesa en 1821, y, por último, la *caritativa y delicada* proscripción de los Jesuitas Españoles por el *magnánimo* y muy *piadoso y volteriano* Rey Carlos III, que con este solo acto nubló todas las glorias de su reinado.

(2) El Código penal castiga, si mal no recuerdo, la blasfemia con multa de 60 rs: de manera que el que tenga poca religión y mucho dinero, puede blasfemar á sus anchas. Pero bueno sería que la ley fuera una verdad, y no una letra muerta.

¿Tenemos fe y la acompañan las obras? pues esperemos que Dios nos consolará de nuestras aficciones, conservando la fe en nuestra patria, en nuestras familias, en nosotros mismos; y no sólo la conservará, sino que la aumentará dándonos la gracia de perseverar, para que por la profesion práctica de la fe obtengamos la salvacion. *Qui perseveraverit, salvus erit.*

¿Tenemos fe pero no tenemos obras? Pues temblemos: sobre nosotros está pendiente el anatema de Jesucristo, Dios y hombre, que por San Márcos nos dice: *Qui veró non crediderit, condemnabitur.* El que no creyere, se condenará. Se condenará en el tiempo, porque Dios permitirá que nos quedemos sin fe; que la de unos reinos sea trasladada á otros que mejor lo merezcan; que la fe, lanzada ignominiosamente del corazon de los católicos, vaya á albergarse pacíficamente en el alma de los salvajes; y ¿quién sabe si acontecimiento tan lamentable nos amenazará á nosotros? *Condemnabitur.* Se condenará tambien en la eternidad, porque la fe sin las obras es fe muerta; porque sin la fe es imposible agradar á Dios: porque el desagrado de Dios es el pecado; el pecado es la muerte del alma, y la muerte del alma no es otra cosa que nuestra propia condenacion.

Pero aun hay tiempo. Maria es la Maestra y la Reina de la fe: tenemos en la Señora las dos cosas más esenciales para la adquisicion y la conservacion de esta virtud tan hermosa como necesaria: el *ejemplo* y la *intercesion*. Procuremos imitarla, pidiendo á Jesus por su intercesion la gracia que necesitamos para ella: amémosla de todo corazon, que si así lo hacemos, como Madre de misericordia nos comunicará un átomo de la fe de su bendita alma, que iluminándonos en el mundo, nos abra, despues de la muerte, las puertas eternas de la gloria. Así sea.



DISCURSO XVII.

Esperanza de Maria Santísima.

*Spes mea ab uberibus matris meæ.
Mi esperanza desde los pechos de
mi madre.*

(David, xxi, 10.)

Vita, dulcedo, et spes nostra.

(Salve Reg.)

HAY un sentimiento innato en el corazon del hombre que, como dice bien el Salmista Rey, le acompaña desde el vientre de su madre: sentimiento que, vigorizado y sostenido en fuerza de las difíciles circunstancias que acompañan al hombre en este valle de lágrimas, viene á ser por último un acto que se principia y se completa sucesivamente dentro de la misma voluntad. Es la esperanza. La esperanza, cristianos, que, segun frase de un religiosísimo escritor francés (1), es nuestra más constante amiga; es la que en la niñez nos toma de la mano de nuestras madres, nos acompaña á donde quiera que vamos, y no pocas veces siembra de flores los caminos erizados de abrojos que tenemos que recorrer antes de entrar en el valle de las sombras de la muerte. La esperanza cierto es que, participando de la naturaleza de nuestros sueños, nos coloca muchas veces en una tierra de encantos y delicias; pero tambien es verdad que la esperanza no fundada en una base indestructible, y dirigida por caminos indebidos, mata la vida del corazon con el veneno de los desengaños, y arrastra al alma al abismo de la desesperacion. «¡Ay del hombre que en el hombre fia!» exclama el soberano más sábio que han conocido los siglos; y con este grito inspirado empieza por per-

(1) Orsini; *Flores del cielo.*
Advocaciones

¿Tenemos fe y la acompañan las obras? pues esperemos que Dios nos consolará de nuestras aficciones, conservando la fe en nuestra patria, en nuestras familias, en nosotros mismos; y no sólo la conservará, sino que la aumentará dándonos la gracia de perseverar, para que por la profesion práctica de la fe obtengamos la salvacion. *Qui perseveraverit, salvus erit.*

¿Tenemos fe pero no tenemos obras? Pues temblemos: sobre nosotros está pendiente el anatema de Jesucristo, Dios y hombre, que por San Márcos nos dice: *Qui veró non crediderit, condemnabitur.* El que no creyere, se condenará. Se condenará en el tiempo, porque Dios permitirá que nos quedemos sin fe; que la de unos reinos sea trasladada á otros que mejor lo merezcan; que la fe, lanzada ignominiosamente del corazon de los católicos, vaya á albergarse pacíficamente en el alma de los salvajes; y ¿quién sabe si acontecimiento tan lamentable nos amenazará á nosotros? *Condemnabitur.* Se condenará tambien en la eternidad, porque la fe sin las obras es fe muerta; porque sin la fe es imposible agradar á Dios: porque el desagrado de Dios es el pecado; el pecado es la muerte del alma, y la muerte del alma no es otra cosa que nuestra propia condenacion.

Pero aun hay tiempo. Maria es la Maestra y la Reina de la fe: tenemos en la Señora las dos cosas más esenciales para la adquisicion y la conservacion de esta virtud tan hermosa como necesaria: el *ejemplo* y la *intercesion*. Procuremos imitarla, pidiendo á Jesus por su intercesion la gracia que necesitamos para ella: amémosla de todo corazon, que si así lo hacemos, como Madre de misericordia nos comunicará un átomo de la fe de su bendita alma, que iluminándonos en el mundo, nos abra, despues de la muerte, las puertas eternas de la gloria. Así sea.



DISCURSO XVII.

Esperanza de Maria Santísima.

*Spes mea ab uberibus matris meæ.
Mi esperanza desde los pechos de
mi madre.*

(David, xxi, 10.)

Vita, dulcedo, et spes nostra.

(Salve Reg.)

HAY un sentimiento innato en el corazon del hombre que, como dice bien el Salmista Rey, le acompaña desde el vientre de su madre: sentimiento que, vigorizado y sostenido en fuerza de las difíciles circunstancias que acompañan al hombre en este valle de lágrimas, viene á ser por último un acto que se principia y se completa sucesivamente dentro de la misma voluntad. Es la esperanza. La esperanza, cristianos, que, segun frase de un religiosísimo escritor francés (1), es nuestra más constante amiga; es la que en la niñez nos toma de la mano de nuestras madres, nos acompaña á donde quiera que vamos, y no pocas veces siembra de flores los caminos erizados de abrojos que tenemos que recorrer antes de entrar en el valle de las sombras de la muerte. La esperanza cierto es que, participando de la naturaleza de nuestros sueños, nos coloca muchas veces en una tierra de encantos y delicias; pero tambien es verdad que la esperanza no fundada en una base indestructible, y dirigida por caminos indebidos, mata la vida del corazon con el veneno de los desengaños, y arrastra al alma al abismo de la desesperacion. «¡Ay del hombre que en el hombre fia!» exclama el soberano más sábio que han conocido los siglos; y con este grito inspirado empieza por per-

(1) Orsini; *Flores del cielo.*
Advocaciones

suadernos y concluye por convencernos de que esperar en las criaturas no es verdadero esperar, y que lo que no llena la inmensa capacidad de nuestra alma, que es inmortal, no puede llamarse legítimamente *esperanza*. Nuestra misma razón, aleccionada por una experiencia dolorosa, nos dice todos los días que el hombre necesita *esperanza* para vivir, pero que esa *esperanza* no es la que se funda en cuanto existe de frágil y quebradizo en la miserable naturaleza.

Esperemos, si no, en la amistad, y con el tiempo ó la amistad desaparece al soplo de la muerte, ó hiere nuestro espíritu con el irreparable golpe de la deslealtad. ¿Y la *esperanza*? Esperemos en las riquezas; y aun suponiéndolas bien adquiridas y mejor administradas, ni las primeras llenan el vacío de nuestra ambición, ni las segundas tampoco; y si conservadas y aumentadas no nos satisfacen, perdidas, porque la Providencia lo dispone, pueden atropellarnos y arrastrarnos á nuestra perdición. ¿Y la *esperanza*? Esperemos en los honores y las dignidades, y el honor puede convertirse en afrenta, y la dignidad en envilecimiento. Esperemos en el poder y en la ciencia, en la hermosura personal y en las cualidades que nos caracterizan, y el poder lo aniquila otro poder superior, y la ciencia la eclipsa otro hombre que nació junto á nosotros, y la hermosura la destruye una enfermedad, y las cualidades que nos adornan se debilitan, decaen, y por último perecen. ¿Y la *esperanza*?

Hermoso lumínar que sostienes la vida del hombre, puesto que en idioma del Espíritu Santo todo es vanidad y afición de espíritu, ¿dónde estás? La *esperanza* humana es despreciable, mísera y extravagante; es como la caña quebrada de la Escritura que rasga la mano de los que se apoyan en ella. La *esperanza* humana, más que *esperanza*, es una prolongada agonía, es nada; la *esperanza* divina es todo, porque es indefectible, y porque es inacabable. La *esperanza* que vive en el mundo es una mentira; la *esperanza* que desciende del cielo es una verdad: confiar únicamente en las criaturas y cuanto las rodea, es un delirio, es una insensatez, es hasta una impiedad: confiar en el Criador, esperar en Dios, es justificar que nos conocemos, es acreditar que le amamos, es el cumplimiento de todo deber y la satisfacción de toda necesidad. La *esperanza* sobrenatural, la divina virtud de la *esperanza* es mi asunto en esta tarde; y con la docilidad de un creyente y el placer de un cristiano vamos á considerar, en un solo punto de vista, la *esperanza* en sí, la *esperanza* en María Santísima, la *esperanza* en nosotros mismos.

Ave Maria.

Con decir que la *esperanza* es hija y hermana al mismo tiempo de la fe, tendríamos aprendido cuanto puede explicarse de la virtud de la *esperanza*. Sin la fe es imposible conocer á Dios, es imposible agradar á Dios; y sin la *esperanza*, cristianos, nos sería insoportable la distancia que nos separa de su divina Majestad en este amargo destierro. Si la fe divina nos ha sido concedida para que la pobre razón humana penetre con seguridad en el intrincado laberinto de las verdades infalibles, la *esperanza* sobrenatural nos ha sido dada para que el corazón y el alma, fortalecidos por ella, arrosten dificultades, venzan obstáculos, desafíen peligros, padezcan con resignación y con alegría, y nunca desmayen en la consoladora ambición de llegar al último fin, que es poseer á Dios en una eternidad bienaventurada. La *esperanza* es hija de la fe; pero con una filiación de tal naturaleza, que si no hay fe verdadera, no hay que buscar en nosotros *esperanza*: y si sentimos que esta virtud es incompleta y está en nosotros debilitada, la fe es una cosa también mortificada ó casi muerta. Completa la *esperanza* en el hombre lo que la fe principia: por la primera Dios se acerca á nosotros comunicándonos en cierta manera sus insondables secretos; por la segunda nosotros nos unimos á Dios en íntima y cariñosa relación; y al contemplar las amargas tribulaciones que nos rodean, podemos con toda seguridad exclamar con San Pablo: *¿Si Deus pro nobis, quis contra nos?* Si está Dios con nosotros, ¿quién contra nosotros?

La fe y la *esperanza* son dos hermanas que tienen un mismo padre, que es el Sér Supremo; una misma patria, que es el cielo; un mismo objeto primario, que es Dios, y una misma misión que desempeñar al lado del hombre, que es conducirlo á una verdadera y feliz inmortalidad. Son las dos bases indestructibles de la vida cristiana; y si implícita y explícitamente nos es necesaria la virtud de la fe, lo mismo nos es necesaria la *esperanza*; y si la una nos enseña á creer, á confesar y á conocer á Dios; la otra eleva nuestra alma á *esperar la bienaventuranza y los medios para conseguirla, ayudados de la gracia y mediante el ejercicio de ella*. No es, cristianos, la *esperanza* una virtud de ayer; la *esperanza* es el sosten del género humano desde el principio del mundo; es como esa brisa apacible y consoladora que nos refrigerar en los ardores del estío; como ese rayo del sol que nos conforta en medio de las penalidades del invierno. La *esperanza* está

modelada, está vinculada, está contenida en Maria Santísima; y si por los grados y la perfeccion con que la poseyó y la practicó la hemos llamado Reina de la fe, apoyados en los mismos argumentos podemos decir, se lo dice el Espíritu Santo ántes que nosotros, que es la Madre de la esperanza santa: *Mater sanctæ spei*. Lo dice la misma Señora por boca del Profeta cantor: *Spes mea ab uberibus matris mee*. Mi esperanza desde los pechos de mi madre. Lo canta la Iglesia, y nosotros lo publicamos todos los días, cuando decimos: *Spes nostra, salve*. Salve, esperanza nuestra.

Así es que donde quiera se nos presenta una idea, una profecía, una figura de la virtud de la esperanza, allí se nos presenta Maria Santísima esperando como viadora y levantando tanto su vuelo en esta virtud, que es por Ella constituida esperanza de los vivientes. Veamos, si no.

Pecan nuestros primeros padres, y en el instante mismo que truena el decreto de la justicia, se escucha también la voz de la misericordia: el Omnipotente, que destina al Verbo para libertador del hombre, escoge también la Madre en cuyas entrañas ha de encarnar, y delante de su presencia tiene ya al alma hermosísima de Maria, empapada en la esperanza de este suceso, y recompensada con ser la que haga pedazos la cabeza de Satanás. ¿Veis fluctuar un arca sobre las cenagosas avenidas de una inundacion universal? Pues aquella arca es la esperanza, y es Maria. ¿Observáis aquella paloma que sale, vá, torna y vuelve con un ramo de oliva que significa la felicidad y la victoria? Pues la paloma y la oliva son la esperanza, son Maria. Moisés eleva una serpiente de metal, á cuya presencia sanan los israelitas mordidos por las serpientes venenosas; el mismo hace brotar de la peña de Oreb agua saludable y abundantísima que regenera y vivifica á los hebreos: y la serpiente es la esperanza, y la esperanza es Maria: el hombre enferma, el alma, mira con esperanza á Maria elevada por el Moisés divino, y se cicatrizan y curan las mordeduras de los pecados: el pueblo proclama á Maria *Salus infirmorum*. La criatura tiene sed, porque la criatura, mientras no descansa en Dios, vive sedienta siempre; pero mira á Maria, y de Ella recibe, porque en Ella se depositan y de Ella se desprenden á torrentes, las aguas de la divina gracia.

Abandonemos el ameno vergel de la Escritura, y meditemos la esperanza de la Virgen en alguno de los acontecimientos de su vida. Maria vá á ser abandonada por el castísimo José, que viéndola en cinta.... sospecha.... recela.... duda.... se atormenta.... Y esta purísima criatura, escogida ni más ni menos que para re-

clinatorio de la Santísima Trinidad, lo comprende, conoce el estado del alma de su esposo, y, sin embargo, espera; nada le revela, nada le dice del gran misterio que se habia realizado en Ella; se entrega á la Providencia de Dios, confía, y el premio de esta esperanza es tranquilizar un Angel al affigido Patriarca San José. Maria, próxima á dar á luz, vá á empadronarse á la ciudad de Belen en cumplimiento de los edictos del César; pobre sale de su casa, y pobre atraviesa por montes, por desiertos y por llanuras; el día le pasa caminando, y la noche la soporta caminando y padeciendo. El invierno muestra su faz adusta á la que es la alegría del firmamento, y el rigor de las intemperies no respeta á la que es soberana de la naturaleza: entre los propios ni entre los extraños, y esto es lo amargo para el corazón de la Virgen, encuentra en los hombres un techado donde recogerse, un poco de yerba donde reclinar su cabeza. Pero no importa: Maria *espera*, y la Providencia no la abandona en aquella angustiosa necesidad: á una esperanza sin ejemplo, unas pruebas, cristianos, que no tengan comparacion. Herodes busca á Jesus para quitarle la vida: la Sagrada Familia se vé obligada á emigrar al Egipto, atravesando países enemigos. Nadie sufre, nadie teme como Maria Santísima, porque sufre y teme como una Madre, como la mejor de las madres; pero la Virgen *espera*, y la Providencia siembra el camino por donde huye la Virgen de milagros, que son otras tantas recompensas de su esperanza. Y ¿á qué cansarnos? Reunamos todas las bellezas de la esperanza de Maria, en la época más dolorosa, más terrible de su vida, en el alma de Maria, no hay, no puede haber otra cosa de pasado y de presente que martirios incalculables; pero el alma de Maria *se alimenta con la esperanza*, se sostiene con la esperanza, se levanta con la esperanza á una esfera de merecimientos superior á todas las criaturas. Todavía (y con esto concluyo) podemos comprender algo de lo que es la esperanza de la Virgen por los efectos que esta virtud produce.

La esperanza sobrenatural y divina está fundada sobre el principio de la misericordia de un Dios infinito; y siendo este principio tan sólido, sus efectos no pueden menos de ser admirables. La esperanza arranca del corazón del hombre el apego de todas las cosas de la tierra; la esperanza nos comunica mayores esfuerzos para servir más y más á Dios; la esperanza nos sostiene en las borrascas de las tentaciones; nos hace sufridos en los trabajos, valientes en las persecuciones, y perseverantes en la oracion. Estos son sus principales efectos. Volvamos nuestros ojos á Maria, y digámonos si hay una criatura mas desprendida del mundo que

Maria; más esforzada y fervorosa en el servicio de Dios; más intrépida en las asechanzas y en las tribulaciones con que la aflige el demonio; más resignada en las angustias de su alma, ni más seráfica, más contemplativa, ni más amante en la oración. Cristianos: la esperanza de Maria está en perfecta relación con su fe: la grandeza de la una se mide por la grandeza de la otra: la fe de la Señora es indecible, su esperanza es inexplicable; son como dos alas con que vuela y se levanta amante el corazón de Maria Santísima: al lado de su fe, que la hace sublime en el comprender, está su esperanza, que la hace inimitable en el desear; y parece que en los labios de la Madre de Jesus no hay otra frase ni se escucha otra sentencia que la del Espíritu Santo, que me sirve de texto. *Spes mea ab uberibus matris mee.* Mi esperanza reina en mi alma desde los pechos de mi madre, desde mi formación, desde mi concepción, y desde toda la eternidad: Y nosotros, ¿tenemos esperanza?

Á esta pregunta, que constituye nuestra segunda reflexión, contestarán los vicios lamentables que se oponen á la virtud santísima de la esperanza. Vicios de todos los tiempos desde el principio de las edades, vicios de todos los pueblos, vicios de las generaciones todas; pero vicios marcadamente característicos de las generaciones que hoy vivimos y de los tiempos que atravesamos. Dos vicios se oponen á la fe, que arrastran el alma del hombre al último extremo de embrutecimiento y degradación: la *credulidad* demasiada y la *incredulidad*; vicios que por distinto camino tienden el mismo fin, que es separarnos de Dios: mal que, una vez realizado, con dificultad se puede remediar.

Otros dos vicios se oponen á la virtud de la esperanza: vicios que, alejando á Dios de nosotros, porque nosotros no lo queremos, nos deja el uno en las manos de nuestro propio consejo, y el otro en las simas de nuestros desgarradores sufrimientos: la *presunción* y la *desesperación*. La *presunción* que se opone á la esperanza por exceso, es una esperanza loca, una esperanza enemiga de Dios, una esperanza temeraria; es como la quinta esencia del orgullo más refinado. La *presunción* es atentar constantemente contra su omnipotencia y su justicia, y pretender colocarnos á mayor altura que el mismo Dios, ya confiando en que en nosotros existe lo que sólo nos viene gratuitamente de Dios, ya suponiéndonos justos, y ya creyendo que Dios ha de comunicarnos sus dones.

La *desesperación* es la desgracia de todas las desgracias; sobre el pecado ántes cometido, es el mayor pecado que cometemos con-

tra el Sér Supremo, y atendamos directamente contra ese hermosísimo atributo que tanto en Él resplandece, que es su misericordia. En la *desesperación*, el hombre cree ver al Sér Supremo como impotente y con las manos atadas, como despojado de recursos y de voluntad para favorecernos y para consolarnos, y la *presunción* y la *desesperación* concluyen por arrastrar al hombre al último de todos los precipicios, que es la impotencia final. Sí, cristianos, porque la *presunción* no contenida lleva al hombre al indiferentismo religioso; y la *desesperación* no atajada en tiempo; le conduce de perversidad en perversidad al último de los crímenes, que es el suicidio.

Indiferencia religiosa y suicidio: ponzoñosas heridas que han acabado con la esperanza teológica de la sociedad, é incurables sin un milagro del Omnipotente, porque los mismos que deberían contribuir á extirparlas cooperan á darlas mayor extensión. Indiferencia religiosa que suministra al hombre audacia suficiente para pretender hacer de la Religión verdadera una disección escandalosa, que dá por resultado haber para él tantas religiones como caprichos le dominan, y tantas leyes cuantos apetitos esclavizan su alma. Indiferencia religiosa que hace al hombre ateo, protestante, racionalista, y dejando su alma sin brújula principia por hacerle ensayar lo peor de lo que falsamente se llaman religiones, y concluye por dejarle sin ninguna. Y no es lo notable que se apodere la indiferencia de los incrédulos ilustrados, y de los impíos tan vanos como ignorantes de nuestros días, sino que se ha apoderado también de una manera lamentable de los que todos los días y á todas horas están haciendo profesión de cristianos. Ahí los tenéis, sino, para testimonio de esta verdad, cumpliendo, de la ley divina, aquello que ninguna resistencia opone á su voluntad; ahí los tenéis burlándose de los preceptos de la Iglesia, si es que en virtud de su propia autoridad no los destierran del mundo, como invención, y patraña, y especulación de la clase más respetable de la tierra. Ahí los tenéis, que no saben de nuestra doctrina más que el nombre: que se presentan en nuestros templos con peores modales que lo harían en los espectáculos profanos más cínicos y más escandalosos; y los conoceréis sin duda por el modo de entrar, de permanecer y de salir de nuestras iglesias. *Ex fructibus eorum cognoscetis eos.* Los conoceréis por los frutos que producen (1).

(1) S. Mat., cap. vii, v. 16.

Ahí los tenéis en la prosperidad como en la adversidad, legisladores ó legislados, superiores ó súbditos, sabios ó ignorantes, viviendo una vida verdaderamente animal: sordos á los gritos de su conciencia, ciegos en la presencia de los castigos del cielo, é indiferentes á todo lo que no sea egoísmo, endurecimiento y sensualidad. Habladles de Dios, de la vida futura, del estado de su alma, de la obligación de disponer bien sus negocios para despues de la muerte, y si tenéis la fortuna de que crean y reconozcan, tendréis la desgracia de oírles hablar siempre de Dios, presentándole por el lado de su misericordia, mejor dicho, por el lado de la soberbia, presuncion que á ellos les domina. Los indiferentistas en religion son peores que los mismos herejes: á los herejes los expulsamos de nuestro lado; los indiferentistas están con nosotros y no los conocemos, su veneno es más nocivo que el de los herejes, porque es más encubierto y propinado de una manera más suave. Con esa decantada fórmula de *ni robo, ni mato, ni hago mal á nadie*, son escarnecedores verdaderos de nuestra Religion, y verdaderos perseguidores de toda práctica religiosa: su destino, empero, es horrible: es vivir sin Dios, morir sin Dios y condenados por toda una eternidad. Oigan á Jesucristo, que siempre se lo está repitiendo. *Ego vado et queretis me, et non inveniatis, et in peccato vestro moriemini*. Hacedos los sordos, vivid como queráis, entre tanto yo me voy alejando de vosotros. *Ego vado*. Día llegaré en que me busquéis, pero no me encontraréis. *Queretis me, et non inveniatis*. Y moriréis en vuestro pecado. *Et in peccato vestro moriemini*. Y el castigo del pecado será el infierno.

¿Y la desesperacion, cristianos? ¿Y la desconfianza en la misericordia de Dios? ¿Y ese anonadarse ante la pérdida de la salud, de los bienes, de las dignidades, de los objetos queridos, de lo que el mundo llama falsamente el honor y la fortuna? ¿Qué diré yo de ese desgraciado sucumbir al mayor de todos los pecados, al más lúgubre de todos los infortunios, al más horrendo de todos los castigos, por no conformarse con la más pequeña de las tribulaciones que el Señor nos envía? ¿Qué podré yo decir de ese último recurso que encuentra la criatura desesperada para rebelarse contra Dios, para dejar envuelta en calamidades á una familia, y para escandalizar de un modo inaudito á la sociedad? ¿Qué diré del suicidio? Poco, nada, porque es interminable lo que se pudiera decir: nos contentaremos con indicaciones, y nada más. «El suicidio es un crimen imperdonable, porque no cabe en él el arrepentimiento (1).

(1) Debreyne: *Pensamientos de un creyente católico*

El suicidio es la cobardía, es la huida del combate, es la calamidad más grande, el estrago más tremendo, el más hondo y negro precipicio á que pueden arrastrar al hombre las adversidades cuando sólo las mira con los ojos del mundo (1).» Y aunque es verdad que muchas veces es hijo de la enajenacion mental y de la locura, no es ménos cierto que las más veces es hijo de una razon pervertida é inficionada, de un corazon corrompido, de un alma que corriendo sin creencias y sin fe por la senda de todos los desórdenes, viene á concluir sus dias con el mayor de todos los crímenes, sin consuelos y sin esperanzas.

«El suicidio es un *crimen contra Dios*, porque el suicida usurpa los derechos de Dios, desprecia su ley, se niega á llenar los deberes que tenia para con el Sér Supremo, y, finalmente, como un desertor infame abandona por su voluntad el honroso puesto de la vida. El suicidio es un *crimen contra la sociedad*: ésta ha recogido al hombre desde el seno de su madre, le ha nutrido, le ha educado, le ha vestido y alojado; le ha dado una existencia moral é intelectual, y el suicida se revuelve ingrato contra la sociedad, privándola de un miembro que pudiera serla útil todavía. El suicidio es la expresion del más grosero materialismo; es el abismo en que se viene á caer cuando se niega la existencia en nosotros del alma inmortal: es la consecuencia funesta pero legítima, de esas absurdas doctrinas que han invadido el mundo, predicando que en esta vida todo, y despues de esta vida nada. El suicida se cree de la misma condicion que las bestias, y sólo en esto se irroga ya una gravísima ofensa; y si con conocimiento de la existencia de su alma la priva de los medios y de los derechos á ser feliz, no hay duda de que comete un gravísimo *crimen contra sí mismo* (2).»

No adornemos con flores ni entonemos cánticos sobre los sepulcros de los suicidas, los más desgraciados de todos los sepulcros, ni hagamos que aparezca como envidiable el término más horrible de la vida. Execremos esa cacareada filosofía de nuestro siglo, impiamente atea y groseramente materialista que ha invadido el universo, y que, trastornando las cabezas, corrompe los corazones. Lancemos léjos de nosotros esa propaganda irreligiosa que con la mayor desvergüenza se enseorea de las naciones, sin exceptuar nuestra católica España, y arranquemos de las manos de nuestros hermanos esos inmundos folletines, esas baratísimas novelas, y

(1) Rodriguez Sobrino: *Libro de los consuelos*.

(2) Debreyne: *Pensamientos de un creyente católico*.

esas lecturas de todos precios y de todos tamaños donde se encomian todos los vicios, se vilipendian todas las virtudes; lecturas, en fin, que merecian el ejemplar castigo de ser, por lo ménos, quemadas en la presencia de sus autores.

Tengamos fe, amados míos, tengamos verdadera fe, y tendremos verdadera esperanza; esperemos en Dios, confiemos en la misericordia divina, y trabajemos para merecerla. Si nos rodean calamidades, esperemos; si enfermedades, esperemos; si la indigencia, esperemos; si somos justos, esperemos; si pecadores, esperemos; sea la esperanza cristiana nuestra guía y nuestra inseparable compañera. Esperemos la bienaventuranza, los medios de alcanzarla y la gracia y todo lo que es menester para obrar como discípulos de Jesucristo; imitemos á Maria Santísima; llamémosla, porque lo es, *vida, dulzura y esperanza nuestra*, y no dudemos de que, asidos con seguridad á esta áncora salvadora, navegaremos viento en popa, sin que jamás zozobre la pobre navecita de nuestra alma; y despues de los trabajos y de las miserias de la vida, descansaremos, por fin, en el puerto de la inmortalidad, que lo son las moradas de la gloria. Así sea.



DISCURSO XVIII.

Caridad de Maria Santísima.

Ordinavit in me charitatem.

Ordenó en mí la caridad.

(Cant., 11, 4.)

Si charitatem autem non habuero, nihil sum.

Si no tengo caridad, nada soy.

(Ad Corint. 1.^a, XVIII, 2.)

RESPLANDECE, católicos, en aquel estupendo milagro de sacar de la nada el mundo, el poder incomprendible ó infinito de la majestad de Dios. Deleita, pero con una fruicion que nosotros sentimos y no podemos explicarnos, considerar el admirable entretenimiento del poder divino que vá sustrayendo del caos el tiempo, subdividiendo el tiempo en días, separando la luz de las tinieblas, y cria la tierra, y los mares, y el firmamento. Enmudece la lengua del hombre cuando habla la del Criador, y por resultado de una sola palabra suya vemos el cielo recamado de innumerables mundos de fuego, la tierra, los aires, las aguas, poblados de seres vivientes de todas especies; las praderas cubiertas de yerba y flores, los árboles cargados de frutos; en una palabra, con animacion, con vida, con movimiento todo lo que ha de constituir los dominios del rey de la creacion, del pontífice de la naturaleza, el hombre. Pero lo que sorprende y enajena á la cristiana consideracion es el fin que Dios se propone en la produccion de todas estas maravillas, y el objeto á que se dirigen; su fin, que es el de poner al hombre, por la posesion de una felicidad temporal, en el camino de la felicidad eterna: su objeto, que es manifestarle, por estas obras palpables, cuánto es el amor que le profesa, atraerle de esta manera á la consideracion de la divina grandeza, llamar-

esas lecturas de todos precios y de todos tamaños donde se encomian todos los vicios, se vilipendian todas las virtudes; lecturas, en fin, que merecian el ejemplar castigo de ser, por lo ménos, quemadas en la presencia de sus autores.

Tengamos fe, amados míos, tengamos verdadera fe, y tendremos verdadera esperanza; esperemos en Dios, confiemos en la misericordia divina, y trabajemos para merecerla. Si nos rodean calamidades, esperemos; si enfermedades, esperemos; si la indigencia, esperemos; si somos justos, esperemos; si pecadores, esperemos; sea la esperanza cristiana nuestra guía y nuestra inseparable compañera. Esperemos la bienaventuranza, los medios de alcanzarla y la gracia y todo lo que es menester para obrar como discípulos de Jesucristo; imitemos á Maria Santísima; llamémosla, porque lo es, *vida, dulzura y esperanza nuestra*, y no dudemos de que, asidos con seguridad á esta áncora salvadora, navegaremos viento en popa, sin que jamás zozobre la pobre navecita de nuestra alma; y despues de los trabajos y de las miserias de la vida, descansaremos, por fin, en el puerto de la inmortalidad, que lo son las moradas de la gloria. Así sea.



DISCURSO XVIII.

Caridad de Maria Santísima.

Ordinavit in me charitatem.

Ordenó en mí la caridad.

(Cant., 11, 4.)

Si charitatem autem non habuero, nihil sum.

Si no tengo caridad, nada soy.

(Ad Corint. 1.^a, XVIII, 2.)

RESPLANDECE, católicos, en aquel estupendo milagro de sacar de la nada el mundo, el poder incomprendible ó infinito de la majestad de Dios. Deleita, pero con una fruicion que nosotros sentimos y no podemos explicarnos, considerar el admirable entretenimiento del poder divino que vá sustrayendo del caos el tiempo, subdividiendo el tiempo en dias, separando la luz de las tinieblas, y cria la tierra, y los mares, y el firmamento. Enmudece la lengua del hombre cuando habla la del Criador, y por resultado de una sola palabra suya vemos el cielo recamado de innumerables mundos de fuego, la tierra, los aires, las aguas, poblados de seres vivientes de todas especies; las praderas cubiertas de yerba y flores, los árboles cargados de frutos; en una palabra, con animacion, con vida, con movimiento todo lo que ha de constituir los dominios del rey de la creacion, del pontífice de la naturaleza, el hombre. Pero lo que sorprende y enajena á la cristiana consideracion es el fin que Dios se propone en la produccion de todas estas maravillas, y el objeto á que se dirigen; su fin, que es el de poner al hombre, por la posesion de una felicidad temporal, en el camino de la felicidad eterna: su objeto, que es manifestarle, por estas obras palpables, cuánto es el amor que le profesa, atraerle de esta manera á la consideracion de la divina grandeza, llamar-

lo á sí, y hacerle perfecto y santificado y glorioso con la poderosa palanca de su inextinguible caridad.

La caridad, amados míos, que es la joya de más valor que encierran dentro de sí los impenetrables misterios del poder y de la sabiduría de Dios. La caridad, que es el lazo más dulce y al mismo tiempo más fuerte que une en amorosa intimidad los cielos con la tierra, la Divinidad con la humanidad y al hombre con sus semejantes. La caridad, árbol que teniendo sus raíces en el cielo y la savia que le vivifica en el mismo Espíritu Santo, germina y fructifica en el corazón humano, verificándose por un prodigioso mecanismo que el hombre sin merecerlo, está siendo por el amor participe de las grandezas del Sér Supremo. La caridad, que es la virtud sobre todas las virtudes, la virtud que nunca dejará de ser; la caridad, que completa y perfecciona la santidad de la criatura; la caridad, que, según San Juan, es nada ménos que el mismo Dios. *Deus caritas est.* Y que, según la hermosa expresión del Apóstol Santiago, es la vida, porque donde no hay amor, donde no existe la caridad, no hay más que muerte. *Qui non diligit manet in morte.* La caridad, que ha enlazado á las pasadas generaciones amigas de Dios con las generaciones presentes, y que á nosotros nos unirá con las venideras; y que después, mediante su misericordia y nuestra cooperación, sin pasado ni futuro, nos unirá con los ángeles y con los bienaventurados en el goce de un bien que nunca haya de concluir. La caridad, el amor, único mandamiento que Dios ha ordenado al hombre. *Ordinavit in me charitatem.* Y mandamiento que si no cumplimos y caridad que si no tenemos, por mucho que seamos nos deja absolutamente reducidos á la nada. *Si charitatem autem non habuero, nihil sum,* en lenguaje de San Pablo. Caridad, finalmente, de que vamos á ocuparnos en el discurso de la presente tarde, contemplando:

La caridad en Dios; la caridad en María Santísima; la caridad en nosotros mismos.

Ave Maria.

Innegablemente sorprende el amor de Dios á los hombres en las magnificencias de la creación; de tal modo, que parece no puede encontrarse *más allá*; sin embargo, después de un acontecimiento desastroso que alegra á los infiernos, que entristece á los cielos y á la tierra, y que parece había de oponer una barrera inexpugnable entre el Criador y su criatura, la caída de Adán, el acto de soberbia más refinada y la ingratitude más manifiesta,

serven como de nuevo pretexto al amor de Dios, y dan un nuevo y mayor impulso (si es que en Dios cabe mayor ni menor) á los fuegos inextinguibles de su infinita caridad. Debiase decretar el exterminio del hombre, y se decreta su conservación; debíase declarar perpétuamente maldito, y se le bendice con la más consoladora promesa; debía firmar la mano del Omnipotente el decreto de su muerte, y se le anuncia una nueva vida; parécenos á nosotros digno de un Dios tan enormemente ofendido llevar al hombre al abismo de su eterna perdición; y, sin embargo, lo que se promulga es la buena nueva de la redención. Aquí, cristianos, enmudece la lengua humana y habla solo la angélica: los ángeles, puros, perfectos, rodeando siempre el trono del Sér Supremo y entonando sin cesar sus alabanzas, son los que pueden tributar el homenaje debido á la caridad de Dios para con el hombre. Ya no me extraña que el Profeta-Rey, escudriñador profundo de los secretos divinos, se proponga cantar eternamente las misericordias del Señor. *Misericordias, Domini, in æternum cantabo* (1). Ni me admira que el mismo convoque á todas las gentes y á todos los pueblos para que le glorifiquen por haber confirmado en nosotros su misericordia. *Quoniam confirmata est super nos misericordia ejus.* Ya no me asombra que el Doctor de las gentes nos diga que la caridad ha descendido á nuestros corazones por medio del Espíritu Santo. *Charitas Dei, diffusa est in cordibus nostris* (2); y encuentro muy lógico, muy concluyente, muy necesario que el amado Evangelista, no pudiendo hacer otra cosa, desahogue su corazón con la frase anteriormente citada: *Deus caritas est.* «Dios es la caridad.»

¡La redención, católicos! Sí; la libertad del hombre, el perdón de todas sus iniquidades, la restauración en los derechos que perdió, una nueva vida y una nueva felicidad. Pero no es lo grande la redención del hombre, sino el medio de que el Señor se vale para que sea redimido. La creación ha sido una cosa que extasia, y la redención ha de ser un prodigio de amor, una fineza tal de la caridad divina, que eclipse la creación del hombre. Formarle, fué sacarle de la nada; redimirle, es sacarle de las garras del demonio; y si arrebatadora y sublime ha de ser esta victoria del amor, necesario es que no lo sean ménos los medios de propagarla: reunida contemplo otra vez en amante consistorio á la Beatísima

(1) David, 88, 1.

(2) David, 116, 2.

y Augusta Trinidad: se trata, nó de un crimen cometido contra una criatura limitada, sinó de una ofensa inferida á un Dios infinito: á este Dios de justicia se le debe una reparacion expiatoria, pero la expiacion no puede darla cumplida el hombre, porque tiene que ser infinita. Allí se determina un prodigio que es el asombro de los siglos; no se dice como ántes *faciamus hominem*, nó; lo que se dice es *salvemus hominem*. «Salvemos al hombre.» ¿Y cómo?

El amor de Dios al hombre baja desde los cielos hasta la tierra, se hace sensible y práctico, y como la esencia del amor consiste en el sacrificio del amante por el objeto amado, el amor divino vá á empezar á manifestársenos por una série de sacrificios que principia en las humillaciones de Belen y concluye en las dolorosas agonías del calvario. *Sic enim Deus dilexit mundum ut Filium suum unigenitum daret*. «De tal modo amó Dios al mundo, que le dió su unigénito Hijo (1).» Oid cómo. El Agnula de los Evangelistas es el encargado de dar á conocer á los hombres, con rasgos brillantes y exclusivamente suyos, las finezas del Altísimo. *Verbum caro factum est, et habitabit in nobis* (2). El Verbo de Dios, el engendrado ántes que la luz y de su misma sustancia, Dios como Él y con Él, toma carne y habitó en nosotros; pero toma carne de un modo maravilloso, que es por obra del Espíritu Santo en las entrañas de una Mujer, y habita en nosotros de un modo edificante, es decir, llorando, padeciendo, peregrinando, y, por último, muriendo en una Cruz.

Aun cuando me propusiera buscar en el Antiguo y en el Nuevo Testamento expresivas figuras del amor divino, entre las muchas que hallaria, ninguna podria ofreceros tan expresiva como el árbol de la Cruz: como que es el ara donde por amor, y sólo por amor, se sacrificó el Cordero de Dios; y parece que en ella se encuentran escritas con la sangre que lavó nuestras inmundicias las palabras que cité al principio de mi discurso. *Ordinavit in me charitatem* (3). Convenia, cristianos, á no dudarlo, que la caridad quedase vinculada en la Cruz, en este árbol que, siendo patibulo de muerte, pasa á ser árbol frondoso de vida, ya que el árbol de la vida se convirtió en árbol de la muerte. Miremos á la Cruz, y ella es el amor de Dios al hombre; miremos á la Cruz, y en ella vere-

(1) Evang. de San Juan, cap. III, v. 16.

(2) Idem, cap. I, v. 14.

(3) *Cant. Cant.*, cap. II, v. 4.

mos á Jesucristo muerto. *Propter nimiam charitatem qua dilexit nos* (1). Y vemos á Maria, imitadora fiel del Padre Eterno, dando por amor al mundo (como dice San Buenaventura) su unigénito Hijo. *Sic domina dilexit mundum*. Vemos á Maria imitadora inimitable de Jesucristo ofreciéndole voluntaria en sacrificio, para la salud del género humano.

Maria Santísima empieza á dar expansion á su caridad con un sacrificio que nosotros nunca sabremos apreciar, porque no le llegamos á comprender: en Belen, en un establo, en el desamparo y la abyeccion más terribles, dá al mundo su Santísimo Hijo, y le dá comprendiendo y sabiendo cómo ha de ser recibido, cómo ha de ser considerado, y cómo ha de ser perseguido. Maria sella su caridad sobre el Gólgota, ofreciendo al Omnipotente el Hijo de sus entrañas, lo que Ella más amaba, y lo que había en el mundo de más amable, la alhaja de más valor que puede dar una madre; y el establo y la Cruz son los dos polos, son como el eje sobre que constantemente gira ese globo de fuego divino de la caridad de Maria Santísima. El amor de Dios descendió del cielo á la tierra para encender todos los corazones; y de tal manera inflamó el de Maria Santísima, que, en expresion de San Bernardo, ninguna parte suya quedó libre de este amor. El amor de Maria á Dios, segun San Anselmo, fué todo fuego interior, desahogándose al exterior con intensas llamas que brillaban en el ejercicio de sus virtudes. Por eso el citado Buenaventura afirma que la Virgen jamás fué tentada por el infierno, porque «así, dice el Santo, así como las moscas huyen de un gran fuego, así los demonios se alejaban de su corazon todo inflamado en el amor de Dios.»

«En cuanto á la caridad de Maria Santísima para el hombre, en cuanto á su amor en nosotros, tanto podemos, tanto habria que decir, que vale más no decir nada: de tal modo la Señora conocia la caridad infinita de Dios, que sólo Ella pudo imitarla sobre todas las criaturas intelectuales, y al ejercerla en favor del mundo puede asegurarse que, en la forma posible, obligó al Eterno Padre á que le diese su unigénito Hijo para sí y para todo el linaje humano (2).» ¡Qué bien habla Maria Santísima cuando se llama á sí misma la Madre del Amor Hermoso. *Ego Mater pulchrae dilectionis*. ¡Qué bien patentiza lo que constituye la esencia de su vida en los cielos y en la tierra, que es la caridad! *Ordinavit in me charitatem*. ¡Y

(1) San Pablo ad Ephes., cap. II, v. 4.

(2) Madre Agreda: *Mist. ciud. de Dios*.

con qué galantería el Espíritu Santo se expresa al hablar de la Reina del Amor! *Aque multæ non potuerunt extinguere charitatem* (1). «No pudieron las corrientes de las aguas extinguir su caridad, ni los rios caudalosos acabarán con ella, nó. «La caridad de Maria Santísima fué tal, que mejoró en los cielos y en la tierra todo lo que tiene sér fuera del mismo Dios: su amor al Omnipotente sólo puede medirse por el amor de Dios: y su amor á los hombres no puede calcularse de otra manera que comparando en presencia de la Cruz el de Jesucristo con su Santísima Madre. *Aque multæ non potuerunt extinguere charitatem*. En el inmenso mar de las tribulaciones por que tiene que atravesar Maria, no extinguirán su caridad las aguas salobres y amargas del sufrimiento y del dolor. ¿Véis en alta mar un desquiciado barquichuelo que ha perdido timon y timonero, y boga y fluctúa á la merced del viento, y aparece y desaparece, cuándo envuelto por las aguas, cuándo colocado sobre las olas? Pues ahí tenéis el corazón de Maria, el amor de Maria á los hombres: dejadle que como un rayo le atravesiese la profecía de Simeon: *Ella nos amará*. No tembléis porque la pobreza le asedie ni porque la persecucion la haga derramar sus lágrimas en país extranjero: *Ella nos amará*. No esperéis que se extinga su amor á los hombres cuando vea á su Hijo preso y maniatado por la traición más alevé que registran los siglos, ni escupido, ni abofeteado, ni escarnecido, ni coronado de espinas, nó: *Ella nos amará*. No penséis que vá á retirarnos su amor cuando esta Reina del padecer encuentre á su Hijo marchando sobre la propia sangre, cargado con la cruz, eclipsados sus ojos y oscurecido su semblante por el cansancio y la fatiga, y desgarradas sus carnes, y destrozados sus miembros, y desnuda su santísima humanidad y extendida en un madero, nó: *Ella nos amará*. Dejad que Jesucristo sufra desamparo, tenga sed, vierta hasta la última gota de su sangre y espere por nuestro amor: no importa: *Maria nos amará*; el último aliento de Jesus es el primer suspiro de una nueva vida en Maria: y si Jesus nos ha dado una prueba inapreciable de amor dando su vida por nosotros, la Virgen Santísima nos ha legado un testimonio incomparable al dar por nosotros á su Santísimo Hijo. Si *Deus charitas est*, si Dios es la caridad, *Maria charitas est*, me atrevo yo á decir en estos momentos: Maria es la caridad, Maria es el amor. Maria es toda para Dios y toda para los hombres; toda para nosotros en la tierra, y toda

(1) *Cant. Cant.*, cap. viii, v. 7.

mucho más todavía para nosotros en el cielo: toda por el soberano papel que desempeñó en la redencion del mundo, y toda por el destino que en los siglos ejerce de nuestra Medianera, nuestra Abogada y nuestra intercesora. Bien hace Maria Santísima en llamarse *Mater pulchræ dilectionis*, la Madre del Amor Hermoso, para que la imitemos. Bien se expresa cuando con el Espíritu Santo nos dice: *Ordinavit in me charitatem*. Ordenó en mí la caridad, soy toda caridad, soy la peregrina fuente donde todos los séres pueden acercarse á beber las aguas de la caridad. ¿Y la nuestra? Analicemos.

Charitatem autem non habuero, nihil sum. Si no tengo caridad, nada soy, escribe San Pablo. Y ¿qué es la caridad? La caridad es la causa de todos los bienes; porque es la mayor participacion del verdadero y sumo bien (1). La caridad es el mandamiento que compendia la divina ley, el gran precepto del Salvador que nos manda amar á Dios sobre todas las cosas y amarnos mutuamente como Él nos ha amado á nosotros: *Ut diligatis invicem sicut dilexi vos*. La caridad no existe si no hay el doble amor que la constituye: el amor á Dios y el amor al prójimo: la caridad tiene sér, Cristo vive en nosotros si amamos al prójimo como á nosotros mismos; porque imposible es de todo punto amar á Dios si no amamos al prójimo, así como no hay amor á nuestro hermano si no hay amor á Dios.

Y nosotros, ¿tenemos caridad? vuelvo á preguntar: vamos por partes para responder. Este desdichado espíritu de reforma que tan inmensas proporciones ha tomado en nuestro siglo, más desdichado todavía, lleva su delirio hasta querer enmendar la plana á Dios, y reformar, no sólo el espíritu, las leyes y la Religión, sinó hasta el idioma del Cristianismo. La caridad ha sido llamada siempre caridad por los discípulos de Jesucristo: siempre se ha entendido por caridad el amor á Dios y el amor al prójimo por Dios; y siempre se ha confesado que la caridad es un don divino, una virtud sobrenatural infundida en el hombre por el Espíritu Santo. Pero asoma la cabeza el protestantismo que todo lo dá á la Razon, y que contra todo se subleva; hijo suyo, aparece poco despues el filosofismo de Voltaire, que todo lo pone en ridículo, inclusa la misma razon; el filosofismo aborta el moderno racionalismo, es decir, la moderna impiedad, compuesto

(1) Madre Agreda: *Mist. ciud. de Dios*.
Advocaciones

grosero de todos los errores; y todo lo invade, todo lo reforma, con el laudable objeto, por supuesto, de reformar tambien ó de destruir la Religion del Crucificado. Y es lógico que si se habia de reformar el fondo, era necesario reformar las formas; si habia de reformarse la doctrina, será preciso reformar el lenguaje: por eso á Dios se le llama *el hado, la materia ó la casualidad*; al hombre se le distingue con el nombre del *Yo humano*, y á la caridad se llama *filantropía*. ¡Descubrimiento sorprendente de las presentes sociedades, en comparacion del cual son nada ni los caminos de hierro, ni los telégrafos eléctricos, ni los cables submarinos! ¡La filantropía! ¡Ahí es nada! Y ¿qué es la filantropía? Escuchad como la define un Ilmo. Arzobispo: *La filantropía, dice, es la moneda falsa del Cristianismo y de la caridad*: es decir, que entre buenos y verdaderos cristianos la filantropía es moneda que no pasa, que no puede, que no debe pasar. ¡Filantropía! Esta palabra, aisladamente pronunciada, no es más que el sonido de una campana cascada: ahora, cuando por los reformistas se trata de llevarla al terreno de los hechos en grande escala, entónces la filantropía significa mucho y habla muy alto en favor de la propaganda irreligiosa.

La filantropía es el egoismo; tan léjos están los filántropos de imitar á los profesores de la verdadera caridad en eso de dar su vida por la de sus semejantes, que se esconderán debajo de siete estados de tierra por no exponer su corazon á conmoverse á la vista de las miserias ajenas. La filantropía es el disfraz con que el demonio se cubre para ir sembrando en la heredad del Padre de familias toda la zizaña, todos los errores, todas las monstruosidades con que se quiere engrandecer é inmortalizar el mundo en nuestros días. La filantropía, por compasion hácia los pobres, predica el socialismo, la comunidad de los bienes de fortuna y de las riquezas; el robo de sus bienes á los ricos para repartírselos como buen botín entre los que no lo son y nunca deberían enriquecerse; y aquí la filantropía predica *la ruina material del mundo*. La filantropía, compadecida de que haya gerarquías, proclama la igualdad y excita á sus incautos partidarios á sublevarse contra toda autoridad, principiando por la de Dios, y á sus gritos los tronos se estremecen, las coronas se derrumban, los cetros se hacen pedazos; aquí la filantropía predica *la ruina social del mundo*. Lastimándose de que la razon del hombre esté sumisa á la fe y su pensamiento al pensamiento de Dios, la filantropía anuncia y predica la libertad del pensamiento y la independenciam de la razon: ¡bien hecho! con eso ya no tenemos que estar vergonzosamente

esclavizados, ni al Evangelio, ni á Jesucristo, ni á su Iglesia, viejas preocupaciones de nuestros rancios abuelos; y aquí la filantropía predica *la ruina espiritual de los seres*. No pudiendo tolerar que en materia de Religion y culto el hombre no sea libre para obrar, y creer y adorar, segun se le antoje á su corazon, la filantropía pide la supresion de las fiestas, la tolerancia de religiones (1) y la libertad de cultos (2); todo por de contado con el filantrópico designio de que se destruya la Religion verdadera, y nos quedemos sin ninguna; y aquí se predica *el hundimiento de toda sociedad*. Esta es la filantropía sin careta. No esperéis de esta diabólica invencion nada que se parezca á la caridad: la filantropía no dá una limosna por Dios, ni derrama una lágrima por Dios, ni hace nada por Dios; la filantropía es, cuando más, egoismo, vanidad é irreligion. Si sois filántropos, ya podeis decir: «Tengo filantropía y no tengo caridad.» Pues *nihil sum*. Nada soy.

No sé cómo al hablar de nuestra caridad pasó por delante de mi imaginacion, y no me pesa, ese fantasma de filantropía; así que, volviendo á mi primer propósito, os pregunto de nuevo: ¿Imitamos á Maria Santísima? ¿Tenemos caridad? Vamos á verlo brevemente.

Empecemos por lamentar el que las obras de misericordia, así espirituales como corporales, se han desterrado casi completamente de entre los cristianos; que si alguna se practica se hace con tan vergonzoso disimulo, que apenas se conoce, y que la mayor parte de los cristianos desoyen hoy y han borrado de su corazon completamente aquella sentencia consoladora de Jesucristo. *Beati misericordes, quoniam illi misericordiam consequentur*. Bienaventurados los misericordiosos, porque ellos alcanzarán misericordia (3). Examinemos, busquemos el decálogo para encontrar la caridad entre los fieles...; y en el decálogo escritas están con caracteres indelebles las palabras *justicia y caridad*; pero en la práctica entre nosotros, justicia y caridad son una mentira. Diganlo los estados, los oficios y obligaciones particulares de cada uno: díganlo esa avaricia insaciable de aquellos de nuestros herma-

(1) Para quedarse sin ninguna.

(2) Que no existe ni puede existir. Léase y consúltese con detencion la eminente obra titulada *Pluralidad de cultos*, del católico jurisconsulto D. Vicente de la Fuente, que á las libertades de *pensamiento* y de *cultos* las trata como se merecen.

(3) San Mateo, cap. v. v. 7.

nos á quienes Dios ha colocado en la pobreza ó en la mediania: avaricia que, con el nombre de *necesidad*, les arrastra á apoderarse de lo ajeno contra la voluntad de su dueño: dígalos ese endurecimiento brutal del corazón de los ricos, que sin tener en cuenta que son administradores de los bienes de los pobres, edifican elevados palacios para que á ellos no lleguen los clamores de la indignancia, y los cierran con puertas de bronce ó de piedra para que no turbe su descanso la orfandad, el desamparo y la viudez que piden por Dios una limosna, si ya en la misma puerta del rico no se tiende una red al pobre para maltratarlo y encarcelarlo como si fuera un criminal. Díganlo esas obras de piedad que se anuncian poco ménos que con clarines y timbales, procurando pasear la fama de los que las practican sobre el carro de la vanidad. Doloroso es tener que denunciar esta conducta tan opuesta al Evangelio, pero que al fin no es estraña si fijamos la consideracion en que los que lo hacen son los adoradores del mundo, del demonio y de la carne. Lo que es terrible, lo que es amargo para un ministro de la caridad, lo que conmueve las fibras del corazón, es tener que quitar la máscara á los que creyéndose caritativos y de veras, dan limosna, visitan enfermos y encarcelados, vuelan de aquí para allí, de día y de noche afanándose para remediar esta ó la otra necesidad, para consolar esta ó la otra afliccion, y, sin embargo, hay que gritarle *nihil sum*. Nada sois, no teneis caridad; y ¿por qué?

¡Ah cristianos! Dominan en todas las clases de la sociedad dos vicios que, á manera de manzanas podridas, infestan y corrompen todas las buenas obras de los que quieren vivir como cristianos: vicios infernales, vicios en los que constantemente se ejercita el demonio, y de los cuales saca mucho partido. *La murmuracion* de todos y de todo, y *el rencor* hácia las personas que nos ofenden. La lengua murmuradora y maldiciente, y el corazón poseido de un odio, de unos resentimientos que no son capaces de destruir todos los misioneros del mundo. ¡Caridad! Y vais á dar una limosna, pero ántes ó despues os creéis autorizados para poner de manifiesto todas las faltas, todos los vicios, todos los pecados, aún los más ocultos de las personas á quienes socorreis. ¡Caridad! Y os basta una mirada indiferente, un ligerísimo desaire, una falta involuntaria contra vuestro rango, una sospecha infundada, un juicio temerario, para aborrecer á vuestro prójimo con sentidos y potencias, y para hacer tomar la resolucion de no volverle á saludar en los días de vuestra vida. A vosotras, personas caritativas por espíritu de vanidad, os diré muy claro que

vuestra caridad es una mentira, que no teneis caridad; á vosotras personas caritativas, pero maldicientes y murmuradoras, os diré que vuestra caridad es una mentira, que no teneis caridad, á vosotras, personas caritativas que, tratándose de vuestros ofensores ó enemigos, os contentais con decir: «No le deseo mal, pero no se me ponga delante, porque no quiero darle la palabra de Dios,» os repetiré una y mil veces: vuestra caridad es una mentira, no teneis caridad.

La caridad, segun Jesucristo, es tan modesta, tan humilde, que no quiere sepa la mano izquierda lo que hace la derecha: la caridad verdaderamente cristiana es paciente, es benigna, todo lo soporta, no busca lo que es suyo, sino que se sacrifica por lo que pertenece á los demás; la caridad evangélica no es una caridad á medias es una caridad perfecta, que ama no sólo á los que la aman, y que no sólo perdona las injurias, sino que ama con ternura, favorece con desprendimiento, y ruega de todo corazón por sus calumniadores y perseguidores: esta es la verdadera caridad. Esta es «esa virtud de las virtudes y esa suma de los tesoros del cielo: virtud que tiene las llaves del paraíso, y que es la aurora de la eterna luz; virtud que es el sol del día de la eternidad, fuego que purifica, vino que embriaga, néctar que regocija, dulzura que sacia, tálamo en que descansa el alma y vínculo tan estrecho que nos hace uno con el mismo Dios, al modo que lo son el Padre Eterno con el Hijo y los dos con el Espíritu Santo.» (1)

Resolvámonos de una vez á imitar á Maria Santísima y á dar entrada en nuestras almas á la verdadera caridad: fuera de nuestro corazón todo lo que no sea inextinguible amor á Dios por sí, y á nuestros hermanos por Él: sea en nosotros la caridad la comida, la bebida, la respiracion, el descanso y todo, como lo fué en Jesucristo y como lo fué y lo es en Maria Santísima. Atesoremos en la tierra para el cielo; consolemos, rocorramos, perdone-mos, siempre desinteresadamente, siempre por Dios, siempre por la caridad; y esperemos llegará un día en que, acompañados de la Dispensadora de todas las misericordias, en alas del amor divino, nos trasladaremos desde este destierro á la celestial Jerusalén, donde oiremos aquella hermosa é inspirada sentencia que nos diga: «Venid, benditos de mi Padre, á tomar posesion del trono que os tengo preparado por toda una eternidad.» Así sea.

(1) Madre Agreda: *Mist. ciud. de Dios*.

DISCURSO XIX.

Concepcion.

Ave, gratia plena: Dominus tecum: benedicta tu in mulieribus.

Salve, llena de gracia, el Señor es contigo, y bendita tú, entre las mujeres.

(SAN LÚCAS, cap. 1, v. 28.)

LEVÁNTATE y esclarecete, Jerusalen militante, esposa muy amada del Cordero sin mancilla, Iglesia tambien inmaculada; levántate y esclarecete, porque ya aparece el astro que te ha de iluminar, y porque la gloria del Señor se cierne sobre Tí con toda su plenitud. Tiempo es ya de buscar en las fluctuaciones del mar borrascoso de la vida un puerto bonancible donde descansar de las pesadas fatigas, y le encontraremos: tiempo es de que se desvanescan las sombrías tinieblas con que el pecado oscurece nuestro entendimiento, y de que hallemos los resplandores luminicos de la gracia que alegren nuestras potencias y sentidos, y los hallaremos, tiempo es de que, sacudiendo este mortal desmayo en que pretenden sumergirnos la incredulidad y el indiferentismo religios., reanimemos en nosotros con lucidez mayor la antorcha del fervor y de la fe, y así lo harémos. Despojémonos de todo lo que sea tierra, y vistámonos de cuanto sea cielo; abandonemos la materia y sigamos al espíritu, y en alas de esa Religion de que somos hijos, levantemos el alma á Dios, el corazon á Maria, y llevemos la consideracion al centro de la unidad católica, á la Ciudad Eterna, mansion del Vicario de Jesucristo, á la ciudad de Roma.

Y en la Ciudad Eterna se entusiasmará y dilatará nuestro corazon cuando allí veamos reunida la muchedumbre de los mares y la

fortaleza de las gentes; los pobladores de Madian, de Epha y de Sabá ofreciendo el oro de sus plegarias y el incienso de sus aspiraciones, y preludiando para el Señor infinitas y encantadoras alabanzas. Sí, señores; ese firmamento donde resplandece con toda su pureza el sol de la verdad; ofrece hoy el espectáculo más grandioso que ha conocido ni espera conocer la generacion presente; el episodio más magnífico que en láminas inmortales puede grabar la historia, y la esperanza más risueña y el consuelo más eficaz que en esta época de tribulacion y de infortunio puede imaginar el Cristianismo. Trátase de una maravilla que deleita á los cielos y enfurece á los abismos; del éxtasis de los ángeles y del pasmo de los hombres; del esplendor del Criador y de la delicia de las criaturas: se trata de la Concepcion inmaculada de Maria, de Maria Santísima concebida sin pecado original. Y nosotros, no menor ni ménos amado número del rebaño de Jesucristo, nos hallamos congregados en esta basilica santa para santificar nuestras almas á la sombra de la que es toda hermosa y sin mancha, reverenciándola y festejándola llena de gracia y bendita entre todas las mujeres: *Gratia plena, benedicta tu in mulieribus.* Y limpia de toda imperfeccion desde el instante primero de su Concepcion inmaculada.

Y como si fuera fácil empresa á un entendimiento mezquino y á una capacidad muy limitada; y como si la empresa no fuera superior y excediera con mucho las débiles fuerzas de un hombre, á mi entendimiento y á mis fuerzas, á mi corazon y á mi lengua confiais en esta mañana la honorífica cuanto difícil mision de panegirizar la Concepcion sin mancha de Maria; sin tener en cuenta que tratar este misterio es, al lado de la divina Maternidad, tratar lo mayor, lo más excelso, lo más sublime que ennoblece á la Señora: es como desviar los ojos de la oscuridad de la noche para elevarlos á la claridad del dia: esquivar nuestras miradas á la luna para consagrárselas al sol: abandonar los fugitivos deleites de la naturaleza para embriagarse con las sempiternas maravillas de la gracia: es perder de vista los desiertos arenales del tiempo para engolfarse en los abismos de la eternidad. Tratar de la Concepcion inmaculada de Maria, diciendo de asunto tan peregrino cuanto de Ella se puede y como se debe decir, les intentar un imposible, es como querer rasgar el último de los siete sellos que cierran el libro misterioso; es como atreverse á abrir el Arca del Testamento; es, y séame permitido esplicarme de esta manera, como poner el dedo en lo más recóndito de los secretos de Dios.

Pero al mismo tiempo que es lo más secreto, el corazon nos

dice que es también lo más seguro; por eso desde el nacimiento de la Iglesia la Concepción Inmaculada de María es el mar insondable donde dichosamente han navegado los talentos más florecientes de la Cristiandad: es la roca donde se han estrellado los sangrientos embates de la impiedad, y el faro á cuya lumbrera se han disipado las dudas de una timidez religiosamente escrupulosa. *La Concepción inmaculada es la prerogativa más excelente y más incomparable con que el Altísimo supo y quiso condecorar á María, y uno de los consuelos más poderosos que pudo dispensar al género humano:* asunto de mi discurso, para desenvolver el cuál me servirán de punto de partida las palabras que he presentado para texto: *Ave, gratia plena, Dominus tecum, benedicta tu in mulieribus.* «Salve, llena de gracia, el Señor es contigo, bendita entre todas las mujeres.»

Sin los auxilios divinos nada puede el hombre; con la gracia de Dios todo lo consigue, y la gracia se obtiene por la poderosa mediación de la Reina inmaculada, saludándola con el Arcángel San Gabriel:

Ave Maria.

«Yo vi un cielo nuevo y una tierra nueva, escribe en el Apocalipsis el discípulo amado de Jesucristo; el cielo primero y la tierra primera, dejaron de ser, y el mar desapareció; y vi bajar desde el seno del mismo Dios una Jerusalén santa, engalanada y enriquecida como la esposa que se adorna para recibir á su Señor, y desde lo más elevado del trono oí una voz que decía: «Hé aquí el tabernáculo de Dios con los hombres, «y donde habitará con ellos.» Y en este mismo momento, señores, asalta á nuestra imaginación aquella graciosa embajada de San Gabriel á María Santísima en su solitario retiro de Nazareth: *Ave, gratia plena.* «Dios te salve, llena de gracia.» Dios te salve, cielo nuevo de paz, de tranquilidad y de pureza que oculta tras de sí aquel otro cielo, instantáneamente trastornado por la soberbia del arcángel maldito; tierra nueva, tierra bendita, tierra santificada donde no fecundará el abrojo, ni aposentará la maleza de la culpa, porque en ella no cabe más que la semilla de la virtud, como que sobre ella no llueve otro rocío que el rocío de la gracia; tierra nueva que hizo desaparecer de la afligida consideración de la criatura aquella tierra infortunada que, por el pecado original que á María no tocó, quedó tristemente convertida, de paraíso de delicias, en pedregoso y deplorable valle de lágrimas.

Dios te salve, Jerusalén nueva y santa; nueva siempre á la

espectación de cuantos te ansían y al afecto de todos los que te aman; ordenada desde la eternidad del Supremo Hacedor, y ántes que todas las cosas fueran criadas; Jerusalén santa, prodigiosamente santa, la santa entre todas las criaturas, y en donde tu Criador tuvo su tabernáculo; Jerusalén embellecida y ataviada de lo más excelente, de lo más elegante, de lo más seductor que puede embellecer á una amante para recibir de su amado, á una esposa para hospedar á su esposo, á una esclava, pero libre de todo contagio, para cautivar al señor que la preservó; Jerusalén cuya santidad supone pureza, cuya pureza revela una existencia casi como la de Dios, que no conoció principio y que nunca tendrá fin. María, el pensamiento más hermoso, más cándido y más feliz de la Divinidad, no podía ménos de ser llena de gracia, es decir, exceptuada entre todo en la eternidad, santificada en el tiempo, inmaculada en su Concepción; y hé aquí el tabernáculo de Dios con los hombres, como si dijéramos: el seno de María, el vientre de María, el útero de María; seno inmaculado donde Dios vestirá la carne del hombre sin dejar de ser Dios; vientre bendito que allá en los cielos hará brillar la luz indeficiente de nuestra salvación; útero absolutamente inmune, donde el Criador se hermanará con la criatura; donde los hombres infelices por naturaleza, verán consumada su felicidad por una mujer llena de gracia. *Gratia plena.*

Retrocedamos un paso no más por el misterioso laberinto del Apocalipsis, y lo que el hasta ahora nos ha enseñado en figura, aprendámoslo peregrinamente reflejado en el espejo de la realidad. «Un signo sorprendente, nos dice, apareció en el cielo: era una mujer vestida del sol, cuyas plantas descansaban sobre la luna, y su frente estaba coronada por doce fulgentísimas estrellas.» Y esta mujer no es, ni nadie hasta ahora nos ha dicho que pueda ser otra que María, concebida sin mancha de pecado original. Examinemos la naturaleza. Mirad el sol: donde reina el astro del día, la luz no puede ser más llena, más refulgente ó más consoladora; donde aparece el sol no hay densa bruma, ni tupida niebla que eclipsa la soberana majestad de ese lumínar de fuego, reflejo en miniatura de la soberana majestad de Dios. ¡Oh cuán hermoso es el sol! La contemplación de ese príncipe de los astros arrastra nuestra pequeñez con una fuerza más activa que la del imán, hasta colocarla frente á frente con el que sacó de las sinuosidades del caos su gentileza, su intensidad, su transparencia. La luna nos anuncia la noche; nuestros ojos la divisan al declinar el día: derrama en nuestro corazón el silencio, la incertidumbre, el descanso,

á veces la amargura; y si atentos y metafísicamente la consideramos, hace exhalar á nuestros lábios suspiros de desconsuelo, y resbalar por nuestra mejilla una lágrima de aflicción. El sol está limpio, la luna aparece manchada. Las estrellas y los luceros son la hermosura más explícita, más caracterizada de lo que en sí ya es hermoso: son como perlas con que la mano de Aquel que cuando quiere hace cuanto puede ha salpicado la hermosura del firmamento, no de otra manera que una playa aparece también salpicada de perlas cuando poco á poco se reconcentra otra vez dentro de sus límites el turbulento mar que salió de madre. El sol es la gracia, la luna el pecado, las estrellas la virtud. Donde la gracia reina, es incompatible el pecado; donde superabunda el bien, no tiene cabida el mal; donde las virtudes aparecen, desaparecen los vicios. La gracia produce la alegría, el pecado la tristeza; el bien aumenta y sostiene las esperanzas, el mal nos tiende las redes de la desesperación; las virtudes nos embellecen, los vicios nos cubren de lepra y hacen de nosotros un objeto detestable á los ojos de Dios y repugnante y asqueroso á la vista de los hombres.

El sol que circundaba con hermosa variedad á la mujer vista por San Juan en su destierro de Pathmos, no era el sol de la naturaleza, sino el sol de la justificación; no rodeaba sólo su frente emblema de unas potencias privilegiadas, ni ceñía aisladamente su corazón, morada de unos sentimientos perfectísimos, sino que la hermoseaba de alto á bajo, cubriéndola desde la cabeza hasta los pies, y desde el extremo de una mano hasta el extremo de la otra mano: era lo que el texto expresa con tanta verdad como laconismo: *Mulier amicta sole*: una mujer vestida del sol; pero del sol de la gracia, que, rodeándola y defendiéndola completamente, hacia inaccesible la entrada de la más ligera imperfección hasta el alma de aquella mujer privilegiada. Y á sus plantas la luna. No solamente María Santísima por el sol de la gracia fué preservada del contagio de la culpa original, no sólo los resplandores del astro eterno de la justificación alejaron de María el hálito ponzoñoso del pecado, sino que la culpa y el pecado original vinieron á prosternarse vencidos ante sus pies. María aplastó la cabeza de la serpiente astuta, en cumplimiento de una ley irrevocable y divina; y, lejos de nosotros sospechar que la vencedora del pecado estuviera un instante siquiera sujeta á la ley de los vencidos: apártese, porque horroriza, de nuestra imaginación la idea de ver esclava á la libertadora universal; no contristemos nuestra alma temiendo ver empañada la hermosura siempre viva, siempre creciente, de la Virgen de las vírgenes, con la mancha que entur-

bió la belleza que á su entrada en el mundo sonreía á nuestros primeros padres! Triunfó María, y su triunfo fué anticipado, seguro, infalible é interminable; su triunfo nunca vaciló ni fluctuó en las vicisitudes de los combates: este triunfo aumentó su gloria; esta gloria llevó el regocijo hasta lo increíble; el regocijo encendió el amor en los cielos y en la tierra, en los seres creados é increados, visibles é invisibles; y este amor la creyó, la publicó y la defendió en los siglos pasados y presentes, inmaculada en su Concepción, exenta de toda mancha desde su animación natural, como llena de gracia y bendita entre todas las mujeres.

Nada me queda que desear cuando veo á María Santísima revestida del sol y teniendo el disco de la luna por escabel de su bendita planta; y sin embargo, señores, si nada me queda que desear, me queda todavía mucho que ver: su frente coronada de brillantísimas estrellas. Ya lo dije: y á la criatura Santa, á la Bienaventurada criatura que tenía por manto la gracia y por peana la culpa, de ninguna manera la faltaría la diadema de la virtud; pero virtud grande, virtud abundantísima, virtud práctica, que, rodeando sólo su purísima cabeza, indicaba más todavía, significaba claramente cuánta santidad había de admirarse en la que es modelo de todas las virtudes y Madre y consuelo de todos los vivientes; y aquellas estrellas que deslumbraban los ojos, cautivaban el corazón; allí estaba ingeniosamente entrelazado lo angelical de los ángeles, lo justo de los justos, lo santo de los Santos; y cuanto es pureza, y cuanto expresa inmunidad, y cuanto explica bienaventuranza, todo, cristianos, se reunió en María Santísima Inmaculada en tiempo y eternidad; toda limpia desde el instante primero de su ser. *Gratia plena*. Llena de gracia, según se lo comunicó el Arcángel al anunciarla el misterio consolador de la Encarnación del Verbo.

Permitásenos, para poder continuar, una cristiana digresión. Suspiramos, deseamos y apetecemos saber cómo y por quién y en dónde fué formada el alma de María, no para creer, porque todos creemos que fué concebida sin pecado original, sino para ensalzar y bendecir y glorificar más la Omnipotente diestra que tan hermosa la formó, que así la recompensó, y que tanto nos favoreció dándonos para vida regeneradora de nuestra corrompida naturaleza una mujer que, á no ser Dios, todo lo es. Á este espectáculo embelesador nos conducen también y con mucha facilidad, las segundas palabras del parainfo celestial. *Dominus tecum*. «El Señor es contigo.» Según que á mi imaginación se presentan en este momento los cielos, allí se espera un acontecimiento maravilloso que satisfaga la universal expectación, que destruya la victo-

ria que sobre los hijos de Eva alcanzara un enemigo infernal, y cuya fama lleve el clarín de la inmortalidad de nacion en nacion, de siglo en siglo y de generacion en generacion. Observemos. Todas las gerarquías celestiales, los ejércitos innumerables de espíritus angélicos, despliegan repentinamente sus alas, é inclinan sus frentes en testimonio de religiosa veneracion: millares de voces entonan un sólo cántico; el *Hosanna* retumba por todas partes, la inquietud aumenta, la animacion es más sensible, el resplandor es más brillante, y en todas las mansiones del Padre celestial una sola oracion repite con entusiasmo venerable: «Santo, Santo, Santo.» Una inspiracion del Altísimo produce un alma, y esta alma aparece meciéndose, suspendida por el dedo de Dios, en espacios infinitos; y esta aparicion embelesa á los cielos, expansia á la tierra, hace crugir de temblor á los infiernos, y todo es paz, todo prosperidad y todo saluda al alma Inmaculada de Maria, diciéndoles llena de gracia: el Señor es contigo: *Dominus tecum*.

Naturaleza huérfana, porque una madre prevaricadora te abandonó en un momento de delirio á los rigores de la Suprema Justicia, consuélate, que ya está decretada, y formada, y concebida sin manchilla la que ha de ser tu verdadera Madre por su misericordia. Arida tierra, tierra infecunda para el bien, pero sobrado fecunda para la iniquidad, abre tus entrañas á la lluvia benéfica de la gracia, apresta tus senos contaminados por la abominacion, porque vá á purificarlos y renovarlos una brisa consoladora, y de ellos germinarán más tarde las palmeras de Cades, las olivas frondosas de los campos y las rosas de Jericó: hirvientes olas del diluvio universal que habéis sumergido en el fondo de la nada la carne que corrompiera sus caminos, retroceded y humillaos: sobre vuestras desoladoras corrientes un arca de maderas incorruptibles salva la familia más amada entre los amados de Jehová: de aquella arca sale una paloma tan blanca, tan inocente, tan sencilla como puede serlo una paloma; y lleva un ramo de oliva, y se ausenta y vuelve, y torna á salir, y entónces un iris de paz, un iris de gloria, un iris de amor enlaza los cielos con la tierra, ahuyenta las nubes, conjura la tormenta, disipa la oscuridad, y despues de las tinieblas aparece más radiante la luz. El arca es Maria, la paloma es Maria, la oliva su triunfo, el iris nuestro consuelo por Maria, nuestro refugio por Maria, nuestra salvacion en Jesucristo y por Maria Inmaculada, cuya alma formó Dios Uno en esencia y Trino en personas, y á cuya concepcion purísima asistió en pleno consistorio y con admirable empeño toda la Beatísima Trinidad.

Veámoslo.

Faciamus hominem ad imaginem et similitudinem nostram, dijéronse á sí mismas las tres Personas divinas en un dia memorable para el mundo: «hagamos al hombre á nuestra imágen y semejanza,» y el hombre fué hecho y formado en la gracia; pero despreció la gracia y se reveló contra la voluntad de Dios, y de hijo de bendicion quedó por la ingratitud convertido en hijo de maldicion y de ira. «Formemos á Maria, volvió á decirse á sí misma la Trinidad indivídua en el instante grandioso que hoy solemnizamos; principiemos la obra de nuestro beneplácito; formemos Aquella criatura que en nuestra presencia ha de encontrar gracia entre todas las demás; criemos en toda santidad esa alma en que no tome parte el desórden del primer pecado; el alma de nuestros deseos, atributo de nuestro poder, portento de nuestra sabiduria, hoguera inconsumible de nuestro amor.» *Faciamus*. «Hagamos:» y así se hizo.

Esther aparece en actitud sumisa y suplicante, pero rica y espléndidamente ataviada en la presencia del poderoso Assuero; el soberano de la Persia deja caer la estremidad de su vara sobre el hombro de la que es mitad de su corazon, esceptuándola de la ley de exterminio general que amenaza al pueblo hebreo: el divino Assuero, el Assuero infinitamente poderoso, pone en manos de Maria el cetro de su plena autoridad: «y porque has de ser, la dice, Hija del Eterno Padre y Madre del Hijo en quien yo deposito todas mis complacencias, y complacencia mia, te esceptúo del contagio general; no se entiende contigo ese anatema de muerte que hace pesar sobre los hombres el funesto pecado original, yo te decreto Inmaculada, y ni el espacio que media desde un aliento á otro aliento, el leon rugiente que busca devorarte ha de ver esclava á la destinada por Reina de los cielos y de la tierra, de los ángeles y de los hombres.»

Salomon, señores, como la saeta desprendida del arco, se desprende de su trono y vuela á los brazos de su madre Betsabé, y, como si á ella debiese aquella riqueza inmensa que le hace envidiable y aquella sabiduria portentosa que le granjea el amor, el respeto y la veneracion de todos sus vasallos, la eleva hasta su mismo solio, la coloca á su diestra, y con una ternura que sólo sabe expresar el corazon de un hijo, la dice: «¡Pedid, madre mia! ¿Qué habrá en todos mis dominios que no pueda yo poner á vuestras plantas? Vos sois mi madre; yo soy vuestro hijo; mi trono es vuestro trono; mi regalo vuestro regalo; el que á vos engrandece, á mí me honra, y el que os ofende, madre mia, pone su mano oriminal en medio de la pupila de mis ojos.» El Salomon eterno,

Jesucristo, el mejor de los hijos, paga á Maria, la mejor de las madres, este deífico tributo en el instante primero de su immaculada concepcion; y Omnipotente, misericordioso y Santo, consustancial á su Padre, igual y una misma cosa con su Padre, aposenta á Maria en su trono, que es el trono de su sabiduria; derrama sobre Ella su omnipotencia, su misericordia, su santidad, todo cuanto le pertenece como á Dios, y sanciona este milagro de la gracia con el sello de la gracia original. Vos sois mi Madre, Yo soy vuestro Hijo; Yo, que soy la Sabiduria por esencia y por excelencia, sé muy bien cuánto merece una Madre como Vos; os quiero, no solamente Madre-Virgen, sinó Madre Inmaculada; porque no puedo ni debo consentir se llame Hija miserable de la culpa la que ha de ser Madre de la gracia misma, Jesucristo.

Jacob siente inflamarse su pecho con la llama del amor: este amor, que aún no conoce al objeto amado, le conduce como insensiblemente hasta las moradas de Laban; en la mitad del camino, una doncella adornada con lo más gallardo que tiene una mujer, sorprende su corazon. Jacob saluda á Raquel, imprime en su frente el ósculo del cariño, y llora de júbilo, y siente no poder ofrecerla, en cambio de su mano, los infinitos tesoros del universo. Siempre el amor hace esclavos; Jacob sacrifica siete años su libertad con la esperanza de desposarse con Raquel, y aún le parece poco, y aún apetecía mayor esclavitud, porque mayor, incomparablemente mayor, era el amor que la tenia. El Espíritu Santo, todo amor, angusta procedencia del Padre y del Hijo, como que es el amor que mútua é infinitamente se tienen entre sí, sorprende en el camino de su concepcion á aquella Raquel divina cuya galanura eclipsa á los querubines, y cuyo amor deja muy inferiores á los serafines. «Abreme, la dice, tu corazon, immaculada amiga mia;» y el alma de Maria se abrió á los halagos divinos del Espíritu consolador, como se abre tranquilo el cáliz de una amapola al saludarla fugitivas las auras de la mañana: «toda eres hermosa, y yo no encuentro en Ti lunar que empañe tu belleza.» ¿Ni cómo habia de tenerle aquella criatura á quien el mismo Espíritu Santo sombrearia con sus alas en el instante de la Encarnacion del Verbo? Maria tomó asiento á la sombra del deseado de su corazon. El Espíritu Santo la proclamó Reina del Amor Hermoso y de la Esperanza Santa; y la concepcion de Maria fué el fruto eternamente bendito del amor del Padre, del Hijo y del Espíritu Santo. El Padre la confirió su omnipotencia como á su Hija, el Hijo la infundió su sabiduria como á su Madre, el Espíritu Santo la comunicó su amor como á su Esposa. Y las tres Personas de la

Beatísima Trinidad designaron, concurrieron y verificaron en sus consejos eternos la concepcion immaculada de Maria. ¡Con cuánta razon, señores, admiré yo esta misma concepcion, terminantemente expresa en la salutacion del Arcángel San Gabriel: *Ave, gratia plena, Dominus tecum*: Salve, llena de gracia, el Señor es contigo!

Y, contenida y comprobada la concepcion sin mancha de la Virgen en estas primeras palabras, ¿dudaremos encontrarla explícitamente determinada en las últimas, *Benedicta tu in mulieribus*, bendita entre todas las mujeres? Cerremos las páginas del *Apocalipsis* con sus brillantes imágenes; descendamos del eterno solio donde el Padre, el Hijo y el Espíritu Santo han revelado á los humildes lo que ocultaran á los soberbios, y escuchemos el testimonio de Maria Santísima: *Ego ex ore Altissimi prodivi, primogenita ante omnem creaturam*. Yo, Maria, salí de la boca del Altísimo, y de la boca del Altísimo no se desprende otra cosa que gracia, pureza y santidad: engendada ante todo lo nacido para ser Señora de lo creado y de lo increado, de lo que á mi concepcion tuviera ser y de que todavía no hubiera respirado las auras de la vida; para ser Reina de los espíritus celestiales, y los ángeles fueron criados en gracia; y no se comprende, porque no fué, que la Emperatriz de las potestades, de los tronos y de las dominaciones estuviera un sólo momento uncida al yugo vergonzoso del pecado.

El firmamento con sus maravillas, la naturaleza con sus fenómenos y el mar con sus secretos; las flores que embalsaman la primavera, los frutos que enriquecen el otoño y las espigas donde el estío tiene su dorado lecho; esa capa de nieve que sirve de manto al aterido invierno, las aves que con sus acordes trinos regocijan el corazon, el justo que alaba á Dios, el pecador que le ofende, todo, cristianos, salió completamente perfeccionado de la boca del Altísimo. ¿Y cómo no habia de salir de ella pura, immaculada y limpia la que es alegría del firmamento, sosten de la naturaleza y sonrisa de los mares; aroma de las flores, sentimiento de los frutos y vida de las estaciones; y armonía de las aves, y Reina de los justos, y Madre siempre cariñosa, siempre compasiva de los pecadores? Yo salí de la boca del Altísimo engendada ante toda criatura: ántes que yo, sólo Dios; todo lo demás despues de mí: la creacion un cúmulo inmenso de maravillas; yo sola la maravilla de todas las maravillas; yo mujer destinada á pelear y á quebrantar la cabeza de la antigua serpiente, exenta de pecado, concebida en gracia desde mi primer instante; Mujer que salió,

finalmente, de la boca del Altísimo para llamarse bendita entre todas las mujeres: *Benedicta tu in mulieribus.*

Dominus possedit me in initio viarum suarum. «El Señor me poseyó desde el principio de sus caminos.» ¿Ni cómo había de poseer Dios una cosa manchada, una cosa imperfecta, una cosa contaminada? Desde el principio de sus caminos: camino seguro, camino santo, camino eterno para acercarnos á Dios, es el Verbo, y el Verbo era en el principio, y allí estaba Maria, camino de humildad por donde Jesucristo bajase hasta nosotros, y camino de amor por donde nosotros subiésemos hasta Jesucristo. «Aún no existían los abismos, y yo ya estaba concebida;» todavía el pecado de Adán no había abierto los abismos de la divina justicia; todavía no había el hombre precipitado su felicidad en el cenagal de sus pasiones, y yo ya estaba concebida; pero concebida sin mancha para cambiar las pasiones en virtudes y convertir la justicia en misericordia. «Aún no habían brotado las fuentes de las aguas: todavía no gravitaba sobre sólida base la mole de los empinados montes: aún no existía el universo, ni el océano reconocía límite, ni la tierra murallas, *Et ego jam concepta eram.* «Y ya estaba yo concebida.» No habían brotado las aguas del Decálogo en las fuentes del monte Sinaí; no destilaba la gracia de los surtidores inagotables de los Sacramentos de Jesucristo; no se encumbraban aun hasta el cielo los Patriarcas y los Profetas y los Apóstoles, descansando sobre el cimiento inmóvil de una firmísima fe; aún no tocaban los cielos los confesores con sus lirios, los mártires con sus laureles, las vírgenes con sus azucenas, teñidas con la sangre de la penitencia, del martirio y de la persecucion; todavía el corazón humano no reconocía la esperanza en Dios como límite de sus desordenados deseos, ni los peregrinos de la tierra estaban estrechamente circuidos con el muro de la caridad, *Et ego jam concepta eram.* «Y yo ya había sido concebida;» pero concebida inmaculada, sin pecado original, para ser llena de gracia y bendita entre todas las mujeres.

El Señor estaba conmigo, y yo *cum eo eram cuncta componens.* Con Él estaba ordenándolo todo, embelleciéndolo todo, santificándolo todo, y no pudiera ordenarlo si no fuera perfecta; ni embellecerlo si no fuera pura; ni santificarlo si no estuviera eminentemente santificada; ni Reina fuera de la pureza, ni Madre de Jesucristo, si ántes hubiera sido hija del demonio y esclava de Lucifer. Concluyamos de una vez, auditorio cristiano; el corazón del hombre que para todo es finito, cuando se trata de Maria Santísima es, digámoslo así, infinito; y el testimonio de nuestro corazón nos

asegura que Maria Santísima fué concebida sin mancha de pecado original. Así lo sentimos, así lo confesamos y así lo defendemos. Nuestro corazón ambiciona y nos arrebató á ver una mujer toda privilegiada, toda portentosa, toda extraordinaria; una mujer que porque es nuestro refugio y nuestra esperanza, nuestra delicia y nuestra Madre, sea toda grande, toda excelente, toda incomparable, y que nada tenga de comun con el resto de las criaturas, y esta Mujer es Maria Santísima; todos prevaricamos, y Maria no pecó; todos nacimos esclavos, Maria estuvo siempre libre; todos nacimos frágiles, miserables, necesitados de oír de boca del Salvador en el madero de la Cruz: *Ecce Mater tua.* «Ahí tenéis á vuestra única Madre.» Maria nació fortaleza de los débiles, riqueza de los miserables, y llena de merecimientos, para oír de parte de toda la Trinidad Santísima, y por boca del Arcángel San Gabriel: *Ave, gratia plena, Dominus tecum, benedicta tu in mulieribus:* «Salve, llena de gracia, el Señor es contigo, bendita entre todas las mujeres;» es decir, inmaculada en su concepcion. Prerogativa la más incomparable, la más justa, la más excelente al lado de la maternidad divina, con que el Eterno supo y quiso condecorar á Maria Santísima, y consuelo el más eficaz y esperanza más halagüeña que pudo dispensar el género humano.

Y el género humano así lo reconoció desde el origen de las edades: de ahí en la ley natural esas imágenes encantadoras que simbolizan á Maria Inmaculada: en la ley escrita esas mujeres prodigiosas cuya aparicion y cuyos hechos representaron majestuosas y anticipadamente á la que es existencia de nuestras almas y luz de nuestro entendimiento, á Maria Inmaculada: de ahí en la ley de gracia esa oracion continua del pueblo cristiano, pendiente de los labios de Maria, ese amor siempre en aumento en nuestros corazones, pendiente del corazón amante de Maria. Los Soberanos Pontífices, franqueando los tesoros de la Iglesia, y derramando á manos llenas sobre la Inmaculada Concepcion indulgencias, privilegios y bendiciones; los soberanos de la cristiandad, y especialmente nuestros católicos monarcas, pronunciando un juramento solemne, instituyendo Órdenes que justamente llamaron distinguidas, y proclamando á Maria Santísima de la Concepcion única Patrona de todos los dominios españoles. De ahí esa multitud de corporaciones que honran y se honran con el misterio de Maria Inmaculada, y entre ellas esta archicofradía de la Medalla Milagrosa, medalla cuya sola propagacion es un milagro, medalla que en todas partes se halla, que entre todas las familias se venera, y por la que todas las criaturas suspiran. De ahí, finalmente, ese

acontecimiento necesario, grandioso, palpitante; esa asamblea general, esa reunion del Príncipe, de los Pastores, de los hombres eminentes de la Iglesia para elevar á la suprema cotería de dogma católico el misterio de la Inmaculada Concepcion. Descienda el Espíritu Santo y decida: y concédanos el Señor, si así conviene, y puesto que tan amantes somos de la Virgen, presenciar, encarecer y disfrutar esta maravilla, sello de todas las maravillas de Maria; y maravilla de la que depende, segun el espíritu de nuestro santísimo y amantísimo Padre Pio IX, el remedio de todos los males que nos afligen, de todas las calamidades que nos rodean, y en la que se apoya el principio de la paz general del mundo. Supliquemos al Señor con todo el fervor de nuestros corazones conserve en nuestras almas este amor tan saludable y tan consolador, este amor inextinguible que profesamos á la Concepcion Inmaculada de Maria, para que honrándola en esta vida con el afecto de verdaderos hijos, y defendiéndola con el valor de verdaderos cristianos, despues de este destierro nos reunamos en la pátria celestial, donde, en compañía de los ángeles y de los bienaventurados, digamos: Bendita y alabada sea Maria Santísima Madre de Dios y Señora nuestra, concebida sin mancha de pecado original, por los siglos de los siglos. Así sea (1).



(1) Predicado en la parroquia de San Ginés de Madrid, precisamente el día 8 de Diciembre de 1854, día y año de la definición.

DISCURSO XX.

Inmaculada Concepcion.

Multæ filiae congregaverunt divitias; tu supergressa es universas.

(Proverbios, XXXI, 29.)

Muchas hijas reunieron riquezas; pero Tú las has excedido á todas.

(Proverbios, *ut supra*.)

ESTREMECE, católicos, el corazon de la criatura sensata el solo recuerdo de la ingratitud con que el hombre, ignorante ó perverso, ha correspondido en todas las épocas á las finezas de su Criador. Señálase la entrada de nuestros primeros padres en el mundo por una prevaricacion ignominiosa, que de felices los hace infortunados, y de paraiso de bendicion convierte la tierra en un erial, cuyas entrañas producirán á viva fuerza el pan de cada dia, regado con el sudor de nuestra frente. La descendencia de Noé, tan pródigamente favorecida del Señor, se distingue por el desbordamiento de sus apetitos, por el desentrenamiento de la sensualidad y la corrupcion general de las costumbres, que arranca con violencia de la diestra de un Juez indignado un diluvio que hace desaparecer con las masas de delincuentes la ponzoña de los delitos, y fluctuar sobre las corrientes las reliquias salvadoras de la justificacion. El reinado de los caudillos Moisés y Josué se hace tristemente célebre por una alternativa interminable de apostasias del espíritu y delirios del corazon. El imperio del justo David se conmueve con las deplorables consecuencias de un adulterio. La gloria, la magnificencia y la sabiduria de Salomon se ofuscan, se eclipsan y desaparecen bajo la espesísima niebla de un abandono completo de Dios y de una repugnante idolatría. La nacion, final-

acontecimiento necesario, grandioso, palpitante; esa asamblea general, esa reunion del Príncipe, de los Pastores, de los hombres eminentes de la Iglesia para elevar á la suprema cotería de dogma católico el misterio de la Inmaculada Concepcion. Descienda el Espíritu Santo y decida: y concédanos el Señor, si asi conviene, y puesto que tan amantes somos de la Virgen, presenciar, encarecer y disfrutar esta maravilla, sello de todas las maravillas de Maria; y maravilla de la que depende, segun el espíritu de nuestro santísimo y amantísimo Padre Pio IX, el remedio de todos los males que nos afligen, de todas las calamidades que nos rodean, y en la que se apoya el principio de la paz general del mundo. Supliquemos al Señor con todo el fervor de nuestros corazones conserve en nuestras almas este amor tan saludable y tan consolador, este amor inextinguible que profesamos á la Concepcion Inmaculada de Maria, para que honrándola en esta vida con el afecto de verdaderos hijos, y defendiéndola con el valor de verdaderos cristianos, despues de este destierro nos reunamos en la pátria celestial, donde, en compañía de los ángeles y de los bienaventurados, digamos: Bendita y alabada sea Maria Santísima Madre de Dios y Señora nuestra, concebida sin mancha de pecado original, por los siglos de los siglos. Así sea (1).



(1) Predicado en la parroquia de San Ginés de Madrid, precisamente el día 8 de Diciembre de 1854, día y año de la definición.

DISCURSO XX.

Inmaculada Concepcion.

Multæ filiae congregaverunt divitias; tu supergressa es universas.

(Proverbios, XXXI, 29.)

Muchas hijas reunieron riquezas; pero Tú las has excedido á todas.

(Proverbios, *ut supra*.)

ESTREMECE, católicos, el corazon de la criatura sensata el solo recuerdo de la ingratitud con que el hombre, ignorante ó perverso, ha correspondido en todas las épocas á las finezas de su Criador. Señálase la entrada de nuestros primeros padres en el mundo por una prevaricacion ignominiosa, que de felices los hace infortunados, y de paraiso de bendicion convierte la tierra en un erial, cuyas entrañas producirán á viva fuerza el pan de cada dia, regado con el sudor de nuestra frente. La descendencia de Noé, tan pródigamente favorecida del Señor, se distingue por el desbordamiento de sus apetitos, por el desentrenamiento de la sensualidad y la corrupcion general de las costumbres, que arranca con violencia de la diestra de un Juez indignado un diluvio que hace desaparecer con las masas de delincuentes la ponzoña de los delitos, y fluctuar sobre las corrientes las reliquias salvadoras de la justificacion. El reinado de los caudillos Moisés y Josué se hace tristemente célebre por una alternativa interminable de apostasias del espíritu y delirios del corazon. El imperio del justo David se conmueve con las deplorables consecuencias de un adulterio. La gloria, la magnificencia y la sabiduria de Salomon se ofuscan, se eclipsan y desaparecen bajo la espesísima niebla de un abandono completo de Dios y de una repugnante idolatría. La nacion, final-

mente, escogida, el sacerdocio real, el pueblo de adquisición dentro de cuyos muros naciera y en medio de cuyas turbas predicara con inauditos ejemplos y celestial doctrina el Santo de los Santos, el Pastor divino, el Salomon sapientísimo, Jesucristo, sella su perversidad característica con un deicidio horrendo, consume el más horrible de todos los atentados, y atrae sobre sí un anatema fatal que hace peregrinar á la raza judáica de día y de noche, dispersa y fugitiva, sin ley y sin domicilio, sin ilusiones y sin esperanzas por toda la redondez de la tierra.

Pero siempre, y esto es lo que no se sabe explicar porque tampoco se puede comprender, siempre al lado de una mano justiciera que nos azota, se ha dejado sentir otra mano benéfica que nos defiende, y cerca de una calamidad que nos impelia á la desesperación, improvisábase un suceso favorable que levantó el corazón en alas de la esperanza: por eso á la culpa de Adán acompaña la promesa de la redención; surca las ondas del diluvio la nave salvadora; el hambre, la sed, la peste y todas las plagas mortíferas del Egipto hallan su remedio en la peña de Oreb, en el maná que descende de los cielos y en la serpiente de metal. Josué detiene el sol y se reanima la casi amortiguada fe: las lágrimas que arranca el crimen de David se enjugan con la penitencia y el arrepentimiento; y como del fango inmundo de la idolatría salomónica se levanta Jeroboán radiante á los ojos de Dios y de los hombres, y digno de la prosperidad, de las promesas y de las bendiciones.

Esa familia desgraciada por lo desagradecida, que debiera y pudiera ser exterminada en el lugar y en el instante mismo de su infernal delito, de todas partes huye, pero en todas partes vive, esperando que el anatema se levante y la sentencia se revoque solo por un efecto de la misericordia de Dios. ¿Y nuestro siglo, señores? Nuestro siglo, callando en obsequio de la brevedad la crónica de los siglos anteriores, tampoco se encuentra desgraciadamente libre del negro borron de una escandalosa ingratitud. Siglo material que ha pretendido y sigue pretendiendo sepultar en el olvido el recuerdo de los tiempos que le precedieron, eminentes por el espíritu religioso que en ellos presidía y por la observancia de la moral evangélica. Que há como recopilado en sus arsenales los pertrechos, las armas y los combustibles de que en todos tiempos se ha valido el demonio para entronizar el dominio de las tinieblas, gangrenando con insensatas teorías y corruptoras innovaciones la buena fe de nuestros contemporáneos, y poniendo en acerbo conflicto el sentimiento de la caridad. Siglo que ha abortado la desmoralización más punible disfrazada con el mágico

nombre de *moralidad*, y la impiedad más absurda, bautizada por sus secuaces con el luminoso dictado de *ilustración*: que ha estremecido las naciones del globo, alumbrando con la tea de la discordia los sórdidos proyectos de la ambición revolucionaria, y derramado el veneno de todas las herejías en la dorada copa de un florido lenguaje, para ofuscar los entendimientos y hacer dormir á las gentes el letargo del indiferentismo religioso. Siglo que discute y pone en duda la existencia de Dios, sacrifica impunemente sus ministros, escarnece la Religión, desconoce y niega la autoridad de la Iglesia, persigue á sus Principes y Pastores, arruina los templos, profana los altares, desprestigia al sacerdocio, empuerece y ridiculiza el culto católico: siglo en que los espíritus fuertes, que yo llamo propiamente soberbios, con escándalo de nuestros días se burlan del augustísimo y venerando misterio que constituye el fundamento de nuestra existencia: en que el cisma prepara sus redes por todas partes, y el protestantismo se dispone á ser la ley de los Estados, y el Catolicismo devora en un silencio tenebroso los temores de ver instituido sobre el reinado de Dios el reinado de Belial. Pues este siglo, retratado con colores tan lúgubres como verdaderos, tiene como todos los demás, y tal vez más que ninguno, majestuosamente impreso en el volumen de sus *Anales* el sello de la divina misericordia. Siglo donde parece que no hay esperanza, y, sin embargo, en él se han colmado las esperanzas todas que existían desde el origen del mundo; que asemeja á un océano borrascoso en el flujo y reflujo de los deseos, y, no obstante, en él se han cumplido los deseos de todas las criaturas: donde lo que primero fué una idea, después una opinión y más adelante una creencia universal, es ya un dogma solemnemente definido y unánimemente acatado; un florón inmarcitable, el más hermoso en la diadema de la mujer digna de todas las alabanzas, y el eslabón que cierra la cadena majestuosa de los puntos dogmáticos de nuestra fe: la Concepción Inmaculada de María Santísima. Lejos de mí la idea de pronunciar un discurso de controversia sobre un asunto que ya ha esclarecido la voluntad de Dios, ni mucho menos ocuparme en defender á la Sede Apostólica de las groseras impugnaciones con que la han afligido los partidarios de la irreligión, que de todo hablan y de nada entienden. Concrétome solo á que consideremos á la Reina y Señora de todo lo criado *en el augusto privilegio de su inmaculada Concepción, como la más enriquecida por él, no solamente entre todas las criaturas de su sexo, sino entre todo el género humano. Multæ filiae congregaverunt divitias; tu supergressa es universas.*

Imploremos en mi auxilio, como el más eficaz, la gracia de Dios por la intercesion de la bendita entre todas las mujeres, diciéndola con el Arcángel:

Ave Maria.

Para calcular la inmensidad de dónes y de riquezas que desde el seno de la Divinidad descendieron sobre Maria en el instante de su animacion, bastaria considerar las funestas consecuencias del pecado original: al dominio supremo y absoluto que el hombre tenia sobre todas las maravillas del universo; siendo despues de Dios el ser más rico y más privilegiado en los cielos y en la tierra, sucede una pobreza espantosa: á una inteligencia sublime, escarecida por la Sabiduria increada, reemplaza una razon tan soberbia como oscura é incompleta, que no produce más que errores; un espíritu libre y soberano de la materia queda reducido á la miserable condicion de esclavo de todos los apetitos; la concupiscencia se desarrolla, la justificacion se pierde, la gracia tiende su vuelo al lugar de donde descendió; una enemistad que solo puede concluirse con la expiacion, y una distancia que solo el Omnipotente puede medir y abreviar, separan desde aquel momento á la criatura de su Criador. Eva pecadora eleva nuestra mente á los pies de la Eva salvadora, y ciertamente que arrebatada nuestra atencion el paralelo que nos ofrecen las desventuras de aquella con las felicidades de esta. ¿Considerásteis alguna vez el contraste que forma el rubicundo sol asomando por Oriente, y las densas tinieblas que van á sepultarse en el ocaso como avergonzadas de sí mismas y temerosas de su aparicion? ¿No habeis visto entre los dos términos de la luz y las tinieblas una naturaleza que se desenvuelve del sombrío sudario de la noche, unas plantas que reverdecen á competencia, unos frutos que se sazonan como por inspiracion, las criaturas todas que respiran una nueva existencia y forman de la creacion el conjunto más admirable que han contemplado nuestros ojos? Pues por el oriente de la gracia, y circundada de los rayos del Sol de Justicia Jesucristo, observad esa nueva naturaleza, tierra bendita con bendiciones del cielo, y de cuyas entrañas brotarán algun dia riquísimos frutos de Santidad; á Maria Santísima, gallarda como la aurora, majestuosa como la estrella de la mañana, gozando de su inmunidad en el regazo de la Providencia Omnipotente y haciendo desaparecer con su presencia las tinieblas del dolor y del infortunio.

Eva, señores, con su espíritu de soberbia, con su gérmen de

ambicion con su pecado original, representa toda su descendencia, revolcándose en el lodo de la miseria, y atormentada sin remedio por las espinas de toda mortificacion. Representa en su caída á todas las mujeres contaminadas, á todos los hombres esclavos del ángel enemigo de Dios, y á las unas y á los otros sujetos á la indignancia y á la muerte. Maria, en el privilegio de su purísima concepcion, significa la sola criatura que no pecó, la única palmera de Cades que no estremecieron los vientos del amor propio; cedro del Líbano cuyas raices no carcomió la oruga, ciprés de Sion cuya médula no fué roida por la langosta, rosa la más fragante de Jericó, cuyos colores no palideció el estío y cuyo tallo no quebrantó la mordedura del áspid. La incapaz, por una gracia especial de hacer traicion al que la preservó, y muy capaz para contribuir con Él á la apetecida reconciliacion y á la salvacion eterna de todos los hombres. Eva, cayendo, nos arrebatada el pingue patrimonio de todos los bienes, y nos lega la herencia de todos los males: de Maria sin pecado huyen todas las adversidades; con Ella principia, con Jesucristo, una regeneracion dichosa, y en Ella se compendia, por Jesucristo, una bienaventuranza cuyo principio es Dios, cuyo término medio es Dios, cuyo fin es Dios, y en la que el alma que se abisma es afortunada sin recelo ni sobresalto en el tiempo y en la eternidad.

¿Qué significa, decidme, ese razonamiento elegante y expresivo que sabiamente pone la Iglesia en los labios de Maria, sinó la munificencia de carismas y la abundancia de excelencias que sobre Ella derramó entónces el que con solo su poder hace todo cuanto quiere? «Yo salí de la boca del Altísimo, engrendrada primero que ninguna criatura.» ¿Y qué es salir de la boca del Altísimo sino salir investida de todos los atributos, embellecida de todas las perfecciones, mucho más superior que los ángeles, y no importa decir que muy poco inferior al Omnipotente, puesto que, en sentir de un Padre de la Iglesia, Maria, si no Dios, todo lo es? De Maria, concebida toda y absolutamente en gracia, se desprende una luz indeficiente, luz de los cielos que jamás debe apagarse, segun la expresion de la Escritura; y el foco de donde parte esta luz, queda, á la manera de un velo trasparente, cubriendo la superficie del universo. ¡Oh y de qué modo tan innegable y con qué vivacidad y con qué fuerza se bosquejan en esta alegoría los designios incomprensibles del Omnipotente! Maria, más cándida que la paloma del diluvio, y más pura que el aroma primero de las flores del Carmelo y del Saron, resalta á nuestra vista desde *ab eterno*, engrendrada ántes que la luz, puesto que Ella concibió la

verdadera luz; inmediata á su Concepcion inmune existe ya su exaltacion á la divina maternidad y al lado de esta maternidad el Espiritu Santo y la fe nos descubren, séame permitido decirlo así, la maternidad humana de Maria, maternidad universal, y espiritual, y de adopcion, única con que podian contar los miserables hijos del hombre primero, única que garantizaban nuestra filiacion y á la que deberemos siempre la singular proteccion y amparo de la Santisima Virgen. Sola la Señora entre todo lo santo fué escogida para Madre de Dios: sola Ella entre todo lo perfecto fué destinada para co-redentora y Madre de los hombres; porque Ella sola, entre todas las hijas de Sion, apareció inmaculada desde el instante primero de su sér á los ojos del Príncipe de las eternidades. *Multæ filie congregaverunt divitias.* Si escuchais una voz que partiendo de escondidas regiones os asegura ser una emanacion bendita á quien el Señor poseyó desde el principio de sus caminos, y antes que nada fuera hecho; para quien como para trofeo de todas sus excelencias brotaron los surtidores de las aguas cristalinas, los montes levantaron su cúspide con imponente gravedad, el firmamento se engalanaba, el mar obedecia sus limites y quedaban maravillosamente suspendidos los cimientos de la tierra, y que en union de la esencia divina recorre la inmensidad de los espacios, no lo atribuyais á otra que á Maria, á ese sér que habita en las alturas de Jacob, que domina la heredad de Israel, que preside las huestes de los elegidos del Señor, que en su Concepcion inmaculada aparece como tabernáculo santificado por el Altísimo, y reunion felicísima de todos los goces del paraíso celestial.

Todo lo dicho está de mas. Seria relevante testimonio de la verdad que nos ocupa analizar la Concepcion inmaculada de la Emperatriz de los Angeles y de los hombres con asistencia y cooperacion de la Beatísima Trinidad. Reflexionemos: el Padre engendra al Hijo, por quien han sido criadas todas las cosas, y del amor del Padre y del Hijo procede el Espíritu Santo.

Ahora bien; si consideramos estas tres partes de un todo indivisible, ejecutando reunidas lo que solo ellas podian y sabian ejecutar, veremos al Padre Eterno, á la Suprema Inteligencia, ese atributo que es, y que nosotros no podemos decir lo que es, que todo lo subyuga con su poder, y que todo lo nivela y regulariza con su prudencia, que todo lo penetra con su perspicacia, dotando á Maria, en el instante de su animacion, de su mismo poder para quebrantar la cabeza de la serpiente astuta, y de una prudencia y de una perspicacia que hacen de la Señora un prodigio

no poco menor al prodigio de la Divinidad. Observarémos á la increada Sabiduria, en cuya comparacion el oro es arena y la plata barro, más amable que la hermosura, claridad inextinguible que á todas partes alcanza con lo acrisolado de su pureza; sabiduria que es un vapor de la virtud de Dios, esplicita, cariñosa, sensible generacion del Todopoderoso é imagen de su bondad; observaremos, digo, á Jesucristo, sabiduria verdadera, recreándose en aquella criatura en quién, encarnado, dejará memoria eterna á los que le hayan de suceder; y prodigándose todo en Maria, á quién, segun su mismo lenguaje, amó y buscó desde la eternidad, escogiéndola para Madre suya, prendado de su inocente hermosura. Pasaremos con la rapidez del pensamiento á meditar esa última procesion, ese sentimiento libre como el aire, incorruptible como el Océano, y que tiende á elevarse como la llama del fuego; y que contemplaremos al Espíritu Santo, al amor divino, exhalándose en amartelados deliquios ante la original inocencia de Maria, apellidándola su hermosa, su amiga, su inmaculada, y haciendo de aquella alma santísima, no sólo la concentracion de la inteligencia y la sabiduria omnipotentes, sino el vínculo indisoluble de la caridad y de la esperanza, el iris de los cielos y de la tierra, la delicia de las criaturas y del Criador, y una produccion encantadora que, en idéntica conformidad, llegará á formar de los hombres una sociedad de hermanos.

Más todavía. El hombre estaba cautivo, y era indispensable redimirle: Dios no queria consentir se malograra la obra más acabada de sus manos; pero el hombre nada podia por sí, y su redencion habia de verificarse de una manera sobrenatural y extraordinaria: la encarnacion del Verbo se realizaria dentro de una arca más preciosa que la de la Alianza, su animacion en una tierra virgen. Dios para ser hombre, á no dudarle, tomara carne en las entrañas de una mujer. Pues bien; en la Concepcion de esta mujer, que es una maravilla de la gracia, se desarrollan de una manera portentosa la omnipotencia, la sabiduria y el amor de las Tres Divinas Personas. Y ¿qué extraño? Los dos caracteres más augustos, los dos destinos más eminentes que Maria Santísima habia de desempeñar, hacian indispensable que fuese una excepcion de la regla general de todo lo criado. Para Madre de Dios era como contradictorio que Jesucristo, impecable aun cuando hombre, y que como Dios no consiente delante de sí ni siquiera imperfeccion, consintiera ver al objeto de sus delicias un instante solo sujeto al imperio de Lucifer. Para Madre de los

hombres era impropio, parecía incompleto ofrecer á nuestra consideracion una mujer de origen, de circunstancias iguales á la que ocasionó nuestra ruina, y no darnos una madre, no solamente virtuosa, sinó más inocente que los Arcángeles y más pura que los Querubines. Y como en el órden de la naturaleza y en el órden de la gracia nada hubo que no estuviese previsto por la Divina Providencia, y como que en esta nada hay contradictorio, impropio é incompleto, por eso nuestra fe y las Escrituras, la tradicion y el oráculo infalible de la Iglesia, nos presentan á Maria exceptuada en el instante primero de su ser de la ley general de los vivientes; y por ello más rica de prerogativas y de excelencias que encontrarse pudiera criatura en todo el linaje humano. *Tu supergressa es universas.*

Vengamos al mundo, señores; y el testimonio del mundo en favor de las excelencias de Maria Inmaculada es tan ópimo, que arroja de sí una série luminosa de testimonios de esta misma verdad, y tan fuerte que no podemos menos de someter á él nuestro corazon, reconociéndole, despues de la voluntad de Dios, como causa determinante de ese efecto felicísimo, de ese nuevo triunfo que obtuvo la fe de los cristianos en el memorable ocho de Diciembre de mil ochocientos cincuenta y cuatro. Acababa de realizarse en el universo para consuelo de los desconsolados el trastorno más admirable que han conocido los tiempos: cuarenta siglos de esperanzas vehementísimas que fueron la sávia que nutriera el corazon de los creyentes, se habian cumplido en los treinta y tres años de la vida de un hombre que por el contraste que en su nacimiento y en su muerte ofrecia con el nacimiento y con la muerte del primero de los hombres, indicaba de una manera positiva ser el gran Libertador vaticinado por los Profetas y suspirado por los Patriarcas. A pesar de la rapidez con que atravesó la distancia que hay desde la cuna hasta el sepulcro, tuvo espacio suficiente para dar habla á los mudos, oído á los sordos, vista á los ciegos, movimiento á los paralíticos, libertad á los poseidos del demonio, y triunfar de la muerte con su misma muerte. Por las victorias que consiguió sobre el príncipe de las tinieblas justificaba muy bien ser Hijo de Dios; y si la Sinagoga no creyéndolo se atrevió á sacrificarlo como embaucador y hechicero, la Sinagoga, y el paganismo, y la idolatría y sus seguidores, y el orbe todo, no pudieron ménos de confesar que Jesus era el Hijo de Maria, y á Maria se dirigieron las miradas de cuantos seres poblaban entónces y poblarán en lo sucesivo la redondez de la tierra. Y las glorias, y las excelencias, y las virtudes del Crucifi-

cado se vieron delineadas, como por un pincel divino, sobre la persona de Maria, no de otro modo que las glorias y las excelencias del Padre reflejaron sobre el Hijo en el momento de su generacion.

La gran familia redimida lanzóse por todas partes á buscar una Madre que fuese inmortal, que nada tuviera de comun con nuestra primera madre; que por su perfeccion y sus prerogativas fuera digna del amor y respeto de sus hijos, y por su poder universal á propósito para no abandonarlos en el mar turbulento de la vida: y en Maria Santísima fué donde todos fijaron su consideracion y entronizaron su confianza. Parece que la tierra ablandó su natural dureza, las escarchas la abrieron paso, el invierno se retiró, las flores aparecieron bellisimas como nunca, las tórtolas arrullaron de lejos, y la voz del Sér Supremo que truena en las alturas, dijo para felicidad de los hijos de Maria: *Surge, amica mea, et veni.* «Levántate y ven, inmaculada amiga mia.» Los hombres, como aquel á quien repentinamente se le cae una venda de los ojos, distinguieron en aquella mujer la destinada para quebrantar nuestras cadenas; la elegida, segun David, para descanso, morada y habitacion de Dios; segun Isaias, la vara florida de José; y recordaron, muy oportunamente, para llenarse de asombro y admiracion, que Maria era la doncella á quien el parainfo celestial, en un dia eternamente célebre, visitó en Nazareth, saludándola llena de gracia y bendita entre todas las mujeres. *Gratia plena, benedicta tu in mulieribus.* Pero llena de gracia por el privilegio sobre todos los privilegios y la excelencia sobre todas las excelencias de la gracia santificante en el instante primero de su Concepcion.

Y ved aquí desde entónces á los hijos del Cristianismo comprometidos en una lucha edificante; á los discípulos de la Cruz esforzándose, pero de un modo que no encuentra comparacion; por colcar sobre el pecho de Maria el blason más ilustre de todas sus prerogativas. Todos miraban á los cielos como el que busca la revelacion de un misterio; extasiábanse todos en la Madre del Redentor, y suspiraban por poderla decir: *Multæ filie congregaverunt divitias; tu supergressa es universas.* Y mirándola tan hermosa y tan Santa, callaban; y callando, la creian, porque no podia ser de otro modo, si habia de ser lo más excelente entre todos los seres, concebida sin mancha de pecado original. Pero esto aún no habia salido de los secretos de la Divinidad; era no mas una semilla que el gran Padre de familia habia plantado en el terreno de la fe, y que, desarrollada con el suave rocío de la

esperanza, se ostentaria un dia galana al influjo de los rayos del sol de la caridad.

Y así se verifica.

La Concepcion sin mancha de Maria es el primer acento en la predicacion de los Apóstoles, la corona de los mártires, la palma de las vírgenes, la brújula de los confesores; es la palanca formidable que conmueve y sostiene por espacio de diez y nueve siglos la máquina del mundo y el edificio de la Iglesia: por eso la Iglesia, representada por los Pontífices, por los Concilios y por los Santos Padres, y asistida por el Espíritu Santo, quema sus incienso y elevó sus plegarias delante del sagrado tabernáculo, nó para poder creer, porque ya lo cree, sino para poder enseñar que Maria fué exceptuada de la culpa original: y el mundo figurado por los Emperadores y los Reyes, por los poetas y los historiadores, los liceos y los ejércitos, las Asambleas y las universidades, y las corporaciones todas religiosas, científicas y literarias, aguarda á los piés de la Iglesia una decision solemne, decisiva, infalible, para poder decir á Maria: **BENDITA SEAIS, SEÑORA, CONCEBIDA SIN PECADO ORIGINAL.**

Y los cuarenta siglos que precedieron y los diez y nueve que han sucedido á la redencion del mundo; la fe y las esperanzas de la ley antigua hermanadas con la fe y las esperanzas de la ley de la gracia; y deseos y suspiros y creencias y todo se reunió en derredor del Vaticano para oír de los lábios del Pontífice reinante, tan heróico en sus padecimientos como perseverante en su fe y generoso en su corazon, que «la más régia, la más excelente y la más sublime entre todas y sobre todas las excelencias de Maria Santísima, es la de haber sido concebida en gracia y exenta de toda mancha desde el primer instante de su bendita y suspirada animacion.» Últimamente, señores, de los simbolos y del lenguaje de las Escrituras Santas; de los dulcísimos afectos que infunde á nuestra alma contemplar la animacion de Maria en el seno de la Santísima Trinidad; de la vehemencia con que los tiempos y las criaturas han deseado la aclaracion de este misterio y del unánime asentimiento y universal regocijo con que todos lo hemos recibido, resulta que «*Maria Santísima por la inmunidad de su concepcion es la criatura más enriquecida de dónes, de privilegios y de excelencias, no solamente entre las hijas de Sion, que son las almas santas, y no sólo entre todas las criaturas de su sexo, sino entre todo el género humano.* **MULTE FILLE CONGREGAVRUNT DIVITIAS; TU SUPERGRESSA ES UNIVERSAS.**

Alegrémonos y regocijémonos, amados míos, en la concepcion

sin mancha de Maria; y pidamos, prosternados á sus piés benditos el remedio de todas nuestras necesidades espirituales y temporales; el aumento de la gracia y la perseverancia en ella, para que, procurando y logrando imitar las esclarecidas virtudes de la Virgen en este valle de lágrimas, podamos algun dia decirla en union de los bienaventurados: «*Bendita y alabada seais, Hija del Padre, Madre del Hijo y Esposa del Espíritu Santo, concebida sin pecado original desde el primer instante de vuestro sér.*» Por los siglos de los siglos. Así sea.



DISCURSO XXI.

Sobre el mismo asunto.

Gloriosa dicta sunt de te, Civitas Dei.

(David, LXXXVI, 3.)

EL Cristianismo tiene una vida propia, inmortal y gloriosa, al mismo tiempo que admirablemente instructiva y llena de consoladoras esperanzas. Vida de amor esencialmente comunicativa, que sin disminuir ni deteriorarse jamás, se difunde de siglo en siglo en el espíritu y en el corazón de todos los discípulos de la Cruz, renovando todas las grandezas, todas las maravillas, y todas las misericordias de Jesucristo. Los anima á la pelea, los sostiene en el combate, los acompaña en la soledad, y les sirve de antorcha resplandeciente en las incertidumbres de este valle de lágrimas: esta vida es la vida de la fe. Ciertamente, cristianos, á poco que nosotros detengamos la consideración ante esta sublime verdad, nos convenceremos de que la fe divina, la fe católica, la fe de Jesucristo, es como el timón que favorece la nave de nuestra existencia, y como el aliento que nutre y corrobora nuestras almas. La fe es luz, y por eso nos alumbrá; es libro, y por eso nos presenta todos los acontecimientos de más interés para la vida de la humanidad de tal manera escritos y esplicados, que parece que los tenemos presentes. Es auxiliar poderoso de la razón humana, y así como ella penetra hasta lo más íntimo y escondido de la Divinidad, la razón sube, se arrebatá, penetra y llega hasta lo más impenetrable de los augustos misterios de la Religión. ¿Quiere la razón saber misterios exclusivos de la Divinidad? La fe nos enseña á Dios Uno en esencia y Trino en Personas nos explica el misterio de la Beatísima Trinidad. ¿Quiere la razón saber misterios de la Divinidad de Dios en relación y unión íntima con la

humanidad del hombre? La fe nos enseña que el Verbo de Dios, segunda Persona, Dios como el Padre, encarnará, se hará hombre sin dejar de ser Dios, y salvará á los hombres. ¿Quiere la razón saber cómo, cuándo, dónde y de qué manera se han de celebrar todos estos prodigios de la bondad de Dios? La fe nos enseñará el misterio de la Encarnación, del Nacimiento, de la Pasión, con todas sus circunstancias. ¿Quiere la razón saber cómo triunfa Dios de Satanás, cómo se instituye la Iglesia, cómo se propaga el Evangelio y todos sus seguidores se unen con los vínculos de la caridad? La fe nos explica la Resurrección de Jesucristo, su Ascensión á los cielos y la descensión del Espíritu consolador sobre las cabezas de todas las criaturas llamadas á participar de tanto bien. Pero la razón quiere más, y lo quiere con fundamento: quiere saber cuál será la criatura que sirva como de piedra primera en el orden natural á los misterios de la redención. Y la fe nos indica á María, escogida sobre todas las mujeres; á María admirablemente Santa, dichosamente favorecida, justísimamente preservada. La fe nos enseñará un misterio siempre venerado y no visísimamente definido, que es la Concepción de María Santísima, asunto de este discurso.

Ave Maria.

El misterio de la Inmaculada Concepción prepara y compendia y contiene lo más grande, lo más santo y lo más glorioso que puede decirse de María Santísima. *Gloriosa dicta sunt de te, Civitas Dei.* Uno de los testimonios más luminosos de la verdad y de la sublimidad de los dogmas de la Religión que profesamos, le encuentro yo en esa novedad siempre creciente con que se prestan á la meditación, y en esa fecundidad inagotable de instrucción con que enriquecen nuestro espíritu, siendo ella como la savia que los sostiene en medio de la ignorancia, de la duda ó de la incertidumbre. Decir misterio de fe, es nombrar una cosa que nos llena de asombro y de estupor; es como divisar una montaña de cúspide tan altísima, que toca con ella en las nubes, y tan erizada de peñigros y de dificultades, que nos hace de todo punto imposible penetrar lo que al otro lado quisiéramos descubrir. Y, á pesar de todo esto, ¡cuánta contemplación nos proporcionan los misterios! ¡Cómo arrebatan nuestras almas los santísimos designios de la voluntad divina que se realizan en cada uno de ellos! ¡Cómo elevan poco á poco nuestra mente, venciendo todos los obstáculos, y de qué modo tan prodigioso se renuevan, y nos transforman y lle-

van por la senda del verdadero deleite, que es el amor de Dios! Pues esto que se dice y es de los misterios de la Divinidad, esto mismo se dice del misterio de la Inmaculada Concepcion de Maria Santísima.

En los pasados tiempos, no hace todavía mucho, cuando se trataba de la inmunidad de Maria de la culpa original, de ese privilegio que arrebató el corazón y que tanto enaltece á la Señora; cuando todavía el oráculo infalible de la verdad, la Iglesia, no había dicho: *es de fe, créase*, las ansias vehementes de la piedad y los ingeniosos recursos de una ternísima devoción por una parte, las discusiones y debates de las escuelas católicas sobre este punto por otra, parece como que se esforzaban de una manera inconcebible y agotaban todos los medios imaginables para aglomerar en torno de Maria, en el instante de su Concepcion, todas las figuras y símbolos, todos los carismas y virtudes, todas las excelencias y perfecciones, todos los privilegios y prerogativas imaginables para no desmayar en tan dulcísima creencia y para confirmarse más y más en la verdad de esta grandeza sobre todas las grandezas de la Señora. Pero sonó la voz del Espíritu Santo, habló la cátedra de San Pedro, definió el Pontífice, y parece que todo razonamiento había concluido. Parece que no había más que decir: «Maria Santísima fué concebida sin pecado original,» y el misterio quedaba explicado hasta donde nos era necesario, y concluido también el encomio y la alabanza de esta Reina de todos los Santos y Madre del Amor Hermoso. Y, sin embargo, cristianos: *Gloriosa dicta sunt de te, Civitas Dei*, exclama el Profeta; gloriosísimas cosas se han dicho de tí, Ciudad de Dios; mucho es lo que se ha ensalzado tu grandeza, mucho es lo que se ha dicho, pero todavía más lo que queda por decir de tu purísima Concepcion. Y ciertamente, la Inmaculada Concepcion de Maria Santísima es un misterio tan abundante en grandezas, en gloria y en santidad, como lo es la misma criatura preservada del pecado original. Es un río que se deriva de otro río, es un mar que se desprende de otro mar; un asunto que se presta incomparablemente á las alabanzas de Dios, á la oración, á la elocuencia y á la poesía. Es un misterio que prepara, y compendia, y contiene lo más grande, lo más santo y lo más glorioso que puede decirse de Maria Santísima. *Gloriosa dicta sunt de te, Civitas Dei*.

Y es innegable: decir de Maria Santísima que fué exenta de la culpa original, es acercarse en derredor de esta benditísima criatura llena de gracia, todo lo más hermoso, todo lo más encantador y peregrino que ofrezcan las primicias de la naturaleza. Es

dar á Maria Santísima en su concepcion la fragancia de las flores más delicadas, la sonrisa de las aguas más cristalinas, el resplandor de los luceros más brillantes. Es como regalarla para adorno de la estola de su inocencia original, las esmeraldas y los rubíes que habitan en las entrañas de la tierra, y los corales, los nácares y las perlas que viven en las profundidades del mar. Decir Maria Inmaculada, es tanto como traer á sus piés el arca de Noé, la paloma del diluvio, la oliva de reconciliación, y el iris de la alianza. Es como rendirla para trofeo de su grandeza la zarza incombustible de Moisés, la floreciente vara de Aaron, el arca de santificación de David, la maravilla de Isafas y el lecho de Salomón. Decir concebida sin pecado original, es decir á Maria Santísima rosa odorífera, jardín cerrado, fuente sellada, nubecilla ligera, propiciatorio del templo, arca verdadera del Testamento, y tabernáculo santificado del Altísimo. Es decir que en Maria Inmaculada todo se vé, aún lo menos visible, y todo se comprende, aún lo más incomprendible, porque se vé una criatura más apreciable que el oro, más estimada que la plata, más suave que las flores, más dulce que la miel, y más agradable que la música más armoniosa. Es decir con toda verdad que se vé en Maria Santísima un portento en el orden de la naturaleza, y un portento todavía mayor en el orden de la gracia. Esto en cuanto á preparar grandezas; en cuanto á contener santidad, no es menos fecundo y abundante el misterio de la Inmaculada Concepcion de la Virgen Santísima. Veámoslo.

¿Qué es el pecado original? Un monstruo horrible arrojado del abismo para infestar al mundo con su corrupción: es un infierno anticipado que no se presta á exactas descripciones. Y al contemplar á Maria Inmaculada ya nos convencemos de que Dios no ha podido consentir que un sólo instante fuera presa de este monstruo, víctima de este tirano, sierva de este infierno. Concepcion sin mancha es considerar ya á Maria Santísima como la realidad de aquella mujer que vió San Juan, revestida del sol, á sus plantas la luna y coronada de estrellas. Aquella Jerusalem nueva que descendía del cielo, engalanada y adornada como la esposa que sale al encuentro de su esposo. Como si dijera el Apóstol, es Maria Santísima revestida de toda justificación y toda gracia; libre de toda iniquidad y de toda imperfección y enriquecida de todas las virtudes. Pero de tal modo, que excede á lo que la criatura más santa pudiera recibir, y á lo que el entendimiento más despejado pudiera imaginar. Es muy poco decir llamarla hoguera de la fe, océano de la esperanza y horno de la caridad: es muy corto

expresar decir la torre de la fortaleza, espejo de la justicia, en la templanza un embeleso y en la prudencia un milagro. Es nada alabar llamándola Angel por su modestia, Arcángel por la prontísima voluntad con que sirve á Dios, Querubin por la ciencia y Serafin por el amor que nate su corazon hácia el Supremo Hacedor y todas las criaturas. Maria Inmaculada es la expresion, la fórmula con que se significa una criatura que encuentra gracia delante de su Señor, á quien se aplican anticipadamente todos los méritos del que será su Hijo en el tiempo, y á que corresponde volando como el águila por el camino de la perfeccion. Maria, sin pecado, supone la gloria de Jerusalem por su acrisolada virtud, la alegría de Israel por su incomparable perfeccion, y el esplendor y el embeleso del pueblo cristiano por su esclarecida y altísima santidad. Grande y santa nos representa á la Reina de los cielos el misterio dulcísimo de su Concepcion inmune, y nos la representa tambien infinitamente gloriosa.

No podemos considerar atentamente este misterio sin que se agolpen á nuestra imaginacion ideas diametralmente opuestas y encontradas; sin que acudan á nuestros ojos lágrimas de dolor y de alegría, y sin que comprendamos una vergonzosa humillacion y una sorprendente glorificacion. Realidades encontradas son Eva y Maria; las lágrimas, el pecador y el perdon; la humillacion, la caida de nuestra primera madre y la preservacion de nuestra Madre segunda. Es este misterio la expresion más acabada de una victoria y una derrota, y despues de otra derrota y otro triunfo; me explicaré: en la caida de Adan la victoria queda por Lucifer; la vencida es toda la humanidad. En la Concepcion de Maria el destruido es Lucifer, la triunfante es Maria, y con Ella todos sus hijos, todos los hombres; y aquí empiezan las glorias de esta Señora, compendiadas y contenidas en su purísima Concepcion. El alma de la celestial Esther es formada por el divino y omnipotente Asuero, el Padre Eterno, que la enriquece con lo más señalado de su omnipotencia; es formada por el Sapientísimo divino Salomon Jesucristo, que deposita en el alma de la Santísima Betsabé todos los raudales de la increada Sabiduria; y toma parte en esta formacion el Jacob eternamente enamorado, el Espíritu Santo, que corteja, que embellece y hermosea á su perfectísima Raquel, Maria Santísima, derramando sobre su corazon las influencias todas de un amor que ni se puede acabar ni corromper. Es decir, que la primera gloria que se admira en la Concepcion de Maria Santísima es el haber sido formada por la Beatísima y augusta Trinidad.

De este se desprende la exaltacion á su dignidad de Madre de

Jesucristo, de Madre de Dios, del Libertador del mundo, del Vencedor del pecado, de Satanás y de la muerte. Como si dijéramos, se vé á Maria Santísima colocando su planta virginal sobre la cabeza de la serpiente maldita, llevando al género humano por el camino de los triunfos, y ostentando el lábaro de sus conquistas el timbre de su Inmaculada Concepcion. Y de Madre de Dios resulta otra gloria incomparable, arrebatadora y admirable para la Señora. ¿Sabéis cuál es? ¿No os la dice ya vuestro corazon? Es la gloria de ser elegida y oficialmente destinada para Madre de los hombres.

Aquí, señores, enmudece la lengua del hombre y empieza á hablar la del Angel: Maria, Madre de los hombres, eso nos dice su Concepcion sin pecado original. Maria, Madre de los hombres, fuente de consuelo para los hombres, abismo de esperanzas para los hombres, océano de misericordias para los hombres. Y ¡cuánta gloria no la resulta de ser nuestra querida, nuestra dulcísima Madre! ¡Cuánta gloria no conquista de ser consuelo del afligido, remedio del necesitado, amparo del niño, compañera del jóven y báculo del anciano! ¡Cuánta gloria no recibe de ser canal de oro que hace á Dios benéfico y al hombre agradecido, conducto seguro para recibir bondades, poderosísima medianera de intercesion eficaz, guia segura para la predestinacion, señal de salvacion, infalible norte de los justos y esperanza de los pobrecitos pecadores! ¡Cuánta gloria no obtiene...! Pero, basta. Inmediatamente que decimos que Maria Santísima fué concebida sin pecado original, advertimos que corona todas sus grandezas, su santidad y su gloria el título delicioso de *Reina de todos los Santos y Madre del Amor Hermoso*. ¿Qué es la santidad sinó la virtud desde el origen de la vida hasta su fin, la pureza de las costumbres, el perfecto amor á Dios y el perfecto amor al prójimo? ¿Qué es la santidad sinó la humildad, la contemplacion, la caridad, la abnegacion, el desprendimiento y el sacrificio de sí mismo? Y ¿quién más Santa que Maria? ¿Quién más pura en su origen que un alma que es exenta de la culpa original? ¿Quién más honesta que una Madre Virgen, más abnegada que una esclava del Señor, y, finalmente, más enriquecida de mejor sacrificio que una Madre que ofrece en sacrificio á su Hijo y á sí misma por la salvacion de todo lo que habia perecido?

¡Madre del Amor Hermoso! ¡Bien lo dice, Madre mia el misterio de tu Inmaculada Concepcion! ¡Qué cosa más amable y más amada que la pureza! Y ¡qué pureza más amable que la vuestra, existente ántes que la tierra fuera hecha, y que con Vos salió

cuando salisteis de la boca del Altísimo, engendada ántes que ninguna criatura! ¿Qué criatura más amante ni qué corazón más á propósito para amar que aquel que no está inficionado con la gangrena de la abominacion y del desórden? Y ¿qué corazón más puro que ese vuestro corazón, por cuya sangre no ha corrido nunca la ponzoña del pecado original? Decid, Virgen Santísima, porque podéis decirlo con toda justicia: «Yo soy la Reina de los Santos.» *Ego Regina Sanctorum omnium.* Publicad, porque bien podéis publicarlo, que sois la Madre del Amor Hermoso. *Ego Mater pulchrae dilectionis.* Porque nadie lo duda, porque todos lo creemos, porque nos confirma en esta verdad el misterio de vuestra Inmaculada Concepcion, que prepara, compendia y contiene todo lo grande, lo santo y más glorioso que puede decirse de esta Ciudad de Dios, Emperatriz de los cielos, co-redentora de los hombres, nuestra Madre María Santísima. *Gloriosa dicta sunt de te, Civitas Dei;* y porque en la confesion y devocion á este gloriosísimo misterio nos prometemos torrentes de gracia y de virtud en este valle de lágrimas, y de luz y de inefable inmortalidad en las mansiones de la gloria. Así sea.

DISCURSO XXII.

De accion de gracias por haber declarado la Santidad de Pio IX dogma de fe el misterio de la Inmaculada Concepcion de María Santísima.

*Haec est victoria quae vincit mundum:
fides nostra.*

(Epist. B. Joannis. Ap., cap v, v. 4.)

Esta es la victoria que vence al mundo: nuestra fe.

(Carta de San Juan, v., 4.)

SALID, hijas de Sion, y contemplad á vuestra Reina y Señora, á quien alaban los astros de la mañana, cuya hermosura admiran el sol y la luna, y en quien se regocijan todos los hijos de Dios. Apresuraos almas tan felices como habéis sido fieles á esa piedad que desde el primer instante inculcó en vuestras venas el agua regeneradora del bautismo, y que tan bien supo inspirar, sostener y vivificar el ejemplo de vuestros mayores. Los que yaciais sentados á la sombra de un deseo vehementísimo que ha empujado tantos siglos y sepultado tantas generaciones; los que habéis comido el desabrido pan de la incertidumbre, cuando en ruidosas alternativas se agitaba la controversia de un punto que es embeleso de vuestro espíritu y recreo de vuestro corazón, levantaos; y levantaos para engrandecer al Supremo Señor que ahora y siempre merece la rendida adoracion de todos los pueblos y de las gentes todas, porque se ha confirmado en nosotros su infinita y eterna misericordia. ¡Yo te saludo, día ocho de diciembre de mil ochocientos cincuenta y cuatro, escrito con caracteres de gloria en el Código de los decretos inescrutables de Dios, grabado en láminas de oro en los fastos de la Religion y de la Iglesia, y escrito y conservado con innata veneracion en el alma de todos

cuando salisteis de la boca del Altísimo, engendada ántes que ninguna criatura! ¿Qué criatura más amante ni qué corazón más á propósito para amar que aquel que no está inficionado con la gangrena de la abominacion y del desórden? Y ¿qué corazón más puro que ese vuestro corazón, por cuya sangre no ha corrido nunca la ponzoña del pecado original? Decid, Virgen Santísima, porque podéis decirlo con toda justicia: «Yo soy la Reina de los Santos.» *Ego Regina Sanctorum omnium.* Publicad, porque bien podéis publicarlo, que sois la Madre del Amor Hermoso. *Ego Mater pulchrae dilectionis.* Porque nadie lo duda, porque todos lo creemos, porque nos confirma en esta verdad el misterio de vuestra Inmaculada Concepcion, que prepara, compendia y contiene todo lo grande, lo santo y más glorioso que puede decirse de esta Ciudad de Dios, Emperatriz de los cielos, co-redentora de los hombres, nuestra Madre María Santísima. *Gloriosa dicta sunt de te, Civitas Dei;* y porque en la confesion y devocion á este gloriosísimo misterio nos prometemos torrentes de gracia y de virtud en este valle de lágrimas, y de luz y de inefable inmortalidad en las mansiones de la gloria. Así sea.

DISCURSO XXII.

De accion de gracias por haber declarado la Santidad de Pio IX dogma de fe el misterio de la Inmaculada Concepcion de María Santísima.

*Haec est victoria quae vincit mundum:
fides nostra.*

(Epist. B. Joannis. Ap., cap v, v. 4.)

Esta es la victoria que vence al mundo: nuestra fe.

(Carta de San Juan, v., 4.)

SALID, hijas de Sion, y contemplad á vuestra Reina y Señora, á quien alaban los astros de la mañana, cuya hermosura admiran el sol y la luna, y en quien se regocijan todos los hijos de Dios. Apresuraos almas tan felices como habéis sido fieles á esa piedad que desde el primer instante inculcó en vuestras venas el agua regeneradora del bautismo, y que tan bien supo inspirar, sostener y vivificar el ejemplo de vuestros mayores. Los que yaciais sentados á la sombra de un deseo vehementísimo que ha empujado tantos siglos y sepultado tantas generaciones; los que habéis comido el desabrido pan de la incertidumbre, cuando en ruidosas alternativas se agitaba la controversia de un punto que es embeleso de vuestro espíritu y recreo de vuestro corazón, levantaos; y levantaos para engrandecer al Supremo Señor que ahora y siempre merece la rendida adoracion de todos los pueblos y de las gentes todas, porque se ha confirmado en nosotros su infinita y eterna misericordia. ¡Yo te saludo, día ocho de diciembre de mil ochocientos cincuenta y cuatro, escrito con caracteres de gloria en el Código de los decretos inescrutables de Dios, grabado en láminas de oro en los fastos de la Religion y de la Iglesia, y escrito y conservado con innata veneracion en el alma de todos

los vivientes! Día octavo de diciembre que será para nosotros siempre célebre y siempre santo; que pasará bendito de generacion en generacion, porque le ha santificado Aquel que es poderoso y cuyo nombre es santo y terrible, y que siendo desde los dias primitivos de la Iglesia aurora luminica de fervor y de esperanza, te has dejado ver como sol resplandeciente y magnifico de la fe, escogiendo para cuna de tu Oriente las seculares cúpulas del Vaticano.

Sí, señores; yo me contemplo poseido de una impaciencia religiosa, embriagado de un júbilo entusiasta que á nada se parece, colocado en los pórticos del antiguo templo de Jerusalem, y veo al más sabio, al único sabio entre todos los monarcas del mundo, Rey y Pontífice al mismo tiempo, disponiéndose celebrar al frente y en medio de su pueblo la más grande y la más suspirada de todas las solemnidades. El Arca de la Alianza santa habia sido conducida sobre los hombros de los sacerdotes; un inmenso pueblo obstruia las calles y las plazas y llenaba los pórticos, y los Querubines que extendian sus alas sobre el ara sacrosanta eran saludados por los acordes y majestuosos cánticos de los ancianos de Israel: una niebla espesísima se posesionó repentinamente de las moradas del Dios de Jehová, en aquella niebla habitó el Señor, y Salomon elevó hasta sus plantas el aroma de los incienso y el humo de los sacrificios, y bendijo de lo íntimo de su corazon, y en medio de una estrepitosa accion de gracias, á la congregacion de Israel. La dedicacion del templo de Jerusalem, la colocacion dentro del *Sancta Sanctorum* del Arca de la Alianza, los vitores de la multitud, las oraciones del sacerdocio y las bendiciones de Salomon, no son, hermanos míos, más que lánguido reflejo de ese acontecimiento que arrebató el corazon cristiano, cautiva el entendimiento, embarga los labios y trasporta en espíritu á los fieles en brazos de la fe, de la esperanza y de la caridad á la más que magnífica católica ciudad de Roma.

El rebaño de Jesucristo que diseminado por las cinco partes del globo conocido se alimenta con el grano del Evangelio y mitiga la sed de su salvacion en las aguas inagotables de la gracia, penetra, representado por sus legítimos Pastores, en la basílica de San Pedro: como no hay más que un espíritu, tampoco hay más que un deseo; y como una sola es la fe, tampoco se oye más que una oracion. ¿Habéis observado la impaciencia amorosa de una madre que porque los vé venir de regiones distantes extiende los brazos y franquea su alma, porque el alma de una madre es muy grande, para hospedar en ella á todos y cada uno de sus

hijos? Pues mirad á la Iglesia católica apostólica romana como ciudad de refugio, ensanchando sus muros para dar cabida en su recinto á los que de Madian, de Epha y de Sabá vienen á rendir sus homenajes y á preluñar sus alabanzas al Señor, y como Madre la más tierna, franqueando sus senos y derramando los tesoros de su infinito amor á sus hijos que vienen de léjos, y á sus hijas que, fatigadas, besan sus plantas, precipitándose desde las extremidades de la tierra. ¿Contemplásteis con detencion la vuelta del hijo pródigo á los alcázares de su padre; la humildad profunda con que aquel se presenta y pide, y la magnanimidad heróica, y la munificencia del don inestimable que su padre le concede? Pues deteneos ante el Vicario de Jesucristo sobre la tierra; mirad al sucesor del Príncipe de los Apóstoles, Príncipe, y corazon, y cabeza al mismo tiempo de la Iglesia; Pontífice Sumo y Pastor Santo que, poseido de celestial regocijo, vé prosternadas á sus piés más de cien mil personas, intérpretes de los sentimientos de los ángeles y de los hombres, de los cielos y de la tierra, de lo pasado y de lo presente; eco, no solamente de la generacion actual, sinó de todas las generaciones que concluyeron, y órgano por donde se trasmirá á las futuras generaciones la memoria bendita de un suceso que sella el volúmen de las maravillas que hacen feliz al género humano.

Dentro y fuera de las artesonadas bóvedas retumba con imponente veneracion el himno *Veni Creatur Spiritus*. El Espíritu paráclito bate con apacible vuelo sus alas sobre la majestuosa cabeza de nuestro inmortal y Santísimo Padre Pio IX: una centella del divino fuego desciende hasta su corazon, supremo depósito de la fe católica, y sus labios, que sólo se abren para alabar al Omnipotente; sus labios, oráculo de la sabiduria infinita é inefable, decretan lo que el mundo pide, lo que el infierno teme, lo que los ángeles esperan y lo que la Beatísima Trinidad sanciona y ratifica; define, señores, que Maria Santísima fué concebida sin mancha de pecado original. Y como si la Religion hubiera visto cerrarse con este eslabon glorioso la interminable cadena de sus grandezas; como si la Iglesia hubiera arrollado para siempre las huestes infernales y obtenido el triunfo más completo sobre sus formidables enemigos; y como si el Cristianismo viera cumplidos sus deseos, realizadas sus esperanzas y consumada su felicidad, el estampido de los cañones, el clamoreo festivo de las campanas, los *vivas* de la muchedumbre, las lágrimas de los ojos, los suspiros de los corazones, las oraciones de los labios, millares de circunstancias, más para presenciadas que para descritas, anunciaron

con esta feliz nueva «paz en la tierra á los hombres de buena voluntad.» Descorrido el velo del misterio por aquel cuyo poder emana de la misma Divinidad, y que tiene potestad para atar y desatar en la tierra, lo mismo que en el cielo, la Concepcion sin mancha de Maria Santisima quedó definida como verdad católica, los temores desvanecidos, las dificultades superadas, las ansias palpitantes de los hijos de Maria satisfechas; y el tiempo abrió el sepulcro donde yacian diez y nueve siglos, y diez y nueve siglos saludaron en derredor del Vaticano el Iris de su ventura, repitiendo con melodía nunca hasta entonces escuchada, las palabras del Apóstol San Juan: *Hæc est victoria quæ vincit mundum: fides nostra.* Nuestra fe es la victoria que vence al mundo. Y partiendo de estas palabras, vengo á presentar á vuestra consideracion la definicion dogmática de la Concepcion Inmaculada de la Virgen Santisima, como un triunfo de la fe. Sea lo primero, caminando con humildad en pos de los resplandores de esta virtud divina, acercarnos al trono del Eterno animados de una dulcísima esperanza; y unidos por una ferviente caridad, imploremos para mí los auxilios de la divina gracia, nunca tan necesaria como hoy, pero nunca tampoco tan seguros de conseguirla, á la tierna invocacion de la que, Inmaculada en su primer instante, fué, es y será por toda la eternidad llena de gracia.

Ave Maria.

Cuarenta siglos, congregantes ilustres y religiosos (1), auditorio cristiano, cuarenta siglos hacia que el mundo suspiraba por un acontecimiento que habia de hacerle dichoso y borrar de la frente de las criaturas el ennegrecido borron de oprobio é ignominia con que la mancharon con su culpa nuestros primeros padres: cuatro mil años de desventuras recorrian todas las naciones y los pueblos todos, atravesando una senda de oscuridad y de tinieblas sin que la época que sucediera á otra época, ni el trastorno que siguiera á otro trastorno, ni la revolucion espantosa que hundia en el caos á la revolucion que le habia antecedido, pudiera hallar en el inmenso campo de sus delirios ni en el revuelto laberinto de sus pasiones la luz que debia iluminar, la ciencia que debia instruirla y el tesoro escondido que de una vez habia de labrar su felicidad. El estado del universo era el de una imponente y general expec-

(1) Este sermón se me encargó por la congregacion de la Concepcion establecida en las Calatavas, y no le prediqué por no haberse efectuado la solemnidad de accion de gracias.

tacion, porque cumplidos los vaticinios todos relativos á la Suprema Justicia, parecia llegado el tiempo de la realizacion de las promesas concernientes á la divina misericordia; y así sucedia precisamente. En el seno de una noche oscura y sobre las peladas cimas de los nevados montes de Judea, angélico paraninfo, rodeado de un meteoro de brillante faego, anunció á los humildes lo que se oculta á los soberbios, é inauguró entre séráfica melodía: «Gloria á Dios en las alturas, y paz en la tierra á los hombres de buena voluntad.»

En un establo sombrío y reclinado sobre las húmedas pajas de un pesebre, la Virgen de Isaías acababa de dar á luz y envolver en pobres pañales y exponer á la adoracion de la huérfana naturaleza, al Infante anunciado por los Profetas, esperado por los Patriarcas, amado de los justos, temido de los abismos, y que por un sacrificio de purísimo y omnipotente amor habia de consumir nuestra regeneracion y nuestra santificacion en el monte de la mirra, apurando hasta las héces el cáliz del dolor para derramar en nuestras almas el bálsamo de la vida y de la virtud. Cuatro mil años hacia que el mundo esperaba al Salvador, y para recompensa de tantos afanes, para consuelo de tantas lágrimas, y para término de tantos suspiros, el Salvador se dejó ver entre los hombres. Y como esta era su mision divina, este su deseo más acrisolado, y esta tambien nuestra más apremiante necesidad, Jesucristo derritiéndose en los fuegos abrasadores de su caridad, y exhalándose en raudales de esperanza, haciéndose una cosa con nosotros, cargando sobre sí la responsabilidad de nuestra miseria, vistiendo nuestra mortalidad para engalanarnos con su inmortalidad, vencedor invencible de la culpa y autor de nuestra bienaventuranza, enarboló en el dia de su muerte el estandarte de la victoria, haciendo patente á los que de hijos de ira habian pasado á ser sus hermananos é hijos de bendicion, el triunfo más excelso, más magnífico y más resplandeciente de nuestra fe. *Hæc est victoria quæ vincit mundum.*

Pero es maravillosamente notable que al lado de las brillantes figuras de la ley natural y de las elocuentes imágenes de la ley escrita que anunciaban seguro á los hombres el advenimiento de su Salvador, campean tambien figuras brillantes é imágenes elocuentes que presagian la aparicion entre nosotros de una mujer extraordinaria, divina, privilegiada; de una mujer preordenada ántes que todo fuera; de una mujer escudo de fortaleza, abismo de templanza, espejo de justicia, lucero de la fe, áncora de la esperanza y tabernáculo santificado del amor: una mujer embeleso

de la gloria, consuelo de la tierra, terror de los demonios: mujer perfectísima en hermosura, inimitable en la virtud é incomparable en el poder; cuyo nombre es un mar de piadosas y recreativas inspiraciones, cuyo corazon es un piélago de sentimientos de paz y de afectos maternos, y cuya alma es un océano de santidad nunca turbio con el cieno de la primera culpa, nunca alterado por el ábrego del pecado original, capaz solo de ser medido por la mano de Dios, inmenso y omnipotente, é infinito en riquezas celestes, porque se deriva de la infinidad del que en los primeros dias la hizo recorrer, y embellecer, y coordinar en su compañía la inmensa mole del orbe y del firmamento.

Por eso, señores, al lado mismo de la prevaricacion de Adan se nos anuncia una mujer que quebrantará la cabeza de la serpiente: junto al Patriarca Noé, custodio y salvador del mundo, que respetará la universal inundacion, se deja ver una paloma que predice la paz y la ventura: en pos, inmediatamente despues de una tormenta asoladora, irradia un iris que calma la angustia y el sobresalto, y preconiza de una manera inalterable la reconciliacion de Dios con los hombres: por eso entre la lobreguez del desierto aparece una columna de fuego que guia por en medio del mar Rojo á las tribus del Señor: en las alturas del Carmelo ondula una nubecilla que, deshaciéndose en copiosa lluvia, destruye sus enemigos: cerca de la justicia inexorable que castiga con plagas horribles las iniquidades de Israel, se eleva como prodigioso medicamento una serpiente de metal: no léjos, á la vista de las afligidas turbas que perecen de sed, brota la fuente de Oreb, que refrigera y reanima á la agonizante muchedumbre: por eso junto al sol aparece la luna, al lucero acompaña la estrella, al lado del cedro del Líbano se mece la palmera de Cades, junto al plátano la oliva, y al lado del ciprés de Sion embalsama la atmósfera con exquisita fragancia la rosa de Jericó. Esto en cuanto á los séres inanimados é insensibles: en cuanto á los séres dotados de afecto y de inteligencia, de potencias y de sentidos, al lado de los caudillos esforzados, de los ungidos del Señor, de los Pontífices venerables, de los varones justificados que simbolizaban cumplidamente al Mesías prometido, resaltan con esplendidez inconcebible mujeres que en la debilidad de su sexo hicieron extraordinariamente remarcables lo elevado de su espíritu y lo generoso de su corazon: matronas nobilísimas ante cuyo relevante mérito dobla su frente la historia de las mujeres profanas; magnánimas heroínas á cuyos piés se estrellan las hazañas y los sacrificios de las heroínas del pagansmo y de la gentilidad; y todas ellas representan con un

colorido vivísimo á aquella Mujer predestinada á quien el Señor poseyó desde el principio de sus caminos, que salió de la boca del Altísimo, y que existia antes que existieran los abismos y mucho ántes que brotaran las fuentes de las aguas.

Ahí teneis á una Eva criada en la justicia original, formada del cuerpo mismo de Adan pecador, y destinada á ser madre de una posteridad desventurada por el crimen, representando perfectamente y reclamando otra Eva, preservada de una manera especial de todo contagio culpable, formada con el beneplácito de la Trinidad Beatísima, y elegida para Madre del Adan regenerador divino, y Madre tambien de una posteridad eternamente bienaventurada por la gracia. Ahí tenéis á una Jael destrozando con serenidad imperturbable las sienes del ambicioso Sisara, símil hermosísimo de una Jael celestial cuyo nombre y cuyo valimiento son el clavo y el martillo que taladra las sienes de la herejía y de la impiedad: figuraos á la capitana de Bethulia decapitando á Holofernes, aterrorizando á los asirios y aclamada por sus conciudadanos, gloria de Jerusalem, alegría de Israel y honorificencia de su pueblo; pintura elegantísima de aquella Judith inmortal que sin más escudo que la gracia original, ni más alfange que su planta, aplasta la sien del Holofernes maldito que intentó hacer el género humano infeliz por toda la eternidad. Un nuevo cuadro, y concluyo con la exposicion de las alegorías que anunciaron desde los antiguos tiempos á la criatura inmaculada que hoy regocija nuestros corazones. Sobre el trono de la Persia asienta el árbitro de ciento veintisiete provincias; á sus plantas yace profundamente inclinada una mujer que, siendo la Reina, no tiene, sin embargo, tanto poder como él; pero ha encontrado gracia delante de su señor, y al mismo tiempo que preservada del trato vergonzoso que sufren las demás esclavas y eximida del anatema de muerte á que está condenada la nacion hebrea, es constituida reparadora y libertadora de sus hermanos, rasgándose en su presencia, y á petición suya, el edicto de exterminio general.

No pudo, católicos, ser otro que Jesucristo el Artífice divino é infinitamente sabio que con dibujo tan correcto y tan valiente colorido trazara en el anchuroso lienzo de los siglos el asunto sublime que representa el misterio, consuelo hoy de toda la cristiandad. Esther preservada es Maria Santísima, concebida sin pecado original. *Non enim pro te, sed et pro omnibus hæc lex constituta est.* No contigo, sino con todos los demás se entiende este decreto de afrenta y de ignominia. Todo desde tiempo inmemorial anunciábanos el advenimiento necesario de una Niña

que, creciendo en perfeccion como el lirio entre las espinas, vegetaria en un pueblo honrado, echaria raices en medio de los escogidos, y fijaria su morada en la plenitud de los Santos. Aquella esperanza vehemētissima con que los hijos de los hombres aguardaron al Redentor, fué la misma que sostuvo sus almas en medio de la consoladora impaciencia con que esperaban á la co-redentora; aquella esperanza era hija de una fe católica, es decir, universal, porque todos aguardaban á Maria, y todos la aguardaban creyendo que se presentaria como tierra sin maleza, como espejo sin lunar, como masa sin fermento, como una criatura sobre quien no hubiera recaido ni mancha, ni vicio, ni imperfeccion. Maria Santísima debia aparecer, y apareció; y los hombres se apresuraron á amarla, y el universo se dió la enhorabuena, y la creacion se embelleció de nuevo, exclamando con himno de bendicion y de gratitud: «Nuestra fe es la victoria que vence al mundo.» *Hæc est victoria quæ vincit mundum.*

¿Habrá alguno entre vosotros que tema ó sospeche que estoy fuera del asunto? No es así, pues; tranquilícese, y escuchad: Cuarenta siglos de fe dieron por resultado la venida del Mesías y la redencion de los afligidos hijos de Adán, y mil ochocientos cincuenta y cuatro años, y algo más, es decir, diez y nueve siglos de esta misma fe dieron por resultado la ovacion más grandiosa, el suceso más augusto, el triunfo más admirable en la definicion dogmática del misterio de la Inmaculada Concepcion. Nueve meses ántes que los montes y los collados de Judea saltaran de júbilo al anuncio de una buena nueva, una doncella, tan recogida como el cáliz de un tulipan y tan pura como la esencia de una azucena, concebía sin detrimento de su virginidad, y por obra del Espiritu Santo que la coronaba, al Libertador de las gentes, y era de parte de Dios saludada por un Arcángel «llena de gracia, y bendita entre todas las mujeres:» salucion que, á la manera que el sol es el foco luminoso de donde parten millares de rayos de luz que iluminan á todo el universo, fué el foco de revelacion de donde se destacaron millares de millones de centellas de fe que lucieron en el entendimiento y aclimataron en el corazon y arraigaron en el espiritu de todos los hijos de la ley de gracia la creencia piadosa que en el gran libro de la fe corona el catálogo respetable de los artículos definidos. Segun son de sólidos los fundamentos, así puede elevarse á mayor altura un edificio; y sobre el cimiento de una salucion angélica no podia levantarse otro edificio que un artículo de fe. La Religion preparó á la Esposa mística de Jesucristo el camino para realizar esta portentosa maravilla, dándola

la primera de las virtudes teologales por antorcha inextinguible y auxiliadora en el dilatado espacio que tenia que recorrer; y nuestra Iglesia Santa, fiel á los compromisos que tiene contraidos con su Esposo, y confiada en la omnipotente palabra de que las puertas del infierno no prevalecerán contra ella, despues de haber atravesado con planta firme, y al reflejo de esta luz indefectible, una senda tan espinosa y tan erizada de contradicciones, se encuentra colocada en la playa salvadora de la verdad, celebrando, como ella sólo sabe y como ella sola puede, la definicion dogmática de la Inmaculada Concepcion de Maria Santísima como complemento de las grandezas de la Señora, como prerogativa la más noble con que Dios pudo y supo y quiso condecorarla, como presagio de multiplicados y consoladores beneficios, como fruto de la esperanza perseverante de diez y nueve siglos, y como un triunfo de la fe. *Fides nostra.*

No me detendré, señores, á buscar testimonio de esta verdad en la cuna de la naciente Iglesia, ni haré resonar en vuestros oidos las palabras del Apóstol San Andrés, confesando antes de su martirio, y en presencia de los sacerdotes de Acaya, á Maria Santísima como una Virgen Inmaculada. No quiero que en el siglo III de la Iglesia escuchéis á Orígenes apellidar á nuestra Emperatriz *Inmaculada del Santo y del Inmaculado. Immaculata Sancti et Immaculati.* Ni lo que en el mismo sentido y del mismo modo dijeron San Gregorio de Nicomedia y San Cirilo de Alejandria. En los siglos IV y V reúnense en respetabilísima Asamblea, dando una prueba irrefutable de la fe de los cristianos en este misterio, los Basilio, los Naciancenos y los Crisóstomos; los Ephrenes, Damascenos y Epifanios; los Teodoros, los Josés de Tesalónica, y los Cirilos Alejandrinos, aclamándola superior á los querubines, inmaculada, incorrupta, ajenísima á toda inmundicia y mancha de pecado, incomparablemente por lo pura y por lo Santa, más Santa y más pura que los serafines, y esceptuada, por privilegio, del pecado original, como el Hombre-Dios que nació de sus entrañas era impecable por naturaleza. En los siglos sucesivos habla la fe en la creencia universal de la inmunidad absoluta de la Virgen por el sabio idiota que la llama *toda hermosa en su Concepcion*; por un San Gerónimo que la apellida *nube siempre existente en el centro de la luz*; por un San Ambrosio que la dice *rama sin nudo de pecado original ni corteza de venial*, y por un San Agustín, tan elocuente como profundo, que por honor del mismo Dios no creyó que el pecado de origen profanara el santuario que para su Majestad habia elegido.

Avanza el mundo á nuevas épocas, y avanza tambien el Cristianismo á nuevos votos, á no interrumpidas plegarias, á más fervientes aspiraciones en lo relativo á la Concepcion sin mancha de Maria. Siglos impelen á siglos, generaciones precipitan á generaciones, pueblos derrumban á pueblos, y los individuos de todos los pueblos, de todas las generacionos y de todos los siglos luchan á brazo partido, y al abrigo del estandarte de la Iglesia, con oposiciones de todo género, y solo por granjearse la dicha de presenciar la aclaracion de este angustísimo misterio como artículo de fe, como victoria que vence al mundo, y así lo expresa por el órgano autorizado de los Concilios, ya ecuménicos ó ya parciales. El tercero de Éfeso la reconoce «en nada corrompida;» el cuarto de Toledo aprueba, con San Isidoro, el oficio y octava de la Purísima Concepcion: el segundo de Nicea llama á Maria Santísima más pura que la naturaleza toda intelectual y sensible: el de Basilea lo decreta de fe, y, por último, el respetable y universal de Trento, á semejanza del Asuero de la Sagrada Escritura, hace extensiva á todos los hombres la ley del pecado original, absteniéndose de comprender en él á la bienaventurada é inmaculada Virgen Maria, Madre de Dios. Todo lo indica la fe, lo prepara la fe, todo lo esperamos de la fe. En los tiempos primitivos de la Iglesia la fe deposita en el corazon de los cristianos la semilla de la piedad en favor de la Concepcion inmune de Maria; la fe en los tiempos medios la fecundiza por una perseverante devocion, y esta misma fe en los dias más cercanos á nosotros la hace producir copiosísimos frutos de amor, de bendiccion y de consuelos que hacen más palpitante el afan, siempre en aumento, de que la Iglesia añada al simbolo de nuestras creencias el artículo de la Concepcion inmaculada.

La fe articuló la lengua de los doctores y Santos Padres; presidió como maestra divina las Asambleas y los Concilios, y autorizó á los Sumos Pontífices para presidir con mesura y prudencia en sus respectivos pontificados lo que sobre este particular era la voluntad de Dios. Sixto IV, que publica el oficio de la Inmaculada; Pio V, que concede este rezo al Orden seráfico de San Francisco; Clemente XIII, que lo extiende al clero secular y regular de España; Paulo V, Clemente IX, Clemente XI, Gregorio XV y Gregorio XVI, que establecen la festividad y autorizan la devocion con los tesoros de la Iglesia, y sobre todos ellos Alejandro VII, que en su Bula *Solicitudo omnium ecclesiarum* de 1661 sella los labios á los impugnadores de esta creencia tan universal como halagüeña, y apareja el terreno al grandioso

acontecimiento con que se distinguirá hasta la consumacion de los siglos el pontificado del Soberano Pastor y Príncipe reinante de la Iglesia.

¡Qué virtud tan hermosa y tan benéfica es la fe en este misterio! Así lo reconoce encorvado el anciano que con trémulo pié toca el brocal de su sepultura y se despide de la vida diciendo á Maria Inmaculada: «Dios te salve, vida, dulzura y esperanza nuestra.» Así lo publica por todas partes el jóven entusiasta de sus creencias, de su Religion y de su verdadera nacionalidad, que detiene su fogoso corazon ante una imágen de la Concepcion, y la dice: «Ave Maria, llena de gracia.» Así lo indica el candoroso parvulito que en medio del padre que le dirige y de la madre que le alimenta, dobla su rodilla, extiende sus manecitas, eleva sus ojos hácia la imágen de Maria, y con una voz delicada que pone en respetuoso movimiento las fibras del corazon, la dice: «Bendita sea tu pureza, y eternamente lo sea.» Pues esto lo hace la fe en el misterio de la Inmaculada Concepcion; en esa definicion dogmática, válida, oportuna y deseada, á quien hoy aclaman las gentes como un triunfo de la fe. *Hæc est victoria quæ vincit mundum*. El pensamiento magnífico, el suceso digno de eternas alabanzas que constituye el blanco de vuestra admiracion y el asunto de mi discurso, es, además, profundamente histórico al par que es esencialmente religioso. En aducir testimonios de todo género seria interminable; pero me faltan el tiempo y la capacidad. Sin embargo, no me dispense de presentar aquí dos pruebas, que, á mi escaso entender, son las más principales, contando con vuestra indulgencia.

Es la primera esa gigante cuestion de escuela, esa lucha entre tomistas y scotistas, empeñada, sostenida y ya dichosamente terminada, lucha que, siendo hermanos, ha tenido en esta materia disconformes á los ínclitos hijos del serafin Francisco de Asis y del Patriarca glorioso español Santo Domingo de Guzman. No tembleis, señores, que de mis labios se escape en estos momentos una sola palabra disonante á vuestros oidos, ni capaz de ofender directa ni indirectamente á dos congregaciones respetables, á dos Ordenes regulares, ornamento de nuestra Religion, firme apoyo de la Iglesia, y cuyos bienaventurados fundadores ahora y hasta el fin de los tiempos canónicamente veneramos en los altares: Ordenes que providencialmente han visto exaltados á la cátedra de San Pedro igual número de sus hijos: que cuentan en su seno la misma cifra de Cardenales y purpurados; que han regido los diversos pueblos del mundo cristiano con igual gerarquía de Arzo-

bispos y de Obispos; que cuentan con el mismo número de Santos, de sábios y de doctores, y cuya fraternal union los obliga á conducirse con evangélica caridad en todos sus actos públicos y privados. Nó, cristianos; ámbas instituciones lucharon en abierta oposicion durante un espacio más que considerable de siglos, y las dos instituciones *vencieron* en el día de la Purísima Concepcion del año próximo pasado. Esa diversidad de opiniones que los ha dividido en esta materia, ese combate heróico que los ha hecho célebres á la faz de todo el orbe, no ha sido en los unos consecuencia de errores groseros y obstinados, ni en los otros producto de un celo fanático y exagerado por las glorias de Maria; ha sido, sí, y yo de esta manera lo califico, uno de esos fenómenos maravillosos y sorprendentes de que la omnipotencia de Dios se vale en épocas determinadas para sacar más acrisolados, más hermosos y más incontrastables los triunfos de nuestra fe. *Fides nostra*.

Porque, ¿ni cómo el Sol de las escuelas, el Angélico Doctor Santo Tomás ni sus discípulos habian de querer ver despojada á la Madre del privilegio de su inmunidad original, cuando tan acérrimos defensores y propagadores han sido y serán siempre de las glorias del Hijo? ¿Ni cómo los hijos del Patriarca San Francisco habian de defender un absurdo, habian de sostener una quimera, y habian de ligerar temerariamente su profesion religiosa con el voto solemne de defender á todo trance y á costa de su vida la concepcion sin mancha de la Reina inmaculada de los Angeles? La voluntad de Dios, y sólo así se explica, la voluntad de Dios dispuso, y permitió, y sostuvo, tan ruidosa alternativa, en la apariencia tan lamentable desunion, para que en el día que cumpliese á sus designios se abrazasen en la tierra lo mismo que en el cielo los que siempre han inclinado su frente juntos, y juntos han derramado su sangre por las glorias de la fe, y en sacrificio por la augusta Religion del Crucificado. Rásguese, si no, ese azulado firmamento que escorde á nuestros ojos una hermosura incomprensible, y de seguro veremos á los campeones de una y otra milicia, á los adalides de una y otra escuela, á los sostenedores de una y otra opinion, más radiantes de gloria, más resplandecientes de bienaventuranza, gozando de la posesion beatifica de Dios, intuitivamente contemplando la Concepcion Inmaculada de la Virgen, y entonando, en compañía de los Angeles, Arcángeles y Serafines, una endecha amorosa que aclama á Maria Santísima toda hermosa y sin mancha. *Tota pulchra, et macula non est in te*. Veremos á Santo Tomás, San Buenaventura, San Bernardo,

Scoto y todos los Santos que militaron bajo tan opuestas banderas, refulgentes como otros tantos soles, coronados como vencedores y rodeados por un disco de gloria, porque veneraron sancionada en los cielos esta declaracion dogmática, promulgada en la tierra, acatándola, engrandeciéndola y festejándola como un triunfo de la fe. *Hæc est victoria quæ vincit mundum*. Pasemos, para terminar, á la segunda y última prueba.

Una revolucion sangrienta, política en las formas, pero en la esencia y en el fondo aborto de la impiedad, como espantoso temblor de tierra ha repentinamente conmovido el continente de los Estados-Pontificios. Desde léjos una nube ennegrecida viene anunciando á la sorprendida Iglesia la lluvia de una encarnizada persecucion; el genio del error y de la muerte sacude furioso sus cenicientas alas sobre las agujas del Palacio Quirinal, y un aullido terrífico lanzado como del fondo de los infiernos, preludia la borrasca que parece vá á poner á punto de naufragar á la navecilla de San Pedro. La irreligion, la desmoralizacion y el libertinaje empuñan las riendas del poder, y la anarquía pretende asegurar sus víctimas, apoderándose, al mismo tiempo que de las personas, de los corazones y de las voluntades. El cambiante magnifico del horizonte se convierte en color de sangre: al pavoroso estruendo con que la insana persecucion fulmina sus anatemas de muerte, huyen desfavoridas las almas débiles, dudan y vacilan las más fuertes, y todo el mundo, señores, todo el mundo, consternado, contempla con lágrimas de dolor que son profanados los templos de la Majestad divina; que son insultados, perseguidos y sacrificados los ministros del Señor; que se rasga la púrpura cardenalicia, se hace trizas la mitra episcopal, se pisotea la tiara Pontificia, se arranca de sus cimientos el solio donde preside la verdad inspirada y protegida por el Espíritu Santo, rueda la Silla del Sucesor del Príncipe de los Apóstoles, desaparece el anillo del Pescador, y un hombre entre todos los hombres grande, un sacerdote entre todos los sacerdotes ejemplar, un corazon entre todos los corazones amante, y un alma llena de fe, de esperanza y de caridad, impulsado con violencia por la más inaudita ingratitude, cobijado bajo el sombrío ropaje de la proscripcion, acompañado únicamente del que no desampara á los atribulados y de la que siempre consuela á los afligidos, abandona la capital del orbe católico y va, en busca de la paz, de la prosperidad y de la salvacion de sus propios enemigos, á establecerse como en albergue de su tristísima emigracion en la ciudad de Gaeta.

¡Iglesia de Jesucristo! ¡Ha sucumbido la luz, porque de ella

han triunfado las tinieblas! ¡Rebaño melancólicamente disperso del Cordero sin mancha, rasga los aires con tus quejidos de consuelo, porque ya no tienes Pastor! ¡Beatísimo Padre Pio IX, llora con tus hijos y échanos tu bendición, y venga cuanto ántes la muerte, porque las hordas del infierno han conseguido inesperada victoria contra todo el mundo cristiano...! ¡Oh! Nunca será, congregantes ilustres y católicos oyentes. El Aaron del siglo XIX vive una vida inmortal, porque vive en él Cristo, nuestro bien: el Soberano Pontífice tiene una fe radiante, infinita, indefectible: una fe que alumbra á todo hombre que aparece sobre este valle de lágrimas; nuestro amantísimo Padre Pio IX abraza en su seno una esperanza santa, una esperanza divina, y su corazón presente que, de los amargos acontecimientos que le rodean y nos afligen, han de surgir bendiciones y felicidades que inunden toda la tierra, como la bañaban en su origen los cuatro ríos del paraíso (1). Pero, ¿dónde volverá sus ojos, dónde fijará sus miradas, dónde encontrará su espíritu, para tranquilizarse, una centella del Espíritu consolador? *Spiritus Sanctus superveniet in te, et virtus Altissimi obumbrabit tibi.* «El Espíritu Santo descenderá sobre el Pontífice, y sombreará su cabeza la virtud del Omnipotente.» Observad. Súbito sus ojos se detienen ante una imagen de la Virgen Inmaculada; una ráfaga de alegría cruza por su frente, y dejándose arrebatar de una célica contemplación, Pio IX aparece como inspirado. Una voz encantadora pone en juego los afectos más sensibles de su alma. *Me enim insulae expectant,* le dice María Santísima: «El universo todo, los cielos y la tierra, los ángeles y los hombres, los montes y los collados, las criaturas racionales é irracionales, las estaciones, los frutos, los elementos y todo, esperan con impaciencia y de remotísimos tiempos la definición dogmática de mi inmaculada Concepción.»

El Pontífice recordó que era Pontífice, y sabiendo que la sabiduría de la Iglesia tiene su manantial inagotable en la sabiduría increada de Dios, volvió á pedirselo á Dios con aquellas expresivas palabras de Salomón: *Mitte illam de caelis Sanctis tuis.* «Envíame, Señor, de tus santos cielos, desde el asiento de tu grandeza, la gracia que necesito, para que me acompañe, para que trabaje conmigo, y para que en este asunto me indique cuál es lo más acepta-

(1) No menos perseguido y atribulado, más perseguido y más atribulado que entonces, y por enemigos hipócritas más audaces y poderosos que aquellos, está hoy Pio IX. Nosotros, ¿qué haremos? Pedir y esperar en María Inmaculada.

ble á tus ojos y más glorioso á tu Santísima Madre.» Y bendijo á las tribus que lloraban á sus piés, y consultó á la católica Israel su opinión en la creencia de este misterio; y mientras la fe y la esperanza y el amor de sus hijos le contestaba por sus eminentes sabios, por sus legítimos Prelados y Pastores, el peligro disminuyó, la tempestad desapareció, la impiedad y la herejía quedaron confundidas, el sol refulgió brillante sobre la Cátedra Pontificia, sus rayos se difundieron por toda la faz de la tierra, anunciándola regocijo y tranquilidad y bienaventuranza perpétua, mediante la declaración dogmática de la Inmaculada Concepción de María Santísima.

Y como si no bastara la creencia universal de los Santos y sabios de nuestra época, ni las ansias febriles de la presente generación, y como si la voz del Pastor de los pastores, semejante á la de Ezequiel, que reanimó los huesos áridos y descarnados del desierto, hubiera infundido vida á todo lo pasado, los sepulcros de los Pontífices se abrieron y lanzaron toda su fe en medio de nosotros; las heladas cenizas de nuestros antepasados respiraron y nos comunicaron su acrisolada esperanza; los Concilios y los Reyes, y las universidades y las asambleas distinguidas, y los cristianos todos de antiguos tiempos se apresuraron á inspirar á los cristianos, á las asambleas, á las universidades, á los Reyes y al Concilio reunido en la capital del orbe católico, su ferviente amor á María Santísima, su cordial adhesión al misterio de la Concepción Inmaculada, su halagadora y segura confianza de que la definición dogmática de esta prerrogativa singular sería, como lo es, válida y oportuna, y universalmente aclamada y universalmente reconocida como un triunfo de la fe. *Hæc est victoria quæ vincit mundum: fides nostra.*

Lo demás ya os lo manifesté en el exordio de esta oración: el Espíritu Santo iluminó á la Iglesia; la gracia de Dios inspiró á nuestro Santísimo Padre Pio IX, y lo que hace próximamente diez y nueve siglos era una opinión piadosa, y más adelante una creencia universal, es hoy, en el siglo XIX, con unánime asentimiento decretado, reconocido y venerado como un artículo de fe. ®

¡Gracias á Dios, Virgen Santísima Inmaculada; gracias á Dios, que por un efecto de su inmensa misericordia nos ha concedido desde la niñez amarnos y creerlos purísima y sin mancha desde el instante primero de vuestro ser, y nos concede confesaros á la faz de todo el mundo, y á pesar del infierno, y de la herejía, y de los malos cristianos, concebida sin pecado original. No importa que espíritus orgullosos cuya temeraria presunción les hace

creerse capaces, con sólo el auxilio de la razón humana, de regir los destinos de la sociedad, hayan recibido con criminal y vergonzosa indiferencia una nueva tan dulce, tan consoladora y tan benéfica para justos y para pecadores. En cambio, las augustas personas que ocupan el trono de San Fernando, interpretando los verdaderos sentimientos de sus progenitores y de vuestro pueblo, que lo es el pueblo español, han tomado en vuestra solemnidad la iniciativa de un modo digno de los Reyes siempre católicos de España. Nada influye que escritores, dignos de compasión y necesitados de vuestra indulgencia, hayan mojado la pluma en la ponzoña y publicado asquerosos folletos contra esta solemne definición, procurando turbar la paz de las conciencias; ni que críticos descarados y sin pudor hayan procurado ridiculizar (1), ya que no impedir, los festejos con que vuestros hijos os dan y se dan la enhorabuena: en cambio los escritores católicos, los predicadores evangélicos, á pesar de la mordaza y á pesar también de la persecución, de la proscripción y de la muerte, sostienen y sostendrán y publicarán muy alto que sois Inmaculada de fe, y que este dogma ha sido aceptado y reconocido por los amantes hijos de María. No importa que un puñado de hombres, mal avenidos con su verdadera felicidad, que es la salvación de su alma, pretendan con sus doctrinas disolventes dividir nuestro culto, entibiar nuestro fervor, separarnos de nuestra común Madre la Iglesia católica apostólica romana, y arraigar en el conmovido suelo de nuestra patria la incredulidad y el indiferentismo religioso: no lo conseguirán. Las comunidades religiosas á quienes todavía no ha tocado el hacha del exterminio, millares de congregaciones que se esfuerzan por sostener el culto verdadero, que es el que se dá al verdadero Dios, los hijos de este suelo, clásicamente mariano, justifican de una manera irrecusable que los verdaderos y leales españoles son también verdaderos y leales hijos de María, y que como tales se creen libres de todos los peligros que nos rodean y de todas las necesidades que nos afligen con la definición dogmática de vuestra Inmaculada Concepción.

Sea enhorabuena, Emperatriz magnánima y Señora nuestra. Yo os felicito en nombre de la Beatísima Trinidad, de los espíritus angélicos y de los bienaventurados: os felicito en nombre de la

(1) Sabido es que hubo periódico tan desdichado en aquella época, que creyendo decir un chiste pronunció una horrible blasfemia, al comparar la reunión de los Obispos en Roma con un Congreso de gitanos. Perdonadlos, Señora, que no saben lo que dicen.

Iglesia paciente, de la Iglesia militante y de esta real congregación, que se enorgullece de marchar bajo la égida de vuestra Concepción Inmaculada. *Salvum fac populum tuum.* Salvad á vuestro pueblo dando aliento al justo y arrepentimiento al pecador. *Et benedic hereditati tue.* Y bendecid vuestra heredad. Bendecid á la Iglesia, al inmortal Pontífice que la gobierna y que ha embellecido vuestra corona con este nuevo florón del amor divino: bendecid al Episcopado y al sacerdocio católico, á esta real congregación, á este cristiano auditorio, á todos nosotros, Virgen Santísima, que bien lo necesitamos; para que amándonos, imitándonos y desagraviándonos en esta vida, nos acompañéis á la hora de la muerte, y después vayamos á contemplaros, poseeros y saludaros en la gloria. «Llena de gracia y concebida sin mancha de pecado original,» por los siglos de los siglos. Así sea.

DISCURSO XXIII.

Sobre la Inmaculada Concepcion de Maria.

*Hæc est victoria quæ vincit mundum,
fides nostra.*

(1.ª S. Joan, cap. v. v. 4.)

Esta es la victoria que vence al mundo: nuestra fe.

(*Verba ut supra.*)

EL auditorio á quien hoy me dirijo, que es español y católico; el objeto de esos solemnísimos cultos, que es Maria Santísima en el misterio de su Inmaculada Concepcion; el ternísimo afecto con que la amamos, el incomprensible poder con que la Divinidad la ha enriquecido y la prodigalidad con que la Señora nos ha dispensado siempre sus bondades, todo me anima á franquear mi corazon, fluctuante entre un abismo de temores y esperanzas.

Vuelvo mis ojos al mundo, y el mundo está conmovido; dirijo mi vista á la Europa, y la Europa está estremecida; inclino mis miradas á nuestra España, y España tiene muchas lágrimas que verter y muchos suspiros que exhalar.

Quiero caracterizar nuestro siglo, y no sé si nuestro siglo es católico ó es protestante, si es pacífico ó si es revolucionario, si es caritativo ó si es socialista; miro á los tronos, y veo que los tronos se derrumban, que las coronas se caen de las cabezas de los soberanos, que los cetros se hacen pedazos, que los soberanos desaparecen, y que la anarquía desgarrá y hace trizas el manto de la autoridad.

Miro á la Iglesia, y desfallece mi espíritu; la Iglesia está injustamente perseguida; llorando y orando sin intermision por su Pastor, por su Moisés, por el Vicario de Jesucristo; veo al gran Sacerdote de todas las épocas, al Zacarías del siglo XIX, sólo y atribulado, cautivo y circunvalado de traiciones, continuando el gran sacrificio del Calvario, perseguido de los que más le deben, abandonado de los que más necesitan acogerse á él...; veo á Pio IX expuesto al parecer á ser sacrificado, tal vez cuando ménos se piense, entre el vestíbulo y el altar.

Contemplo más de doscientos millones de corazones angustiados, de verdaderos católicos, de cristianos fieles que miran al Papa y miran al cielo; que miran al mundo y miran á la Mujer que es Madre de la esperanza santa, que es Maestra de la Iglesia y consuelo universal de los afligidos.

Y estos doscientos millones de corazones atribulados se preguntan unos á otros: «Pero qué, ¿no hay esperanza? ¿Triunfará la mentira de la verdad? ¿Se alejará para siempre la paz de nuestra compañía? ¿Prevalecerán las puertas del infierno contra la Iglesia de Jesucristo?» Poco á poco, cristianos; ¡desdichados de nosotros si nos abandonara la confianza cristiana! nuestra esperanza hoy es nuestra fe, y en ella están vinculados los triunfos que la Iglesia y la sociedad han de alcanzar contra sus encarnizados enemigos: *Hæc est victoria quæ vincit mundum, fides nostra.*

La fe en todos los misterios, la fe en todas las verdades, la fe en las promesas del Altísimo á sus hijos, ha sido siempre la vencedora del mundo en todas las épocas; la fe en esto mismo, y, la fe, en la desolada é incalificable época que atravesamos muy particularmente, en el misterio de la Inmaculada Concepcion de Maria Santísima, será la que salve al mundo.

Porque así lo ansia mi alma, porque así lo presiente mi corazon, porque me domina y me consuela esta idea, quiero comunicársela, desenvolverla con la gracia de Dios, y hacerla el asunto de vuestra atencion en la presente mañana: *Hæc est victoria quæ vincit mundum, fides nostra.*

En la fe del augusto misterio de la Inmaculada Concepcion de la Virgen Santísima se fundan hoy las esperanzas de victoria contra el mundo, y de salvacion del género humano. *Ave Maria.*

La fe en el misterio de la Inmaculada Concepcion de Maria Santísima es la victoria que vence al mundo. *Hæc est victoria.*

Antes de demostrar esta verdad, que lo es de sentimiento religioso, histórica y de sentido comun, quiero que nos detengamos á formar ligeramente una idea de esa criatura concebida sin la mancha original.

Figuraos que la omnipotencia de Dios produce de sus lábios allá en las regiones de su inmensidad una nueva creacion, más espléndida, más excelente, más sublime que todo lo que hasta hoy comprendemos de los cielos y conocemos de la tierra: creacion imagen de Dios, que tanto se aproxima, que tanto se parece á Dios, que es todo lo que es Dios, menos el ser Dios: creacion que es en la adorable Trinidad como la *cuarta creada* (1) Persona, tan identificada con Dios-Padre, con Dios-Hijo y con Dios-Espíritu Santo, como el Padre lo está con su Hija, el Hijo con su Madre y el Espíritu Santo con su Esposa.

Creacion brillante y rica, y fecunda en prodigios que exceden á todo prodigio, en la cual el mismo Dios, si me es permitido explicarme así agota todos los recursos de su sabiduria y de su amor, y que es, en expresion admirable de San Bernardo, *Negotium omnium saeculorum*, el gran negocio de todos los siglos, la empresa de la eternidad del Sér infinito.

Dejad que vague por vuestra imaginacion un espíritu, purísimo más que los ángeles, que unido al espíritu de Dios marcha con él, ordenando y embelleciendo cuanto sale de sus manos antes que la tierra fuera hecha, y antes que conociéramos los abismos, y mucho más antes que las altísimas cúspides de los montes se levantaran hasta los cielos.

Figurémonos con el Profeta un cielo nuevo, á quien sirven como de riquísimo adorno, nó solamente los luceros y las estrellas, sino todas las virtudes imaginables, superiores á la mayor perfeccion; un cielo que es, nó morada de los espíritus celestiales, sino única y exclusivamente tabernáculo del mismo Dios: un cielo nuevo, cielo de esa otra region feliz que el Hacedor Supremo ha destinado para recompensa de los justos y de los Santos.

Peregrinemos por una tierra tambien nueva, más limpia que la de que fué formado el primitivo Adán, más virgen que aquella en que el Omnipotente estableció el paraíso que sirvió de albergue á nuestros progenitores; de cuyas entrañas brota un árbol que es el camino de la gloria, la verdad inmutable y por esencia, la vida de todas las criaturas; tierra nueva, fertilísima, donde no

(1) Aug. Nic. *...*

se encuentra ni una mancha que la empañe, ni un abrojo que la desfigure, ni una zizaña que la mortifique; tierra nueva sobre la que descienden y delante de la cual se inclinan sumisos y reverentes todos los portentos de la naturaleza, todos los prodigios de la gracia.

Figuraos la azucena más cándida, el lirio más peregrino, la rosa más gallarda, el plátano más oloroso, la palmera más gentil, el terebinto más airoso, el ciprés más pujante, el cedro más incorruptible: figuraos la paloma más inocente, la tórtola más amante, el fénix más abrasado, la perla de más valor, el diamante de más consistencia, el rubí de más hermoso color, el topacio más trasparente, los nácares más tornasolados; y figuraos.... ¿todavía más?

Sí, figurémonos, porque lo dice el Espíritu divino, una ciudad nueva y santa que desde el mismo Dios desciende del cielo adornada para el recibimiento de su esposo; y no creamos que es aquella ciudad donde el Hijo de David construye el templo de la Divinidad, aglomerando para ello todos los esfuerzos de la inteligencia, todos los recursos del arte y los materiales más preciosos que se conocen sobre la superficie de la tierra.

Una ciudad, Jersalen de refugio, templo más sorprendente que el de Salomón, arca de más valor que la de la alianza, como que en ella se ha de ratificar la alianza que todo un Dios ofendido hace misericordioso con un hombre regenerado.

Delineemos como podamos una Mujer vestida del sol, que tiene á sus plantas la luna y su frente coronada de estrellas, Mujer que es la aurora de la gracia, que anuncia y precede al Sol de la redencion, cuyos ojos inspiran confianza, cuyos lábios respiran amor, y cuyas manos van por donde quiera vertiendo misericordia.

Describamos, si acertamos á ello, una Mujer en cuya formacion se complace el Omnipotente, en cuyo nacimiento estalla de júbilo la naturaleza, en cuya presentacion las puertas del templo se abren, honrándola como la Reina de aquella santa morada: en cuyo desposorio adoran los Querubines, admiran los hombres, enmudecen los abismos: en cuya anunciacion el Padre se desprende por Maria de su Hijo, el Hijo toma por amor al hombre posesion de su Madre, el Espíritu consolador la enriquece de dones como á su Esposa: en cuyo alumbramiento los principados seráficos cantan á coro con los humildes y pequeñuelos de la tierra; una Mujer que es en gloria completísima, en destinos sin igual, en martirios incomparable: que siempre incorrupta pasa de esta vida

mortal á la otra vida inmortal, donde cifre tantas coronas como privilegios la enriquecen, como prerogativas la adornan, como virtudes la hermocean y como sacrificios la ennoblecen.

Rindamos nuestros parabienes á una Mujer bendita entre todas las mujeres, bendita de todas las generaciones, bendita con bendiciones de inefable dulzura, y, como canta un predicador amantísimo de la Virgen, (1) «bendita en su eleccion, bendita en su concepcion, bendita en su natalicio y bendita en su maternidad; bendita en sus pensamientos, en sus intenciones y en sus palabras; bendita en su entendimiento, en su voluntad y en su memoria; bendita en sus ojos, en sus oidos y en su boca; bendita en sus manos, en sus piés y en sí misma; bendita en sus antepasados, en sus amigos y en su posteridad; bendita en los eternos designios de Dios, bendita en el vientre de Santa Ana, bendita en la tierra, y mil veces bendita en lo más alto de los cielos.»

Y para circunscribir la idea de la única criatura que ha sido concebida sin mancha en los decretos de Dios, y en el vientre de su madre y en el corazon de los hombres, pintad, contemplad como os sea posible la criatura á quien afea el pecado original y á quien sigue todo el reato y todas las consecuencias de tan lamentable caida, y ponedla despues al frente de la que Dios ha preservado de la corrupcion universal, por los méritos anticipados de Jesucristo; y en este paralelo deducirémos como consecuencia de la lógica cristiana, que realidades y figuras, y vaticinios y cantares, y consuelos y esperanzas, y todo, nos viene asegurando, no solamente que la Reina del cielo y de la tierra, la Emperatriz de los Angeles y de los hombres, la Madre de Dios, Maria Santísima, fué concebida sin pecado original, sinó tambien que la fe en este misterio es la victoria que vence al mundo. *Hæc est victoria quæ vincit mundum, fides nostra.* Vamos á demostrarlo.

Decia yo, para proceder con luminosa claridad en el desenvolvimiento de mi asunto, que era una verdad de sentimiento religioso, de historia y de sentido comun, y tal me confirmo en mi pensamiento, que no temo, que no creo ser tachado por nadie de temeridad ni de exageracion.

El sentimiento religioso, no solamente conserva la fe que le nutre, sino que despierta y aviva nuestra piedad; nuestra razon

(1) D. Juan Gonzalez.

entónces no es ya una razon de hombre, sino que es una razon de hombre cristiano; y apoyada en la humildad sube á los cielos, penetra en sus magnificas moradas, se detiene ante la Divinidad, y visita con detencion y examina con avidez todos los secretos, todos los arcanos, todos los misterios de Dios, aprendiendo de ellos ni más ni ménos que lo que el Señor quiere que se aprenda y al hombre le es necesario aprender.

Pues bien, cristianos; la cadena majestuosa de los misterios de nuestra Religion augusta es tambien una cadena majestuosa de esperanzas y de triunfos; esperanzas que se realizan en beneficio de la criatura degradada, y triunfos que no son en provecho y utilidad del mismo Dios, que de ellos no necesita para ser lo que es, sino triunfos que, obteniéndolos el Supremo Hacedor, refluyen en indecible beneficio de la humanidad miserable y menesterosa.

Y esto que se dice de los misterios en general, lo decimos tambien de cada uno de los misterios en particular, porque cada misterio no presenta una sola maravilla, sino que es un piélago insondable de maravillas. Maria Inmaculada ocupa un lugar muy distinguido, es una criatura muy predilecta en la presencia de la Santísima Trinidad; y ¿para qué? Para contribuir y acompañar á los triunfos que la Omnipotencia alcanzó sobre la debilidad de la nada; la Sabiduria sobre la ignorancia, y el Amor sobre los degradados y ruines sentimientos del corazon humano. Es más: la Concepcion de Maria Santísima sin culpa original es, segun el orador antes indicado, «el primer triunfo de la Beatísima Trinidad al redimir á los hombres:» siendo así, no puede faltar la fe en este misterio que embelesa nuestras almas, triunfando y venciendo al mundo al lado de los santísimos acontecimientos que la Providencia decreta para llevar á cabo la Redencion.

La Encarnacion del Verbo divino es esperanza y es triunfo: es esperanza, porque se habia prometido un Reparador al universo, y el universo venia nutriéndose en esta promesa hacia cuatro mil años; y es triunfo, porque se realiza y vence á la soberbia por la humillacion de un Dios que eleva al hombre caido hasta el supremo grado de la exaltacion. Maria Inmaculada es el principal agente de la Encarnacion en el órden de la naturaleza: Maria era una necesidad para este misterio, porque así lo queria la misma Divinidad, y era tambien una necesidad que estuviera concebida sin pecado original.

No de otro modo se explica el que en la Anunciacion la saludara el Arcángel *llena de gracia*, ni que el Espíritu Santo repo-

sara en su alma, ni que la misma Señora arrebatara al Omnipotente su poder, arrancando de su seno al Hijo con un *Fiat* para darle vida humana, del mismo modo que Dios arrancó de la nada con otro *Fiat* las grandezas de la creacion.

El gran misterio del Calvario, los sufrimientos inauditos del Hijo de una Madre-Virgen, y su muerte horrible como ninguna, son esperanza y son triunfo: son esperanza, porque además de estar vaticinado y decretado, la razon natural decia que una deuda infinita no podia pagarse sino con una expiacion de valor infinito; y que no pudiendo ofrecerla el hombre, era preciso que la ofreciera el Hombre-Dios. El sacrificio del Gólgota es triunfo de triunfos; allí triunfa Dios de sí mismo: triunfa la gracia del pecado, triunfa la vida de la muerte, y triunfa la misericordia de la justicia. Puede decirse exclusivamente de la Pasion que ella es la victoria que vence al mundo. *Hæc est victoria quæ vincit mundum.*

Maria Inmaculada es agente principalísimo en la Crucifixion del Nazareno; no solamente ofrece á Jesus á los martirios, sino que se ofrece anticipadamente á sí misma sufre marchando y marcha sufriendo, y cuanto el Mesias padece en su cuerpo, todo, absolutamente todo, lo padece Maria en el alma: padecen dos y los dos son inmaculados, el uno por naturaleza y por esencia, la otra por preservacion y por gracia: ni podia ser de otro modo; dos seres extraordinarios habian de restituir al mundo su primitivo estado, y era indispensable que ninguno de ellos tuviera nada de comun con las miserias del mundo.

Y el triunfo obtenido en la Crucifixion pasa desde el cadáver de Jesus á la persona de Maria: Maria es constituida Madre de los hombres; nosotros somos sus hijos de adopcion: de donde inferimos que si la Virgen sin mancha es agente principal en la Encarnacion segun la naturaleza, lo es tambien en el misterio de la Cruz segun la gracia. ¿Por qué, si no, Madre de Dios y Madre de los hombres, así justos como pecadores? ¿Por qué Madre de la gracia y tesorera de la gracia? ¿Por qué Madre de misericordia y dispensadora de la divina misericordia?

Maria Inmaculada resucita espiritualmente, al mismo tiempo que Jesus triunfante hace estallar la lápida de su sepulcro: si Jesus inmaculado asciende á la celestial Sion en virtud de su propio poder, Maria Inmaculada es levantada del sepulcro por la virtud del que la preservó, y en los brazos de los ángeles sube para ser la alegría de los cielos y las esperanzas de la tierra. En la asuncion triunfa Maria de nuevo del pecado original; por eso no queda sujeta al castigo la que no habia contraido la culpa.

Maria Inmaculada es la primera cabeza y el primer corazon sobre que descansa el Espíritu Santo. Séame permitida una comparacion, aunque de menor á mayor, segun dicen los retóricos. Maria Inmaculada es á todos los misterios de nuestra sacrosanta Religion, lo que es á todas y cada una de ellas el cordon con que están engarzadas las cuentas de su rosario; lo que es la modesta cinta que entreteje las hermosas flores de una guirnalda; lo que es el oro finisimo incontaminado y precioso en que se han engastado las piedras preciosas que forman la diadema de la Majestad de Dios.

Todos los misterios y cada misterio de nuestra fe son otros tantos triunfos de la Divinidad en favor de los hombres; y si el de la Inmaculada Concepcion interviene, como así se verifica, en todos ellos, concluiremos que en la fe de este misterio están legítimamente vinculadas las esperanzas de victoria contra el mundo y de salvacion del género humano. Esto nos dice el sentimiento religioso. *Hæc est victoria quæ vincit mundum, fides nostra.*

La historia, católicos, á quien el filósofo de la antigüedad define: «luz de la verdad y maestra de la vida;» la historia de la Religion que es la historia del mundo, las Sagradas Letras que son la vida del sentimiento religioso y la antorcha del sentido comun, siglo tras de siglo, año tras de año, día tras de día, en la Ley antigua como en la Ley de gracia, en las figuras como en las profecias, nos viene presentando la fe en el misterio de la Inmaculada Concepcion de la Virgen Santisima, como la victoria que vence al mundo; y ora se inicie como un sentimiento del corazon cristiano, y ora se desarrolle al amparo de la Iglesia como una opinion de las escuelas católicas, y ora sea declarada por la misma Iglesia verdad que debe creerse y que no puede negarse, es lo cierto que este misterio es la piedra angular del edificio á que se acogen nuestros deseos, nuestros infortunios y nuestras aspiraciones.

Un hecho histórico, un acontecimiento contra cuya verdad no ha podido la impia y tenaz obcecacion de los enciclopedistas del siglo XVIII, un diluvio de aguas, pero universal y espantoso, hace desaparecer, aniquila todo lo criado, no reservándose más que lo que Dios queria que se conservara. Fijad vuestra atencion, y sobre las agitadas olas que levantan las espumosas corrientes, veréis columpiarse un arca que descansará en los montes de Armenia.

Aquella arca está fabricada por encargo y con instrucciones del mismo Dios; es construida de maderas impenetrables á la in-

mundicia de la culpa y á las aguas del castigo; es la victoria que vence al mundo corrompido y salva al mundo regenerado; y es al mismo tiempo la fe en el misterio de la Inmaculada Concepcion de Maria Santisima.

Otro hecho que no ha podido borrar de la historia todo el poder de las tinieblas; otro diluvio, pero de iniquidades, ahoga en sangre preciosísima todo lo existente, acaba con la vida del Santo de los Santos, y cubre la tierra de horror, de negrura y de desolacion: sobre aquella sangre, sobre aquellas iniquidades y sobre aquella desolacion, mécese tambien un Arca fabricada por la misma Divinidad, purisima, porque á ella no ha llegado la degradacion original, y nó solo arca, sinó trono vivo y animado de Dios, como dice San Juan Crisóstomo, y magnífico templo de la gloria del Señor, segun se expresa San Andrés de Creta.

Arca que lleva en sí misma la victoria que vence al mundo; arca que salva al género humano... al descansar, no sobre las cumbres del Ararat, sino en la montaña santa del dolor y de la amargura. Cuatro mil años que la han esperado y diez y nueve siglos que han tratado familiarmente con Maria Santisima; pueblos que desaparecieron y naciones que se levantaron; generaciones que espiraban en el momento en que otras generaciones nacian; y millones de mártires con sus palmas, y millones de confesores con sus cruces, y millones de vírgenes con sus coronas, y los Pontífices con sus decisiones, y la Iglesia con sus solemnidades, y los teólogos con su ciencia, y los filósofos con su racionio, y los oradores con sus encantos, y los poetas con sus inspiraciones delicadas, todo viene saludando á Maria como consoladora del mundo, como vencedora del mundo en el misterio de su Inmaculada Concepcion. *Hæc est victoria quæ vincit mundum, fides nostra.* Así lo explica la historia.

El sentido comun, mis amados hermanos, dice que la fe en el misterio de la Inmaculada Concepcion de la Virgen Santisima es la victoria que vence al mundo: *Victoria quæ vincit mundum*; y se apoya para ello en el sentimiento religioso y en la historia: estos son dos principios verdaderos, y las consecuencias no pueden menos de ser verdaderas; y no digan los volterianos de nuestros dias que los católicos nos hacemos en esto ilusiones. No; nos apoyamos en hechos muy recientes, muy significativos y muy autorizados. En el año de 1848 el infierno abrió sus puertas y lanzó sus hordas contra la Iglesia de Jesucristo; los agentes del demonio echaron á rodar la Silla de San Pedro, y su sucesor, el Pontífice dichosamente reinante, hubo de dejar la Ciudad Eterna, para co-

mer entre consuelos y entre lágrimas el pan amarguísimo de la emigracion. Pero, por la misericordia divina, las naciones católicas, cuyos intereses de todo género sufren cuando sufre la Iglesia, vuelven en aquellos momentos sus ojos á la Inmaculada Concepcion; instan, ruegan con santa oportunidad é importunidad al Santísimo Pio IX, que es para la Virgen todo espíritu y todo corazón, que defina de una vez tan suspirada verdad, y ¡cosa admirable y que liquida el corazón de ternura y arrasa los ojos en lágrimas! apenas este Pontífice, favorecido de la Virgen de un modo especial, inicia desde Gaëta las solemnes informaciones que han de preceder á la declaracion de un dogma tan digno de Dios, tan digno de Maria Santisima y tan consolador y glorioso para todos nosotros, la Revolucion se aturde, la persecucion pierde terreno, la Silla del Pescador vuelve á colocarse donde estaba, Pio IX se sienta en ella, y allí aguarda la expresion del sentimiento universal y de la voluntad de Dios. *Hæc est victoria quæ vincit mundum.*

La persecucion que hoy sufre la Iglesia es más encarnizada que entonces: el desquiciamiento del mundo, el desbordamiento de las pasiones de entonces, no puede compararse con el de hoy; las tribulaciones y las necesidades del magnánimo corazón del Vicario de Jesucristo son incomprensibles: parece que la Providencia de Dios, por un designio especial, le priva de todo recurso humano, permitiendo que sus enemigos sean fuertes y sus amigos débiles, y que no haya al parecer dónde volver los ojos.

El Catolicismo, sin embargo, los vuelve á Maria Santisima en el misterio de su Inmaculada Concepcion, y con sobrado fundamento. Hace seis años (1) Pio IX, por autoridad de Dios y de los Santos Apóstoles y por su suprema autoridad, se expresaba de esta manera: *Fallamos, definimos y declaramos que la Virgen Santisima, la Madre de Dios y nuestra Madre fué concebida sin mancha de pecado original* (2). *Hæc est victoria* Esta es la victoria que vence al mundo y al demonio; es como el último esfuerzo del calcañar de la Virgen para acabar de aplastar la cabeza de la serpiente. No parecian completas las glorias de la Señora; no se habia cerrado la diadema de sus grandezas mientras pudiera pensarse que fué un instante siquiera presa del comun enemigo. Nuestro Santísimo Padre Pio IX ha sido el dichosamente desti-

(1) Se predicó este Sermon el año 1860.

(2) Bula *Ineffabilis*, de 8 de Diciembre de 1854.

nado para completar en la tierra las glorias de que Maria está enriquecida en los cielos; para colocar en su diadema la flor inmarchitable de su pureza original; para immortalizarse á sí mismo, en recompensa de sus penalidades y sacrificios, y para derramar en los corazones de todos la esperanza de salvacion y de triunfo en Maria Santísima, esperanza que no ha faltado nunca y que no se ha defraudado jamás. ¿Qué deduciremos de aquí? Déjolo á vuestra consideracion, y recopilemos: la idea que nosotros hemos formado de la Virgen con sus bellezas, el sentimiento religioso con la meditacion de los misterios de nuestra fe, la historia con los sucesos innegables, y el sentido comun con su piadoso criterio, con su halagüeño discurrir, con su cariño hácia la Señora, nos obliga á creer y á esperar que *la fe en el misterio de la Inmaculada Concepcion de Maria Santísima es y será la victoria que venza al mundo y salve al afligido género humano. Hæc est victoria quæ vincit mundum, fides nostra.*

No perdamos, sin embargo, de vista las palabras del Apóstol: *Fides sine operibus, mortua est;* no nos durmamos sobre los laureles de los favores divinos, olvidando nuestros pecados, nuestras miserias, nuestras necesidades y la reforma de nuestras costumbres: de una vez sigamos á Maria, procuremos imitarla, formemos nuestras almas en el modelo de sus virtudes en este valle de lágrimas, para que algun día merezcamos cantar sus alabanzas y sus triunfos en las mansiones de la gloria. Así sea.

DISCURSO XXIV.

Sobre la Natividad de Maria Santísima.

*Misericordia et veritas obviaverunt sibi;
justitia et pax osculatae sunt.*

(David, LXXXIV, 11.)

¿QUÉ significa, cristianos, esa majestuosa como festiva pompa que se despliega en la celestial Jerusalem? ¿Qué quieren decir esos himnos de alabanza y esos cánticos de bendicion y de gloria que entonan en las alturas los espíritus celestiales? ¿Qué recuerdo entrañable y cariñoso agita hoy el corazón de los que peregrinamos sobre la tierra, y, llenos de santo regocijo, los arranca del hogar doméstico, los conduce al templo del Señor y los hace exhalar ante sus aras suspiros de amor y reconocimiento?

¡Ah señores! La Iglesia nuestra Madre, Esposa del Cordero Inmaculado, el Cristianismo todo y el mundo entero recuerdan con legítimo alborozo el nacimiento de una Niña en quien los cielos y la tierra admiran un prodigio de la naturaleza y una maravilla de la gracia. Recuerdan que hace veinte siglos y tal día como hoy, principiaron á realizarse las esperanzas del mundo, á confirmarse los vaticinios en que las generaciones tenían fijos sus ojos, y á ser una realidad y un hecho lo que el Espíritu Santo habia anunciado mucho tiempo ántes por las simbólicas y misteriosas palabras del Real Profeta David: *Misericordia et veritas obviaverunt sibi; justitia et pax osculatae sunt.* La misericordia y la verdad salieron á encontrarse, y la justicia y la paz se unieron en fraternal abrazo.

nado para completar en la tierra las glorias de que Maria está enriquecida en los cielos; para colocar en su diadema la flor inmarchitable de su pureza original; para immortalizarse á sí mismo, en recompensa de sus penalidades y sacrificios, y para derramar en los corazones de todos la esperanza de salvacion y de triunfo en Maria Santísima, esperanza que no ha faltado nunca y que no se ha defraudado jamás. ¿Qué deduciremos de aquí? Déjolo á vuestra consideracion, y recopilemos: la idea que nosotros hemos formado de la Virgen con sus bellezas, el sentimiento religioso con la meditacion de los misterios de nuestra fe, la historia con los sucesos innegables, y el sentido comun con su piadoso criterio, con su halagüeño discurrir, con su cariño hácia la Señora, nos obliga á creer y á esperar que *la fe en el misterio de la Inmaculada Concepcion de Maria Santísima es y será la victoria que venza al mundo y salve al afligido género humano. Hæc est victoria quæ vincit mundum, fides nostra.*

No perdamos, sin embargo, de vista las palabras del Apóstol: *Fides sine operibus, mortua est;* no nos durmamos sobre los laureles de los favores divinos, olvidando nuestros pecados, nuestras miserias, nuestras necesidades y la reforma de nuestras costumbres: de una vez sigamos á Maria, procuremos imitarla, formemos nuestras almas en el modelo de sus virtudes en este valle de lágrimas, para que algun día merezcamos cantar sus alabanzas y sus triunfos en las mansiones de la gloria. Así sea.

DISCURSO XXIV.

Sobre la Natividad de Maria Santísima.

*Misericordia et veritas obviaverunt sibi;
justitia et pax osculatae sunt.*

(David, LXXXIV, 11.)

¿QUÉ significa, cristianos, esa majestuosa como festiva pompa que se despliega en la celestial Jerusalem? ¿Qué quieren decir esos himnos de alabanza y esos cánticos de bendicion y de gloria que entonan en las alturas los espíritus celestiales? ¿Qué recuerdo entrañable y cariñoso agita hoy el corazón de los que peregrinamos sobre la tierra, y, llenos de santo regocijo, los arranca del hogar doméstico, los conduce al templo del Señor y los hace exhalar ante sus aras suspiros de amor y reconocimiento?

¡Ah señores! La Iglesia nuestra Madre, Esposa del Cordero Inmaculado, el Cristianismo todo y el mundo entero recuerdan con legítimo alborozo el nacimiento de una Niña en quien los cielos y la tierra admiran un prodigio de la naturaleza y una maravilla de la gracia. Recuerdan que hace veinte siglos y tal día como hoy, principiaron á realizarse las esperanzas del mundo, á confirmarse los vaticinios en que las generaciones tenian fijos sus ojos, y á ser una realidad y un hecho lo que el Espíritu Santo habia anunciado mucho tiempo ántes por las simbólicas y misteriosas palabras del Real Profeta David: *Misericordia et veritas obviaverunt sibi; justitia et pax osculatae sunt.* La misericordia y la verdad salieron á encontrarse, y la justicia y la paz se unieron en fraternal abrazo.

Ya no me extraña que los antiguos pueblos celebren con entusiasmo frenesí acontecimientos cuya gloria hará desaparecer dentro de poco una lamentable ignominia. No me sorprende que las naciones más florecientes aplaudan con arpas de oro sus héroes, aquellos héroes cuya memoria se hundirá en los abismos del olvido al empuje de la mano descarnada del tiempo. Nada me importan los aniversarios que Roma consagraba á sus conquistadores, Persia á sus riquezas y Grecia á su sabiduría. Ni Grecia, ni Persia, ni Roma, ni ninguna nacion del mundo de las que han existido, hoy existen y puedan existir hasta la consumacion de los siglos, puede consagrar un recuerdo más puro, más consolador, más obligatorio que el que el pueblo escogido de Jesucristo consagra á la Natividad de Maria Santísima.

Sí, hermanos míos; hoy la Iglesia con todos sus hijos celebra el nacimiento de la Virgen, de la descendencia de Abraham, de la tribu de Judá y de la familia de David. *Nativitas est hodiè Sanctae Mariae Virginis*. Hoy celebra la Iglesia el nacimiento de aquella criatura poseida y preordinada por Dios desde la eternidad, y ántes que la tierra fuera hecha: ántes que existieran los abismos y que brotaran las fuentes de las aguas. De aquella criatura que, naciendo, habia de unir la eternidad con el tiempo, los cielos con la tierra: y la miserable desvalida naturaleza humana con la gloriosísima, bienaventurada, inmortal y adorable naturaleza divina.

Ya no es de admirar que el Profeta coronado, previendo tal vez en su inteligencia y presintiendo en su corazón este suspirado misterio, nos le dejase ver en sus salmos por los efectos que habia de producir. *Misericordia et veritas obviaverunt sibi; justitia et pax osculatae sunt*. En el nacimiento de Maria Santísima desaparecieron los cenagales del mal, y aparecieron los manantiales del bien.

Pero ha llegado, católicos, para vosotros y para mí, el momento de que yo concrete á un solo pensamiento, á una sola proposición, cuanto de la Natividad de Maria Santísima me proponga decir en el presente discurso. Y esta proposición no es otra que la que se contiene en las mismas palabras que me sirven de texto. *Misericordia et veritas obviaverunt sibi*. Es decir, que en el nacimiento de Maria Santísima la misericordia y la verdad salieron al encuentro, y la justicia y la paz se dieron el ósculo de la reconciliación.

Ave Maria.

Desde el pecado de Adán, la existencia de sus descendientes no fué otra cosa que un quejido del corazón, un doloroso suspiro, modificado no pocas veces y siempre sostenido por una sola esperanza, por una promesa que por haber salido de la Verdad absoluta é inmutable debia infaliblemente cumplirse, y se cumplió. Al sacar el Criador el mundo de la nada, estaba la tierra inerte y vacía, según el sagrado texto: *Inanis et vacua*. La naturaleza no existía, y los seres no respiraban, y el hombre, que habia de ser el gran soberano de la creación, no habia sido todavía formado.

Y al concebir el Altísimo en su mente la creación de este verdadero paraíso, al decretar la formación, la creación y la unión del cuerpo y del alma de ese cielo nuevo, de esa tierra nueva que se llama *Maria*, la tierra estaba también inerte, porque á una inercia, remedo de la muerte, la habia conducido la relajación de las costumbres; y estaba vacía, porque desterradas y perseguidas por vicios abominables y violentos, las virtudes habian huido y refugiándose en el santuario de la gloria.

La naturaleza humana existía, pero enferma de la lepra, cancerosa é incurable del pecado; la muerte que por el pecado habia entrado en el mundo y subyugado las generaciones, extendía y perpetuaba sus estragos hacia más de cuarenta siglos, repitiéndose sin interrupción aquella terrible sentencia que resonó en el paraíso: *Morte morieris*. «Sin remedio morirás.» Y el hombre vuelto, por el paganismo, por la corrupción y por la idolatría, de espaldas á su Dios, aguardaba llorando, y aguardaba con indestructible seguridad, el momento suspirado de que la verdad y la misericordia se encontraran, y la paz y la justicia se dieran el ósculo de reconciliación. *Misericordia et veritas obviaverunt sibi; justitia et pax osculatae sunt*.

El momento era llegado, y el acontecimiento delineado desde el principio en el gran libro de los consejos del Eterno, tenia lugar en medio de los aplausos de los ángeles, de las bendiciones de los hombres, de los aullidos y blasfemias de los demonios, y con el beneplácito divino del mismo Dios.

¡Sea en hora buena, católicos! *Nativitas est hodiè Sanctae Mariae Virginis*; hoy celebramos el nacimiento de Maria, incorporación de la verdad con la misericordia, y abrazo de la paz con la justicia *Corde et animo Christo canamus gloriam, in hac*

sacra solemnitate genitricis Dei Mariæ. Cantemos gloria al Señor con el espíritu y con el corazón, en el natalicio felicísimo de la que había de ser Madre de Dios. Pero no anticipemos ideas.

Nunca parece más hermosa la luz que cuando se destacan sus fulgores sobre un fondo de tinieblas: nunca brilla más admirable el sol que al levantarse del abismo de la oscuridad de la noche; jamás sonríe más apacible y agradable al viajero perdido ó al navegante náufrago la aparición de una estrella, que en el laberinto de los caminos ó en el fragoso estruendo de las olas, ni en ocasión alguna puede ser mejor recibida la salud que en la crisis alarmante de una dolorosa enfermedad. Y todo esto, me preguntaréis vosotros, ¿qué tiene que ver con el nacimiento de la Virgen? ¿Quién es esa que nace, para que así hayan de palpitar nuestros pechos de agradecimiento y de regocijo? Escuchadme.

Tres veces casi seguidas se hace el Espíritu Santo á sí mismo la misma pregunta que vosotros acabais de dirigirme. *¿Quæ est ista?* y en la misma pregunta se dá ya la respuesta.

¿Quæ est ista? ¿Quién es esta? Es una Niña que asciende de los desiertos de la nada, aromática como el vaporcito de la mirra y del incienso, y de toda esencia que se quema en el perfumero. Es decir, nace una niña, el aroma de cuya santidad viene á restaurar la casi arruinada naturaleza y á vivificar el espíritu de las criaturas; una niña en quien reside el Espíritu Santo, espíritu de sabiduría, el espíritu inmaculado; creación magnífica, más que angelical y muy poco ménos que divina; creación benéfica que contiene toda virtud y que arrebató en pos de sí todas las almas. (1)

¿Quæ est ista? ¿Quién es esta? Es una Niña que aparece entre nosotros, elevándose como la aurora, es decir, desterrando las tinieblas de la culpa y preconizando el suspirado día de la gracia: hermosa como la luna; desterrando las congojas y restaurando la tranquilidad en el alma; escogida como el sol y terrible como escuadrón bien ordenado; purísima luz que había tomado su luz inmaculada del mismo Sol de justicia, y campamento real, en que ejércitos innumerables de virtudes derrotarán las huestes infernales de los vicios que tenían aherrojados á los hombres. (2)

¿Quæ est ista? vuelve á preguntar, y concluye de preguntarse el Espíritu Santo: ¿quién es esta? Y el emperío y el abismo, y el

(1) Cant. Cant., cap. III, v. 6.

(2) Ibid. ibid., cap. VI, v. 6.

firmamento y los mares, y la nubes y la tierra, y las plantas y las flores, y las estaciones y los frutos, y todo, inclinando la rodilla ante la que acaba de nacer, parece que le contestan: «Esa que aparece en nuestro destierro, rebosando delicias, es una Niña que descansa en el seno de su Amado: es un vapor de la virtud de Dios y un destello de la claridad del Omnipotente; purísima, porque en Ella no hay una mancha; suavísima, porque es el candor de la luz eterna; y santísima, porque es el espejo sin imperfección de la majestad de Dios y perfectísima imagen de su bondad. (1)»

¿Lo habeis oido? El Espíritu divino, el mismo Dios, ha retratado á Maria; y tanta perfección, y tanto privilegio, y bienaventuranza tanta confirman hasta la evidencia que el nacimiento de la Virgen es el poderoso iman que atrae, es el lazo que estrecha para siempre la misericordia y la verdad, la paz y la justicia. *Misericordia et veritas obviaverunt sibi; justitia et pax osculatae sunt.*

La verdad es que en el mundo no reinaba otra cosa que el pecado con todas sus lamentables consecuencias; la verdad es que el mundo no era otra cosa que la morada de permanentes desventuras. La primera lágrima de dolor que Adán y Eva vertieron á su salida del Paraíso, había sido el manantial de los infinitos torrentes de llanto que derramaron, derraman y derramarán sus descendientes. El infortunio llegaba á su colmo y embargaba el sentimiento del hombre, sumergiéndole en un abatimiento semejante al que reina en las regiones de la muerte. La verdad es que, acercándose el día de la satisfacción reclamada por la Justicia divina, venia también ya dejándose ver el astro precursor de la misericordia: verdad eran nuestras culpas; pero era verdad á no dudar la infinita misericordia de Dios.

En el Paraíso se cometió la primera culpa, y en el Paraíso se escuchó también la primera promesa: una mujer nos hizo desdichados, y otra mujer nos había de hacer felices: una mujer nos abrió las puertas del infierno, y otra mujer nos abrirá las puertas de la gloria. Esta es la verdad consignada en los anales de la Religión y en los anales del mundo; esta es la verdad preconizada en promesas, en figuras y profecías, y transmitida de mano en mano desde los Patriarcas á los Profetas, desde los jueces á los sacerdotes, desde los sacerdotes á los Reyes, hasta venir á tener su cumplimiento ante la humilde cuna de Maria.

(1) Cant. Cant., cap. VIII, v. 5.

Dios, que es infinitamente justo, es tambien infinitamente misericordioso; y aunque hablando de atributos que no tienen término no podríamos decir con propiedad que es mucho mayor su misericordia que su justicia, podemos, sin dudar, asegurar que siempre, en medio de los rigores de su justicia, han resplandecido de una manera admirable los afectos de su misericordia; pero nunca como en el nacimiento de Maria. Maria, naciendo, es ya la personificación de la misericordia divina; nace ya tesorera y depositaria y dispensadora de este atributo del Sér Supremo. Es la plenipotenciaria del Padre Eterno, y como el pergamino incorruptible donde con su misma sangre, tomada por el Hombre-Dios, ha de escribirse el solemnisimo pacto, el suspirado convenio, la capitulacion inviolable de la criatura con el Criador.

Maria Santisima, recién nacida, principia á distribuir ya desde su nacimiento, y á nombre del Eterno Padre, la misericordia de Dios hasta la venida de Jesucristo; así como desde la Ascension del Salvador á los cielos ha de continuar dispensándola hasta la consumacion de los siglos. Y la dispensa... con derecho propio. Ni os parezca aventurada la expresion, porque, en sentir de un escritor muy amante de la Virgen, el Omnipotente, reservándose para sí el cetro de la justicia, entregó á Maria Santisima, sin condiciones, el cetro de su misericordia.

Ved aquí en cuán sólidos fundamentos me apoyaba yo para decir que en el nacimiento de Maria Santisima salieron á encontrarse la desgarradora verdad de nuestras miserias y de nuestros infortunios, con la divina misericordia. *Misericordia et veritas obviaverunt sibi.*

Pero á lo ya manifestado hay que añadir, para el completo desarrollo de la idea capital de mi discurso, que en el nacimiento de la Virgen no solamente se encontraron la verdad con la misericordia, sino que al mismo tiempo la justicia y la paz dieron el ósculo de reconciliacion. *Justitia et pax osculatae sunt.*

La justicia de Dios ha de descargar sus golpes, no sobre todos los hombres en general, ni sobre cada hombre en particular; porque, aún cuando volviesen á la vida todos los finados que existieron desde el principio del mundo, y aún cuando milagrosamente se presentaran cuantos han de existir hasta el fin de los tiempos, y reuniéndose á las naciones y á los pueblos que vivian al nacer Maria Santisima, aceptasen todas las tribulaciones imaginables sobre la tierra, todos los suplicios de los mártires, todas las mortificaciones de los penitentes, los tormentos todos del purgatorio y del infierno, nada serian á los ojos de Dios, incapaces serian de

satisfacer á su justicia, infinitamente ofendida por el pecado del primer hombre. La accion de la justicia omnipotente habia de ejercerse sobre una victima adecuada y conforme á las condiciones de la ofensa y del ofendido, para que pudiese obtener el perdon. Sólo Dios podia darse satisfaccion á sí mismo; pero Dios en la más grande de las manifestaciones de su amor, que es su propio Hijo. *Sic Deus dilexit mundum, ut Filium suum unigenitum daret.* Pero el Hijo es Dios, y siendo por naturaleza divina impassible, preciso era que el Verbo del Padre adoptase la naturaleza humana, tomase la forma de siervo, *semetipsum exinavit, formam servi accipiens,* y apareciese entre nosotros hecho hombre. *Et habitu inventus ut homo.* Tal es la sublime economia de la Encarnacion del Hijo de Dios, principio adorable de la redencion del linaje humano.

Pero esta Encarnacion, esta union hipostática de la Divinidad con la humanidad, se habia de realizar en el seno de una mujer, de una simple criatura humana; y habia de realizarse mediante una serie asombrosa de milagros, de los cuales cada uno constituye un artículo de nuestra fe.

Jesucristo, tomando nuestra carne, representa la justicia de Dios; diré con más propiedad, la justicia de Dios se representa en Jesucristo nacido, abandonado, perseguido, desterrado y escondido; se manifiesta en los horribles dolores y padecimientos y muerte que ha de sufrir, y que ya dejó escritos el Profeta coronado. (Salm. XXI.) Maria Santisima, destinada para Madre del Divino Verbo, para telar, como dice un orador cristiano, donde ha de labrarse la tela que cubra la vergonzosa desnudez en que nos dejó el pecado del primer hombre (1), es la Paloma de Noé, es el ramo de oliva, es el arco iris del diluvio, es la Estrella de la mañana, es el símbolo más expresivo, de la verdadera paz, es la paz misma; pero la paz de los cielos bajada á la tierra con la Virgen, y recibiendo con Ella, en su natalicio, vida, respiracion y movimiento.

Si el Salvador es la justicia, su Madre es la paz: por eso este divino Isaac toma su carne y su sangre en las entrañas de Maria. Por eso Maria le dá á luz sin dolor, estática, llena de gracia y sin detrimento de su purísima virginidad: Ella le recibe en sus brazos desde los brazos del Eterno Padre. Le tiene en su regazo, y le comunica con el néctar de su corazon la vida de la naturaleza, en retribucion de haber hecho Jesus á Maria Madre de la divina

(1) Autor desconocido.

gracia. Por eso Maria Santísima abraza en Jesucristo á la divinidad, como Jesucristo habia abrazado en Maria á la humanidad desvalida; é imprime en su mejilla el beso de Madre, el beso de Hija, el beso de Esposa, ósculo santísimo de paz, que, impreso por los lábios de Maria en el rostro adorable de Jesus, viene á confirmarnos completamente en la consoladora creencia de que en el nacimiento de la Virgen Santísima, que hoy celebramos, salieron al encuentro la verdad y la misericordia, y la paz y la justicia se dieron el ósculo de reconciliación. *Misericordia et veritas obviaverunt sibi; justitia et pax osculate sunt.*

Ya no es de extrañar, cristianos, que el universo se estremezca de regocijo cuando contemple á la augusta recién nacida, tan rica de perfecciones y de privilegios en el orden de la naturaleza y en el orden de la gracia. Descendiente por ambas líneas de Patriarcas y de Profetas, de sacerdotes y de Reyes, al rayar el oriente de su vida su espíritu es animado por la fe de los primeros, por el celo de los segundos, por la pureza de los terceros y por el valor indomable de los últimos. Siendo para Dios la creación de Maria Santísima el *negocio de todos los siglos*, en delicada expresión de San Bernardo, «Dios, dice el gran Bossuet, hace ya aparecer en la Natividad de Maria un Jesucristo bosquejado, un Jesucristo comenzado por la expresión viva y natural de sus perfecciones infinitas.» «Por eso, escribe un Doctor de la Iglesia hablando de la hermosísima belleza natural de la Virgen en su nacimiento; por eso desde la planta de los piés hasta la coronilla de la cabeza, nada debió encontrarse en Maria que fuera menos digno, que fuera defectuoso ni chocante: todo debió ser hecho al torno de la divina Sabiduría, admirablemente exento de toda superfluidad, y trabajado con perfección y primor exquisito.» «Por eso, dice S. Ambrosio, nada habia de altivez en sus miradas, nada de indiscreto en sus palabras, de duro en el semblante, de inmodesto en los pasos, de precipitado en la voz, sinó que todo el aspecto de su cuerpo era como el simulacro de su alma y como la figura de su santidad.»

«Por eso sus palabras, su andar, sus gestos, sus movimientos, sus facciones, templadas, por decirlo así, al tono de su alma, como las cuerdas de una lira templada por el Espíritu Santo, debian expresar, y expresaron en su nacimiento, las melodiosas armonías de sus virtudes, de su modestia, de su virginidad, de su humildad, de su mansedumbre, de su paciencia, de su discreción, de su fe, de su caridad, de su dignidad, y, finalmente, de su incomparable unión con Dios, la más íntima después de la del Hombre-Dios.» Así se expresa Augusto Nicolás.

Los historiadores y los poetas, y los filósofos y los oradores, jamás concluyen de ponderar las gracias naturales de Maria Santísima. San Dionisio Areopagita, que cruzó innumerables leguas por ver á la Señora, confiesa, con una franqueza encantadora, «que á no saber que era una humana criatura, la hubiera adorado como á Dios.» Esto en cuanto á las perfecciones naturales.

En cuanto á las virtudes y á los dones, en cuanto á los carismas espirituales, dice un autor desconocido «que el corazón de Maria era ya en su nacimiento el trono de toda santidad; porque, desde el momento en que recibió el sér, ni la culpa original ni el pecado personal tuvieron entrada en su alma.» San Pedro Damiano dice que «el alma de Maria Santísima fué el alma más hermosa que Dios crió antes de criar el alma de Jesucristo; que fué la obra más excelente que salió de las manos del Altísimo.» Y el Abad Gerson, para hacer comprender y resaltar la reunión de gracias y bellezas espirituales que rodearon á Maria en su nacimiento, anima á todas las virtudes, haciéndolas venir á porfía á colmar de sus dones á esta Virgen predestinada, Hija del Padre, Madre del Hijo, Esposa del Espíritu Santo.

«La pureza, dice, se adelanta en persona para extender con sus manos la materia que ha de formar su cuerpo: la *Providencia* para organizarlo, la *Gracia* para animarlo. Y después cada parte es reivindicada para cada virtud. La *caridad* forma su corazón; la *prudencia* se aplica á disponer su cerebro; el *pudor* circunda su frente; la *afabilidad* derrama la dulzura en sus lábios; la *decencia* hace de sus mejillas el lugar predilecto; la *modestia* y la *virginidad* difunden en todo su cuerpo la gracia y embeleso; todas las virtudes concurren, finalmente, á formar esta Virgen insigne, y ellas mismas, pasadas de su obra, apenas pueden reconocerla en esa perfección, producida por un concierto tan unánime, que lo que todas han hecho aventaja infinitamente á cada una de ellas.»

¡Bendito sea, pues, el Padre de las misericordias y Dios de toda consolación, que en el nacimiento de Maria Santísima consoló al mundo de todas sus tribulaciones pasadas, presentes y venideras! No nos admire ya si un venerable contemplativo escribe que la Beatísima Trinidad, viendo á Maria Santísima nacida, se tributó la más cumplida enherabuena. El Padre por haberse creado tal Hija, el Hijo por haberse destinado tal Madre, y el Espíritu Santo por haberse escogido tal Esposa (1). Y ¡bienaventurados

(1) Venerable Puente: *Medit. de la Nat. de Maria.*

nosotros, excluiré yo con el Sabio; bienaventurados nosotros que contemplamos y celebramos el nacimiento de María Santísima, y que nos honramos con su amistad! *Beati qui teviderunt, et in amicitia tua decorati sunt* (1).

Celebremos el nacimiento de María Santísima, porque nació «nuestra fiadora con Dios,» como la llama San Agustín; «nuestra medianera con el Soberano mediador,» en expresión de San Bernardo; «el remedio de todos nuestros males,» como la clasifica San Buenaventura; «nuestra paz, nuestra alegría, nuestro consuelo,» como la define San Efrén; «nuestra Reina y nuestra abogada, nuestra corona y nuestra vida, nuestra Madre, nuestra co-redentora y nuestra esperanza,» como la llama la Iglesia. Cantemos al Señor, nuestro Dios, porque en el nacimiento de la Virgen Santísima nos ha engrandecido gloriosamente; porque en él vinieron á encontrarse la verdad de nuestras miserias con la verdad de su infinita misericordia: *Misericordia et veritas obvaverunt sibi;* y porque la paz por que el mundo suspiraba y la justicia que al Eterno satisfaría, se dieron en la niña recién nacida el ósculo de reconciliación. *Justitia et pax osculate sunt.*

Celebremos el nacimiento de María con un gozo verdaderamente santo y espiritual: con una modesta alegría producida en nosotros por la virtud con que procuremos imitar á la Santísima Virgen. Virtud que, creciendo de día en día, aumente en nosotros la gracia que nos lleve después á la eterna gloria. Amen.



(1) Eccl., XLVIII, 11.

DISCURSO XXV.

Misterio de la Presentación de María Santísima.

Faciat Dominus hanc mulierem quae ingreitur domum tuam... ut sit exemplum virtutis.

Haga el Señor que esta mujer que entra en tu casa... sea el modelo de la virtud.

(Ruth, IV, 11.)

NINGUNO de los acontecimientos que forman la historia de la Religión que profesamos, por sencillo que nos parezca, es insignificante; ántes por el contrario, van todos marcados con el sello de un particular interés y utilidad que revelan la grandeza de los fines que se propuso su augusto Fundador. Pero cuando se trata de ese sér privilegiado que constituye, después de Dios, la mayor grandeza imaginable de los cielos, y en la tierra el más hermoso ornamento del Cristianismo; de ese sér en quien están como vinculados el amor de todas las almas y las esperanzas positivas de todos los pueblos, entonces todo es grandioso, todo es sublime, todo es edificante.

Hoy la Iglesia venera, y con ella nosotros, el tercero de los misterios de la vida de una criatura vaticinada, enaltecida y aguardada con impaciencia indecible por espacio de cuarenta siglos, cuyas alabanzas se vienen cantando desde la caída de nuestros progenitores, sin que por mucho que de ella se haya dicho haya sido suficiente, á no ser lo que ha expresado la lengua divina del Espíritu Santo. En la pequeña, pero muy venturosa Na-

nosotros, exclamaré yo con el Sabio; bienaventurados nosotros que contemplamos y celebramos el nacimiento de Maria Santísima, y que nos honramos con su amistad! *Beati qui teviderunt, et in amicitia tua decorati sunt* (1).

Celebremos el nacimiento de Maria Santísima, porque nació «nuestra fiadora con Dios,» como la llama San Agustin; «nuestra medianera con el Soberano mediador,» en expresion de San Bernardo; «el remedio de todos nuestros males,» como la clasifica San Buenaventura; «nuestra paz, nuestra alegría, nuestro consuelo,» como la define San Efrén; «nuestra Reina y nuestra abogada, nuestra corona y nuestra vida, nuestra Madre, nuestra co-redentora y nuestra esperanza,» como la llama la Iglesia. Cantemos al Señor, nuestro Dios, porque en el nacimiento de la Virgen Santísima nos ha engrandecido gloriosamente; porque en él vinieron á encontrarse la verdad de nuestras miserias con la verdad de su infinita misericordia: *Misericordia et veritas obvaverunt sibi;* y porque la paz por que el mundo suspiraba y la justicia que al Eterno satisfaria, se dieron en la niña recién nacida el ósculo de reconciliacion. *Justitia et pax osculate sunt.*

Celebremos el nacimiento de Maria con un gozo verdaderamente santo y espiritual: con una modesta alegría producida en nosotros por la virtud con que procuremos imitar á la Santísima Virgen. Virtud que, creciendo de dia en dia, aumente en nosotros la gracia que nos lleve despues á la eterna gloria. Amen.

(1) Eccl., XLVIII, 11.

DISCURSO XXV.

Misterio de la Presentacion de Maria Santísima.

Faciat Dominus hanc mulierem quae ingreitur domum tuam... ut sit exemplum virtutis.

Haga el Señor que esta mujer que entra en tu casa... sea el modelo de la virtud.

(Ruth, IV, 11.)

NINGUNO de los acontecimientos que forman la historia de la Religion que profesamos, por sencillo que nos parezca, es insignificante; ántes por el contrario, van todos marcados con el sello de un particular interés y utilidad que revelan la grandeza de los fines que se propuso su augusto Fundador. Pero cuando se trata de ese sér privilegiado que constituye, despues de Dios, la mayor grandeza imaginable de los cielos, y en la tierra el más hermoso ornamento del Cristianismo; de ese sér en quien están como vinculados el amor de todas las almas y las esperanzas positivas de todos los pueblos, entónces todo es grandioso, todo es sublime, todo es edificante.

Hoy la Iglesia venera, y con ella nosotros, el tercero de los misterios de la vida de una criatura vaticinada, enaltecida y aguardada con impaciencia indecible por espacio de cuarenta siglos, cuyas alabanzas se vienen cantando desde la caída de nuestros progenitores, sin que por mucho que de ella se haya dicho haya sido suficiente, á no ser lo que ha expresado la lengua divina del Espíritu Santo. En la pequeña, pero muy venturosa Na-

zareth, ha resonado una voz misteriosa que turba momentáneamente el sosiego de una familia; celestial decreto que se comunica á un alma inocente para trasladarla desde el hogar doméstico hasta la casa del recogimiento, de la virtud y la oracion, para llevarla desde la morada de sus padres hasta el alcázar de su Dios. *Audi, filia, et vide, et inclina aurem tuam, et obliviscere patre tuum et domum patris tui.* «Oye, hija, y contempla; apresúrate á renunciar á tu padre y á olvidar la casa de tu padre.» ¡Terrible sacrificio el que la divina Providencia impone á la nieta de los Reyes de Judá! ¡Dejar su padre, y no esto sólo, sino olvidar la casa de su padre! Pero hay en aquel modesto albergue una voluntad prontísima, reflejo fiel de la voluntad prontísima del que muere por nosotros en una Cruz, y el decreto es obedecido y el sacrificio se realiza.

Seria de ver, cristianos, á un venerable Patriarca y á una matrona no ménos venerable tomar en sus brazos á una Niña de tres años, cuya hermosura eclipsa la de los espíritus que rodean el Trono del Señor, y provistos de poco abundantes viandas, y acompañados de escaso número de deudos, emprender una jornada de ochenta leguas, dejar su vivienda muy querida, y trasladarse á la ciudad de Jerusalem. Seria de ver el inexplicable regocijo con que se abrieron las puertas del templo del Señor para recibir á aquella Niña en el día de su presentacion, de la misma manera que las de la naturaleza se regocijaron en el día de su nacimiento. Y seria, por último, y es digno de piadosa consideracion ver á esta parvulita, despues de recibido el ósculo bendito y la bendicion paternal, volver las espaldas al mundo, olvidar la casa de su padre, trepar intrépida por las gradas del santuario, entregar su alma al anciano Simeon y ofrecer su pequeñuelo corazón á Ana la profetisa.

Extasiate, mundo zozobroso y acongojado, que todo lo esperas, y con razon, de la Mujer que ha de ser Madre de Dios: regocijaos, almas inquietas, por lo fervorosas, que deseais una guía que os conduzca hasta Dios y una maestra que os enseñe á amarle como se le debe amar. La azucena de los valles, el lirio de los campos, la rosa de Jericó perfuma y aromatiza las moradas del Eterno; la concebida sin pecado, la nacida entre las armonías de los ángeles y las albricias de un universo cautivo, se halla principiando á realizar las misericordias del Altísimo en la casa de su Dios. El arca de la verdadera alianza, el reclinatorio de Jesucristo, el tálamo del Espíritu Santo, Maria Santísima ha sido presentada en el templo de Jerusalem.

Permitid, Niña inocentísima, que se os pregunte: ¿qué sois en ese santuario de la Divinidad? «Soy el alma que se consagra toda á Dios y busca en el retiro su salvacion.» ¿Y qué vais á hacer encerrada dentro de esa fortaleza tan respetable como majestuosa? «Voy á consumir el sacrificio de mi corazón y de mi cuerpo y de mi alma, ennobleciéndolos con la doctrina de una santa educacion.» No extrañéis ya, hijas de San Francisco de Sales, (1) no extrañéis ya que al predicar en esta mañana de la Presentacion de la Virgen Santísima, dirija los pequeños esfuerzos de mi inteligencia á ofrecerlos á la Señora en el templo *como acabado ejemplar de religiosas y perfecto modelo de educandas.*

Ave Maria.

La ofrenda que de sí misma hace á Dios Maria Santísima en el templo, tiene todas las condiciones necesarias para ser aceptable á la Majestad Divina. No es más pronto decir el Omnipotente: *Ven, escogida mia, porque quiero poner en ti mi trono*, que levantarse la augusta princesa, y volar como paloma en seguimiento del que la predestina; y cosa no hay que pueda debilitar su resolucion: ni las penalidades de una jornada, ni los respetos humanos, ni el porvenir que la asegure la ilustre sangre que corre por sus venas... nada; su ofrenda es prontísima, su decision es irrevocable. El Salomon Divino, al llamar á la Esposa con aquel acento capaz de conmover los montes y los valles, al decirle: *Ven, Esposa mia, del Libano, para ser coronada*, tales incendios de amor comunica á Maria, tales torrentes de gracia difunde en su santísima alma, que conoce que á la obligacion de ofrecerse se sigue la de ofrecerse toda entera, sin reserva de ningun género; para ser coronada en la gloria es preciso desprenderse, no sólo de lo que hay en el mundo, sino de lo que hay en sí misma, y pues todo se le debe á Dios, todo se le ha de ofrecer á Dios. Por eso la candidísima Virgen de Nazareth, esa varita de incienso más aromática que los olores exquisitos de Alejandria, esa Arca fabricada por la Santísima Trinidad, y de más valor y más preciosa que el Arca del Testamento Antiguo; esa Niña abandona, no sólo el tráfico y el bullicio de la tierra, sino la casa de su padre; y no sólo

(1) Predicado á la Comunidad de Salesas Reales el día 26 de Noviembre de 1860, día de la renovacion de votos.

esto, sinó su padre mismo; y no solamente á su padre, sinó á sí propia, y se desprende de su cuerpo y de su alma, de sus sentidos y de sus potencias, de sus ojos, de sus oídos y de su lengua, de sus piés y de sus manos, de cuanto es y de cuanto tiene, y al pisar la primera grada del templo, cosa no hay en Maria Santísima que ya no pertenezca á Dios. Su resolución es como ninguna, su ofrecimiento es completo.

La humilde y embelesadora Niña que al ser concebida aplastó la cabeza del enemigo, y que ahora al ser llamada atraviesa, pisando abrojos y malezas, en compañía de San Joaquín y de Santa Ana, la penosa distancia que hay de la casa de su padre terreno hasta las mansiones de su Padre celestial, es aquella Mujer de quien el Espíritu Santo dijo: *Non extinguetur in nocte lucerna ejus.* «Su antorcha no se apagará en toda la noche.» La lumbre de su amor no se extinguirá jamás; las llamaradas de este fuego no se ahogarán al hábito de la noche de los tiempos; su ofrenda y su sacrificio serán perpétuos y durarán tanto como la criatura que los hace. La ofrenda de Maria presentada en el templo es prontísima, es completa, es perpétua y sin condiciones. Pero entre nosotros, venerable comunidad y pueblo cristiano, entremos de una vez en lo que me habia propuesto manifestaros, á saber: que *Maria Santísima, en el templo, es acabado ejemplar de religiosas y perfecto modelo de educandas.*

Dejemos á espíritus ridículamente meticulosos, y á corazones no muy cimentados en la fe, que se horripilen y sientan erizárseles los cabellos á la simple consideracion de lo que es y de lo que debe ser una monja: dejemos á los humanitarios reparadores del género humano que griten con toda la fuerza de sus pulmones contra los sublimes resultados á que conduce la vida religiosa, y que proclamando todas las libertades imaginables (1), quieren despojar á las almas de la que tienen indisputable para consagrarse á Dios.

Permitámosles que se asusten y se extremezcan al contemplar las paredes exteriores de un monasterio y las rejas de un coro: al recordar que detrás de aquellas paredes y detrás de aquellas rejas hay criaturas que, aspirando á la perfeccion y deseando llevar en la tierra una vida de ángeles, se despojan de cuanto son, dan de mano á cuanto poseen, truecan las galas del mundo por los ásperos sayales de la religiosa, la riqueza, el ocio y la sensualidad por la

(1) Y algunas que no se pueden imaginar.

mortificacion, el trabajo y la pobreza, la disipacion por la oracion, un lecho florido por una pobre tarima, una corona de vanidad y de orgullo por un humilde tocado y una corona de espinas, y su propio albedrío y su libre voluntad por la voluntad de Dios expresada por los superiores. A nosotros nos basta, tenemos más que suficiente con mirar á Maria Santísima en el templo para apreciar en lo que vale lo que ellos llaman un sacrificio violento, un yugo pesadísimo impuesto á la voluntad por la tirania de los padres ó por la propia desesperacion, si acaso no lo califican de amor á la vagancia y á la holgazaneria.

Desde el momento en que la poseida del Señor en el principio de sus caminos, aquella alma que salió de la boca del Altísimo, se despoja del sol que la sirve de manto y de las estrellas que la sirven de diadema, y abandona cuanto tiene en la casa de sus padres, y cuanto pudiera ofrecerla la nobleza y el trono de sus ascendientes; desde la hora en que esa criatura bendita de los cielos y de la tierra, de todas las generaciones de ángeles y de todas las generaciones de hombres, pronuncia la primera, para estremecimiento de los demonios, la palabra *virginidad*; desde que sus pensamientos y sus palabras y sus obras se entregan absolutamente y sin restricciones de ningun género á la tutela del sumo sacerdote, y su tiernecito corazon ni el mandato repugna ni se altera con la prohibicion; desde el instante, por último, en que por medio de una promesa solemne la vemos encerrarse con el Padre que la escoge por Hija, con el Hijo que la elige para su Madre, con el Espíritu Santo que la distingue por su predilecta Esposa, ya podemos comprender lo que valen las palabras *pobreza, castidad, obediencia y clausura*. Cuando la tiernecita Maria pronuncia con admiracion de los cielos la fórmula de su pronto y entero y completo sacrificio, no podemos menos de reconocerla como la piedra angular de la vida religiosa en toda su perfeccion; como el indestructible fundamento sobre que se levanta el edificio de las instituciones religiosas todas, habidas y por haber, y no sólo de la mujer en quien providencialmente domina más el corazon que la cabeza, sinó del hombre en quien domina la cabeza al corazon.

No me busquéis modelos acabados y perfectos de la vida solitaria en el Egipto, en la Tebaida y Palestina: los hay estupendos, pero ántes que ellos y sobre ellos está Maria: no me citéis dechados admirables de recogimiento y de oracion, de ayuno y de penitencia, de caridad en toda su extension y de todas las virtudes, en el Oriente y Occidente, y en todos los pueblos y en todos los

siglos del Cristianismo; ántes que aquellos existió Maria: no me presentéis como ejemplares de magnánima intrepidez, de un evangélico denuedo para acometer la empresa de las fundaciones, á varones y doncellas que parecen los primeros y de quienes se pudiera decir que no reconocen segundo, no; ántes que ellos fué la Santísima Maria; Ella es no sólo acabado modelo del alma constituida en religion, es el prototipo de todos los fundadores de las religiones, cualquiera que hayan sido los medios que estas hayan empleado para conseguir el mismo fin, que es la santificacion propia y ajena; y al presentar en el propiciatorio su ofrenda á la edad de tres años, aparece como la norma del superior y del inferior; Ella alienta con sus prodigios al jóven que fluctúa en la inexperiencia, y sostiene el anciano que desmaya bajo el peso de la ancianidad.

Aquí se inclinaba mi voluntad á hacer os una explicacion de los cuatro votos de la vida religiosa, para analizar despues su cumplimiento por la Inmaculada Reina de las virgenes; pero no lo creo necesario: me basta deciros que si alguna duda os aturde, que si algun obstáculo os aflige, que si alguna violencia os presenta su observancia, acudais al iris de paz que esclarece nuestras conciencias, á la estrella de amor que guía vuestros pasos, á Maria Santísima, que es perfectísima en la pobreza, sin comparacion en la castidad, inimitable en la obediencia, prodigiosa en la clausura: á Maria Santísima, tan consumada en la observancia de sus votos, que me atreveré á decir que es la personificacion adorable de los mismos votos. Por tan *pobre* de bienes y de aspiraciones, la más rica en los dones del Espíritu Santo: por *tan casta y tan pura*, inmaculada en su origen, íntegra y virgen en su maternidad: por *tan obediente* y sumisa, Madre no sólo de los hombres, sino del mismo Dios, y Reina, no sólo del mundo, sino de los cielos y de todo lo criado: por *tan encerrada* con su Dios en el templo de su Dios, este mismo Señor la dá un alma capaz, continente todas las virtudes y todas las misericordias, y un corazón donde tienen acogida todos los infortunios humanos, y donde encuentran consuelo todas las amarguras del corazón del hombre. Decidme ahora si no podreis vosotros ver en la Virgen Santísima *un ejemplar acabado de religiosas*, y yo pasar á presentárosla como *un modelo de educandas*.

Maria Santísima es presentada en el templo, nó solamente para ser morada del Hacedor Supremo que la escogió, ni para

prepararse cumplidamente á desempeñar el magnífico destino de Madre de nuestro Dios: Maria penetra en el templo para enseñar á las generaciones pasadas y á las generaciones venideras la influencia que ha de tener la mujer en los destinos de la humanidad. La mujer, si la consideramos sola, es el ornamento bellissimo de su sexo; si acompañada del hombre, si unida á él por los vínculos conyugales, es otra él, es el corazón del esposo, es el corazón de los hijos, es el alma de la familia; si la contemplamos en religion, es una perla preciosa que se oculta en los tesoros de la Iglesia, y universalmente reconocida, no podemos menos de considerar que la mujer, por sus destinos, por sus cualidades, por las circunstancias todas que la rodean, es la mitad más hermosa del género humano, y, segun lo dice el Espíritu Santo, es un don que ha hecho Dios al hombre y á la sociedad. Pero esto no puede realizarse sin la base de una educacion adecuada para ello: y cuenta que así como no hay religion que haga la felicidad del hombre, ni pueda llamarse verdadera, fuera de la Religion de Jesucristo, tampoco, fuera de la educacion cristiana, hay ninguna que pueda llamarse verdadera y buena educacion. ¡Bendigamos á la Divina Providencia, que para consolarnos ha retirado de nuestra vista la primera mujer; la Eva prevaricadora, origen de tan lamentables catástrofes para sus descendientes, por haberse separado de la enseñanza que la diera la increada Sabiduria; y nos ofrece hoy en el templo á la Eva co-redentora, no para contentarse con poner allí en ejercicio la educacion que en la casa paterna recibiera, modelada en los mandamientos del Altísimo, sino para amplificarla, para engrandecerla, para completarla, y para servir hasta la consumacion de los siglos de modelo perfectísimo de una buena educacion, en particular de la mujer.

Dos partes abraza la educacion que ésta ha de recibir para cumplir en la tierra con la sublime mision de mujer cristiana: la una puramente espiritual, y la otra material; la primera en orden á su alma, la segunda en orden á su cuerpo: pertenece ésta á los favores de la gracia, y aquella á las necesidades de la naturaleza: que una mira á la eternidad, mientras la otra incumbe á la mujer en su peregrinacion por las regiones del tiempo. Educacion espiritual y temporal; para el cuerpo y para el alma tan íntimamente enlazadas entre sí, que me atrevo á asegurar que la una sin la otra son insubsistibles: es imposible que una mujer comprenda los deberes que tiene para Dios, y desconozca los que la unen con sus semejantes: y es temerario que abrigue la ciega preocupacion de cumplir bien con los segundos si no llenan exac-

tamente los primeros. Vámonos, señores, á Jerusalem, y veremos una niña, augusto vástago de los Reyes del pueblo del Señor; á una niña de cuyo corazon ha de tomar sangre para vivir el Redentor de los hombres; á una niña en quien un dia célebre ha de sombrear la virtud del Espíritu Santo, humilde como la flor de la violeta, formarse en el crisol de una santa educacion, para ser, no sólo modelo de las de su clase, sino maestra de madres y de esposas, de perfectas y de santas.

¿Qué hace María Santísima en las apacibles soledades del templo? ¿A qué se dedica la hija de San Joaquin y Santa Ana en aquel Alcázar impenetrable á las asechanzas del mundo, del demonio y de la carne? ¿Emplea acaso, como las supuestas hermosuras de nuestro siglo, los afeites más repugantes para disimular ó destruir lo que Dios ha querido que sean en la superficie de lo tierra? ¿Ensayo María, en los años de su educacion, todos los infernales modos de agrandar que constituyen la finura y la elegancia mujeril en nuestros dias, anteponiendo la desenvoltura á la modestia, el orgullo á la humildad, la insubordinacion á la obediencia, la ociosidad al trabajo, y á la pureza y al decoro la sensualidad? No, cristianos: María tiene, con respecto á su alma, su conversacion con los cielos: *Conversatio ejus in caelis est*. María se eleva hasta Dios, Padre de las luces, de quien descende todo bien, y se eleva por la misteriosa escala de la educacion religiosa. Conformes están todos los cronistas de la vida de esta purísima Paloma de Nazareth en asegurarnos que su primera ocupacion era la lectura espiritual: que depositada en su alma esta semilla, se nutria despues con la oracion, se desarrollaba más tarde en los cielos de la meditacion, y desplegaba últimamente sus vuelos en el paraiso inefable de la contemplacion. Ni creamos que la que ya entónces era depositaria de las finezas, y despues y siempre habia de ser dispensadora de las misericordias del Altísimo, descuidaba por la educacion de su alma, cuanto debia aprender para ser el modelo verdadero de la educanda y el tipo de la perfecta esposa, de la perfecta madre y de la perfectísima religiosa. ¿Queréis que el escritor más elegante os trace en dos rasgos brillantes las ocupaciones de María en cuanto á su educacion temporal? Pues escuchad al Espíritu Santo: «*Manum suam misit ad fortia et... Digiti ejus aprehenderunt, et panem otiosa non comedit*. Sus manos acometieron empresas fuertes. Sus dedos tomaron el huso, y nunca comió el pan en una reprehensible ociosidad.»

Como si el Espíritu divino, al decir que las manos de María tomaban el huso, quisiera darnos á entender que, no sólo trabaja-

ba, sino que elegia hasta aquellos trabajos más humildes y más mecánicos que pueden presentarse á la mujer: explicándonos, cuando anuncia que nunca comió su pan en la ociosidad, la voluntad siempre dispuesta de María á dejarse mandar, á dejarse instruir, á dejarse llevar por los consejos y la direccion de sus superiores, para ser de este modo gloria de los cielos, alborozo de la tierra y ornamento preciosísimo entre todas las generaciones de mujeres.

Crecia, segun la hermosísima expresion de San Ambrosio, como la luz de la mañana hasta llegar á la plenitud del dia, acompañando cada obra corporal con los aumentos y excelencias de la virtud; por eso un varon eminentemente espiritual dice que cuatro sublimes excelencias eran las que resplandecian en todas las obras de la Virgen Santísima en el templo: excelencia de crecimiento en caridad y en santidad: excelencia en intencion y plenitud de perfeccion: excelencia en sabiduria, discrecion y perseverancia para llevarla á cabo, y, por último, excelencia para combinar armoniosamente los afectos y las virtudes, enalteciéndose á la vez en las unas y en los otros. Ya no es extraño que los ángeles, espíritus, y espíritus perfectísimos y abrazados en el amor, al contemplar esa maravilla de la gracia, se preguntasen: «¿Quién es esta Niña que, superior á nosotros, inferior solo á Dios, excede á toda santidad imaginable?» Ya no hay que admirar que los hombres, viéndola marchar presurosa por el camino de la verdad, se digan: «¿Quién es esta Niña que, tan flaca en la naturaleza, se encuentra tan firmísima en la gracia que se presenta en el mundo como la inmoble roca á cuyos piés se estrellan las maquinaciones del abismo?» ¡Ah! No hay que preguntarlo: es María Santísima; es la Esclava del Señor; es aquella Niña que haciendo, mediante cuatro votos solemnes, el holocausto más sublime de su cuerpo y de su alma, se constituye en *ejemplar acabado de religiosas*; y que entregándose á los que por la divina disposicion habian de dirigir su alma y formar su corazon, aprendiendo, escuchando y obedeciendo, viene á presentarse en nuestra consideracion como *perfecto modelo de educandas*.

Niñas venturosas, educandas dichosísimas á quienes, á semejanza de la Virgen, ha cabido la incomparable fortuna de habitar en los átrios del Señor, confiada vuestra educacion al venerable sacerdocio y á las Hijas muy amadas de San Francisco de Sales, aprovechaos de sus doctrinas y de sus ejemplos: hoy, dentro de ese pensionado, vuestro corazon está libre de los tiros de Satanás, y vuestra alma descansa á la sombra de sábios maestros y virtuo-

vos directores: mañana, fuera de ese recinto apacible, el mundo os ofrecerá en copa de oro el veneno de la culpa y del desengaño; y ¡ay si vuestra alma se ha separado de la religiosa educación que recibisteis; y ¡ay si vuestros ojos se han desviado del modelo de la Virgen Santísima en su presentación del templo! Y á vosotras, comunidad siempre muy apreciable para mí, Hijas de San Francisco de Sales, ¿qué os diré? ¿Habeis hecho hoy en la presencia del Altísimo y en la de vuestros Santos Patriarcas la renovación de vuestros solemnes votos? Pues sea para honra y gloria de Dios, para alabanza de Maria Santísima, y en vosotras, léjos de ser para recuperar algo que se haya perdido, sea para aumentar lo conservado. ¿Es difícil la vida religiosa? mirad á la Virgen en el templo. ¿Es de mucha responsabilidad la educación de las jóvenes á los ojos de Dios y á los ojos de los hombres? Mirad á la Virgen, acogeos á su amparo, proponed imitarla en cuanto os sea posible, y algun dia, maestras y discípulas, directoras y educandas, sacerdotes y todos cuantos hoy celebramos el misterio de la Presentación de Maria Santísima en el templo, tendremos, mediante la misericordia de Dios, la dicha de subir á entonarla himnos de gratitud en compañía del Padre, del Hijo y del Espíritu Santo en las mansiones de la gloria. Amen.

DISCURSO XXVI.

Desposorios.

*Mater ejus Maria, desponsata Joseph.
Maria, su Madre, desposada con José.
(San Mat., cap. 1, v. 18.)*

UN acontecimiento sorprendente llama la atención de todos los habitantes de la ciudad escogida: el Concilio de los ancianos de Leví, presidido por el sumo sacerdote, despues de haber prosternado sus cabezas venerables, como los veinticuatro que rodean el trono del Altísimo, sanciona entre los hombres una deliberación emanada del consistorio divino, en la patria de los ángeles; deliberación que hará temblar á la miserable humanidad, ante los soberanos designios de la Divinidad: más allá, y retirada en el lugar de la oración, registran mis ojos una figura absorta é inmóvil, á la manera de las estatuas que sobre los sepulcros de los héroes colocara la más remota antigüedad; figura que, aunque estática y silenciosa, se deja oír más que las trompetas del *Apocalipsis*; y aunque humilde é inclinada, descuella entre todas las criaturas por una gigantesca y sobrenatural elevación. Sacada del hogar paterno para depositarla dentro de las bóvedas del templo, apenas colorea su mejilla el albor de la niñez, es como el tierno capullo de un rosal de Alejandría destinado á perfumar el ara del santuario, ó como el flexible retoño de un árbol lleno de años, pero lleno también de flores y de frutos, trasplantado á una tierra de bendición para llegar á ser algun dia la fortaleza de los débiles, el alimento de los desfallecidos y la sombra de todos los vivientes. Es una Niña sobre cuya candorosa frente ha extendido su diestra el Sér Supremo que la crió, preservándola de todo lo que

vos directores: mañana, fuera de ese recinto apacible, el mundo os ofrecerá en copa de oro el veneno de la culpa y del desengaño; y ¡ay si vuestra alma se ha separado de la religiosa educación que recibisteis; y ¡ay si vuestros ojos se han desviado del modelo de la Virgen Santísima en su presentación del templo! Y á vosotras, comunidad siempre muy apreciable para mí, Hijas de San Francisco de Sales, ¿qué os diré? ¿Habeis hecho hoy en la presencia del Altísimo y en la de vuestros Santos Patriarcas la renovación de vuestros solemnes votos? Pues sea para honra y gloria de Dios, para alabanza de Maria Santísima, y en vosotras, léjos de ser para recuperar algo que se haya perdido, sea para aumentar lo conservado. ¿Es difícil la vida religiosa? mirad á la Virgen en el templo. ¿Es de mucha responsabilidad la educación de las jóvenes á los ojos de Dios y á los ojos de los hombres? Mirad á la Virgen, acogeos á su amparo, proponed imitarla en cuanto os sea posible, y algun dia, maestras y discípulas, directoras y educandas, sacerdotes y todos cuantos hoy celebramos el misterio de la Presentación de Maria Santísima en el templo, tendremos, mediante la misericordia de Dios, la dicha de subir á entonarla himnos de gratitud en compañía del Padre, del Hijo y del Espíritu Santo en las mansiones de la gloria. Amen.

DISCURSO XXVI.

Desposorios.

*Mater ejus Maria, desponsata Joseph.
Maria, su Madre, desposada con José.
(San Mat., cap. 1, v. 18.)*

UN acontecimiento sorprendente llama la atención de todos los habitantes de la ciudad escogida: el Concilio de los ancianos de Leví, presidido por el sumo sacerdote, despues de haber prosternado sus cabezas venerables, como los veinticuatro que rodean el trono del Altísimo, sanciona entre los hombres una deliberación emanada del consistorio divino, en la patria de los ángeles; deliberación que hará temblar á la miserable humanidad, ante los soberanos designios de la Divinidad: más allá, y retirada en el lugar de la oración, registran mis ojos una figura absorta é inmóvil, á la manera de las estatuas que sobre los sepulcros de los héroes colocara la más remota antigüedad; figura que, aunque estática y silenciosa, se deja oír más que las trompetas del *Apocalipsis*; y aunque humilde é inclinada, descuella entre todas las criaturas por una gigantesca y sobrenatural elevación. Sacada del hogar paterno para depositarla dentro de las bóvedas del templo, apenas colorea su mejilla el albor de la niñez, es como el tierno capullo de un rosal de Alejandría destinado á perfumar el ara del santuario, ó como el flexible retoño de un árbol lleno de años, pero lleno también de flores y de frutos, trasplantado á una tierra de bendición para llegar á ser algun dia la fortaleza de los débiles, el alimento de los desfallecidos y la sombra de todos los vivientes. Es una Niña sobre cuya candorosa frente ha extendido su diestra el Sér Supremo que la crió, preservándola de todo lo que

no sea gracia, pureza y santidad: es una huérfana que está en oracion; y ¿qué pide señores? nada pide. Está reiterando la promesa hecha á Dios casi desde los primeros instantes de su vida, y colocando bajo el seguro de la infalible Providencia su incorruptible virginidad. Pero la ley de Moisés anatematiza y reprueba como un oprobio la esterilidad en las hebreas: no importa. Pero el consejo de familia contraria y echa por tierra el voto de castidad pronunciado por la doncella: nada importa tampoco, si Dios acoge y patrocina la cariñosa ofrenda de la huérfana de Nazareth. Pero no es así, cristianos: los juicios del Eterno son incomprensibles, y los suspiros de aquel corazon angelical no penetran la bóveda celestial, y su oracion tan pura como el ámbar primero de un jazmin, no halla eco en los oidos paternales del Dios de los destinos que ha formado aquella criatura inocentísima para saludarla Virgen, para enriquecerla desposada... ¿Desposada y Virgen? Escuchad.

Jerusalen ha suspendido por un momento sus ocupaciones y sus faenas para preparar festejos, que son felices nuncios de la deseada ventura del pueblo de Israel. El guerrero ha colgado sus armas, el mercader ha cerrado sus tiendas y el artesano abandona sus talleres por acudir á un llamamiento universal que convoca á todos los jóvenes libres de la descendencia de David y de la tribu de Judá. Trátase de un enlace tan apetecido como ventajoso; y la joya que habia de sortearse y que pretendian unos se adjudicase á la hermosura, los otros al talento, y no pocos á las riquezas, estaria probablemente reservada para sólo galardón de la virtud. La empresa era delicada: la encantadora consorte encierra dentro de sí misma cuantos arcanos encerraba el libro de los siete sellos; era una arca vestida interior y exteriormente con el oro de la integridad y de la perfeccion, y el bienhadado mortal que la custodiase debia ser por necesidad un hombre predestinado. Y ¿quién será? Cuando la noche tiende su enlutada sombra sobre la superficie de la tierra, una turba de aspirantes tan llenos de deseos como de ilusiones, ha depositado reverente ante las plantas de Jehová una rama seca de almendro que decida la suerte de todos y de cada uno de ellos. Una vara seca produjo el sacerdocio de Aaron: otra vara, tambien seca, fijará el matrimonio de Maria.

¿Habéis visto, cristianos, una bandada de sedientos jilguerillos que se acercan, y se columpian, y toman como por asalto la fuente bullidora y cristalina, cuando refulgen por Oriente los primeros arreboles de la mañana? No de otra manera los jóvenes de Judá asedian las puertas del templo, ansiando ver revestida de flores

y follaje la rama que depositaron sin verdor en la noche precedente. Pero la sorpresa les impele á retroceder, y la novedad les obliga á detenerse, y la maravilla les hace enmudecer; y con un movimiento involuntario y uniforme fijan sus miradas envidiosas, y señalan los unos á los otros con el dedo, á un hombre respetable por sus años, á un justo sin pretensiones, á un varon conocido solamente por su probidad, sin más riqueza que la herramienta, sin otros alcázares que un taller, sin más timbre que el nombre de José, y sin otra garantia que el honradísimo oficio de carpintero en la ciudad de Nazareth. *Mater ejus Maria desponsata Joseph. Maria Santísima, Madre de Dios, desposada con San José.*

Quisiera, señores, ser dueño del tiempo necesario para poder explanar cuanto ocurre á mi limitada capacidad sobre la augusta festividad que hoy celebra la Iglesia; pero diciéndoos solamente que los celestiales desposorios de Maria y de José se verificaron en Jerusalem con todo el aparato de la esplendidez oriental, y entre los vítores y los aplausos de una multitud de deudos, de parientes y de amigos, omitiré describir á Maria, vestida con la púrpura tiria, imágen del fuego divino que la inflamaba: coronada de mirto, emblema de la humildad que la ensalzaba, y cubierta con el trasparente velo de Sidon, retrato fiel de aquella honestidad que la hizo invencible vencedora del demonio y sus secuaces, de la culpa y sus efectos. No os indicaré al bienaventurado Patriarca ataviado con la elegancia propia de su esclarecido linaje, y con la modestia tan adecuada á su posicion actual; ni me detendré á repetir en este lugar los himnos y los cánticos que en honor de los desposados entonaban las lenguas y acompañaban los instrumentos. Despues de siete dias de nupciales regocijos, salgamos de Jerusalem y sigamos á Maria y á José por el camino de Galilea, atravesando con ellos los montes de la Samaria, y penetrando en la risueña y pintoresca Nazareth, término del delicioso valle de Esdrelon, habitemos por un breve rato la que fué morada de la Santa esposa del Patriarca Joaquin, y observemos en este dichosísimo matrimonio dos esposos *los más afortunados, los más perfectos y los más agradecidos.*

Ved aquí cómo pienso presentárolos hoy, con los auxilios de la divina gracia. Bendigamos al Patriarca San José, porque viene bendito en el nombre del Señor, y saludemos á Maria Santísima con la sumision y la ternura del Arcángel San Gabriel:

Ave Maria.

No hay maravilla en los cielos que no cuente la gloria de Dios, ni criatura en la tierra que no publique ser obra de sus manos. Nada existe, señores, á la casualidad; nada que no tenga una acertada aplicacion á los sucesos más extraordinarios y á las épocas más memorables de nuestra vida: y el pequeño arbusto, lo mismo que el empinado tronco y el átomo de arena como la montaña inaccesible, el manso arroyo como el revuelto mar, y el gusano que serpentea por la tierra lo mismo que la reina de las aves remontándose hasta más allá de las nubes, todo salió de la nada al aliento del Señor, con una senda que emprender, con un destino que cumplir. Pero donde más resplandece su eterna sabiduría es en los destinos del hombre: si recorremos las historias más lejanas, veremos á los hombres de aquellas edades, figura la más exacta de los hombres de las modernas generaciones; y si registramos la Sagrada Escritura, que es la historia por excelencia, admiraremos la perfecta relacion de los hechos y de los hombres de la antigua ley con los hombres y con los hechos que tuvieron lugar desde que fuimos instituidos en el bautismo hijos de la gracia y herederos de la gloria.

Pero ciñámonos al asunto; y para presentaros á Maria y á José como esposos *los más afortunados*, retrocedamos á los días de la creación, entremos en el paraíso y veamos allí á los dos primeros esposos destinados á ser los soberanos de todo bien, mientras no inficionen sus almas con el veneno mortífero del pecado. ¡Envidiable fortuna, cristianos! Pero se destruye á las sugestiones de una serpiente maligna, reduciéndose á lamentable calamidad por el espíritu de la soberbia. Maria y José se unirán, y no pecarán; Aquella porque está reservada de la culpa y destinada á confundir la altanería del enemigo comun; y éste porque, revestido de una humildad á toda prueba, ocupará al lado de Jesucristo el primer lugar entre todos los justos del uno y del otro Testamento. Adán y Eva ofrecen á la faz de sus dominios un Abel cuya floreciente vida sacrificará la envidia de su hermano: pero el Abel primero fué concebido entre la miseria y dado á luz con dolores, y Adán le hubo de alimentar con el sudor de su rostro; era como un hijo de maldición, justo castigo de las prevaricaciones de sus padres; pero Maria y José detendrán el curso de los siglos, atónitos con el halagüeño espectáculo de un segundo Abel, concebido por obra del espíritu de Dios, salido al mundo del seno de una Virgen que

no padece detrimento. glorificado de los ángeles, adorado de los Reyes, é hijo de bendición porque es recompensa proporcionada de la santidad de Maria y de José. Nuestros primeros padres, árbitros de un paraíso enriquecido con lo más excelente y exquisito de todo lo criado, serán lanzados de él y condenados á destierro, y sujetos á las peregrinaciones, á los trabajos y á la muerte; pero Maria y José sentarán su planta en el eden de la naciente Iglesia, donde cada lirio será un mártir, cada ciprés un confesor y cada azucena una virgen; y no serán despojados de esta fortuna sinó pasando por medio de un tránsito apacible á las regiones de la bienaventuranza.

Noé, cuando contempla estremecido que se encapota el cénit, que se rasgan las nubes, que se cruzan los relámpagos y estallan los truenos, que el rayo exterminador desgaja los pinos y divide los erizados montes, y que la divina Justicia envía un diluvio universal que hace desaparecer en un momento á las desventuradas naciones de la tierra, se cree sin comparacion el más afortunado, y bendice la mano bienhechora que le manda construir y custodiar y dirigir aquella arca misteriosa donde se salvarán las reliquias del linaje humano; pero José es más dichoso en sus desposorios que Noé, porque va á custodiar á Maria, arca verdadera donde anidará la paloma que enarbole en el Calvario la oliva ensangrentada, adorado y augusto símbolo de nuestra redención.

Abraham y Sara, bendecidos en sí y en su posteridad, cifran su pingüe patrimonio en aquel Isaac tan hermoso como deseado, y tan sencillo como obediente, que sube al monte del sacrificio cargado con el hacedito de leña en cuyas llamas ha de verse consumido: y se creen sin comparacion los más felices cuando le ven, en recompensa de la fe de sus progenitores, hecho padre y Patriarca de un pueblo que rivaliza con todos los pueblos, y que forma las delicias del Señor. Pero Maria y José llevan de la mano al Isaac de la ley de gracia, que se apresura á cargar con el peso de nuestras iniquidades, á morir abrasado en el fuego de nuestro amor, y á instituir y acaudillar un pueblo que se extienda de polo á polo, que derrote á la impiedad, y que escriba en sus estandartes y grave en sus corazones el nombre de Jesucristo.

De Zacarías y de Isabel nace el hombre extraordinario que ha de ir delante del Mesías preparándole sus caminos: de Joaquin y de Santa Ana, desciende la mujer representada en las más sublimes alegorías, y que ha sido la expectacion del universo entero. Pero Zacarías é Isabel, Joaquin y Ana, ¿contaron entre las prerogativas dichosas de su matrimonio las prerogativas indecibles

del matrimonio de Maria y de José? No, señores. El que ha decretado que Maria Santísima conciba siendo virgen y dé á luz quedando virgen, ha señalado á José para incansable centinela de la inviolabilidad de esta Señora: el que ha dispuesto que Maria Santísima alimente con la sangre de sus venas al Redentor de los hombres, ordena que el castísimo Patriarca forme su corazon con la más sana doctrina, con el constante buen ejemplo y con una conducta irreprochable, como el ingenioso artífice que ablanda y dá variadas formas á la cera al templado calor de la lumbre que la derrite; el que permitirá que el infierno suscite persecuciones y haga bambolearse la cuna del recién nacido, indica á José los rumbos desconocidos por donde ha de sacar á puerto seguro al Rey de la eternidad y á la Emperatriz de los espíritus celestiales. José, finalmente, morirá como afortunado padre en los brazos del más amante de los hijos, y dulcemente acompañado de la más entrañable de todas las esposas; y Maria, cumplido ya su destino con Dios y con los hombres, subirá en los brazos del que la predestinó á renovar sus desposorios en la patria de las recompensas. ¡Ni cómo de otra manera! Afortunados Maria y José en su matrimonio, habian sido tambien en su matrimonio *los más perfectos*.

Siendo cierto que la perpétua fidelidad y la esmerada educacion de los hijos y lo indisoluble de los vínculos constituyen la perfeccion de un matrimonio, es innegable tambien que Maria y José tocaron en sus desposorios el último punto de la perfeccion conyugal. No demos cabida en nuestras almas en estos momentos de cristianas reflexiones á los argumentos de los impíos que han intentado anular la existencia del matrimonio entre los afortunados padres de Jesucristo: cuando ellos pretenden destruir lo más grande de nuestra Religion, sólo consiguen hacer más prodigiosos y ostensibles los triunfos de la fe. Hubo, señores, en Maria y en José verdadero matrimonio; y con tal perfeccion resplandecieron en él los dos benditos consortes, que nunca padeció la más ligera alteracion la virtud de su fidelidad; fidelidad de que hicieron alarde, amándose con pureza, sirviéndose con eficacia y venerándose con docilidad y sumision. Fidelidad en los pensamientos; y de la mente del uno no surgió nunca una idea que pudiera rebajar en lo más mínimo la altísima dignidad con que estaban vestidos. Su solo deseo era la perfeccion, y su único pensamiento el bien: y cuando Maria contempla al Patriarca como

un sacerdote en cuyos brazos ha de reclinar su poderío la Divinidad humanada, este clasifica á su immaculada compañera como el tabernáculo donde se reserva el inspirado maná, nutrimento vivificante de nuestras almas, verdadero *Sancta Sanctorum*, oculto de día bajo los velos de la más profunda abnegacion y brillante en las altas horas de la noche con los fulgores de una santidad que nunca se disminuye. Fidelidad en las palabras: ni una pronunciaron jamás que mancillara el cariño que se profesaban ni el profundo respeto que se tenían. El móvil de sus conversaciones era la oracion; la vida de sus discursos, el conocimiento de la eternidad, y el alma de sus razonamientos era Dios. Y cuando la imaginacion me pinta, señores, la modesta actitud de aquellos seres bienaventurados departiendo en dulces coloquios cuyos purísimos acentos resuenan aun en nuestros oidos, veo laureadas sus cabezas con una luz más resplandeciente que la del sol, y como defendidas por las alas de una paloma que excede en blancura á la blancura de la misma nieve; es el Espíritu Santo que los ilumina y que infunde en los labios ya del uno ó ya del otro, el expresivo lenguaje de la verdad. Fidelidad en las obras: por eso la Virgen seguía y reverenciaba y exponía sus dudas á José, como cátedra de la experiencia; y éste la sustentaba, y la atendía y la imitaba, mirándola como el santuario de la virtud. No damos un paso en esta sagrada crónica sin que tropecemos á cada momento con un rasgo de mútua generosidad que pasma, de reciproca obediencia que embelesa, y de celestial discrecion que maravilla. Maria Santísima y San José, perfectísimos en lo concerniente á Dios, en lo perteneciente á sí mismos, y en lo relativo al parvulito á quien habian de educar.

Aquí debiera yo enmudecer, cristianos: pero ¿quién no interrumpe el silencio al analizar una por una las religiosas ocupaciones de la Madre con el Hijo y las sencillas faenas del Hijo en la compañía de su padre? Rompe sus límites el entusiasmo cuando veo á la bendita entre todas las mujeres enseñando á conocer á Dios al que es la Sabiduria sin principio ni fin, y á inclinar aquella delicada frente ante las maravillas de la creacion, al Criador de la misma que le enseñaba. Jesus, aquel Niño inocente que sigue á San José, y penetra en el taller, y gradúa un compás, y fija en un plano cualquiera los vértices de un triángulo ó hace girar una circunferencia alrededor de su centro, ó tal vez diseña el patíbulo en que ha de ser crucificado, es el Uno y Trino tan verdadero como incomprensible, y tan infinito como poderoso, cuya voz encadena los mares y desencadena los vientos, y cuya mi-

sericordia se derrama en abundancia, glorificando á los Santos, robusteciendo á los justos y convidando con el amor y la indulgencia á los pecadores arrepentidos: es Dios, pero sujeto á un hombre; y este hombre cumple perfectamente con su deber, enseñando á su amadísimo aprendiz el oficio de carpintero. ¡Oh grandeza, católicos, de la sabiduría del Señor!

¿Y se romperían alguna vez los vínculos de este venturoso matrimonio? Nunca, señores. La voluntad de Maria era la voluntad de José, la voluntad de José era la voluntad de su esposa, y esta union de voluntades formaba un todo indivisible que era la voluntad del Omnipotente. Ni las persecuciones debilitaron su constancia, ni las escaseces amortiguaron el cariño, ni la discordia y la rencilla penetraron jamás en el interior de aquel albergue, custodiado por el ángel invisible de la paz. ¿Inquietan y perturbaban los celos el espíritu del esposo de Maria? Pero es humilde, consulta al oráculo inmortal, y la oracion del justo es escuchada, y el enviado de Dios le tranquiliza y le consuela. ¿Zozobra la Reina de las vírgenes y como que se extremece al oír que concebirá y parirá, porque no conoce varon? Pero es tambien humilde, y el Arcángel mensajero, arrodillándose ante la que ya reconoce como su soberana, la saluda llena de gracia, la explica los misterios de su exaltacion, y se despide de Ella, volviendo á tender su majestuoso vuelo despues de poner en sus manos la inmarchitable azucena de una incorruptible virginidad. El génio maléfico de infidelidad, del abandono y de division que desgraciadamente preside en su mayor parte los matrimonios; de nuestros tiempos, no quebrantará nunca los lazos que unen á Maria y á José, porque está encomendada la seguridad de aquellos corazones á la tutela de los abrasados serafines. Las potestades del cielo, señores, sirven de perpétua custodia á los custodios del mismo Dios, á quien unidos con una fidelidad sin semejanza y empeñados en una educacion digna de Jesucristo, Dios y hombre, el orbe los admira y los ensalza la Iglesia como un prodigio estupendo de perfeccion conyugal. Y siendo *los más afortunados y perfectos*, ¿serian tambien *los más agradecidos*? Véamoslo.

El Omnipotente ha derramado á manos llenas sobre los *felices y perfectos* desposados todos los beneficios imaginables: ha dado para defensa de la santidad y de los privilegios de Maria, la fortaleza de ánimo y el escudo impenetrable de las virtudes de San José; y Maria Santísima renueva todos los días, y á todas horas,

y á cada instante la plegaria de su reconocimiento y el sacrificio de su gratitud. Ruth besa las plantas de Booz, agradeciendo su generosa hospitalidad. Judit, que desbarata los planes de los asirios, decapita á Holofernes y conquista con la pujanza de su brazo la perdida independencia de Bethulia, descíñe de sus sienes la diadema del triunfo, y atribuye reconocida su gloria al «Dios de bondad que nunca abandona á los que en El depositan sus esperanzas.» Esther, sacada de la oscuridad, sentada sobre el trono de los persas y hecha instrumento de la libertad de sus hermanos, no halla otro trono en que colocar Asuero que el trono de su corazon, ni otro incienso que ofrecerle que el incienso de su gratitud. Y ¿nos admiramos señores? La gratitud de estas heroínas habia de ser indudablemente proporcionada á los beneficios que se las habian dispensado; pero Rut, y Judith, y Esther son como imperceptibles luminas que se eclipsan ante la gratitud de Maria; ante la gratitud de aquella Esclava del Señor, de aquella Mujer fuerte, de aquella Reina del Empireo, que exclama al entrar en casa de su prima Santa Isabel: «Engrandece al Señor el alma mia, porque, siendo poderoso, ha hecho conmigo cosas grandes, y porque, viéndome humilde, ha decretado me digan Bienaventurada todas las generaciones.» *Magnificat anima mea Dominum.*

El cielo elige á José para esposo de Maria: y en el ejercicio de su arte, y al despuntar el dia, al declinar la tarde, y en la quietud doméstica lo mismo que en las penalidades de una jornada ó en las vicisitudes de una emigracion, tiene siempre presente que Dios le ha hecho *afortunado y perfecto*, y le ha convertido en sόlio de su Majestad en esta vida y en el más favorito de sus cortesanos en la otra, y le bendice, y le adora, y lo agradece. Divide sus aguas el mar Rojo, y facilita practicable senda á los ejércitos del Señor, y vergonzosa sepultura al vengador egipcio. Moisés vence; pero Moisés, doblando la rodilla, las manos sobre el corazon y los ojos en el cielo, publica que «Dios ha sido su fortaleza, su alabanza y su salud; publicale Dios de sus padres, y le ensalza, publicale su Dios y le glorifica.» Profetiza Isaías, y, como regocijándose en la libertad de Judá exclama arrebatado por la gratitud y entusiasmado por la inspiracion: «Ensalcemos al Señor, porque ha obrado en nosotros todos los prodigios de su magnificencia.» *Cantate Domino, quoniam magnificè fecit.* El anciano Simeon tomando en sus trémulos brazos al Deseado de los collados eternos, deja ver en su rubicunda y encanecida frente los irresistibles síntomas de la más acendrada gratitud; de ese

afecto, señores, que se siente, pero que no se puede explicar; y vierte lágrimas de ternura, y llama á la muerte, y dá gracias porque alcanzaron sus ojos á ver lo que tanto apetecía. *Nunc dimittis servum tuum, Domine.* Pues bien; Moisés, Isaías y Simeon son pálidos reflejos del Santísimo José que, reconociéndose el más dichoso de los hijos nacidos de mujer, y por el doble carácter de esposo de la Escogida del Señor y padre putativo de nuestro Dios, hecho el compañero del que camina, y el faro del que navega, el amparo del atribulado y el defensor del inocente, el médico del enfermo y el protector especial de sus devotos en el lúgubre trance de la agonía, prorumpe con la oportunidad de Salomon: «Soy esposo de Maria, y con Ella poseo todo bien.» *Venerunt mihi omnia bona, pariter cum illa.* «Bendice, alma mia, al Señor.» *Benedic anima mea Domino,* ¡Oh felicidad inaudita! ¡Oh ejemplarísima perfeccion! ¡Oh gratitud incomparable!

Maria Santísima y el Patriarca San José, los más afortunados, por padres y maestros de Jesucristo; los más perfectos, por la práctica de todas las virtudes, y singularmente de las inherentes al estado del matrimonio; y los más agradecidos, porque seria contradictorio á la equidad intachable del Excelso enriquecer con dones superiores á todo don á las almas de Maria y de José, nunca sospechosas de rebeldía, y nunca contaminadas de ingratitud. Tengo manifestado, y he concluido mi discurso.

Pueblo católico: la rapidéz con que el Evangelista San Mateo reseña los desposorios de Maria y de José, es una prueba nada equívoca de la grandeza del asunto y de la dificultad para desenvolverle. Si cumpliendo con el deber de orador cristiano no he podido llenar vuestros deseos describiendo siquiera, con aproximada exactitud, *la felicidad, la perfeccion y la gratitud* de los esposos, efecto es de mi insuficiencia, pero nunca culpéis á mi intencion. Ceda todo lo dicho en honra y gloria del Señor, en provecho y utilidad de nuestras almas y en perpétua alabanza y honor de Maria Santísima y del Patriarca San José. Sirvannos de estímulo sus virtudes para aspirar á la verdadera *perfeccion*, de tal manera que, *agradecidos* á la divina misericordia que nos favorece con tan admirables modelos, tengamos la fortuna de desposarnos algun dia con Jesucristo, en compañía de todos sus escogidos, en las mansiones de la gloria. Asi sea.

DISCURSO XXVII.

Sermon de Maria Santísima en el misterio de la Encarnacion.

Ingresus angelus ad eam, dixit, Ave, gratia plena; Dominus tecum; benedicta tu in mulieribus.

(San Lúe., 1, 28.)

Y entrando el Angel, la dijo: Salve llena de gracia; el Señor es contigo; bendita entre todas las mujeres.

LA salutación angélica, esa oracion tan consoladora como pequeña; tan fecunda en misterios como lacónica en palabras, tan á propósito para conmover todas las fibras del corazon como es fácil para pronunciarse con los labios; esa plegaria á cuya composicion han concurrido en acorde combinacion tres elementos, el divino, el angélico y el humano: el divino, inspirando el espíritu de Dios las palabras *Ave, gratia plena*; el angélico, siendo un Arcángel el instrumento de que la Divinidad se sirve para anunciar á Maria las maravillas que han de realizarse en Ella; y el humano, siendo una humana criatura el sér á quien se dirigen, y completándola poco despues Santa Isabel, figura de la naturaleza, y repitiéndola con ella todas las generaciones pasadas, presentes y venideras, no es solo una oracion, no; es un depósito de infinitos arcanos; una cátedra donde el que la pronuncia aprende mucho de lo que necesita para creer en el Omnipotente, para esperar en su misericordia, para amar á Dios, para amar al hombre, para amar, bendecir y glorificar á la criatura que, siendo humana, ha sido exaltada sobre los coros de los ángeles, solo inferior

afecto, señores, que se siente, pero que no se puede explicar; y vierte lágrimas de ternura, y llama á la muerte, y dá gracias porque alcanzaron sus ojos á ver lo que tanto apetecía. *Nunc dimittis servum tuum, Domine.* Pues bien; Moisés, Isaías y Simeon son pálidos reflejos del Santísimo José que, reconociéndose el más dichoso de los hijos nacidos de mujer, y por el doble carácter de esposo de la Escogida del Señor y padre putativo de nuestro Dios, hecho el compañero del que camina, y el faro del que navega, el amparo del atribulado y el defensor del inocente, el médico del enfermo y el protector especial de sus devotos en el lúgubre trance de la agonía, prorumpe con la oportunidad de Salomon: «Soy esposo de Maria, y con Ella poseo todo bien.» *Venerunt mihi omnia bona, pariter cum illa.* «Bendice, alma mia, al Señor.» *Benedic anima mea Domino,* ¡Oh felicidad inaudita! ¡Oh ejemplarísima perfeccion! ¡Oh gratitud incomparable!

Maria Santísima y el Patriarca San José, los más afortunados, por padres y maestros de Jesucristo; los más perfectos, por la práctica de todas las virtudes, y singularmente de las inherentes al estado del matrimonio; y los más agradecidos, porque seria contradictorio á la equidad intachable del Excelso enriquecer con dones superiores á todo don á las almas de Maria y de José, nunca sospechosas de rebeldía, y nunca contaminadas de ingratitud. Tengo manifestado, y he concluido mi discurso.

Pueblo católico: la rapidéz con que el Evangelista San Mateo reseña los desposorios de Maria y de José, es una prueba nada equívoca de la grandeza del asunto y de la dificultad para desenvolverle. Si cumpliendo con el deber de orador cristiano no he podido llenar vuestros deseos describiendo siquiera, con aproximada exactitud, *la felicidad, la perfeccion y la gratitud* de los esposos, efecto es de mi insuficiencia, pero nunca culpéis á mi intencion. Ceda todo lo dicho en honra y gloria del Señor, en provecho y utilidad de nuestras almas y en perpétua alabanza y honor de Maria Santísima y del Patriarca San José. Sirvannos de estímulo sus virtudes para aspirar á la verdadera *perfeccion*, de tal manera que, *agradecidos* á la divina misericordia que nos favorece con tan admirables modelos, tengamos la fortuna de desposarnos algun dia con Jesucristo, en compañía de todos sus escogidos, en las mansiones de la gloria. Asi sea.

DISCURSO XXVII.

Sermon de Maria Santísima en el misterio de la Encarnacion.

Ingresus angelus ad eam, dixit, Ave, gratia plena; Dominus tecum; benedicta tu in mulieribus.

(San Lúe., 1, 28.)

Y entrando el Angel, la dijo: Salve llena de gracia; el Señor es contigo; bendita entre todas las mujeres.

LA salutación angélica, esa oracion tan consoladora como pequeña; tan fecunda en misterios como lacónica en palabras, tan á propósito para conmover todas las fibras del corazon como es fácil para pronunciarse con los labios; esa plegaria á cuya composicion han concurrido en acorde combinacion tres elementos, el divino, el angélico y el humano: el divino, inspirando el espíritu de Dios las palabras *Ave, gratia plena*; el angélico, siendo un Arcángel el instrumento de que la Divinidad se sirve para anunciar á Maria las maravillas que han de realizarse en Ella; y el humano, siendo una humana criatura el sér á quien se dirigen, y completándola poco despues Santa Isabel, figura de la naturaleza, y repitiéndola con ella todas las generaciones pasadas, presentes y venideras, no es solo una oracion, no; es un depósito de infinitos arcanos; una cátedra donde el que la pronuncia aprende mucho de lo que necesita para creer en el Omnipotente, para esperar en su misericordia, para amar á Dios, para amar al hombre, para amar, bendecir y glorificar á la criatura que, siendo humana, ha sido exaltada sobre los coros de los ángeles, solo inferior

á Dios, y superior despues de Él á quanto hay dentro de los cie-
los y sobre la superficie de la tierra.

La salutacion del Angel es más todavia: es como la primera
página de ese gran libro que principia en Nazareth con el miste-
rio de la Encarnacion y concluye en el Calvario con el de la Re-
dencion: que encierra dentro de sus hojas la historia en paralelo
de la Eva maldita por cuyo pecado se corrompen las generaciones,
y de la Eva bendita por cuya pureza las generaciones se salvan;
encadena el dia primero del mundo con el último dia de todos los
tiempos, y pone en relieve para nuestro consuelo las intermina-
bles miserias de los hombres, al lado de las infinitas misericordias
de Dios. Es la biografía más extensa de la Virgen Santísima; es
el panegirico más acabado y más perfecto, como que le pronunció
el Espíritu Santo, de las grandezas, de las perfecciones y de las
prerogativas de esa Mujer que esperada y profetizada, nacida y
encubrada, y arrebatada del orbe y coronada en la gloria, debia
ser, y es efectivamente, consuelo del que llora, medicina del que
sufre, áncora de salvacion del que la busca, estrella del que la
invoca, vida, dulzura y esperanza de todos nosotros, Maria San-
tísima.

Hoy que providencialmente y por segunda vez me veo en la
halagüeña necesidad de hacer sentir á vuestro corazon, y de ele-
var vuestro espíritu hasta Maria para saludarla Virgen de la gra-
cia, maravilla de la gracia, dispensadora por Jesucristo y en union
con Jesucristo de la gracia, pienso hacer girar todo mi discurso
sobre las mismas palabras que me sirven de texto: *Ave gratia
plena, Dominus tecum; benedicta tu in mulieribus.* «Dios te salve,
llena de gracia, bendita entre las mujeres.» Pero deduciendo de
esta magnífica salutacion las tres reflexiones siguientes:

- 1.^a Maria llena de gracia desde el principio de los tiempos
y antes de que el mundo fuera hecho, hasta la Encarnacion.
- 2.^a Maria más llena de gracia desde el principio de su mater-
nidad divina, hasta su maternidad humana.
- 3.^a Maria abundantísimamente llena de gracia desde que es
hecha Madre de los hombres, hasta la consumacion y mucho más
allá de la consumacion de los siglos.

Me faltan palabras é inteligencia para demostrar lo enunciado:
imploremos los auxilios divinos por la intercesion de aquella cria-
tura á quien el Arcángel saludó llena de gracia, cuando la dijo:

Ave Maria.

Maria llena de gracia desde el principio de los tiempos y ántes
de que el mundo fuera hecho, hasta la Encarnacion. Reflexion di-
fícil, católicos, pero demostrable; reflexion ante cuyas proporcio-
nes es nada la raquítica razon del hombre, pero en la que penetra
valiente y atrevida, apoyándose en las luces de la fe; reflexion
que anonadaria al orador cristiano á no conocer este y confesar
con humildad que ha de hacer lo principal el Espíritu Santo. Aho-
ra bien: ¿quién nos dice que Maria Santísima fué llena de gracia
desde ántes de los tiempos y desde la formacion del mundo hasta
la Encarnacion? ¿Á qué testimonios nos acogemos para tranquili-
zar la inquietud de nuestras almas, ávidas siempre de grande per-
suasion en la manifestacion de las más sublimes verdades? ¿Qué
lengua habla, qué pluma escribe, qué sentimiento inspira y nos
convence de esa plenitud de gracia, anticipada en Maria Santísi-
ma ántes de todas las cosas? Vamos á verlo, cristianos.

Abramos ese libro que contiene la historia de la Religion y de
la humanidad, que encierra dentro de sí la voluntad de Dios reve-
lada, que explica perfectamente el por qué y el para quién de to-
dos los grandiosos acontecimientos; leamos con detencion, y ve-
remos que una mano divina ha escrito, pero de un modo que nos
asombra, la plenitud de gracia en Maria Santísima desde toda la
eternidad. El Antiguo Testamento nos presenta una combinacion
prodigiosa de testimonios tan elegantes como verdaderos de esta
proposicion. Fijémonos en la contemplacion de Maria llena de
gracia, ántes del mundo; y en el libro de los *Proverbios* el Espí-
ritu divino, el Espíritu de Dios, el mismo Dios, escribe un pasaje
encantador, que empieza con las siguientes palabras: *Dominus
possedit me in initio viarum suarum.* «El Señor me poseyó desde
el principio de sus caminos.» Y siendo Dios la eternidad sin prin-
cipio ni fin, se comprende que Maria Santísima fué poseida desde
la eternidad; y al considerar que la fuente de toda la gracia, el
Autor de toda la gracia, la gracia misma, es Dios, deducimos que
Maria no podia ser poseida por Dios si en su presencia no apare-
ciera llena de gracia. *Gratia plena.*

Fué ordenada desde antiguo y ántes que la tierra fuera hecha.
Antequam terra fieret. Antes que las hermosísimas maravillas del
mundo inocente fueran alumbradas por el sol, y ántes que los re-
lámpagos del diluvio colorearan la ingratitud y los desmanes del
mundo criminal, Maria ya estaba hecha, pero con tal plenitud de

gracia, que era un nuevo cielo colocado entre la tierra y el cielo mismo donde reside la Majestad de Dios. Aun no eran los arismos. *Nondum erant abyssi.* «Y yo era ya concebida. Aun no existian esa concupiscencia, y esos apetitos, y esas pasiones que se mergen y abisman el corazon del hombre, y yo me encontraba preservada de ellos, porque el que es poderoso me habia llenado de su gracia.» *Gratia plena.* «Aun no se habian sentado los montes sobre su pesada masa. Aun no habia justos, ni perfectos, ni Santos, y yo era ya santificada por la gracia. Cuando el Hacedor preparaba los cielos, cuando echaba los cimientos de la tierra, cuando circunscribia el mar y hacia brotar las aguas, allí estaba yo con Él concertándolo todo, y con Él me regocijaba y me deleitaba en todo tiempo.» ¿Y por qué, señores? Porque la gracia de Dios estaba en Maria; porque Maria, desde su predestinacion, estaba henchida, saturada y enriquecida con los tesoros de la divina gracia.

Dejemos, empero, al cielo, y vengamos al mundo; acerquémonos al tiempo, y alejémonos de la eternidad. Al *fiat* omnipotente de Dios aparece la creacion: más tarde la creacion llora porque el hombre ha caido; porque los progenitores de la gran familia humana, por el pecado, se han desviado de su Criador, y á la bondad vá á reemplazar la justicia, y á una soñada fortuna sucederá una sempiterna infelicidad. Consolémonos, sin embargo; al lado del inmenso mal se encuentra el sumo bien; junto á la mortifera desesperacion está la esperanza; en el mismo sitio de la prevaricacion se deja entrever la redencion. Jesus es anunciado y prometido: Maria es prometida y anunciada con todos los requisitos para ser co-redentora, co-reparadora con el Mesias del desventurado linaje humano.

Una cadena de solemnes profecias, una serie de bellisimas figuras, una sucesion de mujeres que cautivan la atencion de una manera extraordinaria, preconizan, profetizan y representan á Maria Santisima siempre con Jesucristo, siempre al lado de Jesucristo, siempre amada y digna de Jesucristo, que, siendo impecable, escoge para tomar nuestra naturaleza las entrañas de una mujer preservada, virgen y llena de gracia. *Gratia plena.* «Maria, dice San Bernardo, preparada por el Altísimo, es preconizada por los Profetas; y recorrer y explicar una por una todas las profecias que nos anuncian á la Virgen de Nazareth como un prodigio de la gracia, seria, además de molesto, interminable.»

«Pondré, leemos en el *Génesis*, enemistades entre tí y la mujer; y ésta quebrantaré tu cabeza.» La serpiente es el vicio, la mujer es la virtud; la serpiente es el delito, la mujer es el perdon;

la serpiente es la culpa, la mujer es la gracia; la serpiente es la figura de Eva contaminada, la mujer es la Eva restauradora, es la ciudad de refugio, es Maria, por sus destinos y para sus destinos, llena de gracia. Jeremias anuncia á la tierra que Dios la prepara un signo, un prodigio inaudito. «El Señor, exclama, ha criado una novedad sobre la tierra.» *Creavit Dominus novum super terram.* Y ¿hay, cristianos, alguna cosa más nueva todavía que la creacion de la materia primera de que luego se forma el mundo? ¿Hay una cosa más nueva que añadir á la materia el sentimiento creando los animales? ¿Hay, finalmente, una novedad que más pueda sorprendernos que la agregacion de la inteligencia al sentimiento, formando Dios al hombre á imágen y semejanza suya? Sí, señores: hay indudablemente algo, *novum super terram*, nuevo sobre la tierra. No un milagro, como escribe Augusto Nicolás, suspension pasajera de las leyes de la naturaleza que luego sigue su curso, nó; es una creacion nueva, absolutamente nueva, y que ha de ser superior á todas las creaciones. *Femina circumdabit virum.* «Una mujer circundará al varon.» Este varon es Jesus, esta mujer es Maria; pero Maria, que, dándole su misma carne y su misma sangre, le circundará con el sol purisimo de la gracia de que la Señora se encuentra llena. *Gratia plena.* Daniel describe una montaña maravillosa, de la que se desprende una piedrecita que hace pedazos la misteriosa estatua de hierro y de barro. La piedrecita es el Salvador, y la montaña es Maria, bendecida, ensalzada entre todas las mujeres y sobre los ángeles, y montaña inaccesible de gracia y de santidad. Ni es ménos luminoso el testimonio de las figuras que, como otros tantos pregones publican la incomprensible plenitud de gracia que hay en Maria Santisima.

Si miramos al paraiso, tropezamos con una *Tierra Virgen*, que sin gérmen alguno produce el árbol de la vida. Si nos colocamos en la época del dilavio, vemos flotante sobre las ondas un *Arca* formada por decreto del Excelso, de madera incorruptible, bañada por dentro y por fuera con un betun significativo de la gracia de que la Virgen está por fuera y por dentro revestida. Si consideramos la *zarza ardiente* en que Moisés vió al Señor, vemos en ella á Maria, trono de Dios por la gracia, y que por la gracia derrama esos torrentes de amor divino que han inundado la tierra. Si contemplamos la *Fuente sellada* y el *Huerto cerrado* de que se nos habla en el *Libro sagrado de los Cantares*, Maria resalta fuente sellada por la augustísima Trinidad, que contiene las aguas de la gracia, esas aguas que, en expresion del mismo Jesucristo, saltan hasta la vida eterna: el Huerto cerrado á todo miasma que

infecte, á toda enfermedad que aniquile, á todo contagio que mate, y cuyo fruto es el fruto bendito del vientre de una mujer «llena de gracia.» *Gratia plena.* Y Maria, profetizada y simbolizada, es como personificada en las mujeres que la preconizan llena de gracia.

Maria es Eva, pero reparadora, triunfante victoriosa y en toda la gracia de su creacion primera. La Virgen es una Sara que concibe al Isaac divino, por cuyo Hijo único y por la gracia de que la rodea se hace madre de una posteridad más numerosa que las estrellas del cielo y las arenas del mar. Es Rebeca, doncella de gracia gentil y de toda hermosura: es la cándida pastora Raquel, que ha de dar á luz al Salvador del mundo: es Ruth, que halla gracia delante de Booz: Judith heróica, que con el alfange de la gracia decapita el Holofernes del pecado, y es saludada gloria de Jerusalem, alegría de Israel, y honor de todo su pueblo: Esther graciosa y sumisa, que halla misericordia en presencia de Assuero, sobre todas las mujeres. No más, hermanos míos. Despues de las profecías, y de los deseos, y de las esperanzas, Maria nace, y el infierno se regocija y el mundo se extremece; Maria nace exenta, preservada y limpia de la culpa original: Maria nace con la plenitud de gracia con que fué enriquecida desde la eternidad, muy superior á los pecadores; y nace para confirmarnos Ella misma de que más llena de gracia la hemos de admirar «desde el principio de su maternidad divina hasta su maternidad humana.» *Dominus tecum.*

Estamos frente á frente de ese misterio consolador, que es el misterio soberano de la reparacion del género humano, el vínculo indisoluble de union de Dios con su obra, que es el hombre, el centro de los consejos eternos, el gran misterio de la maternidad de Maria, el misterio de la Encarnacion y Anunciacion, que son un mismo misterio, que la Iglesia celebra en una misma solemnidad, y que, unido el título de *la gracia*, veneramos hoy todos nosotros.

De propósito, y nó por descuido, he dejado para esta segunda reflexion la profecía en que Isaías anuncia y al mismo tiempo describe, pero con una esplendorosa exactitud, el gran suceso de todos los siglos. El Espíritu divino se le inspira, y él anticipadamente pronuncia las mismas palabras que hoy dice en presencia de Maria el parainfo celestial: «Hé aquí, *Ecce*, escribe el historiador Profeta, que la Virgen concebirá, y parirá un Hijo y será

llamado Emmanuel: llamado será su nombre Admirable, Consejero, Dios, Fuerte, Padre del siglo venidero y Príncipe de la paz.» ¿Y este vaticinio preconiza á Maria Santísima? Sí, cristianos; Maria es la primera criatura que consagra á Dios su virginidad, y ya por esto aparece la más digna, la más aceptable á los ojos de Dios. Y esta profecía, ¿nos revela la plenitud de gracia de que ha de estar llena Maria Santísima? Sí, cristianos; para ser la Madre del Admirable, tiene que ser admirable en la humildad; para ser la Madre de Dios, tiene que estar en cierto modo deificada, divinizada por su pureza; para ser la Madre del Príncipe de la paz, tienen que estar su cuerpo y su alma, su corazon y sus entrañas, y su inteligencia y su voluntad, y su memoria y toda Ella, llenos de la gracia, de abundantísima gracia, que es principio de la paz del alma, de los individuos y de las sociedades.

¿Y se realiza este acontecimiento? Veámoslo. A cuarenta siglos de piadosas y legítimas inquietudes sucede un momento afortunado que suspende en su curso el movimiento de la creacion. Una Virgen, más cándida que la azucena y más agradable al Eterno que los perfumes de una rosa, retirada en un modesto albergue de la pequeña Nazareth, hojea y examina con ávido detenimiento el pasaje en que Isaías profetiza el advenimiento del Libertador de los hombres, y cuando su corazon y sus manos, para bendecir á la mujer destinada á ser Madre del Altísimo, se levantan á los cielos, los cielos se rasgan dejándola ver todo el esplendor de que están llenos; desde el trono del Omnipotete descendiendo, veloz como la saeta, el Arcángel que siglos anteriores se presentara á Zacarías y Daniel intimándoles en tono autocrítico la voluntad de Dios. Pues bien; este Arcángel penetra en la estancia de Maria, se arrodilla en su presencia tácitamente proclamando la superioridad que la Señora tiene sobre los espíritus angélicos, y la saluda llena de gracia, muy llena de gracia, con las siguientes palabras: *Ave, gratia plena; Dominus tecum; benedicta tu in mulieribus.* «Salve, llena de gracia, el Señor es contigo; bendita entre las mujeres.» ¡Á ningún mortal, exclama justamente embelesado un orador de nuestros dias; á ningún mortal le han sido dirigidas palabras de tan alta significacion, ni hay dignidad que pueda compararse con la dignidad de la Virgen de Nazareth! ¡Qué actitud la de un ángel al hablar á una criatura mortal! ¡No se sabe quién es aquí el Ángel, si Maria ó el mensajero del firmamento; lo que no se ignora es que la Señora es la Reina de los ángeles, estando predestinada para ser Madre de Dios! ¡Con qué palabras, con qué homenajes y con qué títulos acompaña al Ángel su salutacion! Palabras y

títulos que agotan todo panegírico, que anonadan la inteligencia y que nos convencen de que Maria está llena, muy llena de esa emanacion de la naturaleza divina, que está llena de gracia, pero con abundancia tal, que la eleva á la perfeccion misma de Dios, que la deifica, que la constituye un océano de la gracia que contiene cuanta está repartida, y más que está repartida, entre todos los ángeles y entre todos los Santos.

¿Y qué vá á decir el Arcángel San Gabriel? Escuchemos: *No temas, Maria, porque has hallado gracia delante de Dios. Hé aquí que concebirás en tu seno y parirás un Hijo á quien darás el nombre de JESUS; este será grande, y será llamado Hijo del Altísimo, y reinará perpetuamente en la casa de Jacob, y su reino no tendrá fin.* ¡Maravilia incomprendible de los designios de la divina Providencial! Escena encantadora que nos permite ver á la voluntad de Dios pendiente en cierto modo de la voluntad de Maria; al Angel y á la Virgen discutiendo y realizando el misterio de la Encarnacion; al Padre esperando el consentimiento de su Hija; al Hijo aguardando el permiso de su Madre; al Espíritu Santo como no atreviéndose á obrar sin el beneplácito de su Esposa! Espectáculo que pone en relieve delante de nuestros ojos las nuevas capacidades y las nuevas plenitudes de gracia con que es enriquecida la angusta Hija de Joaquin y Ana desde el principio de su divina maternidad. *Dominus tecum.*

Con razon el Evangelista, en poquitas palabras, nos describe la situacion de Maria Santísima en aquel momento en que vá á ser ensalzada tanto cuanto vá á ser humillada la Divinidad que se hace carne de su carne y hueso de sus huesos: *Quae, cum audisset, turbata est.* Maria se turba al oír esta salutacion. ¿Y qué extraño entónces que se turbe la animacion de los cielos, que enmudezcan los ángeles, que se rindan los hombres, que la tierra bendiga, que el infierno presente la más espantosa confusion? *Turbata est.* Se turbó Maria, pero nó por falta de fe, ni por debilidad en su esperanza, ni por languidez en su inextinguible caridad. Se turba porque es humilde, se turba porque es castísima, se turba porque consentiría renunciar á ser Madre de Dios primero que perder la preciosísima joya de su virginidad.

¡Oh Virgen Santísima llena de gracia y bendita entre todas las mujeres! Tenéis en vuestras manos la redencion: de una palabra de vuestros lábios está pendiente la felicidad de todo el linaje humano. Sois buscada, sois elegida, sois predestinada para Tabernáculo santificado del Altísimo: Dios os ama tanto, que quiere le mandéis para obedeceros; quiere que le pidais para otorgaros;

quiere que hagais pública manifestacion de las disposiciones que os adornan para el misterio que se os encomienda; tenéis, Señora, la gracia de una predestinacion especial; tenéis la gracia de una concepcion sin igual; tenéis la gracia de ser segregada de la masa corrompida de la primera Eva. ¿Queréis más? ¿Apetecéis más? Pues hablad, Esther hermosísima, porque el divino Assuero os escucha. *¿Quomodò fiet istud quoniam virum non cognosco?* ¿Cómo ha de hacerse esto en mí que no conozco varon? Pequeño, imperceptible obstáculo pone Maria para el que puede todo cuanto quiere. Callen las maravillas de la creacion; enmudezcan los portentos de la conservacion y de la propagacion de los seres; inclíname nosotros nuestra frente y oigamos cómo la Sabiduria increada resuelve esta dificultad: *Spiritus Sanctus*, dice el Arcángel San Gabriel; *Spiritus Sanctus superveniet in te, et virtus Altissimi obumbrabit tibi.* «El Espíritu Santo vendrá sobre Ti y te sombrará la virtud del Altísimo.» Y ¿qué es el Espíritu Santo sinó todo Dios que viene sobre Maria? ¿Qué es la virtud del Altísimo sinó la aglomeracion, la reunion, la recopilacion de todas las virtudes, y con ellas de todas las gracias que necesita para que Dios se haga hombre, para que el Hombre-Dios encarne en Maria, y para que tengan exactísimo cumplimiento las palabras de la salutacion angélica: *Dominus tecum*, el Señor es contigo?»

Maria entónces abre su corazon á la gracia, como se abre el pequeño boton de las flores al rocío que le fecundiza; como se abre la concha donde está encarcelada la perla para saludar á la aurora y recrearse con el ambiente de la mañana. *Ecce ancilla Domini, fiat mihi secundum Verbum tuum.* «Hé aquí la esclava del Señor. Hágase ex mi segun tu palabra.» Regocijense los ángeles, consuélnense los hombres, sepúltense los demonios en su melancólica desesperacion. *Fiat.* Hágase. Todo está hecho, y segun la palabra de Dios y con el consentimiento de Maria Santísima. *Fiat.* Hágase: y forme el Espíritu Santo de la sangre purísima de Maria el cuerpo de un niño perfectísimo, y crie un alma nobilísima é infúndala en el cuerpo que acaba de formar. *Fiat.* Hágase: y el Hijo de Dios, uniéndose en este mismo instante á este cuerpo y alma racional, quede, sin dejar de ser Dios, hecho hombre verdadero. *Fiat.* Hágase: y el Verbo se hizo carne, y habitó con nosotros, y el Señor está con Maria, y así lo confesamos y así lo creemos, y así lo glorificamos; porque así es, porque es verdad de fe escrita con caracteres indelebles en el símbolo apostólico: *Qui conceptus est de Spiritu Sancto, natus ex Maria Virgine.* Y en el Niceno constantinopolitano. *Et incarnatus est de Spiritu Sancto,*

natus ex Maria Virgine. Fiat. Hágase: y el Omnipotente hace cuanto es necesario para que Maria sea Madre sin dejar de ser Virgen: Madre de Dios con todos los requisitos soberanos é indispensables para llevar debidamente este cargo, y para que se nos manifieste en una plenitud de gracia mayor que la que tuvo desde la eternidad hasta su maternidad divina y hasta su maternidad humana; y presagio feliz de la «plenitud abundantísima que la ha de enriquecer desde ahora hasta más allá de la consumacion de los siglos.»

Maria Santísima, cristianos, es un océano inagotable de maravillas. Es un prodigio celestial, como dice San Ignacio de Antioquia. Es un gran milagro, como expresa San Juan Crisóstomo. Es el milagro de los milagros, según San Bernardino. Es abismo de los milagros, como repite el Damasceno. Es toda milagros, toda prodigios, como concluye San Agustín. Y siendo esto así, ¿qué extraño es que el orador cristiano tiemble empezar y no sepa concluir un discurso en que se trata de publicar las glorias de una Mujer llena de gracia, concebida en gracia, Madre de la divina gracia en su doble maternidad de Madre de Dios y Madre de los hombres? Pero es indispensable: ó queda sin concluir mi pobre y desaliñado discurso, ó tengo que molestar un poco más vuestra atención, reclamando vuestra indulgencia.

«Maria Santísima está plenísimamente enriquecida de la gracia desde que, por Madre de Dios, es constituida Madre de los hombres, y hasta la consumacion y mucho más allá de la consumacion de los siglos.» Seré breve. Para hacer más fácil la exposicion de una verdad incomprensible al entendimiento del hombre, parece que la increada Sabiduría se ha dignado poner la comprobacion de «la gracia en su mayor plenitud» en los labios de la criatura misma que está condecorada con ella. Maria Santísima, la doncella purísima de Nazareth, era cierto día saludada por una prima suya, como la saludó el Angel, y como es saludada hoy y como la saludarán en lo sucesivo todas las generaciones; y Maria Santísima, rompiendo en un santo arrebató, prevé, predice y proclama toda su grandeza, toda su plenitud de gracia en un cántico el más sublime que jamás se ha cantado á la Divinidad, tan explícito y tan profético y tan poderoso, que puede convertir á un ateo. *Magnificat anima mea Dominum.* «Engrandece mi alma al Señor.» Maria, al decirnos que su alma engrandece al Señor, ha manifestado toda la gracia y toda la capacidad que hay en su purísima alma,

y toda la grandeza que hermosea su corazón. Cuando Maria dice: «Porque el Señor miró á la humildad de su esclava,» *quia respexit humilitatem ancillae suae*, demuestra la magnífica, la suprema, la incomparable exaltacion á que es encumbrada: cuando continúa manifestando que «porque ha hecho cosas grandes en Ella el que es poderoso,» *quia fecit mihi magna qui potens est*, despliega con una expresion admirable, adecuada y propia de la que tiene en sus labios el Espíritu Santo, la historia de todos los prodigios que se obran en Ella, de todos los acontecimientos que se consuman en Maria para gloria de los cielos, para consuelo del mundo y para salvacion feliz del género humano.

Y cuando para concluir expone la Virgen Santísima de la Gracia con una sentencia inimitable los efectos que han producido en su alma estos portentos y los que producirán hasta más allá del fin de los siglos; cuando exclama: «Hé aquí que por esto me dirán, me reconocerán y me publicarán bienaventurada todas las generaciones,» *Ecce enim ex hoc beatam me dicent omnes generationes*, ni nada la queda ya por decir, ni á nosotros nada por desear. *Beatam me dicent.* Bienaventurada me llamarán las estrellas y los luceros del firmamento, y las arenas y las aguas del mar; bienaventurada me llamarán los montes y los bosques, los valles y las praderas; bienaventurada me llamarán los árboles y las flores y los frutos; bienaventurada me llamarán los tescros escondidos en las entrañas de la tierra, las aves que pueblan el aire, y el sol y la luna, y el día y la noche: y *beatam me dicent*, y bienaventurada me llamarán *omnes generationes*, todas las generaciones. Las generaciones de los Angeles y de los Arcángeles, de los Querubines y de los Serafines, de las Potestades y de las Virtudes, de los Tronos y de las Dominaciones. *Beatam me dicent.* Y bienaventurada me llamarán *omnes generationes*, todas las generaciones de Patriarcas y de Profetas, de Apóstoles y de vírgenes, de mártires y de confesores. Las generaciones que me desearon, las generaciones que me conocieron, las generaciones que me veneraron, y las que me aplaudirán y cantarán y saludarán después en las pacíficas moradas de la sempiterna Jerusalem. *Beatam me dicent.* Bienaventurada me llamarán.... Pero basta....

La escena cambia. Treinta y tres años después Maria, coocada sobre la montaña santa de la amargura, no habla porque su corazón está solamente para sentir. Jesucristo agonizante se ha encargado de poner el sello de su inefable autoridad á lo anunciado por Maria en el *Magnificat*. Al realizarse en esta mujer divinizada el gran misterio de la maternidad divina, recibe una nueva y ma-

yor capacidad, porque há menester una mayor plenitud de gracias para ser Madre de Dios. Por Madre de Dios, será hecha, queda hecha madre de los hombres, y madre que nó solamente nos ame y nós defienda, y nos conduzca y nos consuele, sinó madre que nos edifique con sus ejemplos, nos santifique con sus virtudes, nos salve con su proteccion efficacísima, y para este segundo empleo, no ménos honorífico que el primero, recibe tambien una indecible, una innegable plenitud de gracia, abundantísima cual se necesitaba para repartirla entre las criaturas todas; inalterable como la necesitaba para ser siempre nuestra madre, y capaz de absorber, de encerrar y de contener dentro de su corazon á los Hijos de Adán, redimidos por Jesucristo.

La diferencia, cristianos, está solo en el modo de anunciárenos la nueva plenitud de gracia que enaltece á esta Señora. En la Encarnacion, el Angel se la anuncia de parte de Dios, llamándola «llena de gracia» *Gratia plena*: y á esta salutacion resuenan en el firmamento y conmueven las moradas del príncipe de las eternidades los cánticos y los vitores, las aclamaciones y los himnos, el regocijo y la alegría que inundan á aquellos espíritus bienaventurados. En el Calvario se la ofrece Jesucristo mismo, cuando, indicándola en la persona de San Juan, á todos los hombres la dice: *Ecce filius tuus*. «Ahí tienes á tu Hijo.» Con esta maternidad se la asegura, se la infunde á Maria Santísima otra nueva, otra mayor plenitud de gracia, la que necesitaba para que se cumpliera en lo sucesivo y en todos los tiempos el elegante vaticinio, del *Magnificat*, «por esto me llamarán bienaventurada todas las generaciones;» pero esta nueva riqueza se la anuncia el Verbo encarnado, entre sudor y sangre, entre ingratitudes y agonías, entre desolacion y muerte; y cuando los ángeles lloran, y los astros se oscurecen, y los elementos se agitan, y los hombres tiemblan, y los abismos rugen, y los sepulcros arrojan de sus entrañas los muertos. En Nazareth entre ovaciones; en el Calvario entre humillaciones. ¡Qué contraste tan consolador! *Ecce filius tuus*. «Ahí está tu Hijo,» ese es tu hijo, esos son tus hijos; eres Madre de Dios y eres al mismo tiempo madre de todos los hombres, porque «fuiste «llena de gracia en tu predestinacion, en tu concepcion y hasta el momento en que me concebiste en tus entrañas:» porque fuiste «llena de gracia, mucho más llena de gracia desde el instante de tu divina maternidad hasta ahora que, transida de dolores, concibes por la gracia y adoptas como hijos tuyos á los que yo elijo para mis hermanos: y porque fuiste y serás «abundantísimamente llena de gracia desde ahora hasta la terminacion y mucho más

allá de la terminacion de los siglos.» *Ave, gratia plena; Dominus tecum; benedicta tu in mulieribus*. Dios te salve, llena de gracia, el Señor es contigo y bendita entre todas las mujeres.

Hé concluido.

Católicos: de los grandes misterios, de los misterios impenetrables que anonadan la razon del hombre, se desprenden grandes enseñanzas para nuestro provecho espiritual. Al frente del gran misterio de la Encarnacion; base de nuestras dichas, está Maria Santísima; he dicho poco: Maria está en el misterio de la Encarnacion, y el misterio de la Encarnacion está en Maria; pero Maria muy grande, pero tan grande, que, contemplada su grandeza, nos extremece al solo pronunciar su nombre: ¡Maria! Y ¿quién es Maria? nos decimos: Maria es la llena de gracia, pero llena de una gracia que no es estéril en la Reina de la gracia. Maria recibe, porque merece; Maria continúa recibiendo, porque persevera en merecer. Maria recibió mucho y recibirá más, porque correspondió á la gracia primitiva y á todas las gracias con que el Altísimo la quiso enriquecer. A su concepcion immune corresponde con su virginidad; á su encumbramiento, con su profundísima humildad, y á la recepcion de todos los favores que la distinguen, con la profesion y la práctica de todas las virtudes. De aquí deduzco yo que, si todos recibimos obligaciones en los respectivos estados y clases y condiciones en que Dios nos ha colocado para el fin que se propuso, tambien recibimos las gracias que necesitamos para cumplir debidamente con ellas, y que si más no recibimos, culpa no es del dispensador de las misericordias, sinó de nuestra alma, de nuestro corazon, que se desvian de la gracia, se desentienden de la humildad, y miran con indiferencia el ejercicio de todas las virtudes cristianas. Miremos á Maria Santísima, y lo que nos falta, pidámoslo al Señor, por Maria Santísima, por Maria que nos acompañará en la vida, no nos desampará á la hora de la muerte, y despues nos proporcionará alabarla y bendecirla en compañía del Padre, del Hijo y del Espíritu Santo por eternidad de eternidades en la gloria. Asi sea.



DISCURSO XXVIII.

Espectacion.

Expectans, expectavi Dominum.

Esperando, esperé al Señor.

(David, salmo xxxix. v. 1.)

ATÓNITOS los cielos y la tierra ante el enlutado panorama que ofrecía la naturaleza degradada y cautiva por el pecado de nuestros primeros padres, esperaban con impaciencia un acontecimiento que, estupendo y admirable en sus efectos, como lo fuera en los fenómenos que le precedieron, verificaria una restauracion universal, á cuyo influjo se abriria sobre las ruinas del vergonzoso imperio de la mentira el invencible reinado de la verdad. A unas generaciones de criminales sucedieron otras generaciones de criaturas más inocentes; en pos de unos pueblos que se habian hundido en el caos de donde salieron, recorriendo con la velocidad del relámpago el florido sendero de los vicios, marchaban otras naciones que, buscando la inmortalidad en su verdadero principio, y esclareciendo su entendimiento con las luces de la fe, atravesaban con seguridad y con perseverancia por el espinoso camino de la virtud. Pero llegaban todas, y todas desaparecian. La razon humana, hidrópica de aquella omnipotencia que la serpiente maldita ofreciera con envenenada astucia á los primeros habitantes del Paraiso, elevaba sus miras y asestaba sus tiros, más orgullosa cuanto más cobarde, contra el sólio de la Divina Providencia. La seduccion por malicia de la primera mujer; el crimen por debilidad del primer hombre, y la ingratitud de los dos seres más afortunados que entónces conocieron los siglos, penetraban mas allá de las bóvedas celestiales, y reclamaban castigo de parte de los ofensores y venganza de parte del ofendido: el ofendido era Dios.

Su justicia habia proscrito á Adan y á Eva del delicioso Eden donde sus ojos miraron la primera luz, condenándolos á proporcionarse con el sudor de su frente el alimento del infortunio; y el castigo, señores, reducíase á peregrinar esclavos siempre de las enfermedades, y á sucumbir bajo el hacha de la muerte.

Pero al lado de la justicia de un Dios, resplandecia como atributo excelentísimo la misericordia de un padre. Su irresistible poder hubiera reducido en un momento á su primitiva nada la máquina de la creacion; pero la ternura de su corazon, que miraba en el hombre lo mejor que habia producido su suprema inteligencia, y que amaba al hombre con el amor que sólo puede amarle un Dios, no podia permanecer indiferente á los destinos de un alma formada á imágen y semejanza suya, y vivificada con el soplo fecundante de la Divinidad. El alma estaba perdida, y era indispensable salvarla; centelleaba muy de cerca el rayo que habia de aniquilarla, y Dios no queria consentir que feneciese y se pricipitase en un momento lo que habia de ser instrumento sonoro de su gloria por toda una eternidad. ¿Y esperaria su salvacion la criatura en la critura misma? ¿Aguardaríala acaso de los ángeles que, ocultando el seráfico rostro bajo sus alas, procuraban con sus adoraciones desagrarar á Dios de los desacatos recibidos de los hombres? ¿Pensaria tal vez encontrarla en la sucesion de los tiempos, en la variacion de lugares, en el descubrimiento de nuevos mundos, en la promulgacion de otras leyes ó en el ascendiente que sobre las naciones constituidas desde el uno al otro polo, iban tomando la cultura y la civilizacion? ¡Quiméricas ilusiones, cristianos! El espíritu de Dios, llevado en otro tiempo sobre las aguas, volaba ahora de colonia en colonia, de familia en familia, de corazon en corazon, y sostenia las esperanzas de los Patriarcas, robustecia los cánticos de los sacerdotes, hacia resonar con unisona concordancia las liras de los Profetas, y cuarenta años de simbolos, de figuras y de vaticinios, antes de sumergirse en el abismo del no ser, presentian cercano el término de sus afanes con el reinado y advenimiento de un suspirado Salvador. *Per adventum ipsius, et regnum ejus.*

Espectacion universal embargara los ánimos de la familia de Noé, esperando impaciente el regreso de la paloma dentro del arca misteriosa. Regresó, trayendo un ramo de oliva; éra el emblema de la paz. Espectacion universal infundia en el pecho de las legiones hebreas aquella columna de nube que las guiara en la noche de sus combates; en el Patriarca Elías aquella nubecita que se meció sobre la blanquecina plataforma del Carmelo; en las

sedientes turbas que rodeaban á Moisés, aquella vara y aquella peña, á cuyo contacto y de cuyas entrañas brotaron las aguas de la ley antigua, símbolo verdadero de las aguas de la ley de gracia. Una espectacion universal hace insoportable á Daniel la tardanza de su Señor: obliga á exclamar á David en un momento de poética inspiracion: «Muéstrame, mi Dios, tu misericordia, y envíanos cuanto ántes al que es nuestra salvacion.» Espectacion, finalmente, universal embargando el corazon y los sentidos, el espíritu y las potencias de Isaias, y elevándole sobre la masa comun de las criaturas para colocarlo en el punto más alto de lo sublime, le hace prorumpir con el lenguaje de la fe y entre los éxtasis del amor: *Ecce. Hé ahí; una Virgen concibirá y parirá un Hijo, y su nombre será llamado Emmanuel: descienda, pues, de lo alto ese rocío suavísimo de los cielos; rásguense las trasparentes nubes y lluevan al Justo; dividanse los escondidos senos de la tierra y brote de ellos, como bendita planta, su padre y su Salvador.* *Aperiatur terra, et germinet Salvatorem.* Espectacion universal... Pero basta, católicos.

Ese advenimiento suspirado que roba la atencion del universo entero; esos ardientes deseos de la naturaleza toda que los mortales veian expresados lo mismo en la silenciosa piedra de una montaña que en la murmurante hoja de los árboles; esas esperanzas bien fundadas de la multitud, sueño de oro del pensamiento, y necesidad entonces y siempre del corazon humano, iban á cumplirse satisfactoriamente, tocando el término de su preñez la más prudente entre las vírgenes de Sion: iban á realizarse acercándose el ansiado y prodigioso alambamiento de la más hermosa entre las hijas de Jerusalem. Nunca desearon, con motivo más laudable, los afligidos, consuelo; socorro los necesitados; medicina los enfermos: deseábalo Maria. Nunca esperaron con más segura confianza los discípulos á su Maestro; los siervos á su señor; los esclavos á su libertador; á su pastor las ovejas; los hermanos á su hermano; los hijos á su padre; las criaturas á su Criador: esperábalo Maria. *Expectans, expectavi Dominum.* Habitadora corporalmente de la tierra, y moradora en espíritu de la gloria, su asiento era ahora, como lo habia sido al principio y ántes de todos los siglos, al lado de la Beatísima Trinidad; y al conocimiento profundísimo de este misterio, uníase, como recompensa de su sumision divina, el del misterio de la Encarnacion del Hombre-Dios en sus inmaculadas y virginales entrañas; preelegida por el Altísimo, cooperando el Espíritu Santo, y saludada por el Arcángel, aceptó de su propia voluntad el cargo de co-Redentora de los hombres; y este des-

prendimiento de sí misma derramó en su corazon todas las amarguras, los dolores y las incertidumbres de los hijos de la culpa; hizo partícipe á su alma de las alegrías, del entusiasmo y de los triunfos de los seguidores de la virtud; la alcanzó infinita ternura para amar, infinito discernimiento para comprender, infinita vehemencia para desear. Nadie, señores, deseaba y esperaba como Maria Santísima el advenimiento del Mesías prometido; Maria Santísima esperaba y deseaba á Jesucristo como la madre á su hijo, como la Reina á su soberano. *Expectans, expectavi Dominum.*

Este es el pensamiento de mi discurso; para explanarle necesito los auxilios de la divina gracia; y Maria Santísima, para concedérmelos, desea y espera que la saludemos, diciéndola reverentes con el arcángel San Gabriel:

Ave Maria.

Expresar los labios de un creyente el nombre de Maria y engolfarse el alma de un cristiano en el océano de lo grande y de lo maravilloso, es una misma cosa. Yo quisiera, señores, en alternativa de tanta importancia para mí como la en que vuestra piedad me ha colocado en este día, traer á mi imaginacion, para el completo desarrollo de mi panegírico, los mismos pensamientos de la Virgen; á mis labios las dulcísimas frases de Maria; á mi pobre corazon los magnánimos sentimientos de aquella criatura que hace escasos nueve meses se vió preconizada con el dictado de *bendita entre todas las mujeres*. Ni mi entendimiento ni mi ciencia son bastante para que pueda expresar los deseos y las esperanzas de la Virgen Santísima, deseando y esperando el natalicio de Jesucristo, segun que yo concibo espera una buena madre el momento de dar á luz á su hijo.

Antes de todo, preciso es reconocer que decir *madre* es decir una cosa extraordinaria y sobreexcelente; es ofrecer á la humana consideracion un sér abstraído completamente de todo lo que no sea desear, esperar y amar; es ver en la mujer el más grande de los destinos para que el Altísimo la formó, y en quién, á medida que los días y las penalidades avanzan, avanza también y crece lo resignado para el sufrimiento y lo generoso para el sacrificio. Una mujer, al mismo tiempo que concibe en sus entrañas una nueva criatura para el mundo, como que se despoja del corazon primero para proveerse de un segundo corazon, cuyos afectos incomprensibles é inexplicables á todo ser que no sea una madre, la arrancan de la multitud de su sexo para colocarla entre los cielos

y la tierra, entre los hombres y su Criador, cuyos sentimientos sola ella puede expresar, porque ella sola los puede comprender, y cuyas ilusiones, distintas de todas las ilusiones de la mente, quedan suficientemente recompensadas con la realidad de ser madre. Suspensa y zozobrosa, no parece que vive hasta que el fruto de su vientre dá las primeras señales de su vital animacion; y entonces, aparejada con el escudo de una fortaleza heróica, recibe, aun cuando no lo apetezca, el alimento cotidiano, se proporciona el descanso corporal, precave las inquietudes, se aleja de los peligros, y atiende más que nunca á la conservacion de una existencia que cree sagrada, inviolable y necesaria, y nó por ella, sinó por aquel otro sér que, al espirar el término señalado, ha de respirar con su aliento y ha de recibir el sustento con el jugo de su corazon.

Hay más, señores: una madre, al mismo tiempo que siente de un modo diferente á todas, desea del mismo modo de una manera más vehemente que todas las demás. Un hijo, encerrado en los estrechos límites del claustro materno, es para la mujer un misterio; y por lo mismo que el momento de darle á luz la representa el momento más probable de perder la vida, la madre desea entonces más que nunca vivir, y teme más que nunca la muerte; no porque interrumpa la carrera de sus dias, sinó porque sepulte acaso en la mansion sombría del sepulcro un alma que no sintió siquiera el primer estremecimiento de la cuna. Desea primeramente á su hijo, porque le cree como venido de la mano de Dios para fines que ella no se atreve á investigar: sobre ansiarle con el cariño de una madre, le desea asimismo con el cariño de una madre cristiana, y la fe la inspira, la esperanza la consuela y la caridad la inflama, y desea un hijo enriquecido de tantas virtudes que algun día la calme sus incertidumbres, la resuelva sus dudas, la enjугue sus lágrimas, la socorra en sus infortunios y la devuelva, prodigiosamente multiplicados, los frutos de una religiosa educacion. Espléndida para los demás, aunque codiciosa para consigo misma, le desea útil para sus prójimos: reconcéntrase en su interior, y departiendo en dulces conferencias con lo que es motivo de sus dolores y objeto de sus amores, le consagra la misma vida que ella tiene, y con ella le inocular la intrépida resolucion de sacrificarla algun día, segun el espíritu del Evangelio, por la vida de sus semejantes. No hay amor como el de una madre; no hay tampoco deseos y esperanzas como los de esa misma madre al acercarse el temido y ansiado momento de dar á luz. ¿Y Maria Santísima?

Ocho dias faltaban no más para que el Sol de justicia destacase sus primeros resplandores sobre el escuálido semblante de los desterrados en este valle de lágrimas, y aún resonaban en los oídos de la que era Madre sin dejar de ser virgen, aquellas entusiásticas palabras del paraninfo celestial: *Ecce concipies et paries filium*. «Concebirás y parirás un hijo;» pero un hijo cual nunca imaginaron las generaciones pasadas, cual nunca esperaron las generaciones venideras. Como tal, deseaba y esperaba Maria Santísima el nacimiento de Jesucristo como verdadero Dios. Era en su concepcion un misterio reservado solo al Principe de la creacion y revelado sólo á la Virgen, que aplastó con su delicado pié la garganta del dragon infernal; concebido, nó por obra de varon, y milagrosamente encarnado en su seno; á los portentos de su concepcion y encarnacion sucederia indispensablemente otro prodigio: el prodigio de su nacimiento. Maria Santísima, que concibió sin detrimento de su virginal pureza, pariria sin dolor á Jesucristo; y lo que naciendo de una mujer comun trae escrito en la frente el irrevocable decreto de su muerte, seria naciendo de la hija predilecta del firmamento la multiplicidad, la conservacion y la vida de todo el género humano. Maria Santísima deseaba y esperaba el nacimiento de su Hijo, porque era la misma Sabiduria: debía la Señora cooperar y cooperó con una eficacia incomparable á la restauracion positiva de las naciones; con el nacimiento del Hombre-Dios nacia tambien el Evangelio, que era la vida y la luz de los hombres: la verdadera ciencia, la ciencia del bien y de la santidad enseñaríala Jesucristo, y Maria Santísima deseaba y esperaba á Jesucristo, porque Ella y nadie más habia de ser doctora, maestra y propagadora de las verdades eternas, cuando el Hijo de sus entrañas concluyera de explicarlas prácticamente desde la cátedra de la Cruz. Deseaba y esperaba con una vehemencia inconcebible el nacimiento del Salvador, porque era causa y efecto del amor: causa del amor con que en el tiempo futuro amarian á su Dios, y se amarian mutuamente, los verdaderos discípulos de la fe; y efecto del amor, porque solo el amor divino arrancaba de su refulgente trono al mismo Dios, le anonadaba hasta la humanidad y le revestia de nuestra miseria, haciéndole morir con la muerte que nosotros mereciamos, y dejar sellados con su sangre y sus heridas los títulos de nuestra ventura y de nuestra inmortalidad. Amor y solo amor significaba el nacimiento de Jesucristo con las maravillosas circunstancias que le rodearon; amor y nada más que amor significaban los deseos y las esperanzas de Maria Santísima, expresion genuina del carácter que la distinguia como «Madre la

más perfecta, Madre por excelencia, la gran Madre, la Madre en un sentido absoluto.» Esperaba y deseaba el nacimiento del Mesías, porque era todo misericordia: la misericordia, dando un impulso inaudito á la vida de Jesucristo, le lanzaría desde Belén hasta el Calvario; otorgaría sobre la sangrienta cima un testamento augusto en favor de los hijos de un padre prevaricador, y María, encargada de ponerle en ejecución, aparecería delante de las criaturas, y hasta la consumación de los siglos, con la nobilísima dignidad de Madre del Criador, Madre del Salvador y Madre de Misericordia: *Mater Creatoris, Mater Salvatoris, Mater Misericordiae*.

Disminuían, con la rapidez que siempre disminuye el tiempo, los instantes del embarazo, y aumentaban con la misma proporción los deseos y las esperanzas de María Santísima, deseando y esperando el nacimiento de Jesucristo como verdadero hombre. *Expectans expectavi Dominum*. Impresionable más que ninguna, porque era su corazón el más sensible entre todos los corazones, admiraba anticipadamente en su recién nacido una hermosura capaz de detener al sol en lo más encumbrado de su carrera; una candidez solo comparable en lo humano con la inocencia de una paloma; un acento que, entristeciéndose, sería más patético que el arrullo de una tórtola; regocijándose, más armonioso y acompañado que el canto de un ruiseñor; y sorprendido por el sueño y respirando con pacífica quietud, aparecía Jesucristo en el regazo de su Madre como el ángel suspirado de la paz. En sus delirios de Madre, mirábale creciendo en edad, y admirábale desarrollándose en virtudes: en la majestuosa sonrisa de su semblante reconocía prodigiosamente delineada la magnanimidad y soberanía de su alma, y si alguna vez palidece la mejilla de la Virgen, es porque asaltan á su imaginación los lúgubres presentimientos de las penalidades que han de acibarar el espíritu de aquel Niño hasta dejar concluida su misión sobre la tierra. A lo dulce del desear, mezclábase lo amargo del sufrimiento; á lo risueño de la esperanza iba encadenado lo melancólico y terrible del sacrificio. Esperaba y deseaba María Santísima el nacimiento de Jesucristo como la madre á su hijo, porque venía en Él aquella flor que brotó bajo la pluma del Profeta Isaías, flor misteriosa que engalanaba la raíz de Jessé, y sobre quien descansaría el espíritu del Señor, el espíritu de ciencia y de entendimiento, de consejo y de fortaleza, de sabiduría y de piedad. Contemplaba en Jesús nacido aquel hombre que no juzgaría por lo que vieran sus ojos, ni por lo que oyeran sus oídos, sino el amigo de los pobres y el amante de los hu-

mildes; el hombre extraordinario á cuya aparición sobre la tierra se alegrarían los desiertos, se inundarían de júbilo las soledades, y que florecería como la planta del aromático lirio; en la faz de aquel hombre, verdadero Hijo de Dios, sin dejar por eso de ser verdadero hijo de María, admirarían todos sus hermanos la gloria del Líbano y la belleza del Saron: su mirada confortaría al pusilánime: al contacto de sus manos ó al de la cimbra de su vestidura, los ciegos verían la realización de innumerables maravillas, los sordos oirían lo elevado de su doctrina y la explicación de sus parábolas, y, valiéndome de la elegante expresión de las Escrituras, los tullidos saltarían con la ligereza del ciervo, y los mudos desatarían su lengua, exhalándose en torrentes de gratitud, y publicando por donde quiera sus alabanzas. *Expectans, expectavi Dominum*. Esperando, esperé al Señor.

Esta duplicación de la palabra *esperar*, que en la boca del Profeta-Rey aparece en la forma literal como un verdadero hebraísmo, en los labios de María Santísima confirma y ratifica y comprueba más y más la verdad de mi pensamiento; hace que nuestra consideración se detenga con un interés más íntimo en presencia de la Virgen, y que oigamos divinamente interpretada la esencia y explicado el sentido de estas palabras: «Esperando, esperé al Señor.» Esperó al Señor como la madre á su hijo, como la Reina á su soberano: como madre: no ya atendiendo tanto al nacimiento de un hijo Dios y hombre, cuanto al de un Sér Supremo y excelente que, humillándose hasta María, ensalzaba á María hasta sí mismo, para recompensarla según sus merecimientos lo reclamaban, lo primero; y lo segundo, para dejarnos á nosotros, cuando el patíbulo escuchara el último suspiro del Nazareno, lo que debía sernos más necesario, que era una Madre. María Santísima miraba al mundo corrompido por los crímenes, gangrenada la sociedad por el libertinaje, las pasiones en triunfo, las virtudes en cadenas, la naturaleza proscrita, huérfanos los hombres y desventurada la creación, y deseaba y esperaba el nacimiento de su hijo, porque al quedar constituida Madre del más fuerte, del más perfecto y del más sublime, quedaría también del más débil, del más imperfecto, del más miserable.

La situación de la Virgen esperando el nacimiento del Mesías, era una situación absolutamente de amor, exclusivamente de cariño, esencialmente de caridad. Con solo tenerle encerrado nueve meses en su castísimo seno, se habían cumplido en la Señora los inexcrutables designios de la omnipotencia del Padre, de la sabiduría del Hijo, de la dilección del Espíritu Santo; se había llenado

el gran proyecto de hacerla, al mismo tiempo que la más afortunada, la más acreedora al distintivo de merecer, para ser la más digna de la confianza en el dispensar; conformábase, sin embargo, con la grandeza de sus sentimientos, como madre esperarle, *porque era el Esperado de las naciones*, y desearle, *porque era el Deseado de los collados eternos*. Naciendo, los vaticinios se cumplian, las profecías se realizaban; y los símbolos y las figuras de lo antiguo retrocedían ante la realidad y la certidumbre de lo nuevo. Naciendo, moriria; muriendo, quedaria satisfecha la justicia por quien se sacrificaba; y, satisfecha esta justicia, en las manos, en el alma y en el corazón de Maria encontraríamos los redimidos con la sangre del Cordero la plenitud de la gracia y la abundancia del perdón. Quería Maria Santísima ser toda para nosotros, como anhela y procura una buena madre ser toda para sus hijos; suspiraba por comunicarnos con su sangre la sangre que debía circular por nuestras venas, y con su vida en el tiempo, la vida que nosotros habíamos de poseer en la eternidad; por eso deseaba y esperaba el nacimiento del Unigénito del Padre, porque, en el orden de la naturaleza, de ella tomaba carne y sangre; carne que se revestia de las flaquezas de nuestra carne; sangre que tomaba en sí el desaliento de nuestra sangre; carne que debía permanecer entre nosotros para sustento de los débiles hasta la consumación de los siglos, y sangre que, además de redimirnos, sería el exquisito refrigerio en la sed de los trabajos y en el cansancio de la tribulación.

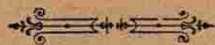
Lo entrañable en los deseos y lo vehemente en las esperanzas de la Virgen en los ocho días que precedieron á su felicísimo parto, explicarialas sólo el mismo que se las infundió. Dije ántes que le deseaba y le esperaba como la Reina á su soberano, y ciertamente, católicos; como Reina de los cielos y de la tierra, de los ángeles y de los hombres. *«Tota invisibiliter Trinitas conceptionem operabitur in te: dice el amante capellan de la Virgen, el glorioso San Ildefonso. Toda la Santísima Trinidad asiste invisiblemente á la concepcion en las entrañas de Maria de la persona del Hijo de Dios; por esta misma razon, lo Santo que Maria concibe, lo que de Maria nace, lo que de Maria germina, y lo que dá á luz Maria, será grande, y se llamará el Primogénito del Altísimo; ejercerá señorío sobre todas las virtudes, dominio sobre todas las cosas, imperio sobre todos los siglos, y soberania sobre toda la gloria; asentará en el trono de David, su padre, y reinará por eternidades de eternidades en los tabernáculos de Jacob. Visitata ab angelo. Visitada y saludada, bendecida y preconizada*

por el Arcángel, continúa el mismo Santo, se abandona con la humildad de una esclava á la voluntad de su Eterno Padre, y esta abnegacion profunda la arrebató, en los trasportes de los deseos y en los deliquios de las esperanzas, á un conocimiento muy superior de sí misma; y se considera quebrantando la altiva frente de la soberbia, y sin hacer traicion á su inimitable gratitud, como llamada por Dios en el tiempo, elegida por Dios desde la eternidad, la más próxima á Dios en el mundo y la inseparablemente unida con Dios en aquellas excelsas moradas donde se disfruta de todos los bienes, pero sin mezcla de mal alguno.»

La majestad de Dios glorifica, entónces más que nunca, aquella alma que, reinando ántes que existieran los orbes, y brotaran las fuentes, y perfumaran las flores, y susurraran los vientos, y se alzarán las gargantas de los montes hasta tocar el diáfano tejido de las nubes, le deseaba ya y le esperaba con el deseo más sincero, con la esperanza más halagüeña: deseo y esperanza que se dilata con los años, se acrecienta con la vida, y de quien, en los días cercanos á la natividad del Señor, participa la naturaleza toda; por eso festivamente unidos con Maria Santísima, en Ella y por Ella esperan y desean al Criador el borrascoso mar como el apacible río, al árbol corpulento como la naciente grama, el ángel como el hombre, el sabio como el ignorante, el justo como el pecador. Únase á la ternura de una madre la grandeza, la magnanimidad y la nobleza de una Reina; sublímesese el alma á medida que sobre ella acumule el Omnipotente favores y prerogativas; enlácese un amor el más intenso á Dios con un amor el más afectuoso y desinteresado hácia los hombres; el celo más abrasador por la gloria del Hacedor Supremo, y el desvelo más incansable por la salvacion de las almas; busquémoslo en Maria Santísima, y Maria Santísima aparece en los últimos momentos de su Expectacion, la más casta entre las doncellas, entre las siervas la Señora, entre sus hermanas la Reina, la adoracion de las celestiales virtudes, la inspiracion de los vates, la delicia de los pueblos y la bienaventurada entre todas las generaciones: aparece como modelo de las madres, como el espejo de las Reinas, como el faro del que navega, como el áncora del que naufraga, como puerto del que se pierde, y, finalmente, como madre digna de nuestro entusiasta cariño y como Reina acreedora á nuestra rendida veneracion. El misterio de la Encarnacion se habia consumado; se acercaba para consuelo del mundo al nacimiento del Hijo de Dios; el Espíritu Santo descendió sobre Maria, hízola sombra la virtud del Altísimo, y Maria Santísima deseaba y esperaba recibir en sus manos al que en-

cerraba y adoraba en su corazón con mayores deseos y con mayores esperanzas que desea una madre á su hijo y espera una Reina á su soberano. *Expectans, expectavi Dominum.*

El estado interesante de la Virgen, su grandeza y sus privilegios, sus merecimientos y sus virtudes, sus deseos y sus esperanzas, todo cuanto acabo de describiros, aunque con esa imperfección que sella todas las obras del hombre, es perdido y estéril si nosotros lo miramos con la indiferencia de un corazón terreno, si despojando nuestras almas de lo más seguro, que es la fe, de lo más rico, que es la esperanza, de lo más excelente, que es la caridad, no damos cabida en ella á los verdaderos deseos y á las verdaderas esperanzas de la venida de Jesucristo. Desear el nacimiento de Jesús, es desear una y mil veces el beneficio de la redención; esperar el nacimiento de Jesús, es esperar continuamente la salvación: desearle, es heredarle y poseerle; esperarle, es ser poseídos y hacernos nosotros herencia de Jesucristo. Arda, pues, en nuestros corazones el espíritu de la iglesia, nuestra Madre; renazcan en nosotros los deseos, y reanímense las esperanzas de todo bien cristiano. Separémonos del vicio y sigamos la virtud; detestemos el pecado y trabajemos sin cesar para conseguir la gracia; y de la misma manera que Jesucristo descendió al seno de su Madre por obra del Espíritu Santo, descenderá en estos días á nosotros por la protección generosa de María. Deseemos con Ella y esperemos por Ella: deseemos con humildad y esperemos con confianza, y Jesucristo nacerá para nosotros, habitará con nosotros durante el amargo tránsito por el erizado camino de la vida, y á la hora de la muerte Jesús y María, la Madre y el Hijo, la Reina y el Soberano satisfarán nuestros deseos y colmarán nuestras esperanzas, franqueándonos las puertas de la Jerusalén triunfante, donde dichosamente unidos con el Padre y el Espíritu Santo, entonaremos sin descansar las divinas alabanzas, por los siglos de los siglos. Así sea.



DISCURSO XXIX.

Sermon de Maria Santísima de la Esperanza.

Expectans, expectavi Dominum.

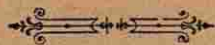
(David, xxxix, 1.)

HAY acontecimientos en la historia de la humanidad que han pasado, pero que no han desaparecido. Acontecimientos maravillosos, benéficos, santos, que abarcan en su extensión la duración de todos los siglos, y en su grandeza la capacidad de todos los pueblos; acontecimientos que no sólo están escritos en los fastos universales del mundo, sino que están esculpidos con caracteres indelebles, delineados, reproducidos por el dedo de Dios en el corazón de todas las naciones, de todas las generaciones y de todos los individuos.

Lo son, sobre todo acontecimiento y sobre todo prodigio, los misterios inefables obrados por la Divinidad en favor del linaje humano: lo es, entre todos estos misterios, ese misterio que es como el desarrollo y el complemento de la verdad de la Encarnación; la inauguración de una cadena de magníficos prodigios de misericordia que se dirigen como á su término en la crucifixión del Hombre-Dios. Misterio que, sirviendo de descanso en la jornada que el cristiano contemplativo recorre desde Nazareth hasta el Gólgota, es como la voz de *alto* que la omnipotencia del Padre, la sabiduría del Hijo y el amor del Espíritu Santo dan á toda criatura de corazón sensible y de libre inteligencia, diciéndola: *Detente y contempla*. Misterio que la Iglesia, y nosotros con ella, acabamos de celebrar; el misterio del Nacimiento de Nuestro Señor Jesucristo, hecho hombre en las entrañas de una Virgen, y nacido

cerraba y adoraba en su corazón con mayores deseos y con mayores esperanzas que desea una madre á su hijo y espera una Reina á su soberano. *Expectans, expectavi Dominum.*

El estado interesante de la Virgen, su grandeza y sus privilegios, sus merecimientos y sus virtudes, sus deseos y sus esperanzas, todo cuanto acabo de describiros, aunque con esa imperfección que sella todas las obras del hombre, es perdido y estéril si nosotros lo miramos con la indiferencia de un corazón terreno, si despojando nuestras almas de lo más seguro, que es la fe, de lo más rico, que es la esperanza, de lo más excelente, que es la caridad, no damos cabida en ella á los verdaderos deseos y á las verdaderas esperanzas de la venida de Jesucristo. Desear el nacimiento de Jesús, es desear una y mil veces el beneficio de la redención; esperar el nacimiento de Jesús, es esperar continuamente la salvación: desearle, es heredarle y poseerle; esperarle, es ser poseídos y hacernos nosotros herencia de Jesucristo. Arda, pues, en nuestros corazones el espíritu de la iglesia, nuestra Madre; renazcan en nosotros los deseos, y reanímense las esperanzas de todo bien cristiano. Separémonos del vicio y sigamos la virtud; detestemos el pecado y trabajemos sin cesar para conseguir la gracia; y de la misma manera que Jesucristo descendió al seno de su Madre por obra del Espíritu Santo, descenderá en estos días á nosotros por la protección generosa de María. Deseemos con Ella y esperemos por Ella: deseemos con humildad y esperemos con confianza, y Jesucristo nacerá para nosotros, habitará con nosotros durante el amargo tránsito por el erizado camino de la vida, y á la hora de la muerte Jesús y María, la Madre y el Hijo, la Reina y el Soberano satisfarán nuestros deseos y colmarán nuestras esperanzas, franqueándonos las puertas de la Jerusalén triunfante, donde dichosamente unidos con el Padre y el Espíritu Santo, entonaremos sin descansar las divinas alabanzas, por los siglos de los siglos. Así sea.



DISCURSO XXIX.

Sermon de Maria Santísima de la Esperanza.

Expectans, expectavi Dominum.

(David, xxxix, 1.)

HAY acontecimientos en la historia de la humanidad que han pasado, pero que no han desaparecido. Acontecimientos maravillosos, benéficos, santos, que abarcan en su extensión la duración de todos los siglos, y en su grandeza la capacidad de todos los pueblos; acontecimientos que no sólo están escritos en los fastos universales del mundo, sino que están esculpidos con caracteres indelebles, delineados, reproducidos por el dedo de Dios en el corazón de todas las naciones, de todas las generaciones y de todos los individuos.

Lo son, sobre todo acontecimiento y sobre todo prodigio, los misterios inefables obrados por la Divinidad en favor del linaje humano: lo es, entre todos estos misterios, ese misterio que es como el desarrollo y el complemento de la verdad de la Encarnación; la inauguración de una cadena de magníficos prodigios de misericordia que se dirigen como á su término en la crucifixión del Hombre-Dios. Misterio que, sirviendo de descanso en la jornada que el cristiano contemplativo recorre desde Nazareth hasta el Gólgota, es como la voz de *alto* que la omnipotencia del Padre, la sabiduría del Hijo y el amor del Espíritu Santo dan á toda criatura de corazón sensible y de libre inteligencia, diciéndola: *Detente y contempla*. Misterio que la Iglesia, y nosotros con ella, acabamos de celebrar; el misterio del Nacimiento de Nuestro Señor Jesucristo, hecho hombre en las entrañas de una Virgen, y nacido

para la salvacion de todos los hombres. Pero este misterio nos representa un Hijo; este Hijo trae á nuestra consideracion una mujer Madre; esta mujer Madre se nos ofrece en cinta, en el estado de ansiedad y de deseo, de gozo y de amargura, de *expectacion*, en fin, y de *esperanza*, que crece en una madre á medida que se acercan los momentos de dar á luz á su hijo. Y este Hijo es Jesus, y esta Madre es Maria.

Una congregacion cuya vida data desde el año de 1635 (1), que ha sufrido todas las consecuencias de convulsiones políticas que en nuestra pátria, porque así lo ha permitido la Providencia, han afligido á las corporaciones religiosas; una congregacion que se eclipsó, al parecer, en 1828, para presentarse con vida más refulgente y lozana en 1850, gracias á Dios y á los esfuerzos de dos devotísimos y amantes corazones que veían en Maria Santísima la realizacion de todas sus esperanzas: esta congregacion, digo, se reúne hoy en este santo templo para protestar contra la impiedad de los enemigos de Maria y de su culto; para proclamar muy alto que Maria fué, es y será siempre *la esperanza* universal de todos los cristianos; y para contemplar á la Señora naufragando, séame permitido decirlo de esta manera, en el mar de esperanzas en que se inunda en la *expectacion* de su sacratísimo parto y del nacimiento del divino Salvador. Y esta congregacion, que desea y necesita para desenvolver sus sentimientos un intérprete autorizado y digno y capaz, por una equivocacion, muy honrosa ciertamente para mí, me elige siendo el último, el ménos idóneo y el más indigno de publicar las glorias de Maria Santísima. Sea, pues, Dios lo dispone. Pero ¿y cómo lo hago? ¿Y de qué manera formulo y desenvuelvo mi proposicion? Escuchadme: *Expectacion y esperanza*. Doble esperanza; esperanza de Maria con respecto á Jesucristo; esperanza de los cristianos con respecto á Maria Santísima. ¿Cuál será mi asunto?

Maria Santísima esperando al divino Salvador de las almas; Maria Santísima esperanza segura, eficaz, indefectible de todas las criatura.

Ave Maria.

Es imposible hablar de Jesucristo y no hablar de Maria Santísima: no le es permitido al entendimiento contemplar al Reden-

(1) La congregacion de Nuestra Señora de la Esperanza, ó de la Expectacion, á quien prediqué este sermón.

tor sin fijarse en la Co-redentora: no es dable hablar del Hijo sin que la Madre haya de ocupar un lugar muy preferente en nuestro razonamiento. Y de tal manera es así, que si un Patriarca de lo antiguo se exhala en ardientes deseos del Mesías, los demás Patriarcas, en coro, manifiestan los suyos en favor de la Virgen, de quien ha de nacer; si un Profeta vaticina al *Deseado de los collados eternos*, otros Profetas anuncian, describen á la planta incorruptible, fecunda, de cuyo tallo ha de nacer la Flor de Jessé: al lado de un símbolo, de una figura que represente al Hijo de Dios, cien símbolos, cien figuras vienen preanunciando y haciéndonos ver anticipadamente á la esperanza de todos los siglos, al sueño dorado de todas las almas piadosas, á la inmaculada doncella de Nazareth, que es elegida para Madre de Dios. Siempre Maria al lado de Jesus; siempre Jesus intimamente unido con Maria.

Pero donde más admirablemente, donde más intimamente unida encontramos á Maria Santísima con Jesucristo, es en la época de su preñez; y con veneranda especialidad en lo que con toda propiedad llamamos *Expectacion del parto*; en los días cercanos al nacimiento del divino Salomon, en los instantes de acrisolado deseo, de incalculable ansia, de esperanza veheméntísima de la Madre de Dios.

Y efectivamente; yo quiero prescindir, porque no puedo menos, de las disposiciones de alma y cuerpo con que Maria espera y desea á Jesucristo; prescindo de la ampliacion de los fines, porque Maria Santísima, más que todas las criaturas, desea el natalicio de su Hijo, ya por lo que mira á Dios, ya por lo que mira á los hombres; y quiero que la consideremos en su deseo, en su esperanza, en su *expectacion* del Salvador, en lo que dice relacion con Jesucristo y consigo misma. Penetremos en el corazon y en el espíritu de una mujer que vá á ser madre.

Una mujer madre en estado de *expectacion* es un misterio en el orden de la naturaleza: es toda por su hijo, toda de su hijo, es una madre toda hijo. De aquí el que su alma sea un tesoro de arcanos que ni ella misma acierta á explicarse; que su corazon se liquide en ternura, y que su imaginacion despliegue sus alas por el dilatado campo de las más halagüeñas ilusiones.

Oigámosla: deseo y espero á este hijo que llevo en mis entrañas, porque en él pienso que he de encontrar para mi delicia el tipo de toda hermosura. Maria Santísima tiene en su vientre y espera con agitacion ver nacido y en sus brazos al que, segun el Espíritu Santo, es *Speciosas forma præ filiis hominum*. Una ma-

dre comun, una madre que no es Maria, desea ver en su hijo, y lo vé anticipadamente, la virtud, el valor, el poder, la sabiduria, la riqueza y la gloria; y le halla adornado de la munificencia, de la magnanimidad, de la misericordia, del desprendimiento; á una mujer madre en espectacion de su hijo, la es permitido ver en su hijo todo lo hermoso, todo lo grande y todo lo perfecto. Maria Santísima, que es la personificacion de la mujer en cuanto ésta tiene de más necesario, de más bello, de más delicado y de más sublime, es tambien el modelo perfectísimo de la mujer *en espectacion*. Así es que mis oidos la escuchan decir: ansío ver á este Hijo, porque Él es la sabiduria increada, la sabiduria divina, esa sabiduria que ya al aparecer derramará por todos los ámbitos torrentes de indefectible luz que ilumine á todo hombre que venga á este mundo. Yo deseo el nacimiento de mi Dios, de mi preservador, de mi Hijo, para que el universo vea en Él ese Omnipotente á cuyo *fiat* desaparece el caos, se separa la luz de las tinieblas, brotan las flores, se sazonan los frutos, y es tierra lo que ántes era nada. Yo me abraso en el deseo del nacimiento de este Hijo mio, porque su valor vence la muerte y encadena á Lucifer; porque su riqueza es la gracia y la misericordia, y porque, envuelto en abatimiento y en miseria, viene á hacer manifestacion de su gloria en la santificacion de todos los hombres.

No se detienen aquí, católicos, los sentimientos de la Virgen, ni queda reducida á esto su esperanza del Mesías, esa esperanza que la hace sufrir más cuando más cercano está el instante de su alumbramiento; porque *spes quæ difertur affligit animam*. Hemos escuchado la expresion de los deseos de la Virgen en lo que mira á sí misma; oigámosla en lo que se refiere á Jesucristo, como verdadero Dios, hecho verdadero hombre. Y esto, quien nos lo vá á decir elegantemente es el glorioso Arzobispo de Valencia, Santo Tomás de Villanueva:

«Deseo con vehemencia y espero con ansia, dice el Santo, interpretando los afectos de la Virgen, deseo el nacimiento de este Niño, hijo ternísimo y delicado de mis entrañas, porque arrojará á tierra el cetro de los Reyes y la corona de los Emperadores. Le espero y le ansío, porque someterá á su dominio ciudades opulentísimas, pueblos indomables, todas las naciones de la tierra: le deseo y le espero, porque acreditará de muy necios á los hinchados filósofos y sábios del siglo, destruirá su ciencia, y dará al mundo una nueva sabiduria: le espero y lo ansío, porque Él acabará con los sacrificios, con el sacerdocio, con el culto de los ídolos, por tanto tiempo y por tantos siglos recibido y practicado: por-

que, envolviéndole como en una nueva piel, reformará y renovará completamente al mundo. Ni sólo por las maravillas exteriores, sino porque cambiará completamente los sentimientos, las afecciones, los pensamientos, los deseos y hasta los corazones de los hombres, para que amen lo que ántes aborrecian, para que aborrezcan lo que ántes amaban. Los recreará, los regenerará con una nueva forma, haciendo de hombres antiguos hombres nuevos; de terrenos, celestiales; de carnales, espirituales; de humanos, angélicos... ¡Cuántos millones de hombres, de mujeres, de jóvenes, de vírgenes, se dejarán martirizar y sacrificar voluntariamente en toda la redondez de la tierra por la fe y por el honor de este Niño! Le deseo y le ansío, finalmente, porque este Niño, que ha de reclinarsse en un pesebre, luchará sólo y á brazo partido con el mundo, le prosternará vencido á sus piés, y será adorado por todas las generaciones.» (Hasta aquí el Santo Arzobispo.)

De aquí, amados míos en el Señor, aquella preparacion más que angélica, casi divina, de Maria Santísima para el natalicio del infante Jesus; de aquí aquella pasmosa humildad, aquella purísima incontaminada limpieza de corazón para albergarle en su seno; de aquí aquel amor sobre toda ponderacion, aquel amor á Jesucristo Hijo de Dios, como lijo de su propia sangre, y con exclusion de todo amor á cualquiera otra criatura. No he dicho bien: amor á Jesucristo, deseo y esperanza de Jesucristo, porque en esta maternidad y por esta maternidad divina la está vinculado á Maria Santísima el esclarecido, el incomprendible, el adorable honor de ser *la esperanza* universal, eficaz, indefectible, de todos nosotros. Vamos á verlo.

Mucho podía prometerse la humanidad desvalida, miserable y desconsolada; infalibles esperanzas podía fundar en una criatura que en los designios eternos habia sido engendrada primero que ninguna otra criatura. De un alma pura, de un espíritu hermosísimo que acompañaba al Creador cuando formaba los cielos, cuando ponía límite á los mares, y cuando colocaba los cimientos de la tierra. Mucho, muchísimo, incalculable era cuanto nosotros podíamos prometernos y esperar de un sér que salió de la boca del Altísimo, que tiene su morada entre la plenitud de los Santos, y que fué preservada del contagio original. Pero aparecen débiles, cristianos, aparecen débiles y no absolutamente seguras estas esperanzas universales al lado y en comparacion de las que debía-

mos y podíamos y queríamos depositar en María Santísima, elevada á la altísima dignidad de Madre de Dios.

Madre de Dios quiere decir María unida con Jesucristo, inseparable y nunca separada de Jesucristo en tiempo y eternidad: quiere decir que hay union tan íntima, intimidad tan prodigiosa entre el Hijo y la Madre, que una misma sangre circula para los dos, un mismo latido hace mover entrambos corazones, una misma llama alimenta su amor, y con San Agustín: *Caro Christi, caro Mariae*; «la carne de Cristo es la carne de María.» *Madre de Dios* quiere decir, con el Ángel de las Escuelas, que María Santísima tiene parentesco de *consanguinidad* con Jesucristo en cuanto hombre; parentesco de *afinidad* con Él mismo en cuanto Dios, y por uno y otro *confinidad* con la misma Divinidad. Con San Buenaventura, *maternidad divina* quiere decir el último esfuerzo de la divina Omnipotencia, en el cual de cierto modo se agota el poder de Dios. Y yo, por las anteriores reflexiones, no puedo ménos de asegurar en mi corazón que María Madre de Dios, y en expectacion de Jesucristo, es la única, la natural, la posible, la jamás desmentida esperanza de todas las generaciones. ¿Y quién lo prueba? ¿Quién? Lo prueba el divino espíritu de Dios, que en boca de María Santísima, y muchos siglos ántes de su nacimiento pone estas hermosas palabras: *Ego mater pulchræ dilectionis, et timoris, et agnitionis, et sanctæ spei...* Madre de lo más hermoso, que es el amor, y al amor sigue la esperanza; Madre de lo más prudente, que es el temor, y al temor acompaña siempre la esperanza; Madre del conocimiento, y á este conocimiento de lo que Dios es, de lo que nosotros somos, está íntimamente ligada la dulce esperanza de lo que hemos de ser; Madre de la *esperanza santa*, de la esperanza verdadera, de la esperanza divina, de la esperanza en Dios, fuente inagotable de la esperanza, la esperanza misma personificada en la Señora.

Y lo prueba el Cristianismo, prefigurado en los antiguos tiempos, y que por los labios del Real Profeta canta y se expresa de esta manera: *Spes mea ab uberibus Matris meæ*: «mi esperanza en los pechos, en las entrañas de mi Madre.» Es decir, la esperanza de todos los hermanos, de todos los discípulos de Jesús, está en María Madre y en expectacion de su Santísimo Hijo. Está en su vientre divinizado por la concepcion y el contacto y la vida de Jesucristo; está en sus pechos, donde se forma y de donde se produce, no leche para nosotros, sinó gracia y amor, y misericordias y esperanza. Lo prueba en aquella jornada á la ciudad de Hebron, en aquella visita misteriosa que María Santísima hace á

su prima Santa Isabel, el lenguaje divino que el Espíritu Santo pone en los labios de la una y de la otra:

«Bendita entre todas las mujeres: *Benedicta tu inter mulieres*. Y bienaventurada la que ha creído, porque en Tí se realizarán, se consumarán, se completarán todas las cosas que el Señor te ha prometido: *Beata quæ credidisti, perficientur in te, quæ dicta sunt tibi à Domino.*» ¿Y qué cosas son estas que han de realizarse? Oigamos la respuesta que nos dá Augusto Nicolás, filósofo tan profundo como católico de nuestros días: «No es la concepcion de María sin pecado original, esto ya habia tenido lugar: no es la realizacion de la encarnacion del Verbo; porque ésta ya estaba realizada: no es tampoco su elevacion á Madre de Dios, porque esto ya se tenia presente: es por las consecuencias y efectos de la Encarnacion, por la salvacion del género humano; es por la esperanza que el género humano habia tenido siempre, tenia entonces y no dejaria de tener nunca en María Santísima, como la Madre de todas las esperanzas.»

Más aún. No lo niega, ántes bien, para nuestro consuelo, lo confirma la misma Señora cuando, regocijada en Dios, su Salvador, exclama: *Fecit mihi magna qui potens est...* *Ecce enim ex hoc, beatam me dicent*. Hizo en mí cosas grandes el Todopoderoso; me hizo Hija del Padre, Madre del Hijo, Esposa del Espíritu Santo, reclinatorio, templo y sagrario de la Santísima Trinidad, Emperatriz de los Angeles, Reina y Madre de los hombres, fuente de vida, ángel de paz y océano insondable de todas sus esperanzas. Me hizo Madre de este Hijo, de este Hombre-Dios que tengo en mis entrañas, á quien adoro y por quien suspiro con toda la ternura de una mujer y de una madre, y con toda la virtud de una Madre Santa.

La Iglesia, por último, hija y discípula de la Virgen-Esperanza; la Iglesia nos dice á todos nosotros: «Ahí tienes á María, ahí tienes á tu delicia, ahí tienes á la esperanza de todos los seres.» Y la Iglesia que enseña y nosotros que aprendemos, todos unidos, clamamos y repetimos con el grito entusiasta de nuestro corazón: Dios te salve, Reina y Madre, consue'o de los afligidos, vida, dulzura y *esperanza*, salve: Dios te salve, amparo de los huérfanos y socorro de los necesitados, vida, dulzura y *esperanza*, salve. Dios te salve, medicina del enfermo, auxilio de los cristianos, refugio de los pecadores, *esperanza* nuestra, Dios te salve. Y el Espíritu Santo y el Cristianismo, y la Virgen y Santa Isabel, y la Iglesia y el sentimiento unánime y universal de todos los pueblos y de todos los tiempos, nos dicen y nos prueban que María Santísima,

si es la única Madre que sabe esperar, que sabe desear á Jesucristo, es la única esperanza posible, y eficaz é indefectible de todas las criaturas.

Hé dicho.

Real y religiosísima corporacion que honras á Maria Santísima con la hermosa advocacion de la *Esperanza* en su estado de espectacion; no dejes nunca de tener presente que en este título veneras é invocas á Maria como Reina de las tres virtudes teologales, Fe, Esperanza y Caridad. De la Fe, en los deseos que manifiesta en su espectacion; de la Esperanza, por la ciencia que tiene de lo que ha de valer para nosotros; de la Caridad, por el amor que tiene á Jesucristo como Dios, como Hijo de sus entrañas, y por el amor que tiene á todos los hombres. Y la Caridad me recuerda en este momento que tú eres tambien congregacion de socorro, congregacion de Caridad. Mira á Maria que es tu Esperanza, y no dejes contaminar tus sentimientos con el falso espíritu del siglo. No sea tu caridad *filantropía*; amor al hombre, pero por la razon de semejanza, porque es hombre y nada más; filantropía, moneda falsa de la caridad. No llares tampoco á tu caridad *Beneficencia*, *benefacere*, hacer bien sin expresar á quién ni cómo; *beneficencia*, moneda falsa, incompleta, de la caridad. Sea tu caridad caridad evangélica, cristiana, divina, adornada con todos sus preciosísimos requisitos, para que por ella te unas á Dios, te unas á tus semejantes, realices tus esperanzas en Maria Santísima, granjeándote con la imitacion de sus virtudes toda la gracia necesaria para santificarte en esta vida, y despues glorificarte en su amabilísima compañía eternamente en la otra. Amen.

DISCURSO XXX.

Sermon de Purificacion.

Nolite putare quoniam veni solvere legem aut prophetas: non veni solvere, sed adimplere.

(San Mat., v, 17.)

No penseis que he venido á abrogar la ley ni los Profetas; no he venido á abrogarla, sino á cumplirla.
—*Ut supra.*

EL Omnipotente, en su benéfico designio de salvar al hombre en este mundo y glorificarle despues en el otro, no ha dejado incompleta la obra de su gran misericordia. Al ascender Jesucristo á la diestra de su Padre celestial para tomar posesion de la gloria que le conquistaran su abatimiento y sus humillaciones, parecia que la miserable humanidad, si redimida, volvía á quedar desamparada. El Salvador habia desaparecido de entre nosotros, y en adelante nuestra fragilidad, nuestros extravios, nuestra ingratitude y nuestros pecados habrian de encontrarse frente á frente con un Dios: y nuestro corazon y nuestra alma con solo Dios habian de entenderse para levantarse de sus caidas. ¡Grandeza insoportable para la pequeñez de una desvalida criatura! ¡Majestad inexcrutable, que anonadaria nuestro espíritu, detendria nuestros pasos, y temerosos de la enal, y renunciando á toda esperanza, tal vez por nuestra desdicha acabáramos por perecer en el abismo de nuestras abominaciones!

Pero afortunadamente no es así: y allí donde se presentan las necesidades del hombre, allí se encuentra tambien la divina bondad para remediarlas. La apremiante, la gran necesidad de los

si es la única Madre que sabe esperar, que sabe desear á Jesucristo, es la única esperanza posible, y eficaz é indefectible de todas las criaturas.

Hé dicho.

Real y religiosísima corporacion que honras á Maria Santísima con la hermosa advocacion de la *Esperanza* en su estado de espectacion; no dejes nunca de tener presente que en este título veneras é invocas á Maria como Reina de las tres virtudes teologales, Fe, Esperanza y Caridad. De la Fe, en los deseos que manifiesta en su espectacion; de la Esperanza, por la ciencia que tiene de lo que ha de valer para nosotros; de la Caridad, por el amor que tiene á Jesucristo como Dios, como Hijo de sus entrañas, y por el amor que tiene á todos los hombres. Y la Caridad me recuerda en este momento que tú eres tambien congregacion de socorro, congregacion de Caridad. Mira á Maria que es tu Esperanza, y no dejes contaminar tus sentimientos con el falso espíritu del siglo. No sea tu caridad *filantropía*; amor al hombre, pero por la razon de semejanza, porque es hombre y nada más; filantropía, moneda falsa de la caridad. No llares tampoco á tu caridad *Beneficencia*, *benefacere*, hacer bien sin expresar á quién ni cómo; *beneficencia*, moneda falsa, incompleta, de la caridad. Sea tu caridad caridad evangélica, cristiana, divina, adornada con todos sus preciosísimos requisitos, para que por ella te unas á Dios, te unas á tus semejantes, realices tus esperanzas en Maria Santísima, granjeándote con la imitacion de sus virtudes toda la gracia necesaria para santificarte en esta vida, y despues glorificarte en su amabilísima compañía eternamente en la otra. Amen.

DISCURSO XXX.

Sermon de Purificacion.

Nolite putare quoniam veni solvere legem aut prophetas: non veni solvere, sed adimplere.

(San Mat., v, 17.)

No penseis que he venido á abrogar la ley ni los Profetas; no he venido á abrogarla, sino á cumplirla.
— *Ut supra.*

EL Omnipotente, en su benéfico designio de salvar al hombre en este mundo y glorificarle despues en el otro, no ha dejado incompleta la obra de su gran misericordia. Al ascender Jesucristo á la diestra de su Padre celestial para tomar posesion de la gloria que le conquistaran su abatimiento y sus humillaciones, parecia que la miserable humanidad, si redimida, volvia á quedar desamparada. El Salvador habia desaparecido de entre nosotros, y en adelante nuestra fragilidad, nuestros extravios, nuestra ingratitude y nuestros pecados habrian de encontrarse frente á frente con un Dios: y nuestro corazon y nuestra alma con solo Dios habian de entenderse para levantarse de sus caidas. ¡Grandeza insoportable para la pequeñez de una desvalida criatura! ¡Majestad inexcrutable, que anonadaria nuestro espíritu, detendria nuestros pasos, y temerosos de la enal, y renunciando á toda esperanza, tal vez por nuestra desdicha acabáramos por perecer en el abismo de nuestras abominaciones!

Pero afortunadamente no es así: y allí donde se presentan las necesidades del hombre, allí se encuentra tambien la divina bondad para remediarlas. La apremiante, la gran necesidad de los

hijos de Adán cuando el Redentor se separara de nosotros, era la de una criatura toda humana, que por la confianza y el amor fuera la mediadora entre Jesucristo y los afligidos moradores: la de una criatura levantada por Dios aun sobre la esfera de las concepciones angélicas, rica de toda perfección, de todo privilegio, y dotada de un poder inmensurable para nosotros, cuyos efectos sentimos cuando quiera y donde quiera que le invocamos. Necesitábamos, como súbditos, una Reina; como hijos una madre; como pecadores, un refugio; necesitábamos un corazón en quien cupiesen todos los humanos corazones; una mujer que siendo verdaderamente tal, y nacida como nosotros, y viviente como nosotros, y pasible y mortal como nosotros, fuera, por otra parte, tan maravillosa y tan extraordinaria, que nada tuviera de común con las misericordias de la tierra.

Y he aquí que la misericordia de Dios decreta, y la necesidad queda remediada: he aquí que aparece entre nosotros una mujer formada en la mente del Eterno y concebida en el seno de una estéril, sin pecado original, primera que se consagra á Dios con perpétua virginidad; y que, en recompensa, es destinada para madre del suspirado de los tiempos: una mujer que concibe, que da á luz, que es madre, en una palabra, pero que conserva íntegra, incorruptible su hermosa virginidad. No me preguntéis su nombre: para que la conozcáis me basta indicaros que Ella realiza sus magníficos destinos, cooperando á la reparación del linaje humano; que Ella interviene y se presenta en todos los misteriosos acontecimientos que consuma Jesucristo; que marcha siempre al lado de Jesucristo, y que cuando éste personalmente se separa de nosotros, esta criatura es como la continuación de su misericordia. No nos admire ya si la Niña de Nazareth se presenta á los tres años en el templo; ni extrañemos verla saludada por un Arcángel como madre, pero llena de gracia; ni verla envolviendo en pobres pañales al Autor humillado de la naturaleza, ni ocultando sus altísimas excelencias, y confundida con las demás de su clase, nos maraville verla marchar á purificarse en el templo á los cuarenta días de su alumbramiento.

Dije involuntariamente *purificarse*, y con esta sola palabra he dicho cuanto tenía que decir: He expresado quien es la que va á purificarse, cuál misterio se verifica, qué solemnidad es la que en este día celebra la Iglesia, y, por último, también cual es el asunto de mi oración en la presente mañana. Pero decir solo *Purificación*, por lo mismo que es un misterio extraordinariamente fecundo en enseñanza, sería una palabra demasiado vaga; y para

concretar la idea principal y regularizar mi pensamiento, habré de presentaros á la Reina de los cielos y de la tierra *en el misterio de su purificación*, como modelo y enseñanza del exactísimo cumplimiento de la ley santa del Señor.

Ave Maria.

La Madre del Salvador es modelo y enseñanza del exactísimo cumplimiento de la ley santa del Señor; y para que resalte más esta verdad innegable, hagamos brevemente una excursión por el campo de las grandezas de ese Sér, objeto de nuestras oraciones y blanco de nuestras esperanzas. Y tengamos por seguro que en Maria Santísima nos encontramos con una nueva y maravillosa creación que, sola, vale más, infinitamente más que la creación antigua. Pensemos, y no temamos pensarlo así, ver á la Beatísima Trinidad comprometida é interesada en producir otra imagen suya, representante del eterno triunfo de Dios sobre el triunfo de Satanás en el Paraíso. Producción maravillosa y santísima, que tiene con el Padre, con el Hijo y con el Espíritu Santo una identificación tal, que ya que de Ella no podemos decir que tiene persona divina, porque no la tiene, la Iglesia, inspirada por el Espíritu Santo, la llama Madre, Hija y Esposa, para expresar, aunque débilmente, la relación que la estrecha con la Divinidad. Oigamos al Espíritu paráclito que nos dice que sale de la boca del Altísimo una mujer *primogénita* ante toda criatura: *primogénita*, porque aventaja á todas las criaturas en dignidad, en excelencia y en perfección; en tales términos, que si Dios hubiera tenido, como nosotros, necesidad de tiempo para concebir la idea de una criatura tan noble y tan acabada, habría necesitado una eternidad. *Primogénita*, como si dijéramos que es con Jesucristo el centro de todas las criaturas, la declaración de los abismos de la incomprendibilidad divina, y como el grandioso objeto que el Eterno se propuso realizar ántes de los siglos. Tierra virgen para la formación del nuevo Adán; paraíso delicioso para morada de este mismo Adán; esposa necesaria para este mismo Adán. *Primogénita*, porque no podemos menos de considerarla separada de la masa común á que pertenece la humanidad degradada; porque en Ella principia un mundo nuevo; porque es el verdadero árbol de la vida, por el derecho de su predestinación eterna, y por haberla mirado Dios, con su Hijo, como la reparadora, la gloria y el honor de todas las criaturas.

Sigamos desarrollando nuestro pensamiento y satisfaciendo nuestras piadosas aspiraciones, y aseguremos como cierto que vemos, como lo vé un escritor muy amante de la Virgen, una mujer á quien el sol sirve de túnica y la luna de descanso para sus piés: tálamo nupcial donde el Verbo Eterno consume sus santos amores; nubecita que lleva en su seno al que vuela sobre las alas de los Querubines, y que es como el complemento de la bienaventuranza.

Confesemos de una vez que en esta criatura vemos el templo indisoluble de Dios, segun San Cirilo Alejandrino; el gran templo de la Majestad divina, segun el Crisólogo; el templo celestial, como la llama San Idefonso; y no tengamos inconveniente en afirmar, porque tambien lo asegura San Bernardo, que para la consagracion de este templo vivo el Padre ha suministrado la caridad, el Hijo la humildad, y el Espíritu Santo el amor. (1) Que el Padre la ha otorgado la luz de la razon, el Hijo la esencia de la sumision, y el Espíritu Santo el aceite de la dileccion: el Padre la ha conferido el poder y la fuerza para vencer al pecado, el Hijo la sabiduria y la humildad para vencer al mundo, y el Espíritu Santo la gracia de todas las virtudes y la caridad para amar á Dios. Hagamos cuenta que en ese sér tan hermoso y tan bienaventurado ha puesto el Padre el don de la contemplacion, el Hijo el de la mortificacion, y el Espíritu Santo el de la compuncion: á quien el Padre ha enseñado á meditar las cosas celestiales, el Hijo á practicarlas, y el Espíritu Santo á amarlas: un sér á quien el Hijo y el Espíritu Santo y el Padre han concedido la pureza, la paz y la gloria. (2)

Concluyamos viendo con los ojos de la fe y de la ternura en ese sér que es asunto de las humanas y querúbicas alabanzas, una criatura bendita desde el primero hasta el último instante de su sér, bendita en las facultades de su alma y en los sentidos de su cuerpo; bendita en las perfecciones de su espíritu y en las bellezas de su persona; bendita en cuanto siente y en cuanto dice y en cuanto hace; bendita en las distinciones con que la hermosea la naturaleza y en los carismas con que la corona la gracia; bendita en la tierra y bendita en los cielos; y bendita en el corazon de los hombres y entre los coros de los bienaventurados, y siempre bendita y cada vez más bendita en el acatamiento de Dios. Y cuando hayamos terminado esta excursion tan peregrina y tan consolado-

(1) Citados por D. Juan Gonzalez.

(2) Idem, idem.

ra para todo cristiano, deducirémos que la Reina de los cielos y de la tierra, la Madre de Dios y la Madre de los hombres, la Emperatriz de los Ángeles y la abogada de los pecadores, Maria Santísima, en una palabra, es la que en este dia sale de su modesto retiro, vá á ofrecer su Hijo en manos del sumo sacerdote; y adornada con todas las disposiciones, externas como internas, y sabiendo quién era, vuela á purificarse en el templo, no necesitándolo, y á manifestársenos en este misterio como ejemplar perfectísimo del cumplimiento de la ley santa del Señor. *Nolite putare quoniam veni solvere legem aut prophetas: non veni solvere, sed adimplere.* Estoy de lleno en el asunto.

He apuntado, casi sin pretenderlo, las interesantes reflexiones que constituyen las pruebas de la verdad que es objeto de vuestra atencion. Una sencilla pintura de la ceremonia legal prescrita á las mujeres hebreas, acompañada de la memoria de que es Maria Santísima la que vá á cumplir con ella, nos dejaria convencidos de que la Señora, á pesar de todo su encumbramiento, no vino á abrogar la ley ni los Profetas, sinó á cumplirlos con la mayor exactitud. La mano del mismo Dios habia escrito en las sagradas páginas que la mujer parida permaneciese impura durante cuarenta dias, pasados los cuales debia ir al templo á limpiarse de sus inmundicias; y que lo nacido, siendo varon, se le ofreciese al Señor, juntamente, siendo pobre, con un par de pichones ó con un par de tórtolas. Otra mujer tan ensalzada como la Virgen, pero que no hubiera sido la Virgen, se hubiera mirado á sí misma y hubiera evadido el cumplimiento de la divina ley. Maria Santísima no se mira á sí misma, que mira solo á Dios: para la Señora todo, absolutamente todo es despues que lo mandado y lo prescrito por el Altísimo; asi que, terminados los cuarenta dias de su maravilloso alumbramiento, pone en movimiento su voluntad, toma en los brazos á su divino Benjamin, dispone la ofrenda tal cual estaba preceptuada, y va, confundida en el número de las impuras, á limpiarse en el templo de Jerusalem: *Non veni solvere, sed adimplere.* La Hija de Patriarcas venerables, la nieta de Reyes esclarecidos, cumple con la mayor docilidad las disposiciones del Omnipotente; no omite para ello circunstancia ni diligencia ninguna, revistiendo asi de misterios adorables lo que era un acontecimiento comun para todas las demás mujeres. La prontitud, unida á la más exquisita escrupulosidad, embellecen más y más esta obra de Maria: la modestia que hermosea su semblante y el celestial can-

dor con que resplandece el rostro del Niño que lleva en sus brazos, bien están simbolizados en las tórtolas que ha de consagrar al mismo tiempo en las aras de la Divinidad.

Beati immaculati in via, qui ambulat in lege Domini, exclamaré yo con el Profeta cantor. ¡Bienaventurada Maria Santísima immaculada en los senderos de su vida, y que encamina sus pasos sobre la ley del Señor! Pobre es Maria, y como pobre vá á purificarse en el templo, ignorada del universo que entónces no la conoce; atraviesa por las calles y las plazas confundida entre las demás, hollando las vanidades del mundo, y de seguro se considerará dichosísima en dar cumplimiento á los incomprensibles designios de Dios en aquel estado.

Pero si es admirable su disposición exterior, hay otra cosa que hace todavía más sublime, más trascendental la enseñanza que nos dá Maria Santísima en el misterio de su Purificacion, y es la disposición interior con que se apresura á cumplir la divina ley. Para penetrar en esas disposiciones interiores, expliquémonos brevemente qué sea esa ley del Sér Supremo, esa ley del Señor que immaculada convierte las almas y suministra sabiduría á los pequeñuelos, esa ley eterna de la que la humana razon no puede evadirse sin suicidarse, y de la cual proceden todas las leyes que han dado al mundo el órden, la civilizacion, la riqueza y la tranquilidad. La ley, de parte de Dios, y segun el mismo Jesucristo lo dice, es un yugo suave y una carga ligera: es una obligacion sagrada que exige de nosotros muy corto sacrificio; es, para decirlo de una vez, un nuevo favor que nos dispensa la misericordia divina; pero tan completamente, que en su gracia nos suministra ya los medios para disfrutar este favor, y, una vez dueños de él, nos conduce á la santificacion, á la inmortalidad y á la gloria. De nuestra parte, la ley del Eterno y su observancia no es otra cosa que la satisfaccion de una deuda legítima, el vínculo que nos une á El inseparablemente, y el testimonio que le tributamos de nuestro amor y fidelidad por las disposiciones interiores, *humildad, devocion y agradecimiento.*

Hemos hablado de *humildad*, y despues de la del Hijo de Dios hecho hombre, la más profunda, la más admirable, la más ingeniosa, es la humildad de su Madre Maria Santísima. Dice muy bien un orador contemporáneo, que todas las grandezas y todos los privilegios de Maria Santísima se registran y se recorren en la escala de su humildad (1). Cuando Maria Santísima se consagra á Dios

(1) D. Juan Gonzalez.

en cuerpo y en alma, al sonreir la aurora de su niñez, la humildad reside escondida en su corazon: cuando los abismos se estremecen al exponer el Angel de la Anunciacion las augustas prerogativas de que es asiento la Madre de Dios, la humildad del alma rebosa á los labios de Maria, y los cielos y la tierra acogen con aplauso y veneracion aquella frase: «Hé aquí la esclava del Señor.» En el misterio de la Purificacion, la humildad de Maria Santísima es la humildad en accion, es la humildad que se somete á las condiciones más innobles, á los términos más violentos, y á los sacrificios que más torturarían un corazon donde reinara la soberbia. Y como la humildad en todos, pero más en la Virgen que en ninguna otra criatura, toma su valor y sus bellezas del conocimiento de Dios y del propio conocimiento, de ahí el que la acompañe con un recogimiento angélico, con una compostura edificante, con una inimitable devocion.

La devocion, hermanos míos, en sentir de todos los místicos, es el total ofrecimiento de uno mismo, y el total ofrecimiento es el completo sacrificio. Maria en su Purificacion reúne sacrificios á sacrificios; Ella sacrifica los sentimientos de su alma, los afectos de su corazon, el descanso de su cuerpo, los goces de sus sentidos; lo apresta todo para que así se cumpla la voluntad de Dios, y marcha sobre la tierra que la adora, al frente de los Angeles que la acompañan, y respirando una brisa que la bendice, y vá á tributar al Omnipotente, que la engrandeci6 antes y mejor que á ninguna criatura, el homenaje de su *agradecimiento*. Si Maria Santísima merece colocarse y es colocada al frente de los espíritus angélicos y de los séres bienaventurados, y delante y sobre todo lo hermoso, y lo perfecto, y lo encumbrado; si no hay excelencia ni perfeccion en que esta Señora no exceda á lo que la es inferior, que lo es todo, menos el mismo Dios; digamos de una vez que su gratitud en el misterio de este día crece de aliento en aliento, de instante en instante, que se desarrolla prodigiosamente con cada una de sus virtudes, y que solo puede apreciarla debidamente el mismo Dios. ¿Y por qué? *Nolite putare quoniam veni solvere legem*, porque la Reina de los cielos habia venido á realizar cuanto estaba mandado, y á hacérsenos en el día de su Purificacion modelo perfectísimo del cumplimiento de la ley santa del Señor.

Pero ¿y sabia la Virgen Santísima quién era? Y, sabiéndolo, ¿necesitaba, por ventura, someterse á las ceremonias legales, y figurar entre las impuras, y ofrecer su Hijo, y rescatarle por cierta cantidad, y todo lo que estaba mandado por el mismo Dios? La Virgen Santísima sabia quién era, ¿quién lo duda, cristianos! Ma-

ria sabia lo que era y para qué estaba destinada desde toda la eternidad. Sabia que era la preordinada y escogida para enjugar las lágrimas del linaje humano; sabia que era la ansiada de los Patriarcas, la preconizada por los Profetas, la esperada con increíble impaciencia por las generaciones de cuarenta siglos que descendieron al sepulcro con el desconsuelo de no ver siquiera despuntar la aurora de la Redención. María Santísima sabia que era, conforme la saluda el Cretense, el templo del Salvador, el tronco de la vida incorruptible, la carroza del sol ardiente, el arca de honor, la vasija de oro, la diadema imperial, el solio de Dios, la puerta del cielo, la Reina del mundo, el gabinete de la sabiduría, y, para concluir, sabia que era, en expresión bellísima de San Fulgencio, la ventana del cielo por donde Dios ha hecho que se comunique la luz á todas las naciones del universo (1).

No necesitaba la Señora purificarse; no lo necesitaba, porque en su concepción habia sido preservada de la culpa original, y en la encarnación llena de gracia, y sobre Ella habian descendido todas las bendiciones de Abraham, de Isaac y de Jacob. No lo necesitaba, porque era y es llamada Hija por el Padre, Madre por el Hijo, Esposa por el Espíritu Santo; porque es Madre sin dejar de ser Virgen, porque es Virgen y al mismo tiempo Madre, porque es la Reina de toda pureza, y su Reina la llaman los Angeles y los Apóstoles, y los confesores y las vírgenes, y los mártires y todos los Santos. No lo necesitaba, porque es lecho nupcial del Espíritu Santo, tabernáculo santo del Verbo humano, templo del Padre Omnipotente, y reclinatorio y descanso de toda la Beatísima Trinidad; y claro está que si María Santísima sabia quién era al cumplir con esta parte de la ley, y no necesitaba cumplirla, la ciencia de sí misma y la no necesidad, da mayor realce á su santidad, obligándonos á reconocer, á confesar y á dejar consignado una vez más, y para siempre, que María Santísima, lejos de evadir la ley, se somete á ella, y que con sus disposiciones exteriores é interiores, por lo mismo que sabia quién era, y por lo mismo tambien que no lo necesitaba, en el misterio que hoy solemnizamos se nos manifiesta como modelo y enseñanza del exactísimo cumplimiento de la ley santa del Señor.

Non veni solvere, sed adimplere. Hé terminado.

Creo que de lo expuesto en mi discurso habreis deducido las consecuencias que facilísimamente se desprenden de él, á saber:

(1) Citados por D. Juan Gonzalez.

la ley de Dios obliga á todas las criaturas, pero muy particularmente á los que peregrinamos por este mundo afiliados en las banderas del Cristianismo: Dios, que ha distinguido á María por el ejercicio de las más sublimes virtudes, la ha consignado tambien como modelo del cumplimiento de su soberana ley: la devoción que la profesamos ha de estar, no solamente en los labios y en las palabras, sino en el corazón y en las obras. Cumplamos la ley de Dios y sigamos las huellas de María Santísima, para que, imitándola, invocándola y teniéndola por protectora en esta vida, logremos tambien tenerla un día por compañera en las eternas delicias de la gloria. Así sea.

DISCURSO XXXI.

Asuncion.

Assumpta est Maria in coelum, gaudent angeli.

(Ex Ecclesia, in offic. B. M. V.)

Consolatrix afflictorum.

(Item in Lit. Lauret.)

Maria subió á los cielos, se regocijan los ángeles.

Consuelo de los afligidos.

CON qué objeto subo yo en la presente tarde á la cátedra del Espíritu Santo? ¿Qué significa la dilatada extension de este suntuoso templo, dentro de cuyas naves se alcanzan hasta los cielos las plegarias de los fieles mezcladas con el incienso de los altares, y en cuyo más elevado lugar aparece presidiendo la augusta presencia del Cordero inmaculado? ¿A dónde nos conducen nueve dias de cánticos no interrumpidos y de oraciones continuas, qué, cruzándose como las aves en la region de los vientos, porfian para llegar cuanto antes al trono de la Divina Providencia? ¿Qué busca esa multitud de gente, agrupada en derredor de las sagradas aras y pendiente de los labios del orador evangélico, esperando, como una caterva de polluelos en torno de su madre, á que se les reparta el pan de la divina palabra? Respondan por mí, católicos, los religiosos sentimientos de vuestro corazón. El objeto que aquí nos congrega es poco ménos que incomprensible al entendimiento humano; la sublimidad y la grandeza del asunto son tan superiores á mis fuerzas y exceden tanto á mi capacidad, que desistiría de dirigiros la palabra á no mediar el cumplimiento de los deberes del ministerio sacerdotal, y á no contar para ello con los auxilios de la divina misericordia. ¡Objeto grande! Maria: ¡asunto

sublime! su Asuncion á los cielos. Un espíritu feliz que, saliendo de la boca del Altísimo, existiera ántes que ninguna criatura; un espíritu puro que, al lado del Espíritu de Dios, presidía, embellecía y embellecía á la creacion, al mismo tiempo que infinito en gracia y en santidad formaba las delicias del Sér Supremo y llenaba el vacío de sus infinitas complacencias; un espíritu que habia dado vida, animacion y aliento á un cuerpo perfectísimo, tan hermoso como el pomposo cáliz de una rosa, tan seductor como el delicado aroma de una azucena, adornado de más virtudes que arenas encierra en sus entrañas el cristalino y sosegado mar; enriquecido de más atributos y privilegios que portentos alabamos en todos y en cada uno de los seres que forman el admirable conjunto de la naturaleza; este espíritu, digo, se prepara, rompiendo los vínculos de la mortalidad, á subir y descansar en el regazo del Amado que le predestinó; y sube y descansa.

Hace pocas horas, como á la mitad de la noche, en medio de una oscuridad que ennegrece la esfera, así como enlutan al corazón las ilusiones perdidas, el cenáculo de Sion ha oido resonar dentro de sus artonados un *adios* lúgubre y patético, la despedida, de una tierna Madre, que ha hecho saltar de los ojos, como improvisados surtidores, las lágrimas de sus hijos. Á los profundos suspiros de las piadosas mujeres y á los melancólicos ayes de la asamblea apostólica, únense las festivas músicas de las gerarquias angélicas: la tierra gime porque se ausenta su aurora: los cielos se alegran porque les vuelve su sol: lloran los hombres porque desaparece su Madre; celebran los ángeles y los bienaventurados la suspirada aparicion de su Reina y de su Señora. Un relámpago que esclarece la habitacion mortuoria, indica que la majestad de Dios ha glorificado el alma de la que durmió, tranquilamente reclinada la cabeza, sobre la diestra del Omnipotente. El aura, al mismo tiempo que riza con un soplo halagador las hojas de los tulipanes y mece insensiblemente el tallo de las siemprevivas, aspira perfumes tan dulcísimos, que el ambiente que se respira en el mundo es el ambiente del paraíso: un sentimiento de amor, un sentimiento de gratitud ha inspirado y puesto gorgeos tan sonoros en la garganta de los pajaritos, que se diría que, en competencia con las endechas de los Arcángeles, se preparaban á realizar un trastorno universal, confundiendo lo humano con lo divino; pero todos lloraban y todos se despedían.

Una comitiva fúnebre tributa los últimos homenajes á la mujer, en cuya sonrosada mejilla no ha podido estampar su huella la palidez de la muerte: la que por efecto de los incomprensibles jui-

cios del Señor no fué pecadora, tampoco es ahora cadáver. Cerráronse sus párpados á la luz del tiempo con la misma paz que se cierran los de un niño á quien sorprende el sueño entre los brazos de su Madre: su boca quedó entreabierta, y como en el semblante de la Virgen, al concluir las setenta primaveras de su vida, no causaron el más leve detrimento las arrugas de la vejez, sus lábios parecían al capullo de una rosa cuando se entreabre para dar entrada en su cáliz á los ósculos del céfiro matutino. El cuerpo de Maria, conducido á la última morada, arrastra tras de sí las bendiciones universales; y el huerto de Gethsemani, teatro de unos triunfos que no basta á celebrar la lengua del hombre, vé levantarse en su frondoso suelo un sepulcro más; pero un sepulcro donde no habita ni la fetidez de la corrupcion, ni el horror de los gusanos, ni la yerta ceniza, emblema el más expresivo de nuestra nada. El sepulcro de Maria era más bien una ofrenda hecha al amor, una recompensa á la virtud, un canastillo de flores. Apóstoles y discípulos del Salvador que velais hace tres dias junto al sarcófago de la Virgen predestinada; matronas cuyo dolor y sensibilidad se ha depurado sobre la fosa donde depositásteis á la mujer privilegiada que llevó en su casto seno al árbitro de la naturaleza, separad la lápida de esa tumba, y despedios por última vez, con lágrimas y con oraciones, de los frios despojos de vuestra Madre y de vuestra Reina...; pero vuestra Madre reina ya en cuerpo y en alma en los jardines de la Sion bendita; vuestra Reina desempeña, sostenida sobre las alas de los querubines, el cargo de Madre muy cerca de la Santísima Trinidad.

Recoged y depositad esas flores por cuyo tejido sutil ha inoculado el contacto del cuerpo de Maria una fragancia que adormece los sentidos, y que son el símbolo de la corona inmarcesible que rodea su frente en la mansion de los justos: depositad y recoged ese sudario santificado por la santidad de Maria, y que es la figura mas exacta del amparo que desde su refulgente trono ha de dispensar como Madre á todas las criaturas. *Assumpta est Maria in caelum, gaudent angeli.* Maria Santísima subió á los cielos cortejada por los espíritus celestiales que, pasmados de tanta gloria y de hermosura tanta, quedaron, alabando al Señor, estáticos y suspensos de regocijo. *Assumpta est Maria in caelum.* Maria Santísima subió á los cielos para ser la alegría de los confesores, la corona de los mártires, el embeleso de las vírgenes, la Hija de los candores, la Madre de los amores, la Esposa de los cariños y el espejo de justicia donde se reflejan, sin lunar que lo mancille ni ráfaga que lo empañe, las prerogativas, los atributos, los pri-

vilegios y las perfecciones del Padre, del Hijo y del Espíritu Santo. *Assumpta est Maria in caelum.* Maria Santísima subió á los cielos para ser antorcha de nuestra fe, áncora de nuestra esperanza, llama de nuestra caridad, refugio de los pecadores, auxilio de los cristianos y consuelo de los afligidos. *Consolatrix afflictorum.* Con este carácter la voy á presentar á vuestra consideracion en esta última tarde, y para mayor claridad os manifestaré, en la primera parte de mi discurso, *quién es Maria Santísima,* y en la segunda *cómo es el consuelo de los afligidos.*

Padre amoroso, que no desatendeis las súplicas de los que os llaman por el conducto de vuestra Hija predilecta; Hijo encarnado, que acudis propicio á los gemidos del que os invoca por la intercesion de la Madre que os llevó en sus entrañas; Espíritu consolador, que abrasais el corazon que os envia sus suspiros envueltos en el nombre de la Esposa de vuestras delicias; Beatísima Trinidad en personas y un solo Dios en esencia; adorable, augusto y santísimo Sacramento del altar que autorizais solemnemente estos espléndidos obsequios que se consagran á la Virgen Santísima, Madre y Señora del Consuelo, consolad en estos momentos mi corazon de las penas que le atribulan, derramad en mi alma el bálsamo de vuestra gracia, y poned en mis lábios una centella de vuestro amor, para engrandecer hasta donde alcancen mis fuerzas á aquella criatura por quien nos dais más que merecemos, y á la que nosotros, en justo tributo de gratitud, saludamos diciendo:

Ave Maria.

Describir y representar con exactitud al más pequeño de esos seres privilegiados y felices que habitan en la Sion inmortal sin tener un conocimiento, si no total, al ménos aproximado de sus merecimientos, es imposible. ¿Y será fácil cosa á nuestras almas ni estará á los limitados alcances de la terrena capacidad comprender y describir á Maria Santísima, ser el más privilegiado y feliz de cuantos existen en toda la creacion, en lo visible y lo invisible, ántes que todo en el orden de la naturaleza, y despues únicamente de Dios en el orden de la gracia, sin tener al ménos una idea, aunque sucinta, de quién es Maria Santísima? ¿Habrá génio tan precoz, lengua tan atrevida, pluma tan acertada ni pincel tan brillante que pueda retratarnos á Maria, no ya cual Ella es en sus sublimes y admirables relaciones con Dios, sino en su trato familiar y en su maternal comunicacion con los hombres? Mas, imposible, cristianos.

¿Quæ est ista? ¿Quién es ésta, diré yo ahora repitiendo la expresión de pasmo de los Querubines y Serafines, á quienes cupo la envidiable suerte de recibir á Maria en los alcázares celestiales, en el momento mismo de su triunfal asuncion á los cielos? *¿Quæ est ista?* ¿Quién es ésta que se levanta de los desiertos del mundo purificando los aires con la fragancia de sus virtudes? *¿Quæ progreditur quasi aurora consurgens?* ¿Qué eleva su frente candorosa, como la rubicunda aurora, que alegra como la plateada luna, que resplandece como el sol, y á cuyo nombre desaparece el pecado y tiemblan y se estremecen el demonio y sus secuaces? *¿Quæ est ista?* ¿Quién es ésta? Esta es Maria, la más prudente entre las vírgenes de Sion y la más delicada y hermosa entre las hijas de Jerusalem. Maria es una criatura *Tota pulchra*, en cuyo corazon no se encontró la más ligera mancha, ni se encontrará si la buscáramos desde la eternidad. Maria es una criatura, *Gratia plena*, llena de gracia; alma que se abrió al soplo del espíritu santificador, alentada por la fe, arrullada en la cuna por el soplo de la esperanza, y nutrida en todos los instantes de su vida por el fuego de la caridad.

Si miramos á su belleza, es indecible; si atendemos á sus encantos, son incomparables; si buscamos en lo más exquisito y seductor de la naturaleza un rasgo que represente á nuestra imaginacion el ideal bendito de Maria, Maria eclipsa á la naturaleza, como eclipsan los rayos del sol el lánguido resplandor de la estrella de menos magnitud. Maria Santisima es una criatura *Benedicta tu in mulieribus*. Bendita entre todas las mujeres y la más noble de todas las criaturas. Dotada de tan altísimos privilegios, que por ellos y por su abnegacion profunda y por su voluntad siempre obediente fué proclamada en su último dia como Emperatriz del cielo y del mundo, y los habitantes del cielo y del mundo se honran doblando ante Maria la rodilla. Pero prescindamos de sus privilegios; y si hablamos de sus destinos, solo uno, católicos, el haber sido destinada para Madre del mismo Dios, dá una idea tan elevada de la Virgen, sugiere un pensamiento tan eminente de la Hija de Nazareth, que en Ella contemplamos una cosa que ni el ojo vió, ni el oído oyó, ni el entendimiento del hombre puede comprender. Madre de Dios, revestida de tanto poder que en Ella se refleja la omnipotencia del Padre que la eligió por Hija; Madre de Dios, enriquecida de tanta sabiduria, que en Ella se refleja la sabiduria del Hijo que la escogió para su Madre; finalmente, de Dios; pero poseida de tanto amor, que en Ella se refleja perfectamente el amor del Espíritu Santo que la destinó para su Esposa.

Maria Santisima es la Mujer en cuyo corazon cabe más bondad, porque es la imágen más acabada de la bondad inñita de Dios. La de corazon más magnánimo para padecer; la de corazon más generoso para perdonar. Madre, por su heróica magnanimidad, de lo más grande, que es Jesucristo; Madre, por su inimitable generosidad, de lo más miserable, que son los pecadores. Tan amante de su Dios, que el amor de todos los justos y de todos los bienaventurados es un átomo comparado con el que le tiene Maria Santisima; tan amante de los hombres, que el cariño que la Virgen Santisima nos tiene solo puede compararse con el cariño que nos profesa el mismo Dios. Maria, si es el alma más rica por lo que recibió del Eterno, es tambien la más pródiga para dar de lo mismo que recibió; por eso nos ha dado, despues del fruto bendito de su vientre, el Redentor del género humano, lo más tierno, lo más dulce y lo más amable que podia darnos, que fueron su nombre y su corazon. La vida es un mar borrascoso de dolores y de infortunios, y apenas dejan de arrullarnos en ella las auras de la niñez, levántanse contra nosotros las oleadas soberbias de la tentacion, silban furiosos los vendabales de las pasiones, nos sitian las enfermedades, desfallecemos en el dolor, zozobramos en la adversidad, y al tocar nuestro último término nos sumergiríamos en el abismo de nuestra perdicion eterna sino hubiera para nosotros un nombre que, invocado, nos confortase, y un corazon que, compasivo, nos recibiese. La tierra es un erial sembrado de abrojos y de espinas, erizado de malezas y envuelto en la oscura niebla de la tribulacion y de los desengaños; y nos perderíamos en tan intrincado y tenebroso laberinto si no hubiera para nosotros el nombre de Maria que nos ilumina, y el corazon de Maria que sostiene nuestro corazon. La niñez con su imbecilidad y sus gemidos; la juventud con el desenfrenado torrente de sus apetitos, y la ancianidad con su impotencia y sus achaques, serian mucho más peligrosas y mucho menos soportables si cada edad no encontrase un remedio en el nombre halagüeño de Maria, y su albergue de paz y de consuelo en el corazon angusto de Maria.

Maria, segun lo indica su nombre, es el mar pacífico de las delicias y el piélago inagotable de las esperanzas de un cristiano. Maria, segun lo manifiesta su corazon, es, despues de Dios, todo cuanto nosotros podemos apetecer. Tenemos en Maria un canal sosegado y cristalino por donde atravesar desde la cuna al sepulcro, guiados por una estrella que es Ella misma; compañera inseparable que nos lleva como de la mano por la peregrinacion escabrosa y difícil de la virtud; acueducto misterioso de la gracia,

fuente peregrina de la misericordia, áncora de salud, puerto de refugio y garantía segura y única de nuestra eterna y suspirada salvacion. Esta es Maria, señores: contemplémosla, aunque con alguna brevedad, consuelo de los afligidos. *Consolatrix afflictorum.*

Entristecido el medroso caminante cuando los postreros rayos del sol encuentran su sepulcro en el ocaso, disminuye las penas que amargan su corazon al aparecer la luna en el firmamento. Los últimos reflejos del Sol divino desaparecieron á vista de la fatigada naturaleza en el ocaso de un deicidio injusto y horroroso: fijaron entonces sus miradas las generaciones melancólicas buscando en el firmamento de la vida una luna consoladora, y la encontraron en Maria, Maria apareció consolando á los mortales afligidos en la ensangrentada superficie del Calvario. La muerte de Jesus acababa de dejar huérfanos á los hombres y sin guia en el peligroso sendero que habian de atravesar en el momento mismo en que, rompiendo las cadenas que les oprimian, los redimiera de la esclavitud de la culpa y de la tirania del demonio; pero el Pastor Eterno, como reconcentrándose en el insondable golfo de su increada sabiduria, proveyó á la extrema necesidad de los hijos del dolor y del desamparo, haciendo aparecer en lo más desesperado de la tormenta una mujer, cuyo nombre, cual iris misterioso, unia los cielos con la tierra, y por cuya mediacion los hombres, reanimados por el hábito de una esperanza lisonjera, entraban en pacífica posesion de la misericordia de su Dios: era, cristianos, el dulcísimo nombre de Maria.

El nombre de Maria es por sí solo verdadero consuelo de afligidos, nos pone, cuantas veces le pronunciamos, en presencia de la Reina de los cielos, y la humildad con que la llamamos y la confianza con que la pedimos y el amor que en nuestra peticion humilde la manifestamos, nos grangea el derecho de ser de Ella favorecidos, y como que la imponen la obligacion de acudir á nuestro socorro tan pronto como la Señora se apercibe de nuestra necesidad. Extraviado el inocente corderillo de la pradera donde apacienta su madre, vá y viene, torna á ir y vuelve á tornar, y sufre porque no la halla, y se contrista porque la cree perdida; y bala una, dos y cien veces, y la cordera le contesta con otro balido igual; y le reconoce, porque el balido del cordero, que es la expresion del corazon del Hijo, es tambien el balido de la cordera, que es la expresion del corazon de la Madre. Piérdase el alma en hora buena en los desiertos del mundo; lllore som-

bria y solitaria los dolores de una ilusion perdida ó la amargura de un desengaño que llegó demasiado pronto; pero busque á Maria con fe, y la encontrará; llámela con esperanza, y nuestra Madre le contestará; sígala con lealtad y con perseverancia, hónrela con potencias y sentidos, y la ilusion del mundo será una realidad del cielo, y el prematuro desengaño será presagio felicísimo de un bien que nada puede destruir. El rebaño de Jesucristo tiene muchas ovejas que, aturdidas con los infectados vapores del error, recelan, desmayan y se extravían; pero hay una Pastora que vá en seguimiento suyo, que las busca con maternales ansias, que las reúne con amorosa solicitud, que las congrega en derredor suyo, oyendo compasiva las querellas, y consolando cariñosa las aficciones de cada una: *Consolatrix afflictorum.* Y los vapores se desvanecen, y los peligros se ahuyentan, y las ovejas se salvan... Esta pastora es Maria.

Y despues del Hijo, ¿dónde buscaremos el consuelo sinó en el alma de la Madre? Maria Santísima es el consuelo de los afligidos, porque es Madre de Dios. Tan grande es Maria Santísima en el destino de la divina maternidad, que Dios hubiera podido formar un mundo mayor que el existente; pero no hubiera podido crear una madre mayor que Maria, á quien destinó para Madre suya. Como Madre de Dios, llevó en el reducido espacio de su vientre virginal al que no cabe en la espaciosidad inmensa del empyreo; y como tal, dispone amplia y absolutamente de la misericordia del Señor; y no hay refugio más seguro para el pecador, ni auxilio más poderoso para los cristianos, ni consuelo más eficaz para los afligidos que esta misma misericordia dispensada por la mediacion de Maria Santísima. Maria Santísima es nuestra Madre, pero Madre incomparable, de la que no conocieron igual los tiempos pasados ni la conocerán tampoco los siglos venideros. Como Madre de los hombres, detiene continuamente el brazo de Dios que amenaza descargar sobre nuestras iniquidades el azote de su tremenda justicia; como Madre de los hombres, conserva y multiplica la gracia en el corazon del hombre justo, y alcanza docilidad al perverso para responder cuanto ántes al llamamiento de una celestial inspiracion. Si nadie como una madre ama á sus hijos, es innegable que nada influye en el alivio de las penas de los hijos como el entrañable consuelo de la madre; buscadme, pues, un amor como el de Maria; buscadme unas penas como las penas que se padecen sin Maria; buscad para nuestras almas un bienestar como el que nos ofrecen los consuelos de Maria: *Consolatrix afflictorum.*

El que posee ó cree poseer la felicidad, posee tambien y participa de todas las alegrías que ella proporciona: poseer á Maria es ser dueños de una felicidad, no quimérica y deleznable como lo son todos los goces de la tierra, sinó de una felicidad positiva y real, de una fortuna invariable y sólida, y el solaz que encontramos en ella necesariamente ha de ser partícipe de todos los caracteres de esta misma felicidad. Somos además universales herederos del corazón de la Virgen, traspasado con los dolores del Hijo, abrasado con los amores del Hijo, delegada como fué en los últimos momentos del Hijo para ser en el tiempo, lo mismo que en la eternidad, el único consuelo de los afligidos. Los vínculos más poderosos que unen á un hombre con otro hombre, á un pueblo con otro pueblo, á una nación con otra nación, son los del amor y de la amistad; el amor identifica las almas; la amistad encadena los corazones; y el alma y corazón, unidos por un solo principio, la Religión, soportan las penalidades, arrostran los peligros, superan las dificultades, y el aislamiento desaparece, y los vicios se extirpan, y las virtudes se aumentan y subsiste la sociedad. La Iglesia militante, el pueblo cristiano, esa sociedad que unas veces se levanta airosa como la palmera del desierto, y que otras aparece combatida y avasallada pero nunca vencida por sus enemigos, como la góndola avasallada por las fluctuaciones del mar; esa institución divina cuyo Dios es uno, cuya Cabeza visible es una, y una su fe y uno tambien su bautismo, crece y se afianza y se sostiene asimismo por los vínculos de un amor y de una amistad: el amor y la amistad de Maria.

Descendamos á contemplar á Maria Santísima, consuelo del afligido cristiano, en el oscuro recinto de su vida privada. Perdió la gracia por el pecado mortal; ofuscada la razón por el remordimiento, vá siendo poco á poco presa del vértigo de la desesperación; el ángel de las tinieblas, aprovechándose de este vértigo, ó abre á sus piés la sima de una horrible condenación, ó le pinta revestido de flores el camino del precipicio: la virtud es para él impracticable; la salvación una pesadilla; la ley de Dios un yugo insoportable; tras de un abismo otro abismo, tras de un crimen otro crimen. El delincuente, doblando la cerviz bajo la vergonzosa coyunda de las pasiones, y desoyendo el grito aterrador de su manchada conciencia, se abandona al mal, despoja su corazón de todo sentimiento de ternura, nada cree, nada espera, y circula por sus venas el virus de una fría insensibilidad; pero súbito alza los ojos; sus miradas tropiezan impensadamente con una imágen de Maria; la contempla y le corresponde; la habla y le

escucha; la busca y la encuentra; allí está la inspiración, tras de la inspiración está la gracia, tras de la gracia el consuelo. *Consolatrix afflictorum.*

Agudos y tetricos ayes hacen estremecer el lecho del dolor; enfermedades y padecimientos que sólo podemos sufrir con resignación cuando las consideramos como venidas de la mano de Dios, amenazan truncar el hilo de nuestra existencia: el alarido continuo es nuestro alimento, y nuestra medicina un llanto que no se enjuga jamás, porque el que padece no tiene más alimento ni otra medicina que el quejido y las lágrimas. Pero el enfermo ha suspendido sobre su cabecera una imágen de Maria, imágen que está fuertemente grabada en lo íntimo de su corazón; y á su recuerdo el corazón se robustece, los dolores se modifican, las congojas mortales desaparecen, el sepulcro se cierra, el enfermo invoca el nombre de Maria, y á tan dulce invocación reaparece la salud, y con la salud viene el consuelo. *Consolatrix afflictorum.*

La indigencia y el hambre ofrecen á la imaginación el cuadro más desgarrador en el seno de una familia: un padre anciano se lamenta de no tener pan para sus hijos; una madre enferma muere mil veces sin dejar de vivir al considerar que una hija, pedazo de sus entrañas, puede corromperse ó agostarse al inmundo soplo del engaño ó de la seducción, como se corrompe ó agosta la flor más lozana por el inficionado aliento del ábrego abrasador. Pero pidieron una limosna por Maria Santísima... y el avaro sintió, acaso la primera vez en toda su vida, latir en su pecho el sentimiento de la caridad, y socorrió al anciano, amparó al huérfano, libertó á la doncella; y franqueando sus tesoros para aliviar benéfico las desgracias de sus semejantes, dispuso tambien su alma para recibir espiritual y temporalmente, de mano de Maria, la recompensa centuplicada de la limosna.

Maria es todo lo grande; por su grandeza es todo lo bueno; por su bondad es la sola, despues de Dios, que puede henchir de consuelo el vacío de nuestro desconsolado corazón... Hasta esa misma devoción que profesamos á la Virgen, que es en nosotros un instinto religioso, un movimiento indeliberado y una necesidad del corazón; esa misma devoción que nos asegura la predestinación y que nos prueba hasta la evidencia la verdad y la autoridad de la fe, es una emanación de Maria, es una fineza de Maria, es un auxiliar de que la Señora se vale para manifestarnos y convencernos de que peregrinando sobre la tierra, lo mismo que arrebatada en el día de su gloriosa y magnífica Asunción á los cielos, ha sido, es y será para todas las almas, en todas las condiciones, en todos

los estados y en todas las situaciones de la vida, el único consuelo de los afligidos. *Consolatrix afflictorum.*

Y ¿no es verdad, Virgen Santísima, que así lo prometisteis al mundo en aquella época memorable y gloriosa para Vos, memorable y utilísima para nosotros? Y ¿no es verdad que así lo habéis cumplido y seguiréis cumpliéndolo hasta la consumación de los siglos? Sí, cristianos; y ¡cuán poco es lo que de nosotros exige María Santísima en retribución de tanta generosidad! La imitación de sus virtudes y el cumplimiento con los mandamientos de nuestro Dios. Anímonos, pues; y ahora que la ocasión se nos presenta, acudamos á exponer nuestras ceitas y necesidades á los piés de la Virgen Santísima del Consuelo. El azote de la guerra amenaza reducir á escombros y cenizas una parte considerable del universo: el azote de la peste hace en algunas naciones de las habitaciones sepulcros, y de los campos cementerios: el azote del hambre destruye provincias enteras, y la presente generación amenaza desplomarse bajo el peso de sus delitos y al empuje de la cólera celestial. Consoladnos, Señora, de las infinitas aficciones que nos rodean: consolad en primer lugar á nuestra afligida Madre la Santa Iglesia católica apostólica romana, única y verdadera: á los hijos del suelo español, vuestros por adopción y por elección; consolad á los pobrecitos pecadores, para que mediante vuestro patrocinio salgan del infeliz estado á que se ven reducidos: á todos los cristianos que durante nueve días han concurrido á este santo templo con el sólo objeto de honraros y glorificaros, dándoos una prueba más del cariño que os profesan y de la confianza que en Vos tienen depositada. Consolad muy particularmente á los que hoy os consagran esta festividad, porque á ello han contribuido con sus limosnas. Á todos los desterrados consoladnos y guiadnos, pues sois estrella de la mañana, por este valle de lágrimas, para que algún día tengamos también por Vos, que sois asimismo puerta del cielo, la incomparable dicha de entrar á ser partícipes de las dulzuras eternas en la bienaventuranza. Así sea.



DISCURSO XXXII.

Coronacion.

Corona aurea super caput ejus, expressa signo sanctitatis gloria honoris, et opus fortitudinis.

Resplandecía en su cabeza una corona de oro, esculpida con el sello de la santidad, con la gloria del honor, y que es obra de poder y de fortaleza.

(Palabras de la Iglesia, tomadas del libro del *Eccles.*, cap. xlv, v, 14.)

HABIA desaparecido, cristianos, de sobre la faz de la tierra, y por un efecto de los incomprensibles juicios de Dios, la más hermosa, la más privilegiada y más Santa entre todas las criaturas. Al mismo tiempo que una losa cubría el sepulcro donde descansaba con angelical quietud el cuerpo incontaminado de la afortunada y nunca envejecida Virgen de Nazareth, avanzaba el crepúsculo de la tarde, destacaba veloz la noche el manto de sus tinieblas, y el disco del sol, como velando su angustia en un ropaje sombrío, se despedía del Oriente y se sepultaba en el ocaso. Sólo una mujer faltaba en la naturaleza, y parecía que faltaba todo. El alma creyente, el corazón sensible y la imaginación filosófica descubrían en cuanto en derredor miraban un misterio tan profundo, pero tan marabóico, que vertía gota á gota la copa de la amargura sobre todos los seres racionales é irracionales, insensibles y sensibles.

Los arbustos que ántes reverdecieron, agostados ahora por un cierzo abrasador, dibujaban sobre la pálida superficie el nombre de María: las ojas de los árboles, agitadas por un aire turbulento, murmuraban y hacían resonar, en las extremidades de los opuestos polos, el nombre de María: las flores inclinaban sus frentes

los estados y en todas las situaciones de la vida, el único consuelo de los afligidos. *Consolatrix afflictorum.*

Y ¿no es verdad, Virgen Santísima, que así lo prometisteis al mundo en aquella época memorable y gloriosa para Vos, memorable y utilísima para nosotros? Y ¿no es verdad que así lo habéis cumplido y seguiréis cumpliéndolo hasta la consumación de los siglos? Sí, cristianos; y ¡cuán poco es lo que de nosotros exige María Santísima en retribución de tanta generosidad! La imitación de sus virtudes y el cumplimiento con los mandamientos de nuestro Dios. Anímonos, pues; y ahora que la ocasión se nos presenta, acudamos á exponer nuestras ceitas y necesidades á los piés de la Virgen Santísima del Consuelo. El azote de la guerra amenaza reducir á escombros y cenizas una parte considerable del universo: el azote de la peste hace en algunas naciones de las habitaciones sepulcros, y de los campos cementerios: el azote del hambre destruye provincias enteras, y la presente generación amenaza desplomarse bajo el peso de sus delitos y al empuje de la cólera celestial. Consoladnos, Señora, de las infinitas aficciones que nos rodean: consolad en primer lugar á nuestra afligida Madre la Santa Iglesia católica apostólica romana, única y verdadera: á los hijos del suelo español, vuestros por adopción y por elección; consolad á los pobrecitos pecadores, para que mediante vuestro patrocinio salgan del infeliz estado á que se ven reducidos: á todos los cristianos que durante nueve días han concurrido á este santo templo con el sólo objeto de honraros y glorificaros, dándoos una prueba más del cariño que os profesan y de la confianza que en Vos tienen depositada. Consolad muy particularmente á los que hoy os consagran esta festividad, porque á ello han contribuido con sus limosnas. Á todos los desterrados consoladnos y guiadnos, pues sois estrella de la mañana, por este valle de lágrimas, para que algún día tengamos también por Vos, que sois asimismo puerta del cielo, la incomparable dicha de entrar á ser partícipes de las dulzuras eternas en la bienaventuranza. Así sea.



DISCURSO XXXII.

Coronacion.

Corona aurea super caput ejus, expressa signo sanctitatis gloria honoris, et opus fortitudinis.

Resplandecía en su cabeza una corona de oro, esculpida con el sello de la santidad, con la gloria del honor, y que es obra de poder y de fortaleza.

(Palabras de la Iglesia, tomadas del libro del *Eccles.*, cap. xlv, v, 14.)

HABIA desaparecido, cristianos, de sobre la faz de la tierra, y por un efecto de los incomprensibles juicios de Dios, la más hermosa, la más privilegiada y más Santa entre todas las criaturas. Al mismo tiempo que una losa cubría el sepulcro donde descansaba con angelical quietud el cuerpo incontaminado de la afortunada y nunca envejecida Virgen de Nazareth, avanzaba el crepúsculo de la tarde, destacaba veloz la noche el manto de sus tinieblas, y el disco del sol, como velando su angustia en un ropaje sombrío, se despedía del Oriente y se sepultaba en el ocaso. Sólo una mujer faltaba en la naturaleza, y parecía que faltaba todo. El alma creyente, el corazón sensible y la imaginación filosófica descubrían en cuanto en derredor miraban un misterio tan profundo, pero tan marabóxico, que vertía gota á gota la copa de la amargura sobre todos los seres racionales é irracionales, insensibles y sensibles.

Los arbustos que ántes reverdecieron, agostados ahora por un cierzo abrasador, dibujaban sobre la pálida superficie el nombre de María: las ojas de los árboles, agitadas por un aire turbulento, murmuraban y hacían resonar, en las extremidades de los opuestos polos, el nombre de María: las flores inclinaban sus frentes

encorbadas por la orfandad y marchitas por la tristeza, cuando las ondas del arroyo sonoro ó del inmenso piélago susurraban con un quejido de amor el dulcísimo nombre de María: las aves ¡ah! las aves huían desde lo hermoso de las florestas á lo recóndito de los bosques; buscaban asilo en el corazon de un tronco carcomido ó en la hendedura de un peñasco, y escondiendo el pico bajo sus alas, parece que se decían: «Enmudezcamos, porque nuestros cánticos ya no los oye María.» María que era la estrella de la mañana y el iris de felicidad, el áncora de refugio y el puerto de salvacion se habia despedido del mundo, y el mundo sin Ella no podia ménos de estar inconsolable.

Pero este panorama fúnebre, este espectáculo de duelo, vedle completamente cambiado en las regiones del infinito deleite y de la eternal ventura. No alcanza la lengua del hombre á explicar lo que allí sucede: es necesario ser humildes, contentarnos con abatir la frente sobre el polvo, y levantarnos á encarecer las grandezas de Dios en alas de la consideracion. Al aparecer la Esther divina en los umbrales de la Sion gloriosa, los cielos dilataron y extendieron su inmensidad, reconociéndose como pequeños á la magnificencia de aquella criatura: no exageraria, señores, si dijera que los atractivos y las virtudes y el esplendor de María Santísima eclipsaron por algunos momentos la gloria de los bienaventurados, que atónitos y sumisos contemplaron aquella santidad y aquella hermosura, reflejo perfectísimo de la santidad y de la hermosura del mismo Dios; y al presentarse la Señora, en cumplimiento de una prerogativa que á Ella sola favorecia, ante el trono de la Santísima Trinidad, estallaron con estrépito santo las músicas de los ángeles, resonaron con inesperado júbilo las oraciones de los justos, los incensarios de oro formaron con el humo de sus benditos perfumes un globo de nube, sobre cuya tez trasparente descansaba vencedora la planta de la inmortal Princesa; y la Hija de Jehovah, y la Madre del Cordero inmaculado, y la Esposa del Espíritu Paráclito, dejó ver su frente tres veces coronada de honor, de fortaleza y de santidad. *Corona aurea super caput ejus, expressa signo sanctitatis, gloria honoris, et opus fortitudinis.* El mundo lloraba la ausencia de María, y María entre tanto era coronada en el Paraiso como Reina del tiempo y de la eternidad.

Combinacion admirable de circunstancias, ilustre y muy anti-gua Congregacion (1); combinacion admirable de circunstancias

(1) Predicado, como el anterior, á la Congregacion de Nuestra Señora del Consuelo, en la parroquia de San Luis.

hace más interesante la mision que yo debo llenar esta tarde en la cátedra del Espíritu Santo. Estoy llamado á coronar este solemne novenario, siendo el último de los ministros de Jesucristo que desde mis lábios haga penetrar en vuestros oídos palabras de suavidad y de ternura: que desde mi alma haga descender hasta vuestras almas afectos de piedad y de religion; y que con el auxilio de la gracia, que nunca falta al que con humildad la implora, me esfuerce para reanimar en vosotros, á pesar de las nauseabundas, corrompidas y anticatólicas doctrinas que circulan en nuestros dias, lo que es la base de la verdadera dicha y el vínculo de toda sociedad: el sentimiento religioso.

El mundo, señores, y esto á nadie se oculta, se vé amenazado de un trastorno general: la Justicia divina permite que el abismo vomite una hidra de cien cabezas; la ambicion, ataviada con deslumbrantes colores, envuelve en una guerra sangrienta las naciones más florecientes del globo: el ángel del exterminio, de parte del Juez Supremo, derrama sin distincion de climas y sin diferencia de condiciones, el cáliz mortífero de la epidemia, y... las provincias de nuestra España os dirán amados de mi corazon, cuáles son los efectos de la epidemia. Por otra parte, la desmoralizacion ha pasado á ser una moda; el cumplimiento de los deberes más respetables, una preocupacion; la educacion cristiana una cosa supérflua, la ley eterna del Altísimo un yugo insoportable; la devocion, hipocresía; la virtud, supersticion; sus prácticas, fanatismo; Dios una quimera, y la conciencia... La conciencia, cristianos, será siempre nuestro fiscal, por más que algunos miserables aspiren á emanciparse de ella. Los pecados, en una palabra, son generales: por eso es general el castigo. Pero en medio de las tinieblas del castigo aún refulge la luz de la misericordia: junto del clarin de la justicia se deja oír la voz de la esperanza; al lado del delito está el remordimiento; cerca de la obstinada ceguedad está la inspiracion; allí la gracia, y no léjos de la gracia el cauce por donde descende hasta nosotros, que es María Santísima; pero María recompensada, María engrandecida, María coronada, María, objeto santo de las finezas de Dios, dispensadora de las misericordias de Dios; María por su abnegacion coronada en la tierra de virtud, y por sus virtudes coronada en la gloria de inmortalidad y de bienaventuranza; que ciñe triple corona de honor para edificarnos, de poder para fortalecernos, y de santidad para santificarnos. *Corona aurea super caput ejus, expressa signo sanctitatis, gloria honoris et opus fortitudinis.*

Con la esplanacion de este sentimiento vengo hoy en vuestro

nombre á despedirme de la Virgen Santísima del Consuelo; á despedirme, procurando estimularos á su imitacion con la pintura de sus virtudes, é interesarla en nuestro favor con la publicacion de sus alabanzas; pero nada podemos alcanzar si no dá fuego á mi corazon y movimiento y palabras á mis lábios la gracia del Omnipotente, á la invocacion de la Madre de Jesus. Saludémosla con el Angel, diciendo de todo corazon

Ave Maria.

Consuelo: aquí tenéis, señores, una palabra de escaso sentido, de significacion vaga, casi negativa para esas criaturas cuyo corazon está totalmente apegado á las cosas de la tierra; para quienes no hay otro Dios que la materia, y para quienes los placeres, y los pesares, y la existencia, y todo, concinye con su descension al sepulcro. Consuelo dice que encuentra el avaro en la posesion de incalculables riquezas, y las riquezas son, sin embargo, su más terrible torcedor; consolador aseguran el murmurador y el maldiciente sér dar rienda suelta á las inclinaciones de su lengua; y, sin embargo, esa misma lengua que exteriormente ha vertido tanto veneno, deja todavia mucho más veneno en el interior de su alma: el hombre carnal vé lejos de sí toda idea de desconsuelo cuando se precipita en el lago asueroso de los deleites sensuales, y el deleite sensual es, á pesar suyo, lo mismo de noche que de día, el infierno de su corazon: el mundano quiere probarnos que que goza completa y absolutamente cuando se abandona al muelle aparato y al bullicio estrepitoso de los placeres del mundo, y no obstante, entre el bacanal estrépito de esta Babilonia, vé que sus dias declinan como la sombra, que su sér aridece como una caña, y que el ídolo de sus ensueños y de sus festines deja en su pecho, lo más, lo más, ilusiones y desengaños.

El enfermo encuentra, dice, el consuelo en la medicina, y con todo, la medicina no produce siempre para su enfermedad los saludables efectos que se desean: el anciano le halla en el báculo que le sostiene, el jóven en el acometimiento de grandes empresas, el niño en la mano maternal que le conduce; y sin embargo, el báculo de la ancianidad se rompe con el trascurso del tiempo y con el peso de los años; los fuegos de la juventud se apagan con el viento de la reflexion, y la mano que conduce á la infancia no es capaz de enjugar aquella lágrima que horada su mejilla, porque ni acierta á comprender, ni el niño sabe expresar todavia el orí-

gen de donde procede. La esperanza nos consuela, dicen unos, y sin embargo, la esperanza frustrada suele conducirles al borde de la desesperacion: la amistad, dicen otros, es, en cuanto á consuelos, todo cuanto nosotros podemos apetecer; y sin embargo, la amistad se resiente por su base, flaquea por su cimiento, y cuando nos vuelve las espaldas y cuando desconoce los beneficios que recibió de nosotros, déjanos heridos, pero heridos para siempre con el cuchillo de la ingratitud. ¿Y dónde está el amor? me preguntarán algunos; ¿dónde está ese sentimiento que el mismo Dios esculpió en la criatura como divisa de su suprema filiacion; ese sentimiento que el Pastor divino hizo práctico, dando su vida por la vida de sus ovejas, y á quien el Espíritu Santo elevó al último punto de su grandeza, enriqueciéndole con los atributos de la sabiduria y del poder? ¡Ah señores! Lo que el mundo llama amor, es un verdadero desamor; lo que los hombres llaman amor, es una zarza donde, para una flor que brote, la cercan millares de espinas; lo que los hombres llaman amor, para pesares es mucho, para placeres es nada. Ello es que... todos hablan de consuelo; y nadie nos dice dónde se halla el verdadero consuelo; y todos nacemos y todos vivimos y todos tocamos el término de nuestros dias, llorando sin descansar en este valle de lágrimas.

Yo con mucha más seguridad me elevo á mayor altura; me separo de esta hermosísima creacion que los extravios de las generaciones han convertido en una Babel insensata, inclino mi rodilla ante el Criador, cruzo las manos sobre mi pecho indicando mi pequeñez, doblo mi cabeza confesando mi ignorancia, y porque él me lo permite, yo le pregunto: Señor, ¿qué es consuelo? Y ved aquí la definicion explicada de esta palabra: Consuelo supone una tristísima afliccion; afliccion supone la pérdida irreparable de un bien que acaso no se comprende hasta despues que se ha perdido; y no hay mayor pérdida que la de Dios por la culpa, ni consuelo mayor que recuperar este bien perdido por medio de la gracia. Nuestro único tesoro Dios; nuestro único consuelo la gracia. Pero la gracia, se me objetará es un don sobrenatural que con muy poco se pierde y con muchísima dificultad se alcanza; la gracia es el resultado de la virtud; océano inmenso de la virtud es solo el Omnipotente, y ¿quién iguala en virtudes al Omnipotente? Nadie, señores. Pero Dios, para quien lo más árduo y lo más difícil es posible, no reclama de nosotros imposibles: si para adquirir la gracia, que es un don sobrenatural, se necesita un esfuerzo sobrenatural, Dios mismo nos comunica ese esfuerzo: si la virtud es la consecuencia lógica, indispensable, legítima del bien obrar,

Dios, que desea siempre nuestro bien, que sabe que mirándole nos deslumbraríamos y cegaríamos como el que obstinado se atreviese á mirar al sol cara á cara, ha permitido, ha dispuesto que entre su grandeza y nuestra pequeñez se dejen ver modelos inmejorables de virtud, rios abundantísimos de gracia que se derivan del piélago de su gracia, surtidores perennes de donde llueven para nosotros la vida, la esperanza y el consuelo.

Buscad uno, y le encontraréis inmediatamente, y, encontrado, no busquéis más, porque no lo necesitáis. Venid en mi compañía; yo os llevaré de la mano ante el altar de la Virgen; yo os presentaré delante del peregrino simulacro de Maria Santísima, y después de saludarla como se merece, la veréis coronada mucho ántes que todo fuera, como criatura escogida para Dios y escogida para nosotros: coronada de honor por ser la Reina de todas las virtudes, y para edificarnos, y para fortalecernos, y para santificarnos. *Corona aurea super caput ejus expressa signo sanctitatis.* Y positivamente, cristianos. Si la aflicción, si la amargura, si el desconsuelo de nuestro corazón consiste, como no puede menos de ser, en la falta de virtud, Maria es el ejemplar, es el modelo, es, permitidme la expresion, como un estanque cuya longitud, cuya latitud y cuya profundidad son inmensurables; donde se depositan, donde rebosan y donde nunca se disminuyen ni desaparecen los raudales de virtudes de Dios; semejante á una pila de riquísimo alabastro donde van á depositarse las aguas cristalinas que se desprenden de una cascada.

Entre el día y la noche, entre la claridad del sol y la oscuridad de la sombra, el Supremo Autor de todas las maravillas ha suspendido ingeniosamente un punto medio, un astro, luminoso también, pero apacible, en cuya suave luz se fijan las miradas del caminante cuando la caída de la tarde viene á hacerle más sensible la pérdida de la alegría de la risueña mañana: es la luna. Pues bien; Jesucristo, entre los rayos abrasadores de su justicia, entre la hermosura de su rostro, eclipsada para nosotros por nuestro mismo desvío, ha colocado á Maria Santísima: Maria es la luna de cristiandad; pero luna tan deliciosa, tan suave y tan apacible, que caminando en pos de ella, que fijándose en ella las investigadoras miradas de nuestra alma, poco á poco nos vamos alejando de los senderos del vicio y entrando por la senda de la virtud: poco á poco desnudamos el corazón de su ropaje de tristeza y le embellecemos con la estola del consuelo: poco á poco salvamos el abismo de nuestra perdición eterna y nos encontramos en el bonancible puerto de nuestra eterna salvación. ¿Y sabéis por qué, cristia-

nos? Porque Maria Santísima es la criatura más virtuosa entre todas las criaturas; es el espejo terso y purísimo donde se reflejan todas las virtudes de Dios; es la virtud misma elevada hasta donde solo Dios pudo elevarla, como que salió de la boca del Altísimo, siendo la primogénita ante todo y sobre todo lo criado. *Ex ore altissimi prodiit, primogenita ante omnem creaturam.*

La humildad es la virtud más difícil de practicar, como que es la fuente de todos los bienes y el fundamento de todas las virtudes; como que es la puerta del cielo, como que es el ingreso á la inmortalidad. Maria Santísima, para llegar á ser la más virtuosa, tuvo que ser y fué la más humilde: por eso fué ensalzada en medio de su pueblo, y es y será admirada en la plenitud de todos los Santos: fué exaltada como el cedro del Líbano y como el ciprés del monte Sion: creció gallarda como la palmera de Cades, se desarrolló balsámica como la rosa de Jericó, se elevó como la oliva vistosa de los campos, y como el plátano junto á las bulliciosas corrientes de las aguas; destiló bálsamo aromático y exquisita fragancia como el cinamomo, y perfumó las moradas de los desterrados y las de los escogidos aún mucho más que los olores del incienso y de la mirra, del gálbano y del estoraque; produjo, como la vid, fruto sazonado de inestimable riqueza, y extendió por donde quiera su ramaje de honor como el terebinto; por eso es Maria la madre del amor y de la ciencia, y del temor y de la esperanza santa: es el mar donde se encuentra la virtud, y la depositaria de la gracia: por su virtud es Hija de Dios, Madre de Dios, Esposa queridísima de Dios; es nuestra Madre y nuestro refugio y nuestro consuelo; por eso sobre su frente, blanca y pura como la hoja de la azucena, resplandece una corona de oro; corona de honor para edificarnos, de poder para fortalecernos y de santidad para santificarnos. *Corona aurea super caput ejus, expressa signo sanctitatis, gloria honoris, et opus fortitudinis.*

La debilidad física, cristianos, produce ó coopera á producir la debilidad moral: la debilidad moral enerva las facultades del cuerpo, destruye la robustez y aniquila hasta lo irremediable el organismo de nuestra economía; y la debilidad física ó la debilidad moral, ó ámbas en combinacion, dan por resultado el desconsuelo; pero desconsuelo por falta de acción y de poder, desconsuelo terrible que produciría la desesperacion y la muerte si no hubiera para nosotros más que la vida material; y esta es una verdad innegable, una verdad que no admite impugnacion, verdad que solo pueden poner en duda los incrédulos y los impíos desprovistos de fé, de esperanza y de caridad. Pero vengan acá

los que tienen alma cristiana y corazón cristiano; vengan acá los hijos de la Iglesia católica apostólica romana; los hijos de esa Iglesia á quien algunos infelices que hacen alarde de no ser sus hijos han ridiculizado no hace muchos días en un papelucho in-mundo, llamándola *Iglesia industrial*; vengan los devotos de Maria, los hijos de Maria, los amantes de Maria, y que ellos, por mí, expliquen hasta donde alcanza el poder de su Madre, porque Maria en el día de su coronación fué coronada de poder para consolarnos, fortaleciéndonos en el decaimiento, en la impotencia y en la debilidad.

Nadie duda que es horrible el abatimiento que producen los dolores y las enfermedades; nadie niega que son desgarradores los efectos de la miseria, de la orfandad y del hambre; nadie protesta contra esta soledad lúgubre en que nos dejan las criaturas á quienes la muerte arranca de nuestro lado, y, sin embargo, se modifican la influencia del dolor y el abatimiento de la enfermedad, y por consecuencia la tristeza que estos ocasionan, al invocar el nombre de Maria Santísima. El huérfano, el hambriento y el mendigo lloran y suplican, poniendo en sus labios el nombre de la Virgen, y Maria es el pan, es la madre, es la limosna. El hijo que perdió á su padre, la madre que perdió á su hija, el amigo que se despidió del otro amigo hasta la eternidad, señores, nada pueden, porque tienen su corazón como sepultado en el mismo féretro donde reposan las cenizas de los que tanto amaron; y, sin embargo, Maria tiene tanto poder, que Ella sola los consuela; Ella sola arranca un corazón vivo del sepulcro de otro corazón muerto, le atrae á sí, le reanima con el calor de su corazón, le vivifica con el rocío de la paciencia, le baña con el bálsamo de la resignación, y de un corazón todo tierra forma un corazón todo cielo; de un corazón todo materia, hace un corazón todo espíritu; de un corazón que por las criaturas, había olvidado su principio y su fin, que es Dios, hace un corazón todo de Dios, un corazón que se reconcilia con su Dios por el poder y los consuelos de Maria.

¿Y os parecerá mucho lo que he dicho? Pues es nada en comparación de cuanto resta que decir. Ahí teneis, si no, un alma que busca á Dios por cuantos medios le son imaginables; le busca en la penitencia, le busca en la oración, le busca en el retiro, en todas partes le busca y en ninguna le encuentra: es la esposa de los cantares que ruega al amado de su corazón la indique donde sestea y apacienta sus ganados para no equivocarse con los demás, para no ir tras los rebaños de sus compañeras; es un alma que

quiere hallar á Dios, pero lejos de las quimeras del siglo; el desden del amado la debilita, su ausencia la desconsuela, pero su constancia la indica que está no lejos de Maria. ¡Oh Maria Santísima! ¡Qué feliz es una alma cuando encuentra á Dios por Vos! Pues de esta no está lejos otra alma cuyos suspiros se ramontan hasta lo más escondido de los cielos; suspira porque el demonio la presenta el combate, y porque Dios la purifica en la tentación; y la tentación es horrorosa, la tentación es homicida, y las armas son débiles y el poder del alma ninguno. Que sea una tentación, díganlo los bienaventurados, que con tantas tentaciones se glorificaron; díganlo los viadores, á quienes las Escrituras llaman también *bienaventurados*, porque, pasado el día de la prueba, alcanzarán la corona que el Señor tiene prometida á los que de veras le aman: *Beatus vir qui suffert tentationem*. Al lado de la tentación está el consuelo; al lado de la tentación está el poder; junto á la misma tentación está Maria; su nombre la desvanece, y el alma atormentada triunfa y se llena de merecimientos.

Más todavía: la tentación venció, y el alma sucumbió al pecado, triunfó el demonio, la criatura perdió la gracia; se desheredó de la gloria, y se hizo heredera del infierno. Aquí solo pueden hablar los pecadores; aquí solo debemos escuchar á los hijos de quien Maria Santísima es refugio, además de legítima y verdadera madre; el anonadamiento, la amargura, el tristísimo sufrimiento de un pecador, solo puede describirle Maria, que le restituyó amorosa el bien que había perdido. Maria Santísima le vió desfallecer en la tentación, y se entristeció; Maria le vió sumergido y llorando su pecado, y lloró con él; Maria le vió huir de la presencia de Dios, esquivando el azote de su justicia; pero Maria no le desamparó, no le desconsoló, le siguió, se le presentó delante, en la mitad del camino, con una benignidad compasiva y encantadora, y el pecador la miró, la reconoció, la imploró, se acogió bajo su manto, y allí acudió el arrepentimiento, tras de éste la confesión de las culpas, tras de la confesión el perdón, y con el perdón la regeneración y la vida de la gracia y el consuelo. Y ¿por qué, señores? Porque Maria fué coronada de poder para fortalecernos: porque huella con su poder los corazones de los grandes y de los pequeños; porque su potestad reside en la Jerusalem celeste, y porque la hizo grande el que es poderoso: *Fecit mihi magna qui potens est*. Por eso, amante siempre y siempre consoladora, Ella misma nos asegura que los que la escuchan no serán confundidos, que los que obran según Ella no pecarán, y que los que la esclarecen poseerán la vida eterna: *Qui elucidant me, vi-*

tam æternam habebunt. Un momento más de indulgencia, y admiraréis á Maria Santísima coronada de santidad para santificarnos: *Expressa signo sanctitatis.*

Para representaros la santidad de que Maria Santísima está coronada, bastaría que yo expusiera aquí ligeramente aquel sublime cántico, el cántico *Magnificat*, en que la Señora de todos los mundos prorumpió, divinamente inspirada, al entrar en casa de su prima Santa Isabel: «Engrandece mi alma al Señor, exclama la mujer inmaculada; engrandécele mi alma, y porque miró á la humildad de su sierva, por eso me llaman hoy *bienaventurada* todas las generaciones; y su misericordia de familia en familia, y de pueblo en pueblo, y de nacion en nacion, descenderá sobre los que le temen, y su misericordia descenderá por mí; y los que le temen me buscarán como su norte, me amarán como su madre, me respetarán como su Reina, y suspirarán por mí, porque seré su alegría y su consuelo. Arrojó á los poderosos del pedestal de su soberbia, y ensalzó á los abatidos sobre las cumbres de la santificación; á los sedientos colmará de bienes, y empobrecerá á los ricos; pero los humildes se santificarán con mis virtudes, y los sedientos de santificación hallarán la salud y el refrigerio en las aguas de mi santidad.» ¡Con cuánta razon, cristianos, podemos nosotros repetir ahora las mismas palabras del cántico de la Virgen! *Magnificat anima mea Dominum.* Engrandece, alma mia, á tu Dios y Señor, porque ha deparado en la alegría de los ángeles y la Reina de los cielos el consuelo de toda tristeza y el regocijo de nuestro corazón.

¡Grandioso milagro, hermanos dilectísimos! os diré con el esclarecido San Juan Crisóstomo; ¡grandioso milagro, milagro estupendo fué siempre la bienaventurada Virgen Maria! ¿Dónde se ha encontrado en los tiempos pasados, ni se podrá tampoco encontrar en los tiempos venideros, una criatura más virtuosa, más santa y más poderosa que Maria? Sola Ella sobrepujó la extension de los cielos y de la tierra. ¿Quién, pues, más santificada que Maria Santísima? Ni los Profetas, ni los Apostóles, ni los Mártires, ni los Patriarcas, ni los Angeles, ni los Tronos, ni las Dominaciones, ni los Serafines, ni los Querubines, ni nada más excelente que Maria puede hallarse entre las cosas visibles é invisibles. «¿Queréis saber, prosigue el mismo Santo, queréis saber cuánto Maria Santísima aventaja en santidad á todas las gerarquías celestiales? Baste observar que ellas la asisten, ocultando su semblante con temor y temblor, en tanto que Maria ofrece al género humano al mismo que concibió en sus entrañas,

y por ésta consiguen los pecadores el perdon. Dios te salve, Madre, Virgen, Cielo, Trono, esplendor y ornamento de nuestra Iglesia; Dios te salve, virtud y fortaleza y santificación de los que imitan y aman á Jesucristo.» Hasta aquí el Crisóstomo.

Maria Santísima, en el día de su triunfo, fué coronada de santidad: *Signo sanctitatis.* Per eso la aclama *Santa* la tradicion; *Santa* la apellidan los sagrados libros; *Santa* la llaman los Padres y Doctores; *Santa* la proclama y la venera la Iglesia; y la devoción constante y no hija de un delirio, ni invencion de un siglo *menos ilustrado* que el presente, la devoción, testimonio de gratitud por los inmensos y señalados beneficios que de Ella recibimos, esa devoción que constituye nuestro entretenimiento más dulce y nuestras más halagüeñas esperanzas, la publica y la ensalza *Santa* bajo innumerables títulos; y esta Congregacion, y este cristiano auditorio, y todos los habitantes del mundo, publican y pregonan en este templo suntuoso, bajo estas bóvedas augustas, y en presencia de Jesucristo sacramentado, la santidad de Maria, festejándola con el dulcísimo título de la *Virgen Santísima del Consuelo.* Y no en vano así se hace, amados de mi corazón; no en vano así se practica, porque Maria fué y es el modelo de todas las virtudes; por su virtud es la criatura de más poder, y la virtud y el poder la conquistaron aquella corona resplandeciente, incorruptible, inmortal y eterna de santidad: *Corona aurea super caput ejus, expressa signo sanctitatis, gloria honoris et opus fortitudinis.*

Quedaría este discurso sin concluir si, en cumplimiento del sagrado deber que me impone el sacerdocio, no os indicara cuál es el fruto que podeis y debeis sacar del retrato consolador que os he bosquejado de Maria. Confieso en presencia de los cielos y de la tierra, y delante de todos vosotros, que mi intencion ha sido hablar, no tanto á vuestros oídos, como á vuestro corazón; hablar, no solamente para deleitaros, sino para instruiros y afirmaros más y más en el amor de Maria; exponeros únicamente la verdad, y en Maria todo lo bueno es verdad; y verdad comprobada por la historia de la Religion y de la sociedad, por la historia de todas las gentes en comun y de todos los individuos en particular; porque no hay una sola criatura, ni grande ni pequeña, ni sabia ó ignorante, ni noble ó plebeya, ni justa ni pecadora, con tal que sea cristiana, que no pueda derretirse en cariño de Maria y hacerse lenguas de fuego en obsequio y en alabanzas de Maria. Por eso, señores, vuestra devoción ha de ser práctica y no teórica; puesto

que la virtud y el poder y la santidad de la Virgen son una verdad, vuestra devoción ha de ser también una verdad: devoción que consista en amar á Dios sobre todas las cosas, á imitación de María Santísima, que es el alma que más ama á Dios; á engrandecer y glorificar á Dios á imitación de María, que es el ser que más le engrandece y más le glorifica. Devoción que consista en amar al prójimo como á nosotros mismos, siguiendo el ejemplo de María Santísima, que por nuestro amor sacrificó lo más querido, lo más tierno, lo más amante, que es su Hijo; que se sacrificó Ella misma, y que, aun ofendida por nosotros, la encontramos dispuesta siempre á amarnos y á concedernos el perdón. Por eso os diré yo, acomodando en estos momentos á María Santísima unas elegantes palabras del *Eclesiástico*: «Por eso los que teméis al Señor, creed en María, y no esperareis en vano la recompensa; los que teméis al Señor, esperad en María, y la divina misericordia descenderá para vuestro consuelo de las entrañas de Madre tan santa y tan cariñosa; por eso los que teméis al Señor, amad á María, pero amadla con desprendimiento, con desinterés y con perseverancia, y vuestros corazones se iluminarán; contemplad, hijos míos, á todas las generaciones, y sabed que ninguno esperó en María que quedara confundido en la presencia del Señor.»

Corona, pues, ilustre y muy antigua congregación de la Virgen Santísima del Consuelo, corona estos rendidos y religiosos obsequios, con el propósito firme de no hacer nunca cosa que sea desagradable á los ojos de nuestro Dios y Señor; con el propósito firme de alabar siempre á María, de amar siempre á María, y de defender las excelsas prerogativas de María, aun cuando necesario fuera por Ella derramar la sangre é inmolar la vida de tus individuos. Corona y coronemos todos nuestros deseos despidiéndonos de María, tributándole las gracias más expresivas por los singulares favores que nos dispensa, y pidiéndola el remedio, si nos conviene, de todas nuestras necesidades espirituales y temporales.

Y para que os pidamos, Virgen Santísima, dijo Jesucristo al hombre desde el árbol de la redención: *Ecce Mater tua*: «Ahí tienes á tu Madre.» Para que os pidamos, nuestra buena Madre la Iglesia, infalible siempre, como regida por el Espíritu Santo, nos dice que sois *Consolatrix afflictorum*, el Consuelo de los afligidos. Y para que os pidamos, finalmente, Madre Santísima del Consuelo, estais en ese altar magnífico que os consagra la piedad de vuestros hijos: estais en ese altar tan hermosa, tan grande, tan santa y tan consoladora. ¿Y qué os pediremos Señora? si todo es aflicción lo que nos rodea, todo es consuelo lo que necesitamos.

Affigida se vé la Religión porque se extravían sus hijos; consolad á la Religión: affigida se vé la Iglesia porque la persiguen sus enemigos; consolad á la Iglesia: desconsolado está el sacerdocio, y Vos ya sabéis por qué; consolad al sacerdocio: las esposas de Jesucristo, las corporaciones religiosas, los fieles de ambos sexos y de todos estados y clases y condiciones, todos lloran, Madre mía, porque son muchas las razones que tenemos para llorar; pero sobre todo afligennos la falta de fe, el indiferentismo religioso, las ofensas que se hacen á Dios, y que por ellas perdemos la gracia y la felicidad: consoladnos, pues, Virgen Santísima, á todos, alcanzándonos de vuestro Hijo la gracia en esta vida, y la bienaventuranza por los siglos de los siglos en la gloria. Así sea.

DISCURSO XXXIII.

Sermon de Asuncion de Maria Santísima.

*Signum magnum apparuit in coelo:
Mulier amicta sole; et luna sub pedibus
ejus; et in capite ejus corona stellarum
duodecim.*

(Apoc., xix, 1.)

*Die autem tertio deposuit vestimenta
ornatus sui, et circumdata est gloria sua.*

(Esther, xv, 4.)

ME deleita, hermanos míos, el inesperado y prodigioso hallazgo de esa peregrina Imágen en que venerais á la más Santa de las criaturas con el título del *Pópulo y Amparo* (1). Porque veo que en un acontecimiento providencial Dios os regala la imágen de su Madre para que la honreis, y la veneréis, y la ameís con el cariño de buenos hijos.

Recrea mi ánimo la historia de su traida á Madrid, segun unos por dos, segun otros por tres individuos de vuestro mismo gremio, allá por los años de 1598 ó 1599; su colocacion provisional en la iglesia de Sras. Descalzas Reales hasta vuestra instalacion canónica, y su permanencia por espacio de ciento ochenta y dos años en la iglesia parroquial de San Miguel, hoy agregada á esta de San Justo y Pastor; y, por último, su morada y asiento en este agosto santuario, á manera de lucero del celestial firmamento que ilumina toda su feligresia: porque veo en ello la mano de Dios que dirige todos los acontecimientos de la vida; que para

(1) Congregacion antiquísima del gremio de sombrereros y gorreros, canónicamente establecida en la parroquia de San Justo de esta corte.

hacer resplandecer más la verdad de la Religion y avivar vuestra piedad, sujeta y somete hasta las obras buenas á vicisitudes imprevistas, sacándolas despues á salvo para mayor alegría de nuestro corazon.

Me edifican vuestras piadosas constituciones, más por su espíritu que por su letra; porque al observar que con solemne compromiso y firme resolucion os proponéis la mayor gloria de Dios y el mayor bien de vuestros hermanos en la fundacion del monte pio; al ver socorridas por vosotros mismos, generosa y prudentemente, las necesidades espirituales, corporales y temporales de vuestros semejantes y compañeros de oficio, lo mismo durante su vida que despues de su muerte, miro desarrollada con profusion admirable y con sencillez cristiana aquella caridad que, en expresion del discípulo amado, es el mismo Dios, y, en sentir de San Pablo, se derramó en nuestros corazones por el Espíritu Santo, comunicado á todos nosotros.

Pero lo que con más eficacia hiere las fibras de mi alma en esta mañana; lo que más me deleita y me edifica, es que incorporando vuestro espíritu con el espíritu de la Iglesia, hayais destinado irrevocablemente, para dar irrefragable testimonio de vuestra fe, de vuestra confianza, de vuestra ternura y devocion á la más perfecta entre todas las mujeres y á la más Santa sobre todas las madres, el dia de su angelical descanso, de su Asuncion en cuerpo y en alma, y de su coronacion en la gloria como Reina de todo lo criado.

Y me entusiasma que así lo hagais, porque este dia es hecho por el Señor para que nos alegremos y regocijemos en *El. Gaudemus omnes in Domino, diem festum celebrantes*. Porque es el dia en que el amor divino se deja ver en sus prodigiosas manifestaciones; en que la Virgen sucumbe á la muerte en fuerza del amor que tiene á Dios; en que la Señora resucita del sepulcro por el amor que la profesa Jesucristo; en que es coronada de inmarcesible felicidad, como reparadora, como mediadora, como abogada nuestra, por el amor que tiene á todas las criaturas. Último dia de todos sus combates, primero de todas sus victorias; último dia de sus padecimientos, y primero de sus goces; último tambien de sus humillaciones, y primero de sus glorias, de la gloria, católico pueblo mio, de la Emperatriz de todos los Santos; de esa gloria de que dice el Apóstol que ni el ojo vió, ni el oido oyó, ni el entendimiento de la criatura pudo comprender; así que si vosotros os unís á la Iglesia, yo tambien; si vosotros quereis contemplar la Asuncion de Maria Santísima á los cielos, yo, interpretan-

do, en cuanto pueda, los deseos de vuestro corazón, quiero deciros algo nada más de lo muchísimo que de este misterio se puede decir, quiero presentaros la Asunción de María Santísima, antonomásticamente considerada, como el misterio de sus glorias, y también el de nuestras esperanzas.

Ave María.

El misterio de la Asunción de la Madre de Dios, y Madre nuestra, María Santísima, es el misterio de sus glorias, y al propio tiempo el de nuestras esperanzas.

Desenvolveré este pensamiento con auxilios superiores; pero al principiar, y fiel siempre á mi propósito, veré si alguna cosa me dicen las Sagradas Escrituras de la Asunción de la Virgen. Y el Evangelio nada, y los hechos de los Apóstoles ni una sola palabra. No es de fe, ni tampoco hace falta. Es de tradición, «pero una tradición apostólica y venerable, que la Iglesia proclama, que la fe del mundo profesa, que toda la antigüedad certifica, y que ha llegado á nosotros de aclamación en aclamación (1).»

Sin embargo, no es el hecho de la Asunción de la Virgen en cuerpo y en alma lo que yo quiero probaros, no; este acontecimiento misterioso no pudo ménos de ser, porque debía ser, porque Dios quiso que fuese, y fué. Lo que he de manifestaros es que Ella es el misterio de sus glorias y de nuestras esperanzas; y ved para esto lo que he recogido en los sagrados libros.

Son dos brillantísimas figuras, alegórica la una, profética la otra: la una que nos representa á María saliendo del abatimiento al tercer día del sepulcro, rodeada de su propia gloria. La otra que nos la hace ver en el cielo, rodeada de la triple plenitud de gloria que recibe, en orden á Dios, en orden á sí misma, en orden á nosotros. La alegoría y la profecía; lo figurado y lo anunciado, tienen exactísimo cumplimiento en la Hija de David, en el misterio de su Asunción y de su Coronación.

La alegoría es Esther, de quien el Espíritu Santo dice que al tercer día de sus tribulaciones y sus lágrimas se despoja de sus vestiduras y se rodea de su gloria, *Dic autem tertio, deposuit, vestimenta ornatus sui*. Es María, que al espirar el día tercero del silencio y de la tristeza de una tumba, se despoja del sudario de la mortalidad, á que se había sometido, y de la corruptibili-

(1) Augusto Nicolás: *Plan divino*.

dad, de que fuera preservada, para rodearse de su propia gloria, de la gloria de sus prerogativas y de la gloria de sus méritos; es María que sube á los cielos.

La profecía es aquella gran señal que en el *Apocalipsis* sorprende la mente de San Juan, cuando se le aparece una mujer revestida del sol, coronada de doce estrellas, y teniendo la luna por descanso de sus plantas. María, pero ya en los cielos; ya presentada á todos los siglos y á todos los pueblos, y á todos los hombres, en el misterio de sus glorias: María, vestida del sol de la Divinidad, *glorificada en orden á Dios*: es María coronada de estrellas, *glorificada en sí misma*; es María, con su pié sobre la luna, *glorificada en orden al mundo*; no para pisar al mundo, no para que el mundo perezca, sino para que el mundo se salve por Ella. Es la Virgen en el misterio de sus glorias y en el misterio de nuestras esperanzas. Reflexionemos.

Todas las obras de Dios ofrecen una armonía magnífica, ha escrito un sapientísimo filósofo de nuestros días. (1) Y yo, apoyándome en esta verdad incontestable, me atrevo á decir que esta magnífica armonía se refleja, resplandece mucho más en el misterio de la Asunción de María Santísima para ser glorificada por siglos inmortales. Las obras más grandes de Dios son los misterios realizados para la reparación del mundo y para la redención del hombre: todos estos misterios están en perfectísima armonía, en indisoluble relación con la Asunción de la Virgen, y la Señora es glorificada en orden á Dios, porque lo es en todos los misterios.

«La muerte es el eco de la vida; y los misterios de la vida de la Virgen deben hacer eco á su muerte, unirse en maravilloso concierto en el día de su Asunción, y hacer de ella la grandeza de sus grandezas, el misterio de sus misterios y la gloria de sus glorias.» (2)

Y hed aquí, católicos, que María Santísima principia á ser glorificada, para nunca dejar de serlo, en el misterio de su predestinación á la gracia y á la gloria. Es glorificada en su predestinación; por eso no se corrompe, no se pudre en la tierra la que había sido tomada de los cielos. Es glorificada en su predestina-

(1) Augusto Nicolás: *Plan divino*.

(2) Idem, id.

cion en orden á Jesucristo, que habia tomado de su Madre, y sin la que Él mismo no hubiera sido predestinado. (1) Ligada en ese misterio intimamente con la divinidad de Jesucristo, forma una gerarquía por sí sola, y es glorificada en el día de hoy sobre los ángeles, sobre los hombres y sobre todas las virtudes de los cielos.

En su Asuncion á las moradas de la bienaventuranza, Maria no es ménos glorificada, es mucho más glorificada en orden á Dios por el misterio de su *Inmaculada Concepcion*. Hay una íntima, una indispensable relacion entre la entrada y la salida en el mundo; entre la vida y la muerte. A nuestra entrada en el mundo, en nuestra concepcion, nos espera el pecado; á nuestra salida nos aguarda la muerte, que es su castigo; y si es verdad que hemos sido regenerados del uno por el bautismo y de la otra por la resurreccion, no lo es ménos que han quedado las consecuencias temporales; la concupiscencia para el alma y la corrupcion para el cuerpo. (2) Maria Santísima en presencia y en orden á Dios, es glorificada en su Concepcion, porque inmaculada salió de las manos del Omnipotente; concebida fué sin mancha en el seno de su madre, apareció y vivió en el mundo sin pecado original, ni actual; y si como criatura se sujetó á la ley general de la muerte, que es un hecho, no fué, no quedó sujeta á su consecuencia, que es la corrupcion.

Como entró en el mundo, debia salir y salió del mundo: si pura en la vida, pura en la muerte; si incorruptible en el alma incorruptible en el cuerpo. Si perfecta, si santísima en el alma y en el cuerpo en este valle de lágrimas, glorificada por su Inmaculada Concepcion en su Asuncion gloriosa á los cielos.

Es glorificada asimismo en el misterio, centro de todos los misterios, en el de la *Encarnacion*. Tiene el misterio de la Encarnacion, dice Bossuet, un enlace particular con el misterio de su triunfante Asuncion. Recibe gloria en él, y la recibe en el alma y en el cuerpo, porque el cuerpo y el alma habia dado la Virgen, para la Encarnacion del Verbo divino.

No puedo, no quiero omitir un pasaje del Abad Guerrico (3) que arrebató, y que dá una idea del modo de ser glorificada la Virgen Santísima en el misterio de la Encarnacion. «Venid, hace decir este discípulo de San Bernardo á Jesucristo; venid, y como

(1) Augusto Nicolás: *Plan divino*.

(2) *Idem*, id.

(3) Guer., Serm. II, *De Ass.*

ninguno me dió más que Vos en mi humildad, á ninguno quiero dar tanto como á Vos en mi gloria. Me comunicásteis en mi Encarnacion lo que era de la naturaleza del hombre; yo quiero comunicaros en vuestra Asuncion lo que es de la grandeza de Dios. Encerrásteis al Dios Niño en vuestro seno; recibiréis al Dios inmenso en su gloria. Habeis sido la posada del Dios peregrino; seréis hoy el palacio del Dios reinante. Habeis sido el albergue del Dios militante; seréis hoy el carro de triunfo del Dios vencedor. Habeis sido el lecho del Esposo encarnado; seréis hoy el trono del Rey coronado.» Basta; no digamos más.

Es, por último, glorificada en orden á Dios la Reina del firmamento, en el misterio final, en el misterio de la *Redencion* del linaje humano. Si la Ascension de Jesucristo es el galardón de sus padecimientos, la Asuncion de Maria ha de ser la recompensa de sus martirios, de sus dolores y de sus sacrificios. Maria padeció tanto en el cuerpo de Jesus, como Jesus padecía en el alma de Maria. Eran en la Pasion dos criaturas atravesadas con un mismo puñal; eran como un alma sola sujeta á iguales padecimientos; como dos cuerpos y una sola alma debian ser relativa y armónicamente glorificadas; y si Dios por su propia voluntad resucita al tercer día, la Virgen también por la virtud de Jesus, resucita también al día tercero; y si Jesus aparece á los hombres resucitado en la tierra, Maria se presenta á los ángeles, en cuerpo y en alma en los cielos. Si Maria estaba junto á la Cruz en cuerpo y en alma, en cuerpo y en alma está junto al trono de Dios en el cielo. Y ved sencillamente, católicos, manifestado que la Asuncion de la Virgen es el misterio de su gloria, porque es glorificada en orden á Dios; contemplémosla glorificada en orden á sí misma y en orden al género humano.

La gloria responde á la gracia. La gracia es una gloria comenzada; la gloria es una gracia consumada, ha dicho bellísima como sábiamente Augusto Nicolás, hablando de este mismo misterio. Y en esta sentencia profunda, en esta centella de radiante luz de la filosofía cristiana, aparece como indicada y próxima á desenvolverse la plenitud de gloria que Maria Santísima recibe en orden á sí misma. Pero, ¿y qué es, qué podemos comprender que sea en Maria Santísima la gracia? Figurémonos un manantial, el nacimiento de una fuente de aguas cristalinas y refrigerantes que aparece y que insensiblemente vá creciendo en uno de los

sitios más deliciosos de la naturaleza. Figurémonos que las aguas de todas las fuentes vienen como en humilde vasallaje á darse en contingente para el engrandecimiento de aquel privilegiado manantial; imaginémonos que todos los rios del mundo llegan en admirable confluencia á dar subsistencia y majestad á la que es la fuente de las fuentes; creamos, por último, ver que el inmenso, el insondable mar purifica sus salobres aguas, emblanquece y abri-llanta más sus plateadas espumas, amansa las inquietudes de sus olas, y rico de maravillas viene á depositar sus caudales en la que es ya soberana de todas las aguas del universo, y habremos podido formar una idea muy débil, pero que alguna cosa nos dice, de la riqueza de gracias que concurre en Maria Santísima.

Centempladla saliendo hermosa sobre toda hermosura del regazo de la omnipotencia divina, manantial de toda pureza, de toda santidad y de toda perfeccion, y figuraos que Dios desata los infinitos torrentes de su gracia haciéndolos llover sobre Maria; y buscad la gloria que ya corresponde á esta gracia. Figuraos que el mismo Dios, haciéndose lo que es, todo bondad, todo misericordia, todo gracias, y multiplicándose hasta lo infinito, se posesiona de Maria, envuelve á Maria, y en proporcion de la delicada correspondencia, ved que Dios, gloria en sí mismo, gloria de los Angeles, gloria de los Santos, gloria de los cielos, y gloria infinita, se difunde en Maria Santísima; la ensalza hasta sí mismo, la coloca á su lado, y la circunda y la corona de plenitudes de gloria; y habréis podido explicaros algo muy poco, de lo que es la gracia y de lo que es la gloria en Maria Santísima; de lo que es la gloria como recompensa de su fidelidad á la gracia.

Ni se detiene aquí, cristianos, la glorificación de nuestra Reina y Señora; porque á la inmensa gloria, á la gloria infinita, que recompensa la gracia, se une en santísima fraternidad, la inmensidad, la infinidad, la santidad de la que recompensa sus perfectísimas virtudes, Maria Santísima, criatura humana, pero muy poco ménos que divina, porque teniendo, segun el citado Augusto, parentesco de *consanguinidad* con el Hombre-Dios, tiene parentesco de *afinidad* con toda la Trinidad Beatísima; Maria, criatura humana, pero hecha por sus méritos más que celestial y angélica, es glorificada en la presencia del Altísimo, por el ejercicio de todas las virtudes, por la riqueza de todos los dónes y frutos del Espíritu Santo, y por la posesion de todas las bienaventuranzas.

«No es glorificada la Virgen, dice el Jesuita Bourdaloue, por su dignidad de Madre de Dios, no; es glorificada por su fideli-

dad al Señor: *Beati qui audiunt verbum Dei*. Es glorificada por su profundísima humildad y su ejemplarísima obediencia: *Quia repperit humilitatem ancillae suce*. Por eso se nos ofrece *coronada de estrellas*, es decir, glorificada en todas las virtudes; *con la luna á sus plantas*, para expresar la gloria que tiene en orden á nosotros, y para nuestro consuelo. » Maria Santísima, Madre de Dios, Reina de los ángeles, Madre de los hombres, aparece en el dia de su Asuncion completamente gloriosa, porque en Ella se glorifican *la fe y la esperanza* de todos los Patriarcas; *la luz y la contemplacion* de todos los Profetas; *la caridad y el celo* de los Apóstoles; *la fortaleza y la magnanimidad* de los mártires; *la paciencia y la penitencia* de los confesores; *la sabiduria y discrecion* de los doctores; *la santidad y la pureza* de los sacerdotes; *la soledad y oracion* de los ermitaños; *la pobreza y obediencia* de los monjes; *la caridad y limpieza* de las virgenes; *la humildad y el sufrimiento* de las viudas; *la fidelidad y la concordia* de los santos casados. (1) ¡Gloria incomparable á cuya contemplacion parece que exclaman los bienaventurados haciendo coro con la increada Sabiduria: *Multae filiae congregaverunt divitas!*

Y la gloria de Maria crece hasta el infinito; y los cánticos que promulgan esta gloria ruedan por las regiones del firmamento, y las generaciones de los ángeles y de los bienaventurados, y de los justos, y de los pecadores, convierten en un hecho las palabras que en un dia salieron de los labios de la Señora en divina profecía: *Ex hoc beatam me dicent omnes generationes*. Efectivamente: en Maria Santísima se glorifica hoy la posesion de todas las bienaventuranzas; glorificase la *pobreza espiritual* con la riqueza del mismo Dios; la candorosa *mansedumbre*, con la posesion de los cielos; los *sufrimientos* y las *lágrimas*, con inexplicables y eternas consolaciones; el *hambre* y la *sed de justicia*, con la hartura y la fruicion de todos los goces divinos; es glorificada la *misericordia* con la plenitud de poder y de voluntad para ejercerla; la *limpieza del alma* y del *corazon*, con ser el espejo donde el Señor se mira retratado; la *paz de su espíritu y de su cuerpo*, con ser la Hija primogénita del Omnipotente; la *persecucion por la justicia* y los *trabajos de todo género*, con la potestad y el mando sobre el firmamento y el mundo y sobre todas las criaturas.

Y si vemos demostrado que en orden á Dios por sus prerogativas, y en orden á la Señora y á los hombres, el misterio de su

(1) D. Juan Gonzalez.

Asuncion en cuerpo y en alma á los cielos es el misterio de sus glorias, ¿podemos dudar de que sea el misterio de nuestras esperanzas? Si tanta gloria, ¡cuánto poder! Si tanta gracia, ¡cuánto consuelo! Si tanta misericordia, ¡cuánta voluntad! Es este misterio el de nuestras esperanzas, y ved cómo lo dice Santo Tomás de Villanueva: «Lo es, porque hoy queda glorificada Aquella por quien el mundo fué redimido, despojado el infierno, aplastado el demonio y abiertos los cielos; queda glorificada Aquella por quien Dios descendió al hombre, el hombre subió hasta Dios, quedó destruida la muerte, el pecado abolido, restaurada la gracia y prosocrita la miseria. La que reparó la ruina de los ángeles, lleva la vida á los hombres, derrama la salud en los enfermos, da libertad á los cautivos, y coloca en los cielos á los indigentes. Hoy queda glorificada la alegría de los ángeles, la corona de los hombres, la gloria de las mujeres, el ornamento de toda la Iglesia, la única esperanza nuestra que reside á la diestra de su Hijo, y la bendita por toda la eternidad (1).»

Hasta aquí el Santo, y hasta aquí yo. Católicos, no será coronado, no será glorificado sino el que pelear; Maria luchó y fué coronada y es glorificada. Religiosos congregantes, amad á la Virgen, que ha subido á los cielos; ensalzadla en el misterio de sus glorias para que realice vuestras esperanzas en esta vida, y despues que sea Ella para todos nosotros nuestra diadema con el Padre, y el Hijo, y el Espíritu Santo, en la inmortalidad. Así sea.

(1) Sermon de Asuncion.

DISCURSO XXXIV.

Asuncion y coronacion de la Virgen.

*Quæ est ista quæ ascendit de deserto,
deliciis affluens, innixa super dilectum
suum?*

(Cant. viii, 5.)

No hay cosa más halagüeña y consoladora para el hombre que la verdad, y la verdad se la enseña el Cristianismo; de los labios del hombre sale solo la mentira, dícelo el Espíritu Santo. *Omnis homo mendax*. Pero lo que dice Dios, lo que Dios establece, lo que Dios ordena, todo es verdad, porque *Deus veritas est*. Es la verdad absoluta, la verdad inmutable, la verdad innegable, la única verdad tras la que la criatura puede correr, y por la que puede suspirar. Pero esta verdad que para ser abrazada, para ser comprendida y para ser amada de nosotros, necesita, digámoslo así, sensibilizarse, dispone la misericordia divina que nosotros la recibamos y la bebamos en los riquísimos afluentes del Cristianismo; esa magnífica realidad que al manifestársenos como fruto sacrosanto del árbol de la Cruz nos hace sentir todo lo salobre, todo lo infecto, todo lo pernicioso que fué á la humanidad el fruto del árbol del Paraíso: el Cristianismo, que es como el gran libro donde el Espíritu Santo ha escrito con sangre del Hombre-Dios todo el poder del Sér Supremo, todo el amor del Verbo encarnado, toda la pequeñez del corazón humano, y la historia completa de los prodigios que el Omnipotente ha obrado con el solo fin de engrandecer y de santificar este mismo corazón: el Cristianismo, que es como una segunda creacion, pero espiritual, que arranca al hombre de la abominacion, de la desolacion y del pecado: pues bien; el Cristianismo, bendita sea la misericordia de

Asuncion en cuerpo y en alma á los cielos es el misterio de sus glorias, ¿podemos dudar de que sea el misterio de nuestras esperanzas? Si tanta gloria, ¡cuánto poder! Si tanta gracia, ¡cuánto consuelo! Si tanta misericordia, ¡cuánta voluntad! Es este misterio el de nuestras esperanzas, y ved cómo lo dice Santo Tomás de Villanueva: «Lo es, porque hoy queda glorificada Aquella por quien el mundo fué redimido, despojado el infierno, aplastado el demonio y abiertos los cielos; queda glorificada Aquella por quien Dios descendió al hombre, el hombre subió hasta Dios, quedó destruida la muerte, el pecado abolido, restaurada la gracia y prosocrita la miseria. La que reparó la ruina de los ángeles, lleva la vida á los hombres, derrama la salud en los enfermos, da libertad á los cautivos, y coloca en los cielos á los indigentes. Hoy queda glorificada la alegría de los ángeles, la corona de los hombres, la gloria de las mujeres, el ornamento de toda la Iglesia, la única esperanza nuestra que reside á la diestra de su Hijo, y la bendita por toda la eternidad (1).»

Hasta aquí el Santo, y hasta aquí yo. Católicos, no será coronado, no será glorificado sino el que pelear; Maria luchó y fué coronada y es glorificada. Religiosos congregantes, amad á la Virgen, que ha subido á los cielos; ensalzadla en el misterio de sus glorias para que realice vuestras esperanzas en esta vida, y despues que sea Ella para todos nosotros nuestra diadema con el Padre, y el Hijo, y el Espíritu Santo, en la inmortalidad. Así sea.

(1) Sermon de Asuncion.

DISCURSO XXXIV.

Asuncion y coronacion de la Virgen.

*Qua est ista qua ascendit de deserto,
deliciis affluens, innixa super dilectum
suum?*

(Cant. viii, 5.)

No hay cosa más halagüeña y consoladora para el hombre que la verdad, y la verdad se la enseña el Cristianismo; de los labios del hombre sale solo la mentira, dícelo el Espíritu Santo. *Omnis homo mendax*. Pero lo que dice Dios, lo que Dios establece, lo que Dios ordena, todo es verdad, porque *Deus veritas est*. Es la verdad absoluta, la verdad inmutable, la verdad innegable, la única verdad tras la que la criatura puede correr, y por la que puede suspirar. Pero esta verdad que para ser abrazada, para ser comprendida y para ser amada de nosotros, necesita, digámoslo así, sensibilizarse, dispone la misericordia divina que nosotros la recibamos y la bebamos en los riquísimos afluentes del Cristianismo; esa magnífica realidad que al manifestársenos como fruto sacrosanto del árbol de la Cruz nos hace sentir todo lo salobre, todo lo infecto, todo lo pernicioso que fué á la humanidad el fruto del árbol del Paraíso: el Cristianismo, que es como el gran libro donde el Espíritu Santo ha escrito con sangre del Hombre-Dios todo el poder del Sér Supremo, todo el amor del Verbo encarnado, toda la pequeñez del corazón humano, y la historia completa de los prodigios que el Omnipotente ha obrado con el solo fin de engrandecer y de santificar este mismo corazón: el Cristianismo, que es como una segunda creacion, pero espiritual, que arranca al hombre de la abominacion, de la desolacion y del pecado: pues bien; el Cristianismo, bendita sea la misericordia de

Dios, todo nos lo enseña y en todo nos confirma: un principio con extremos, y alumbrándonos con la fe, y sosteniéndonos con la esperanza, nos explica perfectamente el origen de nuestro mal y el origen de nuestro bien.

Nos pone á la vista una mujer pecadora, carne de la carne y hueso de los huesos de un hombre que se perdió y nos perdió por creer que llegaría á ser como Dios. *Sicut dii*. Nos señala al mismo tiempo á un Dios que se hace hombre, pero sin dejar de ser Dios; y que toma carne, y sangre, y huesos, y todo de la sustancia de una mujer que Él se habia formado; de manera que si la historia del mundo se contiene en estas dos palabras: Adán y Eva, la historia del Cristianismo, el Cristianismo todo, católicos, puede decirse que está contenido en esta fórmula santa: Jesucristo y Maria.

¿Y podremos alguna vez separarlos? Imposible, amados de mi corazón. Maria nace, Maria vive, Maria crece, y allí está Jesucristo; Maria es esposa, es Madre, es viuda, y allí está Jesucristo. Maria padece, Maria queda sola, Maria muere, mejor dicho, descansa; es arrebatada á las alturas, es coronada en la gloria, pues allí está Jesucristo.

Por otra parte, Jesucristo es concebido, Jesucristo vive, predica, padece, sucumbe, resucita, sube á los cielos: pues allí está Maria.

Pero ¿nos será posible encomiar aparte sus grandezas, y cantar separadamente sus alabanzas? Y ¿por qué no? Ni obsta para ello la gran distancia que media entre el Verbo, que es divino, y Maria, que es humana; entre la grandeza de Jesus, que es absoluta, y la de Maria, que es relativa; entre todo lo que es Jesucristo, que lo es por sí mismo, y cuanto es Maria Santísima, que lo es por Jesucristo. Además, que cuanto más se alaban, y se publican, y se pregonan las excelencias de la Madre, tanto más se reverencia al Hijo; y cuanto más se prediquen las glorias y los triunfos del Hijo, tanto más llegan á conocerse los triunfos y las glorias de Maria. Precisamente nos hallamos en el día de esos triunfos; precisamente la Iglesia, el pueblo cristiano, celebra la subida de la Virgen, y la llegada de esta excelsa Viajera, de esta Peregrina inmaculada, á la pátria celestial á recibir en gloriosa Asuncion y en coronacion triunfal la recompensa de todos sus merecimientos. Misterio de lágrimas, misterio de regocijos, misterio de triunfos.

Y ¿qué digo yo de este misterio? *Quæ est ista?* ¿Quién es esta de quien yo, pecador de mí, tengo que hablaros en esta mañana? ¿Qué os digo? Nada, muy poco. Se trata de Asuncion y de Coro-

nacion; pues vamos á considerar en este breve rato quién es la que sube, cómo sube y para qué sube. *¿Quæ est ista?*

Si acierto á decir alguna cosa, me tendré por muy dichoso.

Ave Maria.

Cuando el sacerdote católico, por muy indigno que sea, se vé en la necesidad de hablar de la Virgen, encuentra su alma combatida de dos afectos diferentes: son el temor y el deseo. El temor, porque, á la verdad, ¿qué dirá el hombre de aquella criatura á quien alaban los astros de la mañana, y cuya hermosura admiran sin descansar el sol y la luna? ¿Qué dirá, cuando la increada Sabiduría en las sagradas páginas parece que agota cuanto pudiera decir de Maria, se derrama en raudales copiosos de celestial dulzura, y cuanto expresa queda como la introduccion, y nada mas, del inmortal panegírico que de su Hija muy amada pronuncia la misma Divinidad? ¿Qué dirá, cuando los Padres de la Iglesia han torturado su inteligencia, han dado toda la expansion posible á su alma, han dejado correr su pluma, han dado libertad á su lengua para cantar, para glorificar á la Madre de Dios, y por último, despues de tanto decir, han tenido que enmudecer? ¿Qué dirá, cuando la Iglesia, hija de la sangre del Corazon de Jesus, discipula del cariño del Corazon de Maria, que la reverencia como su Reina, que la ama como su madre, que la oye como su maestra, que la sigue como su guia, no ha sabido ni ha podido hacer otra cosa que colocarla junto al mismo Dios? He aquí el temor.

Pero el temor no debilita, antes con él acrece el deseo: Maria Santísima es una necesidad, pero muy apremiante, del corazón cristiano, al mismo tiempo que es el poderoso recurso, el recurso universal, despues de Dios, que remedia todas las necesidades de este agitado corazón. Maria Santísima es un deseo para el pecador que quiere amarla algo; es un deseo para el justo que quiere amarla más, muchísimo más, es una esperanza para todos nosotros: Maria Santísima es un deseo que no destruye, que no agita, sino deseo que robustece, que vigoriza; aspiracion que en sí misma se cumple, y deseo que en sí mismo se realiza. Por eso, entre los cristianos, de Maria se ocupa el pensamiento, se ocupa la inteligencia, se ocupa la memoria, se ocupa la voluntad, el espíritu, todo; ni puede ser de otra manera, porque la Señora es la reunion de lo bello, de lo sublime y de lo santo.

Pero es de notar que tanto mayor aparece, cuanto más invisible, cuanto más incomprensible es para nosotros el misterio en que la consideramos: y si este misterio es el último de su vida, ya podemos decir que hemos encontrado en materia de excelencias cuanto podíamos apetecer. Estamos en la Asuncion de Maria.

Como los ángeles aplauden y el mundo se cubre de luto; como los cielos están de gala y los hombres lloran; como el sagrado cuerpo de la Madre de Jesus ha desaparecido del sepulcro, arrancado de las garras de la corrupcion y de la muerte, no me ha quedado otro medio que preguntaros en esta mañana, *quæ est ista quæ ascendit de deserto?* ¿quién es esta que sube del desierto rebosando delicias y reclinada sobre su amado? ¡Admirable pregunta que tres veces se hace á sí mismo el Esposo al contemplar delante de sus ojos á la Esposa de los Cantares; ó, dicho todavia mejor, que el Espíritu Santo se hace y nos hace al ver subir á Maria en el dia de su Asuncion á los cielos: ¿quién es esta que sube por el desierto como una varilla de humo entre los aromas de la mirra y del incienso? *Quæ est ista?* ¿Quién es esta que sube del desierto como bañándose en un golfo de delicias, y reclinada dulcemente sobre el pecho del Amado á quien habia dado la sangre de su corazon? *Quæ est ista?* ¿Quién es esta que aparece elevándose como la aurora, hermosa como la luna, escogida como el sol, y formidable como ejército bien disciplinado? ¿Quién es la que sube, cómo sube y para qué sube? *Quæ est ista?* Es decir, que el Espíritu Santo pregunta, y nosotros le vamos á contestar: ¿Quién es la que sube?

«No es fácil, dice Santo Tomás de Villanueva, no es fácil responder cumplidamente á esta pregunta, y yo digo todavia más: digo que es muy difícil.» El Santo Arzobispo de Valencia, tan enamorado de la Virgen, no encontrando recursos en la tierra, se sube á buscarlos en los cielos, que ciertamente es donde hay recursos para todo, y se figura que, no los hombres, sino los ángeles, son los que se preguntan: *¿Quæ est ista? ¿Quién es esta?»* «¿Y quién os contesta, ¡oh príncipes! prorumpo el siervo de Dios; quién satisface vuestros espirituales deseos? Si tuviera una voz metálica, si me hallara con cien bocas, si pudiera disponer de mil lenguas, no sería bastante para responder á lo que nos preguntais.

«Si se tratara de una Rebeca, os diria que subia una mujer

hermosísima; si de una Susana, una doncella castísima; si de una Abigail, una matrona prudentísima; si de una Judith, una heroica libertadora; pero se trata del Sol que disipa aquellas sombras, y de la realidad que desvanece aquellas figuras, Esa que sube es, á mi ver, aquella paloma que, saliendo del arca, portadora y mensajera de la esperanza, cuando al arca vuelve, vuelve para restablecer para siempre la paz en el corazon. Esta que sube, no es otra que aquella arca salvadora que vá elevándose sobre las corrompidas corrientes del mundo, y dentro de la cual se hospedan, no solamente los justos, sino tambien los pecadores; donde tiene palacio la Divinidad con todos sus prodigios, y refugio la humanidad con todas sus miserias. Esta que sube es aquella tórtola cuya sonora y apacible voz, habiéndose oido por espacio de sesenta y tres años en nuestra tierra, es decir, en este destierro, donde sólo se respiran amarguras, desengaños y sufrimiento, vá ahora á ser escuchada de los moradores y cortesanos del Rey inmortal de los siglos. Es la zarza incombustible sobre la cual Dios nos habla; es el vellocino á quien hermosea el rocío de los cielos; es la escala misteriosa por la que suben y bajan los ángeles, y en medio de la cual está Jesucristo; es la puerta oriental por la que únicamente entra y sale el Principe de las eternidades, y es la vara de Aaron, sobre cuya flor descansa nada menos que el Espíritu Santo.» Hasta aquí Santo Tomás de Villanueva.

«Esa que sube, dice San Proclo, ilustre Arzobispo de Constantinopla, es el puro tesoro, el ornamento de la virginidad, el paraíso espiritual del segundo Adán; aposento donde las dos naturalezas han celebrado su divino matrimonio; lecho imperial del Verbo Eterno; nube que ha llevado en su seno al que se sienta sobre los querubines; es la Esclava y la Madre, la Virgen y el cielo, y todo junto.» «Esa que sube, dice San Metodio, es la primera y más bella flor del mundo, la túnica sin mancha del que está envuelto en luz; es el pabellon del Espíritu Santo, y es el horno que el mismo Dios ha encendido en las llamas de su divino amor; es el templo del Salvador, el solio de la vida incorruptible, la carroza del sol ardiente, el arca de honor donde la misma gloria ha sido santificada; es el incomprensible secreto de la divina economía; flor inmarcitable, real vestidura, diadema imperial, trono de Dios, Reina de la sabiduria divina, gabinete de la vida: y...» «Y no puedo más, dice San Andrés de Creta, á quien acabais de escuchar; me faltan las palabras, son muy débiles mis conceptos para revelar los ardores de mi alma, cuando considero que la que sube no es otra que Maria Santísima, Madre de Dios y Madre de

los hombres:» y lo mismo digo yo. Pero, *quæ est ista?* ¿Quién es esta? ¿Cómo sube? Veamos.

Maria Santísima, católicos, ha concluido de hacer en el mundo cuanto la estaba encomendado. Habiendo terminado felizmente para nosotros la obra de la Redención, nada le resta á la Señora sinó emprender y continuar, para no concluirla nunca, la obra de mediación, de intercesión y de misericordia; obra que ha de realizarse especialísimamente en los cielos: la Madre de Dios ha sido sacada del seno de una modesta tumba, ha emprendido su jornada, y de seguro no ha de quedarse en la mitad del camino.

Sube Maria Santísima, y con decir el sagrado texto que asciende reclinada sobre el pecho de su Amado, parece que se dice cuanto podíamos desear. Sin embargo, cuando se trata de las glorias de la Virgen, es desmedida, es incalculable la ambición que se despliega en el espíritu cristiano. Maria sube, es verdad, reclinada sobre el pecho de Jesucristo, y aquí el Abad Gerson ya encuentra la Asunción de Maria más grande y más privilegiada que la ascension del mismo Salvador; porque aquel, dice, fué recibido en el cielo sólo por los espíritus bienaventurados; pero Maria es traída, y es acompañada nada ménos que por el Hombre-Dios. Se ofrecen ahora á mi imaginación aquellas palabras de los libros santos: *Sub umbra illius quem desideraveram sedi.* Sentada subo á la sombra del que tanto amo y del que tanto deseaba; y me parece que veo á nuestra Madre y nuestra Reina apaciblemente descansando de las fatigas de su mismo amor, sombreada su cabeza por aquella otra cabeza que habia sido coronada de espinas; sombreado su corazón por aquel otro corazón que fué desgarrado con una lanza; sombreada como en el instante mismo en que asiente á la divina maternidad, con toda la virtud del Altísimo.

Sube Maria Santísima enriquecida de tres magníficas excelencias: excelencia de *naturaleza*, de *gracia* y de *gloria*, que explica así San Bernardino de Sena: «Excelencia de naturaleza, porque no existe en la Virgen el ¡ay! del rubor en la concepción, ni del trabajo en la gestación, ni del dolor en el alumbramiento. No la affige el ¡ay! de la concupiscencia, porque en ella no hubo pecado original; ni el ¡ay! de la culpa mortal ni venial, porque no las cometió; ni el ¡ay! de la pena que consiste en la separación del alma y en la desolución del cuerpo. Excelencia de gracia: de gracia corporal, por la virginidad en la carne; de gracia espiritual,

por la superabundancia de virtudes en la mente, y de gracia singular, por la presencia del Hijo de Dios en sus entrañas. Enriquecida de excelencia de gloria, porque, según aquella frase del Ángel, *Dominus tecum*, el Señor Dios todo estuvo, y está, y estará siempre con Maria Santísima. Está Dios, como Padre con su Hija; como Hijo con su Madre; como Espíritu Santo, Esposo con su Esposa: está Dios con Maria antes del parto, prefigurándola; en el parto, santificándola, y después del parto, fecundizándola.»

Pero hay todavía más: si es natural que un hijo se parezca á su madre, y si es verdad que en una madre encontramos siempre rasgos muy semejantes á los de su hijo, Maria Santísima es igual, es idéntica con su Hijo Jesucristo. El Hijo sube á la Madre; la Madre déjase levantar hasta los cielos por su Hijo: Hijo y Madre son dos seres distintos, y si los consideramos, parecerá que sólo sube una sola persona. Me explicaré. La vida de Jesus en la tierra ha sido una vida de sacrificios sobre sacrificios: la vida de la Virgen puede asegurarse que ha sido un sólo y perpetuo sacrificio: sube, pues, Maria Santísima enaltecida con la gloria de este sacrificio de sacrificios.

La Virgen Santísima sube; pero, ¿cómo sube? «Sube sublimada en su cuerpo, según San Buenaventura, con las cuatro dotes del cuerpo glorioso; glorioso como no lo ha podido ser el cuerpo de ninguna criatura, á no ser el cuerpo de Jesucristo. Cuerpo glorioso en *claridad*, por su santidad; glorioso en *sutileza*, por su humildad; glorioso en *agilidad*, por su piedad; glorioso en *impasibilidad*, por su paciencia.» Sube enriquecida en su alma de una santidad como no conocieron, como no conocen, como no conocerán otra santidad todos los siglos y todos los pueblos del mundo, separando por su puesto la santidad de Dios, de quien Maria percibe la suya. Santidad mayor ella sola que la de todos los justos, la de todos los Santos, la de los espíritus angélicos reunidos: santidad mayor que la de cada uno individualmente considerado; santidad, por último, tan maravillosa, que hace que Maria Santísima, en su Asunción más que nunca, suba verdaderamente bendita por todas las generaciones.

Por eso, amados de mi corazón, ya no hay que extrañar que Maria suba á los cielos rebosando delicias: *Deliciis affluens*; porque, como dice un predicador muy entusiasta de la Señora, sube la Virgen, «bendita por haber sido Dios en Ella glorificado; bendita por haber causado la alegría de los ángeles; bendita por haber librado á los hombres; bendita por haber sido abatidos los demo-

nios; bendita en su profunda humildad, bendita en su caridad eminente, bendita en su obediencia, bendita en su castidad. Sube bendita en su recogimiento, bendita en su accion, bendita en su contemplacion; bendita en su principio, en sus progresos, y en su fin (1).»

En el cielo, amados míos en Jesucristo, sucede algo; á no dudarlo tiene lugar algun acontecimiento que pone en deliciosa y festiva agitacion á los moradores de la Sion bendita, en visible contraste con el melancólico silencio de que está cubierta la militante Jerusalén. Nuestra imaginacion, en alas de una piadosa fantasía, se remonta á la gloria, y la parece ver que aquel reino bienaventurado se encuentra ahora, si es permitido decirlo así, más glorioso que nunca. El sόlio de la Divinidad como que resplandeció más, si cabe más en donde todo es infinito: en el consistorio de la Trinidad augusta alguna cosa se prepara ó se decreta, que ni es la formacion de un nuevo Adán, ni la concepcion de otra mujer que vaya á llamarse Salvadora del mundo. Principiase á sentir una melodía que, á medida que crece, enajena el corazon: las falanges angélicas se organizan y se distribuyen en gran parada, y las apiñadas legiones de santas almas, del uno y del otro Testamento, recogen todo lo bueno de que gozan, segun la escala de sus méritos, para ofrecérselo á una huésped dichosísima que vá á honrar con su presencia los alcázares de la inmortalidad. Y una voz que de todas partes sale y á todas partes llega, decreta que los príncipes abran las puertas eternas, porque vá á entrar el Rey de la gloria. *Attollite portas, principes vestras.*

Sí, cristianos: el Rey de la gloria va á entrar en ella por segunda vez: la primera entró para recibir la corona de sus victorias; y ahora entrará para que la diadema de todos los triunfos ciña las sienes de una criatura que es la Madre del amor, la fuente de la esperanza, la Reina de la misericordia y el abismo de la gracia; es la que ha encontrado siempre gracia en la presencia de Dios. Y efectivamente: llegó la hora, y Maria Santísima penetra en los cielos, sirviéndola de escudero, dice graciosamente San Bernardo, el mismo Jesucristo, y no sólo acompañándola, sino llevándola de la mano, añade San Agustin. Decidme vosotros, moradores de la tierra; decidme vosotros si entre lo hermoso que

(1) D. Juan Gonzalez.

tiene el desdichado suelo en que vivimos, puede hallarse una escena más elegante ni un cuadro más sorprendente que el que ofrece una criatura humana, llevada de la mano por el Supremo Hacedor de todas las cosas. Me atreveré á decir que en este momento el amor y la caridad, que son la vida de los cielos, han tomado proporciones incomprensibles; y que Maria Santísima penetra en ellos para ser universalmente coronada, para ser coronada por la *naturaleza humana*, por la *naturaleza angélica*, y por la *Esencia divina*.

Corónala la naturaleza humana; ni podia conducirse de otro modo con la que desde *ab æterno* era su soberana y su Reina; con la que habia contribuido á la restauracion de esta misma naturaleza; por eso en la tierra la coronan las flores con sus aromas, las plantas con sus flores, los árboles con sus frutos, las aguas con su sonrisa, las piedras preciosas con su valor, las aves con sus armonias, y los céfros con el imperceptible saludo de su enamorado beso. Por eso en el firmamento el sol que la sirve de manto la corona con sus hermosísimos resplandores; la luna que humilde besa sus plantas con su apacible y misteriosa tranquilidad, y los luceros que adornan su cabeza con sus cambiantes dulcísimos é inimitables.

Corónala en los cielos tambien la naturaleza humana, porque con Jesucristo, nacido de Maria, entraron en el dia de la Ascension á ser perpétuamente refrigeradas las almas que habian esperado su santo advenimiento. Porque por Maria Santísima, continuadora en el mundo de la obra de Jesucristo, entraron en la gloria aquellas almas que esperaron y conocieron y marcharon sobre las huellas de su Libertador. Así que, no nos sorprenda que en los cielos se encuentren mezcladas las voces de los hombres con las melodias de los ángeles: no nos admire que los Patriarcas y Profetas la coronen de oliva, en significacion de su *fe* y de su *longanimidad*; ni que las vírgenes la coronen de blancos lirios, en recompensa de su *pureza*; los Apóstoles, de laureles inmarcchitables, en premio de su *magisterio*; los mártires con sus palmas, por su incontrastable *fortaleza*, y los confesores con sus aureolas, por la *santidad* de su vida. Y permitámosles besar las plantas de la Señora, aclamándola como el espejo de las vírgenes, como la aureola de los mártires, como la gloria de los confesores, y como la honra de los Apóstoles, de los Patriarcas y los Profetas.

Maria Santísima es coronada por la naturaleza angélica: ni tiene nada de particular; la Iglesia nos dice que Maria ha sido exaltada sobre los coros de los ángeles. Así que, los ángeles la

coronan, porque está *llena de gracia* para comunicársela á los hombres; los arcángeles, porque *sostiene á los débiles* contra los que declaran la guerra á Dios: los principados la coronan, porque es *la Madre de los pueblos*; las potestades, porque *nos defiende* contra las tentaciones del demonio: las virtudes, porque en la Señora y por medio de la Señora *ostentó Dios la grandeza de su poder*. Las dominaciones la coronan por *los bienes espirituales y temporales* que concede á los hombres; los tronos, porque recibió en su vientre al Hijo de Dios; los querubines, por su profundísima ciencia en las cosas divinas; y los serafines, por su ardentísima caridad.

Así corona, cristianos, á Maria Santísima la naturaleza angélica: no vayais á creer, ni á sospechar siquiera, que este admirable bosquejo de la segunda coronacion le ha inventado yo; pertenece su hermosura al amante predicador de la Virgen que ántes cité (1); á mí únicamente me ha cabido la dicha de repetir sus palabras, y gracias á la Virgen, que al cabo yo no merecia tanto.

La Virgen Santísima; por último, pasa á ser coronada de la Esencia divina, y aquí el orador enmudece, y al escritor se le cae la pluma de la mano. Ayúdenme los espíritus angélicos y los bienaventurados, porque yo no sé qué decir: ¡miseria y pequeñez del hombre, querer decir tanto de la Virgen y no tener capacidad suficiente para expresarlo! Corona á Maria Santísima Dios uno en esencia y trino en las Personas; la corona la unidad de la Esencia divina por la gloria que la haya resultado de las operaciones *ad intra* de la misma Divinidad: corónala la Trinidad en Personas por las obras *ad extra* que la misma Divinidad ha obrado teniendo por instrumento á Maria Santísima.

Corónala el Padre con la plenitud de su poder, el Hijo con la plenitud de su sabiduría, y el Espíritu Santo con las plenitudes de su amor. Corónala el Padre con el don de la contemplacion, el Hijo con el don de la mortificacion, y el Espíritu Santo con todos los dónes y con todos los frutos que de él emanan. Corónala el Padre con la gloria de su inmaculada Concepcion, corónala el Hijo con la gloria de la Encarnacion, y corónala el Espíritu Santo con la gloria de todos los misterios. Corona el Padre á su Hija con la abundancia de todos los privilegios, corona el Hijo á su Madre con los tesoros de todas las excelencias, y corona el Espíritu Santo á su Esposa con el donativo de todas las virtudes. Y

(1) D. Juan Gonzalez.

cuando parece que vá á terminarse la obra de la coronacion de la Virgen, esta obra, decretada desde la eternidad, esta obra de diez y nueve siglos que siempre está empezando y que nunca se ha de concluir, suspéndela el Sér Supremo un momento para dar á Maria Santísima, ya coronada, posesion de lo que la pertenece; y la Beatísima y excelsa Trinidad pone en manos de la Virgen, quiero decirlo en una frase trivial para que lo comprendamos mejor, pone en manos de la Virgen su bolsillo particular para que disponga de él como quiera: sí, amados míos, sí; su bolsillo particular, es decir, el tesoro inagotable de la infinita, de la divina misericordia. *Maria optimam partem elegit*. Hasta en esto Maria Santísima lleva la mejor parte, porque lleva lo más dulce para la generosidad de una Reina, lo más halagüeño para la ternura de una madre, lo más consolador para los desvelos de una abogada, y lo que más facilita el alcanzar cuanto pida, á una santísima intercesora.

Estaba por decir que no hay en este momento corona que tanto resplandezca sobre la frente de Maria, como la corona de la misericordia.

Ahora sí que ya podemos nosotros preguntarnos: *Quæ est ista?* «¿Quién es esta?» Porque tenemos la seguridad de respondernos que es Maria *assumpta* y coronada; que es Maria que ha sido llevada á descansar en el lecho del Rey que asienta en estrellado solio. Que es Maria que reposa en la ciudad santificada, y que tiene su deliciosa habitacion en la plenitud de los Santos.

Gloriaos con vuestra gloria y extasiaos con vuestros triunfos, Madre mia, Madre nuestra, Reina de todos los séres: ahora con más razon que nunca puede el Arcángel San Gabriel saludaros llena de gracia. *Gratia plena*. Ahora, mejor que en otro tiempo, puede vuestra prima Santa Isabel exclamar: «Bienaventurada tú que creiste, porque en ti se ha realizado cuanto de tí dijo el Señor.» *Beata quæ credidisti*. Ahora sí que las criaturas de la tierra pueden, levantando al cielo los ojos, los labios y el corazon, exclamar: muchas almas acumularon riquezas, pero tú las superaste á todas.» *Multe filice congregaverunt divitias*. Ahora sí que los bienaventurados pueden á una voz bendecirte y cantar: «tú eres la gloria de Jerusalem, Tú la alegría de Israel, Tú el honor de nuestro pueblo.» *Tu gloria Jerusalem*. Ahora sí que Vos misma podeis engrandecer á Dios repitiendo aquellas palabras que nunca se oyeron hasta que salieron de vuestros labios: *Fecit mihi magna qui potens est*. «Verdaderamente que el que es poderoso ha realizado en mí cosas estupendas y admirables.» Ahora sí, finalmente, que la Iglesia y nosotros podemos confesar, repitiendo

las últimas palabras del Evangelio de este día: «*Maria Santísima ha escogido la mejor parte, y nunca le será quitada.*» *Maria optimam partem elegit, quæ non auferetur ab ea.* Y ¿por qué? Aquí está el alma de mi discurso:

Porque Maria, como nosotros, fué llamada, y correspondió á su vocacion; fué, como nosotros, enriquecida de celestiales gracias, y supo aprovecharlas, y recibiendo de *congruo*, segun se expresan los teólogos, eminentes prerrogativas, supo atesorar sublimes merecimientos para conquistar *de condigno* esa diadema que hoy engalana sus sienes.

Por eso fué arrebatada de la fetidez y de la podredumbre del sepulcro; por eso subió reclinada sobre el pecho de su Hijo; por eso entró en la gloria, teniendo por alfombra las alas de los espíritus celestiales, y llevada de la mano por el mismo Jesucristo. Y por eso hoy la miramos, y la aplaudimos, y la adoramos coronada por la naturaleza humana, por la naturaleza angélica y por la Esencia divina.

Imitémosla, amados de mi corazón, en cuanto nos sea posible corramos tras el embriagador perfume de sus virtudes; amémosla mucho, para que despues de haber por su mediacion merecido en este mundo, vayamos á ser coronados eternamente en su compañía en las moradas de la gloria. Así sea.

ADVERTENCIA.

A pesar de que, cumpliendo con mi deber, he sometido estos discursos al exámen, censura y aprobacion de la autoridad eclesiástica, y he obtenido el permiso para su publicacion, declaro: que ha sido mi ánimo, no solamente no pronunciar una palabra ni imprimir una frase contraria al dogma católico y sana moral, sino ni aun dudosa ó malsonante á los oídos piadosos. Si alguna hubiera, téngase por no impresa, y quede este trabajo para siempre sujeto á la correccion de nuestra santa Madre la Iglesia católica apostólica romana.

Madrid, 1866.—FELIPE VELAZQUEZ Y ARROYO.

FIN



DIRECCIÓN GENERAL DE BIBLIOTECAS

las últimas palabras del Evangelio de este día: «*Maria Santísima ha escogido la mejor parte, y nunca le será quitada.*» *Maria optimam partem elegit, quæ non auferetur ab ea.* Y ¿por qué? Aquí está el alma de mi discurso:

Porque Maria, como nosotros, fué llamada, y correspondió á su vocacion; fué, como nosotros, enriquecida de celestiales gracias, y supo aprovecharlas, y recibiendo de *congruo*, segun se expresan los teólogos, eminentes prerrogativas, supo atesorar sublimes merecimientos para conquistar *de condigno* esa diadema que hoy engalana sus sienes.

Por eso fué arrebatada de la fetidez y de la podredumbre del sepulcro; por eso subió reclinada sobre el pecho de su Hijo; por eso entró en la gloria, teniendo por alfombra las alas de los espíritus celestiales, y llevada de la mano por el mismo Jesucristo. Y por eso hoy la miramos, y la aplaudimos, y la adoramos coronada por la naturaleza humana, por la naturaleza angélica y por la Esencia divina.

Imitémosla, amados de mi corazón, en cuanto nos sea posible corramos tras el embriagador perfume de sus virtudes; amémosla mucho, para que despues de haber por su mediacion merecido en este mundo, vayamos á ser coronados eternamente en su compañía en las moradas de la gloria. Así sea.

ADVERTENCIA.

A pesar de que, cumpliendo con mi deber, he sometido estos discursos al exámen, censura y aprobacion de la autoridad eclesiástica, y he obtenido el permiso para su publicacion, declaro: que ha sido mi ánimo, no solamente no pronunciar una palabra ni imprimir una frase contraria al dogma católico y sana moral, sino ni aun dudosa ó malsonante á los oídos piadosos. Si alguna hubiera, téngase por no impresa, y quede este trabajo para siempre sujeto á la correccion de nuestra santa Madre la Iglesia católica apostólica romana.

Madrid, 1866.—FELIPE VELAZQUEZ Y ARROYO.

FIN



DIRECCIÓN GENERAL DE BIBLIOTECAS



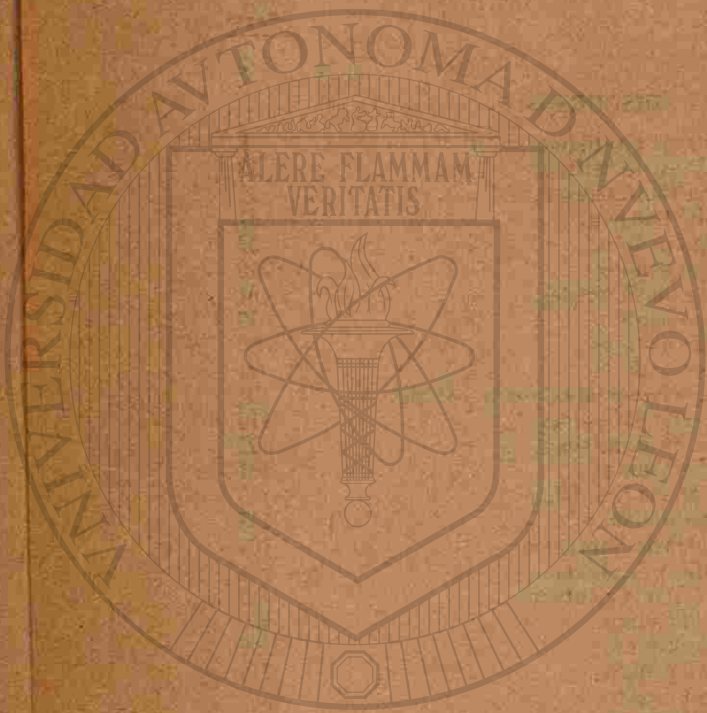
UNIVERSIDAD AUTÓNOMA DE NUEVO LEÓN

DIRECCIÓN GENERAL DE BIBLIOTECAS

ÍNDICE.

	Págs.
Dedicatoria	3
DISCURSOS.	
I. Devocion á Maria Santisima	5
II. Maria, causa nostrae laetitiae	13
III. Maria, Regina Confessorum	22
IV. Advocacion del Cármen	31
V. Sobre el mismo asunto	39
VI. Sobre el mismo asunto	50
VII. Advocacion de las Mercedes	61
VIII. Sobre el mismo asunto	70
IX. Sobre el mismo asunto	80
X. Sobre el mismo asunto	94
XI. Titulo de <i>Las tribulaciones y paz interior</i>	104
XII. Dolores de Maria Santisima	116
XIII. Soledad de Maria Santisima	122
XIV. Sobre el mismo asunto	131
XV. Humildad de Maria Santisima	143
XVI. Fe de Maria Santisima	153
XVII. Esperanza de Maria Santisima	161
XVIII. Caridad de Maria Santisima	171
XIX. Concepcion de Maria Santisima	182
XX. Sobre el mismo asunto	195
XXI. Sobre el mismo asunto	206
XXII. Sobre el mismo asunto	213
XXIII. Sobre el mismo asunto	230
XXIV. Natividad de Maria Santisima	241
XXV. Presentacion	251
XXVI. Desposorios	261
XXVII. Misterio de la Encarnacion	271
XXVIII. Espectacion del parto de Maria Santisima	284
XXIX. Sobre el mismo asunto	295
XXX. Purificacion de Maria Santisima	303
XXXI. Asuncion	312
XXXII. Coronacion	323
XXXIII. Asuncion	336
XXXIV. Asuncion y coronacion	345
Advertencia	357



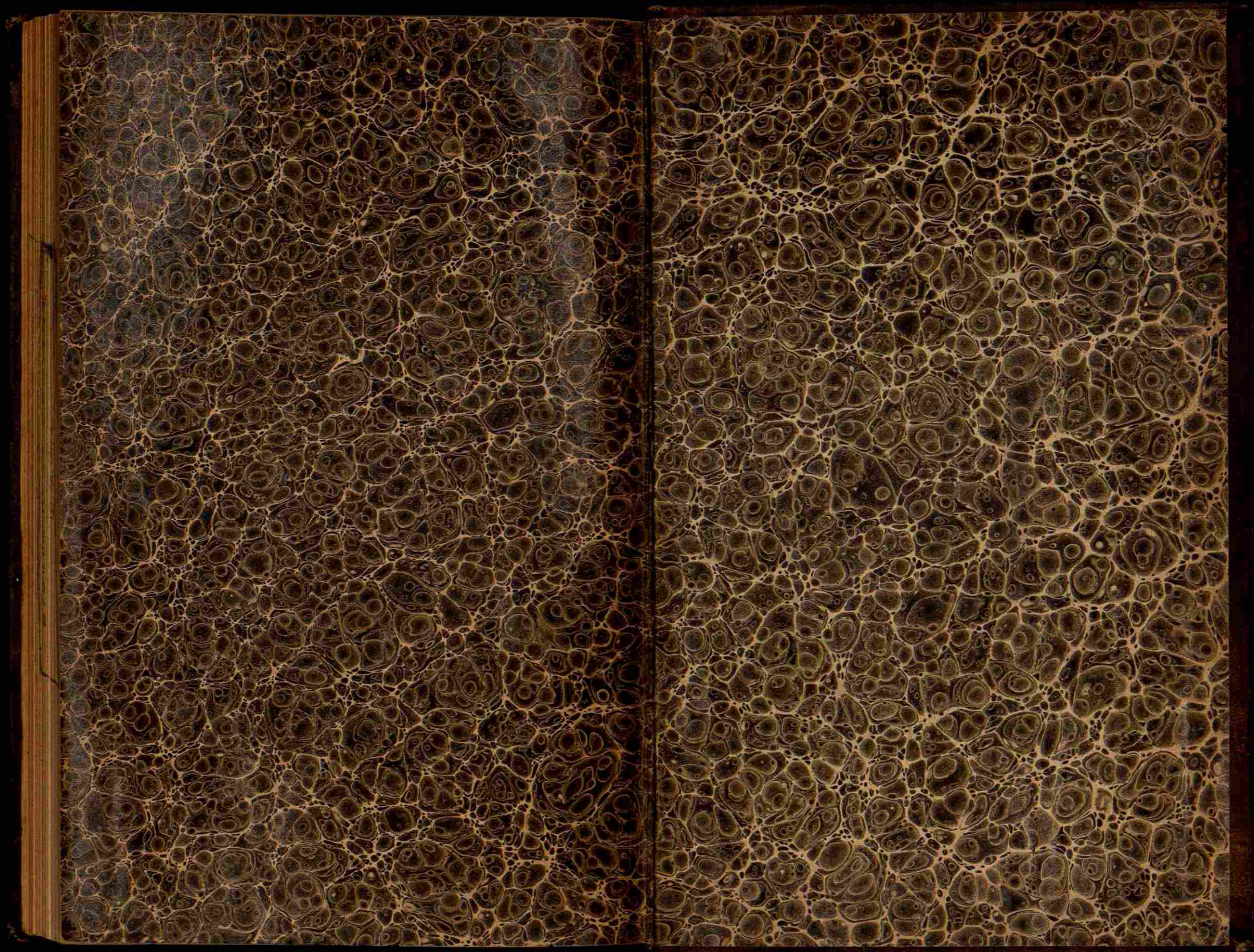


UANL

UNIVERSIDAD AUTÓNOMA DE NUEVO LEÓN

DIRECCIÓN GENERAL DE BIBLIOTECAS







LV
TEC